

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

**Departamento de Lengua Española y Teoría de la Literatura y
Literatura Comparada**



TESIS DOCTORAL

**Causatividad y cambio de estado en español
La alternancia causativo-inacusativa**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

J. Margarita Vivanco Gefaell

Directores

Cristina Sánchez López
Antonio Fábregas Alfaro

Madrid, 2016

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Lengua Española y Teoría de la Literatura y Literatura
Comparada



TESIS DOCTORAL

**CAUSATIVIDAD Y CAMBIO DE ESTADO EN ESPAÑOL.
LA ALTERNANCIA CAUSATIVO – INACUSATIVA**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORADO

Presentado

J. MARGARITA VIVANCO GEFAELL

Directores

**CRISTINA SÁNCHEZ LÓPEZ
ANTONIO FÁBREGAS ALFARO**

Madrid, 2015

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

Departamento de Lengua Española y Teoría de la Literatura y Literatura
Comparada



TESIS DOCTORAL

**CAUSATIVIDAD Y CAMBIO DE ESTADO EN ESPAÑOL.
LA ALTERNANCIA CAUSATIVO – INACUSATIVA**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORADO

Presentado

J. MARGARITA VIVANCO GEFAELL

Directores

**CRISTINA SÁNCHEZ LÓPEZ
ANTONIO FÁBREGAS ALFARO**

Madrid, 2015

CAUSATIVIDAD Y CAMBIO DE ESTADO EN ESPAÑOL

LA ALTERNANCIA CAUSATIVO – INACUSATIVA

Esta investigación ha sido parcialmente financiada por una beca FPU (Formación del Profesorado Universitario) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (AP 2009 – 4043)

A Pilita

‘What’s it going to be then, eh?’

Anthony Burgess
A Clockwork Orange

ÍNDICE DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	I
ÍNDICE DE TABLAS	IV
ABREVIATURAS	V
SUMMARY	VI

CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO.....1

1.1. LEXICALISMO Y CONSTRUCCIONISMO.....	3
1.2. ESTRUCTURA EVENTIVA Y CAUSATIVIDAD.....	16
1.3. LA INTRODUCCIÓN DEL ARGUMENTO EXTERNO: SVOZ, V PEQUEÑA Y SA.....	27
1.3.1. Los sabores de v pequeña como rasgos funcionales.....	32
1.4. LA INTERPRETACIÓN TEMÁTICA DEL ARGUMENTO EXTERNO.....	36
1.4.1. La distinción de los papeles temáticos de agente y causa.....	36
1.4.2. Causas mediatas e inmediatas.....	39
1.5. CONCLUSIONES.....	41

CAPÍTULO 2. LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....43

2.1. ¿QUÉ VERBOS PARTICIPAN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INCOATIVA?	
LA NOCIÓN DE CAMBIO DE ESTADO.....	44
2.2. MECANISMOS FORMALES PARA LA EXPRESIÓN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA	53
2.3. PROBLEMAS FUNDAMENTALES EN EL ESTUDIO DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA	60
2.4. PRESENTACIÓN DE LA PROPUESTA.....	64

CAPÍTULO 3 ¿QUÉ VERBOS PARTICIPAN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA?.....69

3.1. LAS VARIANTES AUSENTES: ¿ENTRADAS CONGELADAS EN EL LÉXICO?.....	70
--	----

3.2. LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS.....	73
3.2.1. La hipótesis de la conceptualización y la dicotomía causa interna / externa.....	74
3.2.2. La dicotomía causa interna / externa para determinar qué verbos alternan.....	77
3.3. LOS VERBOS CAUSATIVOS NO ALTERNANTES.....	84
3.4. CONCLUSIONES.....	87
 CAPÍTULO 4. EL PROBLEMA DE LA DERIVACIONALIDAD.....	91
4.1. INTRODUCCIÓN.....	91
4.2. CAUSATIVIZACIÓN O TRANSITIVIZACIÓN.....	94
4.3. DETRANSITIVIZACIÓN.....	97
4.4. PROBLEMAS DE LAS APROXIMACIONES DERIVACIONALISTAS.....	102
4.5. PROPUESTAS NO DERIVACIONALISTAS.....	107
4.6. CONCLUSIONES.....	111
 CAPÍTULO 5. LAS ANTICAUSATIVAS ENTRE LAS CONSTRUCCIONES CON SE. CONTRA EL ANÁLISIS DE REFLEXIVIZACIÓN.....	113
5.1. LAS CONSTRUCCIONES CON SE.....	113
5.1.1. Panorama general de las construcciones con se.....	116
5.1.1.1. Construcciones impersonales, pasivas y medias con se.....	116
5.1.1.2. Las construcciones reflexivas.....	119
5.1.1.3. Las construcciones con se aspectual.....	121
5.1.1.4. Las anticausativas entre las construcciones con se.....	123
5.2. EL PORQUÉ DEL SINCRETISMO: APROXIMACIONES DIACRÓNICAS.....	126
5.3. PRESENCIA / AUSENCIA DE UN ARGUMENTO IMPLÍCITO: ANTICAUSATIVAS VS. PASIVAS.....	132
5.4. EL ANÁLISIS DE LAS ANTICAUSATIVAS COMO REFLEXIVAS.....	142
5.4.1. Sincretismo formal.....	148
5.4.2. La condición del argumento externo no especificado y la semántica de la reflexividad.....	149
5.4.2.1. Causantes preposicionales.....	153
5.4.2.2. Por sí solo.....	156

5.4.3. Entrenamiento semántico.....	160
5.4.4. Dativos causantes.....	167
5.4.5. Conclusiones sobre el análisis de reflexivización.....	169
5.5. CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO.....	170

CAPÍTULO 6. LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (I): LA HIPÓTESIS DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS.....173

6.1. INTRODUCCIÓN.....	173
6.2. LA HIPÓTESIS DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS.....	182
6.2.1. La conceptualización de los eventos.....	182
6.2.2. La correspondencia forma-frecuencia.....	186
6.2.3. La dicotomía causa interna / externa como explicación de la marcación.....	192
6.3. CONCLUSIONES.....	198

CAPÍTULO 7. LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (II): LA HIPÓTESIS DEL CONTRASTE ASPECTUAL.....201

7.1. INTRODUCCIÓN.....	201
7.2. CUESTIONES PREVIAS.....	207
7.2.1. La estructura de los deadjetivales	207
7.2.2. Los diagnósticos de telicidad.....	209
7.2.2.1. La paradoja imperfectiva y el progresivo	210
7.2.2.2. Modificación mediante en / durante.....	210
7.2.2.3. Modificación mediante casi.....	213
7.2.2.4. Verbos que seleccionan predicados en función del aspecto..	213
7.2.2.5. Tardar x tiempo en	215
7.2.2.6. Estar a punto de + infinitivo	215
7.2.2.7. Modificación mediante “completamente” y negación del estado resultante	216
7.3. SE Y LA TELICIDAD: VERBOS DE COMPORTAMIENTO ASPECTUAL VARIABLE....	218
7.3.1. Los contrastes aspectuales de la clase C.....	219
7.3.2. Las clases A y B.....	226
7.4. SE Y LOS VERBOS INHERENTEMENTE TÉLICOS.....	235

7.4.1. Los logros de las clases A, B y C.....	235
7.4.2. Las realizaciones de la clase A.....	241
7.5. EL <i>SE</i> ANTICAUSATIVO Y EL <i>SE</i> ASPECTUAL.....	242
7.5.1. El <i>se</i> aspectual con los verbos transitivos.....	243
7.5.2. El <i>se</i> aspectual con los verbos intransitivos.....	248
7.6. CONCLUSIONES.....	258
CAPÍTULO 8. LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (III): LA HIPÓTESIS DEL CONTRASTE EN LA ESTRUCTURA EVENTIVA.....	259
8.1. PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS PREVIOS.....	260
8.1.1. Labelle y Doron (2010).....	260
8.1.2. Cuervo (2003, 2014).....	262
8.2. DIAGNÓSTICOS PARA IDENTIFICAR LA PRESENCIA DE UN SUBEVENTO RESULTATIVO.....	265
8.2.1. Aplicativas en combinación con anticausativas marcadas y no marcadas.....	265
8.2.1.1. La lectura de causante involuntario en las clases B y C.....	267
8.2.1.1.1. La estructura de los dativos causantes.....	270
8.2.1.2. La lectura de afectación en las clases B y C.....	272
8.2.1.3. Conclusiones.....	278
8.2.2. Modificadores del estado resultante.....	278
8.2.2.1. La ambigüedad de ‘otra vez’.....	278
8.2.2.2. La ambigüedad de ‘durante’.....	283
8.2.3. La construcción estar + participio.....	286
8.2.4. Otros diagnósticos para identificar el subevento resultativo.....	288
8.2.4.1. La ambigüedad de ‘casi’.....	288
8.2.4.2. Sintagmas nominales escuetos.....	289
8.2.4.3. Labelle y Doron (2010) y el “énfasis en el estado resultante”.....	291
8.3. PROBLEMAS TEÓRICOS DE LA HIPÓTESIS DE LA ESTRUCTURA EVENTIVA Y CONCLUSIONES.....	294

CAPÍTULO 9. LA HIPÓTESIS DE LAS CONDICIONES DE MATERIALIZACIÓN.

PROPUESTA DE ANÁLISIS.....	297
9.1. LAS CONDICIONES DE MATERIALIZACIÓN.....	298
9.1.1. Verbos que carecen de dimensión escalar.....	301
9.1.2. La dicotomía IL/SL en relación con los cambios de <i>estado</i>	305
9.2. LOGROS, ESTADOS Y ESCALAS EN LOS VERBOS DE ADJETIVALES.....	310
9.2.1. SAsp y SGrado.....	316
9.3. LOS DATIVOS CAUSANTES Y AFECTADOS.....	318
9.4. PROPUESTA DE ANÁLISIS.....	320
9.5. ANÁLISIS PREVIOS.....	327
9.5.1. Análisis de <i>se</i> en <i>v</i> pequeña.....	327
9.5.2. Análisis de <i>se</i> en Voz.....	332
9.5.3. Análisis de <i>se</i> en SAsp / SPred.....	337
9.6. CONCLUSIONES.....	338

CAPÍTULO 10. CAUSATIVAS ANALÍTICAS.....

10.1. CAUSATIVAS PERIFRÁSTICAS VS. CAUSATIVAS LÉXICAS.....	339
10.2. LAS CAUSATIVAS ANALÍTICAS ENTRE LOS PREDICADOS COMPLEJOS.....	344
10.3. PROPIEDADES DE LAS CAUSATIVAS ANALÍTICAS.....	348
10.3.1. Las lecturas de las causativas analíticas y la interpretación de los argumentos.....	348
10.3.2. La posición del <i>causee</i> y el orden de palabras.....	352
10.3.3. Asignación de caso.....	358
10.3.4. Clíticos.....	359
10.3.5. Pasivización.....	362
10.3.6. Tiempo.....	364
10.3.7. Aspecto.....	365
10.3.8. Modo.....	367
10.3.9. La independencia de <i>hacer</i> y el infinitivo.....	370
10.4. ANÁLISIS PREVIOS.....	373
10.4.1. Ascenso de predicado (<i>predicate raising</i>).....	373
10.4.2. Zubizarreta (1985).....	376
10.4.3. Fujita (1996).....	379
10.4.4. Folli y Harley (2007).....	381

10.4.5. Campanini y Pitteroff (2013).....	383
10.5. PROPUESTA DE ANÁLISIS.....	387
CHAPTER 11. CONCLUSIONS.....	401
11.1. CONTRIBUTIONS OF THE DISSERTATION.....	401
11.1.1. Event structure, scalarity and aspect in change of state verbs.....	401
11.1.2. Spell-out conditions.....	403
11.1.3. Voice, little <i>v</i> and <i>α</i>	404
11.1.4. Against internal / external causation.....	405
11.1.5. Against reflexivization.....	406
11.1.6. Analitic causatives.....	407
11.2. FUTURE RESEARCH.....	407
11.2.1. Aspectual <i>se</i>	408
11.2.2. Alternating complex predicates.....	409
BIBLIOGRAFÍA.....	415

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que han contribuido de un modo u otro al desarrollo de esta tesis doctoral y me temo que, para hacerles algo de justicia, no voy a poder ser breve.

En primer lugar, quiero darle las gracias a mi directora de tesis, Cristina Sánchez, por su fe en mí así como por su apoyo a lo largo de estos años y, especialmente, en la recta final. Sus clases fueron de las primeras que despertaron mi interés por la lingüística teórica y más tarde, durante nuestras charlas en su despacho, he podido seguir aprendiendo de ella el valor que la sencillez, la claridad y, sobre todo, la curiosidad, tienen en la investigación.

Otro gran curioso con el que estoy en deuda es Antonio Fábregas, mi co-director y arengador desde el círculo polar. En estos años he tenido el placer de aprovecharme de su adicción al trabajo, de su agudeza crítica y de su sentido del humor.

Ya que no van a leer este borrador, puedo confesar que los elegí como directores porque ambos poseen la cualidad que más admiro en un investigador: la humildad. Mantienen siempre la actitud del que aprende con ilusión, sin caer nunca en la soberbia intelectual y sin alejarse de los estudiantes.

Ese mismo compromiso con los alumnos, con la docencia y con la universidad lo comparten otros profesores de la Complutense con los que tuve la suerte de coincidir en la carrera y a los que quiero expresar mi sincero agradecimiento. En primer lugar, gracias a José Luis Girón por su apoyo y por su ejemplo de exigencia y rigor. A Eugenio Bustos por estar siempre disponible cuando necesitaba una bronca suya y por hacerme sudar tinta para sacar un notable que me supo a matrícula. A Silvia Iglesias por todos los consejos que me ha dado fumando en la puerta, por su energía contagiosa y por sus clases intensas, duras y divertidas a partes iguales. Finalmente, gracias, por supuesto, a María Jesús Fernández Leborans por darme el empujón definitivo para empezar la tesis y por ser de esas personas que están siempre ahí, pase lo que pase. Todos ellos me han enseñado a investigar, me han contagiado su pasión por la lingüística y me han dado un apoyo sin el cual no habría podido llegar hasta aquí.

Debo también recordar a los profesores de secundaria y primaria que guiaron mis primeros pasos académicos y me enseñaron a pensar. Personas como María Toscano o Ana Alberdi, junto con otras cuyas clases siguen frescas en mi memoria aunque haya

olvidado sus nombres. Mención aparte merece Margarita Huestamendia, mi profesora de lengua española e inglesa en el colegio, la primera en plantearme los retos de la sintaxis.

También han contribuido a esta tesis las charlas sobre el 'se' que he mantenido con el profesor Luis García Fernández, con Alfredo García Pardo, Giuseppe Torcolacci y, especialmente, con Florian Schäfer, con quien tuve la oportunidad de trabajar y de quien he aprendido mucho.

Este estudio ha sido parcialmente financiado por una beca FPU del Ministerio de Educación (AP 2009-4043). El apoyo institucional a la investigación desempeña un papel clave en la sociedad, por ello quiero dedicar esta tesis a todas las personas que por recortes o complicaciones burocráticas no han podido disfrutar de una beca que merecían tanto o más que yo.

Estudiar e investigar son tareas que se pueden disfrutar en soledad, pero que mejoran enormemente en compañía. Quiero darle las gracias a Cristina Arias, gran compañera durante la carrera y fiel amiga después, por no dejar nunca de sorprenderme. También a Julia Escudero, por llenar mi año de máster de risas y galletas. A Nerea Fernández de Gobeo le lego mi ordenador y mi sitio en nuestro despacho de la biblioteca María Zambrano. Es la persona que ha vivido más de cerca esta tesis, día a día, café tras café, la que ha evitado que me volviera loca de aburrimiento, que olvidara hacer montones de papeleos y que dejara de comer palmera de chocolate los viernes. Juntas nos metimos a Jornaleras junto con Ruth Martínez Alcorlo, Marta Olivas y Patricia Barrera, que ahora mantienen el bastión zambranil y que me han dado los mejores momentos del doctorado. Gracias a las cuatro por ser como Fuenteovejuna.

Llega el turno de la familia y quiero empezar dándole las gracias, mi madre, Sol, por educarme, que no es poco, y por no parecerse a las madres normales. A mis tíos May y Gianni por tratarme como a una hija y respaldarme siempre. A mi tía abuela Pilita por nuestros té con Bach de fondo y por haber sido un ejemplo para mí hasta su último día. También a mi tío Juan y a mi tía abuela Marisa, a todos, por hacerme formar parte de un grupo pintoresco y único. Ah, y a Luisa, claro.

Por último, mis amigos, viejos y nuevos, me han apoyado haciendo que mi vida fuera de la biblioteca resultara mucho más divertida e interesante, y que las fiestas de mi casa fueran las mejores: gracias a Pluto, Fran, Carlos, Marta, Maca, Yuridia, Javi y Luis. Gracias a Miguel por enseñarme a ponerme listones. A Diana, por contagiarme su sonrisa, y a mi vecina Andrea por acudir siempre que doy palmadas. A Cora, por

entenderme a todos los niveles desde siempre, por muy lejos que esté. Gracias a Víctor de 2004 por recomendarme un libro. A Víctor de 2012 por regalarme un libro. Y a Víctor de 2015, por ayudarme a terminar esta especie de libro.

ÍNDICE DE TABLAS

CAPÍTULO 1:

TABLA 1: INTERPRETACIÓN DEL ARGUMENTO EXTERNO.....	41
--	----

CAPÍTULO 6:

TABLA 2: VERBOS Y TIPOS DE ALTERNANCIA	183
--	-----

TABLA 3: PORCENTAJES DE USOS CAUSATIVOS DE LOS VERBOS ALTERNANTES	187
---	-----

CAPÍTULO 7:

TABLA 4: DIAGNÓSTICOS CLÁSICOS DE TELECIDAD	209
---	-----

TABLA 5: DIAGNÓSTICOS ASPECTUALES CON LOS VERBOS DE COMPORTAMIENTO VARIABLE	234
--	-----

TABLA 6: DIAGNÓSTICO DE DURACIÓN CON LOS LOGROS	240
---	-----

CAPÍTULO 8:

TABLA 7: LECTURA DE AFECTACIÓN	267
--------------------------------------	-----

TABLA 8: LECTURA DE CAUSANTE INVOLUNTARIO	267
---	-----

TABLA 9: LECTURA DE CAUSANTE INVOLUNTARIO EN ESPAÑOL	268
--	-----

TABLA 10: APLICATIVAS Y ESTRUCTURA EVENTIVA	275
---	-----

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

ABL	Ablativas
ACU	Acusativo
CD	Complemento Directo
CI	Complemento Indirecto
CR	Clausula Reducida
DAT	Dativo
dur.	durativo
FUT	Futuro
Intr.	Intransitivo
lim.	limitado
LOC	Locativo
NOM	Nominativo
PL	Plural
PPO	Participio
PRES	Presente
PRT	Partícula
REFL	Reflexivo
SG	Singular
SJ	Sujeto
S Pred	Sintagma Predicativo
Tr.	transitivo

SUMMARY

This dissertation addresses the problem of the syntactic expression of change of state and causation and, more specifically, of the causative-unaccusative alternation at the syntax-semantics interface.

In chapter 1 I adopt a constructionist view on the organization of grammar, where semantic meaning is syntactically represented, decomposed in functional structure, and not projected from the lexicon. After syntax, vocabulary items are inserted to spell-out terminal nodes, or even bigger chunks of structure (late insertion). Thus, verb meaning is not atomic: it is decomposed as (sub)event structure, and thematic relations among arguments are compositionally obtained.

The causative-unaccusative is a puzzle for lexicalist models, since there is no one-to-one correspondence between lexical meaning and syntax: una single verb projects two different structure, the transitive and the unaccusative one.

Under a constructionist approach, however, the causative-unaccusative alternation –that is, one verb being used either as transitive or unaccusative– can be accounted for in terms of late insertion or, more concretely, in terms of conditions of spell-out. Syntax may produce either a transitive (causative) or an unaccusative structure, the only puzzle concerns the vocabulary items available in the language to spell-out those outputs. This is one of the reasons why the morphosyntactic expression of the alternation will be one of the main concerns of this study.

The causative-unaccusative alternation has been widely studied for the last decades. Nevertheless, even if our current understanding of the phenomenon is deep, there are still many unsolved problems keeping the discussion alive. Furthermore, the overwhelming literature on this topic makes it necessary to untangle and isolate the core, recurring ideas that must be captured by any analysis of alternating verbs and, most importantly, it makes it necessary to refine some controversial concepts whose specific definition is crucial to develop a coherent theory. Therefore, the first aim of this dissertation is to offer the reader a comprehensive overview on the matter, compiling and reviewing those proposals that I consider essential to the discussion, with special attention to the ones on which my proposal is built.

The second aim is to provide an account of the phenomenon which takes into consideration the four classical problems that have guided the research until the present

day. These problems are the following:

- 1) Which verbs can undergo the alternation? What semantic factors allow the alternation? The puzzle is that all alternating verbs are change of state verbs, but not all change of state verbs alternate –‘pure’ unaccusatives such as *blossom* and agentive causatives such as *murder*–.
- 2) Is there a derivational relationship between the causative and the unaccusative members of the alternation? In other words, does the causative variant come from the unaccusative one, or the other way around?
- 3) What is the status of *se*-marked anticausatives among other *se*-constructions in Spanish? Is it plausible to argue for a unified analysis of (some) of them, based on morphological syncretism?
- 4) What role plays morphological marking in the alternation? What kind of grammatical information does it carry? Are there any semantic or syntactic differences between marked (*romperse*, ‘break_{intr.}’) and unmarked (*cambiar_{intr.}*, ‘change’) anticausatives when they co-exist in one language, as it is the case for Spanish?

These questions will all be addressed in the following chapters. Now, I briefly present the structure of the dissertation.

Chapter 1, as I have already explained, presents the theoretical assumptions and tools that will be of use in the course of this study. Notice that, besides questions 1 to 4 above, the alternation is a window to some bigger issues concerning the organization of grammar itself; two of them will be present throughout the dissertation: event structure and the introduction of external arguments in syntax.

Chapter 2 sums up the state of the art on the causative-anticausative alternation. There I will deal with the notion of change of state in terms of scalar structure and event structure. The specific properties of change of state verbs as scalar verbs will be crucial to understand their aspectual behavior and, eventually, their syntax. This chapter also presents a typological overview on the morphological mechanisms used cross-linguistically to express the alternation. This will be useful in order to understand the later discussion on Spanish *se*. Finally, this chapter contains a summary of the dissertation written in Spanish.

Chapter 3 deals with question 1 above. There I will go through the main ideas

that have been proposed to explain why the alternation is not available for all alternating verbs, focusing on a critical review of the internal / external causation dichotomy. These notions have been widely used ever since Levin & Rappaport Hovav (1995) not only to describe but also to explain the behavior of alternating verbs in terms of lexically encoded information. The discussion in this chapter will lead us to the conclusion that they lack the explanatory power they were expected to have; therefore, they can only be used as descriptive labels to speak about predicates, not about lexical items or roots. Instead, a more relaxed hypothesis about the conceptualization of events will be argued for (cf. Haspelmath, 1993; Alexiadou et al., 2015): events conceptualized as more likely to happen spontaneously either do not alternate or alternate through more transparent morphosyntactic mechanisms.

My conclusion in this chapter will be that only *murder*-verbs are really unable to alternate because of specific semantic restrictions. ‘Pure’ unaccusatives *can* alternate, but they are not forced to do so: suppletive alternation and analytic causatives are their most common means to denote causative situations.

Chapter 4 addresses question 2 above. From a lexicalist point of view, the two variants in the alternation must be derivationally related: there must be one single lexical entry, with a fixed argument structure, and some operation able to change argument structure prior to insertion. The most natural option under this perspective is that an alternating verb has two arguments, the external one being “removed” or “bounded”, prevented from entering the derivation. Notice that the opposite direction is not tenable in lexicalism because it would mean that a verb with one single argument could take somehow another one, which is not specified in the lexical entry. This approach is defended in Levin & Rappaport Hovav (1995), and rejected in constructionist analysis as well as in Rappaport Hovav & Levin (2012). Empirical and theoretical problems that have been discussed since the 90s have lead scholars to the conclusion that an intransitivization analysis of the alternation is to be avoided.

Within a constructionist framework, there are two alternatives to this problem. Either the causative variant is syntactically built on top of the unaccusative one or there is no derivational relation whatsoever. The first option means that the causative variant is more complex, both conceptually and formally, than the unaccusative one. Nevertheless, the data presented in this work will confirm the hypothesis that both variants are equally complex (Parsons, 1990; Levin & Rappaport Hovav, 1995; Alexiadou et al. 2006, 2015). Consequently, I will pursue the second option, where both

variants are simply in complementary distribution and where the only difference between them concerns the presence / absence of an external argument.

Question 3 above is the topic of chapter 5. First, a descriptive overview on Spanish *se* constructions will help us understanding the complexity of the syncretism problem and the importance of defining the status of *se*-anticausatives in cases of potential ambiguity. Secondly, a brief review of the diachronic development of the syncretism will be provided, in order to illustrate how a common historical origin is not sufficient to postulate a synchronic unified analysis. Thirdly, anticausatives will be briefly compared with passive. Given that both look *prima facie* like transitive structures where the external argument is somehow missing and where the internal one has become the syntactic subject, many efforts have been done in order to differentiate them. There is general agreement in that only passives have an implicit argument; with anticausatives, on the other hand, it is not the case that the external argument is gone but, crucially, the external argument was never there.

The main concern of this chapter will be to argue against those analysis that treat anticausatives as reflexive constructions (cf. Koontz-Garboden, 2009). After a careful review of the empirical arguments that have been used to support this hypothesis, and after considering its theoretical and descriptive consequences, I will conclude that anticausatives are not semantically reflexive and must be analyzed together with other unaccusative structures or, what is more, the anticausative alternation must be kept together with the labile, the equipollent, the suppletive and the causative alternations, that is, the presence of the clitic *se* must not be taken as argument to sever the anticausative alternation from other morphological expressions of the causative-unaccusative alternation.

Chapters 6, 7 and 8 are devoted to question 4. The identification of reasons underlying the split between *se*- and *se*-less anticausatives in Spanish is expected to provide important clues about the syntactic function of anticausative morphology and, eventually, about the very syntax of alternating verbs.

Each of these chapters explores a different hypothesis. Thus, chapter 6 explores the idea that the morphological split is related to the conceptualization of events: events conceptualized as more likely to happen spontaneously do not usually mark the unaccusative variant, while those more likely to happen with the intervention of an external force tend to mark the unaccusative variant, the variant which turns out to be less expected from a cognitive point of view. There is strong typological support for this

view on the matter (Haspelmath, 1993), but it must not be forgotten that the relation between morphology and conceptualization is only a tendency, not a systematic rule. Therefore, I will reinterpret this hypothesis in terms of conditions of spell-out: the insertion of a vocabulary item can be affected by idiosyncratic factors, such as the way in which speakers choose to encode “expected” or “not expected” meanings.

Chapter 7 explores the aspectual hypothesis on morphological split (Folli, 2001), according to which the clitic *se* is related to aspect. An exhaustive empirical study on alternating verbs with and without *se* will show us that the problem goes beyond telicity. The clitic *se* contrasts the result state and the state previous to the change, selecting not only for telicity, but for a specific event configuration that depends, ultimately, on scale structure.

Chapter 8 explores and rejects the hypothesis that *se*-less anticausatives are simpler than *se*-anticausatives with regard to event structure: they both have a result state, i.e., a complex event structure. Nonetheless, the data in this chapter will show that there is indeed a contrast: unmarked anticausatives do have a result subevent, but they either lack a telos or they lack a reference to a state previous to the change.

The empirical study developed in chapters 7 and 8 will find a theoretical explanation in chapter 9. Scale structure will be used to account for the aspectual properties and the event configuration of alternating verbs. Change of state events will be analyzed as sequences of achievements (degrees on a scale), each of which leads to a comparative result state. If the scale is bounded, there is a contrast between two degrees or states: the one previous to the last achievement and the following the last achievement. That kind of contrast is not obtained if i) the scale is unbounded, ii) the scale is bounded but it only has one degree (simple change of state achievements with no reference to a previous state). In this latter case, *se* is missing, i.e., \emptyset is the chosen exponent. I will argue that aspect, understood as scale structure, is a contextual factor conditioning spell-out –the choice between *se* and \emptyset –.

The conclusion will be that *se* has a double function: it is related to the absence of an external argument, and it is related to aspect. Therefore, it must occupy a syntactic position where it can do both jobs. That position is αP , between vP and $AspP$. The head α has two values in complementary distribution: $\{+t(ransitive)\}$ and $\{-t(ransitive)\}$, corresponding roughly to the flavours of *v* in Folli & Harley (2004) or Cuervo (2003). I will defend the hypothesis that the information concerning the insertion of the external argument must be kept apart from *v* itself, which works only as a verbalizing head.

Therefore, *se* and \emptyset compete to spell-out $\alpha\{-t\}$, that is, unaccusative α . The choice is determined by the conceptualization of events, according to the conclusions reached in chapter 6, and to aspect, given that α is in a local relationship with AspP.

This analysis modifies in small but crucial ways the available proposals in order to have an empirically-adequate theory that accounts for the Spanish facts, combining what seems to be derivable from rules at the syntactic level with conditions that explain why in some cases it is a lexical accident which verb will use *se* as a marker.

To finish, chapter 10 widens the scope of research exploring other syntactic means to codify causation: *hacer* ('make') constructions. Analytic causatives are analyzed as complex predicates where the causative subevent embeds another event, instead of embedding a state, thus contrasting with lexical causatives. The infinitive projects its functional construction until AspP but not further, with its complete argument structure –including VoiceP–.

Chapter 11 sums up the discussions and main contributions of the dissertation, with special attention to their theoretical implications.

CAPÍTULO 1

MARCO TEÓRICO

Los términos *alternancia causativo-incoativa* (Haspelmath, 1993), *alternancia causativa* (Levin y Rappaport Hovav, 1995), *alternancia anticausativa* (Alexiadou et al., 2006) o *alternancia causativo-inacusativa* se utilizan para referir al hecho de que un mismo verbo pueda participar de dos construcciones: una transitiva-causativa (1) y una inacusativa-incoativa,¹ que suele recibir el nombre de *anticausativa* por oposición a la anterior (2).

- (1) a. {Víctor / el viento} abrió la puerta.
b. {Cora / la crisis} cambió la situación.
c. {Luisa / el pinchazo} reventó el neumático.

- (2) a. La puerta *(se) abrió.
b. La situación *(se) cambió.
c. El neumático (se) reventó.

Se trata de un fenómeno muy extendido en las lenguas del mundo –posiblemente universal– que afecta de manera regular a un grupo específico de verbos, los de cambio de estado, alterando su estructura argumental. Las variantes de (1) y (2) están sintácticamente relacionadas en tanto que el objeto de la transitiva es el sujeto de la inacusativa, y están semánticamente relacionadas en tanto que la causativa significa *grosso modo* [hacer/causar [verbo inacusativo]], tal y como explica Haspelmath (1993: 90):

An inchoative/causative pair is defined semantically: it is a pair of verbs which express the same basic situation and differ only in that the causative verb meaning includes an agent participant who causes the situation, whereas the inchoative verb meaning excludes a causing agent and presents the situation as

¹ El término *incoativo* resulta confuso por sus connotaciones aspectuales –inicio del evento– (cf. Haspelmath, 1993; Sánchez López, 2002), en este trabajo utilizo en su lugar el término *inacusativo*. Al hablar de verbos inacusativos que no participan de la alternancia –del tipo *floreecer*– emplearé normalmente el término *verbo inacusativo puro*.

occurring spontaneously. [...] Inchoative verbs are generally intransitive and causative verbs are transitive, but the inchoative/causative opposition is more restricted than the intransitive/transitive opposition.

Esta doble dimensión sintáctico-semántica de la alternancia es lo que la ha convertido en un tema central para los estudios sobre la interfaz léxico-sintaxis. Así pues, la alternancia ha recibido gran atención desde los inicios de la gramática generativa, también en relación con la Hipótesis de la Inacusatividad (Perlmutter, 1978; Burzio, 1986), por parte de autores como Hall (1965), Lakoff (1968, 1970), Fillmore (1970), Smith (1970), Williams (1981), Hale y Keyser (1986), Zibri-Hertz (1986), Chierchia (1989), Van Valin (1990), Brousseau y Ritter (1991), Reinhart (1991, 2002), Labelle (1992), Levin y Rappaport Hovav (1995), Mendikoetxea (1999, 2000), Cennamo y Jezek (2011), Folli (2001), Piñón (2001), Cuervo (2003, 2014), Embick (2004), Steinbach (2004), Folli y Harley (2005), Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer (2006, 2015), Koontz-Gaboden (2007, 2009), Ramchand (2008), Schäfer (2008), Medová (2009), Labelle y Doron (2010), Heidinger (2014, 2015), entre otros muchos.

La alternancia está intrínsecamente relacionada con las nociones semánticas de causatividad y cambio de estado, cuya implementación en la sintaxis es el tema de fondo de esta tesis. De acuerdo con una concepción construccionista de la gramática, como la que asumo en esta tesis, los verbos léxicamente simples que participan de la alternancia codifican significados complejos –causación, cambio de estado– mediante su estructura eventiva, construida en la sintaxis.

El apartado 1.1. revisa las dos grandes tendencias teóricas en los estudios sobre la interfaz léxico-sintaxis: el lexicalismo o proyeccionismo y el construccionismo. Se establece así mismo una breve comparación entre dos modelos construccionistas, la Morfología Distribuida y la Nanosintaxis, a fin de presentar las herramientas teóricas básicas que serán empleadas en la tesis: la concepción de la materialización fonológica como competición entre piezas del vocabulario, la inserción tardía (*late insertion*) y materialización de sintagma (*phrasal spell-out*).

En el apartado 1.2. presento la teoría sobre la estructura eventiva que asumo en esta tesis, tomando como punto de partida la semántica de la causación. Considero que los verbos de cambio de estado denotan eventos complejos en los que un subevento dinámico subordina un subevento estativo. La interpretación composicional que se

obtiene de esta relación de subordinación es la de causa-efecto, independientemente de la presencia / ausencia de un argumento externo en la estructura.

El apartado 1.3. está dedicado a la polémica en torno a SVoz y Sv, pues se trata de los grandes problemas centrales para los estudios sobre estructura eventiva y argumental. La hipótesis que plantearé en este apartado es que el argumento externo se proyecta en una proyección funcional independiente de Sv (SVoz) y, crucialmente, que los rasgos funcionales responsables en última instancia de la proyección de Voz –los llamados “sabores” de v– se encuentran, así mismo, disociados del núcleo v.

Finalmente, el apartado 1.4. trata sobre la interpretación semántica del argumento externo. En esta tesis adopto una versión de los proto-roles de Dowty (1991), en el sentido de que no considero que la distinción agente / causa sea lingüísticamente relevante. Por otra parte, asumo una concepción construccionista de los papeles temáticos, tal que estos son relaciones determinadas configuracionalmente en la sintaxis.

1.1. LEXICALISMO Y CONSTRUCCIONISMO

La alternancia causativo-inacusativa (3) es un fenómeno que afecta a la proyección sintáctica de los argumentos verbales, en tanto que un mismo verbo puede construirse indistintamente como transitivo o como intransitivo. Por esta razón, se encuentra en el centro de los estudios sobre la interfaz léxico-sintaxis, que tratan de determinar cómo se establecen las relaciones entre el significado de una pieza léxica y su comportamiento sintáctico y, en última instancia, cómo se reparten las tareas gramaticales entre el léxico y la sintaxis –qué generalizaciones pertenecen a qué dominio–. Estas cuestiones son cruciales, a su vez, en los debates teóricos que sobre la concepción de la gramática, la distribución de sus módulos y la interacción entre ellos.

(3) a. Cora rompió la copa de cava.

b. La copa de cava se rompió.

Ya desde los orígenes de la gramática generativa, el léxico se concibe como un compendio de información enciclopédica y gramatical, siendo esta última la relevante para la inserción de las piezas léxicas en la sintaxis (Chomsky, 1965; Halle, 1973; Jackendoff, 1983). Esta concepción “lexicalista” o “proyeccionista” de la gramática,

que deriva la sintaxis del significado léxico, se ha mantenido en la lingüística chomskiana a lo largo de los años:

(4) The Projection Principle (Chomsky, 1981: 36)

Representations at each syntactic level [D-structure and S-structure] are projected from the Lexicon, in that they observe the subcategorization properties of lexical items.

La estructura argumental –número de argumentos y papel temático asignado a cada uno de ellos– es parte de la información codificada en una pieza léxica verbal. De aquí surge inmediatamente el llamado “problema de asociación” (*linking problem*), el problema de vincular los papeles temáticos con determinadas posiciones sintácticas. Autores como Fillmore (1971, (5a)), Givón (1984), Larson (1988), Grimshaw (1990, (5b)), Jackendoff (1990), Van Valin (1990) o Baker (1997, (5c)), entre otros muchos, propusieron jerarquías temáticas que determinan la relación entre la prominencia temática y la prominencia estructural, guiando la realización de los argumentos:

- (5) a. Agente > experimentante > instrumento > paciente > meta / origen / locación
- b. Agente > experimentante > meta / origen / locación > tema
- c. Agente > tema / paciente > meta / origen / locación

El problema de este tipo de propuestas, no obstante, es que no existe acuerdo sobre el número de papeles temáticos en la Gramática Universal (GU)– pues no hay diagnósticos para identificarlos unívocamente–, ni sobre el orden preciso que ocupan en la jerarquía –pues éste se basa precisamente en las observaciones sobre la prominencia sintáctica de los papeles temáticos–.²

Ante la proliferación de etiquetas semánticas, Dowty (1991) propone la noción de *proto-rol temático*. El proto-rol “agente” se asigna al argumento que reúna algunas o todas las características listadas en (6), mientras que el proto-rol “paciente” se corresponde con las listadas en (7); los proto-agentes y los proto-pacientes tienden a lexicalizarse como sujetos oracionales y complementos directos, respectivamente, de acuerdo con el principio de (8):

² Véase Rappaport Hovav y Levin (2007) para una revisión crítica del concepto de jerarquía temática.

- (6) a. Volición.
 - b. Conciencia o percepción.
 - c. Capacidad para causar un evento.
 - d. Movimiento.
 - e. El referente existe con independencia del evento.

- (7) a. Cambio de estado.
 - b. Tema incremental.
 - c. Afectación causada por el evento.
 - d. Estatividad (relativa al movimiento del proto-agente).
 - e. El referente no existe de manera independiente a la acción verbal, o no existe sin ella en absoluto.

(8) Argument Selection Principle (Dowty, 1991: 576)

The argument of a predicate having the greatest number of Proto-agent properties entailed by the meaning of the predicate will, all else being equal, be lexicalized as the subject of the predicate; the argument having the greatest number of Proto-patient properties will, all else being equal, be lexicalized as the direct object of the predicate.

De este modo, Dowty abandona la idea de que las generalizaciones sobre los papeles temáticos estén representadas en el sistema computacional y pasa a considerarlas como el producto de tendencias cognitivas generales. En el apartado 4 abogaré por una concepción de los papeles temáticos en esta línea, al considerar que no existe diferencia entre los agentes y los causantes. Más concretamente, sostendré que la interpretación final del argumento externo depende de la configuración eventiva sobre la que se inserte.

Por otra parte, las llamadas “reglas de correspondencia” (*linking rules*) son los principios, reglas u operaciones que conectan la información léxica con la sintaxis. El debate radica en torno al momento de la derivación en que se aplican. Así, autores como Baker (1988) conciben el léxico como un repositorio estático que almacena piezas léxicas provistas de toda la información relevante para su inserción. Cualquier

alteración sobre esa información habrá de tener lugar por medio de las llamadas “transformaciones” desde la estructura profunda a la estructura superficial:

(9) Uniformity Theta Assignment Hypothesis (UTAH, Baker, 1988: 46).

Identical thematic relationships between items are represented by identical structural relationships between these items at the level of D-structure.

Esta es la llamada Hipótesis Lexicalista Débil (*Weak Lexicalist Hypothesis*, Siegel, 1974; Aronoff, 1976; Wasow, 1977; Anderson, 1982; Booij, 1996), según la cual al menos la morfología flexiva pertenece a la sintaxis.

Por otro lado, autores como Levin y Rappaport Hovav (1995) proponen un léxico con reglas generativas que pueden modificar las propiedades argumentales de algunas piezas antes de su inserción. Esta es la Hipótesis Lexicalista Fuerte (*Strong Lexicalist Hypothesis*, Chomsky, 1970; Halle, 1973; Lieber, 1980; Williams, 1981; Kiparsky, 1982; Levin y Rappaport Hovav, 1986; Di Sciullo y Williams, 1987), según la cual tanto la morfología derivativa como la flexiva se encuentran en un módulo separado de la sintaxis.

La necesidad de proponer operaciones previas o posteriores a la inserción viene dada por fenómenos como la alternancia causativo-inacusativa, que demuestran que no hay una correspondencia biunívoca entre el significado y la estructura:

(10) a. Romper (causa), (paciente)

b. Cora rompió la copa de cava.

(11) a. Romper (paciente)

b. La copa de cava se rompió.

Lo esperable sería que un verbo como *romper* estuviera listado en el léxico con una estructura argumental estable –(10a) o (11a)–, la cual se tradujera directamente en una sintaxis transitiva (10b) o intransitiva (11b), pero el hecho de que pueda participar de dos estructuras –(10b) y (11b)– plantea serios problemas a la hora de determinar cuál es su estructura argumental básica, y cómo es posible obtener dos sintaxis a partir de

una sola pieza léxica (véase el capítulo 4 sobre el problema de la derivacionalidad en la alternancia causativo-inacusativa).

Junto con las reglas de correspondencia y la estructura profunda, comenzaron a surgir otros niveles de representación intermedios, entre el léxico y la sintaxis. Así, Levin y Rappaport Hovav (1995) sostienen que el significado léxico de los verbos da lugar a una Estructura Léxico Conceptual (ELC, *Lexical Conceptual Structure*) que se proyecta a su vez en la sintaxis:

(12) a. Significado léxico → ELC → sintaxis

b. [[x DO-SOMETHING] CAUSE [y BECOME BROKEN]] (LyR, 1995: 83)

Por su parte, Hale y Keyser (1993) proponen un nivel llamado *l-syntax* ('sintaxis léxica') similar a la ELC, salvo por el hecho de que permite operaciones sintácticas que crean las piezas léxicas complejas, antes de su inserción, lo cual supone un paso hacia el construccionismo. Así, por ejemplo, los verbos inergativos se obtienen mediante la incorporación sintáctica de un argumento interno en el núcleo verbal $-[V_{HACER} [N \text{ risa}]] \rightarrow \text{reír-}$.

Otro nivel intermedio de representación es la estructura eventiva (*event structure*) propuesta por autores como Tenny (1987, 1992, 1994), Pustejovsky (1991), Ritter y Rosen (1996, 1998), o Van Hout (2000), que identifica las subpartes que componen el significado eventivo del verbos, atendiendo al *Aktionsart* (véase el apartado 2).

En definitiva, el proyeccionismo parte de que los ítems léxicos codifican una información semántica estable de la que depende su posterior comportamiento en la sintaxis. No obstante, dicha información puede – y, en la mayoría de los casos, debe– ser alterada para dar cuenta de la versatilidad sintáctica que exhiben piezas como *romper*. Esto debilita seriamente la hipótesis, pues de poco sirve derivar la sintaxis de un léxico cuya información puede ser modificada para establecer las correspondencias sintácticas correctas. Además, el sistema se vuelve redundante al recurrir a operaciones previas o posteriores a la inserción, distintas de las operaciones propiamente sintácticas.

Frente a los modelos lexicalistas, las teorías construccionistas (cf. Lees, 1960; Halle y Marantz, 1993; Marantz, 1997; Borer, 2005; Ramchand, 2008) derivan el significado de la sintaxis y consideran que éste es el único componente generativo o transformacional de la gramática, prescindiendo así de cualquier nivel intermedio de

representación. La descomposición semántica que tuviera lugar en la ELC o en la estructura eventiva se traslada directamente a la sintaxis, donde las unidades mínimas de significado se combinan para crear unidades más complejas formal y conceptualmente. Esto supone un empobrecimiento del léxico y un consecuente enriquecimiento de la estructura funcional.

En las versiones fuertes del construccionismo, las raíces léxicas carecen de cualquier información sintácticamente relevante y contienen tan solo información enciclopédica. El léxico alberga, además, un inventario de categorías funcionales (lista cerrada) que aportan información gramatical y semántica a la derivación.

De acuerdo con Hale y Keyser (1993, 1998) y Borer (1999, 2003, 2005), entre otros, una categoría gramatical se distingue por sus requisitos de selección como núcleos, de modo que es externa a la unidad léxica y depende del contexto sintáctico. Las raíces, por tanto, están exentas de categoría gramatical y deben combinarse con un núcleo categorizador en la sintaxis (N, A, V, etc.). Así, son potencialmente libres de insertarse en cualquier tipo de configuración.

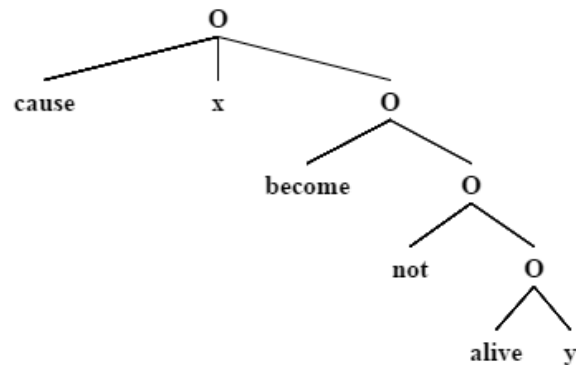
Esto soluciona de manera natural el problema de las alternancias verbales –la raíz, tras ser verbalizada por un núcleo V, puede proyectar una estructura transitiva o intransitiva indistintamente–, pero da lugar a un problema de sobregeneración, pues lo difícil ahora es explicar, por ejemplo, por qué no todos los verbos alternan. De acuerdo con Borer (2005), la convención en el uso comunicativo del lenguaje y el conocimiento del mundo hacen que, *a posteriori*, ciertas derivaciones fracasen.

Las raíces tampoco contienen, crucialmente, información sobre la estructura argumental. En los modelos construccionistas, las relaciones temáticas entre los argumentos se derivan de las relaciones estructurales que establecen en la sintaxis. En otras palabras, no es el papel temático de “agente” o “causa” lo que determina que un SD se proyecte como sujeto sintáctico, sino que es la posición estructural prominente del SD la que hace que se interprete como “agente” o “causa” (véase apartado 4).

Tanto los modelos lexicalistas como los construccionistas descomponen, en un nivel u otro de la gramática, el significado de las unidades léxicas con el fin de identificar las subpartes lingüísticamente relevantes. Esto cobra especial importancia en la semántica generativa (Lees, 1960; Lakoff, 1963; Katz y Postal, 1964; McCawley, 1968; Lakoff y Ross, 1976; entre otros), que abandona el concepto de estructura profunda. La idea fundamental es que el significado léxico no es atómico, y que las entradas léxicas no se corresponden con nodos terminales, sino que son la expresión

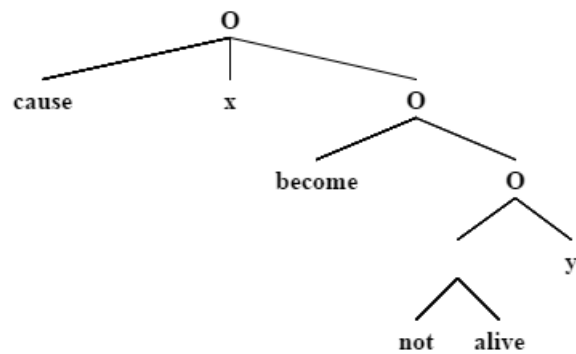
fonológica de un conjunto de proyecciones que codifican el significado semántico. En otras palabras, la estructura semántica se representa como una configuración arbórea cuya realización fonológica, tras las transformaciones pertinentes, es la pieza léxica. De este modo, el significado del verbo *kill* ('matar') puede descomponerse como "x causa que y pase a no estar vivo" (*cause to become not alive*):

(13) McCawley (1968: 263)

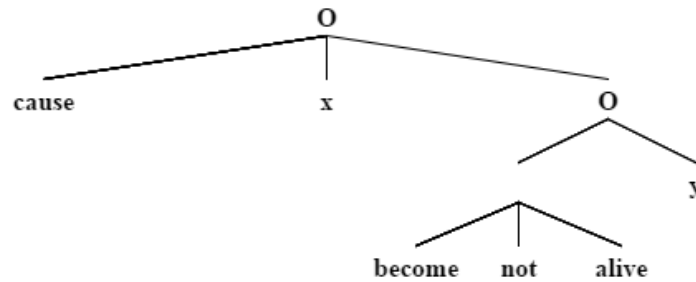


Mediante la operación de ascenso de predicado (*predicate raising*), el predicado inferior se une al que lo domina inmediatamente (14) de manera recursiva (15) hasta crear un único nodo donde se puede insertar finalmente la pieza léxica (16):

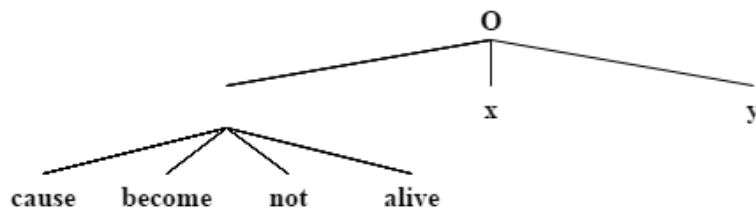
(14) McCawley (1968: 263)



(15)



(16)



La semántica generativa sirve de inspiración a dos modelos construccionistas, la Morfología Distribuida (MD, *Distributed Morphology*, Halle y Marantz, 1993; Marantz, 2001; Embick y Noyer, 2001) y la Nanosintaxis (*Nanosyntax*, Abels y Muriungi, 2008; Ramchand, 2008; Caha, 2009; Fábregas, 2009; Starke, 2009; 2011; Taraldsen, 2010; Pantcheva, 2011).

La MD y, posteriormente, también la Nanosintaxis, explotan la idea de que la sintaxis es la responsable de la estructura interna de las palabras (cf. Baker, 1988; Lieber, 1992), es decir, de que la morfología y la sintaxis constituyen, en realidad, un único sistema generativo. Así, los rasgos que constituyen una parte de una palabra fonológica no son distintos de los rasgos que constituyen una palabra fonológica independiente.

Esta es la diferencia crucial frente a los modelos lexicalistas pues, de acuerdo con Marantz (1997), no es posible demostrar que exista una correspondencia biunívoca entre una palabra fonológica y un significado atómico, inanalizable, o entre una palabra fonológica y un nodo terminal en la sintaxis.

La definición misma de *palabra* es el centro del debate entre lexicalismo y construccionismo. Para los lexicalistas, las palabras son objetos generados en el léxico, distintos de los sintagmas generados en la sintaxis; para los construccionistas, las palabras son objetos generados en la sintaxis.

La definición fonológica de palabra es controvertida a la luz de ejemplos como el inglés de (17a), que a efectos de pronunciación –acento primario, etc.– funciona como una unidad:

(17) a. d'yawanna?

AUX.tú.querer.INF.

b. do you want to?

AUX. tú querer INF.

‘¿Quieres?’

Del mismo modo, la definición semántica según la cual una palabra expresa un único concepto, se ve comprometida no solo por casos como el discutido por McCawley (1968), sino también por ejemplos como (18-19):

(18) Gross-vater (alemán)

gran padre

‘Abuelo.’

(19) a. Taller (inglés)

alto.COMPARATIVO.

b. Más alto.

Marantz (2001) y Arad (2003) proponen extender la noción de fase al dominio de la palabra. Unidades mínimas de significado inferiores a la palabra se combinan sintácticamente para dar lugar a una unidad compleja que queda, en un momento dado, completada, con un límite de fase. Esto explica que en algún momento de la derivación, la palabra constituya una unidad independiente y no descomponible.³

Tanto la MD como la Nanosintaxis se basan en la hipótesis de la inserción tardía (*late insertion*): la expresión fonológica de los terminales sintácticos, que son abstractos, se obtiene directamente en F(orma) F(onológica). La inserción de elementos del vocabulario se produce después de la sintaxis mediante un proceso denominado

³ Sobre la definición de *palabra* véanse también Fábregas (2014) y Moreno Cabrera (2014).

“materialización” (*spell-out*). Es decir, el significado se descompone en la sintaxis, y el léxico se limita a dotar de un significante a la estructura.⁴

De acuerdo con Halle y Marantz (1993), los nudos terminales solo contienen rasgos morfosintácticos o semánticos proporcionados por la GU. El vocabulario específico de cada lengua no participa en la creación de nudos terminales, solo materializan una estructura creada a partir de unidades de la GU combinadas de acuerdo con los principios computacionales de la GU.

Las entradas del vocabulario contienen dos conjuntos de rasgos: la información fonológica y los rasgos morfosintácticos que son capaces de materializar:

- (20) a. /-s/ ---- [+pl.]
 b. /-es/ ---- [+pl.]

En principio, la materialización establece una relación uno a uno entre el nudo terminal y el elemento del vocabulario. No obstante, la MD cuenta con un módulo morfológico que puede alterar las derivaciones sintácticas antes de su materialización.

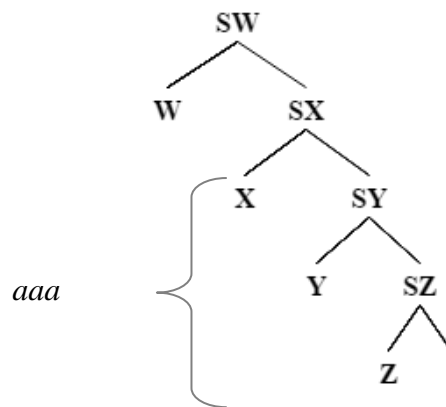
La operación de *fusión* une dos terminales adyacentes, de manera que puedan ser materializados por un único exponente fonológico. Sería el caso de los terminales de Tiempo y Aspecto en español, fusionados y posteriormente materializados por la forma *-aba*. Por el contrario, la operación de *fisión* (Noyer, 1997) escinde un nudo terminal de manera que es materializado por dos o más exponentes. Así, por ejemplo, la concordancia se realiza en algunas bereberes mediante prefijos y sufijos discontinuos: *t-dawa-m* (2ª persona plural del verbo 'curar', cf. Halle y Marantz, 1993: 19). Por su parte, la operación *merger*, al igual el movimiento de núcleo, une dos terminales bajo una misma categoría, manteniendo los dos nodos. Se ha empleado fundamentalmente para explicar efectos de dislocación local. Finalmente, la operación de empobrecimiento elimina ciertos rasgos del nudo terminal antes de su materialización.

El avance de la Nanosintaxis reside en prescindir de este tipo de operaciones postsintácticas de reajuste, que suponen una redundancia del sistema. En este modelo, la materialización puede establecer una relación uno a uno entre el terminal y el exponente

⁴ En MD, el léxico está repartido en tres momentos de la derivación: junto al vocabulario postsintáctico, que contiene la información fonológica, hay además un léxico estricto (*narrow lexicon*) previo a la sintaxis que contiene morfemas abstractos y raíces, los cuales habrán de insertarse en los nodos terminales. Finalmente, hay un tercer léxico, la Enciclopedia, que lista los significados idiosincrásicos en F(orma) L(ógica).

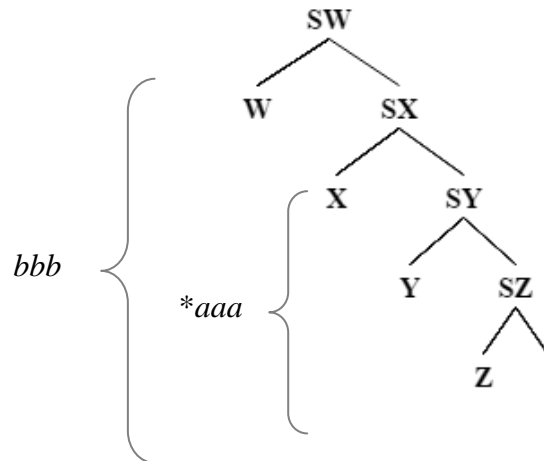
fonológico (elemento del vocabulario), o puede también producirse mediante la llamada “materialización de sintagma” (*phrasal spell-out*, McCawley, 1968; Weerman y Evers-Vermeul, 2002; Neeleman y Szendori, 2007; Starke, 2001, 2007; Fábregas, 2007; Svenonius, 2010) si un solo ítem materializa más de un terminal, asumiendo que las proyecciones sintácticas son submórficas.

(21)



En (21), la pieza del vocabulario *aaa* lexicaliza el “trozo” (*chunk*) de estructura [X, Y, Z] sin la necesidad de recurrir, por ejemplo, a la operación de fusión. De acuerdo con Starke (2009), el ítem “más grande” disponible es el elegido en caso de que haya más de una opción; es decir, para materializar (21), la pieza *bbb* será elegida sobre *aaa* si *bbb* incluye también el rasgo [W]:

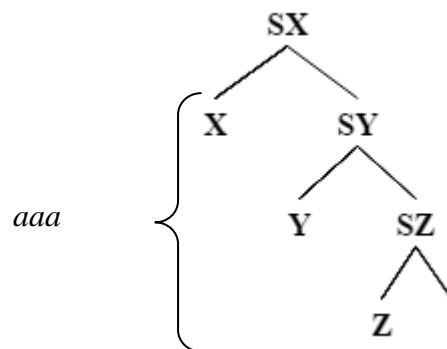
(22)



Tanto en MD como en Nanosintaxis, dos piezas del vocabulario con los mismos rasgos morfosintácticos pueden competir por lexicalizar un mismo terminal. Por regla general, la elección entre varias piezas está determinada por el Principio del Resto (*Elsewhere Principle*) o Principio de Panini (Kiparsky, 1973), el cual establece que el ítem con menos rasgos no asociados gana la competición. Así, tanto la pieza *aaa* (23a) como la pieza *bbb* (23b) contienen los rasgos necesarios para materializar la estructura de (24), pero en este caso *aaa* será la elegida, puesto que es la que contiene los rasgos justos y necesarios:

- (23) a. *aaa* [X, Y, Z]
 b. *bbb* [W, X, Y, Z]

(24)



Por otra parte, de acuerdo con el Principio del Superconjunto (*Superset Principle*, Starke, 2005, 2009; Caha, 2009) un ítem léxico puede materializar un trozo de estructura siempre y cuando contenga al menos una parte de los rasgos de ese trozo de estructura. Esto garantiza que nuestro ítem *bbb* pueda materializar tanto (22) como (24), mientras que *aaa* solo puede lexicalizar la estructura de (24) o estructuras menores del tipo [Y [Z]] o [Z]. Este principio se opone al Principio del Subconjunto (*Subset Principle*, Halle, 1997) de la MD, de acuerdo con el cual el ítem léxico solo necesita contener parte de los rasgos presentes en la estructura para lexicalizarla; es decir, *aaa* podría lexicalizar (22). La MD cuenta con operaciones postsintácticas que pueden suprimir la parte de la estructura no materializada, lo cual es imposible en Nanosintaxis.

De acuerdo con Halle y Marantz (1993), junto a la competencia libre entre dos ítems válidos para materializar un terminal, existe también una competencia determinada por el contexto, que da lugar a fenómenos de alomorfia (*context-dependent allomorphy*). Volviendo al ejemplo de (20), la competición entre las piezas /-s/ y /-es/ por materializar un terminal con el rasgo [+pl.] está condicionada por el contexto, en este caso fónico. Este tipo de alomorfia también recibe el nombre de “supletiva”.

Para terminar, la Nanosintaxis introduce otros dos principios que regulan la materialización. El primero de ellos es el Principio de Lexicalización Exhaustiva (Fábregas, 2007; Ramchand, 2008), que establece que todo rasgo sintáctico debe ser lexicalizado por un elemento del vocabulario, incluso si dicho elemento es fonológicamente nulo. Por su parte, la Condición del Ancla (*Anchor Condition*, Caha, 2009; Pantcheva, 2010, 2011) exige que un ítem léxico materialice al menos su rasgo más bajo. Es decir, la pieza *aaa* de los ejemplos anteriores, que contiene los rasgos [X, Y, Z] puede insertarse en un contexto del tipo [Y, Z], prescindiendo de [X], pero no puede insertarse en un contexto del tipo [X, Y], pues ello supone prescindir de su rasgo más bajo, [Z].

En conclusión, en esta tesis adopto una visión construccionista de la gramática en la que la descomposición semántica tiene lugar directamente en la sintaxis y en la que los papeles temáticos son configuracionales (Hale y Keyser, 1993). Solo hay un componente generativo, la sintaxis, que construye unidades complejas –palabras, sintagmas, oraciones– a partir de morfemas abstractos carentes de contenido fonológico. Asumo la hipótesis de que el léxico se inserta de manera tardía (*late insertion*), dotando a la estructura de contenido fonológico. Asumo también que la materialización puede ser sintagmática (*phrasal spell-out*), lo cual evita, en gran medida, la necesidad de recurrir a operaciones postsintácticas de reajuste. Especialmente relevante para esta tesis es el hecho de que la materialización de sintagma explica de manera natural que un verbo léxico –como *kill* en el ejemplo de McCawley (1968)– pueda encerrar una estructura (eventiva) compleja. Así mismo, la alomorfia contextual o supletiva tendrá un papel destacado a la hora de analizar los mecanismos morfológicos que expresan la alternancia causativo-inacusativa en español y su distribución.

1.2. ESTRUCTURA EVENTIVA Y CAUSATIVIDAD

Como adelanté al comienzo de este capítulo, las nociones semánticas de causación y cambio de estado son fundamentales para comprender el comportamiento gramatical de los verbos alternantes. De acuerdo con lo establecido en el apartado anterior, el significado conceptual complejo de un verbo puede descomponerse por medio de una representación sintáctica de su estructura eventiva. El presente apartado está dedicado, pues, a presentar las nociones básicas sobre causación y estructura eventiva necesarias para la discusión posterior sobre los verbos alternantes de cambio de estado, y también sobre las construcciones causativas analíticas que se estudiarán en el capítulo 10.

La causación puede definirse sucintamente como una relación entre dos eventos,⁵ tal que uno provoca el otro (cf. Davidson 1967; Schank 1973; Miller y Johnson-Laird, 1976). Tiene una dimensión temporal intrínseca, en tanto que el evento causante precede necesariamente al evento causado y es, así mismo, inherentemente contrafactual, de manera que si el evento causante no tiene lugar, el evento causado tampoco ocurre (cf. Lewis, 1973). De acuerdo con Neelemen y van de Koot (2012), la causación no es una noción exclusivamente lingüística, sino una noción psicológica que contribuye a nuestra comprensión del mundo. La lengua puede utilizarse para expresar relaciones causales, pero éstas no están codificadas como primitivos lingüísticos *per se*, de modo que son otros los primitivos que se combinan para dar lugar a expresiones complejas de significado causativo.

(25) [Sol no riega las plantas _{evento 1}] → [las plantas se marchitan _{evento 2}]

(26) a. Las plantas se marchitaron porque Sol no las regó.

b. Las plantas se marchitaron por la falta de riego.

c. Sol no regó las plantas y se marchitaron.

d. Sol estuvo tan ocupada el mes pasado que no tuvo tiempo siquiera para acordarse de regar las plantas, darle mimos al gato o devolver los libros de la biblioteca. Cuando por fin pudo organizarse bien, las plantas ya se habían

⁵ Como desarrollaremos más adelante, la causación no es una relación entre un participante y un evento, sino una relación entre eventos o subeventos.

marchitado, el gato estaba enfadado con ella, y en la biblioteca le habían puesto una multa.

Los ejemplos de (26) muestran algunas de las expresiones lingüísticas que pueden emplearse para codificar la relación causal entre los eventos de (25). En (26a-b), contamos con elementos que hacen expresa dicha relación –*porque*, *por*–, mientras que en (26c), con los dos eventos meramente coordinados, y en (26d), donde ambos eventos no se encuentran siquiera en el mismo ámbito sintáctico, ésta se infiere pragmáticamente a partir del orden secuencial, el contexto y el conocimiento del mundo.

Las construcciones del tipo (27a) reciben el nombre de “causativas léxicas”, pues el evento causante –la acción de Víctor–, el evento causado –la rotura del jarrón– y la relación causal entre ambos son codificados mediante un único elemento léxico. En la bibliografía suele emplearse el término *subevento* para aludir a los distintos eventos que pueden distinguirse dentro de un solo verbo, como en este caso. Los verbos del tipo *romper* denotan cambios de estado y participan típicamente de la llamada alternancia anticausativa⁶ (27b), es decir, cuentan con una variante carente de argumento externo:

- (27) a. Víctor rompió el jarrón.
b. El jarrón se rompió.

Existe un subtipo de verbos causativos formados mediante sufijos como *-izar* e *-ificar* (28-29). Estos verbos constan de una base adjetiva o nominal que denota el estado resultante –evento causado– y un sufijo verbalizador asociado al evento causante. De este modo, las dos partes de la relación causal pueden distinguirse a nivel morfológico dentro de una misma unidad léxica.

- (28) a. Estable > Estabilizar
b. Ruth estabilizó la situación.
c. La situación se estabilizó.

- (29) a. Intenso > Intensificar

⁶ No todos los verbos causativos participan de la alternancia anticausativa. Los que seleccionan sujetos agentivos –del tipo *asesinar*– rechazan sistemáticamente la alternancia (Levin y Rappaport Hovav, 1995).

- b. La llegada de la gerente intensificó la tensión en la sala.
- c. La tensión se intensificó.

Por otra parte, las llamadas causativas analíticas⁷ son construcciones en las que en el evento causante y el causado se expresan mediante unidades léxicas distintas:

- (30) a. Víctor hizo trabajar a Sara hasta las diez de la noche.
- b. Sol hizo a su hija leer *Les fleurs du mal* en francés.

En (30), el evento causante está codificado por el verbo *hacer*, mientras que el evento causado está constituido por una oración de infinitivo. Ambos verbos parecen formar una suerte de unidad, al tiempo que son identificables como entidades distintas. La relación sintáctica entre ellos es un problema complejo que estudiaremos detalladamente en el capítulo 10, donde concluiremos que estas construcciones son predicados complejos integrados por dos eventos independientes que quedan unificados bajo un único nudo oracional, es decir, construcciones bieventivas pero monoclausales. En cambio, las construcciones de (31), aparentemente sinónimas, contienen dos oraciones, una principal *–hacer–* y otra subordina introducida por *que*, lo que se traduce en un mayor grado de independencia sintáctica entre el evento causante y el causado. Así, en este tipo de construcciones, *hacer* puede subordinar cualquier tipo de oración – como por ejemplo, una pasiva (32a)–, mientras que en la construcción de infinitivo, *hacer* ve mermada su capacidad combinatoria (32b).

- (31) a. Víctor hizo que Sara trabajara hasta las diez de la noche.
- b. Sol hizo que su hija leyera *Les fleurs du mal* en francés.

- (32) a. Sol hizo que el libro fuera leído en francés.
- b. *Sol hizo ser leído el libro en francés.

Nótese que, a diferencia de las causativas léxicas, las analíticas no denotan necesariamente un cambio de estado, sino meramente una relación causa-efecto entre dos situaciones. Esto se debe a que las primeras subordinan un estado, mientras que las

⁷ Evitamos emplear el término *causativas perifrásticas* porque *hacer* y el infinitivo no conforman una perífrasis verbal en sentido estricto. Sobre esta cuestión véase Iglesias Bango (1992), entre otros.

segundas subordinan un evento dinámico, como detallaremos más adelante.

Para finalizar, el español carece de causativas sintéticas como las del ejemplo de (33), donde el sufijo japonés *-(s)ase* se adjunta a un verbo, convirtiéndolo en causativo. Las causativas sintéticas exhiben un comportamiento sintáctico a caballo entre el de las léxicas –porque el sufijo y el verbo forman una única palabra– y las analíticas –porque hay dos elementos de naturaleza verbal–, razón por la que han recibido gran atención en la bibliografía.

- (33) Yakko-ga Wakko-ni pizza-o tabe-sase-ta (Harley, 1995: 52)
 Yakko-NOM. Wakko-DAT. pizza-ACU. comer-CAUS-PAS.
 ‘Yakko hizo comer pizza a Wakko.’

En resumen, la causación puede expresarse en el ámbito verbal-oracional mediante distintos grados de amalgama en la lexicalización de los eventos causante y causado. Los verbos del tipo *romper* son formas léxicas en las que ambos eventos quedan unificados, mientras que las construcciones de *<hacer + infinitivo>* son formas analíticas, transparentes para la identificación de las partes. Los verbos del tipo *solidificar* suponen un eslabón intermedio, donde la morfología es transparente aunque el resultado sea léxico.

(34)

Grado máximo de amalgama

Grado mínimo de amalgama

romper > solid-ificar > tabe-sase > [hacer [trabajar]] > [hacer [que alguien trabaje]]

Las construcciones causativas de (27a), (28-30) y (33) plantean un reto para las teorías sobre la relación entre forma y significado ya que, como explica Comrie (1989), los límites entre síntesis y análisis no son nítidos, sino que conforman un *continuum* que refleja el grado en que dos predicciones separadas quedan reducidas a una sola predicción. Nótese que, en realidad, este problema se deriva de la noción misma de *palabra*, entendida como unidad atómica. Desde un punto de vista construccionista, no resulta extraño que un mismo significado complejo pueda ser materializado fonológicamente por una sola pieza del vocabulario, o por varias.⁸

⁸ Esto no implica, necesariamente, que todas las estructuras causativas de (34) encierren la misma estructura.

Las relaciones entre forma y significado han sido implementadas de distintas maneras a lo largo de la historia de la gramática generativa.⁹ Así, de acuerdo con lo explicado en el apartado anterior, la semántica generativa defendió que el significado léxico de las palabras no es atómico, y trató de descomponerlo en primitivos lógicos – *matar* como [causar [morir]]–. En la gramática transformacional, la estructura superficial de las expresiones lingüísticas se deriva de una estructura profunda, que puede ser más compleja, mediante una serie de reglas transformacionales. De este modo, una estructura profunda biclausal del tipo [Andrea hace [(que) Diana ría]] sufre un proceso de simplificación del que se obtiene *Andrea hizo reír a Diana* en estructura superficial. Por otra parte, los modelos lexicalistas asumen que una pieza formalmente simple se crea directamente en el léxico; así, por ejemplo, las operaciones que combinan las piezas *tabe-* y *-sase* en japonés son de naturaleza léxica (morfológica) y tienen lugar antes de que la unidad resultante sea introducida en la derivación.

Hay, por tanto, una tendencia que consiste en mantener separados el módulo conceptual –estructura léxico conceptual, estructura eventiva, estructura profunda– y el módulo formal o sintáctico, definiendo las relaciones entre ambos. Los modelos construccionistas, en cambio, tienden a unificarlos, trasladando el contenido semántico a la sintaxis. De acuerdo con lo establecido en el apartado anterior, el significado causativo de un verbo como *romper* se construye en la sintaxis y es posteriormente materializado por un solo exponente fonológico –mediante materialización de sintagma–; en cambio, los sufijos *-izar* e *-ificar* y el verbo *hacer* lexicalizan por separado una parte –el evento causante– de dicha estructura compleja.

Desde Vendler (1967), se considera que el significado de un verbo es una representación estructurada del evento que denota. Así, desde los inicios de la semántica generativa se ha defendido que las causativas –como sus contrapartidas anticausativas– constan, al menos, de dos subeventos: uno dinámico y uno resultativo.¹⁰

A lo largo de los años, se han desarrollado distintas propuestas para la representación sintáctico-semántica de la causación. En un comienzo, ésta se formalizaba como una relación entre predicados (Dowty, 1979; Davidson, 1967) o como una relación entre un individuo y un evento (Carter, 1976; McCawley, 1968; Levin y Rappaport Hovav, 1988; Jackendoff, 1990) (35), sin recurrir a la presencia de un

⁹ Remito al lector a Kuroda (2003) para un panorama general sobre el tratamiento que han recibido las causativas en la gramática generativa.

¹⁰ Véanse Tenny y Pustejovsky (2000) y Schäfer (2008) para un resumen de la evolución de las ideas lingüísticas a este respecto.

“evento causativo” propiamente dicho:

(35) $x \text{ CAUSE } ((y \text{ BE DARK}) (\text{CHANGE}))$ ¹¹ (Carter, 1976)

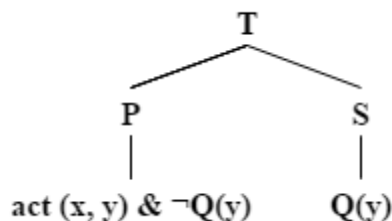
Dentro del marco lexicalista, Levin y Rappaport Hovav (1995) proponen una descomposición semántica de los predicados basada en la Estructura Léxico-Conceptual (*Lexical Conceptual Structure*) de Jackendoff (1990), que se proyecta en la sintaxis por medio de una serie de *linking rules* herederas de Carter (1988).

(Levin y Rappaport Hovav, 1995: 83)

(36) $[x \text{ DO-SOMETHING}] \text{ CAUSE } [y \text{ BECOME } \textit{BROKEN}]$

En otros modelos, el significado del verbo se descompone en una estructura eventiva (*event structure*, Pustejovsky, 1991), que también explica la proyección sintáctica del mismo. A diferencia del modelo de Dowty (1979), basado en la descomposición de las unidades predicativas, el modelo de Pustejovsky (1991) incluye eventos cuantificados como parte del significado verbal y emplea una estructura arbórea para representar las relaciones temporales y jerárquicas entre un evento y sus subeventos

(37) Estructura argumental: $V(x, y)$. (Pustejovsky, 1991: 55)



En (37) vemos que Pustejovsky representa los cambios de estado como transiciones compuestas por un proceso, del que puede participar un agente, y un estado, que se define por la adquisición de la propiedad *Q* por parte del segundo argumento.

¹¹ *Cause* expresa una relación entre *x* y el evento de cambio.

En los modelos construccionistas (Borer 1994, 2005; Travis, 2000; Kratzer, 1996; Marantz, 1997; Ramchand 1997, 2008; Ritter y Rosen, 1998; Harley y Noyer, 2000; Folli y Harley, 2002; entre otros), en cambio, la estructura (sub)eventiva se traslada directamente a la sintaxis. El significado de un verbo se obtiene de la estructura funcional/eventiva en la que se inserta, así como la interpretación de los argumentos depende de su posición estructural. La posibilidad de insertar una misma raíz en distintas configuraciones explica de manera natural las alternancias verbales, esto es, el hecho de que la mayoría de los verbos no tengan un comportamiento sintáctico uniforme.

La idea de que el significado eventivo de los verbos no es atómico desembocó en una descomposición del SV en distintas capas (*VP shells*) à la Larson (1988), con la que se pretende dar cuenta de la estructura subeventiva:

(38) [Sv [v] [SV [V]]]

La ambigüedad de ámbito de ciertos adverbios permite identificar la estructura subeventiva compleja de verbos léxicamente simples. Así, *otra vez* puede ser ambiguo entre dos lecturas (Dowty, 1979; McCawley, 1971; von Stechow, 1996), dependiendo del ámbito que ejerza. En la lectura repetitiva, domina el evento completo y señala que éste tiene lugar por segunda vez (39); en la lectura restitutiva, domina el resultado, indicando que el objeto vuelve a un estado en el que se encontraba anteriormente (40):

(39) a. [*otra vez* [Sv dinámico [SV resultado]]]

b. Nerea cerró la puerta otra vez.

Lectura repetitiva: Nerea ya había realizado la acción de cerrar la puerta antes.

(40) a. [Sv dinámico [*otra vez* [SV resultado]]]

b. Nerea cerró la puerta otra vez.

Lectura restitutiva: La puerta ya había estado cerrada antes y recuperó este estado.

Nótese que la lectura restitutiva permite el siguiente escenario: la puerta no ha sido abierta nunca, Nerea es la primera persona en el mundo que realiza la acción de abrirla. Después, Nerea la cierra *otra vez*. Crucialmente, no es la segunda vez que Nerea

u otra persona la cierra, sino que la puerta vuelve a estar cerrada, como antes. En la lectura repetitiva, en cambio, es la segunda vez que Nerea cierra la puerta y, así mismo, la puerta vuelve a estar cerrada.

Autores como Hale y Keyser (1993), Chomsky (1995), Harley (1995) o Folli y Harley (2002) entre otros, han defendido que el núcleo de la proyección superior en (38) –denominado “v pequeña” (*little v*)– es un elemento funcional que actúa como verbalizador y que contiene la semántica de la causación,¹² constituyendo así el subevento causativo en sí mismo. El argumento externo se entiende como un participante de este evento y es introducido, por tanto, en el especificador:

(41) [Sv SD_{arg. ext.} [v] [SV [V]]]

Esta teoría contrasta con la hipótesis de que el argumento externo no está directamente seleccionado por el verbo y es introducido por una proyección distinta de la de éste (Marantz, 1984; Kratzer, 1996). Siguiendo a Marantz (1984), Kratzer (1996) propone la existencia de un núcleo funcional denominado Voz (*Voice*) que legitima sintáctica y semánticamente la inserción del argumento externo, al tiempo que toma el SV como complemento. Voz establece la relación semántica entre su especificador y su complemento mediante una función de identificación eventiva (*event identification*) con el SV. Se trata de una proyección puramente funcional, carente de contenido eventivo, razón por la que puede ser prescindible –como en el caso de los verbos inacusativos– y por la que puede ser compartida por varios verbos.

(42) [SV_{voz} SD_{arg. ext.} [Voz] [SV [V [SD_{arg. int.}]]]

De acuerdo con la hipótesis de v pequeña, el argumento externo en (41) también se encuentra fuera del SV, introducido por una proyección distinta. La diferencia crucial entre *voz* y v pequeña es que solo el segundo introduce además un evento.

Por otra parte, recordemos que son numerosos los autores que distinguen tres elementos en la semántica de la causación: “causa” (*cause*), “devenir” (*become*) y “estado” (*state*) (Dowty, 1979; Hale y Keyser, 1993; Levin y Rappaport, 1995;

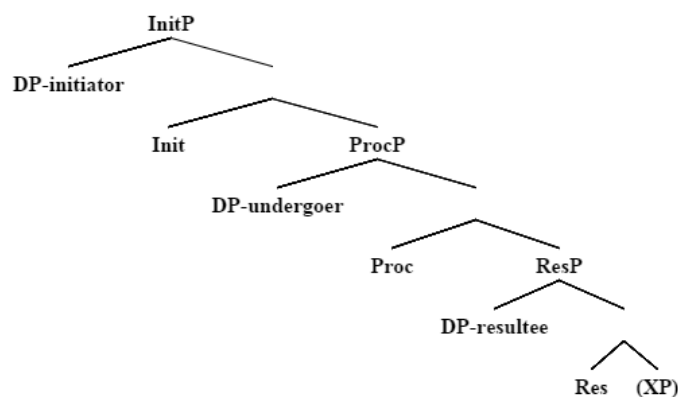
¹² En Hale y Keyser (1993) la descomposición del significado verbal no tiene lugar directamente en la sintaxis.

Wunderlich, 1997; Embick, 2004; McIntyre, 2005, etc.), añadiendo un subevento causativo a una estructura incoativa:

- (43) a. Causativa: [x DO-SOMETHING] CAUSE [y BECOME *BROKEN*]] (LyR, 1995: 83)
 b. Anticausativa: [y BECOME *BROKEN*]] (LyR, 1995: 23)

Ramchand (2008) implementa esta tripartición en su modelo de la “Primera Fase” (*first phase*), que es la descomposición eventiva del SV en la sintaxis:

- (44) (Ramchand, 2008: 39)



SProc(eso) (*ProcessP*) representa el subevento dinámico central, presente en todas las derivaciones (salvo las estativas), e introduce en su especificador un argumento que recibe configuracionalmente la interpretación de paciente (*undergoer*).

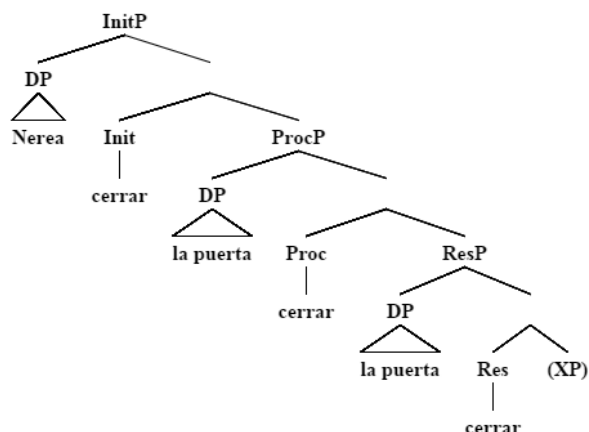
El SInic(iador) (*InitiatorP*) de Ramchand introduce un evento y un argumento externo –el iniciador–. Es una proyección estativa cuya interpretación de “inicio” se desprende de su posición por encima de Proc. En cambio, SRes(ultado) (*ResultP*), también estativo, se interpreta como el efecto o resultado del evento dinámico por encontrarse subordinado a éste y, así, el argumento en su especificador recibe el rol de “resultante” (*resultee*). En otras palabras, el evento causativo se interpreta como tal por anteceder al evento causado y viceversa.

En este modelo, un mismo SD puede identificar el especificador de dos o más subeventos, recibiendo un rol temático compuesto (“asociación múltiple” o *multi-attachment*). Igualmente, un mismo V puede identificar dos o más núcleos, es decir, lexicalizar por sí mismo una estructura eventiva compleja. Así, en (45) *Nerea* es

iniciador y *el jarrón* es paciente-resultante, mientras que en (46), *Víctor* es iniciador-paciente:

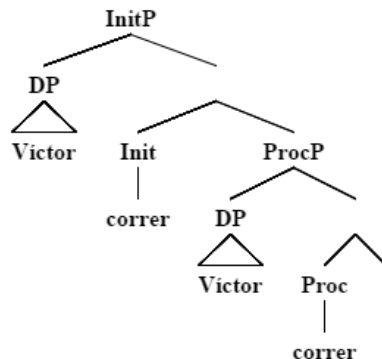
(45) a. Nerea cerró la puerta.

b. (Adaptado de Ramchand, 2008: 75)



(46) a. Víctor corrió.

b. (Adaptado de Ramchand, 2008: 72)



El principal problema de esta propuesta es que no hay una tercera lectura para *otra vez* que permita aislar la presencia de tres subeventos en las causativas (cf. von Stechow, 1996; Schäfer, 2008):

(47) a. Nerea cerró la puerta otra vez.

b. Lectura1: La acción de Nerea, junto con el evento de apertura y el estado resultante, se repiten.

c. *Lectura 2: El evento de apertura y el estado resultante se repiten:

*[subevento 1 [otra vez [subevento 2 [subevento 3]]]]

d. Lectura 3: el estado resultante se repite.

Concluyo, por tanto que la estructura eventiva del VP no puede descomponerse en más de dos subeventos.

En esta tesis adopto una estructura escindida del SV en dos subeventos, tal que el subevento superior contiene un núcleo verbalizador eventivo o *v* pequeña. Dicho núcleo carece de semántica causativa, pues la causación se obtiene configuracionalmente: es la mera subordinación de un subevento a otro lo que permite inferir una relación causa-efecto entre ambos (cf. Hale y Keyser, 1993; Higginbotham, 2000; Cuervo, 2003; Alexiadou et al., 2006, 2015; Marantz, 2006; Nash, 2006; Ramchand, 2006; Schäfer, 2008; entre otros). Nótese que en (48) el subevento resultativo se expresa como un SPred, una cláusula reducida que predica un estado del argumento interno (AI).

$$(48) [_{SVoz} SD_{AE} [Voz] [_{Sv} [v] [_{SPred} SD_{AI} [Pred]]]]$$

Subevento 1 → Subevento 2



Relación causativa obtenida por la relación estructural (1=causa, 2=efecto)

La estructura de (48) denota un cambio de estado: el subevento 1, dinámico, expresa el cambio y el subevento 2, estativo, el estado. Los cambios de estado son causativos en el sentido de que la relación de subordinación entre estos subeventos se interpreta configuracionalmente como una relación causa-efecto –se produce un evento dinámico, cuya consecuencia es un estado–. Esta estructura compleja es lo que diferencia los verbos de cambio de estado de otros verbos télicos, como veremos en el capítulo 2 (apartado 2.1.). Más adelante defenderé que las variantes causativa e inacusativa de la alternancia comparten esta misma estructura eventiva, diferenciándose tan solo respecto de la presencia / ausencia de un argumento externo. Esto supone asumir que la relación causa-efecto –[cambio [estado]]– es independiente de que el evento dinámico suceda de manera espontánea o sea instigado por un agente o causante externo.

El evento denotado por *v* pequeña es dinámico, pero no específicamente “causativo”. Por ello, en el siguiente apartado defenderé que el argumento causante no

está directamente seleccionado por él, sino que se proyecta en Voz (Kratzer, 1996, 2005; Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2003; Collins, 2005; Alexiadou et al., 2006, 2015; Merchant, 2008; Schäfer, 2008, 2012; Harley, 2013, entre otros). El subevento dinámico de *v* pequeña está presente, como defenderé más adelante, en eventos incoativos de cambio de estado que expresan una relación causa-efecto “espontánea” –*el jarrón se rompió*–, donde no introduce ningún agente o causa desencadenante.¹³

Otros autores como Cuervo (2003), Pylkkänen (2002, 2008) o Schäfer (2008, 2012) también hacen un uso combinado de *v* pequeña y Voz, si bien cada uno de sus modelos difiere en ciertos detalles del aquí esbozado. En el siguiente apartado se elabora más detalladamente la discusión en torno a estas dos proyecciones.

1.3. LA INTRODUCCIÓN DEL ARGUMENTO EXTERNO

La escisión del SV sirve para dar cuenta de la estructura compleja que subyace a ciertos verbos. Bajo el supuesto de que el significado de los verbos no es atómico, se acepta la idea de que es generativo, composicional y, por tanto, sintáctico. En su definición original, *v* pequeña alberga, como hemos dicho, la semántica causativa. Partiendo de los primitivos en los que Hale y Keyser (1993) descomponen los predicados, Harley (1995) y Folli y Harley (2005) explotan las propiedades de esta proyección estableciendo distintos tipos o “sabores” (*flavours*) de *v* pequeña:

- v_{DO} tiene semántica agentiva, introduce un agente (impone una restricción de animacidad) y selecciona complementos nominales:

(49) a. [Sv SD_[+animado] May [v_{DO} comer [SD una manzana]]]

b. May comió una manzana

- v_{CAUSE} no impone restricciones sobre el tipo de argumento externo que introduce, pero selecciona una cláusula reducida como complemento, la cual denota un estado resultante. Es precisamente la configuración [Sv [SC]] lo que da lugar a la semántica de “cambio de estado”, y esto a su vez es lo que hace que el argumento externo se interprete como causante del cambio.

¹³ Esto implica que puede haber causación sin causante (cf. Pylkkänen, 2002).

(50) a. [_{Sv} SD el calor [_{vCAUS} derretir [_{SC} SD el chocolate [_{V_{adjetival}} derretido]]]]

b. El calor derretió el chocolate.

- _{vBECOME} también selecciona una cláusula reducida, pero no introduce argumento externo, por lo que da lugar a estructuras inacusativas y alterna con _{vCAUSE}.

(51) a. [_{Sv} [_{vBECOME} se [_{SC} SD el chocolate [_{V_{adjetival}} derretido]]]]¹⁴

b. El chocolate se derretió.

Con esta tipología de *v* pequeña, Folli y Harley pretenden codificar en la sintaxis las restricciones de selección del argumento externo, atribuyéndolas a estructuras particulares –de ahí la importancia del tipo de complemento seleccionado por *v*–.

Autores como Pylkkänen (2002) y Cuervo (2003) adoptan la teoría de los sabores, con ciertas salvedades. En primer lugar, para estas autoras *v* pequeña no es directamente responsable de la inserción del argumento externo, sino que los distintos tipos de *v* son los que determinan la presencia / ausencia de Voz. Ambas establecen una diferencia crucial entre núcleos que introducen eventos –*v* pequeña– y núcleos que introducen argumentos –como Voz y Aplicativa (*applicative*)– siguiendo a Marantz (1997).

Recientemente, la propia Harley (2013) ha abandonado la idea de que el argumento externo sea introducido por *v* pequeña, adoptando así la hipótesis de Voz. Basándose en la distribución de los morfemas aplicativos, causativos y pasivos en Haiki (lengua de la familia uto-azteca), la autora concluye que el argumento externo no puede ser introducido por el mismo núcleo –*v* pequeña– que aloja el morfema causativo sin que se produzcan violaciones del “Principio del Espejo” (*Mirror Principle*, Baker, 1988) al añadir aplicativos. En (52) se observa que el morfema aplicativo sigue al causativo, al tiempo que el argumento que introduce –*usita* (‘el niño’)– se encuentra entre el externo –*nee* (‘yo’)– y el interno –*avionta* (‘avión’)–, a juzgar por las relaciones de mando-c, lo cual no habría de ser posible si el morfema causativo y el argumento externo se encontraran en la misma proyección.

¹⁴ Nótese que las anticausativas tienen la misma estructura que las causativas salvo porque _{vBECOME}, a diferencia de _{vCAUSE}, no introduce argumento externo.

- (52) Nee usi-ta avion-ta ni'i-**tua-ria**-k (Harley, 2013: 45)
 yo niño-ACU. avión-ACU. volar-**CAUS-APL.**-PERF.

Así, Harley (2013) llega a la conclusión de que el argumento externo ha de encontrarse en una posición (Voz) separada del sufijo causativo, hipótesis que yo también seguiré en este trabajo.

Volviendo a la naturaleza de *v*, Cuervo (2003) propone la siguiente tipología:

- v_{DO} : se combina con Voz e introduce un evento dinámico. En una estructura simple, da lugar a predicados de actividad, transitivos e inergativos –con o sin complemento SD– del tipo *barrer el suelo*, *reír*.
- v_{GO} : no se combina con Voz e introduce un evento dinámico. En una estructura simple, da lugar a predicados inacusativos –del tipo *caer*–, tomando un argumento interno.
- v_{BE} : introduce un estado –evento no dinámico–, así como un argumento externo en su especificador –es estructuralmente similar a una C(láusula)R(educida)–.

Estos “sabores” de *v* reflejan el *Aktionsart* de los verbos, diferenciando los eventos dinámicos de los no dinámicos, y mantienen la distinción de Folli y Harley (2002) entre $v_{transitivo/inergativo}$ y $v_{inacusativo}$. Estos eventos simples o primitivos pueden combinarse para dar lugar a eventos complejos, lo cual permite articular la estructura eventiva mediante un procedimiento sintáctico:

(adaptado de Cuervo, 2003:19)

- [v_{DO} [v_{DO}]]: causativa del tipo *hacer reír*.
- [v_{DO} [v_{GO}]] causativa del tipo *hacer caer*.
- [v_{DO} [v_{BE}]]: causativa del tipo *romper* (cause (*broken*)).
- [v_{GO} [v_{BE}]]: anticausativa del tipo *romperse*.

Cuervo subraya que en español se emplean dos unidades léxicas diferentes cuando un evento dinámico subordina otro evento dinámico (*hacer reír*), mientras que las formas simples se emplean cuando éste subordina uno estativo (*romper*). Como

veremos en el capítulo 10, esta es una diferencia crucial para la distribución de las formas analíticas y sintéticas.

La aportación fundamental que encontramos en Cuervo y en Pylkkänen consiste en reducir a dos los predicados dinámicos – v_{CAUSE} y v_{BECOME} en Pylkkänen, v_{DO} y v_{GO} en Cuervo–. Cuervo sencillamente establece que v_{DO} puede tomar como complemento bien un SD o bien otro predicado, de manera que su argumento externo reciba interpretación de agente o causa respectivamente. Así, la causación es la interpretación configuracional que se obtiene cuando un predicado dinámico subordina otro predicado. Como anuncié en el apartado anterior, esta es una de las ideas que asumo en esta tesis: la causación es una relación entre eventos, y un argumento solo se interpreta como causante en una configuración causativa –esto es, compleja, con un subevento resultativo–. Postular la existencia de un núcleo funcional con semántica causativa resulta, por tanto, innecesario.

El núcleo $v_{\text{BECOME}} / v_{\text{GO}}$ proviene del operador incoativo empleado por autores como Dowty (1979), Bierwisch (2005), Beck (2005), Jackendoff (1990), Gronemeyer (1999), Embick (2004), o Kimball (1973), y solo se diferencia de $v_{\text{DO}} / v_{\text{CAUSE}}$ en que no se combina con Voz, es decir, en su carácter inacusativo.

Kratzer (2005) propone que la distinción $v_{\text{CAUSE}} / v_{\text{BECOME}}$ es innecesaria –son en realidad el mismo tipo de predicado dinámico– porque no es cierto que las construcciones inacusativas carezcan siempre de Voz. Siguiendo a Levin y Rappaport (1995) y Chierchia (2004), la autora asume que las anticausativas del tipo *el jarrón se rompió* son causativas en el sentido de contener una estructura compleja con dos subeventos y asume, además, que contienen una proyección Voz (cf. Alexiadou et al., 2006, 2015) –el clítico *se* se inserta en esa posición bloqueando el argumento externo–. En consecuencia, propone que hay un *v* pequeña “amalgamado” (*boundled*) con Voz (Pylkkänen, 2002)¹⁵ en causativas y anticausativas, haciendo desaparecer cualquier diferencia entre v_{CAUSE} y v_{BECOME} .

A pesar de lo atractivo que resulta reducir la información semántica contenida en *v* al prescindir de las etiquetas o sabores, considero que el argumento de Kratzer (2005) es insuficiente por dos razones. En primer lugar, en el capítulo 9 desarrollaré un análisis

¹⁵ Pylkkänen (2002) propone que v_{CAUSE} no siempre introduce un argumento externo, es decir, puede haber construcciones causativas sin causante. La autora defiende que en algunas lenguas, *v* y Voz están amalgamados (*boundled*), razón por la que la introducción del argumento externo se vuelve obligatoria. Por otra parte, a diferencia de Kratzer (2005), Pylkkänen (2002) sí hace uso del predicado v_{BECOME} para las inacusativas.

en el que las anticausativas del tipo *el jarrón se rompió* tienen la misma estructura compleja que sus contrapartidas causativas, pero carecen de Voz. En segundo lugar, dejando de lado las anticausativas, queda por explicar la naturaleza de *v* en las inacusativas “puras” del tipo *El rosal floreció*, que tradicionalmente se analizan sin Voz –con v_{BECOME} en los modelos de Folli y Harley (2002), Pylkkänen (2002) y Cuervo (2003)–.

El problema que subyace a esta discusión no es otro que el de la legitimación del argumento externo. A pesar del triunfo de las ideas de Marantz (1984) y Kratzer (1996), los autores continúan tratando de resolver una cuestión básica: algunos verbos requieren obligatoriamente la presencia de un argumento externo (*reír*), otros requieren su ausencia (*floreecer*) y otros son indiferentes a este respecto (*romper*). Las dos soluciones que se desprenden de las propuestas presentadas son a) el argumento externo viene introducido por un tipo particular de *v* pequeña, b) el argumento externo viene introducido por Voz, pero la información contenida en *v* es lo que legitima la proyección de Voz. En cualquiera de los dos casos, un cambio en *v* tiene consecuencias para el argumento externo (cf. Harley, 1995; Marantz, 1997). En el planteamiento original de Chomsky (1995), la legitimación del argumento externo dependía directamente de la legitimación de caso acusativo. Así, una *v* pequeña plena chequea acusativo y selecciona un agente, mientras que una *v* pequeña defectiva no chequea acusativo y no toma argumento externo. La distribución de ambas da lugar al epifenómeno de la alternancia causativo-inacusativo.

Un dato a favor de la distinción entre dos tipos de $v_{\text{DINÁMICO}}$ es que en muchas lenguas son materializados mediante exponentes distintos:

(53) a. *bidâr* **shodan**. (Persa, Folli et al. 2005)

despierto volver.se.

‘Despertarse.’

b. *bidâr* **kardan**.

despierto hacer.

‘Despertar_{transitivo}’

(54) a. *miz-o* *tamiz* **kard-am**. (Folli et al., 2005: 1389)

mesa.ACU. limpio hacer.1SG.

‘Yo limpié la mesa.’

b. miz tamiz **shod**.

mesa limpio volser.se

‘La mesa se limpió.’

El persa es una lengua en la que los predicados complejos, formados por < verbo ligero + nombre / adjetivo > han reemplazado progresivamente a los verbos léxicamente simples. La alternancia anticausativa en los pares de (53-54) se produce cambiando el verbo ligero.

La siguiente sección aborda el problema de la identificación y la localización de un rasgo funcional relacionado con la presencia / ausencia de argumento externo, cuya existencia queda justificada a la luz de la discusión que ha sido presentada en este apartado.

1.3.1. Los sabores de *v* pequeña como rasgos funcionales

En las teorías de Harley (1995), Pylkkänen (2002), Cuervo (2003) y Folli y Harley (2005), los sabores de *v* pueden entenderse como rasgos funcionales secundarios dentro de un núcleo funcional. Así, otros autores (cf. Lyutikova y Tatevosov, 2013) distinguen simplemente $v_{TR.}$ / $v_{INTR.}$ para clarificar que los sabores no tienen que ver con la semántica del predicado, sino meramente con la presencia / ausencia de argumento externo. Este es un modelo de “variación horizontal” (Jaque, 2013), en tanto que los dos valores dependen de un mismo nivel sintáctico –y se encuentran, por tanto, en distribución complementaria–. Una posibilidad alternativa es la que plantea Key (2012, 2013) al descomponer el núcleo *v*, creando un modelo de “variación vertical”, es decir, un modelo en el que los distintos núcleos, con distintos valores, están ordenados en una jerarquía de proyecciones.

En turco, v_{CAUSE} y v_{BECOME} pueden estar materializados por exponentes distintos. Crucialmente, como vemos en (55-56), los morfemas verbalizadores *-ar-* y *-le-* son independientes de los morfemas causativo (*-t-*) e incoativo (*-n-*). En (57) observamos, incluso, que los tres pueden coaparecer en la misma estructura –con el morfema causativo subordinando al incoativo–. Esto resulta totalmente inesperado en un modelo de variación horizontal: los morfemas causativo e incoativo deberían estar en distribución complementaria y deberían bastar por sí solos para verbalizar la estructura.

(Key, 2012: 12)

- (55) a. sar-ar-t / b. sar-ar-Ø
 √-v-caus √-v-become
 ‘volver amarillo’ ‘volverse amarillo’

- (56) a. giz-le- Ø / b. giz-le-n
 √-v-caus √-v-become
 ‘esconder’ ‘escondarse’

- (57) a. bu-la-n-dır / b. bu-la-n
 √-v-become-caus √-v-become
 ‘enturbiar’ ‘enturbiarse’

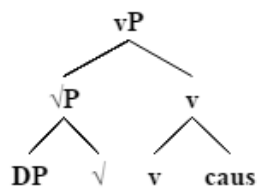
En cambio, en (58-59) vemos que v puede aparecer fusionado con uno de los dos “sabores”:

- (58) a. boz- Ø / b. boz-ul (Key, 2012: 13)
 √-v.caus √-v.become
 ‘arruinar’ ‘arruinarse’

- (59) a. don-dur / b. don- Ø
 √-v.caus √-v.become
 ‘congelar’ ‘congelarse’

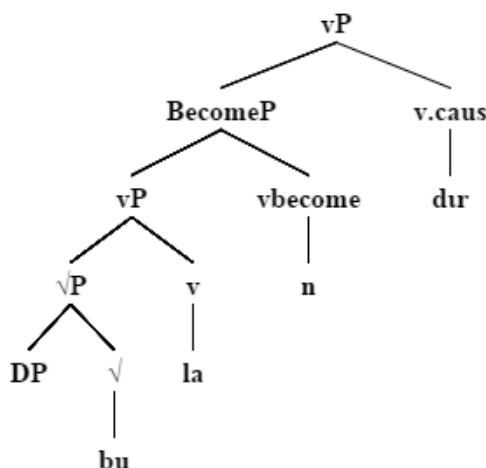
Key, desde los planteamientos de la Morfología Distribuida, defiende que el núcleo v puede sufrir una operación de fisión postsintáctica, escindiéndose en [v, caus] como vemos en (60) –es decir, separando la función verbalizadora de v de su sabor–.

(60) (Key, 2013: 112)



El árbol de (61) es la estructura que propone para (33a): el hecho de que los exponentes asociados a los dos sabores no aparezcan en distribución complementaria descarta la posibilidad de analizarlos siguiendo un modelo “horizontal” y obliga a ordenarlos jerárquicamente.

(61) (Key, 2012: 17)



Consideremos ahora el siguiente ejemplo del español:

(62) a. El tráfico puso nerviosa a Cris.

b. Cris se puso nerviosa.

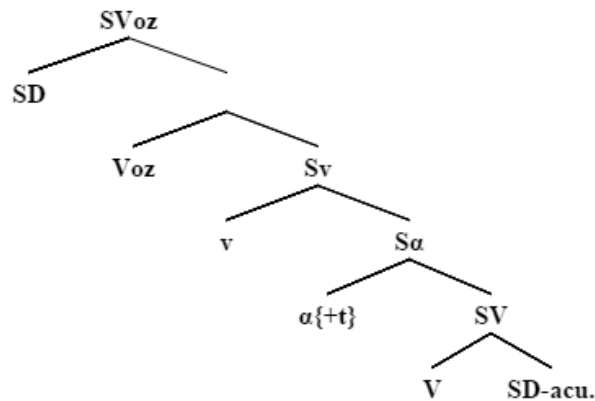
En (62) vemos que el predicado complejo *poner nervioso* emplea el mismo verbo ligero en las variantes causativa e inacusativa de la alternancia. Presumiblemente, *poner* es el exponente de *v* pequeña, el verbalizador del predicado. Si asumimos que el clítico *se* es la materialización fonológica de *v_{BECOME}*, surge un problema similar al del turco, pues en (62b) tenemos dos exponentes para un solo núcleo. Esto aboga por una escisión vertical. Por otra parte, el español carece de exponentes propiamente asociados con *v_{cause}*, por lo que no pueden darse casos como el de (57a) y carecemos de pruebas a favor de separar también los dos sabores.

La discusión presentada en esta sección y la anterior demuestra la necesidad de postular rasgos funcionales de tipo {TR.} / {INTR.}, así como la necesidad de separarlos de la función propiamente verbalizadora del núcleo *v*. No obstante, considero que el análisis de Key (2012, 2013), tal y como está formulado, resulta problemático por dos

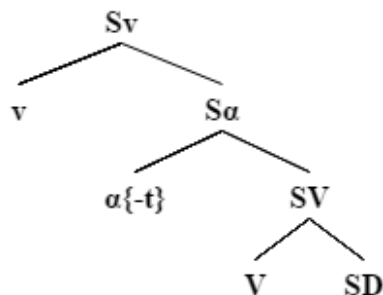
razones. La primera es que hace uso de operaciones postsintácticas –fisión–, algo que, de acuerdo con lo establecido en el apartado 1, es rechazado en Nanosintaxis por su carácter redundante y porque supone asumir que la derivación puede ser modificada a posteriori por un módulo no computacional. La segunda razón es que la fisión deriva en la escisión de un núcleo que hasta ahora se había considerado como un primitivo sintáctico, un núcleo que viene, a su vez, de la escisión del SV.

Para evitar este tipo de problemas, trabajaré en esta tesis con la siguiente hipótesis alternativa: los rasgos $\{\text{TR.}\} / \{\text{INTR.}\}$ –que llamaré simplemente $\{+t(\text{transitivo})\}$ y $\{-t(\text{transitivo})\}$ – son valores de un núcleo α , distinto de v , donde se encuentran en distribución complementaria ($\alpha\{\pm t\}$). Esto nos permite separar v de los sabores sin separar los sabores entre sí y sin escindir v :

(63)



(64)



La proyección $S\alpha$ está inspirada en López (2012), quien propone la existencia de una proyección funcional entre $[Sv]$ y $[SV]$. Otros autores han defendido que esa proyección funcional es una aplicativa (Cuervo, 2003; Marantz, 2003; Pylkkänen, 2006; Bruening, 2010), mientras que otros, como Travis (2010) la vinculan al aspecto interno. En López, $S\alpha$ está fundamentalmente asociada al caso, dativo –asume funciones de las aplicativas– o acusativo, pues es la proyección mediante la que el autor explica el marcado diferencial de objeto –cuya morfología es sincrética con la del dativo–. En la medida en la que el marcado diferencial está relacionado con la cuantificación nominal, el $S\alpha$ de López asume valores que podríamos llamar aspectuales.

En mi análisis, sin embargo, $S\alpha$ es simplemente un asignador de caso acusativo. Si α es $\{-t\}$ no asigna acusativo y, en consecuencia, $SVoz$ no se proyecta. La idea no es que Voz dependa directamente de un rasgo en α , sino que la derivación no introduce un nuevo argumento vía Voz si hay presente un argumento interno sin caso. Si voz es $\{+t\}$, en cambio, el argumento interno queda legitimado y eso permite que la derivación continúe añadiendo argumentos. Este planteamiento coincide en cierta medida con el de Chomsky (1995), en tanto que se establece una relación entre el caso y la presencia / ausencia de argumento externo (cf. Burzio, 1986); no obstante, la diferencia radica en que Chomsky considera v pequeña como el *locus* de la asignación de acusativo y, por ende, de la inserción del argumento externo.

1.4. LA INTERPRETACIÓN TEMÁTICA DEL ARGUMENTO EXTERNO

1.4.1. La distinción de los papeles temáticos de agente y causa

Como es sabido, el argumento externo puede recibir tres interpretaciones semánticas: causa, agente e instrumento; no obstante, la noción de instrumento puede quedar subsumida en la de “agente”,¹⁶ lo cual reduce los posibles papeles temáticos a dos. Esta dicotomía ha sido un importante objeto de discusión en la bibliografía sobre estructura argumental (Levin y Rappaport Hovav, 1995; Fujita, 1996; Folli y Harley, 2005; Alexiadou et al. 2015, entre otros muchos), y plantea fundamentalmente dos problemas. El primero de ellos consiste en dilucidar si existen efectivamente dos roles diferenciados o si ambos pueden, en cambio, englobarse bajo una etiqueta más amplia

¹⁶ Los instrumentos requieren la manipulación de un agente (cf. Schäfer, 2012).

(cf. Dowty, 1991). El segundo problema atañe al papel que juega la estructura en la interpretación semántica del argumento externo (Hale y Keyser, 1993; Cuervo, 2003, entre otros).

La definición tradicional de “agente” es la de un actante volitivo, capaz de controlar la acción verbal que efectúa; por esta razón, se trata de un rol restringido a SSNN humanos o, al menos, animados (65a). En cambio, el rol de “causa” carece de tales restricciones semánticas y se asocia típicamente con seres inanimados, especialmente fuerzas de la naturaleza o SSNN eventivos; sin embargo, cabe recordar que los SSNN humanos pueden también desempeñar este papel temático (65b):

(65) a. *Patricia* leyó un libro. → Agente.

b. *Hamlet* (mediante sus acciones) enloqueció a Ofelia. → Causa (aunque sea humano y pueda ser volitivo).

Numerosos autores mantienen una distinción nítida entre “agente” y “causa”, que puede venir dada desde el léxico (Reinhart, 2000), estar asociada a distintas proyecciones sintácticas (Fujita, 1996; Fábregas, 2014; Alexiadou et al., 2015) o estar determinada por la naturaleza del núcleo que introduce el argumento externo – v_{CAUSE} vs. v_{DO} en Folli y Harley (2005)–. Sin embargo, en esta tesis sigo las ideas de aquellos autores que han defendido que las nociones de “agente” y “causa” son matices interpretativos subsumidos en un rol temático más amplio que podemos llamar “proto-agente” (Van Valin, 1977; Dowty, 1991; Van Valin y LaPolla, 1997) o “iniciador” (Ramchand, 2008). En estas teorías, el iniciador es el argumento que desencadena el evento, y puede interpretarse como agente o causa dependiendo de los factores semánticos antes mencionados –control, volición, animacidad– así como del contexto sintáctico y comunicativo. En consecuencia, el argumento externo se proyecta siempre en una misma posición, y la distinción agente / causa no tiene una refracción sintáctica. En todo caso, el entorno sintáctico puede favorecer una interpretación u otra.

De acuerdo con lo expuesto en el apartado anterior, asumo que el argumento externo se proyecta invariablemente en Voz, posición asociada a la semántica de los proto-agentes o iniciadores. La interpretación específica del argumento externo como agente o causa se actualiza en función del contexto sintáctico. Crucialmente, un argumento externo no puede recibir interpretación de causa si no se encuentra en una estructura que exprese una relación causal, esto es, una estructura en la que se distingan

dos (sub)eventos, uno de ellos resultado del otro. Es más, si un argumento externo se encuentra en tal configuración, recibe obligatoriamente interpretación de causa.

(66) a. El viento silba entre los árboles.

b. Cora silba entre los árboles.

(67) a. El sol secó la ropa.

b. Cora secó la ropa.

(Causas, porque la estructura es compleja.)

(68) a. La noticia hizo llorar a Diana.

b. Andrea hizo reír a Diana.

(Causas, porque la estructura es compleja.)

Los argumentos externos de las oraciones de (67-68) se interpretan necesariamente como causantes, a diferencia de los de (66), porque se encuentran en una configuración causativa (69). En consecuencia, tanto las causativas léxicas como las analíticas cuentan siempre con un argumento causante. Los argumentos externos de (66) son “agentes”, aunque el de (66b) sea inanimado, pues son los participantes que realizan la acción en una configuración eventiva simple (70), es decir, una estructura en la que no hay un subevento estativo. Los sujetos de (67b) y (68b) son causantes, pero su animacidad los hace susceptibles de control y volición; por ello, pueden interpretarse como “agentes” en el sentido de que son “causantes conscientes”, pero causantes al fin y al cabo.

(69) [_{SV_{VOZ}} SD Cora / el sol [_{VOZ}] [_{SV} [_V] [_{SPRED} SD la ropa [_{Pred}] [_{SA} [_A seco]]]]]

(70) [_{SV_{VOZ}} SD agente_[+animado] [_{VOZ}] [_{SV} [_V] [_{SV} [_V] [(SD)]]]]]

En definitiva, los causantes pueden ser agentivos –volitivos–, pero los agentes no tienen porqué ser causantes. Se trata, por tanto, de un mismo rol escindido en dos en función de la configuración sintáctica: la presencia de un estado resultante obliga a la

interpretación del argumento externo como causa (Cuervo, 2003; Ramchand, 2008;¹⁷ Schäfer, 2008, 2012; entre otros).

1.4.2. Causas mediatas e inmeditas

Una vez planteado el problema de la distinción entre *agente* y *causa* pasamos a ocuparnos de otra dicotomía básica: *causa mediata* (indirecta) frente a *causa inmediata* (directa). Estas nociones están directamente vinculadas a la complejidad formal de las construcciones causativas, por lo que se han utilizado como claves semánticas para establecer las diferencias entre las léxicas y las analíticas (Shibatani, 1973; Shibatani y Pardeshi, 2002; Ramchand, 2012), que estudiaremos en el capítulo 10.

Una causa se interpreta como “mediata” o “indirecta” cuando los dos eventos no guardan una relación de dependencia y no están necesariamente ligados temporalmente (cf. Nedjalkov y Silnitsky, 1973; Levin y Rappaport, 1999), de manera que el argumento en cuestión actúa como un mero instigador del evento causado (cf. Masica 1976).

(71) a. Víctor hizo a Sara bailar.

b. [[Víctor [evento causante hacer]] [Sara [evento causado bailar]]]

En cambio, una causa se entiende como “inmediata” o “directa” cuando los dos eventos coinciden temporalmente (Fodor, 1970) y aparecen unificados en una estructura simple (Fodor, 1970; Katz, 1970; Bittner, 1999; Levin y Rappaport 1999; Wolf, 2003), pues este vínculo estrecho entre ellos es lo que permite interpretar que el iniciador opera directamente sobre el objeto (cf. Masica, 1976).

(72) a. Víctor mató a Sara.

b. [Víctor [[evento causante] + [evento causado]]]

¹⁷ Para Ramchand, tanto los agentes como los causantes se interpretan en el especificador de Init, la diferencia es el resto de la configuración eventiva: los eventos no causativos no tienen ResP, a diferencia de los causativos, de manera que la interpretación del especificador de Init es composicional; sin embargo, hay verbos no causativos con ResP (*push*, ‘empujar’), y verbos causativos sin ResP (verbos que participan de la alternancia, como las realizaciones graduales). Ramchand (2012) diferencia entre *causantes puros* y *agentes*: los primeros se obtienen cuando los núcleos Init y Proc no están identificados por el mismo elemento, y los segundos cuando sí que son iguales: en ese caso el especificador de Init tiene que estar implicado mental o físicamente en el proceso.

La complejidad de la expresión lingüística es lo que determina el grado de dependencia entre los eventos y que esto a su vez es lo que determina el “vínculo” directo o indirecto que guarda el argumento externo con el evento causado (cf. Comrie, 1989). Cuando ambos están lexicalizados por piezas léxicas distintas, la única interpretación posible para el argumento causante es la de “causa indirecta”, pues la distinta lexicalización permite “separar” los eventos. En cambio, si los dos eventos están lexicalizados por una sola pieza léxica, quedan amalgamados, y el argumento se relaciona directamente con los dos a un tiempo.

No obstante, el argumento externo de una causativa léxica puede ser interpretado como una causa indirecta, (cf. Neeleman y van de Koot, 2012):

(73) El estado precario de la sanidad española mató a mi hermano.

(Neeleman y van de Koot, 2012: 28)

(74) Opening bus lanes to motorcycles will redden the streets of London with
abrir bus carril a motocicletas FUT. enrojecer las calles de Londres con
cyclist's blood.

ciclistas.GEN sangre

‘Abrir el carril bus para las motocicletas teñirá de rojo las calles de Londres con
sangre de ciclistas.’

En estos ejemplos, nuestro conocimiento del mundo nos dice que *el estado precario de la sanidad española* o *la apertura del carril-bus* no son causas directas, lo cual no impide que los hablantes las codifiquen lingüísticamente como tales, queriendo expresar un vínculo más fuerte entre ellas y los eventos, o un mayor grado de responsabilidad.

En definitiva, si los eventos se codifican con independencia, la relación entre estos y el argumento es necesariamente indirecta. En cambio, si los eventos quedan amalgamados, el argumento queda a su vez codificado como una causa directa, aunque no lo sea. La estructura de una causativa léxica codifica al causante como directo, pero no obliga a interpretarlo así, a diferencia de las causativas analíticas, cuya propia configuración solo deja una interpretación disponible.

La siguiente tabla resume lo expuesto en este apartado y el anterior:

TABLA 1: INTERPRETACIÓN DEL ARGUMENTO EXTERNO

		Estructura eventiva simple	Estructura eventiva compleja	
			Eventos amalgamados	Eventos independientes
Agente		sí	no	no
Causa	directa	no	sí	No
	indirecta		no	Sí

1.5. CONCLUSIONES

En este capítulo he presentado las ideas fundamentales que se han planteado en los estudios sobre la interfaz léxico-sintaxis desde los orígenes de la gramática generativa, y he abogado por una visión construccionista de la gramática, donde la descomposición semántica se traslada directamente a la sintaxis.

El construccionismo se basa en la idea de que las palabras no son unidades atómicas, ni formal ni conceptualmente. La sintaxis es el único módulo generativo, las reglas morfológicas no son distintas de las reglas sintácticas, y quedan subsumidas en ellas.

Si las palabras no son atómicas, su significado no proyecta la estructura la estructura sintáctica, sino que se construye en ella. Este es el cambio fundamental de perspectiva frente al lexicalismo, y para implementarlo es necesario recurrir a la hipótesis de la inserción tardía. Los elementos del vocabulario dotan de expresión fonológica a los nudos terminales o a “trozos” (*chunks*) mayores de estructura mediante la operación de materialización. Nótese que la tensión entre las expresiones analíticas y sintéticas que las distintas lenguas emplean para expresar un mismo significado –por ejemplo el inglés *taller* frente al español *más alto*– queda reducida al inventario léxico de cada lengua y a la competición entre sus piezas: si una lengua carece de un ítem capaz de materializar un trozo grande de estructura en concreto (síntesis), habrá de recurrir a varios ítems (análisis). La competición entre las piezas léxicas puede estar determinada tan solo por su “tamaño” (el número de rasgos que sean capaces de abarcar mediante materialización de sintagma) o por el contexto sintáctico.

En el apartado 1.2. he defendido que los verbos de cambio de estado denotan eventos complejos en los que un subevento dinámico subordina un subevento estativo. La interpretación composicional obtenida a partir de dicha relación de subordinación es la de causa-efecto, independientemente de la presencia / ausencia de un argumento externo en la estructura. Asumo, así mismo, que la estructura eventiva es sintáctica, y que la interpretación temática de los argumentos se obtiene a partir de las relaciones configuracionales que establecen en dicha estructura.

El apartado 1.3. ha sido dedicado al problema de la introducción del argumento externo en la sintaxis y a la polémica entorno a SVoz, Sv y los rasgos funcionales o sabores que determinan, en última instancia, el carácter transitivo o inacusativo de la construcción. He defendido que el argumento externo es introducido por Voz, una proyección funcional no eventiva distinta de *v* pequeña; así mismo, he planteado la hipótesis de que los rasgos $\{\pm t\}$ se encuentran disociados de *v* pequeña, a la que atribuyo un papel puramente verbalizador, y de que se expresan, en cambio, en una proyección $S\alpha$, responsable de la asignación de caso acusativo.

Finalmente, el apartado 1.4. aborda la interpretación semántica del argumento externo desde un punto de vista puramente configuracional, donde la distinción agente / causa no es lingüísticamente relevante, sino que se concibe como un epifenómeno determinado por la estructura. Un argumento externo solo puede y, de hecho, debe interpretarse como causante si domina una estructura eventiva compleja, es decir, causativa.

CAPÍTULO 2

LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Este capítulo presenta brevemente los principales problemas del estudio de la alternancia causativo-inacusativa, en los cuales profundizaremos a lo largo de esta tesis.¹

El apartado 2.1. plantea el problema descriptivo y clasificatorio que surge a la hora de determinar qué verbos son susceptibles de participar de la alternancia. Así mismo, se introducen algunas nociones básicas de los verbos de cambio de estado que serán relevantes para su posterior análisis, con especial énfasis en su carácter escalar.

El apartado 2.2. describe los distintos mecanismos morfosintácticos y léxicos empleados en español y en las distintas lenguas del mundo para expresar la alternancia. La marcación tendrá una presencia destacada en esta tesis no solo porque la identificación de su función precisa sea uno de sus objetivos principales, sino porque es una cuestión que subyace a otros debates teóricos, como se explica en el apartado 2.3.

El apartado 2.3. recoge sucintamente los problemas clásicos de los estudios sobre la alternancia:

- 1) ¿Las dos variantes están relacionadas derivacionalmente? ¿Cuál es la variante básica?
- 2) ¿Cuál es el estatus de las construcciones anticausativas entre las construcciones con *se*? ¿Existe justificación teórica y empírica para plantear un análisis unificado de las anticausativas y las reflexivas?
- 3) ¿Existen diferencias sintácticas y/o semánticas entre las variantes inacusativas con y sin *se*?
- 4) ¿Cuál es la función de la morfología anticausativa y qué puede decirnos sobre cómo funciona el fenómeno de la alternancia?

¹ Véanse también Dovrobie Sorin (2006), Schäfer (2009) y Mendikoetxea (2012) para otros estados de la cuestión.

Todas estas preguntas serán abordadas en los capítulos siguientes. Finalmente, el apartado 2.4. presenta la propuesta de análisis que elaboraré en el capítulo 9.

2.1. ¿QUÉ VERBOS PARTICIPAN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA? LA NOCIÓN DE CAMBIO DE ESTADO

Los verbos alternantes se caracterizan por denotar eventos de cambio de propiedad física (1), mental (2) o de lugar (3) (cf. Jespersen, 1927; Fillmore, 1970; entre otros muchos):

- (1) a. El sol secó ropa en un santiamén.
b. La ropa se secó al sol en un santiamén.
- (2) a. La noticia entristeció a Cris.
b. Cris se entristeció al oír la noticia.
- (3) a. Un iceberg hundió el Titanic en 1912.
b. El Titanic se hundió en 1912 a causa de un iceberg.

Un verbo de cambio de estado denota un evento en el que un argumento, el interno, sufre una alteración de algún tipo y pasa a encontrarse en un estado físico o psicológico distinto de aquél en que se encontraba anteriormente.

En un sentido amplio, todos los eventos dinámicos expresan un cambio –frente a los predicados estativos (cf. Rappaport Hovav, 2010)– pero en sentido estricto, los cambios a los que nos referimos se definen por encerrar una estructura eventiva compleja y por lexicalizar una escala de propiedad. Nótese que no todos los verbos de cambio de estado son propiamente deadjetivales, pero todos se comportan como deadjetivales en tanto que denotan un cambio en una propiedad; por ello, les daré un tratamiento conjunto en este trabajo:

- (4) Verbos deadjetivales: *adelgazar, enfriar, ennegrecer, entristecer, enturbiar*, etc.
- (5) Verbos derivados de participios truncos: *despertar, enfermar, ensuciar, limpiar, romper, secar*, etc.

(6) Verbos no deadjetivales de cambio de estado: *ahogar, apagar, broncear, hervir, pudrir, quemar, tostar*, etc.

(7) Verbos denominales de cambio de estado: *ahumar, asustar, aterrorizar, cicatrizar, enmohecer, oxidar, traumatizar*, etc.

Tenny (1994) establece que todos los logros y realizaciones requieren un complemento que mida la situación denotada, el cual puede pertenecer a una de las siguientes clases:²

- Objeto de trayectoria: *cruzar el desierto*. El objeto mide el evento, pero no resulta afectado. Se corresponde con lo que otros autores llaman “escalas de trayectoria” (*path scales*).
- Tema incremental: *leer un libro*. El objeto resulta afectado y su extensión mide el evento. Se corresponde con lo que otros llaman “escalas de extensión” (*extent scales*).
- Propiedad del objeto: *secar la toalla*. La propiedad del objeto mide el evento. El objeto resulta afectado y es una propiedad suya la que mide el evento. Se corresponde con lo que otros llaman “escalas de propiedad” (*property scales*).

De acuerdo con esta teoría, los logros y las realizaciones³ tienen una estructura “escalar”, en el sentido de que su desarrollo se corresponde con el movimiento a lo largo de una escala⁴ (cf. Krifka, 1989, 1992, 1998; Dowty, 1991; Filip, 1993, 1999, 2004; Tenny, 1994; Hay et al., 1999; Ertschik-Shir y Rapoport, 2005; Wechsler, 2005; Filip y Rothstein, 2006; Kearns, 2007; Beavers, 2008; Rappaport Hovav, 2008; Rappaport Hovav y Levin, 2010, entre otros muchos): la delimitación de la escala da lugar a un evento delimitado. En el caso de los verbos de tema incremental, la extensión

² Véase también Kennedy y Levin (2002) para una tripartición de las realizaciones conforme a estas tres escalas.

³ Nótese que, como señala Rappaport Hovav (2008), lo que da lugar al potencial télico de las eventualidades (logros y realizaciones) es su relación con una escala y, por tanto, la “escalaridad” es lo que las diferencia de los procesos.

⁴ Utilizo aquí el término *escalar* para englobar *grosso modo* las nociones de *medida*, *tema incremental* y *escala* en el sentido de que el evento se desarrolla a través de una dimensión dada, de manera ordenada.

del evento guarda una relación de homomorfismo con la extensión del objeto (Krifka 1989, 1992), es decir, el evento dura tanto como la extensión del objeto y la telicidad del primero depende de la cuantificación del segundo (8) (Mittwoch, 1982; Dowty, 1991; Tenny, 1994; Krifka, 1989, 1992), lo cual evidencia un paralelismo entre la cuantificación en el ámbito nominal y la cuantificación (delimitación) en el ámbito de la predicación.

- (8) a. Víctor comió [_{SD} el trozo de tarta] (*durante diez minutos) → télico
 b. Víctor comió [_{SN}tarta] / [_{SN}trozos de tarta] (durante diez minutos) → atélico

Del mismo modo, en el caso de los verbos de cambio de estado, la extensión del evento guarda una relación de homomorfismo con la escala de propiedad. Siguiendo este razonamiento, autores como Abush (1986), Hay et al. (1999) y Kennedy y McNally (2005), entre otros muchos, postulan un contraste entre adjetivos de escala abierta y cerrada que repercute en el comportamiento aspectual de los verbos deadjetivales: los verbos derivados de adjetivos de escala abierta son por defecto atélicos (9a), mientras que los derivados de adjetivos de escala cerrada son por defecto télicos⁵ (9b).

- (9) a. Luisa engordó {en / durante} un mes.
 b. El tanque se llenó {en / *durante} una hora.

Kennedy y McNally (2005) dividen las escalas de propiedad en cuatro tipos atendiendo a su delimitación:

1) Escala totalmente cerrada (*fully closed scale*): la escala cuenta con un límite superior y uno inferior, identificables mediante adverbios del tipo *completamente*:

- (10) El bar está completamente {lleno / vacío}.

2) Escala cerrada en el límite superior (*upper closed scale*): la escala cuenta con un límite superior, pero no inferior, como muestra la distribución de *completamente*:

⁵ Las interpretaciones aspectuales por defecto pueden cancelarse mediante diversos mecanismos. Estas teorías permiten explicar el comportamiento aspectual variable de un gran número de verbos deadjetivales.

(11) Esta cocaína es {completamente pura / ¿?completamente impura}.

3) Escala cerrada en el límite inferior (*lower closed scale*): la escala cuenta solo con un límite inferior:

(12) Este actor es {??completamente famoso / completamente desconocido}.

4) Escala totalmente abierta (*fully open scale*): la escala no cuenta con ningún límite:

(13) Fernando es {??completamente alto / ??completamente bajo}.

De acuerdo con Hay et al. (1999) y Kearns (2007), entre otros, el significado básico que comparten todos los verbos deadjetivales es el de “volverse más Adjetivo.” (*become A-er*). Esto es lo que Kearns llama “estado final comparativo” (*comparative endstate*): los verbos deadjetivales siempre expresan que el argumento adquiere la propiedad del adjetivo en un grado mayor –ponerse más gordo, más frío, etc.–; se trata de una lectura de proceso –no hay necesariamente un telos– que, no obstante, deriva de una sucesión de logros –cada logro supone un grado en la escala–. Dejando a un lado el debate sobre el *Aktionsart* “básico” de los verbos de adjetivales,⁶ en lo sucesivo asumiré que estos no son atélcos por defecto, en tanto que su interpretación atélica se obtiene a partir de una sucesión no homogénea de logros, es decir, estos verbos contienen siempre un elemento estativo a partir del cual se puede delimitar el evento (cf. Erteschick-Shir y Rapoport, 2004; Schäfer, 2008).

A diferencia de Hay et al. (1999) y Kennedy y McNally (2005), quienes identifican el límite de la escala con el grado máximo de la propiedad, Kearns (2007) distingue dos tipos de interpretaciones télicas para los deadjetivales: “volverse máximamente Adjetivo” (*become maximally A*) y “volverse Adjetivo” (*become A*).

En la primera interpretación, el telos coincide con el grado máximo de la escala –“estado final máximo” (*maximal endstate*)–. Esta es la lectura típica de los verbos

⁶ Kearns (2007) plantea el siguiente problema: si el significado básico de todos los de adjetivales es el de “volverse más Adjetivo”, ¿por qué la interpretación aspectual por defecto de todos ellos no es la de proceso, es decir, por qué hay tantos verbos deadjetivales cuya interpretación básica parece ser la de logro o realización? Kearns resuelve esto buscando contextos que permitan forzar una lectura de proceso con todos los verbos deadjetivales, a fin de demostrar que tal lectura está siempre, al menos, disponible.

derivados de adjetivos con escalas cerradas en los límites superior o inferior (9b).

En la segunda interpretación, en cambio, el telos coincide simplemente con la obtención de un “estado final estándar” (*standard endstate*), establecido contextualmente. Esta lectura puede darse con todos los verbos de adjetivales, aun cuando derivan de adjetivos de escala abierta –*Luisa engordó en dos meses* no denota un grado máximo de gordura, pero sí un grado de gordura que en el contexto se considera suficiente–. En otras palabras, la telicidad surge cuando el evento no solo transcurre a través de la escala –adjetivo comparativo–, sino cuando conduce, además, a la obtención de una propiedad por parte del argumento –forma positiva del adjetivo–, tanto si la propiedad se alcanza en su grado máximo como si se alcanza en un grado que contextualmente se considera suficiente o estándar.

De acuerdo con Kennedy y McNally (2005), las escalas se definen por tres propiedades o parámetros:

- Tienen una dimensión de medida (*measurement dimension*): el atributo o propiedad del tema que nombra la escala, por ejemplo la dimensión “temperatura” en el caso del verbo *enfriar* y del adjetivo *frío*.
- Constan de un conjunto de grados: entre los grados que conforman la escala puede identificarse un grado mínimo, uno máximo, ambos, o ninguno de los dos, lo cual da lugar a las escalas abiertas y cerradas anteriormente descritas.
- Las escalas disponen los grados que las integran en una relación de orden.

Siguiendo a Dowty (1986), Caudal y Nicolas (2005), Kearns (2007), Beavers (2008), Rappaport-Hovav (2008) y Rappaport-Hovav y Levin (2010), entre otros, cabe distinguir dos tipos de escala atendiendo al “número” de grados que la integran:⁷

- Escala de dos puntos (*two-point scale*, *atomic events* para Dowty): denotan cambios que tienen lugar en un solo paso. La escala solo tiene dos grados,

⁷ Rappaport-Hovav (2008) defiende que esta división, análoga a la división entre logros y realizaciones, es lingüísticamente relevante (contra Verkuyl, 1989; Tenny, 1994) y responde a una propiedad léxica de los verbos. La autora argumenta que esta distinción explica por qué con unos verbos el cambio tiene que ser completo (los de dos puntos) y con otros no (los de múltiples puntos).

opuestos: $[\neg \text{propiedad}] \rightarrow [\text{propiedad}]$. Son similares a los logros tradicionales (*morir, romper*, etc.).

- Escala de múltiples puntos (*multi-point scale*): denotan eventos complejos de cambio. Son similares a las realizaciones.

Para terminar, cabe establecer dos diferencias cruciales entre los verbos de cambio de estado, delimitados por escalas de propiedad, y los verbos de tema incremental, delimitados por las llamadas “escalas de extensión”: la presencia de un estado resultante y la lexicalización de la escala.

Si bien la noción de “telicidad” se ha asociado con las de “cambio de estado” y “resultatividad” desde Dowty (1979), autores como Egg (1995), Levin (2000), Kennedy y Levin (2001), Ramchand (2008) o Rappaport-Hovav (2008) subrayan que no todos los predicados delimitados desembocan necesariamente en un estado resultante. Tanto los verbos de cambio de estado como los de tema incremental cuentan con un argumento afectado⁸ (cf. Tenny, 1994; Morimoto, 1998), a diferencia de los verbos de trayectoria (14c). Esto, unido a la telicidad, favorece la interpretación resultativa:

- (14) a. Ramón abrió la puerta \rightarrow la puerta está abierta.
 b. Miguel pintó un retrato \rightarrow el retrato ya está pintado.
 c. Diana cruzó el bosque encantado \rightarrow *el bosque encantado está cruzado.

No obstante, la mención del estado resultante –construcción de *estar* + *participio*– resulta anómala con los verbos de tema incremental a menos que se añada un adjunto (15), lo cual se debe, de acuerdo con Grimshaw y Vikner (1993) y Ackerman y Goldberg (1996), a que la mención de un estado debe ser informativa, y la mera creación⁹ del objeto no lo es suficientemente (cf. también Marín, 2000) –todos los palacios están contruidos, todos los cuadros están pintados, etc.–:

⁸ Rappaport-Hovav (2008) sostiene que los de tema incremental no tienen un argumento afectado: #*Lo que le hice al libro fue leerlo*. Sin embargo, este verbo ha sido considerado por otros autores como un verbo de trayectoria, precisamente por carecer de un argumento afectado (cf. Morimoto 1998). Otros verbos de tema incremental como *escribir* o *comer* tampoco superan ese diagnóstico: #*Lo que hice a la carta fue escribirla*.

⁹ Los verbos de consumición, con los que el objeto no se crea, sino que desaparece, son aún más anómalos en la construcción resultativa: ??*El bizcocho de yogurt está comido*.

- (15) a. El cuadro está #(recién) pintado.
 b. El palacio #(ya) está construido.
 c. La novela está #(bien) escrita.

Rappaport-Hovav (2008) argumenta que los verbos de tema incremental no superan tampoco otros diagnósticos que señalan la presencia de un subevento resultativo (16), a diferencia de los de cambio de estado (17). Dichos diagnósticos son i) la ambigüedad de *otra vez* (McCawley, 1971; Dowty, 1979; von Stechow, 1996) – disponibilidad de una lectura restitutiva en la que el adverbio tiene ámbito sobre el subevento resultativo, además de la lectura iterativa en la que tiene ámbito sobre el evento completo– y ii) la posibilidad de medir la duración del estado resultante con adjuntos del tipo *durante x tiempo*:

- (16) a. Sara cantó el aria otra vez.
 Solo lectura repetitiva, no restitutiva
 b. Sara cantó el aria durante media hora.
 Solo lectura de duración del proceso, no de duración del resultado
- (17) a. Sol abrió la puerta otra vez.
 Lectura repetitiva y restitutiva (la puerta volvió a estar abierta).
 b. Sol abrió la puerta durante diez minutos.
 Lectura de resultado (la puerta estuvo abierta diez minutos).

Así pues, considero que el estado resultante se infiere en los verbos de tema incremental gracias a la telicidad y a la afectación del objeto, pero no está lingüísticamente codificado. Crucialmente, siguiendo a Rappaport Hovav (2008), los verbos de tema incremental no lexicalizan por sí mismos la escala de extensión –esta viene dada por el argumento interno–, a diferencia de los de cambio de estado, que sí lexicalizan su escala de propiedad (véase también Bochnak, 2013). Esta autora aporta tres argumentos a favor de que los verbos de tema incremental no lexicalizan una escala –no tienen un argumento de grado –. En primer lugar, los verbos de cambio de estado pueden dar lugar a predicados télicos aun cuando el límite de la escala no está

especificado (18), a diferencia de los de tema incremental¹⁰ (19):

- (18) a. El té se enfrió en diez minutos.
 b. Los precios aumentaron en un año.
- (19) a. *Cora bebió en una hora.
 b. * Nerea escribió en diez minutos.

En segundo lugar, en inglés los verbos de tema incremental aceptan cualquier tipo de resultativa (20), mientras que los de cambio de estado son más restrictivos a este respecto (21). Rappaport Hovav (2008) explica que las resultativas pueden bien introducir una escala –donde no la hay (20b)– o bien modificar una escala ya presente (21) (cf. Goldberg, 1991; Levin y Rappaport Hovav, 1995; Wechsler, 2005). En este último caso, deben expresar un contenido acorde con la dimensión de medida:

- (20) a. She sang herself hoarse.
 b. Larissa steamed the clothes dry / clean / stiff. (Bochnak, 2013: 110)
- (21) a. She cracked the bottle open / ¿?cold / ??solid / ??dry
 b. Jerome froze the ice-cream solid / ??clean (Bochnak, 2013: 110)

En tercer lugar, señala Rappaport Hovav que los verbos que lexicalizan escalas requieren un argumento expreso que sufra el cambio, razón por la que los verbos de cambio de estado no pueden prescindir de su argumento interno¹¹ (22). Los verbos de tema incremental, en cambio, sí pueden prescindir de él (23):

- (22) a. *Anoche congelé.

¹⁰ A menos que el límite de la escala venga dado contextualmente: *Cora bebió lo que tenía que beber en una hora, Nerea escribió lo que tenía que escribir en diez minutos.*

¹¹ Rappaport-Hovav y Levin (1998) postulan que ciertos verbos no pueden prescindir de su argumento interno porque tienen una estructura eventiva compleja: cada subevento de la estructura debe estar lexicalizado por un DP en la sintaxis. No obstante, Rappaport Hovav (2008) corrige esta hipótesis explicando que solo aquellos verbos que lexicalizan una escala de propiedad deben realizar su objeto obligatoriamente, y que esto se debe a que la propiedad se predica precisamente del objeto. Esto se corresponde con la distinción que hace Levin (1999) entre verbos transitivos nucleares (*core transitive verbs*) que no pueden prescindir de su argumento interno y verbos transitivos no nucleares (*non-core transitive verbs*) que pueden omitirlo.

- b. *El otro día rompiste.
- c. *Mañana vamos a llenar.

- (23) a. Anoche leí.
- b. El otro día bebí.
 - c. Mañana vamos a escribir.

En definitiva, el argumento interno es el que aporta la escala, no el verbo. De acuerdo con Rappaport Hovav (2008) y Bochnak (2013), los verbos de tema incremental son predicados de actividad / proceso que no seleccionan su argumento interno y no lexicalizan una escala: el SD puede aparecer o no, incidiendo en la delimitación del evento composicionalmente.

En definitiva, los verbos de cambio de estado lexicalizan una escala de propiedad que mide el evento y que denota, así mismo, el estado resultante. La propiedad se predica de un argumento afectado, que ha de aparecer expreso. El aspecto depende de la delimitación de la escala, pero siempre es posible cerrarla bien en un grado máximo bien en un grado estándar (Kearns, 2007). Además, las escalas han de contener una dimensión de medida, un conjunto de grados –al menos dos– y una relación de orden entre los grados (Kennedy y McNally, 2005). Todas estas características son cruciales para comprender el comportamiento sintáctico y semántico de los verbos que participan de la alternancia causativo-inacusativa, y también para diferenciarlos de otros verbos que denotan cambios escalares.

Ahora bien, una vez establecido que todos los verbos alternantes expresan cambios de estado surge un problema, pues no todos los verbos de cambio alternan:

- (24) a. *El ministro se asesinó.
- b. *El calor floreció el rosal.

Explicar la agramaticalidad de (24) se ha convertido en un problema clásico en los estudios sobre la alternancia (cf. Levin y Rappaport Hovav, 1995; Alexiadou et al., 2006, 2015, entre otros), pues es crucial para predecir qué verbos pueden participar de ella, cuáles no y por qué. Este será el objeto del capítulo 3, donde llegaremos a la conclusión de que solo los verbos del tipo *asesinar* son verdaderamente incapaces de alternar, debido a que encierran un contenido semántico extra, asociado a la

agentividad, que les impide describir eventos espontáneos. Por su parte, los inacusativos del tipo *florece* son piezas léxicas especializadas en la descripción de eventos espontáneos, por lo que alternan solo de manera marginal (25) o mediante mecanismos léxico-sintácticos transparentes (26) (véase el apartado 2.2.):

- (25) a. Early summer heat had blossomed fruit trees
temprano veraniego calor había florecido frutales árboles
across the valley.
a.través del valle
‘El temprano calor veraniego había hecho florecer los árboles frutales por todo el valle.’ (Wright, 2002: 341)
- b. Juan entró la sillas en la habitación.
(gramatical en andaluz; Jiménez Fernández y Tubino Blanco, 2014: 8)

- (26) a. El calor hizo florecer el rosal.
b. Juan metió las sillas en la habitación.

La conceptualización de los eventos en función de una escala de mayor a menor espontaneidad (Haspelmath, 1993) y la dicotomía causación interna / externa (Levin y Rappaport Hovav, 1995) son las dos herramientas fundamentales que han sido empleadas para determinar qué verbos de cambio de estado son susceptibles de alternar. En el capítulo 3 veremos que la conceptualización de los eventos se corresponde con una tendencia tipológica fuerte, aunque no sistemática, que debe quedar de algún modo capturada en cualquier análisis de los verbos alternantes. En cambio, la dicotomía causación interna / externa, entendida como información codificada en las raíces verbales, adolece de serios problemas empíricos y teóricos que hacen insostenible cualquier hipótesis basada en ella.

2.2. MECANISMOS FORMALES PARA LA EXPRESIÓN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA

La alternancia causativo-inacusativa se expresa mediante diversos mecanismos morfosintácticos, siendo muy frecuente que dos o más de ellos convivan en una misma lengua. Haspelmath (1993), siguiendo a Nedjalkov (1969) y a Nedjalkov y Silnitsky

(1973), elabora un estudio tipológico basado en 31 lenguas en el cual distingue tres grandes tipos de alternancia: alternancia “causativa”, alternancia “anticausativa”, y alternancia “no direccional” (*non-directed alternation*). Este último tipo se divide a su vez en tres clases: “alternancia lábil” (*labile alternation*), alternancia “equipolente” y alternancia “supletiva”. Los ejemplos a continuación son de Haspelmath (1993: 91-92), salvo los del español.

En la alternancia causativa la variante inacusativa es la más simple morfológicamente, mientras que la causativa es la que se deriva por medio de un sufijo o de un verbo auxiliar:

(27) Duy-s_{intr.} → a-duy-**ebs**_{tr.} (Georgiano: ‘cocinar’)

(28) Darasa_{intr.} → darrasa_{tr.} (Árabe: ‘aprender’/‘enseñar’)

(29) a. Fondre_{intr.} → [**faire** fondre]_{tr.} (Francés: ‘derretir’)

b. Florecer_{intr.} → [**hacer** florecer]_{tr.}

En la alternancia anticausativa, la variante marcada morfológicamente, mediante un afijo (30), un auxiliar (31) o modificación de la raíz (32), es la inacusativa. El término fue acuñado por Nedjalkov y Silnitsky (1973), pero hoy en día muchos trabajos lo emplean para referir a la alternancia causativo-inacusativa en general.

(30) a. Katat’-**sja**_{intr.} ← katat’_{tr.} (Ruso: ‘rodar’)

b. Romper-**se**_{intr.} ← romper_{tr.}

(31) Xkaž **ḡun**_{intr. (auxiliar)} ← xkažun_{tr.} (Lezgiano: ‘elevar’)

(32) Khul-naa_{intr.} ← khol-naa (Hindi-Urdu: ‘abrir’)

En las alternancias no direccionales (*non-directed alternations*) ninguno de las dos formas verbales deriva morfológicamente de la otra. Se distinguen tres subtipos. En primer lugar, la alternancia equipolente (*equipollent alternation*) es aquella en la que

tanto la variante causativa como la inacusativa derivan de una misma raíz a la que se agregan morfemas distintos:¹²

(33) Atum-**aru**_{intr.} ↔ atum-**eru**_{tr.} (Japonés: ‘reunir’)

(34) Šuruu **hona**_{intr.} ↔ šuruu **karna**_{tr.} (Hindi-Urdu: ‘empezar’)

(35) Lūžti_{intr.} ↔ laužti_{tr.} (Lituano: ‘romper’).

En segundo lugar, en la alternancia supletiva se utilizan dos raíces verbales diferentes para expresar la oposición causativo / inacusativo. Todas las lenguas cuentan con pares de este tipo, aunque no es el patrón dominante en ninguna.

(36) a. Goret’ / žec’ (Ruso: ‘arder’ / ‘quemar’)

b. Morir / matar; entrar / meter; salir / sacar.

Finalmente, la alternancia lábil (*labile alternation*) es aquélla en la que la misma forma verbal se emplea para los dos significados sin alteración morfológica de ningún tipo. Solo el contexto sintáctico expresa el contraste:

(37) a. Svíno_{intr.} / Svíno_{tr.} (Griego moderno: ‘salir’, ‘extinguir’)

b. Break_{intr.} / break_{tr.} (Inglés: ‘romper’)

c. Cambiar_{intr.} / cambiar_{tr.}

De acuerdo con los datos de Haspelmath (1993), la alternancia anticausativa es el mecanismo más empleado en las lenguas, seguido, en este orden, por la alternancia causativa, la equipolente, la lábil y la supletiva.

En español, la mayoría de los verbos alternantes participa de la alternancia anticausativa (30b). La marca que recibe obligatoriamente la variante inacusativa es el clítico *se*, como sucede en la mayoría de las lenguas indoeuropeas (italiano, francés, rumano, alemán, ruso, sueco, noruego, ruso, checo, búlgaro, etc.):

¹² Es frecuente que en las lenguas con alternancia equipolente haya varios morfemas implicados, cuya distribución depende de factores morfo-fonológicos.

- (38) Lista no exhaustiva de verbos que participan de la alternancia anticausativa en español: *abrir, aburrir, apagar, calentar, cerrar, derretir, encender, enfriar, fortalecer, hundir, pudrir, romper, solidificar, tranquilizar, etc.*

Existen asimismo algunas construcciones analíticas formadas por <verbo pseudo-copulativo + adjetivo / SP> que participan de la alternancia anticausativa:

- (39) a. Las gambas pusieron enfermo a Víctor.
b. Víctor se puso enfermo.
- (40) a. La explosión volvió el cielo rojo.
b. El cielo se volvió rojo.
- (41) a. Medusa convirtió al soldado en piedra.
b. El soldado se convirtió en piedra.

Por otra parte, un número reducido de verbos participa en español de la alternancia lábil (37c). El empleo del término *anticausativa* para referir a cualquier tipo de variante inacusativa de un verbo alternante ha hecho que las variantes lábiles reciban a menudo el nombre de *anticausativas no marcadas* por oposición a las *anticausativas marcadas* del tipo (30b).

- (42) Lista no exhaustiva de verbos que participan de la alternancia lábil en español: *aumentar, cambiar, enfermar, envejecer, hervir, resucitar, hervir, etc.*

Como sucede también en lenguas como el francés (Labelle, 1992; Labelle y Doron, 2010), el italiano (Folli, 2002), el alemán (Schäfer, 2008) y el griego moderno (Alexiadou y Anagnostopoulou, 2004), existe en español un grupo de verbos que participa indistintamente de la alternancia lábil y de la anticausativa, es decir, que toman el clítico *se* en la variante inacusativa de manera opcional y suelen recibir por ello el nombre de *anticausativas opcionalmente marcadas*. Nótese que existe una fuerte variación dialectal, e incluso idiolectal, con respecto a estos verbos, de manera que algunos hablantes los emplean solo sin *se* o solo con *se*, mientras que otros eligen una forma u otra atendiendo a factores que estudiaremos en detalle en los capítulos 6 y 7.

(43) a. El humo ennegreció la pared.

b. La pared (se) ennegreció.

(44) Lista no exhaustiva de verbos que participan indistintamente de las alternancias lábil y anticausativa: *cuajar*, *enmohecer*, *ennegrecer*, *mejorar*, *reventar*, etc.

En español encontramos también algunos casos de alternancia supletiva. Nótese, por tanto, que un verbo como *salir* no debe considerarse como un inacusativo “puro” (no alternante):

(45) a. El agua salió del pozo.

b. *Fernando salió agua del pozo.

(46) a. Fernando sacó agua del pozo.

b. *El agua (se) sacó del pozo.

(47) Lista no exhaustiva de verbos que participan de la alternancia supletiva en español: *entrar* / *meter*; *morir* / *matar*; *salir* / *sacar*; etc.

Nótese que algunas variantes causativas supletivas pueden formar anticausativas con *se* (48b, 49b) que compiten con las variantes inacusativas supletivas (48c, 49c). Las dos variantes inacusativas no son siempre intercambiables (50-51):

(48) a. Un accidente de coche mató a James Dean.

b. James Dean se mató en un accidente de coche.

c. James Dean murió en un accidente de coche.

(49) a. Miguel ha metido una araña en la habitación.

b. Se ha metido una araña en la habitación.

c. Ha entrado una araña en la habitación.

(50) a. Se me ha metido una pestaña en el ojo.

b. ??Me ha entrado una pestaña en el ojo.

- (51) a. Kafka murió de tuberculosis.
b. #Kafka se mató de tuberculosis.

Por otra parte, existe un grupo de inacusativos que pueden considerarse o bien como no alternantes (52-53) o bien como participantes de la alternancia causativa, en tanto que pueden siempre de manera productiva entrar en una construcción causativa perifrástica con *hacer* (54):

- (52) a. El rosal floreció.
b. *Mi madre floreció el rosal.
- (53) a. El conejo desapareció.
b. *El mago desapareció el conejo.

- (54) a. Mi madre hizo florecer el rosal utilizando un abono especial.
b. El mago hizo desaparecer el conejo.

Las causativas perifrásticas no suelen estudiarse dentro del ámbito de la alternancia causativo-inacusativa porque suponen un proceso sintáctico regular e independiente, aplicable a cualquier tipo de verbo; es decir, las construcciones de (54) no se relacionan de manera exclusiva con las de (53a) y (52a), sino que conforman un mecanismo sintáctico productivo para crear causativas a partir de verbos transitivos (55), inergativos (56) e incluso anticausativos (57):

- (55) a. Mi madre me hizo regar todas las plantas de la terraza.
b. Mi madre me hizo apagar la vela.

- (56) La burocracia me hace llorar.

- (57) a. La brisa hizo apagarse la vela.
b. Los recortes en educación hicieron disminuir el número de profesores.

En definitiva, el español cuenta con un mecanismo productivo de alternancia anticausativa –la adición del clítico *se*–, y con dos mecanismos menos productivos de alternancias no direccionales, la lábil y la supletiva. En otras lenguas, el número de mecanismos empleados puede ser mayor. Así, de hecho, en turco, persa, japonés o hebreo conviven todos ellos:

- (58) a. Alternancia causativa: *hipki_{tr.}* / *kafa_{intr.}* (‘congelar’)
 b. Alternancia anticausativa: *kimet_{tr.}* / *hitkamet_{intr.}* (‘arrugar’)
 c. Alternancia equipolente: *higiz_{tr.}* / *hitragez_{intr.}* (‘volver(se) loco’)
 d. Alternancia lábil: *hivri_{tr.}* / *hivri_{intr.}* (‘sanar’)
 e. Alternancia supletiva: *laharog* (‘matar’) / *velamut* (‘morir’)
- (59) a. Alternancia causativa: *koor-as-u_{tr.}* / *koor-Ø-u_{intr.}* (‘congelar’)
 b. Alternancia anticausativa: *mog- Ø- u_{tr.}* / *mog-e-ru_{intr.}* (‘desgarrar’)
 c. Alternancia equipolente: *ag-e-ru_{tr.}* / *ag-ar-u_{intr.}* (‘ascender, elevar’)
 d. Alternancia lábil: *hirak_{tr.}* / *hirak_{intr.}* (‘abrir’)
 e. Alternancia supletiva: *korosu* (‘matar’) / *shinu* (‘morir’)

Los mecanismos que expresan la alternancia están sujetos al cambio lingüístico (cf. Cennamo, 2001; Heidinger, 2014). Así, por ejemplo, la forma pasiva en *-r* era la marca regular de la alternancia anticausativa en latín hasta que fue progresivamente reemplaza por el clítico *se*. Además, el recurso empleado por un verbo concreto puede variar de una lengua a otra –*romper* participa de la alternancia anticausativa en español, de la lábil en inglés, de la equipolente en japonés, etc.–, o de un dialecto a otro.

La marcación morfológica es una cuestión que subyace a varios problemas del estudio de la alternancia. En primer lugar, la morfología ha sido entendida como reflejo de una supuesta dirección derivacional en la alternancia –la variante no marcada se analiza como la básica en la derivación– (véase el capítulo 4). Además, la morfología anticausativa es a menudo sincrética con la morfología pasiva y/o con la reflexiva – como es el caso de *se* en español–, lo cual hace necesario establecer los límites entre unas construcciones y otras (véase el capítulo 5). En tercer lugar, el hecho de que varios mecanismos puedan convivir en una misma lengua –por ejemplo, la alternancia anticausativa y la lábil en español– genera el problema de determinar si existen o no

diferencias sintácticas o semánticas entre ellos, las cuales habrían de explicar, a su vez, por qué los verbos se acogen a un patrón o a otro (véanse los capítulos 6, 7 y 8).

Finalmente, si la morfología es la expresión de la alternancia, determinar su función precisa es crucial para dar cuenta del fenómeno en sí mismo. En el capítulo 9 defenderé que Ø (alternancia lábil) y *se* (anticausativa) son dos exponentes que compiten por materializar fonológicamente el núcleo $\alpha\{-t\}$ (véase el capítulo 1), relacionado con la diátesis. Las condiciones de materialización de dicho núcleo en español vienen dadas por la conceptualización idiosincrásica de los eventos por parte de los hablantes, así como por la configuración aspectual del evento.

De este modo, los distintos mecanismos morfológicos no implican procesos diferentes: la alternancia se entiende como un fenómeno uniforme, aunque puede haber ligeras variaciones en su funcionamiento de una lengua a otra. Además, siguiendo a Piñón (2001), los distintos morfemas causativos y anticausativos se encuentran en distribución complementaria y no indican, por tanto, una dirección en la alternancia.

2.3. PROBLEMAS FUNDAMENTALES EN EL ESTUDIO DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA

Los dos apartados anteriores han servido para presentar descriptivamente la alternancia como un fenómeno universal que afecta a la estructura argumental de los verbos de cambio de estado y que se expresa en las lenguas del mundo mediante diversos mecanismos morfosintácticos.

Los problemas clásicos del estudio de la alternancia pueden reducirse a cuatro: i) ¿qué verbos son susceptibles de alternar? ii) ¿Están las dos variantes de la alternancia derivacionalmente relacionadas? iii) ¿En qué se diferencian las anticausativas de otras construcciones afines, como las pasivas o las reflexivas? Y iv) ¿cómo funciona la alternancia y cuál es el papel de la morfología?

El problema de determinar cuáles son los verbos capaces de alternar, presentado en el apartado 1, ha sido fundamental para la propia definición de la alternancia causativo-inacusativa desde los primeros estudios (cf. Smith, 1970; Levin, 1993; Levin y Rappaport Hovav, 1995; entre otros muchos). El capítulo 3 está dedicado a este tema y tiene como objetivo principal argumentar en contra del empleo de las nociones de causación interna y causación externa como criterio semántico para determinar qué verbos alternan. Los verbos alternantes se caracterizan por denotar cambios de estado

externa o internamente causados, indistintamente, y los eventos de cambio de estado se definen por su estructura eventiva compleja. La alternancia afecta la presencia / ausencia de un argumento externo en dicha estructura, y solo aquéllos verbos de cambio con un componente semántico extra (agentividad, manera) son incapaces de alternar.

La segunda pregunta que ha de abordar cualquier estudio sobre la alternancia es si existe o no una relación derivacional entre la variante causativa y la inacusativa y, en caso afirmativo, cuál es la dirección de la derivación, es decir, cuál es la variante básica y cuál la derivada. Se trata de una cuestión clave para entender cómo funciona el fenómeno, y su respuesta depende en gran medida de la concepción que tengamos de la gramática.

Atendiendo a la complejidad formal, la variante marcada morfosintácticamente parece ser la derivada. Así, en el caso del español, *romperse* deriva, aparentemente, de *romper*. No obstante, la situación es mucho más compleja a nivel tipológico, como hemos visto, y cualquiera de las dos variantes (o ambas, o ninguna) puede ser la marcada. Al tratarse de un fenómeno prácticamente universal, cabría esperar que la relación derivacional fuera uniforme, es decir, que hubiera una dirección universal. Sin embargo, el panorama tipológico nos deja dos opciones: la primera de ellas es que cada lengua establece la derivación en una dirección diferente, o incluso que cada verbo alterna en una dirección diferente –en japonés, el causativo *koorasu* derivaría del inacusativo no marcado *kooru* (‘congelar’), mientras que el inacusativo *mogeru* derivaría del causativo no marcado *mogu* (‘desgarrar’). Nótese que las alternancias no direccionales –supletiva, equipolente y lábil– quedan inexplicadas por este tipo de razonamiento. La segunda opción supone asumir que la marcación no refleja exactamente una operación derivativa, sino que opone una variante a otra, en distribución complementaria.

Por otra parte, atendiendo a la complejidad semántica, se espera que la variante más compleja conceptualmente, es decir, la causativa, sea la derivada, lo cual se contradice empíricamente con el criterio de la complejidad formal.

Los trabajos sobre la alternancia anticausativa se dividen en tres grupos, atendiendo a la postura que adoptan respecto a este problema. Los análisis de causativización fueron los primeros en desarrollarse (Lakoff, 1968, 1970; Dowty, 1979; Hale y Keyser, 1986; Brousseau y Ritter, 1991; entre otros), guiados por el criterio de la complejidad semántica. También es la postura que adoptan los modelos construccionistas (cf. Ramchand, 2008), puesto que en una teoría sintáctico-céntrica la

complejidad semántica se construye sintácticamente y, por ende, las causativas se construyen sobre las inacusativas.

Los análisis de intransitivización (Levin y Rappaport Hovav, 1995; Reinhart, 2000, 2002; entre otros) se enmarcan fundamentalmente en los modelos lexicalistas. Desde una concepción proyeccionista de la gramática, la estructura argumental de la pieza léxica es la que determina su proyección sintáctica. Si un verbo tiene dos argumentos, puede sufrir algún tipo de operación que bloquee la proyección de uno de ellos. En cambio, si tiene un solo argumento, no es posible postular una operación que “aumente” la valencia en la sintaxis. El capítulo 4 explica detalladamente los problemas teóricos y empíricos de esta teoría, los cuales han conducido, finalmente, a que sea abandonada por dos de sus principales defensoras (Rappaport Hovav y Levin, 2012).

Finalmente, en el marco construccionista se han desarrollado diversos análisis no derivacionales de la alternancia, de acuerdo con los cuales ambas variantes son obtenidas a partir de una misma raíz categorialmente neutra (Piñón, 2001; Cuervo, 2003, 2014; Folli y Harley, 2005; Alexiadou et al., 2006, 2015; Schäfer, 2008; entre otros). Esta es la postura por la que abogo en los capítulos 5 y 9. De acuerdo con mi análisis, las variantes causativa e inacusativa comparten la misma estructura eventiva compleja de cambio; la diferencia entre ambas radica en la inserción de un argumento externo, que depende de la información diatética en el núcleo funcional α . De este modo, ninguna variante deriva de la otra, sino que ambas se obtienen a partir de una misma raíz.

La variante inacusativa de la alternancia guarda cierta similitud con las pasivas, en tanto que en los dos casos el argumento externo “desaparece” y el interno se convierte en el sujeto. Este ha sido un problema clásico en los estudios sobre la alternancia, y hoy en día está asentada la idea de que la diferencia entre ambas radica en que solo la pasiva cuenta con un argumento implícito. Por su parte, las reflexivas entran en la comparación al contar con un único argumento referencial que, además de agente, es el paciente de la construcción. El problema se agrava si tenemos en cuenta que las tres estructuras comparten la presencia del clítico *se* en muchas lenguas del mundo, lo cual ha derivado en la proliferación de análisis unificados de las construcciones con *se*. El capítulo 5 está dedicado a clarificar el estatus de las anticausativas entre las construcciones con *se* del español, y, fundamentalmente, a rechazar las propuestas que las analizan como reflexivas (Chierchia, 1989; Koontz-Garboden, 2009; Lundquist, 2011; entre otros).

Finalmente, para determinar cuál es el funcionamiento de la alternancia, es necesario determinar cuál es el papel de la morfología. Numerosos autores (Folli, 2001; Labelle y Doron, 2010; entre otros) han tratado de identificar la función de la morfología estudiando el comportamiento de los verbos que participan opcionalmente de las alternancias lábil y anticausativa en una misma lengua –por ejemplo, *ennegrecer(se)* en español–. La idea es que aislar los factores que determinan la distribución de \emptyset y *se* en lenguas en las que conviven habrá de arrojar luz sobre las propiedades mismas de *se*, además de ayudar a comprender las razones por las que los verbos se acogen a un patrón u otro.

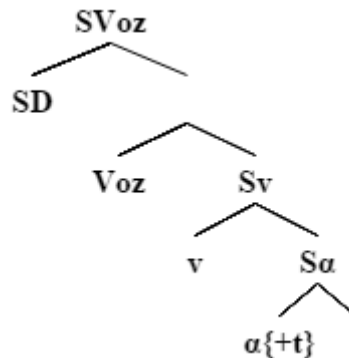
En el capítulo 9 propondré que la morfología anticausativa tiene un carácter fundamentalmente diatético, pues afecta a la estructura argumental del predicado: *se* y \emptyset compiten por lexicalizar el núcleo $\alpha\{-t\}$. En el capítulo 6 defenderé que su distribución está determinada por la conceptualización del evento de acuerdo con una escala de espontaneidad (cf. Haspelmath, 1993; Alexiadou et al., 2006, 2015; Schäfer, 2008, Heidinger, 2014, 2015, entre otros); así, aquéllos verbos que denotan eventos de cambio que los hablantes conceptualizan como más propensos a suceder sin la intervención de una fuerza externa, son los que tienden a no marcar la variante inacusativa. Por otra parte, en el capítulo 7 demostraré empíricamente que la presencia de *se* está fuertemente ligada al aspecto en español, como en otras lenguas romances (cf. Folli, 2001; Cennamo, 2001; Labelle y Doron, 2010, entre otros). Sin embargo, cabe adelantar que la relación de *se* con el aspecto no se reduce a una mera cuestión de telicidad, sino que depende de las propiedades específicas de los verbos de cambio de estado entendidos como verbos deadjetivales que lexicalizan una escala de propiedad. Dicha escala da lugar a una sucesión de logros, cada uno de los cuales causa un estado resultante comparativo. Esta sucesión de logros puede tener o no un telos inherente – verbos derivados de adjetivos de escala abierta y cerrada–, y ese telos supone un último logro, seguido de un último estado resultante que llamaré “terminativo”. El clítico *se* materializa $\alpha\{-t\}$ en contextos que permiten contrastar un estado resultante terminativo –i.e., un estado que no va a venir seguido de otra sucesión de logros y estado comparativos– con el estado previo. La ausencia de *se* se da, por tanto, en dos casos. En primer lugar, ciertos verbos deadjetivales, como *envejecer*, carecen de un telos inherente y, por tanto, nunca se combinan con *se*. No obstante, el clítico se ha extendido como marca regular de la alternancia a otros verbos derivados de adjetivos de escala abierta, como *enfriar*, y con ellos contribuye a legitimar la interpretación de un estado final

estándar. En segundo lugar, los verbo del tipo *enfermar* constan de un único logro seguido de un estado resultante, por lo que es la ausencia de un estado previo lo que provoca la ausencia de *se*.

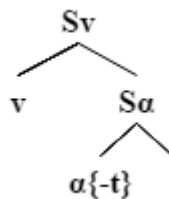
2.4. PRESENTACIÓN DEL ANÁLISIS

En el capítulo 9 presentaré un análisis de la alternancia causativo-inacusativa en el que las variantes transitiva e intransitiva encierran la misma estructura eventiva compleja. La única diferencia entre ellas reside en el valor del rasgo $\{t\}$ en α y, por tanto, en la presencia / ausencia de SVoz:

(60)



(61)



Esto supone una visión no derivacionista de la alternancia (cf. Piñón, 2001; Folli y Harley, 2004; Alexiadou et al., 2006, 2015; Schäfer, 2008; entre otros): no hay un proceso de causativización sobre la variante inacusativa, ni un proceso de intransitivización sobre la variante causativa, sino que la distribución complementaria de $\alpha\{+t\}$ y $\alpha\{-t\}$ es lo que da lugar al epifenómeno de la alternancia. Sobre el problema de la derivación, véase el capítulo 4.

En español, \emptyset y *se* compiten por materializar $\alpha\{-t\}$. La elección entre un exponente u otro está determinada fundamentalmente por dos factores, que adelanto brevemente a continuación.

En primer lugar, como argumentaré en el capítulo 6, la competición está condicionada por la manera, idiosincrásica, en que los hablantes conceptualizan los eventos de cambio de estado, en relación a una escala de espontaneidad (cf. Haspelmath, 1993; Alexiadou et al., 2006, 2015; Schäfer, 2008). Los verbos que denotan eventos conceptualizados como más propensos a suceder sin la intervención de un actante externo tienen a no marcar la variante inacusativa de la alternancia (\emptyset), siendo ésta la más esperable desde el punto de vista cognitivo. A la inversa, los verbos que denotan eventos conceptualizados como poco espontáneos, es decir, como más propensos a ser desencadenados por la intervención de un actante externo, tienden a marcar la variante inacusativa (*se*) por ser la menos esperable. Estas tendencias son fuertes a nivel tipológico (Haspelmath, 1993), pero no son sistemáticas. Considero, por tanto, que la mejor manera de dar cuenta de ellas es atribuirles a una cuestión de materialización, es decir, a la elección arbitraria de un significante para un significado dado.

La elección entre \emptyset y *se* depende también del contexto sintáctico o, más concretamente, del aspecto y la estructura eventiva (capítulos 7 y 8). Tal y como ha quedado explicado en este capítulo, los verbos de cambio de estado lexicalizan escalas de propiedad. Cada grado en la escala supone un logro (L) seguido de un estado comparativo (E_+), como vemos en el siguiente esquema:

$$(62) L_1 \rightarrow E_{+propiedad}, L_2 \rightarrow E_{+propiedad}, L_3 \rightarrow E_{+propiedad} \dots$$

Si la escala está delimitada, la iteración se detiene en un momento dado –que represento como \parallel –, dando lugar a un último logro seguido de un último estado, que llamaré “terminativo”:

$$(63) L_1 \rightarrow E_{+propiedad}, L_2 \rightarrow E_{+propiedad}, L_3 \rightarrow E_{+propiedad} \parallel L_4 \rightarrow E_{propiedad}$$

El clítico *se* requiere una configuración eventiva en la que un estado terminativo se oponga a un estado previo: $\langle E \parallel L - E \rangle$. La información sobre la escala y su delimitación proviene de un SDeg proyectado como complemento del subevento

resultativo, y se transfiere a un SAsp ubicado entre el subevento resultativo y el subevento dinámico. Crucialmente, $S\alpha$ domina SAsp, razón por la que la información del segundo afecta a la materialización del primero: *se* selecciona un tipo concreto de SAsp.

Siguiendo a McDonald (2008), el núcleo Asp contiene por defecto un rasgo $\{i(\text{nicio})\}$, que se corresponde con el instante inicial de todo evento. El rasgo $\{f(\text{in})\}$ puede no estar presente en la estructura –eventos atéllicos–, puede venir dado por un constituyente externo al verbo, como un tema incremental o una trayectoria –realizaciones– o puede encontrarse también en Asp. Esto último es lo que sucede en el caso de los logros: el instante inicial coincide con el instante final del evento. McDonald argumenta que el rasgo $\{i\}$ en Asp es el se proyecta a $SAsp^{\{i\}}$, lo cual explica que los modificadores temporales den lugar a lecturas de preámbulo:

$$(64) [SAsp^{\{i\}} [Asp_{\{i\}, \{f\}}]]$$

En el caso de una sucesión de logros como la de (62), creo que esta propuesta puede reinterpretarse de la siguiente manera: cada logro supone el final de un estado previo (\vdash), y el inicio del siguiente estado (\vdash), como represento en (65), es decir, supone la proyección de $\{f\}$ en $SAsp^{\{f\}}$. De este modo, el fin de la iteración de logros supone la proyección de $\{f\}$ en $SAsp\{f\}$.

$$(65) L_1 \vdash_{E_{+propiedad}} \vdash L_2 \vdash_{E_{+propiedad}} \vdash L_3 \vdash_{E_{+propiedad}}$$

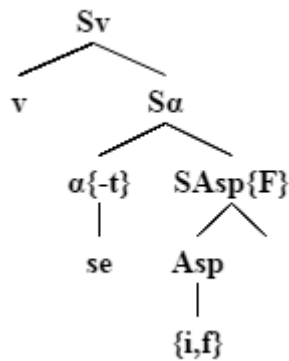
$$(66) [SAsp^{\{f\}} [Asp_{\{i\}, \{f\}}]]$$

De este modo, el fin de la iteración de logros se representa mediante el símbolo \parallel en (67). En (68), \parallel se traduce como $\{F\}$ para diferenciar el final de cada logro en la iteración ($\vdash, \{f\}$) del final de la iteración de logros. En definitiva, *se* en $\alpha\{-t\}$ selecciona un $SAsp^{\{F\}}$, como vemos en el árbol de (69).

$$(67) L_1 \rightarrow_{E_{+propiedad}} L_2 \rightarrow_{E_{+propiedad}} L_3 \rightarrow_{E_{+propiedad}} \parallel L_4 \rightarrow_{E_{propiedad}}$$

$$(68) [SAsp^{\{F\}} [Asp_{\{i\}, \{f\}}]]$$

(69)



El exponente \emptyset es empleado cuando, o bien no hay un estado terminativo, o bien no hay un estado previo, es decir, cuando no encontramos una configuración del tipo $\langle E \parallel L - E \rangle$. Esto sucede con verbos derivados de adjetivos de escala abierta –la iteración de logros es ilimitada– o con ciertos logros simples, del tipo *despertar* que, frente a *despertarse*, denotan un cambio del tipo $\langle L \vdash E \rangle$.

Este análisis del *se* anticausativo explica conjuntamente las propiedades aspectuales que se le han atribuido en español y en otras lenguas romances (véase el capítulo 7) y su distribución complementaria con el argumento externo ($\{-t\}$). Así mismo, las diferencias entre las variantes inacusativas marcadas y no marcadas quedan reducidas a un problema de materialización, lo que implica que no existen diferencias sintácticas o semánticas entre ellas.

CAPÍTULO 3

¿QUÉ VERBOS PARTICIPAN DE LA ALTERNANCIA CAUSATIVO-INACUSATIVA?

En el capítulo anterior hemos definido la clase de los verbos de cambio de estado, a la cual pertenecen los verbos que participan de la alternancia causativo-inacusativa. De aquí deriva un problema recurrente en los estudios sobre este fenómeno (cf. Chierchia, 1989; Levin y Rappaport Hovav, 1995; Reinhart, 2000; Alexiadou et al., 2006; Horvath y Siloni, 2008, entre otros muchos): todos los verbos alternantes son de cambio de estado, pero no todos los verbos de cambio de estado alternan. Ciertos verbos causativos carecen de variante intransitiva (1), otros alternan solo en combinación con determinados argumentos internos (2),¹ y ciertos inacusativos, a los que me refiero como “inacusativos puros”, nunca transitivizan (3-4).

- (1) a. Norman Bates asesinó a Marion Crane.
b. *Marion Crane se asesinó.
- (2) a. El carnicero cortó la carne.
b. *La carne se cortó.
c. La leche se cortó.
d. La comunicación se cortó.
- (3) a. *La temprana llegada del buen tiempo floreció los narcisos.
b. Los narcisos florecieron (con la temprana llegada del buen tiempo).
- (4) a. *El chófer llegó a Hitchcock puntual al estudio.
b. Hitchcock llegó puntual al estudio.

En la bibliografía encontramos esencialmente tres maneras de abordar esta cuestión. La primera de ellas supone asumir que el hecho de un mecanismo esté disponible en una lengua no implica que tenga que aplicarse obligatoriamente en todos

¹ Nótese que el contraste entre (2b) y (2c-d) no solo está relacionado con la elección del argumento interno, sino con la necesidad de la intervención de un agente.

los casos posibles (cf. Arad, 2005). La segunda postura considera que las formas aparentemente ausentes existen, de hecho, en algún nivel de representación, aunque no pasen a formar parte del vocabulario (cf. Reinhart, 2002; Horvath y Siloni, 2008; Fadlon, 2012; entre otros). Finalmente, la tercera vía consiste en buscar factores semánticos adicionales que expliquen la (in)capacidad de un verbo para alternar (cf. Levin y Rappaport Hovav, 1995; Alexiadou et al., 2006, 2015). El apartado 3.1. resume las dos primeras vías; la tercera, será el objeto del apartado 3.2. El apartado 3.3. trata específicamente sobre los verbos causativos no alternantes. Finalmente, el apartado 3.4. recoge las conclusiones.

3.1. LAS VARIANTES AUSENTES: ¿ENTRADAS CONGELADAS EN EL LÉXICO?

Es un hecho conocido que ciertos mecanismos gramaticales –por ejemplo la derivación morfológica (cf. Chomsky, 1970; Halle, 1973) y las operaciones sobre la estructura argumental (cf. Levin y Rappaport Hovav, 2005; Reinhart y Siloni, 2005)– no operan en todos aquellos contextos en los que podrían hacerlo. Así, por ejemplo, a pesar de que los sufijos *-ero* y *-ción* son muy productivos en español para la creación de sustantivos (5), no todas las palabras que potencialmente pueden derivarse de este modo existen en nuestro vocabulario (6). A la inversa, encontramos en el diccionario palabras aparentemente derivadas que carecen de base (7).²

(5) a. Leche > lechero

b. Abolir > abolición

(6) a. Magdalena > *magdalenero

b. Fumar > *fumación

(7) *Introspectar > introspección

Halle (1973) y Jackendoff (1975) explican estos “huecos léxicos” (*lexical gaps*) aduciendo que las palabras en cuestión existen en un cierto nivel de representación,

² Lo que sucede generalmente en estos casos es que se ha perdido diacrónicamente la base de la que provenía la palabra derivada. Así, no existe un verbo **introspectar* en español moderno, pero existía en latín (*introspicere*).

aunque no hayan pasado a formar parte del vocabulario de la lengua. Esta es la base de la distinción que Horvath y Siloni (2008) proponen entre el “lexicón mental” y el vocabulario: el primero contiene la representación mental de todas las entradas léxicas, mientras que el segundo selecciona un subconjunto de éstas, las palabras que los hablantes de una lengua verdaderamente emplean en la comunicación.

Siguiendo a Reinhart (2002), quien a su vez se inspira en Chierchia (1989), Horvath y Siloni (2008) defienden que las variantes ausentes en la alternancia anticausativa –concretamente, las variantes causativas de verbos como *floreecer*– existen en el léxico y permanecen inertes o “congeladas” (*frozen*) en él, sin llegar a formar parte del vocabulario. Una de sus principales motivaciones para el planteamiento de esta hipótesis reside en la idea de que la información léxica es universal: las formas que no existen en una lengua dada suelen existir en otra, o en un estado previo de la misma, por lo que las autoras asumen que se encuentran almacenadas en el léxico de todas las lenguas, aunque solo consten en el vocabulario de algunas de ellas. En efecto, no es raro encontrar verbos que no alternan en una lengua, pero lo hagan en otra:

(8) a. Kireru_{intr.} / Kiru_{tr.} (japonés, ‘cortar’)

b. Todoku_{intr.} / Todokeru_{tr.} (japonés, ‘llegar’ / ‘llevar, entregar’)

Así mismo, recientemente se ha comprobado que ciertos verbos considerados como inacusativos no alternantes en inglés pueden emplearse, de hecho, como causativos (9) (McKoon y Macfarland, 2000; Wright, 2001, 2002; cf. apartado 3.2.). Fernández Jiménez y Tubino Blanco (2014) estudian ejemplos similares en el dialecto andaluz (10):

(9) Early summer heat had blossomed fruit trees across the valley.
temprano veraniego calor ha florecido frutales árboles a.través el valle
‘El temprano calor veraniego ha florecido los árboles frutales en todo el valle’.

(10) a. Entró las sillas en la sala.

b. María cayó el colacao

En mi opinión, los ejemplos anteriores no demuestran por sí solos que las formas causativas de todos los verbos inacusativos “puros” existan como entradas congeladas

en el léxico. Sí demuestran, en cambio, que son entradas posibles, pues un mecanismo o regla gramatical disponible en una lengua puede aplicarse libremente sobre aquellas formas que cumplan los requisitos –en este caso, denotar un evento de cambio de estado–.³

Los modelos neoconstruccionistas defienden que las raíces son acategoriales y solo forman palabras al combinarse con núcleos funcionales. Cualquier raíz puede, potencialmente, combinarse con cualquier núcleo. Por ejemplo, Arad (2005), propone que las raíces pueden combinarse con un núcleo verbalizador *v*, cuya naturaleza puede ser inacusativa o transitiva. Para evitar la sobregeneración de unidades lingüísticas no existentes, como los verbos de cambio de estado no alternantes, propone dos alternativas: o bien la combinación no se produce porque no es interpretable, o bien ciertas raíces están especificadas como incapaces de aparecer en ciertos contextos.

Nótese la sutileza del problema: una opción es que todas las formas lingüísticas posibles, pero no existentes, se encuentren almacenadas en el léxico, aunque no se usen. La otra opción es que los mecanismos gramaticales pueden operar potencialmente sobre un número muy elevado de unidades, aunque no lo hagan necesariamente sobre todas ellas.⁴ Si bien es prácticamente imposible encontrar argumentos empíricos en favor de una posición u otra, remito al lector a Fadlon (2012) para un experimento psicolingüístico que intenta demostrar la existencia de entradas congeladas en el léxico.

Resolver este conflicto queda fuera de los propósitos de esta tesis. No obstante, considero que el hecho de que ciertos verbos estén especializados en un uso inacusativo no significa que haya algo que les impida alternar. Al fin y al cabo, es frecuente su uso causativo en variedades no estándar (10) y en el lenguaje infantil. Muchos de ellos participan de la alternancia supletiva en español (*morir* / *matar*; *salir* / *sacar*) y todos pueden causativizar mediante mecanismos sintácticos (*hacer salir*; *hacer desaparecer*; *hacer llegar*), es decir, recurren a mecanismos más transparentes para expresar la alternancia, pero pueden alternar. Esto tiene que ver, en última instancia, con la conceptualización de los cambios de estado: si un verbo está especializado en la descripción de eventos espontáneos se empleará regularmente como inacusativo y habrá de recurrir a una expresión marcada (otra pieza léxica, un verbo ligero) para describir

³ Así, una palabra como **magdalenero* está bien formada de acuerdo a las normas del español, y puede incorporarse al vocabulario de los hablantes algún día.

⁴ Algunas pueden quedar bloqueadas por otras expresiones, etc. (cf. Aronoff, 1976).

eventos causativos (cf. apartado 3.2 y también el capítulo 6).

Por otra parte, los verbos del tipo *asesinar* no pueden recurrir a ningún tipo de mecanismo para describir eventos espontáneos. En este caso, por tanto, sí existe algún tipo de restricción.

La tercera vía para abordar la ausencia de variantes causativas e inacusativas es buscar otros factores semánticos, más allá de la noción de “cambio de estado”, que determinen la capacidad de un verbo para alternar. El criterio tradicionalmente empleado es semántico: alternan los verbos que denotan un cambio de estado y, más concretamente, alterna cierto tipo de verbos de cambio de estado, no todos ellos. La pregunta es cuáles y en función de qué.

3.2. LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS

El efecto semántico de la alternancia es que un mismo verbo puede emplearse para describir un cambio de estado causado por una fuerza externa o un cambio de estado que sucede de manera espontánea. La idea fundamental es, por tanto, que los verbos que denotan eventos esencialmente espontáneos o esencialmente causativos, no alternan: solo lo hacen aquéllos que pueden denotar ambos tipos de evento indistintamente.

En su estudio tipológico, Haspelmath (1993) observa que los verbos que denotan eventos que tienden a conceptualizarse como espontáneos suelen ser no alternantes, como tampoco lo son los que denotan eventos que se conceptualizan como agentivos. De acuerdo con esto, los verbos pueden ordenarse en una escala de espontaneidad como la de (11) (cf. Haspelmath, 1993; Schäfer, 2008; Alexiadou et al., 2015; entre otros), de tal manera que solo los ubicados en el centro son capaces de describir dos situaciones distintas, a diferencia de los ubicados en los extremos:

(11) Escala de espontaneidad

asesinar ... romper ... calentar ... quemar ... aumentar ... envejecer ... nacer

La idea es que *nacer* y *asesinar* no alternan porque es muy difícil –sino imposible– imaginar situaciones en las que un nacimiento sea provocado o en las que un asesinato no sea un acto intencional llevado a cabo por un agente. Es decir, si no podemos siquiera concebir el evento, no empleamos el verbo como alternante. En

cambio, si bien el envejecimiento se concibe como un proceso fisiológico interno de carácter espontáneo, es posible imaginar una situación en la que éste se vea instigado por una fuerza externa (*Fumar envejece la piel*), lo que permite al verbo *envejecer* alternar, aunque sea de manera marginal.

La gran influencia que la conceptualización de los eventos ha tenido en los estudios sobre la alternancia se debe a que es una hipótesis muy sencilla e intuitiva. Nótese, no obstante, que también tiene un carácter altamente subjetivo –los hablantes no conceptualizan los eventos de manera sistemática o predecible–, lo cual dificulta su formalización. En los capítulos 4 y 6 veremos que la conceptualización subyace también a otros dos debates clásicos sobre la alternancia, el de la direccionalidad y el de la marcación morfológica.

3.2.1. La hipótesis de la conceptualización y la dicotomía causa interna / externa

La gramática formal ha tratado de capturar la teoría de la conceptualización de los eventos como una cuestión léxica, lo cual ha cristalizado en la distinción entre verbos interna y externamente causados.

Dicha dicotomía ha tenido una enorme influencia en los estudios sobre la alternancia anticausativa a partir del trabajo de Levin y Rappaport Hovav (1995); sin embargo, como veremos a lo largo de esta sección, los años han demostrado que no tiene, en realidad, el poder predictivo o explicativo que se esperaba de ella (cf. Haspelmath et al., 2014; Rappaport-Hovav y Levin, 2012; Rappaport Hovav, 2014; Alexiadou et al., 2015).

Levin y Rappaport Hovav (1995), recogiendo intuiciones ya presentes en Smith (1970), Guerssel (1986), Hale y Keyser (1987) y Labelle (1990, 1992), identifican dos tipos de verbos atendiendo a una distinción semántica relativa al origen del evento denotado –causación interna vs. externa–.

Las autoras definen los verbos internamente causados como aquellos en los que una propiedad inherente del argumento es la que desencadena el evento. Los verbos inacusativos puros son un ejemplo *-florecer, morir-*, pero también se incluyen en este grupo los verbos inergativos, cuyo argumento es el “origen” del evento *-jugar, hablar, brillar-* (12).⁵ Los verbos internamente causados se caracterizan en el modelo de Levin

⁵ Esta característica semántica que unifica los verbos inacusativos e inergativos trasciende, por ejemplo, en el modelo de Ramchand (2008), donde la causación interna de verbos como *run* (‘correr’) y *arrive*

y Rappaport Hovav por no participar de la alternancia.

- (12) a. Los tulipanes florecieron. (verbos internamente causados para LyR)
 b. Kafka murió de tuberculosis.
 c. Peter Pan jugaba con las sirenas.
 d. Cris habló ayer conmigo por teléfono.
 e. La luna brillaba intensamente.

Ya en su trabajo de 1992, Labelle, siguiendo a Rothenberg (1974), había descrito las variantes lábiles como “internally driven transformations of an entity” (Labelle 1992: 393), lo que provoca, según la autora, que seleccionen el auxiliar *avoir* (‘tener’) y rechacen *se* al igual que los verbos inergativos. Más adelante, Labelle y Doron (2010) continúan defendiendo que estas construcciones denotan eventos internamente causados, pero las analizan, en cambio, como inacusativas. Volveremos sobre el uso de la dicotomía causa interna / externa para diferenciar las anticausativas marcadas de las no marcadas en el capítulo 6. Por su parte, Alexiadou et al. (2006) consideran que los verdaderos verbos internamente causados son los inacusativos, separando los inergativos bajo la etiqueta de “agentivos”.

En cuanto a los verbos externamente causados, Levin y Rappaport Hovav (1995) los definen como aquellos que denotan eventos que deben ser desencadenados por una fuerza o agente externo al propio evento. Subrayan que, aun cuando uno de estos verbos puede ser empleado intransitivamente, el conocimiento del mundo nos dice que, en realidad, el evento no ha podido tener lugar por sí solo. En su modelo, solo los verbos externamente causados pueden participar de la alternancia (13), a diferencia de los internamente causados.

- (13) a. La puerta se ha cerrado. (verbos externamente causados para LyR)
 b. El cadáver se está pudriendo.
 c. El clima cambió de pronto.
 d. La temperatura ha aumentado bastante.

(‘llegar’) se representa sintácticamente con un mismo argumento identificando los especificadores de SInit y SProc, y recibiendo así un rol compuesto “iniciador-paciente”.

La afirmación sobre el conocimiento del mundo contradice la idea generalizada de que las anticausativas se caracterizan por expresar eventos “espontáneos” y es fácilmente discutible atendiendo a verbos como *podrir(se)*, que alternan pese a que su significado es intuitivamente el de un evento de causa interna. En respuesta a este tipo de críticas, Levin y Rappaport Hovav (1995: 98) argumentan que “[t]he distinction between internally and externally caused eventualities is a distinction in the way events are conceptualized and does not necessarily correspond to any real difference in the types of events found in the world”. Esta afirmación se corresponde totalmente con las ideas de Haspelmath (1993) expuestas en la sección anterior; la diferencia entre ambas propuestas es que Haspelmath considera el significado conceptual como algo más laxo –habla de *tendencias* tipológicas y cognitivas–, mientras que Levin y Rappaport Hovav lo consideran como algo intrínsecamente codificado en el léxico.

En la propuesta de Labelle y Doron (2010), las variantes transitiva e intransitiva no guardan una relación derivacional,⁶ en contra de la hipótesis de Levin y Rappaport Hovav (1995), según la cual las anticausativas son básicamente transitivas.⁷ No obstante, estas autoras sí retienen la idea de que las anticausativas (marcadas) denotan eventos externamente causados, al igual que sus contrapartidas causativas.

La dicotomía causa interna / externa se ha empleado fundamentalmente con dos fines: i) explicar el hecho de que unos verbos, los externamente causados (13), participen de la alternancia y otros, los internamente causados (12), no lo hagan (Levin y Rappaport Hovav, 1995; Alexiadou et al., 2006; Schäfer, 2008; entre otros);⁸ y ii) explicar la escisión entre los dos tipos de variantes intransitivas en la alternancia, marcadas y no marcadas (14-15) (Rothenberg, 1974; Labelle, 1992; Centineo, 1995; Labelle y Doron, 2010; Kailuweit, 2011; entre otros).

- (14) a. El clima cambió de pronto. (verbos internamente causados para LyD)
 b. La temperatura ha aumentado bastante.

- (15) a. La puerta se ha cerrado. (verbos externamente causados para LyD)
 b. El cadáver se está pudriendo.

⁶ Se obtienen ambas a partir de una misma raíz neutra. Véase el capítulo 4.

⁷ Recientemente, Rappaport Hovav y Levin (2012) han abandonado la hipótesis de que las anticausativas deriven de las causativas.

⁸ En el modelo de Alexiadou et al. (2006) y Schäfer (2008) ninguna de las dos clases participa de la alternancia: los externamente causados son siempre transitivos, los internamente causados son siempre inacusativos y los que alternan son los de “causa no especificada” (*cause unspecified*).

Nótese que ambos propósitos son mutuamente excluyentes: si solo los verbos externamente causados alternan (13), todos los verbos alternantes son externamente causados –contra (14)–, ergo esta dicotomía no puede servir para diferenciar las variantes marcadas y no marcadas de la alternancia. A la inversa, si las anticausativas no marcadas se diferencian de las marcadas por ser internamente causadas (14-15), entonces esta dicotomía no sirve para explicar que otros verbos internamente causados, como *floreecer* (12a), no alternen. A pesar de que ambas posturas, la de Levin y Rappaport Hovav y la de Labelle y Doron, coinciden al clasificar las anticausativas marcadas como externamente causadas, los argumentos empleados divergen: para Levin y Rappaport Hovav lo son porque alternan, para Labelle y Doron lo son porque llevan *se*. Este capítulo trata exclusivamente del uso de la dicotomía para determinar qué verbos participan de la alternancia; su uso para explicar la marcación de la alternancia será abordado en el capítulo 6.

3.2.2. La dicotomía causa interna / externa para determinar qué verbos alternan

Desde la perspectiva de Levin y Rappaport Hovav (1995), el factor fundamental para diferenciar un verbo de causa interna de uno de causa externa es su participación de la alternancia anticausativa, lo cual deriva en una estipulación descriptiva y circular: los verbos que alternan lo hacen por ser externamente causados, y sabemos que son externamente causados porque alternan. Así, en (16), la mera existencia de contrapartidas causativas clasifica los verbos de (b-c) como externamente causados. Sin embargo, no se han propuesto criterios adicionales para identificar la interpretación de estos eventos:

- (16) a. Los cerezos ya están floreciendo en Japón.
 b. El cadáver se pudrirá bajo tierra.
 c. Toulouse-Lautrec enfermó de sífilis.

A mi juicio, no existe ninguna diferencia entre los cerezos, el cadáver y Toulouse-Lautrec, en tanto que todos poseen propiedades inherentes que permiten que se produzca en ellos el cambio de estado denotado por el verbo. Al fin y al cabo, eso es

lo que permite que todos puedan proyectarse como los argumentos internos de esos verbos.

Si bien es cierto que solo los ejemplos de (16b-c) admiten un argumento externo –alternan–, no creo que exista una diferencia semántica entre estos ejemplos y el de (16a). Creo más bien que todas las construcciones inacusativas denotan eventos que podrían ser descritos como “internamente causados” –en definitiva, eventos de voz media– y que, en este sentido, se oponen a las construcciones causativas, que son las que verdaderamente denotan eventos “externamente causados”. Es decir, creo que la alternancia causativo-inacusativa se produce precisamente cuando un verbo puede denotar indistintamente un evento de cambio de estado interna o externamente causado. Afirmar que los verbos de (16b-c) son compatibles con una interpretación causativa –causación externa– es una mera descripción de los hechos, pues sabemos que alternan. Afirmar que alternan porque son compatibles con la causación externa es, repito, circular.

Nótese que Levin y Rappaport Hovav establecen, además, una relación entre la causación externa / interna y la dirección de la alternancia (cf. capítulo 4): los verbos externamente causados son diádicos –y sufren un proceso de intransitivización–, mientras que los internamente causados son monádicos en el léxico.

Este planteamiento no resulta extraño a la luz de las tendencias tipológicas descritas por Haspelmath (1993) y Haspelmath et al. (2014): parece lógico suponer que los eventos que se conceptualizan como espontáneos se codifican como verbos intransitivos y se usan raramente (o nunca) como causativos. Sin embargo, los propios Haspelmath et al. (2014) advierten del peligro de propuestas como la de Levin y Rappaport Hovav, subrayando que las tendencias tipológicas que ellos describen suelen ser de poca ayuda, o incluso tangenciales, para el micro estudio de una lengua particular y que la conceptualización subjetiva de los hablantes no debe confundirse con las propiedades léxicas intrínsecas del verbo: lo segundo es estable e idiosincrásico, lo primero no.

En el modelo de Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer (2006) y Schäfer (2008) no hay una relación derivacional en la alternancia, pero sí se hace uso de la causación interna / externa para determinar qué verbos participan de ella. Estos autores, siguiendo a Harley y Noyer (2000), clasifican raíces atendiendo a su significado enciclopédico:

- (17) a. $\sqrt{\text{Agentivas}}$: no denotan necesariamente eventos de cambio de estado (*bailar*), pero si lo hacen tienen un componente agentivo que les impide alternar (*asesinar, cortar*).
- b. $\sqrt{\text{Internamente causadas}}$: solo pueden denotar eventos espontáneos de cambio (*floreecer, crecer*), luego no alternan.
- c. $\sqrt{\text{Externamente causadas}}$: solo pueden denotar eventos de cambio desencadenados por una causa externa (*destruir, matar*), luego no alternan.
- d. $\sqrt{\text{No especificadas respecto a la causa (cause unspecified)}}$: no determinan si el evento de cambio es espontáneo o causado, por lo que alternan (*romper, cambiar*).

Considero que esta clasificación es acertada a nivel descriptivo, y que esta es la manera correcta de entender los verbos alternantes: solo los verbos que pueden denotar eventos interna o externamente causados indistintamente pueden, de hecho, participar de la alternancia. No obstante, como señala Schäfer (2008: 146), la propuesta corre el riesgo de caer en la circularidad en tanto que las distinciones léxicas del tipo ‘causa no especificada’ y ‘causa externa’ pueden resultar ser meras etiquetas descriptivas; en este sentido, el intento de explicar el comportamiento sintáctico de los verbos a partir de la información enciclopédica de las raíces puede derivar en una clasificación de las raíces basada en comportamiento sintáctico que exhiben a posteriori. Esta es una de las razones por las que recientemente Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer (2015) han abandonado la clasificación de (17). Señalan además otras cuestiones por las que la dicotomía causa interna / externa no debe formalizarse en las raíces. En primer lugar, en el marco de la Morfología Distribuida –que ellos adoptan– no es posible atribuir a la raíz acategorial información que solo es relevante si se combina con un núcleo verbalizador. En segundo lugar, los autores señalan que, en ciertos casos, la alternancia está restringida a ciertas combinaciones <verbo + argumento interno> (**La promesa se rompió*; cf. capítulo 4), lo cual indica que la capacidad para alternar no está determinada léxicamente.

Finalmente, los trabajos de McKoon y Macfarland (2000) y Wright (2001, 2002), quienes han demostrado mediante estudios de corpus que ciertos verbos internamente causados (inacusativos puros) pueden, de hecho, alternar (18-19),⁹

⁹ Los verbos *decay* (‘corromper’, ‘pudrir’), *rot* (‘pudrir’) y *wilt* (‘marchitar’) se consideran no alternantes (es decir, inacusativos “puros”) en inglés.

constituyen el argumento empírico que ha motivado el abandono de la dicotomía causa interna / externa por parte tanto Alexiadou et al. (2015) y Alexiadou (2014) como Rappaport Hovav y Levin (2012) y Rappaport Hovav (2014).

(Wright 2002: 341; cit. en RyL, 2012: 161.)

- (18) a. Early summer heat had blossomed fruit trees across the valley.
temprano veraniego calor ha florecido frutales árboles a.través el valle
‘El temprano calor veraniego ha florecido los árboles frutales por todo el valle.’
- b. Salt air and other common pollutants can decay prints.
salado aire y otros comunes contaminantes pueden corromper impresos
‘El aire salado y otros contaminantes comunes pueden corromper los impresos.’

(Wright, 2001: 112-115)

- (19) a. Light will damage anything made of organic material. It rots
luz FUT. dañar cualquier.cosa hecha de orgánico material. Ello pudre
curtains, it rots upholstery, and it bleaches wood furniture.
cortinas ello pudre tapicería y ello destiñe madera mobiliario
‘La luz dañará cualquier cosa hecha de material orgánico. Pudre las cortinas,
pudre la tapicería y le quita el color a los muebles de madera.’
- b. Bright sun wilted the roses.
brillante sol marchitó las rosas.
‘El sol brillante marchitó las rosas.’

En español estándar resulta difícil pensar en ejemplos análogos a los de (18-19), pero Jiménez Fernández y Tubino Blanco (2014) tratan precisamente este tipo de usos causativos en el dialecto andaluz:¹⁰ Nótese que en (18-19) solo son aceptables los sujetos causantes, nunca agentes o instrumentos, a diferencia de lo que sucede con los demás verbos alternantes, y que esta restricción desaparece en (20):

¹⁰ Tampoco es infrecuente en el lenguaje infantil, o en variedades no estándar, encontrar construcciones del tipo *Yo {he caído / he salido} el muñeco*.

(FJyTB, 2014: 8)

- (20) a. *Juan entró las sillas en la casa. (agramatical en español estándar)
 b. Juan entró las sillas en la casa. (gramatical en andaluz)

Estos autores señalan que si el verbo inacusativo es compatible con el llamado ‘*se* aspectual’, sus posibilidades de causativizar aumentan, aunque no estén garantizadas. Así, por ejemplo, *entrar* es compatible con este *se* en andaluz –*Juan se entró en casa*–, pero no en español estándar.¹¹ En consecuencia, creen que la causativización tiene que ver con las propiedades aspectuales del evento.

También apuntan otras dos cuestiones interesantes. La primera de ellas es que los verbos inacusativos de aparición y existencia nunca causativizan, solo los de cambio de estado. La segunda es que en andaluz (21a) significa lo mismo que (21b); es decir, que el causante codificado como directo en (21b) se interpreta en realidad como un causante indirecto. En el apartado 6.2. veremos que sucede lo mismo con algunos verbos que, si bien participan de la alternancia, lo hacen de manera infrecuente, como se observa, por ejemplo en (22), donde la acción de fumar acelera indirectamente el envejecimiento de la piel, pero no lo causa directamente, en tanto que se trata de un proceso natural que tiene lugar también en las personas no fumadoras:

- (21) a. A María se le cayó el colacao.
 b. María cayó el colacao.

- (22) Fumar te está envejeciendo la piel.

Rappaport Hovav (2014: 21) concurre con Alexiadou et al. (2006) en que los verbos alternantes son precisamente aquellos que pueden expresar eventos interna o externamente causados y va más allá al concluir que esta dicotomía no está codificada en el léxico (contra Levin y Rappaport Hovav, 1995): “[...] I take the notion of external causation to be a property of event descriptions, and not construals of events determined necessarily by the verb”. De manera similar, Alexiadou et al. (2015: 56) llegan a la conclusión de que “the availability of the causative alternation is determined by the

¹¹ Nótese que el verbo *entrar* participa de la alternancia supletiva en español estándar, y que la variante causativa *meter* participa a su vez de la alternancia anticausativa: *Se me ha metido algo en el ojo*. De este modo, *entrar* y *meterse* compiten como variantes inacusativas de *meter* (véase el capítulo 2).

conceptualization of events as these are mapped onto vP structures; i.e. v + object combinations”.

Rappaport Hovav explica mediante los ejemplos de (23) que el empleo de dos tipos distintos de construcción no implica necesariamente una diferencia entre dos tipos de evento, pues (23a) y (23b) describen exactamente la misma situación –véanse también Cennamo (2005), Letuchiy (2009) y Cennamo y Jezek (2011)–:

- (23) a. He died from exhaustion / the bullet wound. (Rappaport Hovav, 2014: 19)
 él murió de cansancio la bala herida
 b. Exhaustion / the bullet wound killed him.
 cansancio la bala herida mató él.ACU.

En consecuencia, la autora, siguiendo a Rappaport Hovav y Levin (2012) recurre una serie de principios discursivos para dar cuenta de la elección entre una forma causativa o inacusativa como descripciones adecuadas de un evento en un contexto dado. Así mismo concluye que los verbos alternantes son monádicos en el léxico y que la aparente relación derivacional está en realidad determinada por los mencionados principios de adecuación discursiva (cf. capítulo 4).

Por su parte, Alexiadou (2014) pasa de considerar que la capacidad de un verbo para alternar está condicionada por el significado inherente de causa interna / externa a postular que la clave reside en la presencia de un estado resultante en la estructura eventiva.¹² Desde Alexiadou et al. (2006), esta autora ha defendido que los verbos internamente causados son bieventivos –contra Levin y Rappaport Hovav (1995), que los consideran monoeventivos–, de modo que este nuevo planteamiento le da pie para argumentar que las causativizaciones de inacusativos puros son posibles precisamente porque estos tienen la estructura eventiva apropiada.

Alexiadou subraya que, cuando alternan, los verbos internamente causados participan de la alternancia lábil. De acuerdo con su análisis, los verbos que forman anticausativas marcadas se conciben como llevados a cabo por una fuerza externa y proyectan, en consecuencia, un SVoz semánticamente vacuo (la morfología extra señala que no se proyecta el argumento externo). En cambio, los verbos que forman anticausativas no marcadas (lábiles) tienen “the minimal structure required to express

¹² Véase el capítulo 8 sobre la estructura eventiva de los verbos alternantes.

intransitivity” (p. 905; cf. también Alexiadou, 2010; Alexiadou y Doron, 2012; Alexiadou et al., 2015). Esta postura implica mantener la teoría de la conceptualización de Haspelmath (1993) y expresarla en Voz, en lugar de codificarla directamente en el léxico como una propiedad inherente de las raíces.

La discusión de este apartado me lleva a la conclusión de que las nociones de causa interna / externa no han de ser empleadas en el estudio de la alternancia, a pesar de la gran importancia que han tenido en el pasado. Con ellas se intentó capturar una serie de intuiciones y de generalizaciones tipológicas, y se logró abrir nuevas vías de investigación en alternancia argumental e inacusatividad. Sin embargo, veinte años después de la publicación del influyente trabajo de Levin y Rappaport Hovav (1995), la dicotomía ha quedado obsoleta y su utilidad ha resultado ser mucho menor de lo esperado, hasta el punto de ser abandonada por sus principales defensoras.

Coincido con Haspelmath et al. (2014) en que los eventos conceptualizados como espontáneos, como por ejemplo *morir* o *floreecer*, suelen codificarse como intransitivos y no suelen emplearse como causativos, lo cual describe una tendencia general, no una regla codificada en el léxico. Si bien estos verbos se encuentran en el centro de lo que podríamos llamar “causación interna” o, en términos más tradicionales, “voz media”, nada les *impide* alternar, aunque para ello deban recurrir a mecanismos más transparentes:¹³

- (24) a. El nuevo fertilizante hizo florecer los cerezos antes de tiempo.
b. La tuberculosis mató a Kafka.

Nótese que los verbos agentivos del tipo *asesinar*, en cambio, nunca pueden expresar cambios espontáneos:

- (25) a. *El presidente asesinó.
b. *El presidente se asesinó.
c. *El presidente se volvió / se puso asesinado.

¹³ Algunos inacusativos puros no alternantes denotan eventos de aparición y existencia (*desaparecer*), no de cambio de estado. Así mismo, existe cierta polémica en torno a su estructura eventiva, concretamente respecto a la presencia / ausencia de un subevento resultativo (cf. Cuervo, 2003; Irwin, 2012; Alexiadou, 2014; entre otros). Por lo tanto, para explicar su (in)capacidad para alternar resulta necesario un estudio más profundo que excede los propósitos de esta tesis.

Esto indica que ciertos verbos transitivos de cambio de estado presentan algún tipo de restricción semántica, a diferencia de los inacusativos puros. En otras palabras, *asesinar* no alterna porque no puede, mientras que *floreecer* o *morir* no *suelen* alternar, aunque puedan hacerlo recurriendo a determinados mecanismos.

3.4. LOS VERBOS CAUSATIVOS NO ALTERNANTES

Hasta ahora nos hemos ocupado de por qué los inacusativos “puros” carecen de variante causativa. En esta sección atendemos, en cambio, a la ausencia de variante inacusativa para los verbos del tipo *asesinar*.

Como ha quedado establecido en la sección anterior, un verbo de cambio de estado alterna porque puede denotar indistintamente un evento espontáneo o un evento desencadenado por una fuerza o agente externo. En el caso de los causativos no alternantes, del tipo *asesinar*, la idea más extendida es que tienen un significado específico, restringido, que les impide prescindir de su argumento externo y expresar un cambio espontáneo. A continuación recojo tres generalizaciones muy similares que se han postulado a este respecto. La primera de ellas pertenece al estudio tipológico de Haspelmath (1993), quien señala que es frecuente en las lenguas que cierto tipo de verbos causativos, con un significado específicamente agentivo, no alternen:

A verb meaning that refers to a change of state or a going-on may appear in an inchoative / causative alternation unless the verb contains agent oriented meaning components or other highly specific meaning that makes the spontaneous occurrence of the event extremely unlikely.

(Haspelmath, 1993: 94)

La segunda cita pertenece a Levin y Rappaport Hovav (1995), quienes, siguiendo a Smith (1970), postulan que solo aquellos verbos que pueden no especificar la causa del evento son lo que pueden alternar. Este principio se conoce como la “Condición del Argumento Externo no Especificado” (*Unspecified External Argument Condition*):

Unspecified external argument condition:

[...] an externally caused verb can leave its cause argument unexpressed only if the nature of the causing event is left completely unspecified.

(LyR, 1995: 107)

La tercera cita pertenece a Horvath y Siloni (2011), cuya generalización se basa en un principio cognitivo: si el estado mental del argumento externo es relevante para el evento, no se puede prescindir de él.

Conceptualization of eventualities cannot disregard participants (roles) whose mental state is relevant to the eventuality».

(Horvath y Siloni, 2011:684)

Levin y Rappaport Hovav (1995) observan que, en la variante causativa, los verbos alternantes pueden aparecer con cualquier tipo de argumento externo (26).

(26) {Cris / la explosión} rompió la ventana.

En cambio, los verbos como *asesinar* seleccionan agentes o, más concretamente, especifican el tipo de evento causante (27-28), lo cual les impide participar de la alternancia (29-30):

(27) {El terrorista / *la explosión} asesinó al senador.

(28) {Cris / *el rayo} cortó la cuerda.

(29) a. *The bread cut.

(LyR, 1995: 102)

el pan cortó

b. *The senator killed / assassinated / murdered.

el senador mató asesinó

c. *A new novel wrote.

Una nueva novela escribió

(30) a. *El pan (se) cortó.

- b. *El senador (se) asesinó.
- c. *Una nueva novela (se) escribió.¹⁴

Nótese que en (26) el evento causante puede tener lugar de diversas maneras, aun cuando el sujeto es agente –Cris puede romper la ventana de un puñetazo, con una piedra, cerrándola de golpe, etc.– mientras que en (27-28) el tipo de evento causante está especificado: *asesinar* es matar “intencionalmente” y *cortar* implica el uso de algún tipo de herramienta. La restricción va más allá, por tanto, de la selección de un sujeto agente: según Levin y Rappaport Hovav, solo el argumento de un evento causante que no esté especificado puede ser ligado en el léxico. Nótese también que un verbo como *cortar* no es necesariamente agentivo en combinación con ciertos argumentos internos (31-32), lo cual indica que su capacidad para participar de la alternancia no está determinada léxicamente, sino sintácticamente:

- (31) a. El zumo de limón cortó la leche.
- b. La leche se cortó.

- (32) a. {La tormenta / el espía} cortó la comunicación.
- b. La comunicación se cortó.

La idea de la causa no especificada es la que se recoge en algunas propuestas construccionistas como las de Folli y Harley (2004), Alexiadou, et al. (2006) y Schäfer (2008). Estos autores defienden que todos los verbos de cambio de estado comparten la misma estructura eventiva, pero que la información idiosincrásica contenida en la raíz es la que, en última instancia, determina si el verbo debe ser transitivo –raíces que especifican la causa en el modelo de Alexiadou et al. (2006), raíces que se combinan exclusivamente con v_{CAUSE} en el modelo de Folli y Harley (2004)–, intransitivo –raíces “internamente causadas” para Alexiadou, et al. (2006), raíces que sólo se combinan con v_{BECOME} para Folli y Harley (2004)–, o si puede alternar –raíces de causa no especificada para AAS, raíces compatibles con v_{CAUSE} y v_{BECOME} para Folli y Harley.

La “Condición del Argumento Externo no Especificado” es válida a nivel descriptivo y está asumida en la bibliografía (cf. Reinhart, 2000, 2002; Koontz-

¹⁴ Descártese la interpretación de pasiva refleja.

Garboden, 2007; entre otros muchos) pese a que, como señala Schäfer (2009), no es perfecta, pues existen verbos que no restringen su argumento externo y que, aun así, no alternan (33):

- (33) a. {El ejército romano / la erupción del volcán} destruyó la ciudad.
 b. *La ciudad (se) destruyó.

Una posible vía para formalizar la Condición del Argumento Externo no Especificado es la dicotomía manera / resultado (*manner / result*; cf. Levin y Rappaport Hovav, 1998; Embick, 2004, 2009; Harley, 2005; Mateu y Acedo Matellán, 2012; Alexiadou y Anagnostopoulou, 2013; entre otros), según la cual las raíces pueden proyectarse en dos posiciones distintas, modificando el subevento dinámico o el resultativo. En el primer caso, la raíz denota el proceso, es decir, cómo tiene lugar el evento (*nadar*). El segundo caso, la raíz denota el resultado, de modo que el proceso no queda especificado. Un verbo alternante como *romper* es un típico verbo de resultado que poco o nada explicita acerca de cómo se llega al estado resultante. Así, la intuición es que los verbos causativos no alternantes son verbos de manera que explicitan cómo se produce concretamente el cambio de estado (intencionalmente, mediante un instrumento, etc.), lo cual les impide alternar (cf. Levin y Rappaport Hovav, 2013; Alexiadou et al., 2015).

En definitiva, si bien el estudio de los verbos causativos no alternantes excede los propósitos de esta tesis, de esta breve discusión se deduce que están sujetos a restricciones semánticas (agentividad, manera) que impiden verdaderamente que sean empleados para describir eventos espontáneos.

3.5. CONCLUSIONES

Los verbos alternantes se definen semánticamente como verbos de cambio de estado, lo cual quiere decir, de acuerdo con lo establecido en el capítulo 1, que son verbos con una determinada estructura eventiva, formada por un subevento dinámico y un subevento resultativo, entre los que se establece una relación causa-efecto. En general, estos verbos pueden describir indistintamente eventos llevados a cabo por un agente o una fuerza externa o eventos espontáneos, alternando su estructura argumental.

En cuanto a los verbos inacusativos “puros”, considero que se trata de piezas

especializadas en el significado de cambio espontáneo, lo cual no impide, sin embargo, que alternen potencialmente –independientemente de que la variante causativa se encuentre congelada en el léxico o no–. Algunos cuentan con variantes supletivas, otros aparecen usados como causativos en ejemplos marginales y todos pueden formar predicados causativos complejos subordinándose al verbo *hacer*. En los dos últimos casos, se combinan con causas indirectas, lo que indica que no rechazan la causación *per se*, sino que son conceptualmente incompatibles con la causación directa. Coincido con Haspelmath (1993) y Alexiadou et al. (2015) en que la conceptualización de los eventos como más o menos “espontáneos” influye en que alternen con mayor o menor frecuencia, y mediante mecanismos más o menos transparentes. Lo único que verdaderamente puede bloquear la capacidad de un verbo para alternar es un componente semántico extra (especificación de manera, agentividad); así, *asesinar* no solo significa “hacer morir”, sino “hacer morir intencionalmente”, por lo que esta pieza, al contrario que *matar* (34), no podrá nunca ser la candidata adecuada para describir un cambio espontáneo.

- (34) a. La velocidad mató a James Dean.
 b. James Dean se mató en un accidente.
 c. *James Dean se asesinó en un accidente.

Esto supone que la alternancia está, en cierta medida, semánticamente determinada. De acuerdo con lo establecido en el capítulo 1, la noción de “cambio de estado” se deriva de un tipo específico de estructura eventiva, en la sintaxis. La alternancia consiste en la posibilidad de insertar o no un argumento externo en esa configuración. Así pues, de acuerdo con Alexiadou et al. (2015), los verbos inacusativos (sin SVoz) tienen la sintaxis mínima necesaria para denotar un cambio de estado. La adición del argumento externo es posible, pero no obligatoria, y es más o menos frecuente en función de la conceptualización del evento. Presumiblemente, la semántica particular de los verbos del tipo *asesinar* se traduce sintácticamente en un componente de manera, que obliga a la presencia de Voz.

La discusión de este capítulo evidencia que la dicotomía causa interna / externa, en su formulación original, ha quedado obsoleta como herramienta para formalizar la teoría de la conceptualización de los eventos y para determinar la capacidad de los verbos para alternar. De acuerdo con Haspelmath et al. (2014), Rappaport Hovav y

Levin (2012) y Alexiadou et al. (2015), las raíces no contienen ese tipo de información, es decir, los verbos no están léxicamente especificados como interna o externamente causados y tampoco están especificados respecto a su participación de la alternancia. Por el contrario, es el predicado —<verbo + argumento interno>— el que tiene en última instancia la capacidad para combinarse o no con un argumento externo.

CAPÍTULO 4

EL PROBLEMA DE LA DERIVACIONALIDAD

4.1. INTRODUCCIÓN

La alternancia causativo-inacusativa supone un reto para las teorías sobre estructura argumental, dado que un mismo verbo puede proyectarse sintácticamente con dos argumentos o solo con uno –el interno–. Los autores coinciden en que existe una única entrada en el léxico para los verbos alternantes, es decir, rechazan la posibilidad, fundamentalmente por razones de economía, de que el léxico contenga dos verbos *abrir*, uno transitivo y otro intransitivo. Ahora bien, suponiendo que la estructura argumental está codificada en el léxico, ¿con cuál de sus dos posibles valencias se encuentran listados estos verbos, con la monádica o con la diádica?

Asumir que una de las dos variantes es la que está listada en el léxico implica asumir que la otra se deriva de algún modo de ella, es decir, implica entender la alternancia causativo-inacusativa como un proceso derivacional.

En consecuencia, se han propuesto dos posibles derivaciones para la alternancia, atendiendo a la dirección de la misma: la causativización, que considera la variante inacusativa como la básica, y la intransitivización, que considera la causativa como básica. Existen también propuestas enfrentadas respecto al nivel de la gramática en que tiene lugar el proceso transformacional, el léxico o la sintaxis (véase el capítulo 1).

Por otra parte, si asumimos que la estructura argumental no se encuentra codificada en el léxico, la necesidad de una relación derivativa desaparece. Así, una tercera vía de análisis es la que establece que ambas variantes se obtienen sintácticamente a partir de una misma raíz neutra (“propuestas no derivacionalistas”).

Dos criterios estrechamente relacionados han sido empleados para abordar este problema: el criterio de la complejidad formal y el de la complejidad semántica.

Desde el punto de vista morfológico, se espera que exista una correspondencia entre la complejidad semántica y la complejidad formal tal que si una unidad deriva formalmente de otra derive también semánticamente de ella. Esta correlación recibe el nombre de “iconicidad diagramática” (*diagrammatic iconicity*, Haiman, 1980; Mayerthaler, 1981) y explica la regularidad de formaciones como los plurales y los

diminutivos, creadas universalmente a partir de unidades más simples conceptual y morfológicamente.

(1) The form-meaning complexity isomorphism principle

(Haspelmath et al., 2014: 590):

More complex meanings are expressed by more complex forms; i.e. by more coding material.

En la sintaxis, la iconicidad diagramática se traduce en que el significado composicional es más complejo cuanto más compleja sea la estructura. Así, por lo que respecta a las construcciones (anti)causativas, lo esperable desde el punto de vista semántico es que la inacusativa sea la variante más simple y la causativa, la derivada conceptualmente (cf. Haspelmath, 1993: 89). Del mismo modo, lo esperable desde el punto de vista sintáctico es que la inacusativa tenga una estructura más simple que la causativa. Sin embargo, como hemos visto en el apartado 2.2, existe una gran variación sincrónica, tanto a nivel tipológico como dentro de cada lengua particular, respecto a qué variante es la derivada morfológicamente:

(2) a. Duy-**S**_{intr.} → **a-duit-eb**_{tr.} (Georgiano: ‘cocinar’)

b. Romper-**se**_{intr.} ← romper_{tr.}

c. Atum-**aru**_{intr.} ↔ atum-**eru**_{tr.} (Japonés: ‘reunir’)

La dirección de la derivación no es universal, y tampoco es necesariamente uniforme dentro de una misma lengua.¹ A primera vista, los ejemplos de (2) parecen indicar que en georgiano la causativa es más compleja que la inacusativa y deriva de ella, que en español la situación es la inversa, y que en japonés ambas variantes son igualmente complejas y no guardan relación derivacional. Esta interpretación de los datos no encaja con lo estipulado por el principio de iconicidad y hace pensar que otros

¹ Por ejemplo, los sustantivos abstractos pueden derivar de los adjetivos, o viceversa:

(i) a. linguist-ics ← linguist

b. physics → physicist.

(Haspelmath, 1993: 88)

La *lingüística* o la *física* pueden entenderse como lo que hacen los lingüistas o los físicos, o puede entenderse que un *lingüista* o un *físico* es aquél que hace lingüística o física, lo cual explica, para Haspelmath, que en ciertos casos la dirección de la derivación no esté fijada.

factores pueden estar involucrados en la elección de un mecanismo morfológico para expresar la alternancia.²

Siguiendo a Jacobsen (1985), Haspelmath (1987), Croft (1990), Nedjalkov (1969), Haspelmath (1993) defiende que la variante marcada es, generalmente, la menos “esperable” cognitivamente. Es decir, aquellos verbos que denotan eventos que los hablantes tienden a conceptualizar como “espontáneos”, suelen marcar la variante causativa de la alternancia. Este es el caso, por ejemplo, de *congelar*, que solo marca la variante incoativa en dos de las veintiuna lenguas estudiadas por el autor, mientras que en 12 de ellas se marca la variante causativa –las otras diez lenguas emplean otros mecanismos con este verbo–. En cambio, aquéllos que denotan eventos que los hablantes tienden a conceptualizar como “necesariamente instigados por una fuerza externa” suelen marcar la variante incoativa.³ Este es el caso, por ejemplo, de *cerrar*, cuya variante marcada es la incoativa en 15,5 de las 21 lenguas, mientras que solo en una lengua se marca la causativa (5,5 lenguas emplean otros mecanismos). Esta tendencia cumple el siguiente principio de Givón (1991: 106, cit. en Haspelmath 1993: 106):

(3) Meta-iconic markedness principle:

Categories that are cognitively marked tend also to be structurally marked.

Haspelmath concluye que el significado relevante para la iconicidad diagramática es el significado conceptual, no el objetivo. Esto quiere decir que, aunque el significado de los verbos transitivos sea objetivamente más complejo que el de los intransitivos, la relación conceptual entre ambos puede ser diferente (cf. Lakoff 1987), y que la variación en la dirección de las derivaciones “[...] can generally be seen as the manifestation of indeterminacy of the conceptual-semantic relation” (Haspelmath, 1993: 90).

No obstante, los principios de (1) y (3) representan únicamente tendencias. Otros factores –la tipología de cada lengua, la evolución diacrónica de los verbos alternantes, su frecuencia de uso, etc.– pueden también influir en la elección del mecanismo –es decir, en la dirección derivacional– para expresar la alternancia. Volveremos sobre estas cuestiones en el capítulo 6.

²Los datos diacrónicos tampoco son uniformes, pues, como señala García Hernández (1990), la forma más “simple” conceptualmente no es necesariamente la más antigua.

³Salvo aquéllos que requieren la intervención de un agente (cf. 3.3).

Como apuntábamos más arriba, el problema de la direccionalidad de la alternancia se relaciona con el problema del “lugar” de la alternancia: no solo importa en qué dirección se produce el proceso transformacional, sino también en qué nivel de la gramática –la sintaxis o el léxico– tiene lugar. Si la operación ocurre en el léxico, ambas direcciones son posibles, la causativización y la intransitivización; en cambio, si se asume que ocurre en la sintaxis, solo la causativización es posible, dado que la estructura sintáctica se construye de abajo a arriba, añadiendo elementos y volviéndose cada vez más compleja, pero nunca eliminando elementos y volviéndose más simple.

En los modelos neoconstruccionistas las entradas léxicas quedan reducidas a su significado idiosincrásico (raíces), de tal manera que ningún tipo de operación en el léxico es posible (véase el capítulo 1). El resto de componentes del significado – estructura argumental, papeles temáticos, estructura eventiva, etc.– se obtienen en la sintaxis, dependiendo de la configuración en la que se inserten la raíz y los argumentos: la construcción es libre, pero el resultado debe ser compatible con el conocimiento enciclopédico que se asocia a la raíz. Desde este punto de vista, las alternancias se producen cuando una misma raíz se inserta en estructuras sintácticas diferentes.

En los apartados 4.2 y 4.3 revisaremos las propuestas de causativización e intransitivización, respectivamente. El apartado 4.4 recoge algunos de los principales problemas a los que se enfrentan ambas teorías derivacionalistas. Finalmente, el apartado 4.5 presenta las propuestas no derivacionalistas, entre las que se enmarca esta tesis. El apartado 4.6 recapitula las conclusiones.

4.2. CAUSATIVIZACIÓN O TRANSITIVIZACIÓN

Desde los primeros estudios sobre la alternancia se han desarrollado propuestas en las que ésta constituye un proceso de causativización a partir de la variante más simple conceptualmente (Lakoff, 1968, 1970; Lyons, 1969; Dowty, 1979; Williams, 1981; Hale y Keyser, 1986; Brousseau y Ritter, 1991; Harley, 1995; Pesetsky, 1995; Ramchand, 2008; entre otros). De acuerdo con Ramchand (2008: 88), “...given a constructionist approach, alternation based on legitimate structure building are the most natural ones to state”.

Dowty (1979) descompone el predicado en los componentes *cause* y *become*, y propone una regla de causativización que añade *cause* sobre *become*. A su vez, el predicado *become* inacusativo se deriva a partir del adjetivo:

- (4) a. $\text{open}_{\text{ADJETIVO}} > \text{open}_{\text{VB. INTRANS.}} > \text{open}_{\text{VB. TRANS.}}$ ⁴
 b. $\text{break}_{\text{incho.}}: \lambda x [\text{become BROKEN } (x)]$
 c. $\text{break}_{\text{caus.}}: \lambda y \lambda x [\exists P [P(x) \text{ cause become BROKEN } (y)]]$

Para Hale y Keyser (1986), la diferencia entre causativas y anticausativas radica en la presencia de una proyección con un núcleo causativo y un especificador en el que se introduce el argumento externo, como se observa a continuación en la representación de la estructura léxico conceptual de *break* ('romper'):

- (5) a. $[\text{BECOME broken } (x)]$ (básica)
 b. $[(y) \text{ CAUSE } [\text{BECOME broken } (x)]]$ (derivada)

En su modelo de primera fase sintáctica (*first phase syntax*), Ramchand (2008) descompone el SV en tres capas que reflejan la estructura eventiva (véase el capítulo 1): InitiatorP es el subevento que inicia, causa o desencadena el evento; ProcessP es el subevento central, que ha de estar siempre presente, y ResultP es el subevento que denota el estado resultante. Cada uno de ellos introduce un argumento en su especificador que se interpretará como iniciador (*initiator*), paciente (*undergoer*) y como sujeto del estado resultante (*resultee*) respectivamente.

- (6) $[\text{InitP DP}_{\text{Initiator}} [\text{Init}] [\text{ProcP DP}_{\text{Undergoer}} [\text{Proc}] [\text{ResP DP}_{\text{Resultee}} [\text{Res}]]]]$

De acuerdo con su propuesta, los verbos intransitivos que no participan de la alternancia son aquellos que ya contienen un InitP en su entrada léxica y que por tanto no pueden causativizar: los inergativos y los inacusativos puros. En estos últimos, la presencia de Init indica que expresan eventos internamente causados (Levin y Rappaport Hovav, 1995; véase el capítulo 3), en los que un único argumento lexicaliza los especificadores de los tres subeventos, interpretándose como iniciador, paciente y sujeto del resultado simultáneamente.

⁴ El propio Dowty señala que hay excepciones: $\text{*dissappear}_{\text{VB. TRANS.}}$ ('desaparecer').

- (7) [InitP Pepe_{Initiator} [Init llegar] [ProcP Pepe_{Undergoer} [Proc <llegar>] [ResP Pepe_{Resultee} [Res <llegar>]]]]]

Las variantes intransitivas de los verbos que participan de la alternancia carecen de InitP (8b). En la variante causativa se añade un núcleo Init con un morfema causativo nulo –que en muchas lenguas tiene realización fonológica–, es decir, se causativiza el evento (9b).

- (8) a. The door opened ('La puerta se abrió').
 b. [ProcP the door [Proc open] [ResP <the door> [Res <open>]]]
- (9) a. John opened the door.
 b. [InitP John [Init open] [ProcP the door [Proc open] [ResP <the door> [Res <open>]]]]]

De este modo, Ramchand propone una derivación sintáctica de la alternancia partiendo de una base incoativa y, al mismo tiempo, da cuenta de por qué ciertos verbos no participan de ella. El problema es que en lenguas como el español, las anticasativas y las causativas tienen el mismo número de subeventos (dos), de acuerdo con los diagnósticos clásicos que identifican la estructura subeventiva de los predicados (véase el capítulo 1):

- (10) a. Nerea abrió la puerta otra vez.
 b. [Nerea [otra vez [v dinámico [puerta abierta resultado]]]]]
 c. [Nerea [v dinámico [otra vez [puerta abierta resultado]]]]]
- (11) a. La puerta se abrió otra vez.
 b. [otra vez [v dinámico [puerta abierta resultado]]]]]
 c. [v dinámico [otra vez [puerta abierta resultado]]]]]

Esto indica que la alternancia afecta exclusivamente a la estructura argumental, pero no a la eventiva –es decir, no conlleva la adición de un subevento–. Por ello, en esta tesis adopto un análisis en el que la diferencia radica en la presencia / ausencia de argumento externo (véase también Alexiadou et al., 2015), si bien no descarto que un

análisis de causativización pueda ser el apropiado en lenguas en las que las variantes inacusativas tengan, de hecho, una estructura eventiva más simple que las causativas. Es decir, no descarto que en ciertas lenguas la alternancia afecte también a la estructura eventiva.

4.3. DETRANSITIVIZACIÓN

Las propuestas que explican la alternancia causativo-inacusativa como un proceso de intransitivización a partir de la variante causativa se inscriben mayoritariamente en el marco lexicalista. La razón reside en que desde una perspectiva proyeccionista resulta muy problemático defender que un verbo pueda estar listado como monádico y se construya, opcionalmente, como diádico. En otras palabras, para explicar la existencia de un argumento “opcional” resulta más eficiente postular que el verbo cuenta con dos argumentos en su significado inherente y que, en circunstancias específicas, puede prescindir de uno de ellos, en lugar de postular que el verbo tiene un solo argumento y que otro más puede aparecer sin estar legitimado por su significado intrínseco.

Cualquier tipo de operación de intransitivización debe tener lugar en el léxico, nunca en la sintaxis, ya que, como venimos repitiendo en este apartado, la estructura sintáctica no puede añadir proyecciones para después “eliminarlas”. La razón por la que los lexicalistas defienden que el *locus* de la alternancia causativo-inacusativa es el léxico es que afecta a los papeles temáticos y a la estructura argumental, la cual, en su modelo, determina la proyección sintáctica (Grimshaw, 1982; Bouchard, 1984; Wehrli, 1986; Chierchia, 1989; Levin y Rappaport-Hovav, 1995; Reinhart, 2002, entre otros muchos). La finalidad última de las reglas léxicas es capturar el hecho de que una forma lingüística sea predecible a partir de otra con la que está relacionada, tal y como establece Reinhart (2002: 284) (cf. también Rappaport Hovav y Levin, 2012):

(12) Lexicon Uniformity Principle

Each verb-concept corresponds to one thematic structure. That is, the various thematic forms of a given verb are derived by arity (valence changing) operations from one thematic structure.

La idea es, por tanto, que la variante causativa y la anticausativa se corresponden con un único concepto verbal –como, por ejemplo, la pasiva y la activa– y, en consecuencia, con una única estructura argumental.

Los análisis de intransitivización, en sus distintas implementaciones, tuvieron una gran repercusión a partir del trabajo de Levin y Rappaport Hovav (1995). Sin embargo, también han sido duramente criticados, especialmente desde los modelos construccionistas, como veremos en el apartado 4.4. Recientemente, las propias Rappaport Hovav y Levin (2012) y Rappaport Hovav (2014) han abandonado la hipótesis de la base transitiva, elaborando una revisión crítica de Levin y Rappaport Hovav (1995).

Chierchia (1989, 2004) toma la variante causativa como la básica en la alternancia, aduciendo que en caso contrario sería difícil explicar por qué el único argumento ha de ser interno. Asumiendo que una construcción como la de (13b) conserva el componente causativo de (13a) en su significado, el autor defiende que la variante inacusativa se obtiene mediante una operación regular de reflexivización (véase el apartado 5.4), y no mediante la aplicación de ninguna operación específica de intransitivización. Según esto, (13b) significa que “some property of the boat (or some state the boat is in) causes it to go down” (Chierchia, 2004: 37):

(13) a. Gianni a affondato la barca $\rightarrow \lambda x \lambda y \text{ EP } [\text{CAUSE } (P(y), \alpha(x))]$

Gianni ha hundido el barco

b. La barca è affondata.

El barco es hundido

‘El barco se ha hundido.’

El evento causante no está especificado –puede ser una actividad, un estado o una propiedad–, luego la inserción de un argumento externo animado conlleva la implicatura de que se trata de una actividad –interpretación agentiva típica de las reflexivas–, mientras que la inserción de un argumento inanimado da lugar a la implicatura de que es una propiedad o estado de éste lo que causa su propio cambio de estado. Chierchia recoge el testigo de Grimshaw (1982), quien entiende la reflexivización como una operación léxica regular con realizaciones específicas en cada caso –incoativización, formación de medias, formación de reflexivas canónicas–. Su propuesta no solo da lugar a una serie de análisis reflexivos de las anticausativas

(Reinhart, 2000; Mendikoetxea, 2000; Koontz-Garboden, 2007, 2009, entre otros), sino que comienza a perfilar la noción de *causa interna* acuñada por Levin y Rappaport Hovav (1995) e implementada de diferentes maneras por multitud de autores (véanse los apartados 3.2 y 6.2).

Chierchia unifica bajo este análisis de reflexivización todos los verbos inacusativos, tanto los alternantes como los no alternantes –del tipo *florecer*–, proponiendo que estos últimos son reflexivizaciones a partir de una relación causativa abstracta, es decir, de una base transitiva que se encuentra congelada en el léxico (véase el apartado 3.1).

El operador reflexivo puede estar incorporado en el significado del verbo –inacusativos ‘puros’ y alternantes lábiles–,⁵ o puede tener una realización morfológica expresa, lo cual, según Chierchia, explica el empleo del clítico reflexivo en la alternancia causativo-inacusativa, así como su presencia en ciertos verbos inacusativos no alternantes del tipo *inginocchiarsi* (‘arrodillarse’) o *arrabiarsi* (‘enfadarse’).

La idea de que todos los inacusativos derivan de una estructura semántica causativa se apoya, entonces, en que algunos inacusativos alternan, aunque no todos, y en que algunos de ellos exhiben morfología reflexiva, aunque no todos. El tercer argumento que Chierchia propone en favor de la base diádica es la modificación con *da sé* (‘por sí solo’); dicho modificador es, de acuerdo con Chierchia, sensible a la presencia de un causante, al que remite anafóricamente. Su compatibilidad con las construcciones inacusativas demuestra que el argumento realiza simultáneamente las funciones de tema y causante:

- (14) La barca è affondata da sé. (Chierchia, 2004: 43)
la barca es hundida por sí

Levin y Rappaport Hovav (1995) retoman y adaptan las ideas de Chierchia. Para ellas, la variante inacusativa de los verbos alternantes también deriva de la variante causativa, si bien no extienden este análisis a los verbos inacusativos no alternantes, que consideran monádicos. Como hemos explicado en el capítulo anterior, en su propuesta, hay dos tipos de verbos inacusativos: i) los internamente causados denotan cambios de

⁵ La idea de que las inacusativas son reflexivas inherentes es recuperada, por ejemplo, por Lundquist (2011) en su análisis de la anticausativas como reflexivas (véase apartado 5.4). Nótese que es una manera de decir que los inacusativos puros son verbos internamente causados.

estado desencadenados por las propiedades inherentes del propio paciente (*blossom*, ‘florecer’); por lo tanto, son monádicos en el léxico y no participan de la alternancia. ii) Los verbos externamente causados denotan eventos de cambio desencadenados por una fuerza externa al paciente (*break*, ‘romper’); por lo tanto, son diádicos en el léxico y pueden participar de la alternancia, prescindiendo del argumento externo, siempre y cuando éste no esté especificado en su entrada léxica (cf. *Underspecified External Argument Condition*; apartado 3.3).

En el modelo de Levin y Rappaport Hovav, la representación léxico-semántica del verbo es lo que da lugar a la estructura argumental, y ésta a la proyección sintáctica. Las dos variantes de la alternancia causativo-inacusativa comparten una única representación léxico-semántica (15) sobre la cual se aplica una operación de ligamiento léxico (*lexical binding*) –no de reflexivización, a diferencia de Chierchia (1989)– que afecta al argumento causante, evitando que se proyecte en la estructura argumental y, por tanto, en la sintaxis:

(15) Representación léxico-semántica de *break*:

[[x DO-SOMETHING] CAUSE [y BECOME BROKEN]] (LyR, 1995: 83)

El predicado ‘cause’ toma dos argumentos: el subevento causativo, al cual se asocia el argumento causante (x), y el subevento “central” de cambio de estado, al cual se asocia el argumento tema (y).⁶

Levin y Rappaport Hovav presentan tres argumentos a favor de la hipótesis de que la variante básica es la causativa, es decir, de que la representación común a las dos variantes es la de (15).

En primer lugar, cabe esperar que la variante básica sea la no marcada, y por tanto la menos restringida. Levin y Rappaport Hovav ven esta intuición confirmada en datos como los de (16), ampliamente discutidos en la bibliografía posterior. El conjunto de posibles sujetos de la intransitiva parece ser un subconjunto de los posibles objetos de la transitiva:

⁶ Este análisis bieventivo de la causatividad viene de Dowty (1979), Parsons (1990), Pustejovsky (1991) y Van Valin (1990), y es el que asumo en esta tesis. Mi propuesta preserva la idea de Levin y Rappaport Hovav de que las variantes causativa y anticausativa de un verbo como *romper(se)* comparten la misma estructura eventiva, diferenciándose tan solo en la presencia / ausencia del argumento externo. No obstante, en mi análisis no se postula ningún tipo de regla de ligamiento léxico para evitar la proyección del causante, sino que se defiende que éste puede añadirse a la estructura inacusativa en la sintaxis de manera regular vía Voz (véase también Alexiadou et al., 2015).

(LyR, 1995: 85)⁷

(16) a. He broke {his promise / the contract / the world record}.

él rompió su promesa el contrato el mundial record

b. *{His promise / the contract / the world record} broke.

su promesa el contrato el mundial record rompió

‘Su promesa / el contrato / el record mundial se rompió’.

En segundo lugar, basándose en los estudios tipológicos de Nedjalkov (1969) y Nedjalkov y Silnitsky (1973), Levin y Rappaport Hovav aducen que el hecho de que la variante intransitiva sea la marcada morfológicamente en la mayoría de las lenguas del mundo indica que ésta es la variante derivada.⁸ Sin embargo, como hemos visto al comienzo de este capítulo, la marcación de la alternancia resulta problemática como criterio para establecer la dirección de la misma (volveremos sobre esta cuestión en el siguiente apartado).

Finalmente, Levin y Rappaport Hovav retoman el argumento de Chierchia (1989) concerniente a la modificación con *da sé*, en inglés *by itself*, y subrayan que este adjunto puede tener dos interpretaciones: una comitativa, en la que significa “solo, sin compañía”, y otra instrumental, con una distribución más restringida, en la que significa “sin ayuda”. Esta última es la relevante en relación con las anticausativas:⁹

(17) a. The door opened by itself.

(LyR, 1995: 88)

la puerta abrió por sí misma

b. La puerta se abrió por sí sola.

En una línea similar, Reinhart (2000, 2002) propone una operación de “expletivización” (*expletivization*) que toma una entrada verbal diádica y devuelve una monádica.¹⁰ Esta autora comparte la postura de Chierchia respecto a los verbos inacusativos “puros” (*blossom*, ‘florecer’) y defiende también que derivan de una variante causativa que se encuentra “congelada” (*frozen*) en el léxico.

⁷ Levin y Rappaport Hovav adaptan estos ejemplos de Brousseau y Ritter (1991).

⁸ Concretamente, Nedjalkov y Silnitsky dicen que la causativa raramente exhibe marcación morfológica, mientras que la intransitiva puede exhibirla (22 lenguas de 60 estudiadas) o no (19 lenguas de 60).

⁹ Sánchez López (1993, 1996, 2002) distingue las dos mismas lecturas para *por sí solo* en español, señalando también que únicamente la segunda es relevante con las anticausativas.

¹⁰ En su sistema, los argumentos agentes se definen por los rasgos [+cause] y [+mental state], los instrumentales por los rasgos [+c, -m] y las causas simplemente por el rasgo [+c], lo cual explica que los verbos que pueden seleccionar causas puedan seleccionar también instrumentos y agentes.

Coincido con Schäfer (2008: 119) en que ninguna de estas operaciones, la de ligamiento léxico o la de expletivización, ha sido debidamente formalizada, y en que no parece factible hacerlo en términos de ningún sistema semántico (cf. también Koontz-Garboden, 2007): “If this is correct, then these theories are a mere description of the facts under the assumption that alternating verbs are basically dyadic.”

4.4. PROBLEMAS DE LAS APROXIMACIONES DERIVACIONALISTAS

Un primer problema para las dos familias de propuestas que derivan una variante de otra es que existen verbos de cambio de estado no alternantes, tanto causativos (*asesinar*) como inacusativos (*floreecer*), para los cuales no es posible proponer una base inacusativa o causativa, respectivamente (cf. Alexiadou et al., 2006, 2015; Schäfer, 2008; véase capítulo 3). No obstante, en opinión de Piñón (2001) este problema no es tan grave si tenemos en cuenta que la ausencia de una variante puede deberse a que haya otra expresión competidora que la bloquee, y dado que la variante ausente en cuestión puede, de hecho, existir en otra lengua.

Chierchia (1989, 2004) resuelve esto, como hemos visto, aduciendo que los verbos inacusativos del tipo *floreecer* derivan igualmente de un predicado causativo. Por su parte, Levin y Rappaport Hovav (1995) argumentan que el significado idiosincrásico del verbo determina su capacidad para participar de la alternancia, de tal manera que no alternan ni los verbos causativos que seleccionan necesariamente sujetos agentivos, como *asesinar* (*Underspecified External Argument Condition*), ni tampoco los verbos inacusativos *internamente causados*, como *floreecer*, por ser monádicos en el léxico (véase el capítulo 3). Los verbos de cambio de estado “externamente causados” (diádicos) que no seleccionan necesariamente sujetos agentes, como *romper*, son los únicos que pueden participar de la alternancia.

Por otra parte, el problema más serio al que se enfrentan las aproximaciones derivacionalistas es el de la marcación morfológica. Como señalan Rousseau y Ritter (1991), Piñón (2001), Doron (2003), Alexiadou et al. (2006, 2015), Ramchand (2008) y Schäfer (2008), las propuestas que abogan por la causativización no explican que en muchas lenguas la variante marcada sea la inacusativa; e, igualmente, las que abogan por la intransitivización deben afrontar que en muchas lenguas se marca la causativa. Ambas fracasan al tratar con las llamadas “alternancias no direccionales” (*non directed alternations*, Haspelmath, 1993), en las que ninguna de las dos variantes, o ambas,

reciben marcación morfológica: si la morfología nos dice que *romperse* deriva de *romper*, ¿qué nos dice sobre *cambiar_{intr.}* / *cambiar_{tr.}* o sobre *morir* / *matar*?

Como discutíamos al comienzo de este capítulo, lo esperable es que la forma marcada sea la derivada; no obstante, los datos tipológicos presentados en el apartado 2.2 impiden establecer una generalización de carácter universal respecto a la dirección de la alternancia causativo-inacusativa, así como una generalización con carácter específico para lenguas que, como el español, cuentan con más de un mecanismo morfológico para expresar la alternancia.

La evidencia tipológica indica que la marcación morfológica depende de otros factores –conceptualización de los eventos, diacronía, tipología, etc.– más allá de la dirección derivacional, por lo que no puede emplearse como criterio para establecer qué variante es la básica. El problema último es explicar la convivencia de varios mecanismos en una misma lengua, a fin de obtener una explicación del fenómeno en sí mismo, no necesariamente basada en la direccionalidad (cf. capítulos 6, 7, 8 y 9).

El razonamiento que subyace al uso de la marcación morfológica como argumento en favor de una dirección u otra en la alternancia es que el significado de la pieza morfológica está relacionado con el carácter causativo o inacusativo de la construcción. En el caso de la adición de un morfema a la variante causativa, es fácil suponer que éste encierra el significado de *causa*,¹¹ pero ¿cuál es el significado de la morfología anticausativa? La intransitividad, a diferencia de la causatividad, no es un concepto semántico, de modo que, si éste es el “significado” de la morfología anticausativa, habría de analizarse como un elemento funcional. Así, algunas propuestas (Folli, 2001; Cuervo, 2003) tratan la morfología anticausativa como la materialización de un núcleo v inacusativo (*go/become*) (véanse los capítulos 1 y 9). Otras propuestas definen la morfología anticausativa como una marca diatética en SVoz, basándose fundamentalmente en que se encuentra en distribución complementaria con el argumento externo (cf. capítulos 1 y 10). Algunas de ellas adoptan un planteamiento no derivacionalista (Alexiadou et al., 2006; Schäfer 2008), mientras que otras siguen la hipótesis de la intransitivización (Reinhart, 2000).

La relación entre morfología y detransitivización que se deriva de tomar la variante causativa como la básica supone un importante problema a nivel teórico para

¹¹De acuerdo con lo establecido en el capítulo 1, la causación es configuracional; no obstante, un morfema causativo puede realizar una función similar a la que realiza *hacer* en las causativas analíticas.

esta familia de propuestas, pues violan la Hipótesis de la Monotonicidad (Kiparsky, 1982; Doron, 2003; Koontz-Garboden, 2009; Schäfer, 2013):

(18) Monotonicity Hypothesis

Word formation operators do not remove operators from lexical semantic operations. (KG, 2009: 3)

Como venimos subrayando, la sintaxis no puede añadir proyecciones que luego hayan de ser eliminadas. La hipótesis de (18) trata de capturar una intuición similar en el plano léxico-morfológico: las operaciones de formación de palabras añaden elementos, pero no los eliminan. En este sentido, cualquier análisis en el que “derivación” sea sinónimo de “reducción”, como por ejemplo el de Levin y Rappaport Hovav (1995) o el de Reinhart (2002), resulta controvertido.

Los análisis de reflexivización, como el que defiende el propio Koontz-Garboden (2009), siguiendo a Chierchia (1989), parten de la variante causativa como básica, pero evitan este problema al tratar la morfología anticausativa (*se*) como un pronombre anafórico: no hay reducción, hay un solo argumento que desempeña dos roles. Por su parte, Schäfer (2008) y Alexiadou et al. (2015) tratan *se* como la materialización de un tipo específico de Voz defectiva, que no proyecta argumento externo –la morfología bloquea, pero no “elimina” el argumento externo–.

Rappaport Hovav y Levin (2012) y Rappaport Hovav (2014) abandonan la hipótesis de la base causativa, rechazando dos de los principales argumentos que Levin y Rappaport Hovav (1995) presentan a su favor. Por un lado, Rappaport Hovav defiende que la dicotomía causa interna / externa no es una herramienta válida para el estudio de la alternancia, y que no sirve para explicar el contraste entre los verbos inacusativos alternantes –*break* (‘romper’)– y los no alternantes –*blossom* (‘florecer’)–. Si dejamos de considerar que los alternantes son externamente causados, perdemos un argumento a favor de que sean, en consecuencia, básicamente diádicos (véase el capítulo 3).

Por otra parte, Rappaport Hovav y Levin (2012) y Rappaport Hovav (2014) revisan además el principal argumento empírico de Levin y Rappaport Hovav (1995), según el cual la variante causativa es la que tiene una distribución menos restringida –es decir, el conjunto de posibles sujetos de la anticausativa es un subconjunto de los posibles objetos de la causativa–.

(LyRH, 1995: 85)

(19) a. He broke his promise / the contract / the world record.

él rompió su promesa el contrato el mundial record

b. *The promise / the contract / the world record broke

la promesa el contrato el mundial record rompió

(RHyL, 2012: 157)

(20) a. The waiter cleared the counter

el camarero aclaró el mostrador

‘El camarero despejó el mostrador’

b. *The counter cleared

el mostrador se aclaró

‘El mostrador se despejó’

Rappaport Hovav y Levin y Rappaport Hovav coinciden con Schäfer (2009) en que esta generalización demuestra, en realidad, que la alternancia no depende exclusivamente de factores léxicos, pues está determinada por la elección de un argumento u otro (véase también Alexiadou et al., 2015). Este tipo de excepciones no deberían tener lugar, pues nada debería bloquear la alternancia como proceso derivativo léxico regular. Levin y Rappaport Hovav (1995) resuelven el problema recordando que el argumento externo puede suprimirse en caso de que el evento pueda concebirse como espontáneo (es decir, no agentivo). Sin embargo, Rappaport Hovav y Levin (2012) y Rappaport Hovav (2014) señalan que esta generalización no es precisa, pues la variante anticausativa puede ser empleada en la descripción de un evento claramente agentivo:

(RHyL, 2012: 159)

(21) a. My son wanted to annoy me, so he threw my precious vase

mi hijo quería fastidiar me así.que él tiró mi precioso jarrón

against the wall and it broke.

contra la pared y él rompió

‘Mi hijo quería fastidiarme, así que lanzó mi precioso jarrón contra la pared y se rompió’.

b. Sally kept tugging on the door until it finally opened.

Sally continuo tirando de la puerta hasta ella finalmente abrió

‘Sally continuó tirando de la puerta hasta que finalmente se abrió’.

Rappaport Hovav y Levin y Rappaport Hovav presentan varios ejemplos en los que se produce la situación inversa: la variante anticausativa está menos restringida que la causativa:

(22) a. Her face narrows under the cheekbones. (RH, 2014: 9)

su cara estrecha bajo los pómulos

‘Su cara se estrecha bajo los pómulos.’

b. ??Her bone structure narrows her face under the cheekbones.

su ósea estructura estrecha su cara bajo los pómulos

‘Su estructura ósea estrecha su cara bajo los pómulos.’

(23) a. As the days lengthened into weeks, their food and water was almost gone.

según los días alargaban en semanas su comida y agua estaba casi ida

‘Conforme los días se alargaban en semanas, su comida y su agua se agotaban.’

b. *As the wait lengthened the days into weeks. . .

según la espera alargaba los días en semanas

En consecuencia, Rappaport Hovav y Levin viran hacia una propuesta en la que los verbos alternantes son básicamente monádicos y nunca seleccionan léxicamente su argumento externo: “[...] we suggest that the components of meaning that a verb lexicalizes are precisely those elements of meaning which are entailed in all its uses” (Rappaport Hovav y Levin, 2012: 175). La alternancia ha de explicarse, en consecuencia, a partir de un principio general (no léxico) que determine en qué circunstancias puede aparecer un argumento causante. Las autoras explican que la elección entre dos expresiones que guardan una relación de entrañamiento como las (anti)causativas –cualquier situación descrita por la anticausativa puede ser descrita por la causativa, pero no al revés (contra Koontz-Garboden, 2009, véase el apartado 5.4)– está determinada por principios conversacionales como las máximas de Grice (1975). Los verbos alternantes no especifican la causa, y si la expresan es porque resulta necesario desde el punto de vista informativo:

- (24) The door of Henry's lunchroom opened and two men came in.
 la puerta de Henry GEN. comedor abrió y dos hombres vinieron dentro
 'La puerta del comedor de Henry se abrió y entraron dos hombres.'

Si el ejemplo de (24) empleara el verbo *go in* ('ir dentro') en lugar de *come in* ('venir adentro'), la anticausativa resultaría inapropiada, pues el hablante habría visto a los hombres abrir la puerta: lo informativo es expresar la causa si se conoce.

Así, la expresión de la causa se vuelve obligatoria –como en los ejemplos de (19-20)– de acuerdo con el principio de (25), el cual guarda gran similitud con el de Horvath y Siloni (2011: 684), citado en el apartado 3.3.

- (25) The Proper Containment Condition (Rappaport Hovav y Levin, 2012: 173)
 When a change of state is properly contained within a causing act,
 the argument representing the act must be expressed in the same
 clause as the verb describing the change.

En conclusión, la hipótesis de la base monádica tiene dos problemas: existen causativas no derivadas y la marcación morfológica no siempre va en esa dirección. Sin embargo, desde un punto de vista conceptual, teórico y empírico es más plausible y mucho menos problemática que la hipótesis de la base diádica. El siguiente apartado revisa las propuestas que abogan por no derivar ninguna variante de la alternancia de la otra.

4.5. PROPUESTAS NO DERIVACIONALISTAS

Las propuestas no derivacionistas (Davis y Demirdache, 2000; Piñón, 2001; Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2003; Folli y Harley, 2004; Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer, 2006, 2015; Schäfer 2008; Labelle y Doron, 2010, entre otros) tratan explicar el fenómeno de la alternancia sin recurrir a ningún tipo de proceso derivativo léxico que presuponga una entrada con una estructura argumental definida para el predicado.

En el marco de la Morfología Distribuida, una raíz verbal neutra –que no codifica información concerniente a la estructura argumental– puede insertarse indistintamente en una estructura sintáctica inacusativa o causativa. El tipo de configuración será precisamente lo que determine el significado final de la pieza léxica,

incluyendo sus relaciones argumentales. Las propuestas enmarcadas en este modelo asumen que los eventos no son atómicos, sino que pueden descomponerse en subpartes, codificando en la sintaxis parte del significado léxico de los verbos (cf. capítulo 1).

Piñón (2001), basándose parcialmente en Parsons (1990) deriva semánticamente la variante causativa y la inacusativa de una raíz verbal común, la cual deriva a su vez del adjetivo correspondiente:

(Piñón, 2001: 289)

$$(26) \text{ Adjetivo estativo} \rightarrow V_{\text{raíz}} \rightarrow V_{\text{caus-incho}} \\ \rightarrow V_{\text{incho}}$$

En esta propuesta, ambas variantes son derivadas, lo cual explica de manera natural el problema de la marcación morfológica a nivel universal: en algunas lenguas, la derivación de las dos variantes se produce sin morfología (lábil); en otras, las dos variantes derivadas reciben marca (equipolente), y en otras, solo una variante es marcada (anticausativa, causativa), seguramente en función de otros factores.

En los análisis que hacen uso de los “sabores” de *v* pequeña (Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2003; Folli y Harley, 2004; véase el capítulo 1), la alternancia consiste precisamente en un cambio de sabor: dejando a un lado las diferencias entre las distintas propuestas, las inacusativas constan de un predicado estativo subordinado a un predicado dinámico, el cual puede ser de tipo inacusativo –no se combina con un argumento externo (27)– o no –introduce un argumento externo (28)–. Así, por ejemplo Cuervo (2003) postula, recordamos, tres tipos de *v* pequeña: *do* (que da lugar a verbos inergativos y transitivos, pues se combina con Voz), *go* (inacusativos) y *be* (estativos). Las causativas son predicados complejos formados por *do+be*, mientras que las incoativas, igualmente complejas, constan de *go+be*.¹²

(Cuervo, 2003: 26-27)

(27) a. Vicky cerró la puerta.

b. [Svoz SDVicky [Voz] [Sv1 [v_{DO}] [Sv2 SD la puerta [V_{BE}] [Raíz cerr-]]]]

¹² Una de las principales diferencias, irrelevante aquí, es que para Folli y Harley (2004) *v* introduce el argumento externo directamente, mientras que para Cuervo (2003) y Pylkkänen (2002), el tipo de *v* determina si se puede introducir Voz o no. También hay una diferencia terminológica –*go* y *do* en Cuervo; *become* y *cause* en Pylkkänen– y una diferencia en el número de sabores: FyH distinguen *do/cause*, mientras que Cuervo y Pylkkänen solo usan uno –no separan agentes y causas–. Al margen de otras diferencias, la idea central es siempre que la alternancia se expresa mediante el sabor de *v* pequeña.

(28) a. La puerta se cerró.

b. [Sv1 [_{vGO} se] [Sv2 SD la puerta [_{vBE}] [Raíz cerr-]]]

Como apuntábamos en el capítulo, esta teoría se apoya empíricamente en lenguas que construyen las variantes causativas e inacusativas como predicados complejos, con dos verbos ligeros distintos. Así, en persa, por ejemplo, la alternancia *bidâr kardan* / *shodan* (‘despertar/despertarse’) se expresa mediante los verbos ligeros *kardan* (‘hacer’) y *shodan* (‘volverse’), los cuales, de acuerdo con Folli, Harley y Karimi (2005), son las materializaciones de _{vCAUSE} y _{vBECOME}, respectivamente.

El problema de estas propuestas continúa siendo el de explicar qué raíces son las que pueden combinarse con más de un tipo de *v* pequeña, y cuáles no. Cuervo (2003) no aborda el problema de los verbos del tipo *asesinar*; en cuanto a los inacusativos no alternantes (*florece*), propone que constan exclusivamente de _{vGO}, de modo que no alternan porque carecen de _{vBE}. Por su parte, Folli y Harley (2004) explican que la entrada léxica de un verbo inacusativo no alternante –del tipo *florece*– requiere siempre _{vBECOME}; la de un verbo transitivo no alternante (*asesinar*), requiere _{vDO} –que en su modelo selecciona agentes–;¹³ y, finalmente, la de un verbo alternante (*romper*) no especifica el tipo de *v*, pudiendo así combinarse indistintamente con _{vBECOME} O _{vCAUSE}.¹⁴

Alexiadou et al. (2015) prescinden de los sabores de *v* y reducen la alternancia a la presencia / ausencia de la proyección que introduce el argumento externo (SVoz):

(Alexiadou et al., 2015: 29)

(29) a. [*v*-cause [the door √OPEN]]

b. [John Voice [*v*-cause [the door √OPEN]]]

El diacrítico ‘cause’ en *v* no alude a un sabor, tan solo pretende subrayar que la estructura eventiva de las variantes causativa e inacusativa es la misma:¹⁵ un subevento dinámico (*v*) subordina un subevento estativo –en este caso denotado por la raíz– de tal

¹³ De esta manera, Folli y Harley formalizan la *Condición del Argumento Externo no Especificado* de Levin y Rappaport Hovav (1995) (véase el apartado 3.3).

¹⁴ Esta información que Folli y Harley ubican en *v* es atribuida directamente a la raíz en otras propuestas no derivacionalistas, como la de Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer (2006) (véase también Ramchand, 2008). Recientemente, sin embargo, estos autores han abandonado la idea de que los rasgos idiosincrásicos de la raíz sean los responsables de la capacidad de un verbo para alternar (Alexiadou et al., 2015; véase el apartado 3.3.2).

¹⁵ Recordemos que al postular que ambas variantes son igualmente complejas, queda descartada la hipótesis de la causativización.

modo que entre ambos se establece una relación interpretada como causa-efecto en la Interfaz Conceptual-Intencional (*Conceptual-Intentional Interface*; véase el capítulo 1).

La propuesta que defenderé en el capítulo 9 (ya anunciada en los capítulos 1 y 2) coincide en lo esencial con la de Alexiadou et al. (2015), pues parte de una estructura eventiva común –compleja, formada por un subevento dinámico y uno estativo– para las dos variantes de la alternancia sobre la que puede añadirse o no un SVoz que introduzca el argumento externo. Por otra parte, mi análisis coincide con los de Cuervo (2003) y Pylkkänen (2008) en que la proyección de SVoz viene determinada por un rasgo en un núcleo más bajo. Dicho rasgo, no obstante, es $\{\pm t\}$ en α en lugar de un sabor en v pequeña (véase el capítulo 1):

(30) a. Cora cerró la puerta.

b. [SVoz SD Cora [Voz] [Sv [v] [S α [$\alpha_{\{+t\}}$] [SPred SD la puerta [Pred cerrada] [SA [A] [$\sqrt{\text{cerr-}}$]]]]]]

(31) a. La puerta se cerró.

b. [Sv [v] [S α [$\alpha_{\{-t\}}$ se] [SPred SD la puerta [Pred cerrada] [SA [A] [$\sqrt{\text{cerr-}}$]]]]]]

La alternancia causativo-inacusativa es la alternancia entre $\{+t\}$ y $\{-t\}$ en α , responsable de la presencia / ausencia de SVoz. La morfología anticausativa es la materialización de $\alpha_{\{-t\}}$, razón por la que se encuentra en distribución complementaria con el argumento externo. Como explicaré detalladamente en el capítulo 9, las razones por las que abogo por este análisis y no por los de Alexiadou et al. (2015) o por las propuestas de sabores de Folli y Harley (2004), Cuervo (2003, 2014) y Pylkkänen (2008) tienen que ver precisamente con la marcación morfológica y las condiciones de materialización del núcleo α .

Para concluir, nótese que tanto $\alpha_{\{\pm t\}}$ como $V_{\text{CAUSE/BECOME}}$ son compatibles con la teoría de Piñón (2001) en tanto que las distintas manifestaciones morfosintácticas de la alternancia que encontramos en las lenguas pueden reducirse las distintas materializaciones de los rasgos responsables de la presencia / ausencia de argumento externo.

4.6. CONCLUSIONES

EL problema de la relación derivacional entre las dos variantes de la alternancia está relacionado con la estructura argumental por una esperable analogía con las pasivas –el argumento externo “desaparece” y el interno se convierte en sujeto–, lo cual cobra especial relevancia en los modelos que asumen que la valencia de un verbo está léxicamente codificada. Por otra parte, también está relacionado con la marcación morfológica, pues esta parece reflejar un proceso transformacional, si bien los datos tipológicos no son concluyentes respecto a la dirección de tal transformación.

En este capítulo hemos recapitulado los puntos principales de la discusión que en la bibliografía precedente ha tenido lugar sobre el tema y hemos tres conclusiones fundamentales.

En primer lugar, la hipótesis de la intransitivización sobre una base diádica ha quedado, a día de hoy, obsoleta, hasta el punto de haber sido abandonada por dos de sus principales instigadoras (Rappaport Hovav y Levin, 2012). La propuesta, que solo es viable dentro de un modelo lexicalista, adolece de serios problemas empíricos y teóricos que la hacen insostenible.

En segundo lugar, considero que la hipótesis de la causativización sobre una base monádica es la más sencilla y elegante desde el punto de vista sintáctico. Sin embargo, creo que solo es aplicable en aquellas lenguas que, a diferencia del español, presenten una diferencia en la estructura eventiva de las variantes causativa e inacusativa.

Finalmente, en aquellas lenguas en las que la alternancia afecta exclusivamente a la estructura argumental la hipótesis más válida es que no existe relación derivacional alguna entre las dos variantes. Ambas se obtienen a partir de una misma raíz –que no contiene información sobre la necesidad de un argumento externo– y tienen una estructura eventiva común sobre la que puede proyectarse o no un SVoz. Los análisis difieren respecto a la formalización concreta de la presencia / ausencia de SVoz: para Alexiadou et al. (2015) se produce simplemente vía ensamble (*merge*) mientras que mi propuesta, así como en las de Pytkäinen (2002); Cuervo (2003) y Folli y Harley (2004) depende de un rasgo en un núcleo más bajo. Como veremos en el capítulo 9, la decisión entre una opción u otra está intrínsecamente relacionada con la marcación morfológica, entendida como materialización fonológica de la proyección que sirva de *locus* para la alternancia –SVoz para Alexiadou et al. (2015), Sv para Folli y Harley (2004), Cuervo (2003) y Pytkäinen (2008), Sα en mi propuesta–.

CAPÍTULO 5

LAS ANTICAUSATIVAS ENTRE LAS CONSTRUCCIONES CON *SE*: CONTRA EL ANÁLISIS DE REFLEXIVIZACIÓN

La marcación formal, en toda su variedad tipológica, se encuentra en el centro de al menos tres debates clásicos sobre la alternancia causativo-inacusativa. El primero de ellos, discutido en el capítulo anterior, es el problema de la derivacionalidad, donde la morfología se ha interpretado como reflejo de la dirección de la alternancia.

El segundo de ellos, que será objeto de este capítulo, es el problema del sincretismo de *se*: ¿por qué es el clítico *se* la marca empleada en español, así como en las lenguas romances y las eslavas, entre otras, para marcar la alternancia? ¿Cuál es el estatus de las anticausativas entre las construcciones con *se*? ¿Es viable proponer un análisis unificado de todas o algunas construcciones con *se* basado en la identidad morfológica?

El tercer debate concierne a la convivencia en una misma lengua de dos o más mecanismos morfológicos para la expresión de la alternancia, y será abordado en los capítulos 7, 8 y 9, donde profundizaremos en la función de *se* y en las diferencias entre la alternancia lábil y la anticausativa.

El apartado 5.1 de este capítulo, presenta un panorama general de las construcciones con *se* del español. El apartado 5.2, recoge brevemente las explicaciones diacrónicas que se han propuesto para el sincretismo de *se*. El apartado 5.3 se centra en distinguir las pasivas de las anticausativas en función de la presencia / ausencia de un argumento implícito. Finalmente, el apartado 5.4 profundiza en las diferencias que separan las anticausativas de las reflexivas y argumenta en contra de aquéllos análisis que tratan de subsumir las primeras en las segundas. El apartado 5.5 resume las conclusiones del capítulo.

5.1. LAS CONSTRUCCIONES CON *SE*

Las lenguas romances y eslavas emplean el clítico *se* —o su equivalente— en un amplio abanico de estructuras: impersonales reflejas (1), pasivas reflejas (2), reflexivas (3),

reflexivas inherentes (4), anticausativas (5) y construcciones llamadas de “se aspectual” con verbos transitivos (6) e intransitivos (7)¹:

- (1) Se vive bien en Madrid.
- (2) Se venden pisos para reformar.
- (3) Luisa se peinó con esmero.
- (4) Hitchcock se arrepintió de algunas de sus primeras películas.
- (5) El jarrón se rompió.
- (6) Cora se bebió la botella de whisky entera.
- (7) a. Andrea y Diana se fueron a la India.
b. Mi gato se murió cuando yo tenía 19 años.

Las preguntas inmediatas que surgen de estos datos son: ¿por qué aparece *se* en semejante variedad de construcciones? ¿Tienen todas ellas algo en común que justifique la presencia recurrente del clítico, o tiene éste una función diferente en cada una? Los estudios sobre este tema se dividen en dos tendencias generales; la primera de ellas consiste en analizar cada estructura por separado, asumiendo que la recurrencia de la misma morfología se debe a que ésta es sincrética –distintas funciones son expresadas mediante una única forma–. La segunda tendencia busca un análisis unificado del clítico *se*, tratando

¹ No todas estas lenguas tienen *se* aspectual, pero es una construcción bastante extendida, con ciertas variaciones.

- (i) Gianni si é mangiato il gelato.
Gianni se es comido el helado

En checo, ciertos prefijos aspectuales requieren la presencia del clítico (cf. Medová, 2009). Además, existe una construcción llamada “de esfuerzo” en la que *se* enfatiza la compleción del evento y la participación del sujeto en él:

- (ii) a. Píšu tu disertaci už dva roky, a kde nic tu nic. (Medová, 2009: 30)
escribo esta tesis.ACU ya dos años y donde nada allí nada
'Ya llevo dos años escribiendo esta tesis y no sale nada de nada.'
- b. Píšu se s tou disertací už dva roky, a kde nic tu nic.
escribo se con esta tesis.INST. ya dos años y donde nada allí nada
'Ya llevo dos años dejándome la piel en esta tesis y no sale nada de nada.'

de identificar la función común que desempeña en todos los casos o, al menos, en un subgrupo de ellos.

Los análisis unificados de las construcciones con *se*² –Babby (1975), Burzio (1986), Kayne (1986), Manzini (1986), Cinque (1988), Israeli (1992), Rivero y Sheppard (2003), Alboiu et al. (2004), D’Alessandro (2004), Fried (2004), Kallulli (2006a) y Medová (2009), entre otros– tratan de explicar el sincretismo a partir del principio de economía del lenguaje: si varias construcciones comparten una misma marca morfológica, es probable que compartan cierta propiedad a la que se asocie esa morfología. Resulta más económico postular la existencia de un solo *se* que la de varios distintos –*se* anticausativo, *se* pasivo, *se* reflexivo, etc.– y resulta también más económico elaborar una generalización de gran alcance para todas las construcciones con *se* que varias generalizaciones de alcance reducido a fin de explicarlas una a una.

Estos análisis suelen unificar tan solo la función de *se* postulando una sintaxis diferenciada para cada construcción, y pueden ser “parciales” o “totales”, es decir, pueden unificar solo un subgrupo de construcciones con *se*, analizándolas como una sola, o pueden intentar unificar la función de *se* en todas las construcciones en las que aparece, definiendo las diferencias sintácticas específicas que existen entre unas y otras (Medová, 2009). Así, en los análisis parcialmente unificadores las pasivas reflejas suelen englobarse junto a las impersonales reflejas (cf. Cinque 1988), mientras que las anticausativas han sido a menudo equiparadas a las reflexivas –Chierchia (1989, 2004), Reinhart (2002), Mendikoetxea (2000), Koontz-Garboden (2007, 2009), Lundquist (2011)–. Existen también propuestas en las que el llamado “*se* aspectual” se ha equiparado al *se* anticausativo (cf. Cuervo, 2003, 2014; Folli y Harley, 2004; Basilico, 2010; García Fernández, 2011).³

El sincretismo de *se* se debe fundamentalmente a la expansión diacrónica del clítico reflexivo a otras construcciones afines (cf. apartado 5.2). Sin embargo, el hecho de que dos formas tengan un origen común no justifica *per se* que se analicen como una misma unidad a nivel sincrónico. En este capítulo defenderé el estatus independiente de las anticausativas

² Utilizo de manera genérica el término “construcciones con *se*” para referirme a los equivalentes en otras lenguas: *sja* en ruso, *si* en italiano, etc.

³ Cuervo (2003, 2014) y García Fernández (2011) comparan el *se* anticausativo con el *se* aspectual de las intransitivas (7), mientras que Folli y Harley (2004) y Basilico (2010) lo comparan con el de las transitivas (6).

entre las construcciones con *se*, y rechazaré específicamente su análisis como reflexivas (apartado 5.4).

5.1.1. Panorama general de las construcciones con *se*

En este apartado presento una breve panorámica de las construcciones con *se* a fin de aclarar posteriormente el estatus de las anticausativas entre ellas.⁴

5.1.1.1. Construcciones impersonales, pasivas y medias con *se*

Las impersonales reflejas (8a) y las pasivas reflejas (9a) se diferencian del resto de construcciones con *se* por formarse invariablemente en tercera persona. Por esta razón se dice que en estos casos el clítico es “no paradigmático”, pues en el resto de construcciones alterna paradigmáticamente con los demás pronombres reflexivos, en todas las personas (10):

(8) a. En Madrid se vive bien.

b. *En Madrid me vivo bien.

(9) a. Se venden pisos.

b. *Nos vendemos baratos. (Imposible con interpretación de pasiva refleja, posible con interpretación reflexiva).

(10) a. Me entristeció oír la noticia (anticausativa)

b. Tú nunca te peinas (reflexiva)

c. Nosotros nos hemos fugado de la cárcel (reflexivo inherente)

d. ¿Os habéis leído el libro que os recomendé? (*se* aspectual)

Las impersonales reflejas se caracterizan por tener un referente humano no específico, ya sea la referencia existencial (11) o universal (genérica) (12):

⁴ Para una visión más profunda sobre las construcciones con *se* del español, remito al lector a Mendikoetxea (1999), Sánchez López (2002), así como Medová (2009) para un panorama de estas construcciones en las lenguas eslavas.

(11) Se encontró al culpable.

i.e. ‘Alguien no específico (la policía, un ciudadano, etc.) lo encontró.’

(12) Se vive bien en Madrid.

i.e. ‘La gente / todo el mundo / cualquiera vive bien en Madrid.’

En español, la impersonal refleja es posible con cualquier tipo de verbo, si bien los inacusativos y los estativos requieren adjuntos y solo admiten la interpretación genérica:

(13) Se llora mucho en los funerales. (inergativo)

(14) Se encontró al culpable. (transitivo)

(15) Se nace con poco pelo. (inacusativo)

(16) Se es feliz cuando se tiene dinero. (copulativo)

(17) Se llora cuando se es abandonado. (pasivo)

La interpretación de las impersonales con verbos transitivos se solapa con la de las pasivas reflejas:

(18) a. Se busca a los culpables.

b. Se les busca.

(19) a. Se buscan camareros.

b. *Se les buscan.

La pasiva refleja de (19) carece de complemento directo porque éste se ha convertido en el sujeto de la construcción, como demuestra la concordancia verbal; en cambio, en la impersonal refleja de (18) el complemento directo sigue desempeñando su

función –es reemplazable por un clítico acusativo (18b) y mantiene la preposición (18a)–. Las impersonales reflejas requieren que sus complementos directos sean definidos y humanos:

(20) *Se busca restos arqueológicos de la Edad del Hierro.

Por su parte, las pasivas reflejas se caracterizan por admitir exclusivamente sujetos indefinidos, ya sean inanimados o animados. El orden no marcado es verbo-sujeto, pues se trata normalmente de estructuras téticas:

(21) a. *El camarero se busca.

b. Se busca camarero.

En español, la pasiva refleja está menos restringida que la analítica (22), pues esta última es imposible con ciertos verbos –los ditransitivos, los intransitivos con objeto cognado, los de movimiento con objeto locativo, los verbos ligeros y los de entendimiento o lengua con complemento oracional (cf. Mendikoetxea, 1999)–. Además, la pasiva analítica solo puede denotar eventos dinámicos, mientras que la refleja puede, además, expresar juicios o denotar propiedades que describen el objeto (23) (cf. Fernández Ramírez, 1987).

(22) a. Se regalan caramelos a los niños.

b. *Los caramelos fueron regalados a los niños.

(23) a. Se venden pisos.

b. *Los pisos son vendidos

Cuando las pasivas reflejas describen las propiedades del objeto, tienen una interpretación medio-pasiva y rechazan los tiempos perfectivos:

- (24) a. Esta silla se pliega.
 b. Este libro se lee fácilmente.
 c. Los hijos no se escogen.

Las construcciones medias genéricas de (24) pueden considerarse un tipo de construcción pasiva (cf. Keyser y Roeper, 1984; Roberts, 1987; Hale y Keyser, 1987, 1988; Condovardi, 1988; Stroik, 1992, 1995; Hoeckestra y Roberts, 1993; Mendikoetxea, 1999), si bien existen diferencias semánticas y sintácticas entre ambas (cf. Fagan, 1988, 1992; Zibri-Herzt, 1993; Ackema y Schoorlemmer, 1995): las medias genéricas no imponen restricciones sobre sus sujetos (admiten animados y definidos (24c)) y, crucialmente, carecen de interpretación eventiva,⁵ lo cual permite distinguir las interpretaciones de (92a) y (92b) como media genérica y pasiva respectivamente; en cambio, la interpretación de (93) depende el adjunto elegido, que aporta la pista para saber si hay un agente implícito o no:

- (25) a. Esta silla se pliega.
 b. Esta silla se plegó.
- (26) a. Este libro se vende {bien / en todas las esquinas}. (Mendikoetxea, 1999: 1641)
 b. Este libro se vende bien. (media)
 c. Este libro se vende en todas las esquinas. (pasiva)

5.1.1.2. Las construcciones reflexivas

En la gramática tradicional, (27a) y (27b) son oraciones transitivas en las que hay dos argumentos (externo e interno) y dos roles (agente y paciente).⁶ La particularidad de (27b) es que hay un solo referente, de manera que *se*, el complemento directo, establece una relación anafórica con el sujeto. A diferencia de impersonales, pasivas y medias, las

⁵ La presencia de un agente sintácticamente implícito o conceptualmente recuperable en las medias genéricas es controvertida. Si bien cierta idea de agentividad permanece presente -en (24a) nadie pliega la silla, sino que es una propiedad de la silla el ser *plegable* (por alguien)-, el carácter no eventivo de estas construcciones resta importancia, en comparación con las pasivas, a la participación de un argumento agente.

⁶ Análisis más recientes han tratado las reflexivas como inacusativas (cf. Sportiche, 2014).

reflexivas tienen un argumento externo expreso, son construcciones activas y admiten la duplicación de la anáfora *a sí mismo*.

- (27) a. Luisa me peinará para la boda de Javi y Luis.
b. Luisa también se peinará a sí misma para la boda de Javi y Luis.

Además de las reflexivas sintácticas como la de (27b), existen también verbos intrínsecamente reflexivos (cf. Otero, 1999), del tipo de *arrepentirse*, que carecen de una variante con dos referentes como la de (27a) y rechazan la duplicación con *a sí mismo*.

Estos verbos se dividen en dos grupos. El primero de ellos admite exclusivamente la construcción pronominal (28):

- (28) a. Ruth se ensañó con Pitita.
b. Juan se fugó de la cárcel.

En cambio, los verbos del segundo grupo tienen dos variantes, una transitiva (29a) y otra intransitiva (29b) en la que el objeto pasa a convertirse en un complemento oblicuo, introducido por una preposición.

- (29) a. Sol olvidó regar las plantas.
b. Sol se olvidó de regar las plantas.

Las construcciones del tipo (29b) suelen analizarse como antipasivas (cf. Masullo, 1992; Arce Arenales et al., 1994; Bogard, 1999) porque el clítico impide que el verbo asigne caso acusativo e “intransitiviza” la construcción sin que por ello se pierda ningún argumento ni se promocióne otro. Las antipasivas son construcciones frecuentes en las lenguas ergativas y suelen conllevar un cambio de significado respecto a la versión transitiva –algo que no sucede en la alternancia causativo-inacusativa–:

- (30) a. Los manifestantes burlaron a los antidisturbios.
b. Los manifestantes se burlaron de los antidisturbios.

5.1.1.3. Las construcciones con *se* aspectual

La última construcción con *se* que queda por introducir es la que contiene el llamado “*se* aspectual”. El clítico concuerda con el sujeto, como en el caso de las reflexivas y las anticausativas (es “paradigmático”), y se combina tanto con verbos transitivos (31) como con intransitivos (32), aunque no todos lo admiten y su uso es, aparentemente, opcional y facultativo.

(31) Cora se comió la tarta entera.

(32) Cora se fue a Nueva York

El *se* aspectual puede aparecer con verbos transitivos que denotan logros o realizaciones y que toman como complemento un SN definido que se interpreta como tema incremental (cf. Nishida, 1994; Sanz y Laka, 2002; Teomiro y Pascual, 2012, entre otros muchos). En los siguientes ejemplos observamos la agramaticalidad del *se* aspectual en combinación con un SN escueto como complemento (33a), y en combinación con temas no incrementales (33b frente a 33c):

(33) a. *Víctor se bebió granizados.

b. *Víctor se vio a Sara.

c. Víctor se vio *Trainspotting* entera.

El evento se presenta siempre como completo y mantiene una relación homomórfica con el objeto, de tal manera que a cada parte del evento le corresponde una parte del objeto (cf. Krifka, 1991; Nishida, 1994). Así, la compleción del evento coincide con la consideración del objeto en su totalidad, resultando éste totalmente afectado por aquél.

El clítico es, en principio, opcional y parece relacionado tanto con la compleción del evento como con la participación del sujeto, lo que da un valor enfático a construcciones como las de (34). No obstante, se está volviendo obligatorio, lo que provoca que su

ausencia resulte cada vez más anómala no solo en (34), sino también en ejemplos como los de (35):

- (34) a. Hoy ?(me) he escrito un capítulo de la tesis del tirón.
 b. Sara ?(se) comió tres cajas de donuts ella sola, la muy bruta.
- (35) a. ?Quiero comer un donut.
 b. ? ¿Has tomado tu pastilla hoy?
 c. ?Anoche bebí una caña con mis amigos.

Por otra parte, el uso del *se* aspectual con verbos intransitivos es ciertamente irregular, ya que no todos los miembros de una misma clase semántica lo aceptan:

- (36) a. Mi tío Gianni se salió del cine.
 b. *Mi tío Gianni se entró al cine.
- (37) a. Andrea y Diana se fueron a la India.
 b. *Andrea y Diana se volaron a la India.

Esta distribución aparentemente aleatoria ha hecho pensar a algunos autores que se trata de una cuestión de idiosincrasia léxica. Ahora bien, los efectos del clítico sobre los verbos intransitivos sí parecen bien definidos. El *se* aspectual se convierte verbos inergativos de movimiento en verbos de cambio de estado (37a, 38) o subraya el contraste entre el estado previo y el estado resultante en predicados de logro que denotan cambios de estado (36a). Es decir, con los verbos intransitivos *se* no selecciona temas incrementales, sino que selecciona eventos perfectivos en los que se distingan dos fases, una inicial y un estado resultante (cf. Maldonado, 1997; De Miguel y Fernández Lagunilla, 2000; García Fernández, 2011).

- (38) a. *(Me) voy de aquí para no volver. (Sánchez López, 2002: 118)
 b. *(Me) vine de Alemania para siempre.

Luján (1977) y Martín Zorraquino (1996) analizan estas construcciones como ingresivas, mientras que Zagona (1996) argumenta a favor de una relación de predicación entre el punto de partida y el estado resultante, y De Miguel y Fernández Lagunilla (2000) entienden la ingresividad como uno de los dos subeventos en los que se divide el predicado perfectivo. Se trata, en definitiva, de eventos de cambio de locación *–irse–* o de estado *–dormirse–* con dos fases, una inicial y otra final.

Sánchez López (2002: 113) plantea dos importantes preguntas en relación con el *se* aspectual: ¿por qué no se emplea como marcador aspectual un adverbio en lugar de un elemento que es correferente con el sujeto? Y, ¿qué relación existe entre el sujeto y las propiedades aspectuales del predicado, o entre el sujeto y el objeto que ejerce de delimitador?

El apartado 7.5 profundiza sobre las propiedades aspectuales de estas construcciones y las relaciona directamente con la semántica de los eventos de cambio de estado. En ese capítulo veremos que dichas propiedades aspectuales son las mismas que presenta el *se* anticausativo.

5.1.1.4. Las anticausativas entre las construcciones con *se*

Todos los verbos transitivos pueden formar medias, pasivas reflejas y reflexivas de manera regular. En cambio, la formación de anticausativas está restringida a los verbos de cambio de estado, que tienen la estructura causativa compleja que definimos en el capítulo 1. Se trata de un fenómeno específico, limitado a un subconjunto de los verbos transitivos. Así, el verbo de cambio de estado *quemar* (39) puede participar de todas estas construcciones –lo cual da lugar a una potencial ambigüedad–, mientras que *vender* tiene vetada la anticausativa –los ejemplos de (39a-d) están tomados de Mendikoetxea (1999: 1643)–:

- | | |
|---|-----------------|
| (39) a. Se quemó el bosque. | (anticausativa) |
| b. En épocas de sequía, los bosques se queman fácilmente. | (media) |
| c. Se quemó el bosque para acabar con la plaga de orugas. | (pasiva) |
| d. En los tiempos de la inquisición se quemaba a los herejes. | (impersonal) |

- e. Luisa se quemó con un mechero para hacerse la valiente. (reflexiva)
- (40) a. Esta casa se vende fácilmente. (media)
- b. La casa se vendió (para ahorrar gastos) (pasiva refleja / *anticausativa)
- c. DiCaprio se vendió con *Titanic*, antes hacía cine independiente. (reflexiva)
- d. En Egipto se vendía a los esclavos. (impersonal)

Las oraciones de (39) están estrechamente relacionadas semánticamente, siendo a veces difícil establecer los límites entre unas y otras. Todas las construcciones con *se* comparten dos propiedades semánticas: la afectación del sujeto y la “incompletitud” del sujeto (cf. Deguchi, 1982), por lo que la gramática tradicional las ha caracterizado como construcciones de voz media, es decir, como construcciones en las que el evento se presenta desde el punto de vista del objeto afectado y en las que el agente/causante se encuentra ausente –pasivas e impersonales– o es el propio objeto –anticausativas y reflexivas–.

Siguiendo a Mendikoetxea (1999),⁷ la diferencia fundamental entre las oraciones de (39) se encuentra en el grado de presencia del sujeto implícito, de acuerdo con la escala de (41): en (39a), tenemos un proceso espontáneo, cuya causa es totalmente irrelevante; (39b) expresa un estado que necesita de la intervención de un agente en un grado mínimo (no es un evento espontáneo), dado que se trata de una propiedad del objeto; por su parte, las oraciones de (39c-d) denotan acciones realizadas por un agente que no se menciona. En (39e) he añadido una oración reflexiva, donde el agente es explícito.

(41) Grado de presencia del sujeto:

reflexivas > impersonales / pasivas > medias > anticausativas

Otra gran diferencia reside en que las anticausativas denotan eventos de cambio de estado y son aspectualmente perfectivas, mientras que las medias denotan propiedades y

⁷ Véase también García-Miguel (1985). Este autor distingue entre ‘media pasiva’ -pasivas reflejas e impersonales-, ‘media interna’ -medias genéricas, anticausativas- y ‘media activa’ -reflexivas-. La diferencia entre unas y otras reside en el grado de participación del argumento externo en el evento, el cual va de nulo en las medias internas a total en las medias activas.

son aspectualmente imperfectivas. Las pasivas, por su parte, también denotan eventos, pero no necesariamente de cambio de estado.

Tanto las anticausativas como las medias genéricas, las pasivas reflejas y las pasivas analíticas son construcciones inacusativas,⁸ es decir, oraciones intransitivas cuyo sujeto sintáctico es el objeto nocional. Autores como Chierchia (1989) y Reinhart (2000, 2002) proponen que todas ellas conllevan procesos similares de intransitivización –el objeto se convierte en sujeto–, mientras que otros como Marantz (1984) o Embick (2004a) van más allá y consideran que todas comparten una estructura sintáctica –inacusativa– similar.

Por otro lado, las impersonales, las pasivas y las medias genéricas comparten el uso no paradigmático del clítico *se*, que actúa como marca invariable, frente a las anticausativas y las reflexivas, que presentan un uso paradigmático del clítico, tal que éste concuerda con el sujeto oracional. Esta es una de las principales motivaciones para las propuestas que analizan las anticausativas como reflexivas (Chierchia, 1989; Mendikoetxea, 2000; Reinhart, 2002; Koontz-Garboden, 2007, 2009; Lundquist, 2011).

En definitiva, las anticausativas se diferencian del resto de construcciones con *se* en que denotan eventos espontáneos de cambio de estado, en los que no interviene agente o causante alguno. El cambio de estado se corresponde con una estructura eventiva compleja que comparten las variantes causativas. Los verbos de cambio de estado también pueden pasivizar (42a) y reflexivizar (42b), pero no todos los verbos transitivos pueden “anticausativizar” (43).

(42) a. El jarrón de porcelana china se rompió para cobrar el seguro.

(Pasiva refleja con verbo causativo)

b. Kurt Cobain se mató de un tiro en la cabeza.

(Reflexiva con verbo causativo)

(43) *El piso se vendió por sí solo.

Los apartados 5.3 y 5.4 están dedicados a profundizar en las diferencias entre las anticausativas y las pasivas y las reflexivas, respectivamente. No obstante, primero vamos a

⁸ Por otra parte, el estatus de las reflexivas canónicas como inacusativas ha sido ampliamente discutido en la bibliografía (Sportiche, 2014, Medová, 2009; entre otros).

revisar en el siguiente apartado la evolución de las construcciones con *se*. Veremos que el significado medio, denominador común a nivel sincrónico, es también el factor que ha guiado la expansión diacrónica del clítico.

5.2. EL PORQUÉ DEL SINCRETISMO: APROXIMACIONES DIACRÓNICAS

El sincretismo del clítico *se* va más allá de la familia indoeuropea, siendo frecuente en las lenguas del mundo el empleo de la morfología reflexiva para las construcciones medias (cf. Medová, 2009; Kemmer 1993, 1994): sucede por ejemplo en el chukchi (lengua paleosiberiana), el gorum (lengua munda, de la familia austroasiática, hablada en India) y varias lenguas pama-ñunganas (lenguas indígenas australianas).

Según Medová, esto sugiere que el sincretismo no puede explicarse simplemente como un caso de homofonía accidental heredada del indoeuropeo, por lo que ella descarta la explicación diacrónica y apela a un análisis sincrónico unificado. No obstante, es sabido que muchos procesos de reanálisis o gramaticalización se repiten en familias de lenguas distantes entre sí, pues los principios de la gramática universal rigen también el cambio lingüístico.⁹ Si bien considero que es necesario dar cuenta del sincretismo a nivel sincrónico, no creo que su extensión más allá de la familia indoeuropea sea razón suficiente para descartar las explicaciones de carácter diacrónico, pues el cambio lingüístico tiene también una dimensión universal.¹⁰ Creo que la razón última del sincretismo es la diacronía: las construcciones con *se* comparten desde su origen y hasta la actualidad propiedades asociadas al concepto de “voz media”, pero responden a estructuras distintas a nivel sincrónico.

El concepto clave que manejan tanto los estudios diacrónicos como los sincrónicos en relación con las construcciones con *se* es el de diátesis media. Llamamos ‘diátesis’ a la

⁹ Por ejemplo, es habitual que las lenguas creen los artículos y pronombres personales a partir de los demostrativos o que gramaticalicen verbos semánticamente plenos en auxiliares o morfemas verbales. El pronombre de tercera persona *él* deriva así del demostrativo latino *ille* (‘aquel’); igualmente, el sintagma *ano hito* (‘aquella persona’) se ha gramaticalizado en japonés como pronombre de tercera persona.

(i) a. Ano hito wa anata-o mimashita.
aquella persona-NOM. tú-ACU. mirar.PAS. (‘Él / ella te miró’).

¹⁰ De hecho, como señala Maldonado (1999: 18) “[...] la pregunta se establece en relación con los patrones lingüísticos y los procesos cognoscivos que determinen la ocurrencia consistente del mismo tipo de marcación en una variedad de lenguas”.

relación sintáctica que guardan los participantes de un evento, mientras que el término ‘voz’ alude a las distintas manifestaciones de la diátesis en las lenguas. Varias son las definiciones que se han dado para el concepto de diátesis media, pero la idea general es que ésta expresa la afectación del sujeto en un contexto donde sufre un proceso no desencadenado voluntariamente por él (cf. Maldonado, 1999).

La evolución de las construcciones con *se* se origina en el propio latín y prosigue en castellano siguiendo esta dirección:

(44) Reflexivas > anticausativas > pasivas > impersonales

El pronombre reflexivo se extiende a las construcciones medias (anticausativas) y de ahí pasa a las pasivas y a las impersonales. Se trata de un proceso de gramaticalización en el que un pronombre personal va perdiendo contenido semántico hasta convertirse en una marca formal invariable de impersonalidad –pérdida de la concordancia–. Lo llamativo de esta evolución, como subraya Sánchez López (2002), es que conservamos sincrónicamente todos sus pasos, en lugar de haber ido perdiendo unas construcciones con *se* a medida que aparecían otras, y esto, crucialmente, es lo que provoca el sincretismo que encontramos en la actualidad.

No obstante, el parentesco histórico de las construcciones con *se* no es razón suficiente para suponer que éstas no hayan adquirido con el tiempo un estatus independiente, o que el clítico no se haya especializado en funciones distintas para cada una de ellas.

El factor semántico que favorece la evolución de (44) es el significado medio. Es importante destacar que el hecho de que la extensión se produzca a partir de las construcciones reflexivas no implica que el significado medio derive del reflexivo, sino que ambos se encuentran muy próximos (cf. Larochette, 1943). En griego clásico es la voz media la que abarca por un lado el significado reflexivo y por otro el propiamente medio (cf. Larochette, 1943; Monge, 1955; García-Miguel, 1985; Bogard, 2006); en cambio, en latín el significado medio carece de una expresión morfológica propia, aunque suele asociarse típicamente a la intransitividad.

El latín expresa la voz media a través de tres recursos gramaticales. En primer lugar, los verbos deponentes latinos –*morior* (‘morir’), *nascor* (‘nacer’), *loquor* (‘hablar’)— son

los herederos de la voz media griega, pero tienen asimismo usos pasivos y activos y la mayoría evoluciona, finalmente, como activos.

En segundo lugar, la pasiva sintética amalgamaba el valor medio y el pasivo (45), pero se vio condenada a la desaparición a causa, precisamente, de la indeterminación de sus funciones.

(45) Fores aperiuntur. (Monge, 1995: 345)

puerta.NOM.PL. abrir.PAS.

Lectura pasiva: Las puertas son abiertas.

Lectura media: Las puertas se abren.

Por último, las construcciones con pronombres reflexivos se emplean también con sentido medio desde el latín arcaico (cf. Dahlén, 1964) y ya en romance invaden, de acuerdo con Monge (1995), el territorio medio de la pasiva.

Cennamo (2001) señala que hacia el siglo 4 d.c. se observan fuertes inseguridades en el uso de las marcas de voz. En latín temprano y clásico, la noción de control era fundamental para determinar el uso de la forma pasiva frente a la reflexiva, siendo la intransitiva activa la forma neutra. Más adelante, la forma reflexiva empieza a usarse para marcar construcciones medias no canónicas, en las que el sujeto no lleva a cabo la acción voluntariamente pero resulta afectado.

Los siguientes ejemplos (Dahlén, 1964: 111-122) muestran la extensión de la construcción pronominal en latín:

(46) a. Iuppiter mutavit sese in formam eius coniugis. (Plauto, 112)

Reflexiva de cambio

b. Iam ego me convortam in hirudinem.

Uso figurado.

c. Tu, hercle, opino, in vidulum te bis convortes, nisi caves.

La forma pronominal reemplaza la forma pasiva.

d. Neque herba nascetur, neque lutamenta scident se. (Varro)

Construcción media con sujeto inanimado.

La idea central de la mayoría de los estudios diacrónicos es que la voz media abarca el significado pasivo y el reflexivo, de modo que en el momento en que la construcción pronominal adquiere este valor, puede extenderse como expresión formal por excelencia de todos los posibles matices medios, e incluso de la impersonalidad.

La proximidad entre el significado medio y el pasivo se explica porque el sujeto es un objeto afectado en ambos casos. Por su parte, la conexión entre el significado medio y el reflexivo se hace evidente si tenemos en cuenta que la voz media estaba fuertemente asociada en latín a los sujetos animados (cf. Monge, 1955; Joffre, 1995; Cennamo, 2001). Según Monge, es probable que se eligiera el reflexivo para expresar la voz media precisamente porque se trataba de un pronombre que refería solo a personas, y éstas eran el *locus* principal de los procesos medios.

La ambigüedad entre las oraciones reflexivas –con sujeto humano agentivo correferencial con el paciente– y las oraciones medias –con un sujeto humano que padece un proceso desencadenado por sus propias cualidades inherentes– habría sido el germen para la elección de la construcción pronominal como expresión de la voz media. Posteriormente, la proliferación de oraciones medias con sujeto inanimado habría facilitado la propagación del clítico al ámbito de la pasividad y la impersonalidad.

En definitiva, el latín ya contaba con todos los usos paradigmáticos de *se* –las construcciones reflexivas y las medias (anticausativas)–, los cuales heredó directamente el romance. También existía ya en latín el uso del reflexivo con verbos transitivos e intransitivos de movimiento y cambio –*adproximare* (‘aproximarse’), *fugere* (‘huir’), *vadere* (‘ir’), *ire* (‘ir’), *succedere* (‘seguir, suceder’), etc.–, a los que aportaba valores medios de participación o interés del sujeto (Dahlén, 1964). Se trata posiblemente de la construcción que da origen a lo que hemos venido llamando “se aspectual”.

Estas tres estructuras están bien documentadas en los orígenes del castellano. En el corpus de Bogard (2006), las anticausativas son las construcciones con *se* más abundantes desde el s. XII (donde comienzan sus datos con el *Cantar del Mío Cid*) y en adelante. En la mayoría de los casos, se trata de ejemplos con sujetos humanos (47), pero aparecen también anticausativas con sujetos inanimados (48). Las siguen en frecuencia las reflexivas (49) y, de cerca, las construcciones de *se* aspectual. Estas últimas se documentan en principio solo

con verbos intransitivos (50), siendo necesario esperar al s. XV para encontrar ejemplos con verbos transitivos (51):¹¹

(Cid, 1454-1546)

(47) Al ora que lo sopo myo Çid de Bivar / plogol de coraçon i **tornos a alegrar**, / de
la su boca compeço a fablar.

(Cid, 37-39)

(48) Aquiiio myo Çid a la puerta se legava, / saco el pie del estribera, una feridal dava; /
non se abre la puerta, ca bien era cerrada.

(Cid, 352-355)

(49) Longinos era çiego, que nunquas vio alguandre, / diot con la lança enel costado,
dont yxio la sangre, / corrio la sangre por el astil Ayuso, **las manos se ovo de untar**
[...].

(Cid, 774-775)

(50) E a Gaule nol cogieron alla; / para Calatayuch quanto puede **se va**.

(Cárcel de amor, 167)

(51) [...] con tanta firmeza lo amó que después de muerto le dio sepultura en sus
pechos, quemando sus huesos en ellos, la ceniza de los cuales poco a poco **se bevió**.

Por otra parte, los usos no paradigmáticos de *se* son creaciones romances. La pasiva refleja se documenta en castellano desde el siglo X (Lapesa, 1981) y, según Kärde (1943) y Monge (1955), surge cuando el sujeto inanimado de la construcción media deja de ser sentido como un participante en el proceso, pasando a ser considerado como un mero receptor de él. El significado impersonal se manifiesta desde la Edad Media, pero se confunde con el pasivo y no se consolida formalmente hasta el siglo XVI. Así, el ejemplo

¹¹ Los ejemplos de (47-54) aparecen en Bogard (2006).

de (52) tiene una interpretación claramente pasiva, mientras que el de (53) resulta ambiguo entre la lectura pasiva y la impersonal. En (54) la falta de concordancia favorece, en cambio, la interpretación impersonal:

(Cid, 3412)

(52) Este casamiento oy **se otorge** en esta cort.

(53)

(Cid, 407-409)

(54) Cavalgad, Çid, el buen Campeador, ca nunca / en tan buen punto cavalgo varon; /
mientra que visquieredes bien **se fara lo to**.

(Laberinto de Fortuna, 78)

(55) Muy pocas reynas de Grecia **se halla** / que limpios oviesen guardado sus lechos.

Como subraya Monge, la pasiva refleja siempre ha rechazado el complemento agente, eligiéndose así sobre la perifrástica cuando se pretende expresar un valor impersonal. En las impersonales, la ausencia de concordancia indica que el objeto se mantiene como tal en lugar de ser promocionado a sujeto, por lo que la estructura es activa y puede extenderse poco a poco a los verbos intransitivos. La construcción pronominal deja, por tanto, de expresar voz media y pasa a denotar simplemente impersonalidad, referencia inespecífica del sujeto.

En conclusión, la construcción pronominal se ha convertido en la expresión formal de la diátesis media en castellano, entendiendo que ésta abarca la reflexividad, la pasividad y los valores propiamente medios (anticausativas, medias genéricas –del tipo *esta silla se pliega*– y *se* aspectual). No obstante, como señala Mendikoetxea (1999), el clítico se emplea como expresión de la voz media únicamente cuando existe una variante “no media” de la construcción, de manera que no aparece, por ejemplo, con los verbos inacusativos “puros” del tipo *morir* o *floreecer*, cuyo significado es prototípicamente medio. El clítico reflexivo de tercera persona se ha gramaticalizado, además, como marca de impersonalidad, llegando así a extenderse a construcciones activas. Nótese, además, que el clítico se extiende desde construcciones en las que el objeto nocional es correferencial con el sujeto gramatical (reflexivas) a oraciones en las que el objeto nocional se convierte en el sujeto

gramatical (anticausativas y pasivas). Las tres estructuras comparten el contar con único argumento referencial.

Esto explica el origen del sincretismo que encontramos en castellano, pero no proporciona una solución al problema desde una perspectiva sincrónica: ¿el origen común justifica un análisis unificado de las construcciones con *se*? En mi opinión, los datos históricos solo pueden ser un argumento a favor de un análisis unificado si se demuestra que a nivel sincrónico las distintas construcciones con *se* mantienen una identidad sintáctica. No obstante, creo que en español actual las distintas construcciones con *se* abarcan dominios sintácticos y semánticos diferenciados, aunque afines, por lo que requieren análisis independientes.

5.3. PRESENCIA / AUSENCIA DE UN ARGUMENTO IMPLÍCITO: ANTICAUSATIVAS VS. PASIVAS

Como hemos visto en el apartado 5.1, tanto las pasivas como las anticausativas son oraciones inacusativas en las que el objeto de una variante transitiva pasa a realizarse como sujeto sintáctico, con la consiguiente desaparición del que sería el argumento externo. Esto, sumado al hecho de que ambas comparten morfología en muchas lenguas del mundo, hace necesario establecer los límites entre ellas; de hecho, este es uno de los problemas clásicos en los estudios sobre la alternancia.

Recordemos, en primer lugar, que la alternancia causativo-inacusativa es un fenómeno restringido a los verbos de cambio de estado, mientras que la pasivización está potencialmente disponible para todos los verbos transitivos (cf. capítulo 3, apartado 5.1.1.4. de este capítulo).

Por otra parte, existe consenso en la bibliografía respecto a la idea de que las pasivas (analíticas o reflejas) y las anticausativas se diferencian en que solo las primeras cuentan con un argumento implícito (cf. Manzini, 1983; Roeper, 1987; Baker, Johnson y Roberts, 1989; Levin y Rappaport, 1995; Reinhart, 2000; entre otros). No obstante, autores como Alexiadou et al. (2006) y Schäfer (2008) han defendido que las anticausativas cuentan con un argumento implícito de naturaleza distinta al de las pasivas (un causante, en

lugar de un agente).¹² Este apartado está dedicado a revisar y descartar esta segunda hipótesis: coincido con Alexiadou et al. (2006, 2015) y Schäfer (2008) en que las anticausativas tienen una estructura causativa –bieventiva (cf. capítulo 1)–, pero no en que cuenten con un argumento implícito.

El punto de partida para separar las pasivas de las anticausativas es, en la gran mayoría de los estudios, que solo las primeras admiten complementos agentes:

- (56) a. El barco fue hundido por Rebeca.
 b. *El barco se hundió por Rebeca.

Recordamos, además, que solo las anticausativas admiten el adjunto *por sí mismo/solo* (56). En adelante, lo emplearé para desambiguar la interpretación de pasiva refleja y la anticausativa (2b vs. 2c):

- (57) a. *El barco fue hundido por sí solo.
 b. *El piso se vendió a muy buen precio por sí solo. (pasiva refleja)
 c. El barco se hundió por sí solo.

El complemento preposicional de (55a) recupera el argumento implícito de la pasiva, algo imposible de hacer con una anticausativa. Otros diagnósticos empleados de manera recurrente en esta discusión evidencian que las anticausativas, a diferencia de las pasivas, rechazan las oraciones finales (57), los adverbios orientados al agente (58), y los complementos instrumentales (59).

- (58) a. El barco fue hundido para cobrar el seguro.
 b. El barco se hundió por sí solo (*para cobrar el seguro).

¹² La idea central de Alexiadou et al. (2006) y Schäfer (2008) es que todas las construcciones inacusativas, alternantes y no alternantes, cuentan con subevento causativo. En su propuesta, los agentes son introducidos por SVoz, mientras que los causantes son argumentos de *v* pequeña. Así, argumentan que las pasivas tienen agentes implícitos –argumentos de Voz–, a diferencia de las pasivas, que tienen causantes implícitos que demuestran, a su vez, la presencia de un subevento causativo.

- (59) a. La ventana fue abierta apropiado.
b. #La ventana se abrió por sí sola apropiado.

- (60) a. La puerta fue abierta con esta llave.
b. La puerta se abrió por sí sola (*con esta llave).

Nótese que las pasivas reflejas también rechazan los complementos agentes (60); sin embargo, implican interpretativamente un agente, aunque éste no sea sintácticamente recuperable, y ello permite la inserción de todos los modificadores que acabamos de enumerar:

- (61) a. Se vendieron pisos para blanquear dinero (*por los alcaldes).
b. Se hundieron barcos para boicotear la misión (*por Rebeca).
c. Se taló el árbol para evitar su posible caída (*por el leñador).

- (62) a. Se vendieron pisos de mala fe.
b. Se hundió el barco apropiado.
c. Se taló el árbol adrede.

- (63) a. Se talaron árboles con una sierra mecánica.
b. Se hundió el barco con un torpedo.

No obstante, coincido con Alexiadou et al. (2006), Kallulli (2006, 2007) y Schäfer (2008, 2009) en que los diagnósticos anteriores demuestran la presencia de un argumento implícito en las pasivas, pero no demuestran su ausencia en las anticausativas: tan solo indican que éstas son incompatibles con la agentividad.

Por otra parte, las anticausativas admiten complementos preposicionales causativos (63), análogos a los complementos agentes de (55) (cf. DeLancey, 1984; Piñón, 2001; Levin y Rappaport-Hovav, 2005; Alexiadou et al., 2006, 2015; Kallulli, 2007; Schäfer, 2008, 2012, entre otros):

- (64) El barco se hundió por la tormenta.

Alexiadou et al. (2006) y Schäfer (2008) consideran (63) un indicio de que las anticausativas, como las pasivas, cuentan con un argumento implícito. La diferencia estriba, según ellos, en que las primeras legitiman causantes (argumento de *v* pequeña) y las segundas, agentes (argumento de *Voz*). A menudo las lenguas emplean preposiciones distintas para introducir agentes y causantes, lo cual permite observar con mayor claridad que las anticausativas solo rechazan un tipo de complemento preposicional.

Así, en inglés y alemán las preposiciones *by*, *von* ('por') / *with*, *mit* ('con') / *from* ('desde'), *durch* ('a través') separan claramente agentes, instrumentos y causas, respectivamente:¹³ solo *from* / *durch* son compatibles con las anticausativas (64-65).

(65) a. The door was opened {by Alfred / by the wind / with the key}.

la puerta fue abierta por Alfred por el viento con la llave

b. Die Vase wurde {von Peter / durch den Erdstoß /

el vaso convirtió por Peter mediante el.ACU. terremoto

mit dem Hammer zerbrochen}. (Schäfer, 2008: 127)

con el.DAT martillo roto

'El vaso fue roto por Peter / a causa del terremoto / con el martillo'

(66) a. The door opened {*by Alfred / *with the key / from de wind}.

la puerta abrió por Alfred con la llave por el viento

'La puerta se abrió por Alfred / con la llave / por el viento'.

b. Die Vase zerbrach {*von Peter / *mit dem Hammer / durch ein Erdbeben}.

el vaso rompió por Peter / con el.DAT. martillo / mediante un terremoto

'El vaso se rompió por Peter / con el martillo / a causa de un terremoto'.

En griego (Schäfer, 2008: 129-130) y en español, los agentes y los instrumentos se asocian a una única preposición: *por* / *apo* para los primeros, y *con* / *me* para los segundos. En cambio, las causas pueden ser introducidas por esas mismas preposiciones o por otras:

¹³ En inglés, *by* puede introducir causas en la pasiva, pero para introducirlos en la anticausativa es necesario el uso de *from*, como muestran los ejemplos.

por, con, de, a causa de, por culpa de / apo, me. De nuevo, las anticausativas legitiman exclusivamente causantes preposicionales, no agentes:

- (67) a. La puerta fue abierta (por Maca / con la llave / por el viento).
 b. Ta mallia mu stegnothikan apo tin komotria / me to pistolaki.¹⁴
 el pelo mío secó.VOZ-NO-ACTIVA por el peluquero / con el secador.
 ‘Mi pelo fue secado por el peluquero / con el secador’.
- (68) a. La puerta se abrió (*por Maca / *con la llave / {por / con / de / a causa de} la tormenta).
 b. Ta ruxa stegnosan apo / me ton ilio.
 la ropa secó.ACT. por / con el sol
 ‘La ropa se secó por el sol / con el sol’.
 c. To hirografo katastrafike (*apo tin ipalilo / {apo / me} tin pirkagia).
 el manuscrito destruyó.nonactive por el empleado por / con el fuego.
 ‘El manuscrito se destruyó por el empleado’.

En definitiva, Alexiadou et al. (2006) y Schäfer (2008) defienden que las anticausativas contienen un argumento causante implícito, recuperable mediante un complemento preposicional. Siguiendo a Pylkkänen (2002), proponen que los agentes y los causantes son introducidos por núcleos funcionales distintos: Voz y *v* pequeña, respectivamente. Así, las anticausativas pueden recuperar el argumento de *v* –siendo *v* un

¹⁴ Las pasivas del griego no admiten causantes preposicionales, a diferencia de lo que sucede en el resto de lenguas discutidas.

(i) *Ta ruxa stegnothikan apo ton ilio / me ton ilio.
 la ropa secó.VOZ-NO-ACT. por el sol / con el sol.
 ‘La ropa fue secada por el sol / con el sol’.

Véase Alexiadou et al. (2006) acerca de la posibilidad de que las anticausativas admitan instrumentos.

(ii) Ta mallia mu stegnosan apo tin komotria.
 el pelo mío secó.ACT. por el secador
 ‘Mi pelo se secó por el secador’.

subevento causativo—, pero no pueden recuperar el de Voz porque esta proyección o bien está ausente o bien es expletiva.¹⁵

No obstante, esta hipótesis contradice la intuición semántica de que las pasivas tienen una interpretación agentiva por defecto, mientras que las anticausativas tienen por defecto una interpretación espontánea. Si bien estoy de acuerdo con estos autores en que los diagnósticos de agentividad no implican que las anticausativas carezcan de un argumento implícito, no considero que los datos de (63-67) impliquen necesariamente que contengan en efecto tal argumento.

Las anticausativas pueden emplearse para denotar eventos causativos. Junto con (63-67), consideremos ahora (68):

(69) La puerta se abrió. Entraron dos hombres.

Una de las posibles interpretaciones de (68) es que los dos hombres abrieron la puerta. Las anticausativas pueden emplearse para denotar eventos causativos cuando se desconoce la causa o se quiere omitir (cf. Rappaport-Hovav y Levin, 2012). Las anticausativas *pueden* denotar eventos espontáneos, pero no tienen la obligación de hacerlo. Esta ambivalencia no tendría lugar si hubiera un argumento implícito, pues la posibilidad de denotar eventos espontáneos desaparecería. Consideremos ahora el ejemplo de (69):

(70) La puerta se abrió por sí sola. Entraron dos hombres.

En (69) la implicatura de que los dos hombres abrieron la puerta queda cancelada. Nótese que la presencia del argumento implícito de una pasiva no es cancelable —de ahí la agramaticalidad de *por sí solo* (cf. capítulo 4):¹⁶

(71) *La puerta fue abierta por sí sola.

¹⁵ En su análisis, las variantes lábiles y las inacusativas puras carecen de Voz, mientras que las anticausativas (marcadas) tienen SVoz defectivo, en cuyo especificador aparece *se* / *sich* como pronombre expletivo (véase también Alexiadou et al., 2015).

¹⁶ Tanto en español (cf. Sánchez López, 1993) como en inglés (cf. LyR, 1995), este modificador es ambiguo entre dos significados (2): por un lado puede significar “solo, sin compañía” y por otro puede significar “sin ayuda”, siendo esta última lectura la que nos interesa. En cambio, las contrapartidas del griego *–apo monos tu-* y el alemán *–von selbst-* sólo tienen esta última lectura (Schäfer, 2007).

En mi opinión, el hecho de que las anticausativas puedan describir eventos causativos no significa que contengan un argumento implícito. El argumento implícito de las pasivas se interpreta siempre, aunque no esté sintácticamente expreso. Este no es el caso con las anticausativas.

Recordemos que Chierchia (1989, 2004) y Levin y Rappaport Hovav (1995) consideran que el italiano *da sé* y el inglés *by itself*, en la lectura de “sin ayuda”, concuerdan necesariamente con el causante del evento, enfatizando que se trata del único causante involucrado. Consecuentemente, Chierchia defiende que el objeto nocional (sujeto sintáctico) es el causante en las anticausativas, por lo que queda legitimado como antecedente para este modificador. Es decir, en (55a) las propiedades inherentes de *la puerta* serían las responsables de su propio cambio de estado.

En contra de este tipo de análisis, Schäfer (2008) y Alexiadou et al. (2015) explican que *von selbst* en alemán y sus contrapartidas en otras lenguas tiene como único requerimiento formal el que su antecedente sea el sujeto sintáctico, independientemente del papel temático. De este modo, *por sí solo* es compatible con las anticausativas. Pragmáticamente, es necesario que la existencia de un causante sea posible, para que el modificador tenga sentido contextualmente, pues niega la existencia de dicho causante. Siguiendo con este razonamiento, Schäfer explica que el sujeto sintáctico de la pasiva – objeto nocional– podría ser el antecedente del modificador de no ser porque la semántica del argumento implícito lo hace contradictorio: *por sí solo* descarta la posibilidad de que haya otro / algún causante, pero la construcción pasiva implica precisamente la existencia de un agente.

Coincido con Schäfer y Alexiadou et al. en que la incompatibilidad entre *por sí solo* y la construcción pasiva es de naturaleza semántica y deriva de la presencia de un argumento implícito, y también en que la compatibilidad de *por sí solo* y la construcción anticausativa no indica que el argumento interno sea el causante del evento. Ahora bien, considero, además, que *por sí solo* demuestra que las anticausativas carecen de un argumento implícito: si lo tuvieran, *por sí solo* debería quedar bloqueado por él, como sucede en el caso de la pasiva.

Mendikoetxea (2000) apunta que la compatibilidad de las anticausativas con los causantes preposicionales podría suponer un argumento en contra su análisis como reflexivas (à la Chierchia), pues el paciente no debería poder interpretarse como el causante del evento si el verdadero causante puede ser recuperado en forma de SP.

La autora soluciona el problema aduciendo que una oración como *el cristal se rompió a causa de la explosión* significa que la explosión provoca que alguna las propiedades del cristal causen su ruptura; es decir, el adjunto no tiene repercusiones sobre la manera en que los predicados inacusativos codifican la causalidad. Si bien no estoy de acuerdo con el análisis de las anticausativas como reflexivas (apartado 5.4), coincido con Mendikoetxea en que los causantes preposicionales son meros adjuntos que no alteran el contenido de la oración, y considero que no recuperan ningún argumento implícito análogo al de las pasivas.

Retomando las ideas de Mendikoetxea (2000), creo que la naturaleza de los complementos agentes introducidos por *por*, *by*, *von* y *apo*, es distinta de la de los causantes preposicionales introducidos por *por* / *con* / *de*, *from*, *durch* y *apo* / *me*, por lo que no deben ser equiparados. En la pasiva, el agente es relegado pero sigue siendo accesible a nivel semántico –las pasivas siempre se interpretan como agentivas– y es recuperable en la sintaxis en forma de adjunto. Los complementos agentes no aparecen con otras oraciones que no sean las pasivas, es decir, solo son compatibles con construcciones en las que el agente haya quedado relegado pero implícito, y quedan vetados en transitivas regulares (159a), inergativas (159b), anticausativas (159c), inacusativas (159d), copulativas (159e),¹⁷ etc.:

- (72) a. *Miguel dibujó una farola por María.
 b. *Luis baila por Javi.
 c. *La puerta se abrió por Yuridia.
 d. *César murió por Bruto.
 e. *Alfredo es lingüista por Chomsky.

¹⁷ Los ejemplos de (71) solo son agramaticales si el sintagma introducido por *por* se interpreta efectivamente como complemento agente, pero no con otras lecturas posibles del tipo *Luis bailó porque a Javi le hacía ilusión*, *Julietta murió por Romeo* o *Alfredo es lingüista siguiendo el ejemplo de Chomsky*.

En cambio, los causantes proposicionales expresan causas indirectas y son compatibles con cualquier tipo de construcción, aun cuando hay otro agente/causa presente (véase también Levin, 2009; Rákosi, 2012; entre otros):

- (73) a. Miguel dibujó una farola por (causa de) María.
b. Víctor se duchó dos veces por el calor.
c. El sol envejece la piel por los rayos uva.
d. Luisa temblaba {de / por frío}.
e. Cora trabaja duro por vocación.
f. Víctor llegó tarde por la huelga de trenes.
g. Kafka murió de tuberculosis.
h. Alfredo es lingüista por Chomsky.

Nótese que el complemento agente es el sujeto de la activa (73), guardando una relación directa con el evento, mientras que los adjuntos de (72) se corresponden con causantes indirectos que no desempeñan la función de sujeto oracional (74):

- (74) a. Miguel dibujó una farola.
b. La farola fue dibujada por Miguel.
- (75) a. María hizo a Miguel dibujar una farola.
b. El calor hizo Víctor ducharse dos veces.
c. Los rayos uva hacen que el sol envejezca la piel.
d. El frío hace temblar a Luisa.
e. La vocación hace a Cora trabajar duro.
f. La huelga de trenes hizo a Víctor llegar tarde.
g. La tuberculosis hizo que Kafka muriera.
h. Chomsky ha hecho que Alfredo sea lingüista.

- (76) a. La puerta se abrió por el viento.
b. El viento abrió la puerta.

c. El viento hizo que la puerta se abriera.

Consideremos ahora los siguientes ejemplos:

(77) A Nerea_i se le cerró la puerta sin querer_i.

i.e. ‘Nerea causó involuntariamente que la puerta se cerrara’.

(78) A Nerea_i se le cerró la puerta por la tormenta (#sin querer_i).

(79) Marta le cerró la puerta a Nerea_i (#sin querer_i).

(80) A Nerea_i le fue cerrada la puerta (#sin querer_i).

Las anticausativas también son compatibles con los llamados dativos causantes (*dative causers*) (76). Los dativos pueden recibir diversas interpretaciones dependiendo de la configuración sintáctica en la que se inserten (cf. Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2003); una de ellas es la interpretación de causante indirecto e involuntario, que solo es posible en combinación con estructuras anticausativas (cf. Fernández Soriano, 1999; Cuervo, 2003). Los adjuntos del tipo *sin querer* permiten diferenciar esta lectura de otras como la de afectación, la de posesión, etc.

El dativo se interpreta como causante involuntario cuando aparece en estructuras bieventivas, las cuales por sí mismas expresan una relación causa-efecto entre los dos eventos (cf. capítulo 8), siempre y cuando no aparezca otro causante que bloquee dicha interpretación (78). Nótese que en (79) el argumento implícito de la pasiva bloquea la interpretación causativa del dativo —éste puede recibir otras lecturas, como la de afectación—. En (77), el causante preposicional tiene el mismo efecto: *Nerea* no puede interpretarse como causante si el causante es la tormenta.

El contraste entre (76) y (79) evidencia que el argumento implícito de la pasiva bloquea el dativo causante, pese a que el verbo elegido es causativo —bieventivo—; en cambio, nada bloquea el dativo en la oración anticausativa.

Cabe pensar que el argumento implícito de las anticausativas puede realizarse bien como dativo, bien como SP, y que ambos se encuentran en distribución complementaria. No obstante, nótese que con las pasivas el agente no necesita aparecer explícitamente en forma de SP para bloquear el dativo, a diferencia de lo que sucede con las anticausativas.

Mi conclusión es que las anticausativas son compatibles con un causante –(63), (68) y (76)– y si éste es esperable en el contexto comunicativo, puede ser cancelado –*A Nerea se le cerró la puerta por sí sola (#sin querer)*–; sin embargo, dicha compatibilidad no implica que haya un argumento causante semánticamente implícito.

El hecho de que las anticausativas puedan ser empleadas para describir eventos causativos deriva de su estructura eventiva, gracias a la relación causa-efecto que establece entre el subevento dinámico de cambio y el subevento estativo. En este sentido los eventos de cambio de estado son por naturaleza causativos, aun en ausencia de un argumento externo –implícito o explícito–.¹⁸

La pasivización es un fenómeno que afecta a los verbos transitivos en general y que preserva el argumento externo en algún nivel de representación, mientras que la alternancia es un fenómeno restringido a los verbos de cambio de estado, los cuales pueden combinarse o no con un argumento externo.

5.4. EL ANÁLISIS DE LAS ANTICAUSATIVAS COMO REFLEXIVAS

Partiendo de Chierchia (1989, 2004), autores como Reinhart (2000, 2002), Mendikoetxea (2000), Koontz-Garboden (2007, 2009), Beavers y Koontz-Garboden (2013) y Lundquist (2011), entre otros, han tratado de unificar las anticausativas y las reflexivas mediante una única operación de reflexivización, basándose fundamentalmente en el sincretismo formal. Algunos de estos análisis (Mendikoetxea, 2000; Koontz-Garboden, 2007, 2009) predicen un contraste entre las anticausativas marcadas y las no marcadas, tal que solo las primeras son construcciones reflexivas.

Las propuestas de reflexivización establecen que la interpretación semántica de las oraciones de (80a-b) es la misma: la operación de reflexivización identifica los dos

¹⁸ Esta es la idea que en última instancia defienden Schäfer (2008) y Alexiadou et al. (2015). No obstante, creo que el carácter causativo de las anticausativas es independiente de la presencia de un causante implícito.

argumentos de un predicado transitivo, de tal manera que el paciente es también el causante o desencadenante del evento que padece:

- (81) a. El niño se lavó.
b. El jarrón se rompió.

En (80b), las propiedades del jarrón o un estado en el que éste se encuentra son las responsables del cambio de estado.¹⁹ La interpretación agentiva típica de las reflexivas canónicas del tipo (80a) se deriva del carácter animado del argumento, y no de una propiedad específica de la construcción; es decir, las reflexivas siempre establecen una relación correfencial entre el causante y el paciente, y en caso de que éste sea animado, puede obtenerse una lectura agentiva en la que el individuo actúa volitivamente sobre sí mismo.

Estas propuestas también establecen que las oraciones de (80) contienen –o retienen– el operador CAUSA (82), en contra de aquellos análisis que lo eliminan de las anticausativas (81) (cf. Grimshaw, 1982; Reinhart, 2000; Härtl, 2003; Reinhart y Siloni, 2005; Kallulli, 2006a; entre otros):

(82) [xCAUSE [y BECOME [BROKEN]]] > [y BECOME [BROKEN]]

(83) [x_i CAUSE [x_i BECOME [BROKEN]]]

Mendikoetxea (2000) explica que la Estructura Léxico Conceptual (ELC) del verbo no puede ser alterada en la sintaxis, de modo que un verbo como *romper*, que contiene dos subeventos y dos argumentos en el léxico, debe proyectarse con dos SSDD en la sintaxis; así, en (80b), el clítico tiene carácter argumental y es propiamente un pronombre reflexivo.

¹⁹ Nótese que la interpretación semántica que se propone para las anticausativas y las reflexivas bajo estos análisis es muy similar a la de “causación interna” (cf. capítulo 3), sin embargo algunos de estos autores (Mendikoetxea, 2000) establecen precisamente una diferencia entre estos verbos y los de causa interna (no alternantes). Otros autores, unifican con este análisis todos los verbos inacusativos (Chierchia, 1989).

Koontz-Garboden (2007, 2009) subraya que los análisis de las anticausativas como reflexivas son consecuentes con la Hipótesis de la Monotonicidad (*Monotonicity Hypothesis*) (cf. capítulo 4), que repito a continuación:

(84) Hipótesis de la Monotonicidad (Koontz-Garboden, 2009: 80)

Word formation operations do not remove operators from lexical semantic representations.

En definitiva, estas propuestas presentan la ventaja de unificar dos construcciones mediante una única operación, simplificando el sistema de manera elegante y evitando la formulación de reglas de reducción que, como explicamos detalladamente en el capítulo 4, son extremadamente problemáticas desde el punto de vista teórico. Estas propuestas parecen dar cuenta, así mismo, del sincretismo formal que presentan las oraciones de (80), si bien los autores discrepan a la hora de extender el análisis a las inacusativas no marcadas –alternantes de la clase B y no alternantes del tipo *floreecer*–.

La alternancia lábil es, como veremos, el principal escollo para las propuestas de reflexivización, dado que éstas solo permiten dos maneras de abordarla: i) puesto que no llevan clítico reflexivo, los verbos lábiles quedan excluidos del análisis, a la espera de una explicación independiente; ii) se propone un proceso de reflexivización encubierto à la Chierchia, es decir, se asume que las variantes lábiles son reflexivas aunque, por razones independientes, no se combinan con un pronombre reflexivo expreso. A mi juicio, la primera solución resulta insatisfactoria a menos que pueda justificarse suficientemente, y la segunda solución resulta, además, contradictoria con la motivación original del análisis, que es la presencia de un reflexivo en las anticausativas marcadas.

Recordemos que Chierchia (1989, 2004) postula que todas las construcciones inacusativas son el resultado de la misma operación de reflexivización a partir de una base transitiva y que el operador reflexivo puede ser explícito (*se*), o implícito (nulo) en el caso de las oraciones del tipo *El clima cambió* o *El rosal floreció*. Los verbos inacusativos no alternantes del tipo *floreecer*, derivan, según el autor, de una base transitiva que nunca se proyecta en la sintaxis (cf. capítulos 3 y 4).

Sin embargo, la hipótesis de que los inacusativos puros se derivan de una base transitiva “congelada” (nunca realizada) mediante una operación de reflexivización mediante un pronombre nulo resulta no solo poco intuitiva, sino difícil o imposible de demostrar. La hipótesis surge como consecuencia o extensión del análisis de las anticausativas (marcadas) como reflexivas, el cual está a su vez motivado, principalmente, por la presencia de un pronombre reflexivo y por la existencia de una variante transitiva. Si consideramos que la interpretación semántica de los distintos tipos de inacusativas –*llegar*, *cambiar*, *romper(se)*– es o puede ser aquélla en la que el paciente es el causante de su propio cambio de estado, lo que estamos admitiendo, en realidad, es que no encontramos diferencias semánticas entre ellas *prima facie*, y que todas denotan eventos que, en definitiva, pueden etiquetarse como “medios” o “internamente causados” (cf. capítulo 3). Como ha quedado explicado en el apartado 5.2, la reflexividad es uno de los significados englobados por la diátesis media, de modo que la afinidad semántica entre todas estas construcciones no debe resultar sorprendente. En mi opinión, las múltiples caracterizaciones semánticas que se han propuesto tanto para unificar como para separar estas oraciones demuestran que, en realidad, carecemos de criterios unívocos para definir sus significados.

La consecuencia directa de la hipótesis unificadora de Chierchia es que la alternancia causativo-inacusativa deja de existir como un fenómeno independiente y queda subsumida en la operación de reflexivización, lo cual es algo digno de mayor reflexión, teniendo en cuenta que la alternancia es un fenómeno universal.

Una posible solución a algunos de los problemas de esta propuesta se encuentra en la distinción que hace Lundquist (2011) entre verbos reflexivamente marcados –como los de (80)– y verbos léxicamente reflexivos, como los inacusativos puros (*llegar*, *floreecer*). De acuerdo con Lundquist, las relaciones de correferencia están especificadas en las entradas léxicas de los verbos –el significado de la raíz determina si un mismo argumento desempeña obligatoriamente dos roles o no– y los elementos anafóricos pueden cambiar las relaciones referenciales de los argumentos insertándose en la secuencia funcional en la que se descompone el verbo. Así, los verbos inacusativos “puros” siempre tienen una interpretación reflexiva, porque su significado especifica una estructura como la de (84), en

la que los dos argumentos están coindexados.²⁰ En cambio, los verbos por naturaleza transitivos (85a) especifican que sus dos argumentos no son correferenciales, por lo que no pueden lexicalizar una estructura como la de (84) a menos que incluyan una marca morfológica para cambiar los índices (85b):²¹

(Lundquist, 2011: 185)

(85) [Proc_i [Res_i]] (verbo léxicamente reflexivo: inacusativo)

(86) a. [Proc_i [Res_j]] (verbo transitivo)

b. [Proc_i [se Res_i]] (verbo reflexivizado)

Nótese que (84) explica de manera natural la identidad semántica con (85b): los verbos inacusativos tienen la misma estructura que los transitivos, pero requieren que un mismo argumento desempeñe el rol compuesto *undergoer-resultee*, lo cual evita postular que derivan de una base transitiva y que sufren una operación de reflexivización con un operador nulo. Los verbos transitivos se caracterizan por la capacidad de elegir entre que cada rol sea desempeñado por un argumento distinto o por un solo argumento, vía reflexivización: un verbo como *abrir(se)* especifica que los índices de los dos argumentos sean distintos, y solo puede hacerlos correferenciales añadiendo un pronombre reflexivo.

Entiendo que esta explicación puede traducirse a la terminología de Levin y Rappaport (1995) de la siguiente manera: los verbos inacusativos “puros” son internamente

²⁰ Esta estructura para los verbos inacusativos está basada en Ramchand (2008), prescindiendo de la proyección InitP. Ramchand propone que los inacusativos tienen la misma estructura eventiva que los causativos ([Init [Proc[Res]]]) con un único argumento identificando los tres subeventos, lo cual da lugar a la interpretación de causa interna. En su sistema, estos verbos no participan de la alternancia anticausativa porque el significado idiosincrásico de la raíz es incompatible con una construcción propiamente causativa (con dos argumentos distintos). Mientras que Ramchand separa las estructuras anticausativas de las inacusativas puras estableciendo que las primeras carecen de Init (la presencia / ausencia de Init es lo que da lugar a la alternancia causativo / incoativo), Lundquist unifica ambas, estableciendo que la diferencia radica exclusivamente en la indización de los argumentos.

Nótese que las estructuras de (84) y (85) unifican las inacusativas puras y las reflexivas (que engloban las anticausativas marcadas) como eventos internamente causados. Como subrayábamos en el apartado anterior, este tipo de propuestas evidencian que el significado de “causa interna” puede extenderse intuitivamente a más construcciones de las originalmente propuestas, precisamente porque i) carecemos de un criterio semántico que lo defina, y ii) porque todas las construcciones inacusativas denotan, en efecto, eventos internamente causados (medios), en oposición a las causativas.

²¹ En este análisis *se* es, de hecho, el elemento léxico que materializa el núcleo de ResP, precisamente porque el verbo no puede lexicalizar este subevento cuando el índice argumental no es el especificado.

causados de manera inherente (no necesitan marca formal que lo señale), mientras que los verbos alternantes son externamente causados y requieren la inserción de un elemento morfológico para poder denotar eventos internamente causados. Es decir, entiendo que, al basarse en la idea de que el argumento interno es el causante del cambio de estado, todos los análisis de reflexivización en general conciben las anticausativas marcadas como internamente causadas —o como alternantes entre causación externa e interna, oponiéndose así a las inacusativas “puras”, no alternantes—.

Lundquist postula que un verbo que participa de la alternancia lábil, como el inglés *open* (‘abrir’), no especifica que ambos índices deban ser distintos, por lo que puede hacerlos correferenciales sin necesidad de añadir un pronombre reflexivo: la diferencia entre las anticausativas marcadas y las no marcadas queda reducida a una propiedad idiosincrásica de los verbos, tal que unos especifican la indización de los argumentos y otros no.

Por otra parte, autores como Mendikoetxea (2000) y Koontz-Garboden (2009) consideran que las inacusativas que no exhiben morfología reflexiva no son producto de la operación de reflexivización. En caso de ser correcta, esta hipótesis predice que deben existir diferencias sintácticas y semánticas entre las construcciones reflexivas y las inacusativas no reflexivas que permitan contrastar ambas clases. Así mismo, esta hipótesis obliga a entender las distintas manifestaciones morfológicas de la alternancia causativo-inacusativa como fenómenos muy diferentes: si la alternancia anticausativa con *se* es en realidad reflexivización, carece de entidad propia (no existe como tal); en cambio, la alternancia lábil de verbos como *cambiar* es un fenómeno independiente que queda a la espera de un análisis propio. En otras palabras, lo que venimos llamando “alternancia causativo-inacusativa” se reduciría a la alternancia lábil de verbos como *cambiar* (en español, un grupo reducido que apenas supera la veintena); en cambio, la “alternancia anticausativa” no formaría parte de la alternancia causativo-inacusativa, sino de otro proceso distinto, la reflexivización.

Si bien creo que no hay razón para pensar que la alternancia causativo-inacusativa funcione exactamente igual en todas las lenguas del mundo, sí considero que su carácter universal requiere un análisis que aspire a cierto grado de uniformidad o unificación.

A continuación, presento una revisión crítica de los principales argumentos que han sido aducidos a favor del análisis de las anticausativas como reflexivas.

5.4.1. Sincretismo formal

Los estudios tipológicos (Haspelmath 1993, 1990; Nedjalkov y Silnitsky, 1973) muestran que la mayoría de las lenguas que marcan la alternancia lo hacen sobre la variante intransitiva y que, de ellas, la mayor parte lo hace mediante morfología reflexiva.

En el apartado 5.2 hemos explicado brevemente la evolución diacrónica de las construcciones con *se*. Recordemos que el significado medio engloba, entre otros, el significado reflexivo y que fue la marca formal de las reflexivas la que se extendió a otras construcciones medias, paulatinamente. Se trata de un proceso de gramaticalización en el que el clítico sufre una pérdida progresiva de contenido semántico y gramatical –en las pasivas y las impersonales ha quedado fosilizado en tercera persona singular y ha perdido su capacidad referencial– (Haspelmath, 1987, 1990; Monge, 2002; Bogard, 2006, entre otros). En contra de lo habitual, conservamos sincrónicamente todos los pasos de este proceso de gramaticalización, lo que da lugar al sincretismo de *se*: reflexivas, anticausativas, *se* aspectual, pasivas reflejas, medias genéricas e impersonales reflejas.

Autores como Koontz-Garboden (2009) entienden la identidad formal y la relación diacrónica entre anticausativas y reflexivas como indicios a favor de tratarlas como una única construcción. Sin embargo, ambas cuestiones requieren una reflexión matizada.

Sabemos que no solo encontramos *se* en reflexivas y anticausativas, sino también en medias, pasivas reflejas, impersonales reflejas y en las construcciones llamadas de “*se* aspectual”. Autores como Horvath y Siloni (2011, 2013) y Schäfer y Vivanco (en prensa) han señalado que la identidad formal justifica por sí sola un análisis conjunto dos construcciones, ya que en tal caso cabría también plantear, por ejemplo, un análisis de las pasivas como reflexivas. Del mismo modo, la existencia de una relación diacrónica entre dos formas o construcciones no es razón suficiente para tratar ambas como una sola a nivel sincrónico. Cada paso del proceso de gramaticalización supone la extensión de *se* a un nuevo tipo de estructura (1), de tal manera que la cuestión fundamental reside en si hemos de considerar cada uno de dichos pasos como una construcción independiente a nivel

sincrónico (1a), o si hemos de considerar que al menos dos de ellos constituyen en realidad un único eslabón (1b):

- (87) a. 1. Reflexivas > 2. Anticausativas > 3. Pasivas > 4. Impersonales
 b. 1. Reflexivas / Anticausativas > 2. Pasivas > 3. Impersonales

Los análisis de las anticausativas como reflexivas unifican diacrónica y sincrónicamente los pasos 1 y 2 de (1a), como vemos en (1b), pero no debemos olvidar que la diversidad de construcciones con *se* nos obliga a ser cuidados a la hora de trazar los límites entre unas y otras, es decir, no debemos olvidar que el sincretismo y la relación diacrónica no atañan exclusivamente a las reflexivas y a las anticausativas.²²

Es necesario un estudio diacrónico más profundo para comprender las razones por las que *se* no se extendió a todos los contextos medios, es decir, las razones por las que es tan frecuente encontrar anticausativas no marcadas. Si suponemos que, de hecho, las anticausativas no marcadas no son reflexivas, queda entonces por explicar la naturaleza de la alternancia lábil en las lenguas romances.

5.4.2. La condición del argumento externo no especificado y la semántica de la reflexividad

Siguiendo a Levin y Rappaport (1995), Koontz-Garboden (2009) asume la “Condición del Argumento Externo no Especificado” –introducida en el capítulo 3 y repetida en (87)– para explicar el hecho de que no todos los verbos transitivos de cambio de estado cuentan con una variante intransitiva:

- (88) Underspecified external argument condition (LyR, 1995: 107)
 An externally caused verb can leave its cause argument unexpressed only
 if the nature of the causing event is left completely unspecified.

²² Las reflexivas y las anticausativas, frente a las pasivas reflejas y las impersonales, existían ya en latín; no obstante, también existía el *se*. Nótese que, de acuerdo con Haspelmath (1990), el sincretismo de pasivas y anticausativas es más frecuente que el sincretismo entre reflexivas y anticausativas, y que el sincretismo entre las tres es, en realidad, el más habitual. Véase Kallulli (2006) sobre la posibilidad de unificar pasivas, reflexivas y anticausativas.

(89) a. Pepe / el viento / la llave abrió la puerta.

b. La puerta se abrió.

(90) a. Pepe / *el rayo / *el hacha cortó la leña.

b. *La leña se cortó.

c. Pepe se cortó.

Según el autor, los verbos alternantes cuentan con un “efectuador” (*effector*) al que no imponen restricciones: este papel puede ser desempeñado por un agente, un instrumento, una causa o, incluso, por el propio paciente. De esta idea se desprenden dos conclusiones.

En primer lugar, desaparece la división entre verbos causativos alternantes y no alternantes: tanto el verbo *abrir* como el verbo *cortar* pueden sufrir la misma operación de reflexivización, pero con distintos resultados. El verbo *cortar* selecciona un agente, por lo que su argumento interno solo podrá identificarse con el argumento externo vía reflexivización si es humano (89b vs. 89c), dando lugar a la interpretación canónica de las reflexivas en la que un agente actúa sobre sí mismo. En cambio, el verbo *abrir* no impone restricciones de agentividad y su argumento interno puede identificarse con el externo sin problemas (88b).

En segundo lugar, esperamos que las anticausativas con un causante-paciente humano permitan una interpretación agentiva: si la agentividad solo depende de la animacidad del argumento y las anticausativas son como las reflexivas, no puede existir entonces una incompatibilidad entre las anticausativas y la agentividad como la que han sugerido algunos trabajos (cf. apartado 5.3). Así pues, Koontz-Garboden defiende que la agramaticalidad de ejemplos como los de (90) se debe exclusivamente a que las oraciones finales y los instrumentales son inútiles como diagnósticos de agentividad en contextos con sujetos inanimados; en contraste, el autor presenta los ejemplos de (91), extraídos de Google, para demostrar que, efectivamente, las anticausativas pueden ser agentivas, igual que las reflexivas canónicas:

(91) a. *El barco se hundió para cobrar el seguro.

b. *El hielo se derritió con un soplete.

(K-G, 2009: 100)

(92) a. [...] Y aquel día, hace tres años, cuando Phil se ahogó para salvarle la vida a Jim [...].

b. [...] casi se ahogó para que no pudieran verla, y así pudo salvarse.

c. [...] como el joven que se ahogó para salvar a una desconocida [...].

A mi juicio, los ejemplos de (91) no tienen una verdadera lectura agentiva: en (91a) y (91c), interpreto que una persona se ahogó involuntaria o accidentalmente tratando de salvarle la vida a otra, lo que efectivamente consiguió; en (6b), mi interpretación es que alguien se sumerge en el agua para esconderse y, en el intento, está a punto de ahogarse involuntariamente. Sin embargo, considero que tal lectura agentiva es, en efecto, posible en ejemplos como (92), si bien la mera presencia de un argumento humano no garantiza la agentividad, como muestran los ejemplos de (93) con anticausativas marcadas:

(93) a. Virginia Woolf se ahogó para escapar de su enfermedad.

b. Fernando se quemó con la plancha para demostrar que no tenía miedo.

(94) a. #Cris se asustó para llamar la atención.

b. ??Luisa se enfadó para que Vodafone escuchara sus quejas.

c. ??El niño se perdió para fastidiar a su madre.

d. #Antonio se aburrió para mostrar su descontento con la conferencia.

La agentividad requiere un argumento humano, pero no todos los argumentos humanos son necesariamente agentivos. Las variantes causativas de los verbos alternantes son, como cualquier verbo transitivo, susceptibles de formar reflexivas, por lo que pueden dar lugar a oraciones ambiguas entre la lectura propiamente reflexiva y la anticausativa,

como en (92b) y (94), a causa del sincretismo formal, del mismo modo que la oración de (95) es ambigua entre la interpretación anticausativa y la pasiva:²³

(95) Fernando se quemó.

(96) Se quemó el bosque.

La oración de (95) se considera ambigua entre dos estructuras diferentes (pasiva y anticausativa), pero la cuestión es si sucede lo mismo con (94) o si, por el contrario, nos encontramos en este caso ante dos posibles lecturas de una misma estructura, como defiende Koontz-Garboden. En definitiva, el hecho de sea posible obtener una interpretación agentiva en anticausativas con sujetos animados (92) cumple una predicción de su análisis como reflexivas, pero no constituye *per se* un argumento a favor de tal análisis, ya que la posibilidad de que las oraciones de (92) y (94) puedan responder a dos estructuras distintas no queda necesariamente descartada.

Por otra parte, el uso que hace Koontz-Garboden de la “Condición del Argumento Externo no Especificado” para explicar la semántica reflexiva de los verbos causativos se enfrenta a un problema adicional. De acuerdo con este principio, los verbos que forman anticausativas no marcadas –del tipo *cambiar*– también tienen un “efectuador” sobre el que no se imponen restricciones semánticas; por lo tanto, sería esperable que ese rol pudiera ser desempeñado por el argumento interno y que estos verbos sufrieran la misma operación de reflexivización que los del tipo *romper* o los del tipo *lavar*, especialmente teniendo en cuenta que la reflexivización es un proceso regular y productivo para los verbos transitivos. En cambio, lo que encontramos es el contraste de (96):

(97) a. Cris ha cambiado en los últimos años.

b. Cris se ha cambiado a sí misma en los últimos años.

²³ La oración de (95) no se considera ambigua respecto a una lectura reflexiva precisamente porque no puede ser agentiva.

(96a) es una oración inacusativa –anticausativa no marcada, variante lábil– que denota un proceso espontáneo, mientras que (96b) es una oración reflexiva en la que Cris ha realizado una serie de acciones con el fin de obrar un cambio sobre sí misma. El análisis de las anticausativas como reflexivas predice que la existencia de (96a) es vacua dada la existencia de (96b), a menos que el significado –y la sintaxis– de ambas sea diferente y predice, además, que dada la existencia de (96b), la oración de (97b) debería ser gramatical:

- (98) a. El clima ha cambiado.
 b. *El clima se ha cambiado.

Si el verbo *cambiar* tiene un rol “efectuador” no especificado que puede ser desempeñado por el argumento interno en (96b), ¿qué impide la derivación de (97b)? Esta es una pregunta que, hasta donde se nos alcanza, no ha sido planteada en los estudios que analizan las anticausativas como reflexivas.

Las propuestas que aplican el análisis reflexivo solo a las anticausativas marcadas establecen necesariamente que la relación entre la versión transitiva de *cambiar* –*El accidente ha cambiado a Cris*– y la oración de (96b) es distinta de la relación entre la variante transitiva y (96a), dejando inexplicada esta última. En consecuencia, lo que hacen estas propuestas es subsumir *parte* de la alternancia causativo-incoativa –la que se produce mediante la adición de *se*– en la reflexivización, dejando inexplicada la otra parte; es decir, *reducen* el problema apoyándose en que la mayoría de los verbos alternantes toman *se*, pero no *eliminan* el problema ni explican que la operación de reflexivización no se dé en todos los contextos en los que podría darse potencialmente (97b).

5.4.2.1. Causantes preposicionales

En el apartado 5.3 nos detuvimos brevemente en la compatibilidad de las anticausativas con adjuntos preposicionales que expresan causa (98). Recordamos que autores como Kallulli (2006) y Alexiadou et al. (2006, 2015) han relacionado estos adjuntos con la presencia de un subevento causativo –o un operador *cause*– en la estructura, y que las preposiciones que introducen estos causantes son, en muchas lenguas, distintas de

las que introducen los complementos agentivos de las pasivas *–from, durch y apo/me* introducen los primeros en inglés, alemán (99) y griego (100) respectivamente, mientras que *by, von y apo* introducen los segundos–.

(99) a. La puerta se abrió {por / a causa del / del} fuerte viento.

b. El clima cambió {por / a causa de} la contaminación.

(100) a. Die Vase zerbrach durch ein Erdbeben.

el vaso rompió mediante un terremoto.

‘El vaso se rompió a causa de un terremoto’.

b. Die Tür öffnete sich durch einen Windstoß.

la puerta abrió se mediante un golpe.de.viento

‘La puerta se abrió a causa de un golpe de viento’.

Para analizar las anticausativas como reflexivas es necesario postular que éstas retienen el operador *cause*, como hemos explicado anteriormente, de manera que Koontz-Garboden (2009) entiende la compatibilidad con los causantes preposicionales como un indicio de que efectivamente así sucede. Nótese que el análisis de las anticausativas (marcadas) como reflexivas no predice que las no marcadas conserven *cause*, lo cual queda evidenciado, para Koontz-Garboden, en el ejemplo de (100) con un verbo inacusativo “puro”:

(101) *Ta luludia anthisan apo ti kalokeria.

(Griego. K-G, 2009: 122)

las flores florecieron por el calor

Ahora bien, existen dos razones por las que los causantes preposicionales no son un argumento válido a favor del análisis de las anticausativas como reflexivas. La primera de ellas es que estos adjuntos son también compatibles con las anticausativas no marcadas, como muestran los ejemplos de (98b), (99a) y (101); la oración de (100) se vuelve gramatical, como apunta el propio Koontz-Garboden, si se emplea la preposición *me* en lugar de *apo* (102):

(102) a. El número de becas disminuyó por la crisis.

b. La madera envejeció por la humedad.

d. Víctor enfermó a causa del frío.

e. Ofelia enloqueció de amor.

(103) Ta luludia anthisan me ti kalokeria.

Las flores florecieron con el calor

La compatibilidad de todas las construcciones inacusativas con los causantes preposicionales es lo que lleva a Alexiadou et al. (2006, 2015) a postular que todas ellas contienen *cause* (incluidas las inacusativas “puras”), no solo las marcadas, como se espera bajo un análisis de reflexivización.

La segunda razón por la que estos adjuntos no apoyan el análisis de reflexivización es que ni siquiera sirven realmente para identificar la presencia de *cause*. Recordemos que Mendikoetxea (2000) señala que los causantes preposicionales desafían el análisis de reflexivización en tanto que *la puerta* no puede ser la causante del evento de cambio de estado en (98a) si lo es *el viento*. La autora soluciona el problema explicando que se trata de causantes indirectos, que no afectan a la semántica del predicado. Si esta intuición es correcta, los causantes preposicionales no requieren –y por tanto no identifican– la presencia de *cause*. Coincido con Horvath y Siloni (2011) en que los causantes preposicionales son, de hecho, compatibles con cualquier tipo de predicado, independientemente de que sea o no causativo, y de que haya o no otro causante en la estructura (véase el apartado 5.3). En definitiva, estos complementos preposicionales son adjuntos que introducen causantes indirectos, compatibles con cualquier tipo de evento. No constituyen un argumento en contra, ni tampoco a favor, del análisis de las anticausativas como reflexivas y no suponen una diferencia entre las anticausativas marcadas y no marcadas.

5.4.2.2. *Por sí solo*

Recordamos que, según Chierchia (1989, 2004), el adjunto *por sí solo* ha de estar ligado por el causante del evento, razón por la que se considera un indicio de que el único argumento de las anticausativas es el causante del evento que padece, y de que estas construcciones retienen *cause*.

(104) La porta si è aperta da sé. (Chierchia, 2004: 43)
la puerta se es abierta por sí

(105) La puerta se abrió por sí sola.

Chierchia (1989, 2004) y Alexiadou et al. (2006, 2015) señalan que todas las construcciones inacusativas –*romperse, cambiar, florecer*– admiten *por sí solo*; el primero utiliza esos datos para extender el análisis de reflexivización a las inacusativas sin *se*, mientras que los segundos los emplean para argumentar que todas las inacusativas retienen *cause*:

(106) La barca è affondata da sé. (Chierchia, 2004: 43)
la barca es hundida de sí

(107) Die Vase zerbrach von selbst. (Alexiadou et al., 2015: 34)
el vaso rompió por sí

Mendikoetxea (1999, 2000) afirma, en cambio, que los verbos internamente causados –en su análisis, los inacusativos no alternantes– rechazan (o admiten con dificultad) *por sí solo*.²⁴ Los datos de (107) son retomados por Koontz-Garboden (2009) y empleados por ambos autores para argumentar en favor de una diferencia entre las inacusativas marcadas y las no marcadas, tal que solo las primeras son reflexivas:

²⁴ Mendikoetxea clasifica como no alternantes verbos que yo he clasificado como alternantes. Sin embargo, esto puede deberse a divergencias idiolectales.

- (108) a. ?? Juan empeoró por sí solo. (Mendikoetxea, 1999: 1598)
 b. ?? La leche hirvió por sí sola.
 c. ?? El niño creció por sí solo.

Coincido con Horvath y Siloni (2011) en que los ejemplos de (107) pueden resultar anómalos por razones pragmáticas: resulta extraño subrayar la espontaneidad de un evento cuando el contexto no hace necesaria tal aclaración –es evidente que el proceso natural de crecimiento tiene lugar por sí solo–. En los ejemplos de (108-109) observamos que el adjunto es, efectivamente, compatible en español con las inacusativas no marcadas:

- (109) a. Después de haber apagado la calefacción, me pareció que la temperatura seguía aumentando por sí sola.
 b. Los restauradores de documentos no esperan a que el papel envejezca por sí solo, evidentemente, sino que le aplican distintos procesos para que tenga la apariencia del original.
 c. La situación ha empeorado por sí sola, no creo que haya sido culpa tuya.
- (110) a. La familia se debate entre practicarle la eutanasia o dejarle morir por sí solo.
 b. Cuando llega el otoño, las hojas de los árboles se secan y caen por sí solas.
 c. Si la muela no sale por sí sola, será necesario extraerla con cirugía.
 d. En el jardín crecen y florecen por sí solas un montón de plantas salvajes y malas hierbas que yo no he cultivado.

Llegados a este punto, cabe un inciso en relación con la dicotomía causa interna / externa (véanse los apartados 3.2 y 6.2). *Por sí solo* puede efectivamente resultar redundante –pero no incompatible– con los verbos que tradicionalmente se han llamado “internamente causados”, de ahí la anomalía de oraciones como *El niño nació por sí solo*. Esto podría interpretarse como que el significado del adjunto es en realidad tan similar al de “causación interna”, que resulta innecesario. Ahora bien, si el significado de *por sí solo*, en la lectura de “sin ayuda externa”, es el de “causa interna”, su compatibilidad con todas las

construcciones inacusativas indica que todas son compatibles con la semántica de la causación interna. En otras palabras, considero que todas las construcciones inacusativas tienen el significado que *grosso modo* se puede describir como *causación interna* –lo cual no deja de ser otra manera de llamar a la diátesis media– y que en este sentido se oponen a las construcciones causativas – “externamente causadas”–. Dependiendo del contexto y del conocimiento del mundo, un adjunto como *por sí solo* puede ser redundante o necesario para aclarar la situación, lo cual no quiere decir que ciertos verbos denoten eventos externamente causados aun cuando se construyen como inacusativos.

Volviendo a la discusión que nos ocupaba, los datos de (103-104), (105-106) y (108-109) demuestran que las inacusativas marcadas y no marcadas no contrastan respecto a su compatibilidad con *por sí solo*, lo cual es un problema para las propuestas que utilizan este adjunto como argumento a favor de la reflexividad de las marcadas y que no extienden tal análisis a las no marcadas. Beavers y Koontz-Garboden (2013), en respuesta a Horvath y Siloni (2011), admiten que, efectivamente, algunas inacusativas no marcadas son compatibles con *por sí solo* y resuelven de la siguiente manera el problema que esto puede plantear para su análisis:²⁵

[...] morphologically simple inchoatives are *underived* lexemes, and as such they have whatever meaning they have due to lexicalization, *not* by virtue of any derivational process. Since lexicalization is idiosyncratic, some underived inchoatives may have reflexive causative meanings just like derived anticausatives and others may not, predicting variability in whether and which underived inchoatives accept *by itself* modifiers. Thus the prediction of a reflexive analysis is that anticausatives and causatives will consistently take *by itself*, statives will preclude it, and underived inchoatives will vary idiosyncratically in taking it, exactly as attested.

(Beavers y Koontz-Garboden, 2013: 204)

Como hemos visto, no solo “algunas incoativas no derivadas” admiten *por sí solo*, sino todas: la aceptabilidad de la oración puede depender de factores pragmáticos, pero no

²⁵ Las cursivas son de los autores. Nótese el parecido de este planteamiento con la distinción de Lundquist (2011) entre reflexivas léxicas y sintácticas.

de la semántica del verbo. Aun así, dicho esto, asumamos por un momento que la compatibilidad con *por sí solo* varía idiosincrásicamente de un verbo a otro dependiendo de la lexicalización, idiosincrásica, de su significado, y obviemos el hecho de que el contraste entre inacusativas marcadas y no marcadas queda desdibujado a consecuencia de estas afirmaciones. Si llevamos este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, lo que sucede es que el diagnóstico basado en *por sí solo* queda invalidado como argumento en favor del análisis de las anticausativas marcadas como reflexivas. El argumento, recordemos, es que *por sí solo* está ligado por el causante del evento, y que hay un causante del evento porque hay *cause*. Habiendo *cause*, el paciente puede convertirse en el causante vía reflexivización, lo cual se demuestra porque es el antecedente que liga *por sí solo*. Si ciertas incoativas no marcadas tienen *cause* y por tanto admiten *por sí solo*, y “tienen un significado causativo reflexivo igual que las incoativas marcadas”, entonces la pregunta es por qué no reflexivizan de manera regular. Es decir, volvemos a topar con el problema que señalamos en el apartado anterior: si no hay diferencias entre *cambiar* y *romperse*, siendo *romperse* reflexiva, ¿por qué (110) es agramatical? ¿Qué factores determinan que la operación de reflexivización se aplique o no a verbos con semántica causativa y “efectadores” no restringidos semánticamente?

(111) *El clima se cambió.

Nótese que volvemos a los problemas que plantea el análisis de Chierchia (1989, 2004). Ante este mismo dilema, Chierchia propone que todas las inacusativas son reflexivas: las anticausativas no marcadas, del tipo *cambiar*, se derivan de sus variantes causativas mediante una operación de reflexivización con un operador nulo, y las inacusativas “puras”, del tipo *floreecer*, se derivan de una base transitiva abstracta, también con un operador nulo. En conclusión, *por sí solo* indica o bien que todas las inacusativas son reflexivas (Chierchia, 1989, 2004), o bien que todas retienen *cause*, pero no son reflexivas (Alexiadou et al., 2006, 2015), o bien que todas carecen de un participante que realice el rol de causante, tanto en la sintaxis como en la semántica (Horvath y Siloni, 2011; Alexiadou et al., 2015). *Por sí solo* no representa una diferencia entre las inacusativas marcadas y las no marcadas, y tampoco entre las inacusativas alternantes y las no

alternantes. Un análisis que defienda la reflexivización apoyándose en *por sí solo* debe establecer que hay reflexivización sin *se* y enfrentarse a los problemas que esto plantea, especialmente en el caso de verbos que, como *floreecer*, carecen de una variante transitiva.

5.4.3. Entañamiento semántico

Lakoff (1965) fue el primero en observar que las construcciones causativas entañan semánticamente sus contrapartidas incoativas, de tal manera que si (111a) es verdadera, (111b) es necesariamente también verdadera. Así, en (111c) observamos que negar la incoativa al tiempo que se afirma la causativa resulta en una contradicción:²⁶ este es el diagnóstico principal que manejaremos a lo largo de esta sección.

(112) a. Peter broke the vase.

Peter rompió el vaso

b. The vase broke.

El vaso rompió

c. #Peter broke the vase, but the vase didn't break.

Peter rompió el jarrón pero el jarrón PAS.NEG. romper

Koontz-Garboden (2009) subraya que el análisis de reflexivización predice que la variante transitiva no entaña la intransitiva, dadas las siguientes descomposiciones semánticas para ambas:²⁷

(K-G, 2009: 85-86)

(113) a. [romper]: $\lambda x \lambda y \lambda s \lambda e [\exists v [\text{CAUSE}(v, e) \wedge \text{EFFECTOR}(v, y) \wedge \text{BECOME}(e, s) \wedge \text{THEME}(s, x) \wedge \text{not-whole}(s)]]$

b. [romper se] $\lambda z \lambda s \lambda e [\exists v [\text{CAUSE}(v, e) \wedge \text{EFFECTOR}(v, z) \wedge \text{BECOME}(e, s) \wedge \text{THEME}(s, z) \wedge \text{not-whole}(s)]]$

²⁶ Ilustro esto con ejemplos del inglés para evitar confusiones con la discusión que vendrá a continuación sobre el español.

²⁷ Koontz-Garboden se centra en las lenguas que exhiben morfología reflexiva y no se pronuncia sobre el caso de (111).

El autor ve confirmada esta afirmación en ejemplos como el de (113), donde es posible negar la incoativa al tiempo que se afirma la causativa sin incurrir en una contradicción, en contra de lo esperable si existe una relación de entrañamiento entre ambas:

(114) El vaso no se rompió, lo rompiste tú.

No obstante, es necesario demostrar que (113) supone un caso de negación lógica, y no de negación metalingüística, para que el ejemplo sea válido como argumento. La negación metalingüística (cf. Horn, 1985) se emplea para negar la asertabilidad del enunciado previo –corrigiendo sus implicaturas conversacionales, su forma sintáctica, morfológica o fonética, etc.–, sin afectar a las condiciones de verdad:

(Horn, 1985: 131-133)

- (115) a. Grandma isn't 'feeling lousy', Johnny, she's indisposed.
 abuela es.NEG. sintiendo cutre Johnny, ella está indispuesta
 'La abuela no «se siente hecha una birria», Johnny, está indispuesta.'
- b. For a pessimist like him, the glass isn't half full, it's half empty.
 para un pesimista como él, el vaso está.NEG. medio lleno, está medio vacío
 'Para un pesimista como él, el vaso no está medio lleno, está medio vacío.'
- c. Around here we don't like coffee, we love it.
 alrededor aquí nosotros NEG. gustar café nosotros amar lo
 'Aquí no nos gusta el café, nos encanta.'
- d. John didn't manage to solve some of the problems,
 John PAS.NEG. lograr resolver alguno de los problemas
 he solved them all.
 él solucionó ellos todos
 'John no consiguió resolver algún problema, consiguió resolverlos todos.'

Precisamente porque no afecta a las condiciones de verdad, la negación metalingüística puede darse en cualquier contexto, incluyendo (114c), donde el verbo *love* ('amar') entraña semánticamente el verbo *like* ('gustar') –por la relación escalar entre ellos–. Así pues, el problema consiste en determinar si (113) admite tanto una lectura de negación metalingüística como una de negación lógica –en caso de que la causativa no entrañe la incoativa– o si admite exclusivamente la lectura de negación metalingüística –como esperamos si la causativa entraña la incoativa–.

Una de las características de la negación metalingüística que la diferencia de la negación lógica es que es incompatible con los Términos de Polaridad Negativa (TPN, Horn, 1985), como observamos en (115b):

(Horn, 1985: 132-135)

(116) a. John didn't manage to solve SOME of the problems, he solved them all.

b. *John didn't manage to solve ANY of the problems, he solved them all.

(117) a. Juan no consiguió resolver alguno de los problemas, consiguió resolverlos todos.

b. *Juan no consiguió resolver ningún problema, consiguió resolverlos todos.

Al aplicar este diagnóstico clásico a (113), Koontz-Garboden (2009) observa que *ningún* es totalmente aceptable (117) y concluye, en consecuencia, que no puede tratarse de un caso de negación metalingüística, sino de negación lógica, lo cual solo es posible si la causativa no entraña la incoativa:

(118) No se rompió ningún vaso, los rompió Andrés.

(K-G, 2009: 117)

Además, Koontz-Garboden afirma que las anticausativas no marcadas, en cambio, sí rechazan *ningún* en el contexto discutido (118): (118a) no admite una lectura de negación lógica, porque rechaza el TPN *ningún* (118b).

(119) a. El paciente no empeoró, lo empeoró el tratamiento.

b. #No empeoró ningún paciente, los empeoró el tratamiento. (K-G, 2009: 117)

El contraste entre (117) y (118b) supone, en opinión del autor, una diferencia importante entre las anticausativas marcadas y las no marcadas: las primeras no están entrañadas por su contrapartida causativa –aceptan la negación lógica– y son reflexivas, mientras que las segundas sí están entrañadas por su contrapartida causativa –la negación lógica resulta en una contradicción– y no son reflexivas.

Horvath y Siloni (2011) tratan de invalidar esta argumentación corrigiendo los datos. Las autoras afirman que sus informantes hispanohablantes no observan un contraste entre (117) y (118b), y encuentran ambas igualmente contradictorias. Otros TPN son también rechazados por sus informantes en los dos casos (119), lo cual indica que tanto las anticausativas marcadas como las no marcadas aceptan exclusivamente la negación metalingüística, pero no la lógica, y que ambas están entrañadas por sus contrapartidas causativas. Las reflexivas, en cambio, admiten TPN, es decir, admiten negación lógica porque no establecen una relación de entrañamiento con la contrapartida no reflexiva (120):

(120) a. Son: El vaso se ha roto. (HyS, 2011: 2180)

b. Father: #No, no se ha roto en absoluto, lo has roto tú.

(HyS, 2011: 2180-81)

(121) a. El niño no se ha lavado en absoluto, lo ha lavado la nodriza.

b. Ningún niño se ha lavado, los ha lavado a todos la nodriza.

Horvath y Siloni (2011) aportan además ejemplos del hebreo en los que tanto las anticausativas marcadas (121) como las no marcadas (122) rechazan los TPN:

(122) a. Father: #af taclum lo hitlaxlex; ata lixlaxta et kol ha-taclumim.

Padre no foto NEG. ensució tú ensuciaste ACC todas las.fotos

‘No se ha ensuciado ninguna foto, tú las has ensuciado.’

b. Father: #ha-taclum bixlal lo hitlaxlex; ata lixlaxta oto.

Padre las.fotos en.abosuluto NEG. ensuciar tú ensuciaste las
 ‘No se ha ensuciado ninguna foto en absoluto, tú las ensuciaste.’

a. Father: #af taclum lo nafal; ata hipalta et kol ha-taclumim.

Padre no foto NEG. cayó tú tiraste ACC. todas las.fotos
 ‘No se ha caído ninguna foto, tú las has tirado todas.’

b. Father: #ha-taclum bixlal lo nafal; ata hipalta oto.

Padre la.foto en.absoluto NEG. cayó tú tiraste la
 ‘La foto no cayó en absoluto, tú la tiraste.’

Finalmente, las autoras aportan también ejemplos del húngaro, donde la diferencia entre la negación metalingüística y la lógica se expresa en el orden de palabras: con la negación metalingüística, las partículas deben aparecer en posición preverbal, mientras que con la negación lógica deben aparecer en posición posverbal. Los datos de (123-124) muestran que la negación en el tipo de ejemplos que venimos manejando ha de ser metalingüística, no lógica, y que no hay diferencia a este respecto entre las anticausativas marcadas²⁸ (123) y las no marcadas (124):

(HyS, 2011: 2182)

- (123) a. A pohár nem **el**-tör-t, hanem te el-tör-ted!
 el cristal NEG. **PART**.romper.INTR.PAS. más.bien tú PART.romper.TRANS.PAS.lo
 ‘El jarrón no se rompió, más bien lo rompiste tú.’
 b. #A pohár nem tör-t **el**, hanem te tör-ted el!
 el cristal NEG. romper.INTR.PAS.**PART**. más.bien tú romper.TRANS.PAS.lo

- (124) a. Az ing-ed nem **össze**-gyűr-őd-ött,
 La camisa.tuya NEG. **PART**.arrugar.INTR.PAS.
 hanem te össze-gyűr-ted!
 más.bien tú PART.arrugar.TRANS.PAS.la
 ‘Tu camisa no se arrugó, más bien tú la arrugaste.’

²⁸ El húngaro no emplea morfología reflexiva con las anticausativas.

b. #Az ing-ed nem gyűr-öd-ött **össze**,
 La camisa.tuya NEG. arrugar.INTR.PAS.**PART**.
 hanem te gyűr-ted össze!
 más bien tú arrugar.TRANS.la.PART.

Por su parte, Schäfer y Vivanco (en prensa) también consideran que (113) es un ejemplo de negación metalingüística y que el contraste que defiende Koontz-Garboden (2009) entre (117) y (118b) no es tal. Sin embargo, a diferencia de Horvath y Siloni, estos autores creen que *ningún* es aceptable en ambos casos –no así otros TPN–, pues 21 de sus 22 informantes españoles encontraron aceptable (125), como contrapartida de (118b):

(125) a. [En un juicio por negligencia médica] (SyV, en prensa: 14)²⁹
 Juez: El doctor García ha dicho que los pacientes en cuarentena empeoraron
 repentinamente por sí solos, ¿está usted de acuerdo con esta afirmación?
 b. Testigo: No empeoró ningún paciente por sí solo, sino que los empeoró a
 todos el tratamiento experimental del doctor García.

Schäfer y Vivanco (en prensa) defienden que *ningún* no es propiamente un TPN, sino un cuantificador negativo, que desencadena concordancia negativa (cf. Bosque, 1980; De Swart, 2010), y que por lo tanto no sirve para diagnosticar la negación metalingüística en español. Al contrastar (116b), que repetimos aquí como (126), con (127) –dos ejemplos clásicos de negación metalingüística–, los autores explican que en el primer caso se produce efectivamente una contradicción entre el cuantificador negativo y el cuantificador universal, pues el primero no desencadena ninguna implicatura que pueda ser negada metalingüísticamente. En el segundo caso, la negación metalingüística opera sobre los verbos *odiar* y *aborrecer*, que guardan una relación escalar entre sí tal que el segundo entraña el primero.

(126) #No consiguió resolver ningún problema, consiguió resolverlos todos.

²⁹ Citado a partir del manuscrito.

(127) Luisa no odia a ningún niño, los aborrece a todos.

Schäfer y Vivanco aportan otros tres diagnósticos para determinar que (117) y (118b) son ejemplos de negación metalingüística y que las anticausativas marcadas y no marcadas exhiben el mismo comportamiento a este respecto, diferenciándose ambas de las reflexivas canónicas. En primer lugar, a diferencia de las reflexivas (128), las anticausativas marcadas (129a) y no marcadas (129b) rechazan los verdaderos TPNs, del tipo *siquiera*:

(SyV, en prensa: 12)

(128) El niño no se lavó siquiera, lo lavó la niñera.

(129) a. El vaso no se rompió siquiera, tú lo rompiste.

b. Los precios no aumentaron siquiera, tú los aumentaste.

En segundo lugar, Schäfer y Vivanco, siguiendo a Horn (1985) señalan que el adverbio *solo* es legitimado en contextos de negación metalingüística, pero no de negación lógica. Así, (130) muestra que el ejemplo relevante con una reflexiva constituye un caso de negación lógica, mientras que en (131) observamos que las construcciones paralelas con anticausativas marcadas y no marcadas constituyen casos de negación metalingüística:

(130) #El niño no solo se lavó, tú lo lavaste.

(131) a. El vaso no solo se rompió, tú lo rompiste.

b. El paciente no solo empeoró, tú lo empeoraste.

Finalmente, Schäfer y Vivanco presentan un diagnóstico basado en las conjunciones adversativas. Estas conjunciones, como *but* ('pero') en inglés, pueden tener dos significados, uno concesivo y otro correctivo. La negación lógica admite ambos, mientras que la negación metalingüística solo es compatible con el significado correctivo (Horn, 1985; Koenig y Benndorf, 1998). Dado que el español cuenta con dos unidades léxicas distintas para cada uno de estos significados *–pero* (concesivo) y *sino (que)* (correctivo)–,

la predicción es que solo *sino (que)* resulta aceptable en contextos de negación metalingüística. En (132) observamos que las reflexivas canónicas aceptan tanto *pero* como *sino que*, como es esperable si admiten la negación lógica. En (133) vemos que las anticausativas rechazan *pero*, lo cual indica que se trata de ejemplos de negación metalingüística.³⁰

(SyV, en prensa: 11)

(132) El niño no se lavo {pero / sino que} lo lavó la niñera.

(133) a. El vaso no se rompió, {#pero / sino que} lo rompiste tú.

b. Los precios no aumentaron, {#pero / sino que} tú los aumentaste.

En conclusión, coincido con Horvath y Siloni (2011) y Schäfer y Vivanco (en prensa) en que la variante causativa entraña siempre la anticausativa, independientemente de la marcación morfológica de ésta, lo cual contradice las predicciones del análisis de las anticausativas marcadas como reflexivas. Ejemplos como el de (113) son posibles como instancias de negación metalingüística, pero nunca de negación lógica, ya que esta última incurriría en una contradicción. Hemos comprobado que (113), así como (117) y (118b), son efectivamente casos de negación metalingüística porque rechazan los TPN del tipo *en absoluto* y *siquiera*, rechazan *pero*, admiten *solo* y, en húngaro, obligan a la anteposición de las partículas. Este comportamiento contrasta claramente con el de las reflexivas canónicas, las cuales admiten TPN en los ejemplos relevantes, admiten *pero*, rechazan *solo* y obligan a la posposición de las partículas en húngaro, como es esperable si no entran en una relación de entrañamiento con sus contrapartidas no reflexivas.

5.4.4. Dativos causantes

Para concluir este apartado, presento un argumento adicional en contra del análisis de las anticausativas como reflexivas.

³⁰ Schäfer y Vivanco observan además que en el siguiente ejemplo *pero* no es aceptable mientras que *ningún* sí lo es, lo cual refuerza su hipótesis de que *ningún* no es un verdadero TPN:

(i) Luisa no odia a ningún niño {#pero / sino que} los aborrece a todos.
11)

(SyV, en prensa: 11)

Recordemos que los dativos pueden tener una lectura de causante involuntario en combinación con las anticausativas marcadas (134) (cf. Fernández Soriano, 1999; Cuervo, 2003; Schäfer, 2008). De hecho, esta lectura no se produce al introducir un dativo en ningún otro tipo de construcción, sea transitiva, inergativa o inacusativa (135):

(134) A Cris se le ha roto el vaso.

i.e. ‘Cris accidentalmente causó que el vaso se rompiera.’

(135) a. A Pepe le abrió la puerta María.

i.e. #Pepe causó accidentalmente que María abriera la puerta.

b. A Pepe le bailó mucho María.

i.e. #Pepe causó accidentalmente que María bailara mucho.

c. A Pepe le nació otro niño en otoño.

i.e. #Pepe causó accidentalmente que naciera otro niño en otoño.

Dejando a un lado (135c), los ejemplos de (135a-b) muestran que los dativos causantes son incompatibles con la presencia de otro causante en la oración (Schäfer, 2008). Nótese que en este sentido se diferencian de los causantes preposicionales, dado que estos no están sujetos a tal restricción (136):

(136) a. Macarena abrió la puerta por el calor.

b. Macarena bailó mucho por el alcohol.

En (137) observamos que la lectura de causante accidental no está disponible para el dativo en una reflexiva canónica, presumiblemente porque esta oración es transitiva y cuenta ya con un causante:

(137) A Yuridia se le lavó el niño.

i.e. #Yuridia causó accidentalmente que el niño se lavara.

El análisis de reflexivización predice que las anticausativas marcadas deberían rechazar los dativos causantes, en contra de (134). Por lo tanto, considero el contraste entre (134) y (137) como un argumento más en contra de la hipótesis de que el argumento interno de las anticausativas desencadena o causa su propio cambio de estado vía reflexivización.

5.4.5. Conclusiones sobre el análisis de reflexivización

En conclusión, a lo largo de este apartado hemos comprobado que los distintos argumentos aducidos en favor del análisis de las anticausativas como reflexivas no son concluyentes. A pesar de que la hipótesis pueda resultar intuitiva –dado el sincretismo formal y la ambigüedad que presentan algunas oraciones– así como elegante –dado que reduce dos procesos a uno solo– los datos no corroboran que las reflexivas y las anticausativas sean la misma construcción.

En primer lugar, el sincretismo formal y la relación diacrónica no son argumentos suficientes para unificar dos estructuras, a menos que estas exhiban efectivamente el mismo comportamiento sintáctico a nivel sincrónico.

En segundo lugar, hemos comprobado que la mayoría de los argumentos discutidos no refutan, pero tampoco confirman por sí mismos, este tipo de análisis. Así, el hecho de que algunas anticausativas marcadas con sujeto humano puedan tener una interpretación agentiva no implica necesariamente que sean reflexivas: la oración puede responder a una única estructura, confirmando el análisis, o a dos estructuras diferentes, dando lugar a dos interpretaciones y refutando el análisis.

Del mismo modo, los causantes preposicionales introducen por sí solos la semántica de causación indirecta y pueden combinarse con un gran número de construcciones: no suponen un problema para este análisis, pero tampoco un argumento a favor.

La sintaxis del modificador *por sí solo* no implica necesariamente que deba insertarse en una estructura reflexiva, ni siquiera causativa; en todo caso, si se emplea como argumento a favor de este tipo de análisis, obliga a unificar todas las inacusativas bajo el análisis de reflexivización, no solo las marcadas, con las consecuencias que ello conlleva.

Finalmente, se han presentado dos argumentos en contra del análisis de las anticausativas como reflexivas. El primero de ellos se basa en que la variante causativa

entraña su contrapartida anticausativa, a diferencia de lo que ocurre con la transitiva y la reflexiva, y en contra de las predicciones del análisis. De este modo, es imposible negar la anticausativa al tiempo que se afirma la causativa sin incurrir en una contradicción, a menos que se trate de negación metalingüística, como hemos confirmado. El segundo argumento es el contraste entre las anticausativas y las reflexivas en combinación con un dativo causante, no esperable bajo un análisis unificado.

En este apartado también hemos subrayado que los análisis de reflexivización se enfrentan a serios problemas a la hora de abordar la alternancia lábil. Estos no explican que la operación de reflexivización no se aplique a verbos como *cambiar*, a pesar de que reúnen las condiciones propicias para ello, y tampoco sirven para explicar las diferencias entre las anticausativas marcadas y no marcadas, dado que ambas responden igual a todos los diagnósticos aportados.³¹ En definitiva, cualquier análisis de las anticausativas como reflexivas debe considerar la necesidad de extenderse también a las variantes lábiles, con los problemas que ello conlleva (cf. Chierchia, 1989, 2004; Lundquist, 2011).

5.5. CONCLUSIONES DEL CAPÍTULO

En este capítulo se ha presentado un panorama general de las construcciones con *se* del español con el fin de aclarar el estatus de las anticausativas entre ellas.

El sincretismo del clítico *se* propicia la ambigüedad entre estas construcciones, dificulta su individualización y suscita al menos dos importantes preguntas acerca de sus propiedades comunes: i) ¿qué factores determinan la presencia de *se* en semejante variedad de contextos? ii) ¿es posible unificar dos o más construcciones con *se* bajo un mismo análisis?

La primera pregunta es tangencial para los propósitos de esta tesis, por lo que este capítulo recoge tan solo respuestas de carácter general. Así, el sincretismo es la consecuencia de un proceso de gramaticalización cuyos distintos pasos se conservan a nivel sincrónico. Se trata de la expansión diacrónica del pronombre reflexivo *se* como marca de voz media a través del latín y el romance. Actualmente, las distintas construcciones con *se*

³¹ A excepción de los dativos causantes, problema sobre el que volveremos en el capítulo 8.

comparten propiedades relacionadas con el significado medio, pero tienen identidades definidas e independientes.

La segunda pregunta es crucial para definir la postura que adoptamos en el estudio de cualquier construcción con *se*. Así, en los apartados 5.3 y 5.4 he defendido el estatus independiente de las anticausativas frente a otras construcciones con *se*, con especial énfasis sobre las reflexivas. La alternancia causativo-inacusativa es un fenómeno restringido a los verbos de cambio de estado, mientras que la pasivización y la reflexivización son fenómenos que afectan potencialmente a todos los verbos transitivos.

La comparación entre las pasivas y las anticausativas –que comparten la promoción del argumento interno a sujeto– suele realizarse con el fin de establecer claramente los límites entre ambas, y no son muchos los análisis que verdaderamente pretenden unificarlas (cf. Kallulli, 2006). En el apartado 5.3 hemos corroborado que la diferencia fundamental entre ellas reside en la presencia / ausencia de un argumento implícito: mientras que las anticausativas pueden denotar tanto eventos verdaderamente espontáneos como eventos para los que es posible recuperar un causante (complementos preposicionales, dativos, etc.), las pasivas denotan exclusivamente eventos con un agente semánticamente implícito.

Por otra parte, la unificación de anticausativas y reflexivas (usos paradigmáticos de *se*) o, concretamente, la integración de las primeras dentro de las segundas, es más frecuente en la bibliografía (cf. Chierchia, 1989, 2004; Reinhart, 2000; Mendikoetxea, 2000; Medová, 2009; Koontz-Garboden, 2007, 2009; Lundquist, 2011; etc.) y no ha estado exenta de polémica desde sus primeras formulaciones. El apartado 5.4 aboga en contra de esta hipótesis, elaborando una revisión crítica de los principales problemas empíricos y teóricos que plantea. La diferencia fundamental entre las reflexivas y las anticausativas es que solo las segundas se encuentran en una relación de entrañamiento con su contrapartida transitiva (no pronominal).

En definitiva, las reflexivas, anticausativas y pasivas cuentan con un único argumento referencial que realiza el rol de paciente; al margen de eso, solo en el caso de las reflexivas desempeña dicho argumento, además, el rol de agente, solo en el caso de las pasivas hay un argumento agente implícito y solo las anticausativas denotan necesariamente un evento de cambio de estado.

La comparación entre las anticausativas y las construcciones de *se* aspectual queda postergada hasta el capítulo 7, donde profundizaremos sobre el comportamiento aspectual de las primeras.

CAPÍTULO 6

LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (I):

LA HIPÓTESIS DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS

6.1. INTRODUCCIÓN

La convivencia en una misma lengua de dos (o más) mecanismos para expresar la alternancia causativo-inacusativa es bastante frecuente pero plantea, no obstante, un dilema fundamental que ha recibido una considerable atención en la bibliografía (cf. Labelle, 1990, 1992; Centineo, 1995; Folli, 2001; Alexiadou y Anagnostopoulou, 2004; Schäfer, 2008, Labelle y Doron, 2010; Kailuweit, 2012; Heidinger, 2015; entre otros muchos): ¿existen diferencias semánticas y/o sintácticas entre las variantes lábiles y las anticausativas que expliquen la elección entre una y otra, justificando así su coexistencia? De esta cuestión se deriva otra aún más trascendente, y menos abordada en la bibliografía: dependiendo de que tales diferencias sintáctico-semánticas existan o no, ¿son los dos mecanismos expresiones distintas de un mismo fenómeno o reflejan, en cambio, diferencias en el funcionamiento de la alternancia? Es decir, ¿hasta qué punto es posible analizar la alternancia causativo-inacusativa como un fenómeno homogéneo?

El primer objetivo de este capítulo y los tres siguientes es dar respuesta a estas preguntas, contrastando empíricamente el comportamiento de los dos tipos de inacusativas alternantes en español, lábiles y anticausativas. El segundo objetivo es alcanzar un mayor entendimiento de la función que realiza la morfología anticausativa (*se*) en español. La clave para ello reside en la identificación de los factores responsables de la presencia / ausencia de *se*, pues ello habrá de permitirnos identificar las propiedades mismas del clítico.

Siguiendo a autores como Labelle (1990, 1992), Folli (2001), Schäfer (2008) y Labelle y Doron (2010) entre otros, emplearé aquellos verbos que forman anticausativas opcionalmente marcadas –del tipo *ennegrecer(se)*, clase C en la terminología de Schäfer (2008) – para comparar el efecto que tiene la presencia / ausencia de *se* en determinados contextos, asumiendo la hipótesis de que estos verbos se comportan como los de la clase A (obligatoriamente marcados, del tipo *romper(se)*) cuando llevan *se* y como los de la clase B (lábiles, del tipo *cambiar*) cuando no lo llevan.

En (1) presento una lista no exhaustiva de verbos con los que, a mi juicio, el clítico es opcional, de acuerdo con los ejemplos de (2-4):

(1) Caramelizar, cicatrizar, cristalizar, cuajar, despertar, encoger, enmohecer, ennegrecer, enrojecer, mejorar, reventar.

(2) a. Cariño, he encogido a los niños.

b. Mi jersey de lana ha encogido.

c. El jersey ha encogido.

(3) a. La medicación mejoró al paciente.

b. El paciente mejoró.

c. El paciente se mejoró.

(4) a. El futbolista reventó el balón.

b. El balón reventó.

c. El balón se reventó.

En (5) recojo una lista no exhaustiva de verbos que, a mi juicio, forman la variante inacusativa únicamente sin *se* –clase B en la terminología de Schäfer (2008)–.

(5) Adelgazar, aumentar, blanquear, cambiar, disminuir, empeorar, engordar, enfermar, enloquecer, enmudecer, envejecer, hervir, rejuvenecer, resucitar.

(6) a. Los expertos defienden que la reducción de la natalidad no disminuye la pobreza.

b. La pobreza disminuyó.

c. *La pobreza se disminuyó.

(7) a. Los rayos ultravioleta envejecen la piel.

b. Luisa envejeció.

c. *Luisa se envejeció.

(8) a. Este whisky resucita a los muertos.

- b. Jesús resucitó al tercer día.
- c. *Jesús se resucitó

La alternancia lábil es un mecanismo disponible para los verbos de (1) y (5), pero solo estos últimos lo utilizan de manera exclusiva. Nótese, sin embargo, que los verbos de la clase C están sujetos a una importante variación dialectal e incluso idiolectal.¹ Si bien para todos los hablantes de español existe una clase C, no todos consideran que esta esté conformada por los mismos verbos.

Así, ciertos informantes rechazan el clítico con algunos verbos de (1), lo que indica que para ellos pertenecen a la clase B, no a la C. Del mismo modo, algunos verbos de (5) aparecen ocasionalmente en CREA con *se*, lo que indica que pertenecen a la clase C, no a la B, para ciertos hablantes:

- (9) a. El medicamento empeoró su estado.
- b. Su estado de salud empeoró.
- c. Los tics se empeoran bajo ciertas circunstancias como el estrés, las horas de tensión o presión; y mejoran cuando la persona está relajada, concentrada o absorta sobre una actividad o trabajo absorbente.²

En ocasiones, la posibilidad de emplear con *se* un verbo de la clase B está restringida a significados específicos y/o metafóricos, como muestran los siguientes ejemplos de *adelgazar* (10a-c) (cf. también Heidinger, 2015),³ aunque a veces sucede lo contrario, que el uso metafórico exige la ausencia de *se* (11). La presencia de un dativo de afectación también favorece la aparición del clítico (10d) (véase el capítulo 8):⁴

- (10) a. En su primera parte el poema va adelgazándose hasta acentuar en la segunda los tópicos filosóficos.⁵
- b. Hacia el margen oriental de la Península la litosfera se adelgaza hasta llegar a alcanzar valores de 60 km en el surco de Valencia y menos de 50 km en la

¹ También puede haber variación entre hablantes de distintas generaciones.

² Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente, nº 2 (2002), Unidad de Salud Infanto-juvenil. Hospital Provincial (Almería).

³ Sin embargo, esto no es muy frecuente: la mayoría de los verbos de la clase B no aparecen nunca con *se* en CREA.

⁴ Autores como Bull (1950) y De Mello (1996) han señalado esto mismo en relación con el *se* aspectual (**Me ha muerto el canario*).

⁵ ABC Cultural, 22/11/1996: Río Turbio.

parte oriental del mar de Alborán.⁶

c. En la templada penumbra la voz del pastor se adelgazaba hasta el susurro

[...].⁷

d. ¿Se le adelgazan cada vez más las piernas?⁸

(11) Víctor estaba tan harto que al final (*se) reventó y mandó a su jefe a freír espárragos.

Si bien el estudio de la variación dialectal en el uso de *se* como marca de anticausatividad queda fuera del alcance de esta tesis, es importante destacar que ciertos verbos fluctúan entre las tres clases dependiendo del país: algunos que en España pertenecen a la clase B, se adscriben a la C o incluso a la A en distintos países de América. Este es el caso, por ejemplo, de *engordar* o *enloquecer*, pertenecientes a la clase B en la península (12) y a la C en Ecuador (13) y Argentina (14), respectivamente:

(12) a. “Desde que acabó el Tour, he engordado un kilo y medio pero he ganado fuerza al tener que rodar muchos kilómetros a piñón fijo”, confesó recientemente Indurain [...].⁹

b. Como pensionista que es, mamá ha enloquecido.¹⁰

(13) a. En el habitante urbano-marginal, el consumo de hidratos de carbono debe ser del orden del 50 por ciento. Lo que sucede es que no se engordan porque el esfuerzo en su trabajo les hace gastar un promedio de 200 a 400 calorías por hora.¹¹

b. Mi mamá me daba estimulantes del apetito y engordé bastante.¹²

(14) a. La abuela y Lear –a diferencia de Edipo– no son conscientes de sus respectivas caídas. Por eso enloquecen.¹³

⁶ Banda, Enric y Torné, Montserrat (1997): *Geología*, Madrid, Santillana.

⁷ Díez Rodríguez, Luis Mateo (1986): *La fuente de la edad*, Madrid, Alfaguara, 1993.

⁸ Moreno, José M. (1982): *Hágase Vd. mismo su chequeo médico*, Barcelona, Timum Mas, 1981.

⁹ El Mundo, 20/08/1994: Ciclismo.

¹⁰ El Mundo, 15/12/1996: Eduardo Mendicutti: Vacaciones inolvidables.

¹¹ Vistazo, 06/11/1997: Cada vez más gordos (Ecuador).

¹² Vistazo, 20/11/1997: Solo para ellas (Ecuador).

¹³ El Cronista, 12/07/1992: Otra vez Kurosawa busca al rey Lear, Asociación Argentina Corpus (Buenos Aires).

- b. Pensamos que estaba bien, pero que no era grandiosa. No entiendo cómo todos se enloquecieron con esa película.¹⁴

Finalmente, en (15) presento una lista no exhaustiva de verbos que participan de la alternancia anticausativa –es decir, marcan la variante inacusativa con *se*–.

- (15) Abaratar, ablandar, abrir, aburrir, acortar, adormecer, ahumar, airear, alargar, alegrar, apagar, arrugar, asar, asustar, aterrorizar, cabrear, calentar, carbonizar, cerrar, congelar, contagiar, contaminar, debilitar, deprimir, derretir, dilatar, disgustar, encarecer, encender, endurecer, enfadar, enfriar, ensuciar, entristecer, entumecer, enturbiar, estropear, fundir, hinchar, hundir, limpiar, petrificar, pudrir, pulverizar, purificar, quemar, romper, solidificar, suavizar, tranquilizar, traumatizar, ventilar, volatilizar.

- (16) a. Los vertidos tóxicos enturbiaron el agua del río.

b. El agua se enturbió.

c. *El agua enturbió.

- (17) a. *Bambi* traumatizó a toda una generación de niños.

b. Los niños se traumatizaron.

c. *Los niños traumatizaron.

Es frecuente que la alternancia lábil compita con otro mecanismo en las lenguas indo-europeas (cf. Gianollo, 2014);¹⁵ de hecho, la encontramos junto a la anticausativa en las lenguas romances, en las eslavas, en alemán, en griego, etc., si bien la distribución de algunos verbos concretos varía –así, el verbo *despertar* pertenece a la clase C en español, pero a la A en francés e italiano.

En griego moderno, por ejemplo, la clase B es más numerosa que la A, lo que hace de la alternancia lábil el mecanismo regular. En esta lengua, así como en griego clásico y en latín, se observa de manera más clara que en las lenguas romances el hecho

¹⁴ Revista El Amante, n° 98 : Entrevista, (Argentina), 2000.

¹⁵ Recordemos que algunas lenguas, como el inglés, solo emplean alternancia lábil. No obstante, esto no es lo más habitual (cf. Haspelmath, 1993). Es un mecanismo típico, por ejemplo, de las lenguas ergativo-absolutivas, como las lenguas del Dagestán (lenguas caucásicas nororientales habladas en ciertas regiones de Rusia y Azerbaiyán).

de que los pares lábiles constituyen una expresión “activa” de la alternancia, en oposición a las anticausativas marcadas, las cuales toman morfología “no activa” (medio-pasiva).

- (18) a. I sakula adiase. (Alexiadou y Anagnostopoulou, 2004: 122)
 la bolsa.NOM vació.ACT.
- b. I supa kegete. (AyA, 2004: 117)
 la sopa.NOM está.quemando.NACT.
 ‘La sopa se está quemando’

En las lenguas romances, en cambio, la clase B es generalmente menor que la clase A. La alternancia lábil se documenta desde los primeros textos latinos, así como en las lenguas indo-europeas antiguas (cf. Gianollo, 2014). Después de haber atravesado periodos de expansión en la historia del propio latín, ha experimentado un declive más o menos rápido y más o menos intenso en las distintas lenguas romances, las cuales han elegido unánimemente *se* como la expresión formal de la alternancia causativo-inacusativa.

Para Heidinger (2014), los verbos de la clase B del francés son, en cierto sentido, reliquias históricas dentro del sistema. Concretamente, este autor habla de “persistencia” diacrónica desde el latín, frente a la expansión de la forma competidora *se* como marca regular de la alternancia.

En francés, el número de verbos que participa de la alternancia lábil oscila entre los 300 (Rothenberg, 1974) y los 500, lo cual contrasta significativamente con el español, donde calculo que no hay más de 20 ó 40 verbos en la clase B.¹⁶ A primera vista, esta cifra hace pensar que en español la alternancia lábil es, efectivamente, una irregularidad en el sistema y que la clase B es un residuo histórico, un reducto conformado por unos pocos verbos fosilizados. Sin embargo, tal afirmación requiere el apoyo de una investigación diacrónica que excede los propósitos de esta tesis, por lo que, a falta de más estudio, la hipótesis de que los verbos de (5) son “fósiles históricos” es puramente especulativa, y en absoluto explicativa.

Por otra parte, la clase B no solo tiene el problema de ser muy reducida en

¹⁶ Esta cifra es, en realidad, generosa. En mi propio idiolecto, no son más de 20, sin contar con algunos verbos en desuso como *encanecer*, *verdecer*, *amarillear*, y sin tener en cuenta otras variedades idiolectales y dialectales.

español, sino también el de ser extremadamente heterogénea. En ella encontramos verbos derivados de adjetivos de escala abierta, con comportamiento aspectual variable, como *adelgazar* y *envejecer*, verbos derivados de adjetivos de escala cerrada, que dan lugar a logros, como *enfermar* y *enloquecer* y otros logros no deadjetivales como *hervir*, *cambiar* y *resucitar*.¹⁷

Por estas razones, los numerosos intentos de encontrar una única propiedad común que explique la “persistencia” diacrónica o la identidad sincrónica de las formaciones lábiles frente a las formaciones regulares con *se* han encontrado serias dificultades, enfrentándose a constantes excepciones, irregularidades y comportamientos idiosincrásicos que impiden formular una generalización plenamente satisfactoria. En concreto, podemos diferenciar dos grandes familias de hipótesis entorno a este problema: la “Hipótesis de la Conceptualización de los Eventos”, y la “Hipótesis del Contraste Aspectual”.

Englobo bajo la etiqueta “Hipótesis de la Conceptualización de los Eventos” distintas teorías que apuntan en una misma dirección, como expusimos brevemente en el 3.2: los verbos que denotan eventos conceptualizados por los hablantes como altamente susceptibles de ocurrir de manera espontánea, tienden a ser empleados más frecuente como intransitivos, sin marca alguna; en cambio, los verbos que denotan eventos conceptualizados por los hablantes como poco susceptibles de ocurrir espontáneamente, tienden a ser empleados como transitivos y a marcar la variante intransitiva (cf. Nedjalkov, 1969; Haspelmath 1993; Centineo, 1995; Schäfer 2008; Letuchyi, 2010; Heidinger 2014, 2015; Alexiadou, 2014; entre otros muchos). De acuerdo con esta hipótesis, la elección entre la alternancia lábil y la anticausativa está determinada por la manera en que los hablantes conceptualizan los eventos. Este será el objeto de lo que queda de este capítulo, al final del cual llegaremos a la conclusión de que la conceptualización es un factor influyente, pero no determinante, en la marcación morfológica.

Por otra parte, bajo la etiqueta “Hipótesis del Contraste Aspectual” englobo una serie de propuestas que han señalado ciertas diferencias aspectuales entre las anticausativas marcadas y no marcadas, especialmente en las lenguas romances (Labelle

¹⁷ A estos verbos podemos sumar los de la clase C, también escasos y también heterogéneos – deadjetivales de comportamiento aspectual variable como *ennegrecer* y logros como *despertar*– que presentan así mismo una variante lábil en competición con la variante pronominal. Llama la atención, no obstante, que no encontramos verbos durativos inherentemente télicos en las clases B y C (véase el capítulo 7).

1990, 1992; Folli, 2001; Labelle y Doron, 2010, Cennamo y Jezek, 2011; Kailuweit, 2011; Cennamo, 2012), pero también en griego moderno (Alexiadou y Anagnostopoulou, 2004), latín e islandés antiguo (Cennamo et al., 2015). De acuerdo con esta hipótesis, la expresión morfológica del cambio en la diátesis es sensible a las propiedades aspectuales del evento. Este será el objeto del capítulo 7, donde defenderé que la elección entre \emptyset y *se* está, efectivamente, determinada por el aspecto en la clase C y que el clítico preserva también propiedades aspectuales en la clase A. Dichas propiedades, como veremos, van más allá de la mera noción de telicidad y están relacionadas con la identificación de las fases que componen los eventos de cambio de estado (cf. capítulo 9).

Estas dos hipótesis no son necesariamente excluyentes y a menudo se aplican conjuntamente (cf. Labelle y Doron, 2010; Heidinger, 2014, 2015).

Una tercera posibilidad, menos frecuente en la bibliografía (Labelle y Doron, 2010), es la “Hipótesis de la Estructura Eventiva”, de acuerdo con la cual la presencia de *se* está asociada a la presencia de un subevento resultativo. Labelle y Doron hablan tan solo de “énfasis sobre el resultado”; sin embargo, llevada a sus últimas consecuencias, esta hipótesis plantea que la presencia / ausencia de *se* podría reflejar un contraste entre dos estructuras eventivas distintas, de tal manera que las inacusativas complejas fueran las morfológicamente marcadas (denotando eventos propiamente “causativos”, es decir, bieventivos) en oposición a las simples o monoeventivas (que denotarían eventos espontáneos).¹⁸ Una de las consecuencias de esta hipótesis es que obliga a un tratamiento no uniforme de la alternancia causativo-inacusativa: esta afectaría exclusivamente a la estructura argumental en el caso de los verbos de la clase A –adición de un argumento externo–, mientras que en la clase B la alternancia afectaría también a la estructura eventiva –adición de un subevento extra y de un argumento externo–. El capítulo 8 está dedicado a explorar esta hipótesis, que será finalmente descartada ante la falta de apoyo empírico.

La hipótesis que defenderé el capítulo 9 es la de las “Condiciones de Materialización de $\alpha\{-t\}$ ”. Las anticausativas marcadas y no marcadas (lábiles) tienen una estructura eventiva compleja, formada por un subevento dinámico y un subevento resultativo. La alternancia se produce mediante la adición de un argumento externo en los dos casos, afectando exclusivamente a la estructura argumental. La única diferencia

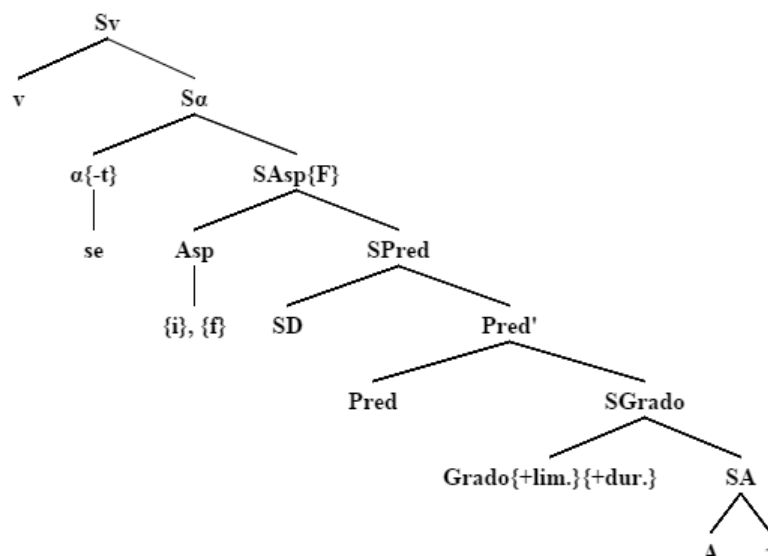
¹⁸ Véase Cuervo (2003) para la distinción entre inacusativas simples y complejas.

entre la alternancia lábil y la anticausativa reside en las condiciones de materialización (*spell-out*) del núcleo α , responsable de la (no) proyección de SVoz (véase capítulo 1): *se* y \emptyset son dos alomorfos que compiten por materializar el rasgo $\{-t\}$ en α . La conceptualización del evento y el aspecto son los dos factores que determinan la elección entre un exponente y otro.

Todos los verbos de la clase B presentan una o varias peculiaridades, aunque no necesariamente las mismas, que los alejan del prototipo de los verbos de cambio de estado, y los afianzan en un patrón, el de la alternancia lábil, que ha quedado obsoleto.

Crucialmente, el comportamiento de estos verbos revela que *se* es sensible a las propiedades aspectuales del evento, así como a la estructura interna del subevento resultativo. Su ausencia se asocia con la ausencia de ciertas propiedades prototípicas de los verbos de cambio de estado. No obstante, esto solo se da en el ámbito de las construcciones inacusativas: en presencia de un argumento externo, las propiedades aspectuales del evento se vuelven irrelevantes y no conllevan la aparición del clítico. Esto me lleva a defender que *se* tiene una doble función: por un lado, está relacionado con estructura eventiva y aspectual y, por otro lado, está relacionado con la inacusatividad. Como vemos en el árbol (19), y como explicaremos detalladamente en el capítulo 9, la posición de *se* en α permite dar cuenta configuracionalmente de esta doble función: por un lado, α domina SAsp y, por otro, $\{-t\}$ es el rasgo asociado a la inacusatividad (no proyección de Voz, cf. capítulo 1).

(19)



6.2. LA HIPÓTESIS DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LOS EVENTOS

6.2.1. La conceptualización de los eventos

En el capítulo 3, se introdujo la hipótesis de la conceptualización de los eventos de Haspelmath (1993) a propósito del problema de determinar qué verbos son susceptibles de alternar: aquellos verbos que denotan eventos concebidos por los hablantes como altamente espontáneos tienden a no participar de la alternancia (*florecer*). En el capítulo 4 se retomó esta cuestión y se habló del papel de la marcación morfológica en las discusiones sobre el problema de la derivacionalidad, en relación con el “Principio de la Iconicidad Diagramática” (Clark y Clark, 1978; Haspelmath, 1993) o “Principio del Isomorfismo entre la Complejidad Formal y la Complejidad Semántica”, que repito a continuación:

(20) The form-meaning complexity isomorphism principle

(Haspelmath, 2014: 590):

More complex meanings are expressed by more complex forms; i.e. by more coding material.

En esos mismos capítulos, la idea central de la “hipótesis de la conceptualización de los eventos” quedó ya planteada. Siguiendo a Jacobsen (1985), Haspelmath (1987), Croft (1990) y Nedjalkov (1990), Haspelmath (1993) defiende que los hablantes tienden a marcar en la alternancia la variante menos “esperable” desde el punto de vista cognitivo (cf. también Schäfer, 2008; Letuchyi, 2010), de acuerdo con el siguiente principio de Givón (1991: 106, cit. en Haspelmath 1993: 106):

(21) Meta-iconic markedness principle:

Categories that are cognitively marked tend also to be structurally marked.

Para Haspelmath, lo relevante no es el significado objetivo, sino el conceptual. Los hablantes tienden a conceptualizar los eventos, de manera subjetiva, como más o menos propensos a suceder espontáneamente; así, los verbos que denotan eventos conceptualizados como altamente espontáneos tienen a construirse de manera natural como intransitivos. La variante intransitiva de los verbos conceptualizados como poco

espontáneos es cognitivamente menos esperable –frente a la variante transitiva–, y por lo tanto tiende a recibir algún tipo de marca formal.

TABLA 2: VERBOS Y TIPOS DE ALTERNANCIA (adaptada de Haspelmath 1993: 104, Tabla 4)

	Alternancia anticausativa	Alternancia causativa	Alternancia lábil	Alternancia equipolente
Hervir	0,5	11,5	6	3
Llenar	8	5	3	5
Cerrar	15,5	1	2	2,5

La Tabla 1 recoge solo 3 de los 31 verbos estudiados por Haspelmath; las cifras corresponden al número de lenguas en las que se da cada tipo de alternancia, entre las 21 lenguas estudiadas. En ella vemos que *hervir* presenta una fuerte tendencia a marcar la variante causativa como la menos “esperable desde el punto de vista cognitivo”, al contrario que *cerrar*, que tiende, en la mayoría de las lenguas, a marcar la variante inacusativa. Estos verbos representan los extremos de la escala, pero entre ellos hay otros como *llenar*, cuya marcación es menos uniforme a nivel tipológico, lo cual evidencia un mayor grado de indeterminación respecto a la manera en los hablantes del mundo conceptualizan el evento. Haspelmath et al. (2014: 589) ponen como ejemplo el verbo *despertar*, que en español pertenece a la clase C y en otras lenguas presenta todos los tipos de alternancia:

- (22) a. Alternancia causativa: pabus-ti / pabud-in-ti (Lituanio)
 b. Alternancia anticausativa: se réveiller / réveiller (Francés)
 c. Alternancia equipolente: aufwachen / aufwecken (Alemán)
 d. Alternancia lábil: ksipnó / ksipnó (Griego)

Schäfer (2008), siguiendo a Haspelmath (1993), propone una escala de espontaneidad que determina tanto la marcación como la capacidad para alternar.

- (23) – espontaneidad.....+espontaneidad
 Verbos agentivosse..... Ø Verbos inacusativos
Asesinarromperse.....cambiar.....florecer
 (Adaptado de Schäfer, 2008: 161)

En los extremos de la escala se encuentran los verbos que no alternan. Las lenguas difieren respecto al punto de la escala a partir del cual comienzan a emplear morfología extra para “marcar lo inesperado”, y también respecto a la manera de conceptualizar ciertos eventos (Schäfer, 2008: 161), lo cual explica que los grupos de anticausativas marcadas y no marcadas no sean uniformes a través de las lenguas y diverjan en número. En la zona media de la escala, entre los verbos como *romper(se)* y los verbos como *cambiar*, puede haber un grupo de verbos opcionalmente marcados – los de la clase C–, dentro de un área de indeterminación en la conceptualización.

Volviendo a nuestros verbos de la clase B, repetidos a continuación, observamos que todos ellos encajan a primera vista con el concepto de “muy propensos a ocurrir de manera espontánea”.

- (24) Adelgazar, aumentar, blanquear, cambiar, disminuir, engordar, envejecer, hervir, rejuvenecer, resucitar, enfermar, enloquecer, ensordecer, enmudecer, empeorar.

Considero especialmente relevante el subgrupo conformado por *adelgazar*, *engordar*, *envejecer*, *rejuvenecer*, *resucitar*, *enfermar*, *enloquecer* y *enmudecer* que denotan procesos fisiológicos internos.¹⁹ Sin embargo, no hay que olvidar que otros verbos que podríamos considerar igualmente “espontáneos” se acogen al patrón regular de la clase A, como es el caso de *podrir(se)*. La hipótesis de la conceptualización no da lugar a una regla sistemática que permita predecir el comportamiento de los verbos.

Como discutimos en el 3.2, la hipótesis de la conceptualización da pie a pensar que los eventos espontáneos se codifican lingüísticamente como verbos básicamente intransitivos (monádicos) que no requieren marca alguna y que son susceptibles de sufrir un proceso de causativización como en los ejemplos del tipo *Early summer heat blossomed the flowers* o *Pepe entró las sillas en la sala* que discutimos en dicho capítulo.

Esto parece ser lo que sucedió, *grosso modo*, en griego clásico. La alternancia lábil fue desarrollándose a partir del uso causativo ocasional de verbos que eran originalmente inacusativos no alternantes (25-26), y finalmente llegó a reemplazar a la

¹⁹ Malkiel (1941:457) ya señala que ciertos verbos que expresan “physical grow and decay”, como *enlavecier*, *engordar*, *envejecer* o *adelgazar* alternan sin *se*. Véase también Bosque (1990).

alternancia anticausativa como mecanismo regular (cf. Lavidas, 2009; Karantzola y Lavidas, 2014).

(KyL, 2014: 1030; Pl. Grg. 488a.3; 5–4 BC)

(Griego clásico)

- (25) hóti oukh hekòn examartánō all’ amathíai tēi
 que no a propósito errar.PRES.ACT.1SG. pero ignorancia.DAT.SG. art.DAT.SG.
 emēi
 1SG.DAT.
 ‘Que no yerro a propósito, sino por ignorancia’.

(KyL, 2014: 1031)

(Griego romano-helenístico)

- (26) kai exēmartes tòn laón mou tòn Israēl
 y errar.AOR.ACT.2SG. art.ACU.SG. gente.ACU.SG. 1SG.GEN. artc.ACU.SG. Israel
 ‘Y tú hiciste errar a mi pueblo, Israel.’

Recordemos, no obstante, cuán problemático resulta este tipo de razonamiento en relación con el problema de la direccionalidad de la alternancia (capítulo 4). Haspelmath (1993) y Haspelmath et al. (2014) subrayan que la correspondencia entre la conceptualización y la marcación es tan solo una tendencia, como demuestra (22), y que esta última puede venir determinada por otros factores adicionales.²⁰

La variante más simple conceptualmente no siempre es la más antigua, y tampoco es siempre la menos marcada. Por ejemplo, en latín la alternancia lábil se documenta desde los primeros textos y convive siempre con la forma marcada en *-r* (morfología medio-pasiva).²¹ Feltenius (1977) habla de ella como un proceso de “intransitivización” en aquellos casos en los que la variante causativa es la “original” (la más antigua y/o más frecuente), si bien existe un grupo de verbos que siempre se han documentado como alternantes y que no permiten, por tanto, identificar la variante “original” (cf. Gianollo, 2014).

²⁰ Uno de ellos es la evolución diacrónica: ciertos verbos persisten en un tipo u otro de alternancia como herencia de estadios previos de la lengua en los que el sistema era diferente, con o sin influencia de la conceptualización. Por ejemplo, los pocos equipolentes del alemán vienen del proto-germánico: *aufwachen / aufwecken* (‘despertar’).

²¹ El mecanismo regular de la alternancia en latín era la morfología medio-pasiva *-r*, que luego se vio reemplaza por el avance de la alternancia lábil y de la anticausativa con *se*.

La hipótesis de la conceptualización puede resultar circular: observamos que un verbo como *hervir* suele formar anticausativas no marcadas en las lenguas del mundo, al contrario que uno como *abrir*, y a partir de ahí concluimos que el primero denota un evento que los hablantes conciben como más espontáneo que el segundo, y que eso es lo que explica la marcación.

La intuición parece acertada si miramos a los extremos de la escala, pero ésta no da lugar a un patrón sistemático dentro de una misma lengua (*podrirse* frente a *hervir*) ni tampoco a nivel tipológico (*despertar* en (22)) o diacrónico (el griego frente al latín). La conceptualización de los eventos por parte de los hablantes es una cuestión idiosincrásica e impredecible, que influye de manera significativa, pero no determinante, en el grado de transparencia morfo-sintáctica que estos eligen para codificar lingüísticamente dichos eventos. Por ello, considero que la mejor forma de dar cuenta de las tendencias observadas por Haspelmath (1993) es reducir el problema a las condiciones de materialización de la proyección relevante en la estructura (en mi análisis, α). El principio de la marcación meta-icónica en (21) puede entenderse como un principio que opera a nivel post-sintáctico y que afecta a las decisiones sobre la materialización fonológica de la estructura en contextos en los que dos o más piezas compiten por expresar el mismo significado.

6.2.2. La correspondencia forma-frecuencia

Haspelmath (2008) y Haspelmath et al. (2014) completan la hipótesis de la conceptualización con el “Principio de la Correspondencia Forma Gramatical-Frecuencia” (cf. Greenberg, 1966; Croft, 2003; Bybee, 2006; Haspelmath, 2008) en (28), que es la versión sintáctica del “principio de la correspondencia forma-frecuencia” en (27) (Zipf, 1935), aplicado generalmente a nivel morfológico.

(27) The form-frequency correspondence principle (Haspelmath, 2013: 589):

Languages tend to use less coding material for more frequent expressions.

(28) The grammatical form-frequency correspondence principle

(Haspelmath, 2013: 590):

When two grammatical patterns that differ minimally in meaning (i.e. patterns that form a semantic opposition) occur with significantly different frequencies,

the less frequent pattern tends to be overtly coded (or coded with more coding material), while the more frequent pattern tends to be zero-coded (or coded with less coding material).

Al igual que la teoría de la conceptualización, este principio se basa en la predictibilidad: las expresiones más frecuentes son más predecibles y por lo tanto no necesitan un alto grado de explicitud morfológica. En consecuencia, si un verbo se emplea más frecuentemente como causativo, marcará su variante intransitiva por ser la menos esperable y, viceversa, si un verbo se emplea más frecuentemente como intransitivo, tenderá a formar causativas marcadas.

Basándose en esta idea, Heidinger (2015) denomina “causalidad” (*causalness*) al porcentaje de usos causativos de un verbo, y realiza un estudio de corpus basado en 20 verbos del francés y el español con el que demuestra una fuerte tendencia de los verbos con un alto grado de “causalidad” a formar anticausativas marcadas. En la siguiente tabla recojo algunos de los verbos de Heidinger (2015: 13²²) junto con otros que he comprobado yo misma en CREA (con asterisco):²³

TABLA 2: PORCENTAJE DE USOS CAUSATIVOS DE LOS VERBOS ALTERNANTES

	Clase	Porcentaje de usos causativos
Envejecer	B	6'81%
Enfermar*	B	7'92%
Cambiar*	B	10'68%
Pudrir*	A	12'96%
Hervir	B	15'19%
Enrojecer	C	19'83%
Enmudecer*	B	15'42%
Amarillear	B	20'83
Cicatrizar*	C	30'37%

²² Heidinger (2015: 13) en la versión manuscrita.

²³ Para completar esta tabla, he seguido la metodología de Heidinger. El “grado de causalidad” de un verbo se calcula multiplicando por 100 el número de usos causativos y dividiendo el resultado entre el número total de ejemplos (usos causativos e inacusativos). El número de total de ejemplos manejados en cada caso es similar (en torno a 150).

Enfriar*	A	30'47%
Engordar	B	30'61%
Sanar*	B	35'41%
Ablandar	A	35'94%
Endurecer	A	37'68%
Disminuir	B	37'78%
Enloquecer*	B	38'13%
Adelgazar	B	39'39%
Intensificar	A	39'39%
Ensanchar	A	40'30%
Multiplicar	A	42'45%
Mejorar	C	44'05%
Aumentar	B	44'65%
Congelar	A	48'39%
Agrandar	A	49'09%
Alargar*	A	57'40%
Entristecer*	A	64'42%
Abrir	A	71'50%
Calentar*	A	71'87%
Cerrar	A	84'69%
Mojar	A	85'42%

A partir de un 40% de usos causativos, aproximadamente, hay una fuerte tendencia a utilizar *se*, que se vuelve sistemática entorno al 50%. En cambio, la tendencia con menos de un 30% de usos causativos es no emplear *se*. La franja entre el 30% y el 40% es la zona de indeterminación, donde la alternancia anticausativa y la lábil compiten, con predilección por esta última. La conclusión de Heidinger a partir de la comparación entre el francés y el español es similar a la de Schäfer (2008) en relación

con su escala de espontaneidad: el autor concluye que las dos lenguas difieren respecto al “grado de causalidad” requerido para comenzar a emplear *se*: el límite del español es más bajo –entorno al 40%, frente al 50% del francés–, lo cual explica que el número de verbos lábiles del español sea mucho menor.

Nótese que la tabla muestra una zona exclusiva para la alternancia anticausativa (por encima del 50%) pero no para la lábil, aunque este patrón sea el dominante por debajo del 40%. Esto apunta, una vez más, a que la alternancia anticausativa es el mecanismo regular, pues se extiende a verbos a los que, de acuerdo con las teorías de la conceptualización y de la forma-frecuencia, no esperamos que se extienda. Es el caso de *podrir(se)*, que toma *se* pese a emplearse como causativo en menos de un 13% de los ejemplos del corpus, o de *enfriar(se)*, *ablandar(se)* y *endurecer(se)*, que se encuentran en la “zona de indeterminación”. Por otra parte, *aumentar* no lleva *se* a pesar de su alto porcentaje de usos causativos.

Los datos de la Tabla 2 muestran, por tanto, una tendencia no sistemática que puede ayudar a comprender la elección entre \emptyset y *se*, pero no a predecirla (cf. también Heidinger, 2015).

Por otra parte, cabe destacar que las variantes causativas en la alternancia lábil no solo son, en muchos casos, infrecuentes, sino que también pueden sonar forzadas.

Pongamos como ejemplo los verbos *adelgazar* y *envejecer*. Las causas de las siguientes oraciones se interpretan como causas indirectas desde el punto de vista cognitivo, aunque estén codificadas como directas:²⁴

- (29) a. Se dice que beber agua mineral adelgaza. En unos casos es casi cierto y en otros, no lo es en absoluto.²⁵
- b. Los únicos alimentos que adelgazan son los que se quedan en el plato sin ser consumidos.²⁶
- c. Aunque soy más bien delgada, mis brazos son muy gordos. ¿Lograría adelgazarlos con algún ejercicio?²⁷
- d. Imagina una cuerda tendida desde el lavabo hasta la cabecera de su cama y de ella cuelgan todos los gatos de don Angelito, adelgazados por la muerte,

²⁴ Recordemos la discusión sobre causas directas e indirectas en capítulo 1: es posible codificar lingüísticamente como directa (sujeto oracional) una causa que se interpreta como indirecta desde el punto de vista cognitivo: *La privatización de la sanidad matará a mi hermano*.

²⁵ Cuerpo de mujer, n°8, 09/1998

²⁶ Grande Covián, Francisco (1993): *Nutrición y salud*, Madrid, Temas de Hoy.

²⁷ Cuerpo de mujer, n°8, 09/1998 : Brazos gordos

hay qué ver cómo adelgaza la muerte a los gatos, y a los conejos, como si fueran animales llenos de fingimiento de tamaño, llenos de aire.²⁸

- (30) a. [...] como creo haber oído decir a Aranguren, el poder no solo corrompe, sino que también derechoiza y envejece.²⁹
- b. Tanto dolor produce la jubilación que envejece a los hombres más que la edad.³⁰
- c. De repente José María Aznar ha perdido la expresión de niño. El asesinato de Gregorio Ordóñez le ha envejecido.³¹
- d. Solo hay que comparar la manera en que la vida contemplativa conserva a los pintores, Tiziano, Picasso, Miró, Dalí, Balthus... con la manera en que la vida de esfuerzo físico envejece a los deportistas.³²

Nótese que en muchos casos, la causativa denota una propiedad del sujeto (“ser adelgazante”), en lugar de un evento, como muestra la anomalía de los ejemplos de (31):

- (31) a. ??Beber agua mineral /dejar alimentos en el plato ha adelgazado a María.
- b. ??Yo adelgacé mis brazos con unos ejercicios específicos.
- c. ??La muerte ha adelgazado al gato.

Estos verbos se emplean más en causativas analíticas que en léxicas:

- (32) a. Los expertos insisten en que en el hombre la causa de la obesidad es poligénica y que el hecho de contar con un producto que ha hecho adelgazar a los ratones no necesariamente significa que se pueda lograr lo mismo en los humanos.³³
- b. El consumo habitual de té verde ayuda a estimular la circulación, fortalece el sistema inmunológico y favorece la eliminación de toxinas. Hay quienes aseguran que es un diurético natural que ayuda a adelgazar.³⁴

²⁸ Vázquez Montalbán, Manuel (1993): *Galíndez*, Barcelona, Seix Barral (Barcelona).

²⁹ El País 1/06/1985: Dudas y ambigüedades en nuestra situación política.

³⁰ ABC 27/11/1987: Marcelino en el hospital.

³¹ El Mundo 26/01/1995: consuelo A. de Toledo: Decíamos ayer...

³² Tusquets Blanca, Óscar (1998): *Todo es comparable*, Barcelona, Anagrama.

³³ El Mundo 28/07/1995 José Luis de la Serna: Inyecciones para obesos.

El hecho de que las causativas de (30-31) sean desviantes, en el sentido de expresar propiedades del sujeto o causas indirectas, apoya la intuición de que estos verbos se conceptualizan como espontáneos, lo que hace que su uso causativo sea no solo infrecuente, sino semánticamente forzado.

Esto nos devuelve al problema de la direccionalidad de la alternancia (cf. capítulo 4), pues cabe pensar que ciertos verbos, como *envejecer* o *adelgazar*, están codificados como básicamente intransitivos en función de su semántica (espontaneidad del evento), lo que hace que su uso como causativos sea infrecuente y anómalo:

(33) Conceptualización → frecuencia → marcación

Este razonamiento nos llevaría a la conclusión de que los verbos del tipo *abrir*, en cambio, son básicamente transitivos, es decir, nos llevaría a concluir que hay dos posibles direcciones en la alternancia, y que, en español, solo una de ellas se expresa morfológicamente:

(34) a. *Envejecer*_{intr.} → *envejecer*_{tr.}
 b. *Abrirse*_{intr.} ← *abrir*_{tr.}

La Tabla 2 parece indicar, de hecho, que para muchos hablantes hay verbos que no son alternantes: podríamos considerar que *envejecer* es como *blossom* ('florecer') en inglés o *entrar* en andaluz, un verbo inacusativo “puro” que ocasionalmente puede emplearse como causativo. Sin embargo, eso no explica qué ocurre con otros alternantes lábiles cuyo uso causativo es más frecuente y menos forzado semánticamente, como *aumentar*.

En el capítulo 4 llegamos a la conclusión de que no hay una dirección en la alternancia (contra (34)), y de que la marcación no puede emplearse como argumento en esa discusión. Recordemos que las propias Rappaport-Hovav y Levin (2012), aún manteniéndose en una teoría derivacionalista, han defendido recientemente que los verbos alternantes no pueden ser en ningún caso básicamente diádicos, sino que son siempre monádicos (contra (34b)). Los verbos de cambio de estado en general, salvo los

³⁴ Arias, Diana y Vargas, Claudia (2003): *La alimentación por el color*, Barcelona, RBS Libros.

que implican necesariamente la intervención de un agente (*asesinar*), no especifican si el cambio en cuestión ha de ser desencadenado por una fuerza externa o no, de manera que todos ellos, incluso los inacusativos puros (*florece*), pueden emplearse para codificar eventos externa o internamente causados (véase el capítulo 3). Esto no es incompatible con que algunos de ellos se empleen más frecuentemente para uno de los dos fines o, incluso, que se empleen en exclusiva en la variante “internamente causada”.

El Principio de la Correspondencia Forma-Frecuencia describe, efectivamente, una tendencia que puede ayudar a comprender la distribución de *se* y \emptyset , pero que resulta insuficiente si no tenemos en cuenta otros factores implicados.

La mayoría de nuestros verbos de la clase B parecen cumplir el requisito de tener un alto grado de espontaneidad y un bajo porcentaje de usos causativos. Esto es especialmente relevante en relación con un subgrupo específico de verbos pertenecientes a las clases B y C, los mencionados “verbos de proceso fisiológico interno” (*adelgazar, engordar, envejecer, rejuvenecer, enfermar, enloquecer, enmudecer* y *ensordecer*), cuya persistencia puede verse influenciada por la analogía semántica.³⁵ No obstante, la discusión de los siguientes capítulos demostrará que hay otros factores implicados, como el aspecto.

Considero que la manera más plausible de dar cuenta de las tendencias que recogen las hipótesis de la conceptualización y de la forma-frecuencia es relacionarlas con la competencia entre dos exponentes, \emptyset y *se*, por lexicalizar un mismo núcleo (cf. capítulo 9). Dicho de otro modo, la manera en que los hablantes conceptualizan los eventos y la frecuencia con la que emplean ciertas construcciones influye en la elección de un exponente más o menos transparente (en este caso, nulo o expreso) para lexicalizar la estructura.

6.2.3. La dicotomía causa interna / externa como explicación de la marcación

En el capítulo 3 discutimos extensamente la relación entre la Hipótesis de la Conceptualización de los Eventos y la dicotomía causa interna / externa, empleada como herramienta para determinar qué verbos participan de la alternancia. Allí llegamos a la conclusión de que dichas nociones no pueden formalizarse como rasgos léxicos

³⁵ Muchos compiten además con otras formas (*ponerse enfermo, hacerse viejo*), aunque no son los únicos, y en algunos casos se trata de verbos verdaderamente poco usados.

inherentes y de que no han demostrado tener el poder predictivo que se esperaba de ellas en los años 90.

En ese capítulo adelantamos que la dicotomía causa interna / externa se ha empleado también con el fin de explicar la marcación morfológica (cf. Centineo, 1995; Labelle y Doron, 2010; Kailuweit, 2011), y que este propósito es incompatible con el de establecer la capacidad de un verbo para alternar. Recordemos que, para Levin y Rappaport-Hovav (1995), solo los verbos externamente causados alternan, luego la dicotomía no distingue las variantes marcadas y no marcadas de la alternancia. Por el contrario, Labelle y Doron (2010) consideran que las anticausativas no marcadas se diferencian de las marcadas por ser internamente causadas, ergo la dicotomía no tiene la función de explicar, en su modelo, que otros verbos internamente causados (*floreecer*), no alternen. Si bien tanto LyR como LyD clasifican las anticausativas marcadas como externamente causadas, los argumentos empleados divergen: para LyR lo son porque alternan, mientras que para LyD lo son porque llevan *se*.

En este apartado discutiré el empleo de las nociones de causa interna / externa en relación con la marcación morfológica y llegaré a conclusiones similares a las alcanzadas en el capítulo 3. Considero que todas las construcciones inacusativas (no alternantes, alternantes marcadas y alternantes no marcadas) denotan eventos “espontáneos”, en oposición a las construcciones causativas. Si bien en el anterior he aceptado que las hipótesis de la conceptualización y la forma-frecuencia juegan un papel entre las condiciones de materialización de {-t} en α , en este rechazaré que las tendencias que dichas hipótesis recogen puedan ser formalizadas como información idiosincrásica contenida en la raíz, y rechazaré que exista una diferencia respecto al tipo de evento que las anticausativas marcadas y no marcadas denotan.

Volviendo a Labelle y Doron (2010), para ellas son los verbos de (35a-b) los internamente causados.

- (35) a. El geranio floreció.
- b. El niño enfermó.
- c. El cadáver se pudrió.

Estas autoras tratan de aportar algunos diagnósticos que demuestren la existencia de un contraste entre (35b) y (35c) basado en la causación externa / interna. No obstante, tras revisarlos a continuación, llegaremos a la conclusión de que no solo no

demuestran la existencia de una diferencia semántica entre anticausativas y variantes lábiles, sino que tampoco permiten testar la propia la dicotomía causa interna / externa, lo cual pone en duda su misma existencia.

El primer argumento empleado por Labelle y Doron (2010), siguiendo a Bernard (1971), Rothemberg (1974), Burston (1979) y Labelle (1990, 1992) es el siguiente: la presencia de *se* es obligatoria con los verbos de la clase C cuando el evento ha de interpretarse necesariamente como externamente causado, es decir, cuando las propiedades inherentes del argumento no bastan por sí solas para desencadenar el cambio de estado (36a). Los ejemplos de (37) muestran que este contraste no se extiende al español:

(36) a. Il vit le mouchoir *(se) rougir. (LyD, 2010: 309)

él vio el pañuelo se enrojecer

b. Jeanne (*se) rougit.

Jeanne se enrojeció

(37) a. Él vio el pañuelo enrojecer(se).

b. Juana (se) enrojeció.

Martin y Schäfer (2014) observan que esta generalización no se extrapola en francés a los verbos de las clases A y B: las propiedades del único argumento de una anticausativa marcada pueden ser suficientes para desencadenar el evento (38a), así como las del argumento de una lábil pueden no serlo (38b).

(38) a. L'univers s'agrandit. (MyS: 2487)

el universo se agranda

b. Le poulet cuit.

El pollo cuece

Martin y Schäfer contradicen, además, los juicios de gramaticalidad de otros ejemplos de Labelle (1990), como los de (39), y reformulan la generalización de estas autoras explicando que el clítico *se* es incompatible con sujetos humanos en general –

independientemente del tipo de causación— solo en la clase C³⁶ (40):

- (39) a. Après l'extraction du nerf, les dents (*se) noircissent.
 tras la extracción del nervio los dientes se ennegrecen
 (Juicio de Labelle, 1990: 306)
- b. Après l'extraction du nerf, les dents (se) noircissent.
 tras la extracción del nervio los dientes se ennegrecen
 (Juicio de MyS: 2489)

- (40) a. #Pierre s'est vieilli. (MyS, 2014: 2488)
 Pierre se es envejecido
 'Pierre ha envejecido'
- b. Le vin vit, se vieillit.
 el vino vive, se envejece.
 'El vino vive, envejece'

A mi juicio, en español es posible emplear con *se* un verbo de clase B como *envejecer* cuando el sujeto es inanimado –(41a) vs. (41b)–, pero creo que puede haber diversas causas, ya que el clítico no es incompatible con los sujetos humanos en otros casos (42).

- (41) a. La madera se ha envejecido con los años.
 b. *Luisa se ha envejecido con los años.

- (42) a. Los refugiados se ahogaron intentando llegar a Europa. (clase A)
 b. El paciente se mejoró. (clase C)

El segundo test que proponen Labelle y Doron es el de la perífrasis *mettre quelquechose à* ('poner algo a'): las autoras aducen que esta perífrasis denota la disposición de las condiciones necesarias para que tenga lugar un proceso espontáneo y autónomo, por lo que solo acepta combinarse con eventos internamente causados (43).

³⁶ Martin y Schäfer (2014) conjeturan que una posible explicación para esta restricción podría ser de tipo pragmático: los hablantes eligen la variante sin *se* en presencia de un sujeto humano para evitar la posible ambigüedad de la construcción con una lectura reflexiva.

Sin embargo, como señalan Martin y Schäfer, no cualquier evento internamente causado puede aparecer en esta construcción (44) y, además, los verbos de la clase A son compatibles con ella, siempre y cuando prescindan del clítico (45-46). En el capítulo 7 reinterpretaré este test como un diagnóstico de telicidad y explicaré con más detalle las verdaderas restricciones que impone la perífrasis en relación con la presencia de *se*.

(43) a. *Le cuisinier a mis le sucre à se caraméliser. (LyD, 2010: 310)
el cocinero ha puesto el azúcar a se caramelizar

b. Le cuisinier a mis le sucre à caraméliser.
el cocinero ha puesto el azúcar a caramelizar

(44) a. *Il a mis les roses à fleurir. (MyS, 2014: 2492)
él ha puesto las rosas a florecer

b. *Il a mis le pain à pourrir.
él ha puesto el pan a pudrir

(45) Il a mis le fichier à convertir. (MyS, 2014: 2493)
él ha puesto el fichero a convertir

(46) Puse la ropa a secar(*se)

Por último, Labelle y Doron, siguiendo a Boons et al. (1971) y a Zibri-Herzt (1987), observan que ciertos verbos de la clase C solo toman *se* si hay un complemento preposicional que se interprete como “responsable” del evento, bloqueando la interpretación de causación interna (47). En (48), en cambio, el complemento preposicional no se interpreta, según las autoras, como el responsable del evento, sino como una “causa”, por lo que es compatible con la ausencia de *se*:

(47) a. Le ballon gonfle (*de gaz carbonique). (Labelle, 1990: 310)
el globo infla de gas carbónico

b. Le ballon se gonfle (de gaz carbonique).
el globo se infla de gas carbónico

- (48) Marie rougit de honte. (Labelle, 1990: 310)
 Marie enrojació de vergüenza

Coincido con Martin y Schäfer en que esta distinción entre “causa” y “entidad responsable” carece de fundamento. Estos autores señalan, además, que los complementos introducidos por *avec* (‘con’) tienen un significado análogo al de aquellos introducidos por *de* y son compatibles, no obstante, con la ausencia de *se* (49).

- (49) Il a gonflé avec de l'hélium! (MyS, 2014: 2493)
 él ha inflado con de el helio

En los siguientes ejemplos vemos que el contraste no se extiende al español: (50) demuestra que los complementos que LyD llaman “de entidad responsable” son posibles con los verbos de la clase C independientemente de la presencia / ausencia de *se*, y (51) demuestra, a su vez, que los complementos introducidos por *de* en general son también compatibles con dichos verbos en sus dos variantes.

- (50) a. La presa reventó de agua.
 b. [...] disponía de muchos tejedores de lana [...], de bajeles que se reventaban de tanto género [...].³⁷
- (51) a. Otelo enloqueció de celos.³⁸
 b. Sí, esas montañas tienen bosques oscuros, donde viven las fieras que en invierno se enloquecen de hambre y tienen que bajar a las aldeas, a matar.³⁹

En definitiva, carecemos de diagnósticos asociados a la dicotomía causa interna / externa que nos permitan emplearla como herramienta para explicar la elección entre las variantes con y sin *se* de los verbos de la clase C y, por ende, para explicar la elección entre la alternancia lábil y la anticausativa en las clases A y B.

En mi opinión, uno de los problemas que más ha debilitado las nociones de causa interna / externa es que haya sido empleada de dos maneras diferentes, à la Levin

³⁷ Otero, Lisandro (1983): *Temporada de ángeles*, Barcelona, Bruguera, Barcelona. (Cuba).

³⁸ Recordemos que en ciertas variedades americanas, *enloquecer* pertenece a la clase C, si bien en español peninsular pertenece a la B.

³⁹ Puig, Manuel (1976): *El beso de la mujer araña*, Barcelona, Seix Barral, Barcelona (1993). (Argentina).

y Rappaport-Hovav (1995) y à la Labelle y Doron (2010). La definición de “causación interna / externa” es siempre la misma, pero es lo suficientemente laxa y difícil de diagnosticar como para haber dado lugar a interpretaciones dispares. Consideremos los ejemplos de (52):

- (52) a. El rosal floreció.
 b. The vase broke. (Inglés)
 El jarrón rompió
 c. La branche cassa. (Francés)
 la rama rompió
 d. La branche se cassa.
 La rama REFL. rompió
 e. Jean cassa la branche.
 Jean rompió la rama
 f. John assassinated the president. (Inglés)
 John asesinó al presidente

LyR y LyD tienen la misma definición de causa interna / externa. Sin embargo, LyR consideran que solo (52a) denota un evento internamente causado: para ellas, (52b-d) expresan eventos tan externamente causados como los de (52e-f). LyD, en cambio, consideran que (52a-c) son internamente causados, frente a (52d-f). En este sentido, creo que la postura más juiciosa es la de Alexiadou et al. (2006) (cf. 3.2), según la cual (52a) y (52f) contienen verbos que siempre se comportan como interna o externamente causados, respectivamente, mientras que un verbo como *romper* puede denotar eventos internamente causados (52b-d) o externamente causados (52e). En definitiva, lo que demuestran estas tres formas de entender la dicotomía es que su definición es excesivamente laxa y subjetiva, lo cual, a su vez, le resta solidez e impide que sea empleadas de manera unívoca en los distintos estudios.

6.3. CONCLUSIONES

En este capítulo he discutido algunas propuestas que han abordado el problema de la marcación morfológica atendiendo a la manera en que los hablantes conceptualizan los eventos. La conceptualización de los cambios de estado es una

cuestión que subyace de manera más o menos explícita a numerosos trabajos, como consecuencia de la influencia de los estudios de Haspelmath (1993) y Levin y Rappaport-Hovav (1995).

Estoy de acuerdo en que ciertos eventos son más propensos a suceder espontáneamente y en que, precisamente por esa razón, dichos eventos son más propensos a codificarse como verbos intransitivos, lo cual hace, a su vez, que marcar su uso intransitivo resulte superfluo. Creo que esto es lo que sucede, por ejemplo, con los mencionados verbos de “proceso fisiológico interno” (*envejecer*), que resisten a la expansión de *se*. Considero que todo análisis de la alternancia debe dar cuenta de esta tendencia tipológica, aunque considero también que ninguno debe basarse exclusivamente en ella, pues idiosincrásico e irregular que no permite predecir el comportamiento de los verbos.

Tanto la conceptualización como la frecuencia nos demuestran que los hablantes marcan de manera idiosincrásica lo menos esperable cognitivamente, en función de cómo se conceptualiza el verbo y de qué uso se le da en la comunicación. Sin embargo, eso no constituye una regla gramatical ni es tampoco información codificada en la raíz sino que se trata, por tanto, de una cuestión post-sintáctica asociada a la materialización.

La discusión del 6.2.3. sobre la dicotomía causa interna / externa completa la ya iniciada en el capítulo 3. Me reafirmo en la idea de que son las construcciones causativas las únicas que denotan eventos que podemos etiquetar como “externamente causados”, en oposición a (todas) las inacusativas, que denotan eventos “internamente causados” (cf. Alexiadou et al., 2006). Los verbos alternantes son aquellos que pueden ser empleados para describir ambos tipos de evento, precisamente a través de sus dos variantes. Esta dicotomía depende, en realidad, de la construcción y de la manera en que los hablantes eligen presentar o codificar lingüísticamente un evento; no se corresponde, en cambio, con una información idiosincrásica de la raíz que determine bien la capacidad de un verbo para alternar, bien su marcación morfológica.

CAPÍTULO 7

LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (II): LA HIPÓTESIS DEL CONTRASTE ASPECTUAL

7.1. INTRODUCCIÓN

Como dije en la introducción del capítulo 6, englobo bajo la etiqueta “Hipótesis del Contraste Aspectual” todo un grupo de trabajos que observan un contraste *se* y \emptyset relacionado con la (a)telicidad.

Numerosos autores coinciden al establecer una relación entre el clítico *se* y la delimitación del evento, si bien las propuestas difieren significativamente. Así, Zibri-Hertz (1986, 1987), Labelle (1990, 1992), Folli (2001) Labelle y Doron (2010) y Legendre y Smolensky (2010), entre otros, han señalado que las anticausativas no marcadas pueden ser atéticas, mientras que las marcadas han de ser télicas,¹ de acuerdo con el contraste que presentan en (1-2) los verbos de la clase C *durcir* (‘endurecer’) y *fondere* (‘fundir’) del francés y el italiano respectivamente.²

(Labelle, 1992: 398)

- (1) a. Le ciment {a durci / *s’est durci} pendent trois heures.
el cemento ha endurecido / se es endurecido durante tres horas

(Folli, 2001: 128)

- (2) a. Il cioccolato è fuso {per / in pochi secondi}.
el chocolate es fundido durante / en pocos segundos
b. Il cioccolato si è fuso {*per / in pochi secondi}.
el chocolate se es fundido durante / en pocos segundos

¹ Zibri-Hertz (1986, 1987), Labelle (1990, 1992), Labelle y Doron (2010) y Legendre y Smolensky (2010) observan el contraste entre las clases A y B, y también entre la variante pronominal y la no pronominal de la C. Folli (2001) defiende que los verbos de la clase B son siempre atéticos. Labelle y Doron (2010) reinterpretan estos y otros datos defendiendo que las anticausativas marcadas focalizan sobre el resultado, mientras que las no marcadas focalizan sobre el proceso. Siguiendo a Folli (2001) y a Folli y Harley (2004), Basilico (2010) propone que el clítico *se* selecciona un complemento que mide el evento: así como el *se* aspectual que se combina con los verbos transitivos –*Víctor se comió tres pepitos de chocolate*– selecciona un complemento delimitado (el tema incremental), el *se* anticausativo selecciona una escala delimitada (la propiedad denotada por la raíz).

² En francés, las anticausativas marcadas seleccionan el auxiliar *être* (‘ser’), mientras que las no marcadas seleccionan *avoir* (‘tener’). En italiano, en cambio, todas seleccionan *essere* (‘ser’).

En español podemos observar el mismo contraste con ciertos verbos de la C. Un verbo de comportamiento aspectual variable como *mejorar* puede interpretarse como télico o como atélico en ausencia de *se*: admite tanto la modificación con *en* como con *durante* (3a) y no da lugar a la paradoja imperfectiva (3b).

- (3) a. El paciente mejoró {en / durante} una semana.
 b. El paciente está mejorando => ha mejorado

Crucialmente, la lectura atélica queda cancelada cuando se añade *se*:

- (4) a. El paciente se mejoró {en / *durante} una semana.³
 b. El paciente se está mejorando ≠> se ha mejorado.

Por su parte, Alexiadou y Anagnostopoulou (2004) defienden que en griego la marcación está relacionada con la compleción del evento: la anticausativa no marcada – la que emplea morfología de voz activa– denota un cambio parcial (5), mientras que la marcada –mediante morfología de voz no activa– puede denotar bien un cambio parcial, bien un cambio total (6).

(AyA, 2004: 129)

- (5) To trapezomantilo lero^{se} se ena simio alla
 el mantel ensució.ACT. en un momento pero
 den {lerothike / *lerose} entelos.
 no ensució.Nact. / ensució.ACT. completamente.
 ‘El mantel ensució en un momento, pero no se ensució completamente’.

- (6) To trapezomantilo lerothike se ena simio alla
 el mantel ensució.NACT. en un momento pero
 den {lerothike / *lerose} entelos.
 no ensució.NACT. / ensució.ACT. completamente.
 ‘El mantel se ensució en un momento, pero no se ensució completamente’.

³ *Durante* es gramatical si mide la duración del estado resultante: *El paciente permaneció mejor durante una semana* (cf. apartado 7.2.2).

Lo esperable es que los verbos de la clase C se comporten como los de la clase A cuando llevan *se*, y como los de la clase B cuando no lo llevan. Así, la hipótesis del contraste aspectual predice que la diferencia entre la alternancia lábil y la alternancia anticausativa es, al menos en las lenguas romances, una diferencia basada en el aspecto.

En latín, el contraste era robusto. De acuerdo con Cennamo et al. (en prensa), *se* se empleaba exclusivamente en contextos télicos (7-8) y no comenzó a extenderse a los verbos de compleción gradual hasta el siglo I. Los verbos graduales participaban sistemáticamente de la alternancia lábil (9).

(Cennamo et al., 2011: 7⁴)

- (7) *memoria se minuit
 memoria REFL disminuye
 ‘La memoria mengua’

(Cennamo et al., 2011: 8; Cic. Div. 1, 34, 74)

- (8) valvae se ipsae aperuerunt.
 puerta.NOM.PL. REFL. ellas.mismas abrieron
 ‘Las puertas se abrieron por sí solas’.

(Cennamo et al., 2011:7; Plaut. Mil. 583)

- (9) irae leniunt
 ira.NOM.PL calma.3PL
 ‘La ira se apacigua’.

Sin embargo, la hipótesis de que *se* continúa estando directamente relacionado con el aspecto en romance es problemática, pues la situación cambió ya en latín tardío. El clítico *se* se extendió a todos los contextos aspectuales –incluidos los atélicos–, y lo mismo sucedió con la forma lábil⁵ –incluidos los télicos (véase Cennamo, 2009; Cennamo et al., en prensa). En consecuencia, las clases A y B dejaron de ser aspectualmente uniformes hace más de mil quinientos años: en español moderno vemos, efectivamente, que los verbos de comportamiento aspectual variable pueden participar

⁴ Cennamo et al. (2011:7) en el manuscrito.

⁵ Véase Heidinger (2014) para la posterior evolución de este fenómeno en francés antiguo.

de los dos tipos de alternancia *-adelgazar* (B), *enfriar(se)* (A)-, al igual que los inherentemente télicos *-cambiar* y *enfermar* (B), *romper(se)* y *secar(se)* (A)-.

Esto significa que los contrastes de (1), (2) y (3-4) no se producen fuera de la clase C, lo cual, como señalan Schäfer (2008), Legendre y Smolensky (2010) y Martin y Schäfer (2014), supone el principal punto débil de la hipótesis del contraste aspectual.

El propósito de este capítulo es testar la validez de dicha hipótesis en español moderno. Los datos que estudiaremos a lo largo de los siguientes apartados nos llevarán a la conclusión de que el problema más allá de la mera telicidad.

No debemos olvidar que *se* es la marca regular de la alternancia anticausativa en español. Sea cual fuere su relación con el aspecto, el papel de *se* va trasciende la delimitación del evento, pues es obligatorio con la inmensa mayoría de los verbos alternantes, independientemente de su *Aktionsart*.

Dicho esto, los datos nos revelarán que existe, en efecto, una significativa relación entre el clítico y el aspecto que debe ser explicada.

Comprobaremos que la distribución de *se* y \emptyset en la clase C está condicionada, efectivamente, por el aspecto. Es decir, aquellos verbos con los que *se* aún no es obligatorio eligen entre participar de un mecanismo de la alternancia u otro en función de un criterio aspectual.

El problema surge, no obstante, cuando no hay posibilidad de elección: *se* y \emptyset son las marcas obligatorias de las clases A y B, respectivamente, sin que dichas clases se correspondan con las clases aspectuales de predicados. Testar la validez de la hipótesis aspectual consiste en comprobar hasta qué punto los verbos de la clase A se comportan como las variantes con *se* de los verbos de la clase C, y hasta qué punto los verbos de la clase B se comportan como las variantes sin *se* de la clase C. Llegaremos a la conclusión de que los contrastes aspectuales entre las clases A y B son más significativos de lo que pudiera parecer a simple vista, lo que indica que la elección entre la alternancia lábil y la anticausativa es no es del todo aleatoria.

El argumento más fuerte a favor de la idea de que *se* preserve un valor aspectual en la clase A es que el clítico ha de eliminarse cuando el verbo se subordina a estructuras que seleccionan predicados atélicos (véase el apartado 7.3):

- (10) Puse la ropa a secar(*se) en el tendedero.

Por otra parte, recordemos que, en español, la clase B es un grupo heterogéneo y muy reducido de verbos que persisten a la expansión de *se* como marca regular de la alternancia. La clase B no es totalmente estable entre variedades dialectales o incluso idiolectales del español (véase el capítulo 6), de manera que ciertos verbos fluctúan entre esta clase y la C. Es más, para muchos hablantes estos verbos ni siquiera participan de la alternancia o lo hacen de manera marginal, como demuestra su bajo porcentaje de usos causativos (véase la tabla 3 en el apartado 6.2). En este capítulo concluiré que el aspecto es uno de los factores que contribuyen a la persistencia de la alternancia lábil ante la expansión de *se*. Crucialmente, en la clase B solo encontramos logros y actividades, pero no realizaciones “inherentes”.⁶ Es decir, no encontramos verbos durativos derivados de adjetivos de escala cerrada (del tipo *secar(se)*, *llenar(se)*), sino tan sólo verbos puntuales (*enmudecer*) y verbos derivados de adjetivos de escala abierta (*envejecer*). Estos últimos admiten una lectura de realización solo en combinación con un complemento explícito de medida (*envejecer cinco años*). Mi conclusión será que la relación de *se* con el aspecto no es otra cosa que su relación con el cambio de estado. Con los verbos durativos, *se* marca el momento en que el proceso culmina y da lugar al resultado; con los logros, señala un contraste entre el fin de un estado previo y el comienzo del estado resultante (cf. capítulo 9).

La hipótesis aspectual se enfrenta a varios problemas que serán abordados a lo largo de este capítulo. En primer lugar, las variantes sin *se* de los verbos de comportamiento aspectual variable de las clases C (3a) y B (11) pueden ser téticas; es decir, el clítico no es una condición *sine qua non* para la telicidad.

(11) Luis adelgazó tres kilos en un mes.

Además, la hipótesis también predice que no puede haber verbos inherentemente téticos en las clases B y C, pese a que en latín tardío la alternancia lábil se extendió a muchos de ellos (*enfermar*, *despertar*). El problema más grave no es la ausencia de *se* con los logros de la clase B (*enfermar*), sino que con los logros de la clase C (*despertar*), la presencia / ausencia de *se* no da lugar a un contraste de telicidad. La distribución del clítico en este último caso resulta totalmente misteriosa a falta de una

⁶ De acuerdo con algunos autores, las realizaciones no existen como tales en el léxico (cf. MacDonald, 2008), sino que son actividades delimitadas en la sintaxis. Los verbos deadjetivales derivados de adjetivos de escala cerrada codifican, no obstante, un telos inherente que los convierte en realizaciones siempre y cuando el evento sea durativo (de lo contrario, son logros. Véase el apartado 7.2.1).

generalización más abarcadora y precisa. Tras comparar el comportamiento del *se* anticausativo con el del *se* aspectual que aparece con ciertos verbos inacusativos (cf. apartado 7.5), llegaré a la conclusión de que el papel del clítico con los logros no es otro que diferenciar las dos fases de un evento de cambio: sin *se*, un logro de cambio se interpreta simplemente como el inicio de un estado, mientras que con *se*, ese momento puntual que da inicio al estado es también el instante final de un estado previo con el que el estado resultante contrasta.

En tercer lugar, la hipótesis predice que no puede haber verbos de comportamiento variable en la clase A, en contra de los datos. Como ya hemos mencionado, *se* se extendió a verbos no inherentemente télicos ya en latín tardío, como por ejemplo *enfriarse*, *alargarse*, *ablandarse*, *enturbiarse*, etc. No obstante, comprobaremos que estos verbos exhiben un comportamiento distinto del de sus homólogos en la clase B respecto a la legitimación de la lectura de realización.

Finalmente, no hemos de olvidar que el aspecto es totalmente irrelevante en el ámbito de las construcciones causativas. La relación entre *se* y el aspecto se produce exclusivamente en ausencia del argumento externo. Así, cualquier análisis del *se* anticausativo en español ha de dar cuenta de su doble función, asociada a la inacusatividad por un lado y, por otro, al aspecto.

En mi análisis, el aspecto forma parte, de las condiciones de materialización de {-t} en α , junto con la conceptualización del evento y la frecuencia de usos causativos. La sensibilidad aspectual del clítico se explica porque éste se encuentra en una posición, $S\alpha$, que domina y selecciona $SAsp$. En las causativas, el rasgo de α es {+t}, cuya materialización es siempre \emptyset en español.

El apartado 7.2 revisa algunas cuestiones que serán necesarias para comprender la discusión posterior: por un lado, en la sección 7.2.1 recordaremos las propiedades básicas de los verbos deadjetivales que fueron presentadas en el capítulo 1; por otro lado, la sección 7.2.2 recapitula y explica los diagnósticos de telicidad y *Aktionsart* que serán empleados en los apartados siguientes.

El apartado 7.3 está dedicado a los verbos de comportamiento aspectual variable. Primero, en la sección 7.3.1., estudiaremos los verbos de la clase C aisladamente. A continuación, en la sección 7.3.2., compararemos el comportamiento de las clases A y B.

El apartado 7.4 aborda los verbos alternantes inherentemente télicos. La sección 7.4.1 compara los logros de las clases A, B y C y la sección 7.4.2 trata brevemente las realizaciones de la clase A.

El apartado 7.5 versa sobre el *se* aspectual. En el capítulo 5 quedó pendiente una comparación entre este *se* y el anticausativo, que cobrará una dimensión más significativa tras haber estudiado en detalle el comportamiento aspectual de los verbos alternantes. La sección 7.5.1. está dedicada al *se* aspectual que se combina con verbos transitivos de realización, mientras que la 7.5.2. se centra en el *se* que aparece con los logros inacusativos de cambio de estado. Finalmente, el apartado 7.6 recoge las conclusiones del capítulo.

7.2. CUESTIONES PREVIAS

7.2.1. Los verbos deadjetivales

En este apartado recapitulo brevemente las principales características de los verbos deadjetivales presentadas en el capítulo 2.

Recordemos que los eventos de cambio de estado están delimitados por una escala de propiedad (Tenny, 1994) y que, crucialmente, lexicalizan esa escala (Rappaport Hovav, 2008). Es decir, la escala forma parte de la estructura que la pieza léxica materializa.

La extensión del evento guarda una relación de homomorfismo con la escala de la propiedad denotada. Por ello, el contraste entre adjetivos de escala abierta y cerrada repercute en el comportamiento aspectual de los verbos deadjetivales (cf. Hay et al., 1999; Kennedy y McNally, 2005; entre otros). De acuerdo con Kennedy y McNally (2005), las escalas han de contener i) una dimensión de medida, ii) un conjunto de grados –al menos dos– y iii) una relación de orden entre los grados.

Atendiendo al “número” de grados que las integran, las escalas pueden dividirse en dos tipos (cf. Dowty, 1986; Caudal y Nicolas, 2005; Kearns, 2007; Beavers, 2008; Rappaport-Hovav, 2008; Rappaport-Hovav y Levin, 2010; entre otros):

- Escala de dos puntos (*two-point scale*, *atomic events* para Dowty): denotan cambios que tienen lugar en un solo paso. La escala solo tiene dos grados, opuestos: $[\neg\text{propiedad}] \rightarrow [\text{propiedad}]$. Son similares a los logros tradicionales

(*morir, romper, enmudecer, etc.*).

- Escala de múltiples puntos (*multi-point scale*): denotan eventos complejos de cambio. Son similares a las realizaciones.

Recordemos también que el significado básico de los verbos deadjetivales es comparativo: cada grado en la escala es comparativamente superior al anterior. De acuerdo con Kearns (2007), cada grado en la escala es un logro, que da lugar a un “estado final comparativo”. Si la escala no está delimitada, esa sucesión de logros puede continuar indefinidamente, dando lugar a una falsa interpretación de proceso. Digo “falsa” porque el proceso no es homogéneo, aun en su versión atética, los verbos deadjetivales contienen siempre telicidad, contienen siempre uno o varios logros y contienen siempre un elemento estativo a partir del cual se puede delimitar el evento (cf. Bertinetto y Squartini, 1995; Erteschick-Shir y Rapoport, 2004; Kearns, 2007; Schäfer, 2008).

Kearns (2007) distingue dos tipos de interpretaciones télicas para los deadjetivales: “volverse máximamente Adjetivo” (*become maximally A*) y “volverse Adjetivo” (*become A*). En la primera interpretación, el telos coincide con el grado máximo de la escala – *Llené el tanque completamente*–. En la segunda interpretación, en cambio, el telos coincide simplemente con la obtención de un “estado final estándar” (*standard endstate*), establecido contextualmente – *Luisa por fin ha adelgazado (lo suficiente como para caber en el vestido)*–. En otras palabras, la telicidad se obtiene cuando el evento no solo transcurre a través de la escala –adjetivo comparativo–, sino cuando conduce además a la obtención de una propiedad por parte del argumento – forma positiva del adjetivo–, tanto si la propiedad se alcanza en su grado máximo como si se alcanza en un grado que contextualmente se considera suficiente o estándar.

Esto nos deja con tres tipos de verbos deadjetivales:

- Logros (*enfermar, enmudecer, despertar*): contienen escalas de dos puntos.
- Verbos de comportamiento aspectual variable (*enfriar, envejecer, adelgazar, ennegrecer*): derivan de adjetivos de escala abierta. Son verbos durativos que carecen de un telos inherente. Su lectura por defecto es la de proceso, entendida

como una sucesión de logros. Pueden también dar lugar a una lectura de logro (aislando uno de los muchos que hay en la escala) o, siempre y cuando se añada una delimitación para el evento, a una lectura de realización.

- Realizaciones (*secar, llenar, vaciar*): los verbos que lexicalizan escalas cerradas de múltiples puntos son realizaciones inherentes. Pueden dar lugar a una lectura de logro, aislando uno de los que componen la escala, o a una de proceso si se cancela el telos.

En los siguientes apartados comprobaremos que los logros y los verbos de comportamiento variable se reparten entre las clases A, B y C, mientras que las realizaciones “inherentes” pertenecen en exclusiva a la clase A.

7.2.2. Los diagnósticos de telicidad

Desde Dowty (1979), los diagnósticos clásicos que distinguen los procesos de las eventualidades (logros y realizaciones) atendiendo al rasgo { \pm delimitado} son los siguientes:

TABLA 4: DIAGNÓSTICOS CLÁSICOS DE TELICIDAD

	Procesos	Eventualidades
Durante x tiempo	Sí	-
En x tiempo	-	sí
Ambigüedad de <i>casi</i> ⁷	-	sí
Complemento de <i>acabar</i>	-	sí
Paradoja imperfectiva	Sí	-

Dos de ellos, *casi* y *acabar / terminar* permiten también diferenciar los logros de las realizaciones atendiendo al rasgo { \pm durativo}. Otros diagnósticos que pueden emplearse con el mismo fin son el progresivo, la construcción *tardar x tiempo en*, los modificadores temporales introducidos por *a* y la perífrasis *estar a punto de*.

⁷ Como veremos más adelante, este diagnóstico diferencia, en realidad, las realizaciones de los logros y los procesos, pues sensible a la distinción { \pm durativo}.

Por otra parte, ciertos verbos seleccionan predicados subordinados en función de sus propiedades aspectuales. En la discusión posterior emplearé las construcciones con *<poner algo a + infinitivo>* y *<dejar algo + infinitivo>* como diagnósticos de atelicidad. A continuación describiré brevemente cada uno de los diagnósticos.

7.2.2.1. *La paradoja imperfectiva y el progresivo*

Dowty (1979) observa que la forma progresiva de los predicados de actividad entraña el pasado (1), mientras que esto no sucede con los predicados télicos, que dan así lugar a lo que él llama “paradoja imperfectiva”.

- (12) a. Andrea está bailando => ha bailado
 b. Nerea está escribiendo la tesis ≠> ha escrito la tesis.
 c. Nerea está llegando ≠> ha llegado

Emplearemos este diagnóstico para comprar qué verbos tienen disponible una lectura de actividad. Por otra parte, el progresivo tiene un efecto particular con los logros: produce o bien una lectura de preámbulo o inminencia (14a), o bien una lectura de “cámara lenta” en la que parece que la duración del logro se alarga (14b):

- (13) a. Andrea está llegando a la cima.
 b. Parece que el paciente está reconociendo a su hija.

7.2.2.2. *Modificación mediante en / durante*

Los complementos temporales introducidos por *en* y *durante* pueden medir la duración del evento, con la particularidad de que la preposición *en* selecciona eventualidades, mientras que *durante* selecciona procesos.

Los modificadores introducidos por *en* tienen tres posibles lecturas (cf. Filip, 1999; Kearns, 2007):

La primer de ellas es la lectura de “preámbulo” (*delay reading*), compatible con logros, realizaciones y, con mayor dificultad, también con estados y procesos. Con los logros se obtiene la llamada lectura de “preámbulo y evento completo” (*whole event delay reading*), pues en (15) *una hora* abarca no solo el tiempo previo al logro, sino

también el propio logro. En ambos casos el modificador se dirige al momento de inicio del evento.

(14) Ramón estuvo en Gijón en cuatro horas.

Preámbulo previo a un estado.

(15) Miguel trabajará en una hora

Preámbulo previo a un proceso

(16) Macarena llegó en una hora.

Preámbulo previo a un logro

En también puede tener una lectura de “duración del evento completo” (*whole event duration reading*), orientándose al momento final del evento. Solo las realizaciones admiten tanto esta lectura como la de preámbulo, porque es el único tipo de predicado con el que es posible diferenciar el momento inicial del momento final (cf. MacDonald, 2008; véase capítulo 1).⁸

(17) Víctor compuso la canción en dos horas.

Preámbulo / Duración del evento completo (tardó dos horas en escribir y completar la canción).

Por su parte, los modificadores introducidos por *durante* pueden tener dos lecturas. La primera es la lectura de “duración del proceso”, típica de los predicados atélicos (19):

(18) Víctor corrió durante una hora.

Duración del proceso.

La segunda es la lectura de “duración del estado resultante”, incompatible con los procesos (20) y, por tanto, capaz de identificar predicados télicos (cf. Pustejovsky, 1991; Kearns, 2007). Ahora bien, no todas las eventualidades delimitadas la admiten,

⁸ Los procesos carecen de punto final y en los logros el inicio y el fin coinciden en un mismo instante.

sino solo aquellas que contienen un subevento resultativo, cuya duración mide el adjunto (cf. Rappaport-Hovav, 2008) (21-22). Además, el estado resultante debe ser “reversible” (cf. Bertinetto, 1986) de acuerdo con nuestro conocimiento del mundo: así en (22a) el estado “desaparecido” puede durar una hora, para revertirse después, mientras que en (22b) el estado “muerto” no es compatible con un complemento que indique su duración, ya que nuestro conocimiento del mundo nos dice que es irreversible y habrá de durar indefinidamente:

(19) Andrea bailó durante una hora.

*Duración del estado resultante: estuvo “bailada” una hora.

(20) a. Nerea escribió el artículo durante una hora.

*Duración del estado resultante: el artículo estuvo escrito una hora.

b. Nerea cerró la puerta durante una hora.

Duración del estado resultante: la puerta estuvo cerrada una hora.

(21) a. Luis desapareció durante una hora.

Duración del estado resultante: estuvo ausente una hora.

b. *Romeo murió durante dos días.

#Duración del estado resultante: estuvo muerto dos días.

Cabe apuntar que, al margen de esta lectura, las realizaciones pueden admitir *durante*:

(22) a. Miguel pintó un cuadro durante hora y media.

b. Nerea leyó el artículo durante tres cuartos de hora.

c. La ropa se secó durante una hora.

De acuerdo con Bennett et al. (1990), los predicados de (23) están funcionando como actividades. Nótese que la inserción de *durante* produce una lectura de “interrupción” en la que el evento no se completa: Miguel dejó de pintar el cuadro antes de acabar, Nerea dejó el artículo antes de terminar de leerlo y, por alguna razón, la ropa no llegó a secarse del todo (por ejemplo, comenzó a llover).

7.2.2.3. *Modificación mediante casi*

Este adverbio se ha empleado desde Dowty (1979) para diferenciar las realizaciones del resto de eventos: *casi* siempre tiene disponible una lectura contrafactual, en la que el evento no llega a suceder; además, puede obtener una lectura “escalar” en contextos durativos y télicos, modificando el desarrollo del evento e indicando que éste comienza, pero no llega a su fin.

(23) a. Ruth casi baila, pero finalmente se quedó sentada.

b. Patricia casi grita, pero finalmente se contuvo.

Lectura contrafactual (procesos).

(24) a. Luisa casi llega a tiempo, pero al final se retrasó como siempre.

b. Nerea casi gana la carrera, pero al final quedó en segunda posición.

Lectura contrafactual (logros).

(25) a. Miguel casi pinta un cuadro, {pero no llegó a empezarlo / pero no llegó a terminarlo}.

b. Víctor casi corre nueve kilómetros, {pero no llegó a empezar a correr / pero finalmente corrió solo ocho kilómetros y medio}.

c. La ropa casi se seca.

Lectura contrafactual y lectura escalar (realizaciones).

Si *casi* presenta ambigüedad, sabremos que el predicado es télico, pero en caso contrario este test no nos permitirá diferenciar actividades de logros.

7.2.2.4. *Verbos que seleccionan predicados en función del aspecto*

Los verbos *acabar* y *terminar* seleccionan predicados télicos como complemento. Los procesos (27) solo son admisibles si es posible inferir contextualmente un telos:

(26) a. ??Víctor ha terminado de dormir.

b. Víctor ha terminado de correr / trabajar / bailar (cuanto tenía que correr /

trabajar / bailar)

De entre los predicados télicos, *terminar* y *acabar* seleccionan los durativos (28), presumiblemente por razones semántico-pragmáticas: resulta poco informativo subrayar que un evento puntual ha concluido su desarrollo:

(27) ??Alfredo ha terminado de llegar / morir / nacer / desaparecer.

(28) a. Miguel ha terminado de pintar el cuadro.

b. Cora ha acabado de beberse la cerveza

c. Diana ha terminado de cruzar el desierto

En cambio, la construcción *<poner algo a + infinitivo>* selecciona predicados atélicos:

(29) a. Puse las patatas a cocer.

b. *Puse las patatas a entrar en ebullición.

(30) a. Puse a los niños a dibujar (un unicornio).

b. *Puse a los niños a salir al recreo.

Nótese que en (31a) el predicado de realización es aceptable como complemento de *poner* siempre y cuando se interprete como una actividad: *dejé dibujar a los niños (un unicornio) por tiempo ilimitado, sin importarme si terminan o no el dibujo.*

Las oraciones causativas con *dejar* funcionan de manera similar. Admiten tanto predicados télicos como atélicos (32), con las esperables diferencias interpretativas: en (33a) y (34a), he dejado que Cora y Víctor realicen una actividad cuya compleción es irrelevante; en cambio, en (33b) y (34b) he dejado que la actividad culmine en una realización, por lo que he debido controlar el evento hasta el final.

(31) a. Dejé bailar a Carlos.

b. Dejé salir a Cristina.

- (32) a. Dejó a Cora comer tarta.
b. Dejó a Cora comerse la tarta.
- (33) a. Dejó correr a Víctor.
b. Dejó a Víctor correr hasta el Templo de Debod.

7.2.2.5. *Tardar x tiempo en*

Esta expresión es sinónima de *en*: tiene una lectura de duración del evento completo que selecciona predicados télicos y durativos, es decir, permite identificar realizaciones (36), y una lectura de preámbulo disponible también con procesos y logros (35):

- (34) a. Andrea tardó dos horas en bailar.
b. Luisa tardó tres horas en llegar.
- (35) Miguel tardó una semana en pintar el cuadro.

7.2.2.6. *Estar a punto de + infinitivo*

La perífrasis de inminencia *estar a punto de* hace referencia a una de las fases del evento, concretamente, a la fase previa (cf. Carrasco Gutiérrez, 2006; García Fernández, 2006; Bravo, 2011). Selecciona logros de manera natural, subrayando la inminencia del evento completo en oposición a la fase previa:

- (36) Macarena está a punto de salir / marcar un gol / darse cuenta del error.

Con los procesos, señala el momento de inicio, pero resulta anómala si se hace referencia al desarrollo del evento:

- (37) a. Sara está a punto de gritar.
b. ??Sara está a punto de gritar durante media hora.

Con las realizaciones, la perífrasis puede ser ambigua entre señalar la inminencia del inicio o la inminencia del final, exhibiendo un comportamiento similar al de *casi*:

(38) Sara estuvo a punto de comerse una caja de donuts entera.

Inminencia del inicio: Sara no comenzó a comer.

Inminencia del final: Sara no llegó a terminar la caja de donuts.

7.2.2.7. Modificación mediante “completamente” y negación del estado resultante

Como adelantábamos en el apartado 1, Alexiadou y Anagnostopoulou (2004) señalan que las anticausativas no marcadas del griego –las que toman morfología de voz activa– denotan necesariamente un cambio parcial, mientras que las marcadas – mediante la morfología de voz “no activa”– pueden denotar bien un cambio parcial, bien un cambio completo, como muestra la distribución del adverbio *completamente*:

(AyA, 2004: 129)

(39) a. To trapezomantilo leroise se ena simio alla

El mantel ensució.ACT. en un momento pero

den {lerothike / *lerose} entelos.

no ensució.NACT. / ensució.ACT. completamente.

‘El mantel ensució en un momento, pero no se ensució completamente’.

b. To trapezomantilo lerothike se ena simio alla

El mantel ensució.NACT. en un momento pero

den {lerothike / *lerose} entelos.

no ensució.NACT. / ensució.ACT. completamente.

Por su parte, Folli (2001) emplea este mismo adverbio como test de telicidad: los verbos que forman anticausativas no marcadas lo rechazan (41) y son, por lo tanto, atéllicos, a diferencia de los que forman anticausativas marcadas.

(Folli, 2001: 120)

(40) ¿?Gianni ha diminuito la temperatura completamente.

Además, estos verbos aceptan la negación del estado resultante (42), lo cual indica una vez más que son atólicos:

(Folli, 2001: 120)

(41) La temperatura è diminuita, ma non è diminuita completamente.

En este sentido, Folli sigue a Hay et al. (1999) al asociar *completamente* con la telicidad. Sin embargo, de acuerdo con Kearns (2007), este adverbio solo se relaciona con el estado final máximo (*maximal endstate*), pero no con la presencia de un estado final estándar (*standard endstate*), la cual también produce predicados tólicos. Es decir, el adverbio *completamente* no identifica por sí solo predicados tólicos, sino que identifica, simplemente, predicados con un estado final máximo (43). Según Kearns, lo que todos los predicados tólicos rechazan es la negación del estado final estándar (44):

(42) a. La ropa se secó completamente.

b. #La ropa se secó, pero no está seca.

c. La ropa se secó, pero no está completamente seca.

(43) a. El té se ha enfriado, pero no está completamente frío.

b. El té se ha enfriado, pero no está frío.

La negación del estado resultante debe emplearse con cuidado, pues no es un diagnóstico de telicidad *strictu sensu*. Como comentamos en el capítulo 1, la construcción <estar + participio> se emplea como diagnóstico para identificar la presencia de un estado resultante, pero no todos los predicados tólicos lo tienen necesariamente:

(44) a. #El gol está marcado.

b. #La jarra de cerveza está bebida.

Además, es importante no confundir los estados resultantes estándar y los comparativos: solo el primero puede ser negado en (46):

(45) Luisa engordó, pero no está gorda / #pero no está más gorda.

Así pues, estos diagnósticos no serán empleados en este capítulo, y serán retomados en el siguiente, cuando estudiemos la estructura eventiva de los verbos alternantes.

7.3. *SE* Y LA TELICIDAD: VERBOS DE COMPORTAMIENTO ASPECTUAL VARIABLE

Este apartado estudia los verbos alternantes de comportamiento aspectual variable, es decir, los verbos derivados de adjetivos de escala abierta. Recordemos que estos verbos carecen de una delimitación inherente, lo cual les permite dar lugar a tanto a predicados de actividad como de realización (cf. apartado 2.1.), además de la lectura de logro disponible con todos los deadjetivales, y recordemos también que el hecho de que se hallen repartidos entre las clases A, B y C supone un reto para la versión fuerte de la hipótesis del contraste aspectual entre *se* y \emptyset .

En el apartado 3.1. comprobaremos que todos los diagnósticos presentados en el apartado anterior evidencian un contraste aspectual entre las variantes con y sin *se* de los verbos de comportamiento aspectual variable de la clase C.

Más concretamente, veremos que \emptyset es la forma sistemáticamente elegida en los contextos atéllicos (*durante*, paradoja imperfectiva, <*dejar algo* + infinitivo>, <*poner algo a* + infinitivo>), en los cuales *se* queda vetado.

Por otra parte, \emptyset también es compatible con la telicidad (*en*, <*estar a punto de* + infinitivo>), es decir, *se* no tiene la exclusiva de los eventos delimitados. Sin embargo, observaremos un contraste que ha pasado inadvertido en la bibliografía precedente: \emptyset no supera los diagnósticos que identifican predicados de realización (*casi*, *tardar x tiempo en*, *terminar de*), a menos que se añada un complemento explícito de media. Esto nos llevará a la conclusión de que *se* no solo está relacionado con la telicidad, sino también con la duración del evento: las variantes sin *se* denotan logros o actividades. En el capítulo 9 refinaremos esta afirmación y definiremos el papel de *se* en relación con las fases del evento de cambio.

En el apartado 7.3.2 comprobaremos si los resultados obtenidos en la clase C se trasladan a las clases A y B. Es decir, comprobaremos si los verbos de la A se comportan como la variante con *se* de la C, y si los de la clase B se comportan como la variante sin *se* de la C. La respuesta será afirmativa, con salvedades. Por un lado, en la clase B solo encontramos logros (que estudiaremos en el apartado 7.4.1) y verbos de

comportamiento aspectual variable, que rechazan los diagnósticos de realización a menos que se combinen con un complemento explícito de medida. Por otro lado, los verbos de comportamiento variable de la clase A superan los diagnósticos de realización, aun sin la presencia de un complemento de medida expreso. Observaremos, además, que los verbos de la clase A –todos, incluidos los derivados de adjetivos de escala cerrada– prescinden del clítico en contextos atólicos, como las construcciones <dejar algo + infinitivo> y <poner algo a + infinitivo>.

7.3.1. Los contrastes aspectuales de la clase C

Los verbos *mejorar* y *empeorar* derivan de las formas comparativas de los adjetivos *bueno* y *malo*, y conforman una escala abierta, al igual que *ennegrecer* y *enrojecer*, derivados de adjetivos de color (47-49). Estos últimos pueden medirse de acuerdo a una escala cromática, y también en función de la extensión del objeto que posee el color. Se consideran de escala abierta porque no existe un grado máximo de color, si bien el grado estándar es fácilmente accesible.

(46) *Pepe está completamente {mejor / peor}.

(47) Esta falda es muy roja / negra.

(i.e. la falda es de un color intenso.)

(48) El tejado es completamente rojo / negro.

(i.e. Todo el tejado es del mismo color / es del color estándar, no rojizo ni grisáceo.)

También contienen escalas abiertas los verbos *enmohecer* y *encoger*. Por su parte, los verbos denominales *cicatrizar*, *cuajar* y *cristalizar* se comportan como realizaciones graduales y denotan un cambio de estado delimitado por una escala de propiedad, aunque no sean deadjetivales en sentido estricto. Todos ellos, contienen escalas cerradas en el límite superior, lo que los convierte en las únicas realizaciones inherentemente télicas que pueden formar anticausativas sin *se*.⁹ No obstante, estos

⁹ Nótese que todos pertenecen a la clase C, lo que significa que la B está integrada exclusivamente por verbos de comportamiento aspectual variable y logros.

verbos presentan ciertas peculiaridades aspectuales que me han llevado a tratarlos junto con los de comportamiento variable.

En su variante sin *se*, los verbos que nos ocupan superan todos los diagnósticos de atelicidad. En (50-52) vemos que admiten la modificación con *durante*, no dan lugar a la paradoja imperfectiva y son compatibles con la perífrasis <poner algo a + infinitivo>:

(49) a. El anillo de plata ennegreció durante dos años.

b. La herida cicatrizó durante un mes.

(50) a. El anillo de plata está ennegreciendo => ha ennegrecido

b. La herida está cicatrizando => ha cicatrizado

(51) Puse el azúcar a caramelizar.

De acuerdo con lo ya apuntado en la introducción, la lectura de proceso queda cancelada en presencia de *se*, de manera análoga a lo que sucede en los ejemplos del francés y el italiano (ejemplos (1) y (2)):

(52) a. *El anillo de plata se ennegreció durante dos años.¹⁰

b. *La herida se cicatrizó durante un mes.

(53) a. El anillo de plata se está ennegreciendo ≠> se ha ennegrecido

b. La herida se está cicatrizando ≠> se ha cicatrizado

(54) *Puse el azúcar a caramelizarse.

Esto indica que existe una relación entre *se* y la delimitación del evento, la cual habremos de definir a largo de este capítulo. No obstante, los datos de (53-55) no implican que la variante sin *se* esté restringida a la atelicidad, como muestra su compatibilidad con *en* (56) y con *estar a punto de* (57):

¹⁰ La oración es gramatical en la lectura de “duración del estado resultante” (*El anillo permaneció ennegrecido dos años*).

(55) a. La situación mejoró en tres días.

Lectura de preámbulo.

b. El pan enmoheció en una semana.

Lectura de preámbulo.

(56) a. La situación está a punto de mejorar.

b. ??El pan está a punto de enmohecer.

Enmohecer resulta anómalo con *estar a punto de* porque su punto inicial es difícil de determinar, pero (57a) demuestra que la perífrasis es compatible con Ø en una lectura de logro. Nótese que en (58) resulta difícil diferenciar la lectura de preámbulo, típica de los logros (*al cabo de tres días, la situación mejoró*), de la lectura de duración del evento completo, típica de las realizaciones (*el proceso de mejora culmina tras tres días*). En principio, esperamos que los verbos deadjetivales con escalas de múltiples puntos admitan ambas, es decir, el verbo debería poder denotar uno o varios logros. Sin embargo, este no es el caso. La variante sin *se* no supera los demás diagnósticos que identifican realizaciones –*tardar x tiempo en* (58), *terminar de* (59) y *casi* (60)–:

(57) a. *La situación tardó tres días en mejorar.

b. *El pan tardó una semana en enmohecer.

(58) a. *La situación terminó de mejorar.

b. *El pan terminó de enmohecer.

(59) a. La situación casi mejora.

Lectura contrafactual / #Lectura escalar

b. ??El pan casi enmohece.¹¹

??Lectura contrafactual / #Lectura escalar

Recordemos que, en la lectura de duración del evento completo, los modificadores introducidos por *en* son sinónimos de la expresión *tardar x tiempo en*. Así pues, el contraste entre (56) y (58) nos permite desambiguar (56): *en* sólo puede

¹¹ La anomalía de *enmohecer* con *casi*, aun en la lectura contrafactual, se debe a la misma razón que la anomalía con *estar a punto de*: el punto de inicio resulta difícil de determinar con este verbo.

tener lectura de preámbulo en este contexto. En consecuencia, \emptyset es compatible con predicados de actividad (50-52) y de logro (56-57), pero no con predicados de realización (58-60).

En cambio, *se* es compatible tanto con logros (61-62) como con realizaciones (61, 63, 64, 65):

(60) a. El paciente se mejoró en tres días.

Lectura de preámbulo / lectura de duración del evento completo

b. El pan se enmoheció en una semana.

Lectura de preámbulo / lectura de duración del evento completo

(61) a. El paciente está a punto de mejorarse.

b. El pan está a punto de enmohecerse.

(62) a. El paciente tardó tres días en mejorarse.

b. El pan tardó una semana en enmohecerse.

(63) a. El paciente terminó de mejorarse.

b. El pan terminó de enmohecerse.

(64) a. La situación casi se mejora.

Lectura contrafactual / Lectura escalar

b. El pan casi se enmohece.

Lectura contrafactual / Lectura escalar

Los ejemplos (58-60) se legitiman la lectura de realización mediante la adición de un complemento explícito de medida:

(65) a. El paciente de cólera casi mejora lo bastante como para marcharse a casa.

Lectura contrafactual / lectura escalar

b. El pan casi enmohece hasta el punto de parecer musgo.

Lectura contrafactual / lectura escalar

Nótese que tal complemento no es necesario para superar los diagnósticos de realización si *se* está presente (63-65). Esto sugiere que el clítico facilita la identificación de un estado final estándar que delimite el evento, inaccesible en su ausencia.

Consideremos ahora el comportamiento de *se* y \emptyset en relación con *<dejar algo + infinitivo>*:

- (66) a. Dejó mejorar al paciente.
 b. Dejó enmohecer el pan.
 c. Dejó ennegrecer la fachada.
- (67) a. Dejó mejorarse al paciente.
 b. Dejó enmohecerse el pan.
 c. Dejó ennegrecerse la fachada.

La perífrasis *<dejar algo + infinitivo>* es compatible tanto con la variante pronominal como con la no pronominal de los verbos de la clase C. Ahora bien, en los ejemplos anteriores observamos un contraste interpretativo: la presencia de *se* entraña que el evento se completa, mientras que su ausencia no conlleva tal entrañamiento. Es decir, las oraciones de (68) significan que he permitido que los procesos lleguen a su fin, de tal manera que los argumentos internos adquieran la propiedad en un grado estándar. En cambio, (67) significa que he permitido que los procesos comiencen, pero no entraña que me haya preocupado de si concluyen o no: los argumentos internos no tienen por qué alcanzar un grado estándar de la propiedad en cuestión.

Por su parte, las dos variantes de los verbos del tipo *cicatrizarse* dan lugar a la ambigüedad de *casi* (69), pueden funcionar como complementos de *terminar* (70), *tardar x tiempo en* (71), y *estar a punto de* (72), independientemente de la presencia / ausencia de *se*:

- (68) a. La herida casi (se) cicatriza.
 Lectura contrafactual / lectura escalar
- b. El flan casi (se) cuaja.
 Lectura contrafactual / lectura escalar

(69) a. La herida terminó de cicatrizar(se).

b. El flan terminó de cuajar(se).

(70) a. La herida tardó un mes en cicatrizar(se).

b. El flan tardó una noche en cuajar(se).

(71) a. La herida está a punto de cicatrizar(se).

b. El flan está a punto de cuajar(se).

Las escalas de estos verbos están cerradas en el límite superior (*una herida completamente cicatrizada; un flan completamente cuajado*). Lo sorprendente, por tanto, es que admitan una lectura de proceso en su variante no pronominal (50b-51b). En estos casos específicos, el contraste entre la presencia / ausencia de *se* parece relacionado con la compleción del cambio de estado de manera similar, pero no idéntica, a lo que sucede con los datos del griego (Alexiadou y Anagnostopoulou, 2004). Recordemos que en griego la variante no pronominal solo puede denotar cambios parciales, mientras que la pronominal puede denotar tanto cambios parciales como cambios completos. En español, en cambio, observamos que las variantes sin *se* de estos verbos son las que admiten ambas posibilidades (73), mientras que las variantes con *se* solo denotan cambios completos (74).

(72) a. La herida cicatrizó, pero no del todo.

b. La herida cicatrizó completamente.

c. Dejé cicatrizar la herida → puede cicatrizar del todo o no.

(73) a. #La herida se cicatrizó, pero no del todo.

b. La herida se cicatrizó completamente.

c. Dejé cicatrizarse la herida → ‘Dejé que el proceso de cicatrización concluyera’.

En conclusión, los verbos de comportamiento variable de la clase C presentan un contraste de telicidad relacionado con la presencia / ausencia de *se*. El clítico está vetado en los contextos atéllicos y contribuye a la identificación de un estado final estándar que legitima lecturas de realización sin la necesidad de complementos

explícitos de medida. La presencia de *se* no es una condición *sine qua non* para la delimitación del evento; al fin y al cabo, los verbos deadjetivales se componen de una sucesión de logros y, por lo tanto, “contienen telicidad” con y sin *se*. Por su parte, la variante no pronominal de los verbos de comportamiento aspectual variable de la clase C solo puede denotar predicados de logro o predicados de actividad (sucesión ilimitada de logros). Para obtener una lectura de realización es necesario recurrir a un modificador externo que aporte una delimitación al evento.

Legendre y Smolensky (2010) explican el contraste de (1) en francés sirviéndose de los preceptos de la Teoría de la Optimidad (*Optimality Theory*, Prince y Smolensky, 1993, 2004; Blunter, 2000; Hendricks y Hoop, 2001; Legendre et al. 2001). Según estos autores, las incoativas son por defecto télicas, y por defecto marcadas morfológicamente, lo cual hace que la asociación por defecto se establezca entre *se* y la telicidad. El aspecto léxico del verbo se preserva en la incoativización,¹² de manera que si éste es inherentemente télico, no será posible observar un contraste como el de (1). En la clase C, *se* y Ø compiten por expresar la incoatividad: puesto que *se* se asocia por defecto a la telicidad, Ø es la única expresión disponible para la atelicidad.¹³

Concurro con Legendre y Smolensky en su descripción de los contrastes que hemos presentado hasta ahora: las variantes lábiles no son obligatoriamente atélicas, pero son la única expresión posible para la atelicidad. La clase C es el ámbito en el que mejor se observa la relación entre el aspecto y la marcación morfológica porque es el único contexto en el que hay posibilidad de elección, es decir, donde hay competencia. Mi análisis también se basa en la competencia entre *se* y Ø, como materializaciones del rasgo {-t} en α , asociado a la inacusatividad. Considero que el aspecto forma parte de las condiciones de materialización de α , lo cual se explica configuracionalmente a partir de la relación local que éste establece con SAsp.

¹² Estos autores consideran que la incoativa deriva de la transitiva.

¹³ Legendre y Smolensky (2010) aplican conjuntamente dos principios de la Teoría de la Optimidad. Según el Principio de Optimización Expresiva (*expresive optimization*), las expresiones sintácticas compiten para determinar la expresión óptima de una interpretación dada (en este caso, la telicidad). Por otra parte, el Principio de la Competición interpretativa (*Interpretative Competition*) establece que las interpretaciones compiten para determinar cuál es la interpretación óptima de una expresión dada (en este caso, *se* / Ø).

7.3.2. Las clases A y B

En esta sección comprobaremos si los contrastes que hemos identificado en la clase C se extienden a las clases A y B, es decir, comprobaremos si la distribución entre la alternancia lábil y la anticausativa está determinada por el aspecto.

En la clase B encontramos varios verbos con comportamiento aspectual variable:¹⁴ *engordar*, *adelgazar*, *envejecer* y *rejuvenecer* –derivados de adjetivos de escala abierta– y *aumentar* y *disminuir* –asociados con escalas de múltiples puntos sin una delimitación inherente–.¹⁵

Si *se* fuera realmente incompatible con la atelicidad, esperaríamos que no hubiera verbos de comportamiento variable en la clase A. Sin embargo, este no es el caso desde el latín tardío, cuando el clítico dejó de tener una restricción aspectual fuerte y pasó a emplearse con todo tipo de eventos. Así, en la clase A encontramos verbos como *abatar*, *ablandar*, *acortar*, *agrandar*, *alargar*, *calentar*, *debilitar*, *empequeñecer*, *encarecer*, *endurecer*, *enfriar*, *ensanchar*, *enturbiar*, *estrechar*, *fortalecer*, *suavizar*, etc., derivados de adjetivos de escala abierta.

En la clase C, hemos observado que *se*, a diferencia de Ø, da lugar a paradoja imperfectiva; sin embargo, los ejemplos de (75-76) demuestran que ese contraste no se extiende a las clases A y B: Ø sigue sin producir la paradoja en la clase B, pero *se* no la provoca en la clase A.¹⁶

(Clase B)

- (74) a. Javi está engordando => ha engordado.
- b. Luisa está envejeciendo => ha envejecido.
- c. La temperatura está disminuyendo => ha disminuido.

¹⁴ Folli (2001) trata todos los verbos italianos de la clase B como de comportamiento variable, pero en español son solo unos pocos.

¹⁵ No clasifiqué estos verbos como deadjetivales, aunque lo fueran en latín, porque no denotan una propiedad (cf. capítulo 9).

¹⁶ Ciertos verbos de movimiento que participan de la alternancia anticausativa agudizan el problema: *Las ramas de los árboles se movieron durante tres horas sin parar*.

Schäfer (2008) presenta ejemplos de anticausativas de la clase A en italiano (i) y francés que denotan eventos no delimitados:

(Schäfer, 2008: 18)

- (i) a. La temperatura si è alterata {in / per} pochi minuti.
 la temperatura se es alterada en / durante pocos minutos
- b. La sua sfera di influenza si è estesa {in un mese / per molti anni}.
- la suya esfera de influencia se es extendida en un mes / durante muchos años

(Clase A)

- (75) a. El té se está enfriando => se ha enfriado
 b. La masa de las galletas se está endureciendo => se ha endurecido
 c. El agua se está enturbiando => se ha enturbiado
 d. La grieta se está ensanchando => se ha ensanchado

Si los verbos de la clase A no dan lugar a la paradoja imperfectiva, esperamos que acepten la modificación con *durante*; no obstante, los hablantes discrepan en sus juicios de gramaticalidad al respecto: si bien para mí y para muchos de mis informantes todas las oraciones de (77) son agramaticales o muy desviantes, para otros informantes resultan posibles, aunque no totalmente “naturales” –se prefiere, en general, el uso del progresivo: *el té se estuvo enfriando durante una hora*–.¹⁷

(Clase A)

- (76) a. ??El té se enfrió durante cinco minutos.
 b. ??La masa de las galletas se endureció durante media hora.
 c. El agua del estanque se enturbió durante tres días.
 Duración del estado resultante / Duración del proceso
 d. La grieta de la pared se ensanchó durante medio año.

Los verbos de la clase B, como esperamos, admiten *durante* en la lectura de “duración del proceso”.

(Clase B)

- (77) a. Luisa {engordó / adelgazó} durante un mes.
 b. El vino envejeció durante cinco años.¹⁸
 c. ??Mi piel rejuveneció durante dos meses.
 d. La temperatura {disminuyó / aumentó} durante media hora.
 Lectura de proceso / Duración del estado resultante

¹⁷ Nótese que en algunos ejemplos está disponible la lectura de “duración del estado resultante”, legitimada en la interpretación télica del verbo.

¹⁸ Nótese que con un sujeto animado se produciría una anomalía de tipo semántico-pragmático: en *Luisa envejeció durante cinco años*, habríamos de interpretar que Luisa dejó de envejecer al cabo de ese periodo, lo cual contradice nuestro conocimiento del mundo (pues las personas siguen envejeciendo hasta que mueren).

Rejuvenecer (78c) resulta algo anómalo con *durante* a causa del prefijo *re-*. Este prefijo, al igual que el adverbio *otra vez*,¹⁹ puede significar “volver a realizar la acción” (*releer*) o “volver a un estado anterior”, siendo esta última acepción la que encontramos en *rejuvenecer* –“volver a ser joven”, no “volver a sufrir el proceso de ‘juvenecer’”-. De este modo, el prefijo aporta un “estado final estándar” al evento: ser “joven”, no en un grado máximo, sino en un grado que contextualmente se considere suficiente o estándar. Dicho estado final estándar no bloquea la paradoja imperfectiva –cualquier punto del evento *estar rejuveneciendo* implica haber rejuvenecido en un cierto grado-, pero sí bloquea la lectura de proceso de *durante*, pues éste conduce a un telos-.

Ahora bien, a pesar de que los verbos de comportamiento variable de la clase A parecen superar dos diagnósticos de atelicidad, (79) indica que rechazan el tercero: la perífrasis <poner algo a + infinitivo> obliga a prescindir del clítico en la clase A, tal y como lo hace en la clase C. Esto se extiende incluso a los verbos inherentemente télicos (79b):

(Clase A)

- (78) a. Puse la comida a calentar(*se).
b. Puse la ropa a secar(*se).

La pregunta que surge inmediatamente es ¿por qué *se* ha de desaparecer combinación con una perífrasis que selecciona predicados atélicos, pero su presencia no resulta incompatible con *durante* y no da lugar a la paradoja imperfectiva? Antes de intentar buscar una respuesta, consideremos el comportamiento de la perífrasis <dejar algo + infinitivo>. En (80) vemos que los verbos de la clase B pueden subordinarse a *dejar* sin problemas:

(Clase B)

- (79) a. Dejé engordar mis piernas.
b. Dejé envejecer mi piel.
c. Dejé aumentar mi colesterol.

¹⁹ Cf. Marantz (2007), Sportiche (2012).

Crucialmente, en (81) vemos que los verbos de la clase A pueden prescindir del clítico cuando se subordinan a *dejar*. La elección entre *se* y \emptyset , como en la clase C, está relacionada con la compleción del evento (82):

(Clase A)

- (80) a. Dejó enfriar el té.
 b. Dejó endurecer la masa.
 c. Dejó ensanchar la grieta.
- (81) a. Dejó enfriarse el té → ‘Dejó que el proceso de enfriamiento concluyera’.
 b. Dejó endurecerse la masa → ‘Dejó que el proceso de endurecimiento concluyera’.
 c. Dejó ensancharse la grieta → ‘Dejó que el proceso de ensanchamiento concluyera’.

Nótese que el contraste de (81-82) se traslada a los verbos durativos de la clase A inherentemente télicos (83-84):

- (82) a. Dejó secar la ropa → el proceso puede concluir o no.
 b. Dejó oxidar la mesa de hierro del jardín → el proceso puede concluir o no.
 c. Dejó fundir el chocolate → el proceso puede concluir o no.
- (83) a. Dejó secarse la ropa → ‘Dejó que el proceso de secado concluyera’.
 b. Dejó oxidarse la mesa de hierro del jardín → ‘Dejó que el proceso de oxidación concluyera’.
 c. Dejó fundirse el chocolate → ‘Dejó que el proceso de fundición concluyera’.

El clítico resulta agramatical en dos construcciones que seleccionan predicados atélicos: *<poner algo a>* y *<dejar algo + infinitivo>* (en su interpretación de evento no completado), tanto con verbos de la clase C como con verbos de la clase A. Este es un argumento fuerte a favor de su relación con la telicidad. Los verbos derivados de adjetivos de escala abierta no contienen una delimitación inherente pero, de acuerdo con los datos que hemos estudiado en la sección anterior, *se* contribuye de algún modo a la identificación de un estado final estándar para ellos.

Queda por explicar por qué el clítico no da lugar a la paradoja imperfectiva y es compatible con *durante* en la clase A. Los verbos derivados de adjetivos de escala abierta, aun con *se*, carecen de una delimitación inherente. Los datos sugieren que la presencia del clítico facilita la interpretación de un estado final estándar, pero este, al igual que el estado final máximo de los verbos derivados de adjetivos de escala abierta, es cancelable. La paradoja imperfectiva tiene un comportamiento particular con los verbos deadjetivales en general: estos se componen de una sucesión de logros, es decir, encierran telicidad y contienen sucesivos estados resultantes comparativos. De este modo, el progresivo siempre entraña el pasado, en tanto que el pasado puede asociarse con cualquiera de los estados resultantes comparativos. Ahora bien, con los verbos derivados de adjetivos de escala cerrada, el pasado solo puede asociarse con el estado final máximo:

(84) El té se está enfriando => ha sufrido ya algunos logros de “enfriamiento”.

(85) La toalla se está secando => ha sufrido ya algunos logros de secado, pero no el logro final tras el que la toalla está completamente seca.

Por esta razón, considero que la paradoja imperfectiva no es un diagnóstico completamente fiable en el ámbito de los verbos deadjetivales. Recordemos que en la clase C sí hemos observado un contraste entre la presencia / ausencia de *se* en relación con la paradoja. En ese caso, creo que la clave está en la opcionalidad: si existe la posibilidad de elegir entre \emptyset y *se*, el clítico se asocia con la telicidad y la compleción del evento.

En cuanto a la compatibilidad de *durante* con los verbos de la clase A, no hay que olvidar que los juicios de los hablantes no son unánimes. De hecho, a mi juicio, las oraciones de (77) son muy desviantes. Ahora bien, aun asumiendo que sean gramaticales, no hemos de extrañarnos de que la telicidad de *se* pueda ser cancelada. Recordemos que las realizaciones son compatibles con *durante* en una lectura en la que el evento no llega a culminar (87):

(86) Nerea escribió la tesis durante tres horas (y luego salió a tomar un café).

Si la presencia de *se* facilita la identificación de un estado final estándar con los verbos derivados de adjetivos de escala abierta, dicho final habría de ser fácilmente cancelable en una lectura análoga a la de (87):

- (87) El té se enfrió durante dos minutos, pero me lo bebí antes de que se enfriara del todo.

La propia naturaleza de los verbos deadjetivales (compuestos por logros) hace que los diagnósticos de la paradoja imperfectiva y *durante* no sean tan concluyentes como lo son con el resto de actividades y realizaciones. El hecho de que los verbos de la clase A superen estos diagnósticos de atelicidad no implica, necesariamente, que no exista una relación entre *se* y la telicidad, la cual queda evidenciada por su agramaticalidad en otros contextos marcadamente atélicos.

Una vez revisados los diagnósticos de atelicidad, pasamos ahora a considerar los de telicidad. Tanto los verbos de la clase A como los de la B son compatibles con *en* (89-90) y con *estar a punto de* (91-92). La anomalía de (91a-b) se debe a que el punto inicial de estos eventos es difícil de identificar, pero (92c) demuestra la compatibilidad de la clase B con la perífrasis.

(Clase B)

- (88) a. Luisa {engordó / adelgazó} en tres meses.
 b. Mi piel {envejeció / rejuveneció} en diez meses.
 c. El número de becarios {aumentó / disminuyó} en un mes.

(Clase A)

- (89) a. El té se enfrió en diez minutos.
 b. La masa de las galletas se endureció en media hora.
 c. El agua de la piscina enturbió en tres días.
 d. La grieta de la pared se ensanchó en medio año.

(Clase B)

- (90) a. #Luisa está a punto de adelgazar.
 b. #Patricia está a punto de envejecer.
 c. El número de becarios está a punto de aumentar, mañana se incorpora uno al departamento.

(Clase A)

- (91) a. El té está a punto de enfriarse.
 b. La masa está a punto de endurecerse.
 c. ??El agua está a punto de enturbiarse.
 d. La grieta está a punto de ensancharse.

Los datos de (89-92) son esperables de acuerdo con los que hemos estudiado en el apartado anterior: tanto *se* como \emptyset admiten una lectura de logro. Recordemos que *en* es ambiguo entre una lectura de preámbulo (logro) y una de duración del evento completo (realización). Por otra parte, recordemos también que en la clase C solo la variante con *se* admite una lectura de realización sin la necesidad de un complemento de medida expreso: si este contraste se extiende a las clases A y B, esperamos que solo en la A haya lecturas de realización sin complemento de medida. Comprobemos primero el comportamiento de la clase B en relación con los diagnósticos de la ambigüedad de *casi*, *tardar x tiempo en* y *terminar de*:

(Clase

B)

- (92) a. Luisa casi engorda.
 Lectura contrafactual / #Lectura escalar
 b. ??Luisa casi envejece.
 Lectura contrafactual / #Lectura escalar
 c. ??La temperatura casi {disminuye / aumenta}.
 Lectura contrafactual / #Lectura escalar
- (93) a. *Luisa terminó de {engordar / adelgazar} (diez kilos).
 b. *Mi piel terminó de {envejecer / rejuvenecer} (dos años).
 c. *El número de parados terminó de {disminuir / aumentar} (un 10%).
- (94) a. *Luisa tardó un año en engordar.
 b. *Mi piel tardó un año en envejecer.
 c. *El paro tardó un año en aumentar.

Los verbos de la clase B, al igual que las variantes sin *se* de la clase C, no superan estos diagnósticos. El contraste entre (89) y (95) indica, como vimos en la clase C, que la lectura de *en* en (89) ha de ser la de preámbulo, típica de los logros, y no la de realización. La adición de un complemento de medida contribuye a la aceptabilidad de (93) y (95) (*Luisa casi engorda diez kilos / tardó un año en engordar diez kilos*), pero en (94) vemos que ni siquiera este tipo de complementos mejoran la compatibilidad con *terminar*. En cambio, los verbos de la clase A superan los diagnósticos:

(Clase A)

(95) a. El té casi se enfría

Lectura contrafactual / Lectura escalar

b. La masa de las galletas casi se endurece.

Lectura contrafactual / Lectura escalar

c. ??El agua de la piscina casi se enturbia.

Lectura contrafactual / #Lectura escalar

d. La grieta casi se ensancha.

Lectura contrafactual / #Lectura escalar

(96) a. El té terminó de enfriarse.

b. Cuando la masa de las galletas terminó de endurecerse, las servimos.

c. Las relaciones con Francia terminaron de enturbiarse con aquella afrenta.

d. ??La grieta terminó de ensancharse.

(97) a. El té tardó un cuarto de hora en enfriarse.

b. La masa tardó una hora en endurecerse.

c. Las relaciones con Francia tardaron un año en enturbiarse.

d. La grieta tardó dos meses en ensancharse.

En (96c-d) vemos que ciertos verbos tienen dificultades para legitimar la lectura escalar de *casi*, a menos que se añada un complemento explícito de medida (*La grieta casi se ensancha tres centímetros*). Sin embargo, el contraste entre (96) y (93) indica que con *se*, *casi* puede tener lectura escalar (96a-b) o no tenerla (96c-d),²⁰ mientras que

²⁰ En función de la accesibilidad del estado final estándar: el estado final estándar de *frío* es más fácil de recuperar contextualmente que el de *turbio*.

sin *se* es imposible que *casi* tenga lectura escalar sin la presencia de complemento de medida (93).

La siguiente tabla recoge los resultados de los diagnósticos estudiados en este apartado y el anterior:

TABLA 5: DIAGNÓSTICOS ASPECTUALES CON LOS VERBOS DE COMPORTAMIENTO VARIABLE

Diagnóstico	Verbos de comportamiento variable	
	Se observa un contraste entre las clases A (<i>se</i>) y B (\emptyset)	Se observa un contraste entre <i>se</i> y \emptyset en la clase C
<i>Durante</i>	??No	Sí
Paradoja imperfectiva	No	Sí
<i>Poner algo a</i>	Sí	Sí
<i>Dejar algo</i> + infinitivo	Sí	Sí
Ambigüedad de <i>casi</i>	??No	Sí
<i>Terminar de</i>	Sí	Sí
<i>Tardar x tiempo en</i>	Sí	Sí
<i>En</i>	Sí	Sí
<i>Estar a punto de</i>	No: siempre hay disponible una lectura de logro	

En conclusión, la clase C evidencia un contraste aspectual nítido, confirmado por todos los diagnósticos empleados: \emptyset legitima lecturas de logro y actividad, mientras que *se* legitima lecturas de logro y realización. Esto concuerda con lo que sabemos acerca del comportamiento aspectual propio de los verbos deadjetivales (cf. apartado 7.2.1.). Así, por un lado, siempre hay disponible una lectura de logro. Por otro lado, los derivados de escala abierta se caracterizan por dar lugar, además, a una lectura de proceso por defecto y a una lectura de realización si se delimita el evento de alguna manera. Hemos podido constatar que, en las variantes inacusativas de la clase C, la lectura de proceso se corresponde con \emptyset y la de realización, con *se*. La clase C es la clase en la que se puede elegir entre \emptyset y *se*, y esa elección está aspectualmente determinada.

En las clases A y B no hay posibilidad de elección: ciertos verbos toman sistemáticamente *se* o \emptyset independientemente de la clase aspectual a la que pertenezcan. Sin embargo, hemos comprobado que la mayoría de los contrastes de la clase C se extienden a las clases A y B: la presencia de *se* queda vetada en combinación con las construcciones que seleccionan predicados atéllicos (<poner algo a + infinitivo> y <dejar algo + infinitivo>) y favorece la lectura de realización.

El clítico no es necesario para la delimitación del evento, pues podemos tener telicidad sin él, concretamente, podemos tener lecturas de logro. Los datos presentados hasta aquí parecen indicar que una relación entre *se* y la delimitación de un evento durativo, pues lo que favorece es la lectura de realización. En el siguiente apartado veremos, de hecho, que *se* parece tener un efecto sobre la duración de los logros; sin embargo, en el capítulo 9 daremos cuenta de tal efecto en términos de fases en la estructura eventiva: *se* se orienta siempre a un instante final, con logros y realizaciones, y contrasta el estado resultante con un estado previo.

7.4. SE Y LOS VERBOS INHERENTEMENTE TÉLICOS

7.4.1. Los logros de las clases A, B y C

Al igual que los verbos de comportamiento aspectual variable, los logros de cambio de estado se encuentran repartidos entre las tres clases: A –*romper(se)*, *encender(se)*, *apagar(se)*, *enfadar(se)*–, B –*enfermar*, *cambiar*, etc.– y C –*despertar(se)*, *reventar(se)*–. Esto suscita dos problemas para la hipótesis del contraste aspectual. El primero de ellos es que no deberíamos encontrar verbos inherentemente téllicos en la clase B. El segundo, es que la (a)telicidad resulta inútil para explicar la elección entre *se* y \emptyset con los logros de la clase C.

De acuerdo con nuestras conclusiones del apartado anterior, *se* no es estrictamente necesario para la delimitación del evento, pues \emptyset admite lecturas de logro con los verbos de comportamiento variable –y también de realización, con un complemento de medida expreso–. Así, la existencia de logros de clase B no es un problema tan grave; de hecho, todos los verbos deadjetivales (derivados de adjetivos de escala abierta o cerrada, de escalas de múltiples puntos o de dos puntos) pueden dar lugar a una lectura de logro. En cambio, explicar la distribución del clítico con los logros de la clase C resulta algo más complicado.

En la clase B encontramos un grupo muy específico de verbos derivados de adjetivos de escala cerrada que, al igual que *adelgazar*, *engordar*, *envejecer* y *rejuvenecer*, denotan procesos fisiológicos internos: *enfermar*, *enloquecer* y *enmudecer*.²¹ Otros logros en esta clase son *cambiar*, *resucitar* y *hervir*. En cambio, en la clase C encontramos solo dos: *despertar(se)* y *reventar(se)*.

Los diagnósticos que diferencian predicados télicos y atélicos no son aplicables en el caso de los logros: *en / durante* (99) y paradoja imperfectiva (100). El diagnóstico de *<poner algo a + infinitivo>* tampoco es aplicable porque los pocos verbos que manejamos (salvo *hervir*, que trataré más adelante) no son no son semánticamente compatibles la construcción (*#Puse al niño a enfermar*). La perífrasis *estar a punto de* no ofrece tampoco ningún contraste (101).

(98) a. Víctor (se) despertó en cinco minutos.

b. *Víctor (se) despertó durante cinco minutos.

(99) Víctor (se) está despertando \neq se ha despertado

(100) Víctor está a punto de despertar(se).

En este apartado vamos a comprobar que la presencia de *se* parece tener un efecto sobre la duración de los logros; más adelante, tras la discusión del apartado 7.5.2., estaremos en posición de definir la función de *se* como una separación en las fases del evento de cambio.

El primer diagnóstico que vamos a estudiar es el progresivo. Recordemos que, en principio, el progresivo solo da lugar a una lectura de inminencia o preámbulo con los logros, pero puede tener también una lectura de cámara lenta (*slow motion*). Los siguientes ejemplos muestran que esta última lectura solo es posible en presencia de *se*. Se trata de un contraste que se aprecia tanto en la clase C (102-103) como entre las clases A y B (104-105):

(Clase C)

(101) a. *Víctor está despertando.

b. *La presa está reventando.

²¹ Algunos de ellos pueden aparecer con *se* en CREA porque pertenecen a las clases A o C en algunas variedades americanas; sin embargo, en la península pertenecen a la clase B.

(102) a. Víctor se está despertando.

Lectura de cámara lenta.

b. La presa se está reventando.

Lectura de cámara lenta.

(Clase B)

(103) a. *Eustaquio está enmudeciendo.

b. ??Eustaquio está enfermando.

??Lectura de preámbulo.

(Clase A)

(104) a. La antorcha se está apagando.

Lectura de cámara lenta / lectura de preámbulo

b. La cremallera se está rompiendo.

Lectura de cámara lenta / lectura de preámbulo

En (105) vemos que los verbos de la clase A legitiman las dos interpretaciones del progresivo; de hecho, es difícil distinguir entre una y otra. En cambio, en la clase C (102-103) resulta más fácil deshacer la ambigüedad: la variante sin *se* no admite el progresivo, y la variante con *se* permite la lectura de cámara lenta. En la clase B el progresivo es poco aceptable y, como mucho, puede tener la lectura de preámbulo.

Veamos ahora los diagnósticos sensibles a la duración. El adverbio *casi* nos ofreció resultados poco concluyentes con los verbos de comportamiento variable: encontramos un contraste en la clase C que no se traslada claramente a las clases A y B. Con los logros, sucede lo mismo: el contraste parece claro en la clase C (106), pero no se extiende más allá (107-108).

(105) a. Víctor casi despierta.

Lectura contrafactual / #lectura escalar

b. Víctor casi se despierta.

Lectura contrafactual / lectura escalar

(106) a. Eustaquio casi enmudece.

Lectura contrafactual / #lectura escalar

b. Mi vida casi cambia.

Lectura contrafactual / #lectura escalar

(107) a. Tarantino casi se enfada.

Lectura contrafactual / #lectura escalar

b. La antorcha casi se apaga.

Lectura contrafactual / lectura escalar

Lo que ocurre en (108b) es que el argumento interno de *apagar* puede legitimar por sí mismo la lectura escalar si da lugar a una escala de extensión (tema incremental), mientras que esto es imposible con *enfadar*. Por esta razón, no es posible afirmar que la clase A y la B contrasten a este respecto. No obstante, el contraste de la C es robusto: sin *se*, *despertar* sólo puede tener una lectura contrafactual; con *se*, Víctor puede remolonear un rato antes de despertarse completamente.

En principio, los logros no son aceptables como complementos de *terminar de* ni de *tardar x tiempo en* (109). Sin embargo, los siguientes ejemplos muestran que la presencia de *se* los hace gramaticales en la clase C (110).

(Clase C)

(108) a. *Cuando Víctor terminó de despertar, se preparó un buen café.

b. *Víctor tardó diez minutos en despertar.

(109) a. Cuando Víctor terminó de despertarse, se preparó un buen café.

b. Víctor tardó diez minutos en despertarse.

(Clase B)

(110) a. Anacleto tardó dos meses en enmudecer.

b. Jesús tardó tres días en resucitar.

Preámbulo.

(111) a. *Mi vida terminó de cambiar cuando me instalé en la nueva casa.

b. *Cuando Jesús terminó de resucitar, la gente aplaudió.

(Clase A)

(112) a. Pepe tardó una hora en enfadarse.

Preámbulo.

b. La antorcha tardó una hora en apagarse.

(113) a. *Cuando Pepe terminó de enfadarse, se marchó.

b. Cuando la antorcha terminó de apagarse, nos quedamos a oscuras.

De nuevo, en la clase A no obtenemos el resultado esperado, es decir, *enfadarse* no se comporta como *despertarse*, y en el caso de *encenderse* lo que tenemos es la ayuda del tema incremental para legitimar la lectura de realización.

Antes de finalizar esta sección, cabe tratar brevemente el verbo *hervir*, de la clase B. De acuerdo con De Miguel y Fernández Lagunilla (2000), *hervir* denota un logro seguido de un proceso. En mi opinión, puede ser ambiguo entre esa lectura compleja, una simple de logro y una simple de proceso. Como logro, legitima la lectura de preámbulo de *en* (115), es compatible con *estar a punto de* (116), no legitima la ambigüedad de *casi* (117) y es difícilmente aceptable como complemento de *terminar* (118) y de *tardar x tiempo en* (119) (sólo produce una lectura de preámbulo en estos dos últimos contextos). Como proceso, legitima la lectura de “duración del proceso” de *durante* (120) y no da lugar a la paradoja imperfectiva (121).

(114) El agua hirvió en 14 minutos.

(115) El agua está a punto de hervir.

(116) El agua casi hierve.

Lectura contrafactual / #lectura escalar

(117) ??Cuando el agua terminó de hervir, eché los macarrones.

(118) El agua tardó diez minutos en hervir.

Lectura de preámbulo.

(119) El agua hirvió durante 14 minutos.

(120) El agua está hirviendo => ha hervido.

Nótese que la lectura de proceso difiere de la de los otros verbos que nos ocupan en que es homogénea, es decir, no supone un movimiento ascendente o descendente a través de una escala de propiedad. Por otro lado, cabe pensar que esta lectura de proceso se compone de una sucesión (homogénea) de logros, de manera análoga a lo que sucede con los verbos semelfactivos del tipo *pestañear*. Si bien este problema queda fuera de los objetivos de esta tesis, considero importante destacar que la pertenencia de *hervir* a la clase B es congruente con los datos que venimos estudiando, los cuales indican que \emptyset selecciona logros y actividades.

La siguiente tabla resume los resultados de los diagnósticos estudiados en esta sección:

TABLA 6: DIAGNÓSTICOS DE DURACIÓN CON LOS LOGROS

Diagnóstico	Logros	
	Se observa un contraste entre las clases A (<i>se</i>) y B (\emptyset)	Se observa un contraste <i>se</i> / \emptyset en la clase C
Progresivo	Sí	Sí
<i>Casi</i>	No	Sí
<i>Terminar de</i>	No	Sí
<i>Tardar x tiempo en</i>	No	Sí

En esta sección hemos comprobado que la distribución entre \emptyset y *se* en los logros de la clase C refleja un contraste asociado a la duración. No obstante, dicho contraste es mucho más sutil que el que se aprecia en el ámbito de los verbos de comportamiento variable y no se extiende de manera general a las clases A y B.

La siguiente sección trata brevemente las realizaciones de la clase A (verbos durativos derivados de adjetivos de escala cerrada). A continuación, y antes de pasar a recapitular las conclusiones generales de este capítulo en el apartado 7.6, dedico el apartado 7.5 a presentar una comparativa entre el comportamiento aspectual de los verbos alternantes y el de los verbos que admiten el llamado “*se* aspectual”, la cual había quedado pendiente en el capítulo 5.

7.4.2. Las realizaciones de la clase A

Todos los verbos con escalas cerradas de múltiples puntos, es decir, los verbos cuya interpretación por defecto es la de realización, pertenecen a la clase A (*secar*, *llenar*, *vaciar*, etc.).

Dado que lexicalizan un estado final máximo, dan lugar a la paradoja imperfectiva y solo son compatibles con *durante* en la lectura de duración del estado resultante o en la lectura de “actividad interrumpida”:

(121) El bar se está llenando \nRightarrow se ha llenado.

(122) El bar se llenó durante una hora.

Duración del resultado (‘permaneció lleno una hora’) / Lectura interrumpida:
fue llenándose durante una hora, pero no llegó a llenarse completamente.

Como ya hemos adelantado en los apartados anteriores, estos verbos prescinden de *se* cuando se subordinan a verbos que seleccionan predicados atéticos:

(123) Puse el vestido a secar(*se).

(124) a. Dejé el vestido secar, pero cuando volví no estaba seco.

b. Dejé el vestido secarse, #pero cuando volví no estaba seco.

Subrayo, una vez más, la importancia de que un morfema obligatorio, como lo es *se* con estos verbos, deba desaparecer en ciertos contextos: esto indica que el clítico es realmente sensible al aspecto, incluso en casos en los que está gramaticalizado como una marca regular.

Finalmente, estos verbos, como es esperable, superan todos los diagnósticos que identifican realizaciones:

(125) El vestido se secó en una hora.

Lectura de preámbulo / lectura de duración del evento completo

(126) El vestido tardó una hora en secarse.

Lectura de preámbulo / lectura de duración del evento completo

(127) El vestido casi se seca.

Lectura contrafactual / lectura escalar

(128) El vestido terminó de secarse.

(129) El vestido está a punto de secarse.

Inminencia del final.

7.5. EL *SE* ANTICAUSATIVO Y EL *SE* ASPECTUAL

En el capítulo 5 establecimos el estatuto independiente de las anticausativas entre las distintas construcciones con *se* y dedicamos dos apartados a compararlas con las pasivas y, más detalladamente, con las reflexivas. Quedó pendiente, no obstante, una comparación con el llamado “*se* aspectual”, para la cual era necesario estudiar previamente las propiedades aspectuales de las construcciones anticausativas.

La conclusión de la discusión de aquel capítulo fue que el clítico *se* posee una serie de propiedades que exhibe en todas las construcciones en las que aparece, si bien cada una de ellas tiene una identidad propia. Dichas propiedades están asociadas, *grosso modo*, con el significado de voz media, lo cual explica la evolución diacrónica del clítico (expansión de unas construcciones a otras) y su sincretismo sincrónico. El término “voz media” hace alusión a la afectación del sujeto (paciente), a la “espontaneidad” y a la “ausencia” (o “bajo grado de presencia”, cf. Mendikoetxea, 1999) del agente / causante. Ahora bien, ¿qué tienen en común las construcciones de *se* aspectual con el resto de construcciones con *se*? Y, como se pregunta Sánchez López (2002), ¿por qué un clítico reflexivo realiza funciones aspectuales?

La noción de voz media está ligada a la de cambio de estado, y esta última está ligada al aspecto. En este apartado veremos que las construcciones de “*se* aspectual” tienen temas afectados, denotan cambios de estado y exhiben comportamientos aspectuales similares a los que hemos identificado en los apartados anteriores para el *se* anticausativo.

Considero, de hecho, que las propiedades aspectuales del clítico son las mismas en ambos casos, y que resultan más fáciles de identificar en las construcciones de *se* aspectual y en las anticausativas de la clase C porque su uso es (hasta cierto punto) opcional. Cuando un elemento no es obligatorio resulta más sencillo observar qué factores determinan su presencia y deducir, a partir de ahí, cuál es su función. El *se* anticausativo se ha gramaticalizado como la marca formal de una alternancia regular, mientras que el uso de *se* con otros verbos intransitivos del tipo *salir(se)* y con verbos transitivos del tipo *comer(se)* no tiene otra función más allá de la puramente aspectual.

En el capítulo 5 rechacé los análisis que subsumen las anticausativas dentro de otras construcciones –concretamente, las reflexivas– pero no negué que existen importantes puntos de conexión entre unas y otras. Tampoco argumenté en contra de los análisis que tratan cada construcción por separado pero buscan dar una explicación unitaria para la función del clítico. En este apartado pretendo establecer una comparación entre el *se* aspectual y el anticausativo que enriquezca nuestra comprensión del segundo; no pretendo, sin embargo, proponer un análisis unificado de ambos.

La sección 5.1. trata brevemente del *se* aspectual que se combina con realizaciones transitivas (en adelante, *se*-AspT) y de cómo el efecto que produce en la construcción es similar al que hemos observado en los verbos de comportamiento aspectual variable de la clase C.

La sección 5.2. se centra en el *se* aspectual que aparece con logros intransitivos (en adelante, *se*-AspI), cuyo comportamiento arrojará luz sobre el papel del clítico con los verbos alternantes en general y con los logros alternantes en particular.

7.5.1. El *se* aspectual con los verbos transitivos

Desde Nishida (1994) está asentada la idea de que el *se*-AsPT está relacionado con la delimitación de un evento durativo, en tanto que selecciona realizaciones con temas incrementales (1) o trayectorias (2):

(130) Cora se bebió una botella de whisky.

(131) Diana se cruzó el bosque encantado.

Esto explica su agramaticalidad con los plurales escuetos y los nombres de masa: solo los argumentos internos cuantificados delimitan el evento y dan lugar a la lectura de realización:

(132) *Cora se bebió {cervezas / cerveza}.

Nótese que *se* no es necesario para obtener la lectura de realización (134). La elección entre (134a) y (135), siendo ambas oraciones idénticas respecto al *Aktionsart*, parece determinada por el énfasis sobre la compleción del evento gracias a la presencia de *se* (136). Es decir, *se* está vinculado al telos, pero no es estrictamente necesario para delimitar el predicado y, por lo tanto, su uso puede tener valores enfáticos.

(133) a. Sol leyó *En busca del tiempo perdido* en tres semanas.

b. Sol tardó tres semanas en leer *En busca del tiempo perdido*.

(134) a. Sol se leyó *En busca del tiempo perdido* (de cabo a rabo) en tres semanas.

(135) a. Pepe comió la tarta, pero se dejó un trozo.

b. Pepe comió tarta, pero se dejó un trozo.

c. #Pepe se comió la tarta, pero se dejó un trozo.

El contraste entre (133) y (134) indica que \emptyset , la forma no marcada, es compatible con predicados télicos y atélicos, mientras que *se*, la forma marcada, está restringida a los télicos (concretamente a las realizaciones). Nótese que esta distribución es la misma que hemos descrito para \emptyset y *se* en la alternancia con los verbos derivados de adjetivos de escala abierta, especialmente los de la clase C, donde *se*, como aquí, es opcional.²² La elección entre \emptyset y *se* está aspectualmente determinada y el contraste entre ambas formas es lo que permite deducir las propiedades de *se*.

²² No olvidemos, de todos modos, que el *se*-AspT está volviéndose cada vez más frecuente y, por tanto, “más obligatorio”; por ejemplo, (ia) presenta la acepción de *comer* en la que significa *almorzar*, mientras que la ausencia de *se* en (ib-c) resulta muy anómala:

(i) a. Hoy he comido lentejas.

b. ??Tengo hambre, voy a comer un donut.

c. ??Pepe ha comido tres tartas de chocolate él solo en una tarde.

Folli y Harley (2004) estudian este mismo uso de *si* en italiano y proponen un análisis unificado con el *se* anticausativo. Ubican *se* (anticausativo y aspectual) en el núcleo *v* pequeña, donde selecciona un complemento delimitado o, más específicamente, un subevento resultativo. Con este análisis pretenden dar cuenta del siguiente contraste:

(136) a. *Il mare ha mangiato la spiaggia. (FyH, 2004: 96)

el mar ha comido la playa

b. Il mare *si* é mangiato la spiaggia.

el mar *se* es comido la playa

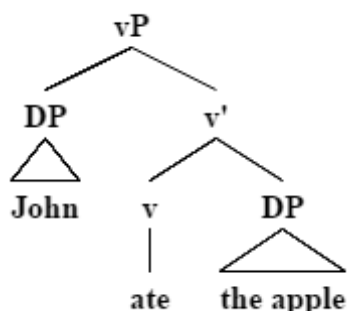
(137) a. *El mar ha comido la playa.

b. El mar *se* ha comido la playa.

Las autoras subrayan que lo que aquí venimos llamando “*se* aspectual” no produce solo un efecto de telicidad, sino también un efecto sobre la estructura eventiva. Solo la variante con *si* admite sujetos causantes ((137a) y (138a) frente a (137b) y (138b)), lo cual significa, siguiendo el razonamiento de FyH, que solo la variante con *si* encierra una estructura causativa (es decir, una estructura con un subevento resultativo). Así, proponen el siguiente contraste sintáctico entre (137a) y (137b):

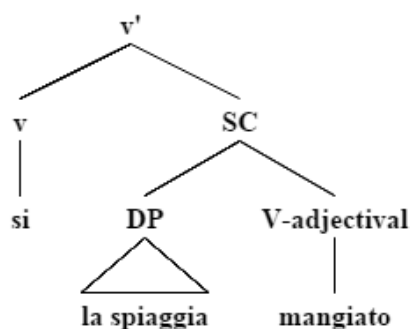
(138) John ate the apple.

(FyH, 2004: 107)



(139) Il mare si é mangiato la spiaggia.

(FyH, 2004: 109)

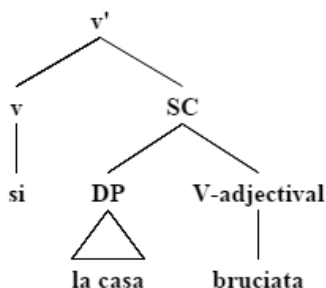


La oración de (139) es una realización transitiva simple, cuyo verbo se proyecta en *v* y especifica manera. En cambio, la oración de (140) es causativa: la inserción de *si* en *v* obliga a que el verbo se proyecte en una proyección más baja, denotando el estado resultante. El clítico se caracteriza por la selección de dicho estado, tanto en su uso con verbos transitivos como en un su uso anticausativo, como vemos en (141):

(140) La casa si é bruciata.

(FyH, 2004: 108)

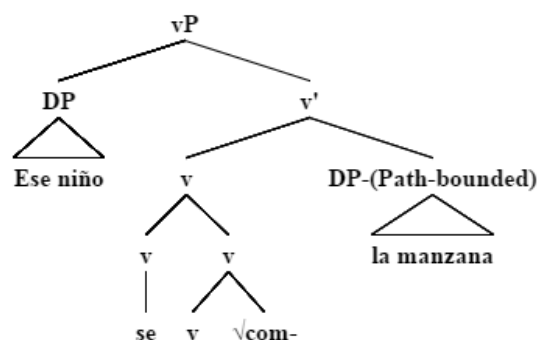
La casa se es quemada



Siguiendo a FyH (2004), Basilico (2010) propone un análisis parcialmente unificado del *se* anticausativo y el *se*-AspT en español. Defiende que en ambos casos el clítico selecciona una trayectoria delimitada (*bounded path*), y que la diferencia radica en qué elemento actúa como trayectoria: en las transitivas, lo que mide el evento es un tema incremental o una trayectoria, externos al verbo (131-132), mientras que en las anticausativas es la propiedad (la escala) denotada por la raíz y lexicalizada por el propio verbo.

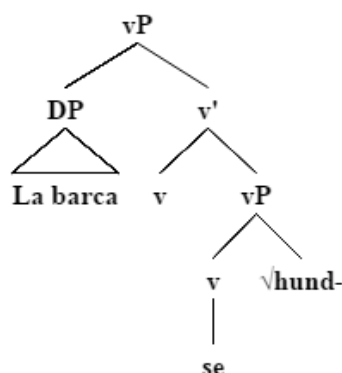
(141) El niño se comió la manzana.

(Basilico, 2010: 285)



(142) La barca se hundió.

(Basilico, 2010: 298)



El clítico *se* proyecta en posiciones diferentes dependiendo de qué elemento actúe como delimitador del evento. En la anticausativa de (143), *se* se combina directamente con la raíz en un núcleo *v*,²³ mientras que en (142) *se* se combina primero con la raíz, que denota manera para formar un núcleo *v* complejo que se selecciona a su vez el tema incremental o la trayectoria.

Tanto el análisis de Basilico (2010) como el de Folli y Harley (2004) (siguiendo a Folli, 2001) implican necesariamente que todas las anticausativas de la clase A son télicas, lo cual, como hemos visto en el apartado 7.3.2 no es una afirmación exenta de problemas.

Finalmente, el análisis de Folli y Harley explica la relación del clítico con la ausencia de argumento externo en las anticausativas mediante su ubicación en *v* pequeña, núcleo de cuyo sabor depende precisamente la inserción de agentes y causantes. Las autoras no abordan explícitamente, sin embargo, la ausencia de *se* en las

²³ Nótese que en (143) hay dos *vP*. Basilico asume que *se* bloquea la inserción del paciente, por lo que debe proyectarse otro *vP* para introducirlo.

variantes causativas de los verbos alternantes, la cual resulta inesperada si, de acuerdo con (140), el clítico no es realmente incompatible con un argumento externo. Tampoco aborda este problema Basilico, cuyo análisis desdibuja la conexión entre el clítico y el causante al ubicar el primero en una posición muy baja del árbol.

Queda fuera de los propósitos de esta tesis explorar la hipótesis de que las construcciones con *se*-AspT sean causativas y respondan a la misma sintaxis que las anticausativas, por lo que no puedo, por el momento, suscribirla ni descartarla. No obstante, considero importante destacar las similitudes aspectuales entre ambos tipos de *se*. Es habitual que el *se* anticausativo sea asociado con la presencia de un estado resultante (cf. LyR, 1995; Cuervo, 2003; Schäfer, 2008; entre otros muchos), pero no tanto que la misma asociación se establezca con el *se*-AspT. A la inversa, es frecuente que el *se*-AspT aparezca vinculado en la bibliografía a las trayectorias delimitadas, pero no que surja el mismo paralelismo con el *se* anticausativo. Esto último concuerda con nuestros datos en los apartados 7.3 y 7.4, que evidencian cierta relación entre *se* y la duración, además de la telicidad, en el ámbito de los verbos derivados de adjetivos de escala abierta. El comportamiento del *se* anticausativo es muy similar al del *se*-AspT en con los verbos derivados de adjetivos de escala abierta. Al fin y al cabo, estos, como los verbos de consumición y otros que admiten el *se*-AspT, se interpretan como actividades en ausencia de un elemento que delimite el evento.

No hay que olvidar, para concluir, que la alternancia anticausativa es un fenómeno regular que afecta a la estructura argumental, mientras que el *se*-AspT es compatible con la presencia del argumento externo y es opcional. Lo importante para nuestros propósitos es que en ambos casos *se* tiene valores aspectuales y, crucialmente, tiene los mismos valores aspectuales, con una salvedad: el *se*-AspT, a diferencia del anticausativo, no se combina con logros. Este será el tema del siguiente apartado, donde compararemos el *se* anticausativo con el *se*-AspI, que aparece con logros.

7.5.2. El *se* aspectual con los verbos intransitivos

Si bien existe bastante acuerdo en la bibliografía respecto al papel que desempeña el clítico *se* en combinación con los verbos transitivos, la función que realiza con los intransitivos continúa envuelta en un cierto halo de misterio. Su distribución irregular –unas veces es opcional y otras obligatorio– e idiosincrásica –no todos los verbos que potencialmente habrían de admitirlo lo hacen–, entre otros factores,

dificultan el establecer una generalización sobre su función. Consideremos los siguientes ejemplos:

- (143) a. Juan fue por la M-30 durante media hora.
 b. Juan fue de Madrid a Lisboa en 6 horas.
 c. Juan se fue de Madrid en un mes.

- (144) a. Yuridia salió a fumar al balcón.
 b. Yuridia se salió a fumar al balcón.

La oración de (144a) contiene un verbo inergativo de actividad que puede convertirse en una realización mediante la adición de una meta (144b); en cambio, *ir* en (144c) es un logro inacusativo. En este caso, la adición de *se* supone un cambio aspectual y un cambio semántico, pues *ir* funciona como un mero verbo de movimiento en (144a-b), mientras que en (144c) denota un cambio de estado: Juan ha dejado de estar en Madrid y ha pasado a estar en otro lugar. La realización de (144b) implica también que Juan cambie de locación, pero el predicado denota solo el trayecto.

Ahora bien, ¿cuál es la aportación del clítico en (145)? El verbo *salir* funciona como un logro en ambas variantes, no hay alteraciones aspectuales ni, aparentemente, semánticas. Nótese que en (145) *se* es totalmente opcional, mientras que en (144c) no lo es:

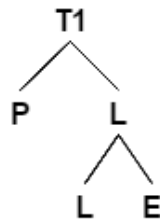
- (145) *Juan fue de Madrid. (García Fernández, 2011: 47)

De Miguel y Fernández Lagunilla (2000) defienden que el papel de *se* no está meramente relacionado con la telicidad, y lo definen como un operador aspectual cuantificacional que focaliza una fase del evento. Siguiendo el modelo de descomposición eventiva de Pustejovsky (1991), las autoras argumentan que *se* solo aparece con predicados que contienen un logro seguido de un estado, adelantándose en este sentido a las propuestas que hemos comentado en el apartado anterior.

De este modo, el *se* aspectual con los verbos transitivos está legitimado por la estructura de (147):²⁴

²⁴ DMyFL asumen que las realizaciones tienen un estado resultante, en contra de lo que he argumentado en el capítulo 1.

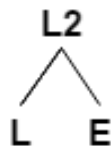
(146) Transición (T1)



Leer un libro: “proceso o actividad que desemboca en un punto seguido de un cambio de estado” (DMyFL, 2000: 27)

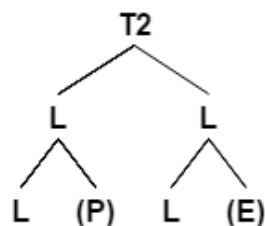
También legitiman el *se-AspI* las estructuras eventivas de (148-149):

(147) Logro compuesto (ingresivo)



Marearse, ocultarse: “evento delimitado que culmina en un punto (la fase inicial) y va seguido de un estado”. ” (DMyFL, 2000: 28)

(148) Transición (T2)



Bajarse, caerse, irse, morirse, subirse, venirse, volverse: “Evento delimitado que implica una transición entre dos puntos de culminación; tanto el subevento inicial como el final pueden a su vez descomponerse en dos fases”. (DMyFL, 2000: 28)

Estos eventos se diferencian de los procesos y los estados en que son culminativos y, crucialmente, se diferencian de los logros simples (150) en que la culminación va seguida de un estado:

(149) Logro (L1)

L1
|
1

Explotar, llegar, nacer: “Evento delimitado que ocurre en un punto”. (DMyFL, 2000: 28)

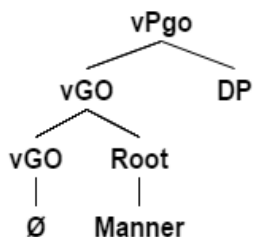
Los verbos puntuales de (150) solo focalizan el instante en que suceden, mientras que los logros complejos denotan un cambio de estado, que puede ser focalizado por *se*. Las autoras afirman explícitamente que todos los verbos que admiten *se* han de denotar un cambio de estado y que el clítico funciona como un “adverbio de fase excluyente (‘antes no, a partir de este punto sí’)” (DMyFL, 2000: 34). Esta es la idea fundamental que pretendo explotar en mi análisis de *se*. Si bien me mantengo agnóstica respecto a la hipótesis de que los verbos transitivos con *se* denoten realmente un cambio de estado, es innegable que contienen un tema afectado y una trayectoria delimitada. Sí creo, no obstante, que la clave de la función de *se* con los verbos intransitivos se encuentra en la noción de cambio de estado, y creo también que dicha función tiene que ver con excluir fases, diferenciar fases, o enfatizar y contrastar fases en un evento de cambio.

No obstante, nótese que DMyFL (2000) tratan el *se* aspectual como un “operador aspectual”. El *se* anticausativo, vuelvo a recordar, es la marca de una alternancia regular que afecta a la estructura argumental. Es decir, sus propiedades aspectuales han de servirnos para desarrollar un análisis fino de la función más amplia que cumple en la alternancia causativo-inacusativa.

Por su parte, Cuervo (2003, 2014) divide los verbos inacusativos en dos grupos atendiendo a la estructura eventiva: por un lado, hay logros simples (*llegar*), que tienen la estructura de (151). Por otro lado, hay verbos con una estructura eventiva compleja (*romperse*), es decir, verbos que lexicalizan un estado resultante (152).

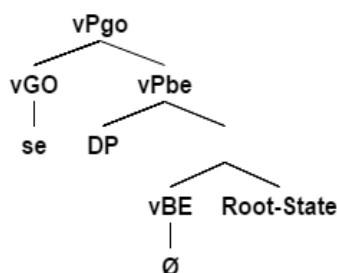
(150) Verbos simples de cambio.

(Cuervo, 2003: 132)



(151) Verbos complejos de cambio.

(Cuervo, 2003: 131)

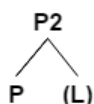


Cuervo argumenta que los inacusativos simples nunca llevan *se* (, mientras que los complejos siempre llevan *se*; los verbos con *se* aspectual como *salir(se)* alternan entre la estructura de (151) y la de (152). Esta teoría coincide con la de DMyFL en que las propiedades aspectuales de *se* están relacionadas con la estructura eventiva (selecciona un estado resultante), y en que hay logros simples que carecen tanto de *se* como de resultado. Una de las diferencias entre ambos análisis reside en que para DMyFL, *salir* tiene la misma estructura eventiva con y sin *se* (el clítico focaliza sobre una de sus fases) mientras que para Cuervo, este verbo altera su estructura eventiva al añadir o quitar *se*.

Cuervo no aborda en su estudio los verbos de las clases B y C, pero de su análisis se desprende la hipótesis de que los primeros carecen de un subevento resultativo (habrían de ser o logros simples, o procesos²⁵) y de que los segundos

²⁵ Para DMyFL, los “eventos de acabamiento gradual” (*adelgazar*, *engordar*, *envejecer*, etc.) tienen la estructura eventiva de (i) y pueden incluir o no un punto final. Nótese que estas autoras no consideran que estos verbos desemboquen en un estado resultante.

(i)



alternan entre (151) y (152) igual que los de *se* aspectual. Esta hipótesis es la que investigaré y descartaré en el capítulo 8, al no encontrar suficiente apoyo empírico: si bien la estructura eventiva está implicada en la presencia de *se*, comprobaremos que no todos los verbos que carecen de *se* carecen de un estado resultante. Más concretamente, defenderé que todos los alternantes tienen estado resultante, pero que hay diferencias en la configuración del evento.

La tercera y última propuesta sobre el *se*-AspI que considero importante revisar en este apartado es la de García Fernández (2011). Este autor aborda en primer lugar el uso de *se* con el verbo *morir*, argumentando que no se trata de un *se* aspectual, sino de un *se* medio. Explica que *morir* sin *se* puede describir eventos para los que se conoce o se explicita una causa, mientras que *morirse* está restringido a eventos espontáneos. Esto da cuenta de la anomalía de (154) frente a (153), la cual depende del complemento, y da cuenta también de que la forma no pronominal resulte inapropiada en (155) a causa de nuestro conocimiento del mundo, y no de ningún factor gramatical:

(152) Kafka se murió de tuberculosis.

(153) #María Antonieta se murió guillotizada. (García Fernández, 2011: 53)

(154) a. María Antonieta se murió en París en 1793. (García Fernández, 2011: 54)
b. Federico García Lorca se murió en Granada en 1936.

En opinión de García Fernández, esto también explica que *se* sea compatible con sujetos agentivos con los verbos de movimiento (145b) y, especialmente, con sujetos medios, pero no con sujetos pacientes, es decir, no con eventos de cambio para los que se interprete una causa. Consideremos el siguiente contraste:

(García Fernández, 2011: 63)

(155) a. A las 12 en punto, la Virgen de la Macarena salió de la Basílica.
b. #A las 12 en punto, la Virgen de la Macarena salió de la Basílica.

Explica el autor que la anomalía de (156b) proviene de nuestro conocimiento del mundo, el cual nos dice que la Macarena no sale por su propio pie, sino que es sacada

por alguien; es decir, la Macarena es el paciente de un evento para el que se sobreentiende una causa.

Además, siguiendo con los verbos de movimiento, García Fernández insiste en que *se* hace referencia necesariamente al origen; así, la agramaticalidad de (146), que repito a continuación como (157), deriva de que este verbo no puede aludir al origen sin recurrir al clítico.

(156) *Juan fue de Madrid.

(García Fernández, 2011: 47)

En cambio, si aparece solo el destino, o el origen y el destino (144b), *se* puede no aparecer. En mi opinión, el verbo no denota un origen o un destino, sino tan solo una trayectoria, y tiene una lectura de actividad por defecto que queda cancelada en presencia de una meta que delimite el evento, dando lugar a la interpretación de realización (*fue a Lisboa*). La alusión al origen en caso de que se introduzca la meta es opcional (*fue de Madrid a Lisboa*). Si, en cambio, se introduce solo el origen, lo que sucede es que el sentido de trayectoria de *ir* no ha lugar (157), de modo que la única información semántica que puede obtenerse del verbo es que ese origen se abandona, es decir, que Juan pasa de estar en un lugar a no estar en él. Eso es lo que obliga a la presencia de *se*: *irse* es un predicado de cambio de estado. Así pues, creo que la clave no es la noción de “origen” *per se*, sino el abandono del origen, el fin del estado previo.

Continuando con la argumentación de García Fernández, si la referencia al origen es imposible, *se* también lo es. Consideremos los siguientes ejemplos:

(157) a. (Se) ha caído un libro de la repisa.

b. *Se ha caído un rayo.

(158) a. A la bailarina le salió un grano.

(García Fernández, 2011: 62)

b. #A la bailarina se le salió un grano.

c. #A la bailarina le salió un pecho.

d. A la bailarina se le salió un pecho.

Coincido con el autor en que los rayos (como la lluvia) simplemente caen, es decir, se produce un desplazamiento descendente. En cambio, si algo “*se cae*”, ha de caer *desde algún sitio*. Así, los granos no salen de ningún lugar, pero los pechos pueden

salirse de su sitio, lo que explica la anomalía de (159b) frente a (1159d). Nótese que en estos casos la presencia / ausencia de *se* no es en absoluto facultativa: la interpretación de (159c) (“a la bailarina le salió un tercer pecho en el cuerpo”) es notablemente distinta de la de (159d) (“un pecho de la bailarina asomó del maillot”) y ambas no son intercambiables.

No obstante, la alusión al origen no explica por sí sola todos los usos de *se*, pues, como subraya García Fernández, el verbo *salir* siempre hace referencia al origen, independientemente de la presencia / ausencia del clítico. Él explica los contrastes de (160) y (161) como el de (156): aludiendo al valor medio del clítico. En (160), ambas opciones son posibles porque los espectadores salen por propia voluntad, mientras que en (161b) es más adecuada que (161a) porque al cadáver, a diferencia de la Macarena, no lo saca nadie ni sale por su propio pie: se trata de un evento espontáneo.

(García Fernández, 2011: 63)

(159) a. Aburrida por la película, la gente salía de la sala.

b. Aburrida por la película, la gente se salía de la sala.

(160) a. Debido al accidente, el cadáver salió del ataúd.

b. Debido al accidente, el cadáver se salió del ataúd.

A mi juicio, estos contrastes están relacionados, efectivamente, con el valor medio y también con el origen, pues creo que son la misma cosa, en cierto sentido. Puesto que *salir* ya hace referencia al origen, el papel de *se* no es exactamente ése, sino que consiste en marcar un contraste entre el estado resultante y el estado previo al logro; es decir, consiste en marcar un cambio de estado medio. Es normal que la gente salga del cine al final de una película, pero lo es menos que salga del cine en mitad de una proyección (esto suele significar que hay una emergencia, o que la película es muy mala). Así pues, *se* es opcional pero su uso es preferible cuando se quiere establecer un contraste; es decir, en casos como el de (145) (*Yuridia (se) salió a fumar al balcón*), el clítico es facultativo, pero cuando alguien abandona un lugar en el que supuestamente iba a permanecer, se tiende a añadir *se*. De este modo, la oración *el cadáver salió del ataúd* es poco apropiada (pero no agramatical) en un contexto en el que haya habido (como en (161)) algún tipo de accidente, pero es perfectamente aceptable si el cadáver es un vampiro o un zombi que sale por su propio pie. No obstante, lo habitual es que los

cadáveres no sean zombis y permanezcan en sus ataúdes; por esta razón, en el contexto de un accidente es preferible la construcción con *se*: el clítico enfatiza el cambio de estado, enfatiza que el estado normal y esperable ha terminado y ha dado paso a otro que, en este caso, no esperamos.

El clítico marca el cambio de posición entre que algo está en un lugar y pasa a estar en otro. Decir que *se* alude al origen con estos verbos no dista mucho de decir que denotan un cambio de estado. Esto encaja con la intuición de DMyFL, quienes lo tratan como un adverbio de fase excluyente, y encaja también con la intuición de estas autoras y Cuervo de que existe alguna diferencia entre los logros simples y los logros seguidos de un estado.

Estoy de acuerdo en que existen logros verdaderamente simples (sin estado resultante) como *marcar un gol*, y no descarto la posibilidad (que por razones de espacio no puedo explorar) de que ciertos verbos inacusativos como *llegar* también sean “simples” en este sentido. No obstante, coincido con García Fernández en que muchos verbos que no llevan *se* superan los diagnósticos que identifican la presencia de un estado resultante (véase el capítulo 8). Así pues, considero que el problema no es la ausencia de tal subevento, sino la identificación del final del estado previo como algo distinto del inicio del estado resultante. El esquema de (162) pretende representar un logro (L) seguido de un estado: el logro, puntual, se interpreta como el inicio del estado (\vdash). En cambio, (163) pretende representar una transición en la que se identifican dos fases: el fin de un estado previo (\dashv) –que se presupone– y el inicio de un estado resultante:

(161) $L \vdash$ estado resultante

(162) Estado previo $\dashv L \vdash$ estado resultante

En conclusión, el *se*-AspI marca el contraste entre las dos fases de un evento de cambio de estado, de ahí su valor medio y su valor aspectual. Este es también el valor del *se* anticausativo, lo que le ha valido el estatus de marca regular de la alternancia anticausativa. Con los logros de la clase A, *se* está gramaticalizado hasta el punto de haber vuelto opaco su valor aspectual; no obstante, con los logros de la C sí es posible aún apreciarlo. *Despertar* es un logro simple en el sentido de (162): tiene un estado resultante cuyo inicio no contrasta con el fin de un estado previo. En cambio,

despertarse opone dos situaciones: *dejar de estar dormido* y *comenzar a estar despierto*.

Recordemos que *se* parecía “alargar” la duración de nuestros logros del apartado 4.1. Ahora nos encontramos en posición de explicar eso como un efecto interpretativo que se deriva de subdividir el logro puntual en dos puntos: el fin de un estado y el comienzo de otro. Esto encaja, por ejemplo, con la observación de numerosos autores de que *morirse* es preferible sobre *morir* para describir muertes lentas y agónicas, como si el clítico permitiera enfatizar el proceso:

(García Fernández, 2011: 53)

(163) a. La víctima del accidente de la M-30 está muriendo.

b. La víctima del accidente de la M-30 está muriendo.

Cuervo señala un contraste similar con *salirse*, que, al igual que *despertarse*, supera los diagnósticos de realización:

(164) a. Vicky y Hugo casi salen de paseo.

(Cuervo, 2003: 138)

Contrafactual / #escalar

b. Casi se salen dos clavos.

Contrafactual / escalar

(165) a. *Pepe terminó de salir de casa.

b. El clavo terminó de salirse de la pared.

En conclusión, el *se*-AspI no es totalmente facultativo, pues su uso responde a una intrincada relación entre el aspecto y la estructura eventiva del predicado: selecciona un subevento resultativo y marca fases. Su valor medio estriba precisamente en su capacidad para focalizar aspectualmente el momento del cambio de estado. Por su parte, el *se*-AspT selecciona una trayectoria delimitada (cf. Nishida, 1994; Basilico, 2010), al igual que el *se* anticausativo en combinación con verbos durativos, y, tal vez, selecciona también un estado resultante (cf. De Miguel y Fernández Lagunilla, 2000; Folli y Harley, 2004). Todas estas propiedades son las mismas que el clítico exhibe en su uso anticausativo. De este modo, la explicación al problema de la marcación de la alternancia en español pasa por dar cuenta de su efecto aspectual sobre los eventos de

cambio de estado y de su efecto sobre la estructura argumental de predicados de cambio capaces de describir eventos espontáneos.

7.6. CONCLUSIONES

En este capítulo hemos llevado a cabo un estudio pormenorizado del comportamiento aspectual de las variantes con y sin *se* de los verbos alternantes, con el fin de testar la hipótesis de que es el aspecto lo que determina el empleo de un mecanismo morfológico u otro.

Hemos comprobado que la elección entre *se* y \emptyset está, efectivamente, determinada por el aspecto en la clase C. El clítico está estrechamente ligado a la telicidad con los verbos de comportamiento variable, y permite contrastar las fases del evento de cambio con los logros. Estos comportamientos son paralelos a los que exhibe *se* en su uso puramente aspectual con realizaciones transitivas y con logros inacusativos.

El contraste aspectual entre *se* y \emptyset es nítido en la clase C, donde hay posibilidad de elegir, es decir, el hecho de que el clítico no sea obligatorio hace que su presencia se relacione con el aspecto de manera manifiesta. En cambio, los contrastes entre las clases A y B son menos transparentes, porque la elección entre \emptyset y *se* está fijada de antemano. Aun así, hemos observado que los segundos tienen mayores limitaciones aspectuales que los primeros respecto a la capacidad para denotar predicados de realización.

Si bien no creo que la elección entre la alternancia lábil y la anticausativa esté exclusivamente determinada por el aspecto en las clases A y B, sí considero que el clítico preserva una serie de propiedades aspectuales que, en última instancia, dependen de su propio valor medio y son las mismas que encontramos en los usos facultativos con verbos transitivos y con logros inacusativos.

No debemos olvidar, por último, que el aspecto solo es relevante en ausencia de un argumento externo; es decir, las variantes causativas jamás llevan *se*, independientemente de la telicidad o del contraste entre las fases del cambio. En consecuencia, cualquier análisis del *se* anticausativo del español debe dar cuenta de su doble naturaleza: por un lado, es sensible al aspecto y está en este sentido vinculado a la expresión misma del *cambio* de estado; por otro lado, *se* está de algún modo relacionado con la inacusatividad (ausencia de argumento externo) y es la marca regular de la alternancia causativo-inacusativa.

CAPÍTULO 8

LA MARCACIÓN DE LA ALTERNANCIA (III): LA HIPÓTESIS DE LA ESTRUCTURA EVENTIVA

Este capítulo explora la tercera hipótesis que se introdujo en el capítulo 6 como posible explicación para la distribución de *Ø* y *se*:

(1) Hipótesis del contraste en la estructura eventiva:

Las anticausativas marcadas y no marcadas difieren respecto a su estructura eventiva: solo las primeras cuentan con un subevento resultativo, es decir son bieventivas, mientras que las segundas denotan cambios simples y son, por tanto, monoeventivas.

Hasta donde se nos alcanza, esta hipótesis no se ha formulado propiamente como en (1) en la bibliografía previa, si bien se ha sugerido en términos similares. Por un lado, Labelle y Doron (2010) defienden que la diferencia entre *Ø* y *se* estriba en el énfasis sobre el resultado, pero no plantean realmente la posibilidad de que la estructura eventiva sea distinta –es decir, de que no haya resultado en la clase B–. Por otro lado, Cuervo (2003, 2014) no trata la alternancia lábil en sus estudios, pero establece una distinción entre los inacusativos “puros” no alternantes¹ (sin *se*) y las anticausativas marcadas basada en la complejidad de la estructura subeventiva, cuyo siguiente paso natural sería la hipótesis de (1) (cf. capítulo 7, apartado 7.5).

La motivación teórico-empírica que me lleva a explorar esta hipótesis es que, aunque parezca natural suponer que todos los verbos de cambio de estado cuentan con un subevento resultativo, hay dos grupos con los que esto no es tan fácil de determinar. En primer lugar, tenemos los deadjetivales de comportamiento aspectual variable: el hecho de que no estén delimitados inherentemente dificulta analizarlos propiamente como resultativos.² En segundo lugar, tenemos los logros de las clases B y C, con los que resulta difícil determinar si denotan cambios de estado simples o complejos.

¹ Algunos verbos inacusativos participan de la alternancia supletiva.

² Ramchand (2008), por ejemplo, no incluye un resultado en ningún verbo deadjetival (de escala abierta o cerrada). Para esta autora, todos contienen una trayectoria, delimitada o no. No obstante, como ya he defendido anteriormente (capítulo 1), yo considero que todos los verbos deadjetivales contienen, al menos, un estado resultante comparativo.

Si esta hipótesis es correcta, trae una significativa serie de consecuencias: i) los cambios de estado no recibirían un análisis unificado, lo que hace peligrar la unidad de la clase; ii) el hecho de que los alternantes lábiles contuvieran una estructura monoeventiva no explicaría, por sí sólo, que no todos los verbos inacusativos monoeventivos participen de la alternancia (*caer, llegar*); iii) sería necesario explicitar cómo los verbos de la clase C pueden alternar entre dos estructuras eventivas; iv) *se* estaría directamente asociado a la bieventividad; v) como veremos, el comportamiento de los logros queda aparentemente explicado por esta hipótesis; no obstante, los deadjetivales resultan muy problemáticos y, además, no recibirían un análisis unificado: sería necesario postular que un verbo como *envejecer* (clase B), por ejemplo, tiene una estructura eventiva diferente a la de *enfriar* (clase A).

La discusión de este capítulo nos permitirá profundizar en nuestro conocimiento de los verbos alternantes, y nos llevará, finalmente, a rechazar el postulado de (1) y a concluir que las anticausativas marcadas y no marcadas no difieren respecto a su estructura eventiva: ambas son estructuras complejas.

En el apartado 1 introduciré brevemente las propuestas de Labelle y Doron y de Cuervo con el fin de presentar las motivaciones teóricas que se encuentran detrás de esta hipótesis. El apartado 2 contiene el estudio empírico de la estructura eventiva de los verbos alternantes, basado en una serie de diagnósticos que identifican la presencia de un subevento resultativo. Finalmente, en el apartado 3 expondré los problemas de esta hipótesis, las razones por las que la rechazo, y los aspectos positivos, útiles para el análisis que propondré más adelante, que podemos extraer de la discusión anterior.

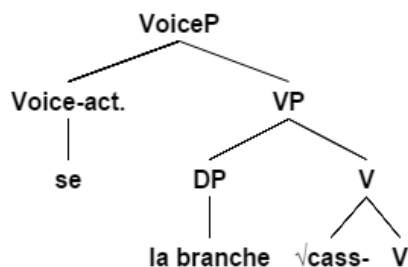
8.1. PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS PREVIOS

8.1.1. Labelle y Doron (2010)

Labelle y Doron (2010) defienden que las anticausativas marcadas enfatizan sobre el estado resultante, mientras que las no marcadas enfatizan sobre el proceso, lo cual formalizan mediante dos estructuras sintáctico-eventivas diferentes:

- (2) a. La branche se cassa. (LyD, 2010: 308)
 La rama se rompió

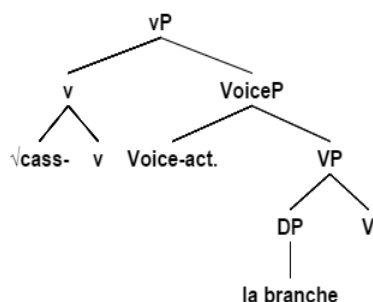
b.



(3) a. La branche cassa.

La rama rompió

b.



La estructura de (2) puede entenderse como una transición simple, denotada por el SV. Según explican LyD, la presencia de *se* en el núcleo *Voz_{-act.}* bloquea la inserción de un subevento dinámico extra (Sv) y, con él, del argumento externo. La raíz sólo puede proyectarse en el SV, lo cual da lugar al énfasis sobre el resultado. En (3) se añade un subevento dinámico (Sv), que alberga la raíz, y de este modo se obtiene énfasis sobre el proceso. Así pues, las autoras no prescinden de un componente resultativo en ninguna de las dos derivaciones, pero sí establecen un contraste entre una estructura simple de cambio y otra compleja, con dos subeventos.

Martin y Schäfer (2013) señalan varios problemas teóricos respecto a los árboles de (2-3). En primer lugar, subrayan que la proyección de Voz debajo del Sv es “poco ortodoxa” (MyS, 2013: 20), especialmente teniendo en cuenta que el rasgo {-active} de Voz es lo que impide que el Sv introduzca un argumento externo. LyD (2010: 308) explican que “[...] with a restricted number of verbs, v may merge without requiring an

external argument in its specifier. This is possible because *v* introduces a dynamic event [...] without an additional participant”; no obstante, coincido con MyS en que si *v* no proyecta un argumento externo, no queda claro por qué es necesaria la presencia de Voz en la estructura, ni tampoco cuáles son esos restringidos verbos que permiten tal configuración.

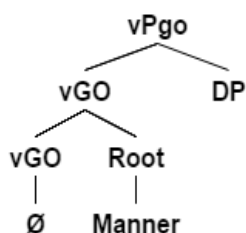
Finalmente, la crítica de MyS más relevante para nuestros propósitos es que LyD no presentan pruebas que demuestren la presencia o la ausencia del subevento dinámico, más allá de ciertos contrastes en el énfasis interpretativo de ambas construcciones, observados mediante una serie de diagnósticos cuya validez será puesta en duda en el apartado 2.4.3.

8.1.2. Cuervo (2003, 2014)

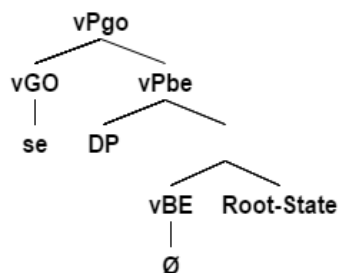
Cuervo (2003, 2014) divide los verbos inacusativos en dos grupos en función de la presencia / ausencia de *se*: verbos simples de cambio -del tipo *floreecer*, sin *se* y sin subevento resultativo- y verbos complejos de cambio -del tipo *romperse*, con *se* y con subevento resultativo (cf. capítulo 7, apartado 7.5):

(4) Verbos simples de cambio:

(Cuervo, 2003: 131-132)



(5) Verbos complejos de cambio



Las estructuras de (4-5) presentan una serie de diferencias. En primer lugar, en (4) el argumento se encuentra en posición de complemento, mientras que en (5) es el sujeto de una cláusula reducida y, como tal, desempeña una doble función: es el paciente del subevento dinámico y también el sujeto sobre el que se predica el resultado.

En segundo lugar, la estructura de (4) es monoeventiva, mientras que la de (5) es bieventiva. Cuervo aplica tres diagnósticos, que revisaremos en el apartado 2, para identificar el subevento resultativo de (5) y evidenciar un contraste sintáctico entre (4) y (5): la distribución de las aplicativas, la ambigüedad del adverbio *otra vez*, la ambigüedad de *casi* y la distribución de los sintagmas nominales escuetos.

En tercer lugar, en (4) la raíz se proyecta en el subevento dinámico, especificando la “manera” en que se produce el cambio. En (5), se proyecta en el subevento estativo, denotando el resultado que se obtiene como consecuencia del cambio. Cuervo (2014) recoge la hipótesis de que las raíces pueden proyectarse en distintas posiciones, especificando el contenido de distintos subeventos (cf. Hale y Keyser (2002), Embick (2004a), Folli y Harley (2004), Marantz (2005), Basilico (2010), Labelle y Doron (2010), Rappaport-Hovav y Levin (2010), y Mateu y Acedo-Matellán (2012)).

En cuarto lugar, en (4) la materialización de *v* es nula, mientras que en (5) es *se*. Sin embargo, *se* no es propiamente un núcleo verbal, sino una marca de concordancia en el verbo que indica que un mismo argumento está participando de dos subeventos, satisfaciendo así la necesidad de v_{GO} de tener un argumento.

Finalmente, las construcciones de (4) pueden ser télicas o atélicas, mientras que las de (5) son obligatoriamente télicas, dada la presencia del resultado.

Recordemos que, según Cuervo, ciertos verbos pueden alternar entre ambas construcciones. Se trata de los verbos inacusativos puros (no alternantes o con variante supletiva) y de movimiento que pueden combinarse “opcionalmente” con el *se* “aspectual” (*caer(se)*, *morir(se)*, *ir(se)*, *salir(se)*, *subir(se)*, etc.). En la variante sin *se* estos verbos denotan movimiento o un cambio simple (6) y se corresponden con la estructura de (4), mientras que en la variante con *se* denotan un cambio de estado complejo (7) y se corresponden con la estructura de (5):

- (6) a. Cayó agua.
- b. Salieron muchas rosas.
- c. Diana iba por la calle.

d. Ha bajado la marea.

(7) a. Se cayó un libro.

b. Se salieron tres clavos.

c. Diana se fue a la India.

d. Diana se bajó del avión.

De acuerdo con Cuervo y con nuestras conclusiones del apartado 7.5 del capítulo 7, las oraciones de (7) contrastan el estado previo al cambio con el estado posterior (resultante), mientras que las de (6) simplemente denotan movimiento y/o aparición; es decir, en (6) el agua sencillamente desciende, las rosas “emergen” y Diana y la marea se mueven, mientras que en (7) el libro pasa de una posición a otra, los clavos pasan de estar dentro a estar fuera, Diana pasa de estar aquí a estar en la India o de estar dentro del avión a estar fuera.

Cuervo no incluye en su estudio los verbos que participan de la alternancia lábil, pero apunta que los verbos simples de cambio no participan de la alternancia en general, a excepción de unos pocos que sí cuentan con una variante transitiva, entre los que cita *aumentar*, *mejorar* y *engordar*. Su propuesta no está orientada a explicar qué verbos inacusativos pueden alternar y cuáles no; de hecho, nótese que los verbos del tipo *caer(se)* pueden construirse opcionalmente como *romperse* sin admitir por ello una variante causativa. Sin embargo, si el análisis de Cuervo es correcto, esperaríamos que nuestros verbos de la clase B, como *aumentar*, se acogieran al patrón de (4) y exhibieran un comportamiento similar al de los inacusativos puros del tipo *floreecer*; del mismo modo, esperaríamos que los verbos de la clase C, como *despertar(se)*, funcionaran como los verbos del tipo *salir(se)*, alternando entre los patrones de (4) y (5). Este análisis permite unificar el llamado “se aspectual” de los verbos intransitivos con el se anticausativo, vinculando el clítico directamente a la noción de cambio de estado.

Como ya adelanté en el apartado 7.5 del capítulo 7, considero que las propiedades aspectuales de *se* son las mismas en su uso anticausativo y en su uso en construcciones como las de (7), y que están vinculadas a la expresión misma del cambio de estado. Por otra parte, no creo que esta sea razón suficiente, *a priori*, para proponer un análisis unificado.

En los siguientes apartados comprobaremos que los datos empíricos no apoyan la hipótesis del contraste aspectual y concluiremos que las anticausativas son estructuras bieventivas independientemente de la presencia / ausencia de *se*.

A lo largo de este capítulo revisaremos una serie de diagnósticos que identifican la presencia de un subevento resultativo en la estructura: la distribución de las aplicativas, la ambigüedad de *otra vez*, la construcción de *estar* + participio, la lectura de duración del resultado con *durante*, la ambigüedad de *casi*, la distribución de los sintagmas nominales escuetos, los modificadores del estado resultante y los usos metafóricos de los verbos de cambio de estado. Concluiremos que los cuatro últimos diagnósticos no cumplen, en realidad, la función de identificar un subevento resultativo y los descartaremos. La distribución de las aplicativas evidenciará un contraste claro entre el comportamiento de las anticausativas marcadas y las no marcadas; sin embargo, el resto de diagnósticos apuntarán a que ambas contienen la misma estructura eventiva, con un subevento resultativo.

8.2. DIAGNÓSTICOS PARA IDENTIFICAR LA PRESENCIA DE UN SUBEVENTO RESULTATIVO

8.2.1. Aplicativas en combinación con anticausativas marcadas y no marcadas

Autores como Schäfer (2008) han señalado que el comportamiento de las anticausativas marcadas y no marcadas contrasta en relación con los dativos. La interpretación de las aplicativas es puramente configuracional, es decir, no hay distintos núcleos aplicativos con distintas semánticas sino que el núcleo aplicativo recibe una interpretación u otra en función de la posición en la que se inserte y, sobre todo, en función del tipo de estructura que subordine (Cuervo, 2003; Pylkkänen, 2002). Por esta razón, los dativos sirven como diagnóstico para diferenciar tipos de construcción.

El objetivo de este apartado es emplear este test para identificar la estructura eventiva de las variantes inacusativas de los verbos alternantes. Comprobaremos que existe, efectivamente, un contraste sistemático y significativo entre las anticausativas con y sin *se* en relación con los dativos. Este es el argumento más fuerte a favor de la hipótesis del contraste en la estructura eventiva; sin embargo, cabe adelantar que los resultados de este apartado se contradicen con los que obtendremos al aplicar los diagnósticos de los modificadores en el apartado 2.2. La reflexión sobre los datos y

sobre las implicaciones teóricas que acarrea esta hipótesis me llevarán a rechazarla en el apartado 3.

En las siguientes páginas nos centraremos en dos posibles lecturas de los argumentos dativos: la lectura de causante involuntario y la lectura de afectación, ambas posibles en el contexto de una anticausativa marcada (8) en español.

(8) A Cora se le rompieron los platos.

Causante involuntario: Pepe causó accidentalmente que los platos se rompieran.

Afectación: Pepe obtuvo unos platos rotos (obtiene los platos en un estado concreto), lo cual le afectó.

Schäfer (2008) observa que la lectura de afectación es posible en alemán tanto con las anticausativas marcadas (9) como con las no marcadas (10), mientras que la de causante involuntario es solo posible con las segundas:

(9) Der Maria öffnete sich die Tür. (Schäfer, 2008: 45)

la.DAT María abrió REFL la.NOM puerta.

‘A María se le abrió la puerta’

i. Afectación: la puerta se abrió y esto afectó a María.

ii. *Causante involuntario: María causó accidentalmente que se abriera la puerta.

(10) Die Vase zerbrach dem Hans. (Schäfer, 2008: 42)

la.NOM vaso rompió el.DAT Hans

‘A Hans se le rompió el vaso’

i. Afectación: el vaso se rompió y esto afectó a Hans.

ii. Causante involuntario: Hans causó accidentalmente que el vaso se rompiera.

Según este autor, la distribución de las lecturas de los dativos en las lenguas romances, balcánicas (siguiendo a Rivero, 2004) y el alemán es la siguiente: todas estas lenguas legitiman la lectura de afectación en el contexto de oraciones transitivas, inacusativas puras, anticausativas marcadas y anticausativas no marcadas (Tabla 6). En cambio, la lectura de causante involuntario (Tabla 7) está vetada en contextos transitivos, pero es siempre posible en combinación con inacusativas puras y anticausativas no marcadas. Esta lectura evidencia un contraste entre las anticausativas

marcadas del alemán y las de las lenguas balcánicas y romances: en alemán, las anticausativas marcadas rechazan la lectura de causante involuntario (9), a diferencia del resto de lenguas (8).

TABLA 7: LECTURA DE AFECTACIÓN

	Transitivas	Inacusativas	Clase A	Clase B
Alemán	sí	sí	sí	sí
Romance y balcánicas	sí	sí	sí	sí

TABLA 8: LECTURA DE CAUSANTE INVOLUNTARIO

	Transitivas	Inacusativas	Clase A	Clase B
Alemán	no	sí	no	sí
Romance y balcánicas	no	sí	sí	sí

No obstante, en este apartado comprobaremos que las anticausativas no marcadas del español rechazan la lectura de causante involuntario, contrastando con las marcadas.

Estas dos lecturas son de especial relevancia en relación con los eventos de cambio de estado porque, de acuerdo con Cuervo (2003), son las que requieren una estructura bieventiva (cf. apartado 2.1.1.1.). No obstante, es importante señalar que la lectura de afectación puede confundirse fácilmente con otras dos lecturas que se producen en configuraciones sintácticas diferentes, como explicaremos más adelante.

8.2.1.1. La lectura de causante involuntario en las clases B y C

El ejemplo (8) en la sección anterior muestra que las anticausativas marcadas legitiman la lectura de causante involuntario para los dativos. En esta sección demostraré que las no marcadas rechazan dicha lectura, lo cual evidencia un contraste entre las clases A y B que se traslada también a la clase C, donde solo la variante pronominal admite dativos causantes.

Siguiendo a Schäfer (2008), los dativos con interpretación de causante involuntario pueden ser identificados gracias los modificadores del tipo *sin querer*, los

cuales no son legitimados por otros tipos de dativo. Los ejemplos de (11) muestran que este adverbio resulta anómalo en configuraciones con una applicativa y un verbo de la clase B, lo cual indica que los dativos causantes están vetados en las anticausativas no marcadas.³

- (11) a. A Cora le cambió {la vida / el clima en Nueva York} de un día para otro (#sin querer).
 b. A María_i le resucitó Jesús (#sin querer_i).
 c. A Sol le engordó {el gato / la cara} (#sin querer).
 d. A Víctor le aumentaron los problemas (#sin querer).
 e. A Luisa le envejeció {la piel / el pergamino en la estantería} (#sin querer).

Los siguientes ejemplos, con verbos de la clase C, evidencian que el contraste es robusto: para obtener la lectura de causante involuntario es necesaria la presencia del clítico:

- (12) a. A Nerea le reventó el globo (#sin querer).
 b. A Nerea se le reventó el globo (sin querer).
 (13) a. Andrea le cuajó demasiado el flan (#sin querer).
 b. A Andrea se le cuajó demasiado el flan (sin querer).
 (14) a. Al anestesta_i le despertó el paciente (#sin querer_i).
 b. Al anestesta_i se le despertó el paciente (sin querer_i).

Estos datos obligan a establecer la siguiente distribución de los causantes dativos en español, alterando la Tabla 7 de la sección anterior:

TABLA 9: LECTURA DE CAUSANTE INVOLUNTARIO EN ESPAÑOL

Transitivas	Anticausativas marcadas	Anticausativas no marcadas	Inacusativas puras
no	Sí	no	no

³ En estos ejemplos, los dativos pueden tener otras lecturas, como estudiaremos en la siguiente sección; es decir, las oraciones solo son anómalas al añadir sin querer, lo que demuestra que el dativo no se interpreta como causante involuntario.

Nótese que en la Tabla 8, además de señalar que las anticausativas no marcadas rechazan los causantes dativos, señala además, de acuerdo con Cuervo (2003)⁴ y en contra de la Tabla 7, que las inacusativas puras rechazan también esta lectura. Los ejemplos a continuación apoyan esta afirmación:⁵

- (15) a. A Víctor le llegó un paquete (#sin querer).
 b. A Yuridia_i le nació el hijo prematuro (#sin querer_i).
 c. A Miguel le ocurrió un accidente (#sin querer).
 d. A Nerea le desapareció la carpeta (#sin querer).
 e. A Cora le cayó una maceta (#sin querer).
 f. A Sol le florecieron los geranios (#sin querer).
 g. A Andrea le explotó la cafetera (#sin querer).

Finalmente, los ejemplos de (16) ilustran la incompatibilidad de los dativos causantes con las oraciones transitivas e inergativas, a cerca de la cual sí hay acuerdo en la bibliografía. Dicha incompatibilidad se debe a que los dativos causantes no pueden competir con la presencia de otro agente / causante:

- (16) a. Nerea le abrió la puerta a Ruth_i (#sin querer_i)
 i.e. *Ruth causó accidentalmente que Nerea abriera la puerta.
 b. Andrea le leyó un cuento a Diana_i (#sin querer_i).
 i.e. *Diana causó accidentalmente que Andrea leyera un cuento.
 c. Sara le trabajó mucho a Víctor_i (#sin querer_i).
 i.e. *Víctor causó accidentalmente que Sara trabajara mucho.
 d. Cora le bailó mucho a Luisa_i (#sin querer_i).
 i.e. *Luisa causó accidentalmente que Cora bailara.
 e. A Ruth le fue abierta la puerta por Nerea (#sin querer).
 i.e. *Ruth causó incoluntariamente que Nerea abriera la puerta.

⁴ Cuervo no aporta ejemplos que demuestren que las inacusativas puras rechacen los dativos causantes, pero establece que estos solo son posibles con un tipo de estructura que contrasta precisamente con la que propone para estos verbos.

⁵ Los ejemplos del tipo (15e-f) pueden resultar dudosos, concretamente el del verbo *floreecer* se ha utilizado para defender que los inacusativos puros admiten dativos causantes (Rivero, 2004). Sin embargo, la incompatibilidad con *sin querer* demuestra que estos dativos tienen más bien una lectura de experimentante, la cual introduciremos más adelante.

f. A Luisa_i se le afeitó Javi (#sin querer_i).

i.e. *Luisa causó accidentalmente que Javi se afeitara.

En definitiva, lo que ocurre no es que las anticausativas marcadas admitan causantes dativos en español, sino que son la única construcción en la que se puede obtener esa interpretación de una applicativa.

8.2.1.1.1. La estructura de los dativos causantes

De acuerdo con Cuervo (2003), los dativos causantes se proyectan como applicativas altas no subordinadas⁶ (*high unembedded applicatives*) sobre una estructura incoativa bieventiva (17):

(Cuervo, 2003: 188)

(17) a. A Pepe se le rompió el vaso (sin querer).

b. [AppIP Dat [Appl.] [vP2 [v_{GO}] [vP1 DPObj. [v+Root]]]] lectura de causante

En otras palabras, para que una applicativa alta se interprete como causante deben darse ciertas condiciones sintácticas. En primer lugar, la lectura de causante involuntario queda bloqueada si hay otro causante en la estructura (cf. McIntyre, 2006; Schäfer, 2008), como acabamos de ver en la sección anterior.⁷ En (17) vemos que la oración es inacusativa (v_{GO} en términos de Cuervo), es decir, que carece de argumento externo.

En segundo lugar, la applicativa debe subordinar una estructura bieventiva. De acuerdo con lo expuesto en el capítulo 1, asumo que la semántica de la causación se obtiene composicionalmente a partir de una configuración en la que un evento

⁶ Las applicativas bajas solo dominan el objeto. Hay dos tipos de applicativas altas, las subordinadas y las no subordinadas. Las primeras se incrustan entre dos subeventos –dominan uno y son dominadas por otro, es el caso de los dativos afectados–, mientras que las segundas ocupan la posición más alta de la estructura. Las applicativas altas no subordinadas pueden tomar como complemento distintos tipos de estructuras, lo cual da lugar a distintas interpretaciones del dativo. Las estructuras de cambio de estado con dos subeventos y ningún causante son las que dan lugar a la lectura de causante involuntario para una applicativa alta; en cambio, si la applicativa alta domina una estructura inacusativa simple, la lectura obtenida será la de experimentante, como veremos más adelante.

⁷ Recordamos que, de acuerdo con lo discutido en el apartado 5.4.4. del capítulo 5, esto argumenta en contra de considerar que el sujeto de la anticausativa es el causante de su propio cambio de estado.

subordina a otro, de tal manera que el segundo se interpreta como el “efecto” del primero, y coincido con Cuervo (2003, 2014) y Schäfer (2008, 2011) en que los dativos solo pueden interpretarse como “causantes” precisamente si subordinan una estructura “causativa” (bieventiva). Cuervo (2003) señala que esta es una diferencia entre las anticausativas (*complex inchoative structures*) y las inacusativas puras (*simple structures of change*): como vimos en la sección anterior, las inacusativas puras rechazan los causantes dativos y esto se debe, siguiendo a Cuervo, a que tienen estructuras monoeventivas –sin estado resultante–, que no dan lugar a la necesaria semántica causativa (18).

(Cuervo, 2003: 182)

- (18) a. A Daniela le sucedió algo buenísimo (#sin querer).
 b. [ApplP Dat [Appl.] [vP [v_{GO}] [Root [DP obj.]]]]

Así pues, las anticausativas marcadas dan lugar a la lectura de causante involuntario de una applicativa alta que las subordine porque son estructuras inacusativas –sin argumento externo– y bieventivas –relación causa-efecto entre ambos subeventos–. Ahora bien, el problema fundamental es: ¿por qué razón las anticausativas no marcadas (lábiles) no dan lugar a la misma interpretación de los dativos? De acuerdo con los razonamientos que venimos siguiendo, hay tres posibles explicaciones: i) hay un argumento externo bloqueando al dativo; ii) hay una diferencia en la estructura eventiva; iii) los dativos causantes y afectados requieren lo mismo que requiere *se*. A continuación, resumo brevemente estas tres opciones.

La primera posible solución es que las lábiles contienen un causante implícito o explícito –el propio sujeto– que bloquea el dativo causante como en el caso de las transitivas e inergativas. Sin embargo, como he señalado en diversas ocasiones, las anticausativas marcadas y no marcadas no difieren respecto de la presencia / ausencia de un argumento externo (cf. capítulo 5, apartado 5.3).

Recordemos que Schäfer (2008) intenta explicar la situación opuesta a la del español: en alemán, las anticausativas no marcadas legitiman los dativos causantes, mientras que las marcadas los rechazan. Tras descartar otras hipótesis, Schäfer propone que las anticausativas marcadas son sintácticamente transitivas en alemán –contienen un sintagma Voz cuyo especificador está ocupado por *sich*–, lo cual bloquea la lectura de causante involuntario del dativo.

No obstante, en español no resulta plausible defender este análisis a la inversa – es decir, que las lábiles son las sintácticamente transitivas– por varias razones. En primer lugar, las lábiles carecen precisamente del pronombre que bloquea la proyección del argumento externo ocupando el especificador de Voz⁸ y, en segundo lugar, Schäfer cuenta con otros diagnósticos que apoyan la transitividad de sus anticausativas marcadas, los cuales no pueden aplicarse a las no marcadas del español. De hecho, no contamos con ningún argumento que permita establecer la presencia de Voz en ninguna construcción inacusativa del español.

La segunda opción es que exista una diferencia en la estructura eventiva de las anticausativas marcadas y no marcadas. La hipótesis de Cuervo (2003, 2014) de que hay dos tipos de estructuras inacusativas, las monoeventivas (inacusativas puras, no alternantes, que rechazan los dativos causantes) y las bieventivas (anticausativas con *se*, alternantes, admiten los dativos causantes) se trasladaría así al contraste entre las anticausativas marcadas y no marcadas, siendo estas últimas también monoeventivas. Es decir, los dativos son el principal argumento a favor para la hipótesis del contraste en la estructura eventiva. Sin embargo, en los siguientes apartados veremos que no hay más apoyo empírico para sostener esta hipótesis, y habremos de rechazarla.

La tercera y última opción supone buscar otro factor implicado en la interpretación de las aplicativas. En vista de que los dativos causantes exigen la presencia de *se* y están relacionados con la estructura eventiva de los verbos de cambio de estado, considero que la vía menos problemática, una vez descartada la ausencia de un resultado en las lábiles, es vincular los dativos a las mismas propiedades aspectuales del evento implicadas en la presencia de *se*, como desarrollaré en el capítulo 9.

Antes de explorar otros diagnósticos de resultatividad, estudiaremos en la siguiente sección los dativos afectados. Comprobaremos que, al igual que los dativos causantes, los afectados no están disponibles en ausencia de *se*.

8.2.1.2. *La lectura de afectación en las clases B y C*

De acuerdo con Cuervo (2003), los dativos afectados se proyectan como aplicativas altas “ensandwichadas” entre dos subeventos. La interpretación es que el dativo “posee” u “obtiene” el objeto en un determinado estado, pues lo que toma como

⁸ Además, este pronombre es pleno en alemán, no un clítico como *se*, lo cual es considerado por Schäfer como otro argumento a favor de que *sich* ocupe precisamente la posición de especificador.

complemento es todo el subevento resultativo; asimismo, la aplicativa es el complemento del subevento dinámico, y en este sentido su argumento resulta “afectado”:

(19) a. A Marta se le rompieron los vasos.

b. [vP2 [vGo] [ApplP Dat. [Appl.] [vP1 DPobj. [v+Root]]]] (Cuervo, 2003: 141)

Lo único que requiere esta lectura es la presencia de dos subeventos, por lo que es compatible con las causativas:

(20) Marta le rompió los vasos a Patricia.

Lectura de afectación: Patricia obtuvo unos vasos rotos.

La posición de la aplicativa en (19) no permite que el argumento dativo se relacione directamente con el objeto: la predicción de Cuervo es que las estructuras bieventivas no legitiman, de hecho, aplicativas bajas como las de (21):

(21) a. A Víctor le llegó un paquete.

b. Andreu le dio una carta a Víctor.

Lectura posesiva: Víctor obtuvo una carta.

c. [Sv [SApl [Apl.] [DP obj.]]]

Las aplicativas bajas toman como complemento directamente el objeto –es decir, “poseen el objeto” –y pueden recibir tres interpretaciones afines, dos ellas dinámicas –fuente (22a) y destinatario (22b) – y otra estática –posesión alienable o inalienable, con verbos estáticos (22c) o dinámicos (22d)–. A pesar de que autores como Jaeggli (1982), Demonte (1995) y Landau (1999), entre otros, consideran que el dativo de (22a) es “afectado”, Cuervo defiende que el sentido de afectación puede derivarse de la relación de posesión, pero que no forma parte intrínsecamente del significado de los dativos posesivos, como ilustra el ejemplo de (22c). Para Cuervo, los verdaderos dativos afectados obtienen el objeto en un estado determinado (23).

- (22) a. Diana le robó la cantimplora a Andrea → la cantimplora es de Andrea,
Andrea ya no tiene bici (fuente).
b. A Víctor le llegó un paquete → obtuvo un paquete (destinatario).
c. Cristina le admira la paciencia a Carlos → la paciencia es de Carlos
(poseedor).
d. Luis le besó la frente a Javi → la frente es de Javi (poseedor).

- (23) A Alfredo se le rompió un vaso → obtuvo un vaso en el estado “roto”
(afectado).

Cuervo distingue una lectura más para las applicativas: la de experimentante. En (24) vemos que el dativo no es el poseedor del objeto y tampoco obtiene el objeto en un estado determinado –no es propiamente un dativo afectado–, sino que experimenta un evento que tiene lugar. Esta lectura se produce cuando una applicativa alta subordina un evento simple de cambio de estado, es decir, una inacusativa pura.

- (24) a. A Pepe le ocurrió algo estupendo.
b. [AppIP Dat [Appl.] [vP [v_{GO}] [Root [DP obj.]]]] (Cuervo, 2003: 182)

Nótese que las applicativas altas pueden obtener dos lecturas: una es la de causante involuntario cuando subordinan una inacusativa bieventiva, la otra es la de experimentante cuando subordinan una inacusativa monoeventiva.

A pesar de que encuentra diversos argumentos en favor de su clasificación de los dativos, Cuervo admite que es muy difícil determinar la interpretación de ejemplos como los de (25),⁹ ambiguos entre las lecturas de poseedor, afectado y experimentante:

- (25) a. A Pepe le creció el pelo.
Poseedor: El pelo de Pepe creció.
?Afectado: Pepe obtuvo pelo crecido.
?Experimentante: Pepe experimentó el crecimiento del pelo.

⁹ Cuervo (2003: 184-185) explica que hay casos en los que cada lectura está bien diferenciada, lo que justifica la postulación de varias estructuras diferentes. Considera que aquellos casos que presentan una ambigüedad difícil de deshacer pueden quedar explicados por varios análisis distintos, y que sería necesario extender el estudio a lenguas en las que la diferencia tenga una refracción gramatical más clara.

b. A Pepe le salió un grano.

?Poseedor: El grano de Pepe salió / Pepe “obtuvo” / “recibió” un grano

?Afectado: Pepe obtuvo un grano “salido”.

?Experimentante: Pepe experimentó la salida del grano.

En resumen, la propuesta de Cuervo (2003) predice la distribución de los dativos en las construcciones inacusativas de la Tabla 4: las inacusativas monoeventivas solo legitiman la lectura de posesión y la de experimentante, mientras que las bieventivas solo legitiman la de afectación y la de causante involuntario.

TABLA 4: APLICATIVAS Y ESTRUCTURA EVENTIVA

		Estructura bieventiva	Estructura monoeventiva
Aplicativa baja	Lectura de posesión (Poseedor, meta, receptor)	NO: porque la aplicativa no puede ser hermana de v, dicha posición está ocupada por el subevento resultativo.	SÍ
Aplicativa alta “ensandwichada”	Lectura de afectación	SÍ	NO: porque no hay subevento resultativo, esta aplicativa requiere la estructura de (19b).
Aplicativa alta no subordinada	Lectura de causante involuntario	SÍ	NO: esta lectura se obtiene cuando el dativo posee el evento completo de cambio de estado. De otro modo, una aplicativa alta no subordinada recibe la lectura de experimentante.
	Lectura de experimentante	NO	SÍ

Puesto que la lectura de causante involuntario y la de afectación requieren el mismo tipo de estructura compleja, y puesto que las anticausativas no marcadas

rechazan los dativos causantes, cabe esperar que rechacen también la lectura de afectación y que acepten, en cambio, la de posesión y la de experimentante, comportándose así como las inacusativas puras (monoeventivas). De este modo, las “inacusativas sin *se*” quedarían unificadas. Consideremos los siguientes ejemplos:

(26) a. A Sol le engordó el gato.

- i. Lectura de afectación: Sol obtuvo un gato gordo
- ii. *Posesión dinámica: *obtuvo un gato
- iii. Posesión estática: el gato de Sol engordó
- iv. Experimentante: Sol experimentó el aumento de peso del gato.

b. A Sol le engordó la cara.

- i. Afectación: Sol obtuvo una cara gorda.
- ii. *Posesión dinámica: *obtuvo una cara
- iii. Posesión estática: Engordó la cara de Sol
- iv. Experimentante: Sol experimentó el aumento de volumen de su cara.

La lectura de posesión dinámica (transferencia) queda descartada en (26a-b), pero resulta difícil elegir entre las otras tres: todas parecen posibles a primera vista. La lectura de posesión –estática, en este caso– y experimentante no son incompatibles sino que, de hecho, esperamos que si una es posible, la otra también lo sea. Así, el problema es determinar si la lectura de afectación está disponible por sí misma o si la interpretación “afectada” que podemos atribuirle a Sol en ambas oraciones se deriva exclusivamente de la relación de posesión que mantiene con su gato y con su cara.

Existe un problema añadido, y es que siendo *engordar* un verbo de comportamiento aspectual variable no hay un telos inherente, lo cual dificulta la lectura de afectación. Nótese, sin embargo, que los verbos de comportamiento variable de la clase A legitiman fácilmente esta lectura:

(27) A Sol se le ha enfriado el café.

Consideremos ahora los ejemplos de (28):

(28) a. A Cora le cambió la vida.

Lectura de afectación: obtuvo una vida cambiada / diferente.

*Posesión dinámica: obtuvo una vida.

Posesión estática: La vida de Cora cambió.

Lectura de experimentante: Cora experimentó el cambio de su vida.

b. A Cora le cambió el clima en Nueva York de un día para otro.

??Lectura de afectación: Cora obtuvo un clima cambiado

*Lectura de posesión dinámica: obtuvo un clima.

*Lectura de posesión estática: el clima de Cora cambió.

Lectura de experimentante: Cora experimentó el cambio del clima.

El ejemplo de (28a) resulta tan ambiguo como los de (26). Sin embargo, en (28b) observamos que no es posible obtener una interpretación afectada del dativo si no hay una relación de posesión entre éste y el objeto. Eso parece indicar que las aplicativas de estos ejemplos no se corresponden con la estructura de (19b), sino con la de (21c) o (24b). El contraste resulta más evidente en la clase C:

(29) a. ??A Romeo le despertó Julieta.

i. *Afectación: obtuvo a Julieta despierta.

ii. *Posesión dinámica: obtuvo a Julieta.

iii. *Posesión estática: la Julieta de Romeo despertó.

iv. Experimentante: Romeo experimentó el despertar de Julieta.

b. A Romeo se le despertó Julieta.

i. Afectación: obtuvo a Julieta despierta.

ii. *Posesión dinámica: obtuvo a Julieta.

iii. *Posesión estática: la Julieta de Romeo despertó.

iv. *Experimentante: Romeo experimentó el despertar de Julieta.

En (29a) la lectura afectada desaparece al no haber relación de posesión, mientras que en (29b) se mantiene a pesar de que no hay posesión. Esto sugiere que, efectivamente, no hay dativos afectados en ausencia de *se*, a menos que la afectación pueda inferirse de la posesión.

8.2.1.3. Conclusiones

En conclusión, hemos identificado una diferencia sintáctica entre las anticausativas marcadas y las no marcadas: las primeras legitiman dativos causantes y afectados; en cambio, las segundas rechazan ambos, exhibiendo el mismo comportamiento que las inacusativas puras.

De acuerdo con el análisis de Cuervo (2003) de las aplicativas, la (in)compatibilidad con estos dativos refleja una diferencia en la estructura eventiva: los dativos causantes y afectados requieren una estructura bieventiva, mientras que los posesivos y experimentantes requieren una monoeventiva.

Sin embargo, en el apartado siguiente comprobaremos que los otros diagnósticos que identifican la presencia de un subevento resultativo se contradicen con el diagnóstico de los dativos y apuntan a que todas las anticausativas, con y sin *se*, tienen una estructura compleja.

Tras discutir en el apartado 3 los datos y las consecuencias teóricas de la hipótesis que estamos explorando, llegaremos a la conclusión de que la diferencia entre la presencia / ausencia de *se* no radica estrictamente en la presencia / ausencia de un subevento resultativo, lo que hace necesario buscar una explicación alternativa para el contraste de los dativos.

8.2.2. Modificadores del estado resultante

8.2.2.1. La ambigüedad de ‘otra vez’

Las locuciones adverbiales *otra vez* y *de nuevo* constituyen un diagnóstico clásico para determinar la presencia de un subevento resultativo. Pueden ser ambiguas entre dos lecturas (Dowty, 1979; McCawley, 1971; von Stechow, 1996), dependiendo del ámbito que ejerzan: en la lectura repetitiva, el adverbio domina el evento completo y denota que éste ha tenido lugar previamente (30); en la lectura restitutiva, domina el resultado e indica que el objeto vuelve a un estado en el que se encontraba anteriormente (31).

(30) a. [otra vez [Sv dinámico [Sv resultado]]]

b. Nerea cerró la puerta otra vez.

Lectura repetitiva: Nerea ya había realizado la acción de cerrar la puerta antes.

(31) a. [Sv dinámico [otra vez [Sv resultado]]]

b. Nerea cerró la puerta otra vez.

Lectura restitutiva: La puerta ya había estado cerrada antes y recuperó este estado.

En (32) observamos que las anticausativas marcadas se comportan como la causativa de (30-31) respecto a la ambigüedad del adverbio, lo cual indica que constan de dos subeventos. Esto es independiente de que el verbo derive de un adjetivo de escala abierta o cerrada.

(32) a. La puerta se cerró otra vez.

i. Repetitiva: el evento de cambio había tenido lugar antes.

ii. Restitutiva: la puerta volvió a su estado cerrado original.

b. La luz se apagó otra vez.

Repetitiva / restitutiva

c. El té se enfrió otra vez.

Repetitiva / restitutiva

El estado resultante tiene que ser reversible para que el adverbio sea aceptable; es decir, la puerta tiene que poder “dejar de estar cerrada” para poder “volver a estar cerrada”. En (33) vemos que el incumplimiento de esta condición es lo que causa la inaceptabilidad de la lectura restitutiva –e incluso de la repetitiva– con otros verbos de la clase A:

(33) a. #El cadáver se pudrió otra vez.

b. #La estatua de hielo se derritió otra vez.

Pasamos ahora a estudiar el comportamiento de las anticausativas no marcadas:

(34) Sol enfermó otra vez.

i. Repetitiva: Sol había enfermado antes (más saliente).

ii. ?Restitutiva: Sol volvió a su estado de enfermedad anterior.

(35) a. Drácula rejuveneció de nuevo.

i. Repetitiva: Ya rejuvenecido antes.

ii. Restitutiva: redundante a causa del prefijo re-.

b. Jesús resucitó de nuevo.

i. Repetitiva: Jesús ya había resucitado antes.

ii. *Restitutiva: Jesús volvió a su estado “resucitado” original”.

Dado que los logros (34) denotan el instante inicial del estado resultante, sin diferenciar fases en el evento de cambio, resulta muy difícil distinguir ambas lecturas. Sin embargo, no es posible descartar que *enfermó otra vez* signifique “volvió a estar enfermo” o, dicho de otro modo, el problema parece estar más relacionado con la identificación de una fase previa que con la supuesta ausencia de un resultado. En cuanto a los ejemplos de (35), el prefijo *re-* hace que el propio verbo signifique “volver al estado anterior”, por lo que *otra vez* sólo puede tener alcance sobre el evento completo. Así, el propio prefijo demuestra la presencia del subevento resultativo:

(36) [otra vez [Sv dinámico [re- [resultado *joven*]]]].

Con los verbos de comportamiento aspectual variable, la lectura restitutiva de *otra vez* no es la más saliente, pero no queda descartada. Esto tiene que ver con la ausencia de un telos inherente, pero no demuestra que no haya un subevento con un resultado comparativo:

(37) a. Después del embarazo, Yuridia adelgazó de nuevo.

i. Repetitiva (más saliente).

ii. Restitutiva: Yuridia volvió a su estado de delgadez original.

b. Después de la boda, Javi engordó de nuevo.

i. Repetitiva (más saliente).

ii. Restitutiva: Javi volvió a su estado de gordura original.

Los verbos de comportamiento aspectual variable en la clase C evidencian más claramente el hecho de que con *se* la lectura preferida es la restitutiva, mientras que sin

se, es la repetitiva. Seguramente esto se deriva de las propiedades aspectuales del clítico: si este facilita la identificación de un estado final estándar, también facilita, naturalmente, la interpretación restitutiva de dicho estado final estándar:

- (38) a. La chimenea ennegreció otra vez.
- i. Repetitiva: El evento de ennegrecimiento había tenido lugar antes (más saliente).
 - ii. ?Restitutiva: la chimenea volvió a su color negro original.
- b. El paciente mejoró otra vez.
- i. Repetitiva: ya había mejorado antes (más saliente).
 - ii. ?Restitutiva: volvió a su anterior estado bueno de salud.
- c. La herida cicatrizó otra vez.
- i. Repetitiva. Más saliente.
 - ii. Restitutiva.
- (39) a. La chimenea se ennegreció otra vez.
- i. Repetitiva: El evento de ennegrecimiento había tenido lugar antes.
 - ii. Restitutiva: la chimenea volvió a su color negro original (más saliente).
- b. El paciente se mejoró otra vez.
- i. Repetitiva: ya había mejorado antes.
 - ii. Restitutiva: volvió a su anterior estado bueno de salud (más saliente).
- c. La herida se cicatrizó otra vez.
- Repetitiva / Restitutiva (más saliente).

El verbo *despertar(se)*, presenta un contraste similar. En este caso, no se trata de una cuestión de telicidad, sino de que la presencia de *se* permite oponer las dos fases del cambio, lo cual favorece o facilita la lectura restitutiva de *otra vez*.

- (40) a. Víctor despertó otra vez.
- i. Repetitiva: había despertado anteriormente (más saliente).
 - ii. ??Volvió a su estado “despierto” anterior.
- b. Víctor se despertó otra vez.
- i. Repetitiva: había despertado anteriormente.
 - ii. Volvió a su estado “despierto” anterior (más saliente).

Los verbos hervir (clase B) y reventar (clase C) rechazan el diagnóstico porque no dan lugar a estados reversibles (41). Por otra parte, los verbos *cambiar*, *aumentar* y *disminuir*, que no presentan ese problema, tampoco lo superan (42):

(41) a. Después de que viniera el fontanero, la tubería (se) reventó de nuevo.

Repetitiva / *Restitutiva.

b. El agua hirvió de nuevo.

Repetitiva / *restitutiva.

(42) a. Después la ola de frío, el clima cambió otra vez.

i. Repetitiva: El clima había cambiado antes.

ii. *Restitutiva: El clima volvió a su estado “cambiado” original.

b. La temperatura aumentó otra vez.

i. Repetitiva: la temperatura había aumentado antes.

ii. *Restitutiva: la temperatura volvió a su estado “aumentado” original.

En principio, los datos de (42) parecen contradecir los de (34-39), pues esperaríamos que estos verbos, como los otros, aceptaran la modificación del subevento resultativo. No obstante, en el capítulo 9 veremos que el problema de (42) reside en que estos verbos no denotan la propiedad que cambia (carecen de dimensión escalar), lo que impide identificar a qué estado resultante concreto se vuelve con *otra vez*, es decir, es imposible determinar si en (42a) el clima vuelve a estar frío o cálido, o si en (42b) la temperatura vuelve a estar a 25 grados o a 30.

En definitiva, de los pocos verbos que conforman las clases B y C, hay al menos cinco (41-42) con los que el diagnóstico no es aplicable. Hemos comprobado que los logros sin *se* no permiten diferenciar fácilmente las dos lecturas de *otra vez* (34), mientras que la adición de *se* ayuda a contrastar las fases del evento y, en consecuencia, a distinguir las lecturas (40). Esto no significa que la ausencia de *se* conlleve la ausencia de un subevento resultativo, más bien parece que sin *se* dicho subevento está presente pero no se contrapone a una fase previa. Finalmente, los verbos de comportamiento aspectual variable no dan resultados nítidos con *otra vez* porque carecen de una delimitación inherente. En este caso, hemos comprobado una vez más que la presencia de *se* contribuye a la identificación de un telos, lo cual contribuye a identificar el

subevento resultativo. No obstante, los datos de (37-38) no demuestran, tampoco, que la ausencia de *se* refleje una estructura monoeventiva.

8.2.2.2. *La ambigüedad de ‘durante’*

Como es sabido, los complementos del tipo *durante x tiempo* miden la duración de los procesos, pero no la duración de los eventos delimitados –que seleccionan *en*–. Con estos últimos, *durante* solo puede medir la duración del estado resultante, siempre y cuando haya uno en la sintaxis (cf. capítulo 7, apartado 7.2.2.).

- (43) a. Cris escribió la carta durante una hora \neq la carta estuvo escrita una hora.
 b. Cris apagó la luz durante una hora = la luz estuvo apagada una hora.

Una vez más, es importante destacar que esta lectura solo es posible si el estado resultante es reversible: en (43b), la luz puede permanecer apagada durante un tiempo para luego dejar de estar apagada, mientras que en (44) resulta absurdo medir la duración de un estado que, de acuerdo con nuestro conocimiento del mundo, no va a cesar:

- (44) *La carne se calcinó durante una hora \neq estuvo calcinada durante una hora
 (estuvo calcinada permanentemente, no solo durante una hora).

Salvo que se incumpla la condición de la reversibilidad, los verbos de la clase A admiten regularmente la modificación del resultado mediante *durante*:

- (45) a. El bar se vació durante una hora = estuvo vacío una hora.
 b. El agua se enturbió durante una hora = estuvo turbia una hora.
 c. El billete de metro se encareció durante un año = estuvo caro un año.
 d. Pepe se enfadó durante una hora = estuvo enfadado una hora.
 e. La puerta se cerró durante una hora = estuvo cerrada una hora.

En cuanto a los verbos que participan de la alternancia lábil, observamos que este diagnóstico ofrece resultados muy similares al de *otra vez*. En primer lugar, se confirma que tanto los verbos con el prefijo *re-* (46) como los derivados de adjetivos de

escala cerrada (*enfermar*, (47)) tienen un estado resultante, cuya duración podemos medir:

- (46) a. Jesús resucitó durante tres días.
b. Drácula rejuveneció durante tres días.
- (47) a. Sol enfermó durante dos meses.
b. Patricia enmudeció durante diez minutos.

En segundo lugar, con los verbos de comportamiento aspectual variable observamos, de nuevo, que la lectura en que el modificador tiene ámbito sobre el resultado es posible (48b-c), aunque no sea la preferida (48a):

- (48) a. Luisa adelgazó durante un año.
Lectura proceso (más saliente) / Lectura de duración del ER (menos saliente).
- b. Luisa siempre había sido gorda. De pronto, con la adolescencia, adelgazó durante unos años, pero más tarde volvió a engordar.
- c. Los precios aumentaron durante un año.
Lectura proceso (más saliente) / Lectura de duración del ER (menos saliente).

En (48a) la lectura de duración del resultado no es la más saliente e, incluso, puede parecer que no esté disponible, pero en (48b-c) se comprueba que, en realidad, está legitimada. Se trata, de nuevo, de un problema aspectual, no de un problema con la estructura eventiva: al no haber un telos inherente, la lectura de duración del resultado es menos natural. Esto se observa más claramente con los verbos de comportamiento aspectual variable en la clase C: en la variante sin *se*, la lectura más saliente es la de proceso, mientras que en la variante con *se* la lectura más saliente es la de resultado, tal y como sucedía con *otra vez*:

- (49) a. El paciente mejoró durante una semana.
Lectura de proceso (más saliente) / Lectura de duración del ER (menos saliente).

- b. El paciente se mejoró durante una semana.

*Lectura de proceso / Lectura de duración del ER

- (50) a. La pared ennegreció durante cinco años.

Lectura de proceso (más saliente) / Lectura de duración del ER (menos saliente).

- b. El cielo se ennegreció durante tres horas.

*Lectura de proceso / Lectura de duración del ER

Estos datos confirman el contraste aspectual relacionado con la presencia / ausencia de *se*, pero no argumentan a favor de la hipótesis de la ausencia de un estado resultante en las anticausativas no marcadas. *Despertar(se)* también confirma el contraste aspectual relacionado con las fases de los logros, pues, si bien la lectura de duración del resultado no es imposible sin *se*, es mucho más saliente con *se*:

- (51) a. ??Víctor despertó durante una hora.

- b. Víctor se despertó durante una hora.

Para terminar, *hervir* y *reventar* rechazan este diagnóstico, como el de *otra vez*, porque no son reversibles (52). En cambio, *cambiar* acepta la modificación del resultado con *durante*, a pesar de rechazar la modificación con *otra vez*, siempre y cuando la propiedad específica que define el estado pueda recuperarse contextualmente (53):

- (52) a. *El agua hirvió durante una hora.

- b. *La presa (se) reventó durante una hora.

- (53) El clima cambió durante una semana.

(Contexto: estábamos a 40 grados, pero refrescó durante una semana).

En conclusión, si bien algunos verbos presentan ciertos problemas específicos, los datos de los modificadores apuntan a que todas las anticausativas, con y sin *se*, cuentan con un subevento resultativo. Esto se contradice con los datos del diagnóstico de los dativos, que sugiere que dicho subevento está ausente en ausencia de *se*. Si

ambos diagnósticos sirven, supuestamente, al mismo propósito, tal contradicción resulta inesperada, a menos que reinterpretemos en otros términos alguno de los dos.

En el siguiente apartado, revisaremos un tercer diagnóstico que inclina la balanza a favor de la presencia de un estado resultante en todas las anticausativas.

En el apartado 2.4., revisaremos y descartaremos otros diagnósticos que se han manejado en la bibliografía con el fin de identificar el subevento resultativo. A continuación, en el apartado 3, sopesaremos las consecuencias teóricas de la hipótesis del contraste en la estructura eventiva y buscaremos la solución menos problemática para resolver el conflicto entre los resultados de los modificadores y los obtenidos de los dativos. Llegaremos a la conclusión de que la hipótesis carece del suficiente apoyo empírico y de que acarrea, además, una serie de consecuencias difíciles de asumir. El capítulo siguiente presenta nuevos factores que influyen en la marcación morfológica de la alternancia y plantea una hipótesis alternativa, la de las condiciones de materialización, que da cuenta de los patrones que venimos desentrañando desde el capítulo 6.

8.2.3. La construcción <estar + participio>

Este test se ha empleado para diferenciar los verbos de tema incremental y los de cambio de estado en función de la ausencia / presencia de un estado resultante¹⁰. La mención del estado resultante puede parecer poco aceptable si no es relevante informativamente (cf. Grimshaw y Vikner, 1993; Ackerman y Goldberg, 1996; Marín, 2000). Los predicados télicos con temas afectados propician la inferencia de un estado resultante que, sin embargo, no está codificado lingüísticamente: el subevento resultativo tiene que ser accesible mediante adverbios como *otra vez*, por ejemplo, para que se haga patente su entidad sintáctica.

Los ejemplos a continuación muestran que todas las variantes inacusativas de los verbos alternantes superan satisfactoriamente este diagnóstico, independientemente de la presencia / ausencia de *se*:

(Clase A)

- (54) a. El té se ha enfriado => está frío
- b. El bar se ha vaciado => está vacío

¹⁰ Otros autores como Alexiadou y Anagnostopoulou (2004) también lo han utilizado como test de telicidad.

- c. El jarrón se ha roto => está roto
- d. El barco se ha hundido => está hundido

(Clase B)

- (55) a. Luisa ha engordado => está (más) gorda
 b. Luisa ha envejecido => está (más) vieja
 c. Las verduras han hervido => están hervidas
 d. Sol ha enfermado => está enferma

(Clase C)

- (56) a. La tubería (se) ha reventado => está reventada
 b. Mis dientes (se) han ennegrecido => están ennegrecidos
 c. El paciente (se) ha mejorado => está mejor
 d. La herida (se) ha cicatrizado => está cicatrizada

Los verbos *aumentar* y *disminuir* rechazan la construcción de <estar + participio> porque no denotan la dimensión de la propiedad ni, por tanto, la propiedad del estado (57) (cf. capítulo 9). Sin embargo, *cambiar*, que presenta la misma anomalía, acepta esta construcción (58). Presumiblemente, la razón es que *cambiar* sí denota un conjunto ordenado de grados, que se limita a dos (escala de dos puntos): el estado resultante al que da lugar es uno que se define simplemente como “distinto” del anterior respecto a una propiedad no especificada.

- (57) Los precios aumentaron => ??están aumentados

- (58) {Diana / mi vida} cambió => está cambiada (diferente de cómo fuese antes).

Este diagnóstico apunta, nuevamente, a que no existen diferencias en la estructura eventiva de las anticausativas marcadas y no marcadas, es decir, a que ambas contienen un estado resultante.

8.2.4. Otros diagnósticos para identificar el subevento resultativo

8.2.4.1. La ambigüedad de ‘casi’

Cuervo (2003) emplea el adverbio *casi* para identificar el número de subeventos que contiene un predicado, en función de si tiene ámbito sobre el evento causativo / dinámico –lectura contrafactual- o sobre el evento resultativo –lectura escalar- (59):

(Cuervo 2003: 137)

(59) La puerta casi se cierra con el viento.

- i. La puerta estuvo a punto de cerrarse, pero no lo hizo. (Ámbito sobre el evento superior).
- ii. La puerta se cerró parcialmente, pero no del todo. (Ámbito sobre el evento inferior).

Sin embargo, *casi* no es en realidad sensible a la presencia de un estado resultante: la lectura contrafactual está siempre disponible (60-61), mientras que en la escalar *casi* requiere eventos durativos y télicos, pero no necesariamente resultativos, cuya extensión delimitada modifica (Dowty, 1979; Pustejovsky, 1991):

(60) a. Miguel casi sale.

Contrafactual / *escalar

b. Miguel casi escribe un cómic.

Contrafactual / escalar

(61) a. La ropa casi se seca.

Contrafactual / escalar

b. La herida casi (se) cicatriza.

Contrafactual / escalar

Recordemos que en los apartados 7.5.1. y 7.5.2. del capítulo 7 hemos observado un contraste en los logros tal que la presencia de *se* legitima la lectura escalar de *casi*, así como la aceptabilidad de otros diagnósticos sensibles a la duración del evento. Sin embargo, en esos apartados llegamos a la conclusión de que los contrastes se deben a la

diferenciación de las fases del evento de cambio, no a que los logros se vuelvan durativos ni a que adquieran un subevento resultativo del que carecieran en la versión sin *se*.¹¹

Así, considero que la ambigüedad de *casi* no sirve para diagnosticar la estructura eventiva de las construcciones.

8.2.4.2. *Sintagmas nominales escuetos*

Cuervo (2003) emplea los sintagmas nominales escuetos como diagnóstico para determinar la estructura eventiva de una construcción. Cuervo asume que hay dos posiciones en las que puede proyectarse el argumento interno: una es la posición de complemento del verbo, la otra es la posición de sujeto de una cláusula reducida (es decir, del subevento resultativo). En esta segunda posición, el argumento interno es en realidad el sujeto de una predicación (*inner subject*) y, como tal, según Cuervo, presenta un comportamiento distinto del de los objetos canónicos. La principal diferencia consiste en que los sujetos de las cláusulas reducidas no pueden ser sintagmas nominales escuetos.

Así pues, Cuervo se apoya en el contraste de (62-63), también observado por Masullo (1992:272), para defender que (62) es una estructura monoeventiva con un argumento interno canónico, mientras que (63) es una estructura bieventiva con un “sujeto interno” y una cláusula reducida:

(62) a. Anoche cayeron piedras. (Cuervo, 2003: 139)

b. [vP_{GO} [v_{GO}] [DP]]

(63) a. *Se derritió manteca.

b. [vP_{GO} [v_{GO}][vP_{BE} [DP [v_{BE}]]]]

¹¹ Martin y Schäfer (2013, 2014) utilizan este diagnóstico para defender que no hay diferencias en la estructura eventiva de las anticausativas marcadas y no marcadas (contra LyD 2010) y señalan que en la clase C la presencia / ausencia del clítico no da lugar a un contraste respecto a la legitimación de la lectura escalar (*La branche a failli (se) casser*; MyS, 2013: 14). Si bien coincido con estos autores en que no hay diferencias en la estructura eventiva, discrepo en que este sea un diagnóstico apropiado para demostrarlo.

No obstante, considero que este diagnóstico tampoco es válido para testar la estructura eventiva porque el contraste no es robusto. A mi juicio, los ejemplos de (64) son gramaticales, de modo que las anticausativas marcadas admiten sintagmas nominales escuetos como sujeto:

- (64) a. Se derritieron icebergs durante el verano.
 b. Se hundieron barcos durante la tormenta.
 c. Se abrieron grietas a causa del terremoto.
 d. Se secaron cosechas tras la última sequía.
 e. Se vieron olas de hasta nueve metros, se rompieron diques y varias carreteras quedaron incomunicadas.¹²
 f. Allí, en la primera riada, se hundieron casas en la calle del Matadero.¹³
 g. Se cabreó gente en la reunión.

Cuervo añade que las causativas tienen la misma estructura que las anticausativas y que, por tanto, también tienen un “sujeto interno” incapaz de realizarse como sintagma nominal escueto:

- (65) a. *El sol derritió manteca.
 b. Juan derritió manteca.

La oración de (65b) es gramatical porque el sujeto humano permite que se reinterprete como una realización, y no como un verbo de cambio de estado. Es decir, según Cuervo, los verbos causativos no admiten que sus complementos directos sean escuetos, a diferencia del resto de verbos transitivos. Sin embargo, discrepo una vez más con su juicio:

- (66) Cada estornudo de Dios provocaba tempestades que hundían barcos y asustaban a las sirenas.¹⁴

¹² El País, 30/12/1980.

¹³ Oral. Conversación 10, Universidad de Alcalá de Henares (CREA).

¹⁴ García Soubriet, Sonia (1990): *Bruna*, Barcelona, Anagrama.

Por su parte, las anticausativas no marcadas admiten sintagmas nominales escuetos sin dificultad (67) así como las variantes con y sin *se* de la clase C (68), si bien en (69) observamos que los nombres de masa resultan menos aceptables con *se* que sin *se*:

(67) Han cambiado cosas alrededor, pero la razón de fondo es la misma.¹⁵

(68) a. (Se) reventaron presas.

b. (Se) mejoraron pacientes.

c. (Se) cicatrizaron heridas.

(69) a. Enmoheció {pan / fruta / harina / carne}.

b. ??Se enmoheció {pan / fruta / harina / carne}.

En definitiva, descarto este diagnóstico porque discrepo con los juicios de gramaticalidad que lo motivan.

8.2.4.3. Labelle y Doron (2010) y el “énfasis en el estado resultante”

Como ya he adelantado anteriormente, Labelle y Doron (2010), retomando ideas y argumentos de Labelle (1992), defienden que la diferencia entre las anticausativas marcadas y las no marcadas reside en que las primeras denotan eventos externamente causados y enfatizan el estado resultante, mientras que las segundas denotan eventos internamente causados y focalizan el proceso. Más concretamente, en su propuesta, las anticausativas marcadas carecen de un subevento dinámico y se diferencian de las no marcadas respecto a la posición en la que se proyecta la raíz.

En otras palabras, mientras que Cuervo propone que las construcciones con *se* constan de dos subeventos, a diferencia de las inacusativas puras, Labelle y Doron proponen que las anticausativas no marcadas son las que tienen una proyección extra que denota el proceso. Para ilustrar este contraste entre la focalización sobre el proceso o sobre el resultado, las autoras aportan una serie de datos que revisamos a continuación.

¹⁵ Fotogramas nº 1921, 11/2003.

Labelle y Doron retoman el contraste de (70), previamente observado por Zibri-Hertz (1986) y Labelle (1992): el verbo *muer*, que pertenece a la clase C en francés, debe construirse como no pronominal en ausencia de un complemento perfectivo (70a), y como pronominal en presencia de tal complemento (70b):

- (70) a. La chenille {a mué / *s'est muée}.
 La oruga ha mutado / se.es mutada.
- b. La chenille {*a mué / s'est muée} en un papillon aux couleurs chatoyantes.
 La oruga ha mutado / se.es mutada en una mariposa de colores brillantes.

Las autoras explican que la variante no pronominal describe un proceso dinámico, mientras que la pronominal expresa un subevento de cambio: la presencia de un modificador del estado resultante obliga a la presencia de *se*.

Sin embargo, Martin y Schäfer (2013, 2014) aportan ejemplos de anticausativas sin *se* que legitiman este tipo de complementos (71) y defienden, siguiendo a Zibri-Hertz (1987), que en su variante no pronominal el verbo *muer* es en realidad inergativo.¹⁶ En (72-73) observamos que en español también es posible encontrar este tipo de complementos independientemente de la presencia del clítico:

(MyS, 2013: 17)

- (71) a. Jadis réputé pour sa formule café et dessert, le [restaurant] Léopard
 Antaño reputado por su fórmula café y postre, el restaurante Léopard
 a mué en un hybride.
 ha mutado en un híbrido
- b. Il a mué en un bon groupe de rock.
 Él ha mutado en un buen grupo de rock.
- c. La voix a mué en croassement démoniaque.
 La voz ha mutado en graznido demoníaco.

(72) El vaso (se) reventó en mil pedazos.

(73) a. Durante dos o tres milenios la práctica establecida fue, como se ha visto, el

¹⁶ De hecho, apuntan que solo *muer en* puede ser transitivizado.

calentamiento en un horno, hasta fusión, de unas determinadas piedras, con lo que se conseguía el flujo de un líquido que solidificaba en un metal rojizo.¹⁷

- b. Porque el espíritu se solidifica en la palabra y la palabra se solidifica en la materia.¹⁸

Labelle (1992) observa que los verbos de la clase C requieren el clítico en sus usos metafóricos. La autora explica que, al no haber un proceso de cambio “real” en estos casos, la presencia de *se* queda vetada:

- (74) a. La sauce s’epaissit.

La salsa se espesa

- b. La nuit *(s’) epaissit.

La noche se espesa

No obstante, en español (75-76) los usos metafóricos pueden, en realidad, admitir o rechazar el clítico:¹⁹

- (75) a. Víctor estaba harto y al final (*se) reventó y llamó ‘idiota’ a su jefe.

- b. Aunque son muy distintos, su relación (*se) cuajó y han acabado casándose.

- c. Finalmente, las nuevas ideas estéticas (*se) cristalizaron y dieron lugar al Modernismo.

- (76) a. Las líneas se adelgazan.

- b. [...] La sangre se engorda en las venas, se eriza el alma [...].²⁰

¹⁷ Banda, Enric y Torné, Montserrat (1997): *Geología*, Madrid, Santillana.

¹⁸ Amezttoy, Begoña (2001): *Escuela de mujeres*, Madrid, Oberón, Grupo Anaya.

¹⁹ No creo que quitar el clítico resulte en la gramaticalidad con estos ejemplos del CREA. Nótese que con el *se* aspectual sucede lo mismo: a veces los usos metafóricos lo rechazan (i) y otras lo requieren (ii):

- (i) a. Fulanito (*se) me cayó bien.

- b. A Pepita (*se) le vino la regla con trece años.

- (ii) a. *(Me) muero de hambre.

- b. El mar *(se) tragó el barco.

- c. El vino *(me) ha subido a la cabeza.

- d. Jaimito *(se) saltó / fumó la clase.

²⁰ Amestoy Egiguren, Ignacio (1989): *Durango, un sueño. 1439. La utopía se acaba esta noche*, Madrid, Primer Acto.

c. [...] aquella caverna [...] donde sus días se enmohecían desde hacía veinte años [...].²¹

Así pues, se observan tendencias, pero no contrastes robustos, en relación con las pruebas aportadas por Labelle (1992) y Labelle y Doron (2010). Los diagnósticos que proporcionan no son concluyentes y no tenemos claro siquiera que funcionen como verdaderos diagnósticos de resultatividad: los modificadores del resultado pueden estar introduciendo el estado por sí mismos y la distribución del clítico en los usos metafóricos es altamente irregular.

8.3. PROBLEMAS TEÓRICOS DE LA HIPÓTESIS DE LA ESTRUCTURA EVENTIVA Y CONCLUSIONES

El contraste entre las anticausativas marcadas y no marcadas en relación con la interpretación de las aplicativas da pie a pensar que la estructura eventiva de ambas puede ser diferente. No obstante, el resto de diagnósticos a los que hemos recurrido para comprobar la validez de esa hipótesis señalan a la dirección contraria: todas las anticausativas, con y sin *se*, encierran una estructura compleja, es decir, contienen un subevento resultativo.

Además de carecer del suficiente apoyo empírico, esta hipótesis trae consigo dos problemas teóricos graves que resumo a continuación.

En primer lugar, esta hipótesis implica la existencia de dos procesos distintos para la alternancia dentro de una misma lengua, es decir, implica que la alternancia anticausativa y la lábil son fenómenos distintos. Por un lado, los verbos de la clase A (*romperse*) sufren una alternancia que afecta a su estructura argumental, pero no a su estructura eventiva (que es siempre compleja); por otro lado, los verbos de la clase B (*cambiar*) habrían de sufrir una alternancia que afectara a su estructura argumental y, además, a su estructura eventiva. De este modo, en el primer caso la “causativización” consiste solo en la adición de un argumento, mientras que en el segundo caso habría de consistir en la adición de un argumento y un subevento (resultativo). Finalmente, para explicar la alternancia de los verbos de la clase C sería necesario postular que participan

²¹ Díez Rodríguez, Luis Mateo (1986): *La fuente de la edad*, Madrid, Alfaguara (1993).

de tres estructuras distintas: monoeventiva inacusativa sin *se*, bieventiva inacusativa con *se* y bieventiva transitiva.

La hipótesis de que la alternancia anticausativa y la lábil son fenómenos distintos es en sí misma controvertida, pues la alternancia causativo-inacusativa es un fenómeno universal y regular para el que esperamos cierto grado de uniformidad; no obstante, no hay razón para suponer que deba funcionar exactamente igual en todas las lenguas del mundo o, incluso, dentro de una misma lengua. Si asumimos que las anticausativas no marcadas son más simples que las marcadas, podemos buscar una relación entre eso y el hecho de que, en su mayoría, tengan un menor grado de causalidad (cf. capítulo 6). En otras palabras, cabría suponer que existe un vínculo entre la complejidad estructural (y conceptual) de un verbo, su codificación por defecto como transitivo o inacusativo y el hecho de que no necesite una marca formal en su variante por defecto. El español contaría solo con una veintena de verbos entre las clases B y C para los que esto fuera aplicable, aunque podrían compararse con los pocos verbos inacusativos puros que participan de la alternancia supletiva (*salir / sacar*) o que pueden alternar de manera marginal (*Juan entró las sillas en la habitación*, *Early summer heat blossomed the flowers*, cf. capítulo 3). Ahora bien, aunque fuera posible justificar a nivel teórico dos análisis independientes para la alternancia lábil y la anticausativa, considero que es una vía demasiado arriesgada a falta de un apoyo empírico sólido.

El segundo problema que plantea la hipótesis del contraste en la estructura eventiva es que obliga a un tratamiento no unificado de los verbos deadjetivales. Así, sería necesario dividir en dos la clase de los verbos derivados de adjetivos de escala abierta: los del tipo *envejecer* tendrían una estructura monoeventiva frente a los del tipo *ensanchar(se)*, que tendrían una estructura bieventiva. Del mismo modo, unos verbos derivados de escala cerrada tendrían una estructura simple (*enfermar*), mientras que otros tendrían una estructura compleja (*enfadar(se)*). Puesto que carecemos de datos suficientes para defender que *envejecer* y *ensanchar(se)* por un lado y *enfermar* y *enfadar(se)* por otro respondan a estructuras subeventivas distintas, considero que es preferible apostar por un análisis que trate conjuntamente los verbos deadjetivales y, por ende, los verbos de cambio de estado. Nótese, de hecho, que la hipótesis del contraste en la estructura eventiva también implica que no todos los verbos de cambio de estado tienen un estado resultante, lo cual dificulta, en última instancia, su caracterización como clase.

En definitiva, la cuestión es la siguiente: las aplicativas evidencian un contraste sistemático relacionado con la presencia / ausencia de *se*. Asumiendo que la interpretación de los dativos es configuracional y depende de la estructura eventiva, la explicación más natural para dicho contraste es que la presencia / ausencia de *se* refleja la presencia / ausencia de un subevento resultativo en la estructura. No obstante, no tenemos ninguna prueba empírica adicional que confirme esta hipótesis, la cual acarrea, además, problemas teóricos serios. En consecuencia, considero que la hipótesis del contraste en la estructura eventiva debe ser rechazada y asumo que todas las anticausativas, con y sin *se*, contienen un estado resultante, a pesar de que eso nos deja, por el momento, sin una explicación para el contraste de los dativos.

CAPÍTULO 9

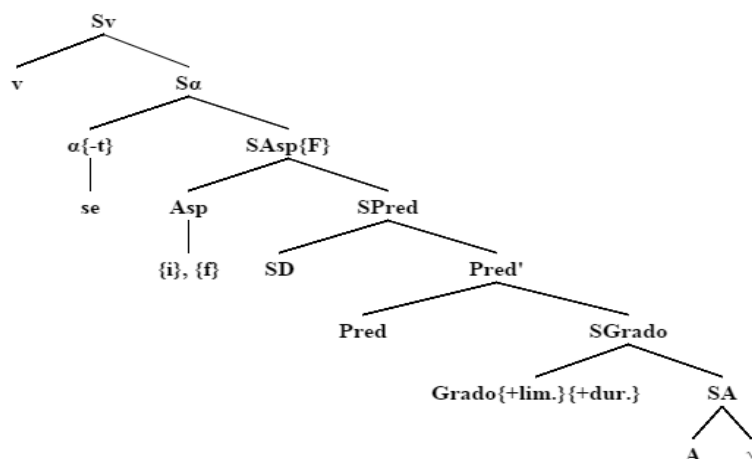
LA HIPÓTESIS DE LAS CONDICIONES DE MATERIALIZACIÓN. PROPUESTA DE ANÁLISIS

Los tres capítulos anteriores han sido dedicados a contrastar el comportamiento de las anticausativas marcadas y no marcadas con dos objetivos: i) explicar la coexistencia de dos mecanismos en español, y ii) identificar la función específica de *se* como marca regular de la alternancia.

Hemos comprobado que la distribución de \emptyset y *se* está determinada, fundamentalmente, por dos factores. El primero de ellos, relativo a la conceptualización de los eventos y la frecuencia de usos causativos, es altamente idiosincrásico, mientras que el segundo, relativo al aspecto, es sistemático y tiene consecuencias sintácticas. Así mismo, hemos comprobado que tanto las anticausativas marcadas como las no marcadas cuentan con un subevento resultativo. La conclusión fundamental que hemos alcanzado es que *se* tiene una doble función: está relacionado con la ausencia de argumento externo (inacusatividad, diátesis) y con el aspecto.

El análisis que propongo en este capítulo trata de manera uniforme las anticausativas marcadas y no marcadas, al tiempo que da cuenta de la distribución de *se* y \emptyset en términos de condiciones de materialización para un mismo núcleo funcional (α). Como vemos en (1), dicho núcleo se halla entre *v* pequeña y *SAsp*, lo que explica configuracionalmente la relación de *se* con la diátesis $-\alpha$ tiene un rasgo $\{-t\}$ que provoca la no inserción de *Voz-* y con el aspecto $-\alpha$ domina *SAsp-*.

(1)



El apartado 1 resume las ideas centrales de los capítulos 6, 7 y 8, que quedan explicadas como condiciones de materialización de un núcleo funcional asociado a la diátesis e introduce, además, dos factores adicionales que parecen influir en la persistencia de ciertos verbos en la alternancia lábil. El apartado 2, profundiza en la estructura interna de los verbos deadjetivales y define el papel que desempeña *se* en los eventos de cambio de estado. El apartado 3 retoma el problema de los dativos (cf. capítulo 8), y presenta una solución basada en el aspecto. El apartado 4 presenta las estructuras arbóreas correspondientes a las anticausativas con y sin *se*. El apartado 5 contiene una revisión de crítica de aquellas propuestas previas que guardan mayor relación con la que se defiende en este capítulo. Finalmente, el apartado 6 recapitula las conclusiones.

9.1. LAS CONDICIONES DE MATERIALIZACIÓN

En el capítulo 6 vimos que la distribución de *se* y \emptyset está, en parte, determinada por la manera en que los hablantes conceptualizan los eventos y por la frecuencia con la que emplean el verbo en su variante causativa (cf. Haspelmath, 1993; Haspelmath et al., 2013; Heidinger, 2015). La tendencia general es que los verbos que se conceptualizan como “espontáneos” son más propensos a emplearse como intransitivos. Esto repercute en la expresión formal, dado que no se emplea morfología extra para marcar la variante “más esperable”.

Se trata de una tendencia tipológica fuerte que no debe ser obviada por ningún análisis de la alternancia; no obstante, tampoco debe olvidarse que no se trata de una regla sistemática, sino de un factor idiosincrásico. Recordemos que, en realidad, son muy pocos los verbos que prescinden de *se* en español, pues el clítico se ha extendido como marca regular de la alternancia a verbos que, como por ejemplo *podrir(se)*, son poco usados como causativos y denotan eventos altamente espontáneos.

Tras haber discutido los inconvenientes de formalizar la conceptualización de los eventos en términos de la dicotomía causa interna / externa (cf. capítulo 6, apartado 6.2.3.), considero más apropiado expresarla como parte de las condiciones de materialización de un núcleo funcional (α) relacionado con la diátesis.

El núcleo $\alpha\{\pm t\}$ es responsable de la asignación de acusativo (López, 2012; cf. capítulo 1), y de la presencia / ausencia de Voz. El rasgo $\{\pm t(\text{ransitivo})\}$ es una

formalización de los sabores de *v* pequeña: {+t} permite que *v* asigne acusativo y es compatible con Voz; en cambio, {-t} no asigna acusativo y es incompatible con Voz, por lo que da lugar a construcciones inacusativas. En español, la materialización de {+t} es Ø, mientras que *se* y Ø compiten por lexicalizar {-t}.¹

A diferencia de la sintaxis, la forma fonética puede verse fácilmente condicionada por factores idiosincrásicos como los que venimos describiendo: si bien *se* es el exponente elegido de manera regular como materialización de $\alpha\{-t\}$, Ø persiste o gana la competición en caso de que el verbo en cuestión se conceptualice como espontáneo y se emplee básicamente como intransitivo.

En el capítulo 8 hemos visto que el aspecto es el otro factor crucial en la competencia entre Ø y *se*, lo cual queda explicado configuracionalmente en (1), dado que α domina SAsp. Recordemos brevemente los efectos aspectuales asociados con la presencia / ausencia de *se*. En primer lugar, los verbos de comportamiento variable sin *se* (clases B y C) admiten las siguientes interpretaciones: i) una lectura de actividad (*Mejoró durante una semana*); ii) una lectura de logro (*Mejoró el viernes*); y iii) una lectura de realización, siempre y cuando aparezca un complemento de medida (*En tres días mejoró lo bastante como para recibir el alta*) –dicho complemento no obliga a la aparición de *se*–.

En segundo lugar, los verbos de comportamiento variable con *se* (clases A y C) admiten i) una lectura de actividad, con dificultades (*??El té se enfrió durante diez minutos*); ii) una lectura de logro (*En el momento en que me senté junto al fuego, se me calentaron las manos*); y iii) una lectura de realización para la que no es necesaria la aparición de un complemento de medida (*El té se enfrió en diez minutos*).

En tercer lugar, *se* queda vetado en los contextos atéllicos –*Puso la ropa a secar* (**se*)– con todos los verbos durativos (clases A, B y C), ya sean derivados de adjetivos de escala abierta o de escala cerrada.

Finalmente, con los logros sin *se* (clases B y C), los modificadores adquieren lectura de preámbulo (*Despertó en diez minutos*), es decir, se orientan al momento de inicio. En cambio, con los logros con *se* (clases A, B y C), los modificadores adquieren una lectura de cámara lenta o una falsa lectura de realización (*Se despertó en diez minutos*), es decir, se orientan al momento final.

¹ La “espontaneidad” queda gramaticalizada como un diacrítico en la entrada léxica del verbo, lo cual permite formalizar la competición.

Así pues, la relación entre *se* y el aspecto no es siempre la misma, a primera vista: con los verbos de comportamiento variable se asocia a la delimitación del evento, mientras que con los logros se asocia a las fases, inicial y final, del evento. Esta es una de las razones por las que no considero apropiado ubicar *se* directamente en SAsp. La otra razón es que desde esa posición resulta prácticamente imposible explicar la distribución complementaria de *se* y el argumento externo. Considero crucial, por tanto, ubicar *se* en una posición “intermedia” del árbol: si lo situamos en una posición alta – por ejemplo, SVoz–, damos cuenta de la diátesis, pero no del aspecto, mientras que en una posición baja sucede lo contrario. En α *se* está relacionado con la ausencia de argumento externo ({-t}) y domina SAsp, seleccionando así un tipo de propiedades aspectuales.

Sin embargo, esto no explica completamente el comportamiento aspectual de los verbos alternantes. Para comprender los diferentes efectos que produce *se* en combinación con eventos puntuales y durativos, es necesario desarrollar un análisis más detallado de los verbos deadjetivales (cf. apartado 2).

Mientras que en la clase C la distribución de \emptyset y *se* está verdaderamente determinada por el aspecto, en las clases A y B \emptyset y *se* están gramaticalizados principalmente como marcas diatéticas, sensibles a las propiedades aspectuales de la construcción. Por esta razón, considero que el aspecto es un factor que condiciona la materialización fonética del núcleo responsable de la diátesis: \emptyset y *se* son dos expresiones distintas de un mismo fenómeno y la elección entre uno y otro se ve influenciada por el contexto sintáctico.

En el capítulo 8 llegamos a la conclusión de que los verbos de cambio de *estado* contienen un *estado* resultante, lo cual los define como clase y les permite alternar: tienen una estructura eventiva compleja, formada por un subevento dinámico y uno estativo entre los que se interpreta una relación causa-efecto, y pueden incluir o no un argumento que origine el evento:

- (2) [(argumento externo) [Sv [v-dinámico]][SPred estado resultante]]]

De acuerdo con (2), las variantes causativas e inacusativas de la alternancia tienen la misma estructura, salvo por la presencia / ausencia del argumento externo (cf.

Levin y Rappaport-Hovav, 1995; Alexiadou et al., 2006,2016; entre otros).² Sin embargo, hemos comprobado que la elección entre *se* y \emptyset tiene consecuencias sobre la identificación de las fases de los logros y da lugar a un contraste robusto en relación con la interpretación de las aplicativas, lo cual parece indicar que la estructura eventiva está de algún modo implicada. En el apartado 2 veremos que el problema deriva directamente de la estructura interna de los verbos de adjetivales.

En definitiva, mi hipótesis es que \emptyset y *se* son dos exponentes que compiten por materializar el núcleo responsable de la (no) inserción de Voz. La elección entre uno u otro depende de la conceptualización del evento, la frecuencia de usos causativos y el aspecto. En las siguientes secciones presento dos factores adicionales que parecen contribuir a la persistencia de \emptyset en la clase B, frenando la extensión de *se* como marca regular de la alternancia.

9.1.1. Verbos que carecen de dimensión escalar

Como vimos en los capítulos 1 y 7, los verbos de cambio de estado lexicalizan una escala de propiedad (cf. Rappaport-Hovav, 2008). De acuerdo con Kennedy y McNally (2005), dichas escalas se caracterizan por los siguientes tres parámetros: i) tienen una dimensión de medida (la propiedad), ii) constan de un conjunto de grados, y iii) establecen una relación de orden entre los grados.

No obstante, Fleishhauer y Gamerschlag (2014) llaman la atención sobre ciertos verbos de cambio de estado del alemán que no cumplen con los tres parámetros, y defienden que dichos verbos lexicalizan la escala dejando algunos parámetros infra-especificados.

Así, el verbo *verfärben* (‘cambiar de color’) denota una escala que cumple solo dos de los parámetros –cuenta con un conjunto de grados y con una dimensión (propiedad cromática)– y carece del tercero –no establece una relación de orden entre los grados–. En (3), el argumento cambia a un color que, en este caso, se especifica mediante un adjunto, pero no hay una dirección en el cambio: la camisa puede pasar de rojo a rosa, de azul a amarillo, etc. porque los colores no están ordenados jerárquicamente, a diferencia de los grados de temperatura, gordura, edad, etc.

² En otras lenguas, como por ejemplo el Hindi-Urdu, no obstante, la alternancia funciona como un mecanismo de causativización en el que se añade un subevento y un argumento a una estructura simple.

(FyG, 2014: 33)

(3) Nach dem Waschen hat sich das Hemd blau verfärbt.

Tras el lavado ha REFL la camisa azul cambiado.de.color

‘Después del lavado, la camisa ha cambiado a color azul / se ha vuelto azul’.

El verbo *steigen* (‘elevar’, ‘aumentar’, ‘subir’) –y otros como *zunehmen* (‘aumentar’) y *fallen* (‘caer’)—, por su parte, no denota ninguno de los tres parámetros de la escala. En (4) la dimensión de la escala y el conjunto de grados vienen dados por el argumento (precio, temperatura), pero no por el verbo: al cambiar el argumento cambia la escala –(a) frente a (b)—.³ No hay, además, una relación de orden, pues el verbo especifica exclusivamente la dirección (ascendente) del cambio. Lo mismo ocurre exactamente con los verbos *aumentar* y *disminuir* del español: en (5a-d) observamos que cada argumento aporta una dimensión de medida diferente –número, caudal, temperatura, pasión—, un conjunto de grados y una relación de orden entre ellos, mientras que el verbo indica tan solo la dirección del cambio.

(4) a. Der Preis des Apartments steigt.

(FyG, 2014: 34)

el precio de.GEN apartamentos aumenta

‘El precio de los apartamentos está aumentando’.

b. Der Druck in der Kabine steigt.

La presión en la cabina aumenta

‘La presión en la cabina está aumentando’.

(5) a. El número de becarios ha disminuido dramáticamente.

b. El caudal del río Moldava disminuyó el pasado verano.

c. La temperatura de la biblioteca está disminuyendo.

d. Su pasión por la literatura fue disminuyendo con los años.

El verbo (*sich*) *ändern* (‘cambiar’) (6), igual que el verbo *cambiar* del español (7), solo denota el conjunto de grados –que se limita a dos (*two-point scale*)—, pero no aporta por sí mismo la dimensión de la escala –la cual viene dada, de nuevo, por el

³ Nótese que el hecho de que el argumento pueda contribuir a la información escalar está relacionado con que ésta se predica de él y ambos forman un constituyente.

argumento— ni la relación de orden entre los grados, ni tampoco la dirección del cambio. Nótese que los argumentos de (7c-d) ni siquiera aportan una dimensión de medida o una relación de orden: en (7c) mi vida pasa de tener una propiedad no especificada a tener otra diferente, y en (7d) el clima pasa de ser una manera no especificada a ser de otra. Es decir, este verbo denota un cambio del tipo $A \rightarrow B$ sin especificar qué propiedad define A ni qué propiedad define B.

(6) Die Temperatur ändert sich.

(FyG, 2014: 39)

La temperatura cambia REFL

‘La temperatura está cambiando’.

(7) a. La temperatura ha cambiado.

b. El color de mi pelo está cambiando.

c. Mi vida cambió cuando terminé la tesis.

d. El clima cambió de un día para otro.

Recordemos el peculiar comportamiento de *cambiar* ante el diagnóstico de los modificadores del estado resultante: rechaza la lectura restitutiva de *otra vez*, pero acepta la lectura de duración del resultado de *durante* si el contexto lo permite. Repetimos los ejemplos a continuación:

(8) a. El color de mi pelo cambió otra vez \rightarrow volvió a ser ¿rubio? ¿negro? ¿naranja?

b. La temperatura cambió otra vez \rightarrow volvió a ser ¿cálida? ¿fría?

(9) El clima cambió durante una semana.

\rightarrow hacía mucho calor, después refrescó durante una semana

\rightarrow hacía mucho frío, después la temperatura se templó durante una semana.

\rightarrow hacía bueno, después estuvo lloviendo una semana.

En (8) la razón de que la lectura restitutiva de *otra vez* no esté disponible no es que no haya un estado resultante, sino que la propiedad de dicho estado no viene definida por el verbo —a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en *la temperatura se*

enfrió otra vez—. Lo que ocurre con *durante* en (9) es que la propiedad del estado resultante puede obtenerse del contexto, lo que permite medir su duración.

Con *aumentar* y *disminuir* sucede algo similar: la lectura restitutiva de *otra vez* y la de duración del estado con *durante* son posibles, pero no son las más salientes porque no se define el resultado (10-11). La propiedad la da el argumento y, puesto que solo se denota la dirección del cambio, solo sabemos si el resultado consiste en un grado alto o bajo de la propiedad expresada por el SD. Nótese que en la lectura restitutiva de *otra vez* no es posible determinar, en realidad, si se recupera el estado anterior o no, es decir, no es posible saber si los precios estaban caros antes, o cómo de caros.

- (10) a. Los precios aumentaron otra vez → se pusieron caros otra vez.
- b. La temperatura aumentó otra vez → hizo calor otra vez.
- c. El paro aumentó otra vez → hubo mucho desempleo otra vez.

- (11) a. Los precios aumentaron durante un año → estuvieron caros un año
- b. La temperatura aumentó durante una semana → hizo calor una semana
- c. El paro disminuyó durante los meses de verano → hubo menos paro en verano

Fleischhauer y Gamerschlag (2014) abogan por un análisis unificado de los verbos de cambio de estado que dé cabida a estos casos particulares; para ello, reemplazan la versión fuerte del Principio de Lexicalización de las Escalas de (12) por la versión débil de (13):

- (12) Lexicalization of scales (*strong version*) (FyG, 2014: 33)

If a change of state verb lexicalizes a scale, all scale parameters are specified in the lexical meaning of the verb.

- (13) Lexicalization of scales (*weak version*) (FyG, 2014: 33)

A change of state verb lexicalizes a scale, even if one or more of the scale parameters remain unspecified in the meaning of the verb.

Esta peculiaridad de *cambiar*, *aumentar* y *disminuir* contribuye, en definitiva a comprender el comportamiento anómalo que estos verbos exhiben ante ciertos diagnósticos. Además, llama la atención que los tres pertenezcan a la clase B en español:⁴ si bien no considero que la ausencia de una dimensión escalar fuerce la ausencia de *se*, tampoco creo que favorezca su presencia, dada la relación que el clítico mantiene con la resultatividad. Al fin y al cabo, *cambiar*, *aumentar* y *disminuir* presentan una irregularidad que los aleja del patrón estándar de los verbos de cambio de estado, cuya marca regular en la variante inacusativa es *se*.

9.1.2. La dicotomía IL/SL en relación con los cambios de estado

Desde Milsark (1974), la dicotomía ‘predicado de estadio’ (PE, *stage level predicate*) / ‘predicado de individuo’ (PI, *individual level predicate*) ha sido definida en función de dos parámetros diferentes.⁵ El primero de ellos establece que un PI se predica directamente del individuo, clasificándolo dentro de un conjunto, mientras que un PE se predica de un estado en el que se encuentra el individuo (cf. Carlson, 1977; Higginbotham y Ramchand, 1996). El segundo de ellos atiende a que los PI son potencialmente persistentes⁶ –aunque no necesariamente: *yo era rubia de pequeña*–, mientras que los PE tienen limitaciones temporales –aunque puedan ser permanentes: *Kafka está muerto*–, en el sentido de que la propiedad puede cambiar o ser la consecuencia de un cambio.⁷ Esta última perspectiva ha dado lugar a numerosos análisis de la dicotomía basados en el aspecto (cf. Luján, 1981; Fernández Leborans, 1995, entre otros).

De acuerdo con esta caracterización, los verbos de cambio de estado se relacionan de manera natural con las predicaciones de estadio.⁸ Sin embargo, en la clase

⁴ No así en alemán, por ejemplo, pues (*sich*) *ändern* pertenece a la clase A.

⁵ Este breve apartado no puede hacer justicia a la inmensa cantidad de trabajos que versan sobre los predicados de individuo y estadio. Refiero al lector a Marín (2000), Arche (2012) y Fábregas (2012) para un panorama general.

⁶ Véase Arche (2012) para una revisión crítica de las nociones “permanente / transitorio” en relación con la dicotomía PI / PE.

⁷ Marín (2010) refina estas intuiciones y defiende que los PPEE son estados temporalmente delimitados, mientras que los PPII son estados no delimitados que dan lugar, por tanto, a una inferencia de persistencia temporal. Para Leborans (1995), los PPII se conciben al margen de un cambio, lo que no significa que no sean susceptibles de sufrir un cambio; por su parte, los PPEE implican una transición, es decir, implican dinamicidad, pero no necesariamente un telos.

⁸ Los adjetivos PI no dan lugar a verbos de cambio de estado (cf. Luján, 1981) –**Alfredo inteligenteó*–, aunque sí pueden participar de construcciones analíticas formadas por un verbo pseudo-copulativo con *se*

B encontramos un reducido grupo de verbos capaces de denotar un cambio en una propiedad de individuo: *enmudecer*, *enloquecer*, *enfermar*, *rejuvenecer* y *envejecer*. Estos verbos denotan un cambio que señala el comienzo o la adquisición de una propiedad de individuo, la cual clasifica al argumento interno dentro del conjunto de la gente joven o vieja, de la gente que no puede hablar o de la gente que padece una enfermedad crónica o una enfermedad mental. Si bien estas propiedades son la consecuencia de un cambio previo y pueden, en ese sentido, interpretarse como PPEE, considero que se predicen directamente del argumento, y no de un estadio del argumento.

Los adjetivos del español suelen dividirse en tres clases atendiendo a la dicotomía PI / PE (cf. Luján, 1981; Fernández Leborans, 1999): los adjetivos PI sólo se combinan con *ser* (*madrileño*), los adjetivos PE sólo se combinan con *estar* (*borracho*) y los adjetivos “ambivalentes” pueden combinarse con ambas cópulas (*guapo*). De este modo, *viejo*, *joven* y *mudo* pueden considerarse adjetivos ambivalentes (14), mientras que *loco* y *enfermo* son adjetivos PE (15):

- (14) a. Clint Eastwood {es / está} muy viejo.
 b. Jordi Hurtado {es / está} joven.
 c. La Sirenita {es / está} muda durante media película.
- (15) a. Michael J. Fox {*es / está} enfermo de Parkinson.
 b. Ofelia {*es / está} loca.

De acuerdo con Marín (2010), los adjetivos ambivalentes pueden dividirse en dos grupos si se aplican otros diagnósticos de PE / PI además de los verbos copulativos. Así, un adjetivo como *nervioso* es verdaderamente ambivalente porque, además de combinarse con *estar*, puede aparecer en otros contextos de PE: es compatible con verbos pseudo-copulativos que seleccionan PE (16a), puede funcionar como complemento predicativo (16b), funciona como complemento de los verbos *tener* y *dejar* (16c), aparece en construcciones de participio absoluto (16d) y en construcciones introducidas por *con* (16e):

–*Alfredo se volvió inteligente*–. De acuerdo con Fernández Leborans (1995), cuando una propiedad se predica de un individuo mediante *estar*, se interpreta como el resultado de un evento previo.

- (16) a. Pepe se puso nervioso.
 b. Llegó a su casa nervioso. (Marín, 2010: 319)
 c. Tú tenías a tu madre nerviosa.
 d. Batman, una vez nervioso...
 e. Con el jefe nervioso, no se puede trabajar.

En cambio, un adjetivo como *viejo* no es propiamente ambivalente porque rechaza todos los contextos de PE, a pesar de ser compatible con *estar*. Lo mismo sucede con *joven* y *mudo*:⁹

- (17) a. *{Se puso / anda / sigue} {viejo / mudo}.
 b. Llegó a su casa {*viejo / ??mudo}.
 c. *Tú tenías a tu madre {vieja / muda}.
 d. Clint Eastwood, una vez {*viejo / ??mudo}...
 e. Con el jefe {*viejo / ??mudo}, es mejor no trabajar.

Así pues, los verbos *envejecer*, *rejuvenecer* y *enmudecer* derivan de adjetivos que denotan propiedades de individuo. Por su parte, *loco* presenta un comportamiento anómalo:¹⁰ no se combina con *ser*, pero tampoco es aceptable en los contextos de PE.

- (18) a. Ofelia se volvió loca.
 b. ??Nerea escribió la tesis loca.
 c. *En esa época tenías a tu madre loca en el hospital.
 d. *Ofelia, una vez loca...
 e. *Con el jefe loco, no se puede trabajar.

A pesar de que *enfermo* nunca puede funcionar como un adjetivo IL, el verbo *enfermar* solo se utiliza con el significado de que la salud del individuo ha cambiado

⁹ Marín explica que, no siendo *viejo* un verdadero adjetivo ambivalente, su compatibilidad con *estar* se debe a la distinción entre “norma general” (expresada mediante *ser*) y “norma individual” (expresada mediante *estar*) (cf. Falk, 1979; Clements, 1988). La “norma general” establece una comparación entre un individuo y otros de su misma clase para clasificarlo, mientras que la “norma individual” establece una comparación entre el estado en que se encuentra un individuo y el estado en el que sería esperable que se encontrara de manera habitual. De este modo, cuando decimos que alguien *está viejo* queremos decir que parece más viejo de lo que debiera, de acuerdo con su verdadera edad.

¹⁰ Cf. Morimoto y Pavón Lucero (2007).

drásticamente a consecuencia de una enfermedad crónica o grave (19), es decir, para expresar que alguien “se ha convertido en un enfermo”. Para expresar que la persona padece una enfermedad leve y pasajera, es necesario emplear la forma analítica *ponerse enfermo* (20).

- (19) a. Cuando mi madre enfermó de tuberculosis, él se ocupó ya para siempre de lavar la ropa [...].¹¹
 b. Nada le valió y enfermó grave y murió malamente.¹²
- (20) a. Ayer {me puse enfermo / #enfermé} y me perdí el concierto de *SBSM*.
 b. Cada vez que Víctor come cebolla, {se pone enfermo / #enferma}.

En muchas variedades americanas, este verbo pertenece a la clase C, lo cual permite observar un interesante contraste: la variante sin *se* es empleada exclusivamente con el significado de PI, mientras que la variante con *se* es la elegida para el significado PE.¹³

(México)

- (21) a. Durante el trayecto, Loaisa enfermó y murió en mitad del océano [...].¹⁴
 b. Moholy-Nagy no pudo disfrutar de los mejores tiempos de esta institución [...] pues en 1945 enfermó de leucemia y falleció en noviembre de 1946.¹⁵
- (22) a. Las autoridades de salud pública de Japón entraron hoy rápidamente en acción para atacar una bacteria que intoxicó a más de 6,000 personas en el sur del país, en su mayoría niños, que se enfermaron después de un almuerzo escolar.¹⁶
 b. Obviamente el arroz se le batió, la carne se le saló y el postre se le quemó. [...] Por supuesto esa tarde toda la familia se enfermó del estómago.¹⁷

¹¹ Boadella, Albert (2001): *Memorias de un bufón*, Madrid, Espasa Calpe.

¹² Luján, Néstor (1991): *Los espejos paralelos*, Barcelona, Planeta.

¹³ No he encontrado ejemplos en CREA sin *se* y con significado de PE. Por supuesto, para profundizar en esta cuestión es necesario realizar un estudio dialectológico detallado que excede los límites de esta tesis.

¹⁴ Miralles, Juan (2001): *Hernán Cortés. Inventor de México*, Barcelona: Tusquets (2002).

¹⁵ Salinas Flores, Óscar (1992): *Historia del diseño industrial*, México D.F.: Trillas.

¹⁶ Diario de Yucatán, 23/07/1996 : Brote de intoxicación por alimentos causa gran alarma en Japón. (Méjico).

¹⁷ Esquivel, Laura (1989): *Como agua para chocolate*, Barcelona: Grijalbo Mondadori (1995).

En cambio, en las variedades en las que *enfermar* pertenece a la clase A no se aprecia ningún contraste:

(Colombia)

- (23) a. Debido a que el Concejal Roberto Correa se enfermó y no pudo asistir a la reunión que tenía programada [...].¹⁸
 b. El [contador] que traía se enfermó de malaria y quedó hospitalizado en la Guayana.¹⁹

La idea común que subyace a la mayoría de los análisis de la dicotomía PI / PE es que los PI son más simples que los PE.²⁰ Siguiendo a Hale y Keyser (2002), algunas propuestas recientes (Arche, 2006; Gallego y Uriagereka, 2009; Brucart, 2010; Fábregas, 2012) defienden que los PE se construyen sobre los PI añadiendo una proyección sintáctica que introduce una preposición de coincidencia terminal. En otras palabras, las propiedades de individuo se predicen directamente del argumento –o a través de una preposición de coincidencia central–, mientras que los PE contienen una capa extra que en Fábregas (2012), por ejemplo, se realiza como Aspecto y restringe la denotación de su complemento –el estado PI– al tiempo que lo relaciona con una situación diferente, bloqueando así la interpretación de la propiedad como “permanente”.

Un estudio mucho más profundo de lo que puede abarcar esta tesis es necesario para trasladar la problemática PI / PE a la estructura interna de los verbos deadjetivales. Estos denotan un cambio, ergo el subevento resultativo denotado por el adjetivo expresa necesariamente un estado derivado de ese cambio, un estado con una limitación aspectual dada por el propio cambio. No obstante, los verbos que nos ocupan en esta sección parecen caracterizar al individuo directamente, en lugar de caracterizar la situación en la que este se encuentra. Por el momento, no tengo una solución a este problema, por lo que me limito tan solo a señalar que esta peculiaridad semántica de los verbos como *enfermar* y *envejecer* los aleja del prototipo de los verbos de cambio de

¹⁸ El Tiempo, 18/04/1997 : Concejales piden aumento...

¹⁹ Mutis, Álvaro (1988): *Ilona llega con la lluvia*, Madrid: Mondadori.

²⁰ Esto explica, entre otras cosas, por qué su distribución está menos restringida (cf. Gallego y Uriagereka, 2009).

estado y que ello puede ser considerado como un factor favorecedor de la persistencia de \emptyset frente a *se*, es decir, de su pertenencia a la clase B. Dejo, pues, abiertas las preguntas sobre por qué un adjetivo PI como *viejo* puede dar lugar a un verbo de cambio de estado, en contra de lo esperable (**Alfredo se inteligenteó*) y por qué el verbo *enfermar*, derivado de un adjetivo PE exhibe el comportamiento semántico que evidencian los ejemplos anteriores.

En definitiva, en este apartado hemos reinterpretado la hipótesis de la conceptualización y la hipótesis del contraste aspectual en términos de la hipótesis de las condiciones de materialización, y hemos presentado otros dos factores que presumiblemente influyen en la persistencia de ciertos verbos en la alternancia lábil: la ausencia de una dimensión escalar y la capacidad denotar un cambio en una propiedad de individuo.

9.2. LOGROS, ESTADOS Y ESCALAS EN LOS VERBOS DEADJETIVALES

Recordemos que los verbos deadjetivales son los únicos que lexicalizan la escala que mide el evento (cf. capítulo 1 y apartado 2.1. del capítulo 7) y que, de acuerdo con Rothstein (2004) y Kearns (2007), se componen de una sucesión (i)limitada de logros (L), cada uno de los cuales va seguido por un estado resultante comparativo (E_+). Si la escala es cerrada, la iteración de logros se detiene un momento dado –representado mediante el símbolo \parallel en (24)–, seguido por un “último” estado resultante, que se corresponde con la forma positiva del adjetivo (E_{ADJETIVO}). Llamaré “estado terminativo” a aquél tras el cual la sucesión de logros no continúa. El esquema de (24a) representa, en aislamiento, la secuencia compleja [logro [estado]] y el de (24b) representa la iteración limitada de dicha secuencia.

- (24) a. $L \rightarrow E$
 b. $L_1 \rightarrow E_{+\text{seco}}, L_2 \rightarrow E_{+\text{seco}}, L_3 \rightarrow E_{+\text{seco}} \parallel L_4 \rightarrow E_{\text{SECO}}^{21}$ ‘secar’

Nótese que esto supone tomar un evento de por sí complejo (24b) y repetirlo hasta un límite, creando una realización. Una realización es un proceso seguido de un

²¹ La numeración de los logros se incluye simplemente para representar que se trata de una repetición ordenada, no con la intención de establecer el número concreto de veces que se repite un logro.

telos pero, en este caso, el proceso está compuesto por una sucesión de eventos y el telos coincide con un logro seguido de un estado:

$$(25) [[L [E]] [L [E]] [L [E]] [L [E]] [L [E]] [L [E]] [L [E]]] \parallel [L [E]]$$

Proceso

telos - resultado

Recordemos que todos los verbos durativos derivados de adjetivos de escala cerrada, es decir, todos los que responden al patrón de (24b-25) se encuentran en la clase A. La hipótesis que defenderé en este apartado es que el clítico *se* es sensible a la configuración $\langle E \parallel L - E \rangle$ que en (25) aparece en negrita.

Por su parte, los derivados de adjetivos de escala abierta carecen de un telos inherente, luego se corresponden con el esquema de (26):

$$(26) L_1 \rightarrow E_{+viejo}, L_2 \rightarrow E_{+viejo}, L_3 \rightarrow E_{+viejo} \dots \quad \text{'envejecer'}$$

Los complementos de medida añaden un telos (\parallel) y miden el proceso previo, pero no van seguidos de un estado resultante: simplemente miden cuántos estados comparativos ha habido antes de se detuviera la repetición de eventos de cambio.

$$(27) L_1 \rightarrow E_{+1año}, L_2 \rightarrow E_{+1año}, L_3 \rightarrow E_{+1año} \parallel \quad \text{'envejecer tres años'}$$

El esquema de (27) no contiene una secuencia del tipo $\langle E \parallel L - E \rangle$, y esta es la razón por la que los complementos de medida no fuerzan la aparición de *se*, pese a que aportan una delimitación para el evento.

Dado que el clítico *se* se ha extendido como marca regular de la alternancia, es decir, como realización fonética de $\alpha_{\{-t\}}$, casi todos los verbos derivados de adjetivos de escala abierta lo llevan, a pesar de carecer de un telos inherente —aquéllos que persisten en las clases B y C son los que se conceptualizan como espontáneos y se emplean menos frecuentemente como causativos—. No obstante, en el capítulo 7 hemos comprobado que la presencia de *se* facilita la identificación de un estado resultante estándar y las lecturas de realización con los verbos del tipo *enfriar*. Eso se debe a que *se* selecciona una configuración del tipo $\langle E \parallel L - E \rangle$; así, cuando aparece con un verbo que tiene una estructura del tipo (26), lo que hace es legitimar que (26) se interprete

como (24b), con un “último” logro en la repetición y un “último” estado que, en este caso, se interpreta como un grado estándar, en lugar de como el grado máximo, de la propiedad:

$$(28) L_1 \rightarrow E_{+\text{frío}}, L_2 \rightarrow E_{+\text{frío}}, L_3 \rightarrow E_{+\text{frío}} \parallel L_4 \rightarrow E_{\text{FRÍO(estándar)}} \quad \text{‘enfriarse’}$$

En la clase C, donde hay verdadera competencia, la distribución entre \emptyset y *se* está completamente determinada por el aspecto. En cambio, en la clase A *se* ya es una marca diatética regular que se combina con todo tipo de verbos, sin importar su telicidad inherente. Aun así, su presencia preserva un efecto aspectual, de tal manera que *enfriarse* no necesita un complemento de medida para poder dar lugar a la lectura de realización, al contrario que *envejecer*. Además, recordemos que *se* resulta agramatical cuando se subordina a un verbo que selecciona predicados atéllicos: en ese caso, el “último” logro queda cancelado:

(29) a. Poner la ropa a secar(*se).

$$b. [\text{poner a } [L_1 \rightarrow E_{+\text{seco}}, L_2 \rightarrow E_{+\text{seco}}, L_3 \rightarrow E_{+\text{seco}} \dots \parallel L_4 \rightarrow E_{\text{SECO}}]]$$

Las estructuras de (24b) y (26) se obtienen a partir de (24a) por repetición: el adjetivo proyecta una escala (SGrado), abierta o cerrada ($\{\pm\text{limitado}\}$), de varios puntos ($\{+\text{durativo}\}$), cada uno de los cuales supone una iteración del evento de (24a):

$$(30) [\text{SGrado } [\text{Grado}_{\{\pm\text{limitado}\}}, \{+\text{durativo}\}] [\text{AP}]]$$

Por su parte, los logros de cambio de estado responden simplemente al esquema de (24a), que repito en (31): una transición y un resultado.²²

$$(31) L \rightarrow E_{\text{DESPIERTO}} \quad \text{‘despertar’}$$

Estos logros denotan un cambio del tipo $A \rightarrow B$. En (31), E denota la propiedad que se obtiene (B), mientras que el estado previo al cambio (A) se presupone. La

²² Considero que solo los logros de cambio de estado tienen un estado resultante, no así los logros del tipo *marcar un gol*, *alcanzar la cima*, *dar un salto*, etc.

transición (L) es un subevento dinámico momentáneo o de duración muy reducida; se interpreta, de hecho, como un instante o, dicho de otro modo, (31) se interpreta como un estado delimitado en el inicio, un estado que comienza, como vemos en (32) –el símbolo \vdash representa la delimitación inicial del estado (línea discontinua)–:

$$(32) \vdash \text{-----} E_{\text{DESPIERTO}} \text{-----} \quad \text{‘despertar’}$$

En el capítulo 7 llegamos a la conclusión de que el clítico *se* permite diferenciar las fases de un logro de cambio de estado, contrastando el estado resultante con el estado previo. Así pues, supongamos que la interpretación que obtenemos de un logro con *se* es la de (33-34):

$$(33) E_{\text{DORMIDO}} L \rightarrow E_{\text{DESPIERTO}} \quad \text{‘despertarse’}$$

$$(34) E_{\text{DORMIDO}} \dashv L \vdash E_{\text{DESPIERTO}}$$

En (34), el símbolo \dashv representa el final del estado previo; de este modo, a diferencia de lo que sucede en (32), el logro señala el fin de un estado y el inicio de otro, en ese orden. Lo importante, por tanto, no es la presencia / ausencia de un estado resultante *strictu sensu* –pues este se encuentra presente tanto en (32) como en (34)–, sino la secuencia $\langle E \parallel L - E \rangle$, que ahora podemos reformular como $\langle E \dashv L \vdash E \rangle$: el símbolo \dashv representa un “doble final”, es decir, un estado concluye (\dashv) y, además, es la última vez que se repite el evento de cambio (\dashv).

Nótese que con los verbos durativos, el primer logro señala solo el inicio del primer estado, mientras que el resto de logros señalan el final del estado comparativo anterior y el inicio del estado comparativo siguiente (35). Esta distinción entre puntos de inicio y puntos de final será relevante en análisis que propondré en el apartado 4.

$$(35) \text{ a. } L_1 \vdash E_{+\text{seco}} \dashv L_2 \vdash E_{+\text{seco}} \dashv L_3 \vdash E_{+\text{seco}} \parallel L_4 \vdash E_{\text{SECO}} \quad \text{‘secarse’}$$

$$\text{ b. } L_1 \vdash E_{+\text{viejo}} \dashv L_2 \vdash E_{+\text{viejo}} \dashv L_3 \vdash E_{+\text{viejo}} \dots \quad \text{‘envejecer’}$$

$$(36) \text{ a. } E_{\text{DORMIDO}} \parallel L \vdash E_{\text{DESPIERTO}} \quad \text{‘despertarse’}$$

$$\text{ b. } L \vdash E_{\text{DESPIERTO}} \quad \text{‘despertar’}$$

El contraste entre (36a) y (36b) permite explicar la interpretación de los modificadores con los logros en función de la presencia / ausencia de *se*.

Recordemos que los modificadores tienen exclusivamente una lectura de preámbulo en ausencia de *se* (37).

- (37) a. Víctor despertó en diez minutos
 (i.e., ‘despertó al cabo de diez minutos’).
 b. Víctor tardó diez minutos en despertar.
 (i.e., ‘despertó al cabo de diez minutos’).
 c. ??Víctor está despertando.
 d. *Víctor terminó de despertar.

Esto se debe a que en una estructura como la de (36b), los modificadores solo tienen acceso al inicio del estado resultante (38):

- (38) diez minutos \rightarrow \vdash despierto

En cambio, en una estructura como la de (36a), los modificadores tienen acceso al final del estado previo, lo cual hace que adquieran lecturas de cámara lenta o lo que hemos llamado “falsas lecturas de realización”: los datos de (39) pueden dar la impresión de que *se* “alarga” la duración del logro, pero lo que sucede es que los modificadores no se orientan hacia un punto de inicio, sino hacia un punto de final (40):

- (39) a. Víctor se despertó en diez minutos.
 b. Víctor tardó diez minutos en despertarse.
 c. Víctor se está despertando.
 d. Víctor terminó de despertarse.

- (40) diez minutos \rightarrow \Vdash L \vdash E

Para explicar la procedencia del contraste entre (36a-b) es necesario reflexionar sobre la noción de escalaridad. Recordemos que desde Beavers (2002, 2008) los autores

concurren en que los logros de cambio de estado lexicalizan una escala de dos puntos²³ (41a), aunque tradicionalmente se han considerado como no escalares, en tanto que derivan de adjetivos no graduables (41b).

- (41) a. [Sv [v] [SPred [Pred] [SGrado^{x2} [Grado] [SA]]]]
 b. [Sv [v] [SPred [Pred][AP]]]

La diferencia es sutil, pues una escala de dos puntos denota una transición del tipo $A \rightarrow B$, mientras que si no hay escala, obtenemos más bien una transición del tipo $\rightarrow B$. Ahora bien, nótese que esa diferencia es precisamente la que expresan los esquemas de (36a-b). De este modo, asumo que la presencia de SGrado obliga a interpretar el estado previo y, crucialmente, el final del estado previo ($\langle E \parallel L \vdash E \rangle$), mientras que la ausencia de SGrado denota una transición simple en la que solo se identifica el inicio del estado resultante ($\langle L \vdash E \rangle$). Así mismo, la presencia / ausencia de SGrado también repercute sobre la duración del evento: sólo (41b) es instantáneo en sentido estricto, mientras que (41a) permite diferenciar al menos dos instantes, el fin de estado previo y el inicio del estado resultante.

En conclusión, con los verbos durativos *se* requiere un estado resultante “último” o “terminativo” –un estado tras el cual no continúe la sucesión de eventos— sumado a los estados comparativos previos, mientras que con los logros, *se* requiere un estado previo con el que contrastar el estado resultante. En los dos casos, *se* necesita ver una estructura del tipo $\langle E \parallel L \vdash E_{\text{TERMINATIVO}} \rangle$, es decir, una estructura con un estado que termina, un estado que comienza y una transición entre ambos (12a, 13a) que se interprete como la última, es decir, con una delimitación (\parallel) que impida que el evento se repita. Lo que *se* rechaza son las configuraciones de (35b) y (36b): en (35b) falta el estado terminativo, en (36b) falta el estado previo.

De este modo quedan capturadas conjuntamente las condiciones aspectuales y las condiciones de estructura eventiva que determinan la distribución de \emptyset y *se*. La elección de un exponente u otro para lexicalizar $\alpha_{\{-t\}}$ depende, por lo tanto, de dos factores fundamentales: i) la conceptualización del evento y la frecuencia con la que el verbo se emplee como causativo / inacusativo; ii) la relación local de α con una estructura eventivo-aspectual del tipo $\langle E \parallel L \vdash E \rangle$. Esta estructura no es otra cosa que la

²³ Ergo la noción de “escalaridad” no implica necesariamente duración.

configuración de un cambio de estado, luego *se* no es otra cosa que la expresión formal regular de una construcción inacusativa ($\alpha_{\{-t\}}$) de cambio de estado.

9.2.1. SAsp y SGrado

MacDonald (2008) considera que las fases gramaticalizadas de los eventos son el inicio y el final. Estos son rasgos eventivos interpretables, visibles para las operaciones sintácticas y los modificadores. Si bien contribuyen a la estructura subeventiva, no constituyen subeventos en sí mismos, es decir, el rasgo $\{i(\text{nicio})\}$ no implica un proceso, y el rasgo $\{f(\text{inal})\}$ no implica un resultado.

En su modelo, SAsp –que él ubica entre *v* pequeña y *V* grande– siempre introduce el rasgo $\{i\}$. Si ningún rasgo $\{f\}$ se incluye en la derivación, el resultado es un predicado de actividad. Si otro núcleo distinto de Asp introduce el rasgo $\{f\}$ –un complemento directo cuatificado, un SP, etc.–, el resultado es una realización. De acuerdo con MacDonald, la relación de mando-*c* entre $\{i\}$ y $\{f\}$ se interpreta como un lapso temporal, es decir, el hecho de que $\{f\}$ no provenga de Asp es lo que aporta duración al evento. En este caso, los modificadores del tipo *en x tiempo* pueden dirigirse tanto a $\{i\}$ –lectura de preámbulo– como a $\{f\}$ –lectura de duración del evento completo–. En cambio, si Asp introduce $\{f\}$ junto con $\{i\}$ el evento se interpreta como puntual, es decir, el inicio coincide con el final. Crucialmente, solo $\{i\}$ proyecta a SAsp ($\text{SAsp}^{(i)}$), de modo que solo $\{i\}$ es visible para los modificadores, lo cual explica que los logros legitimen típicamente lecturas de preámbulo.

Este modelo, con ligeras modificaciones, permite formalizar los esquemas eventivo-aspectuales descritos en la sección anterior. Supongamos que un logro de cambio de estado tiene la siguiente estructura:²⁴

- (42) a. $L \vdash \rightarrow E$
 b. $[Sv [v] [\text{SAsp}^{(i)} [\text{Asp}_{\{i\}, \{f\}}][\text{SPred}]]]$

²⁴ MacDonald escinde el núcleo Asp en dos rasgos ($[\text{Asp } [i] [f]]$). En mi análisis trato $\{i\}$ y $\{f\}$ como dos rasgos en Asp, sin escindir el núcleo.

La iteración de logros conlleva, como he explicado, el fin de un estado y el comienzo del siguiente ($\langle E \dashv L \vdash E \rangle$). Esto puede formalizarse mediante una “inversión” de los rasgos en Asp. Es decir, a partir del segundo logro, el rasgo que se proyecta a SAsp es $\{f\}$, no $\{i\}$:

- (43) a. $L^{\{i\}} \vdash \rightarrow E_+ \dashv \{f\} L^{\{i\}} \vdash \rightarrow E_+ \dashv \{f\} L^{\{i\}} \vdash \rightarrow E_+ \dashv \{f\} L^{\{i\}} \vdash \rightarrow E_+ \dots$
 b. $[Sv [v] [SAsp^{\{f\}} [Asp_{\{i, \{f\}}][SPred]]]$

No obstante, esto no explica por sí solo todos nuestros problemas. La estructura de (43) es válida para un verbo durativo sin *se* (*envejecer*) pero un verbo durativo con *se* requiere, como hemos visto, una delimitación extra, es decir, no basta con $\{f\}$ en Asp, sino que hemos de obtener un $\{f\}$ adicional desde otro núcleo, para legitimar la lectura de realización. Este núcleo es Grado, que denota la escala del adjetivo. Si la escala es cerrada, SGrado aporta un $\{f\}$ que señala el punto a partir del cual cesa la iteración de logros (\parallel).

- (44) $[SGrado [Grado_{\{+dur.\}, \{f\}}] [SA]]$

En (44), Grado denota una escala cerrada ($\{f\}$) de múltiples puntos ($\{+dur(ativo)\}$). Esto conlleva que el evento complejo [logro [estado]] se repita un número limitado de veces, luego el rasgo $\{f\}$ del último logro se interpreta no solo como el final del estado previo, sino como el final de la repetición, tras la cual encontramos un estado terminativo. En (45) represento esto mediante la notación $\{F\}$, para diferenciar el $\{f\}$ inherente a todo logro del $\{F\}$ tras el cual no se producen más repeticiones del evento:

- (45) $[Sv [v] [SAsp^{\{F\}} [Asp_{\{i, \{f\}}] [Spred [Pred] [SGrado [Grado_{\{+dur.\}, \{f\}}] [SA]]]]]$

El rasgo $\{F\}$ en SAsp es lo que permite interpretar un verbo deadjetival durativo como una realización, pues implica que anteriormente ha habido una repetición de eventos de cambio y que a continuación hay un estado resultante terminativo.

Si la escala en SGrado consta solamente de dos puntos, no hay iteración como tal pero hay referencia a un estado previo, que termina y da lugar al estado resultante. Podemos formalizar esto como (46b):

- (46) a. $E \Vdash L \vdash E$
 b. $[Sv [v] [SAsp^{[F]} [Asp_{\{i\}, \{f\}}] [Spred] [SGrado [Grado_{x2}] [SA]]]]]$

En esta ocasión, el rasgo {F} en SAsp presupone el estado previo e indica que no habrá repeticiones. Así mismo, es lo que legitima las lecturas de cámara lenta y de falsa realización que hemos observado en los logros con *se*.

En conclusión, el clítico *se* es sensible a la presencia del rasgo {F} en SAsp o, dicho de otro modo, la materialización de $\alpha\{-t\}$ depende de si domina o no un $SAsp^{[F]}$. Este rasgo, como veremos en el siguiente apartado, es también visible para las aplicativas e influye en su interpretación.

9.3. LOS DATIVOS CAUSANTES Y AFECTADOS

Las conclusiones del apartado anterior permiten dar cuenta del contraste de los dativos, estudiados en el capítulo 8. Recordemos que la hipótesis más plausible para explicar la imposibilidad de obtener lecturas de afectación y de causa indirecta con los dativos en ausencia de *se* consistía en postular que las anticausativas no marcadas, a diferencia de las marcadas, carecen de un subevento resultativo. Una vez demostrada la presencia de tal subevento en todas las anticausativas, el contraste de los dativos quedó sin respuesta. Ahora, en cambio, nos encontramos en disposición de argumentar que estos dativos requieren las mismas condiciones eventivo-aspectuales que requiere *se*, es decir, la configuración $\langle E \Vdash L \vdash E \rangle$.

Los dativos afectados se insertan entre el subevento dinámico y el subevento resultativo (cf. Cuervo, 2003), como vemos en (47a). Por su parte, los dativos causantes se insertan sobre el subevento dinámico, dominando el evento complejo de cambio (47b). Los esquemas de (35b) y (36b), que repito aquí como (48a-b), representan estructuras eventivas complejas, con un evento dinámico (L) y un estado resultante; sin embargo, rechazan ambas lecturas de los dativos (41), en contra de lo esperable.

- (47) a. $[Sv [v] [SApl. SD_{DATIVO} [Apl.] [SPred. SD [Pred]]]]]$
 b. $[SApl. SD_{DATIVO} [Apl.] [Sv [v [SPred. SD [Pred]]]]]$

(48) a. $L \vdash \text{---} \underline{E_{\text{DESPIERTO}}}$

b. $L_1 \vdash E_{+\text{viejo}} \dashv L_2 \vdash E_{+\text{viejo}} \dashv L_3 \vdash E_{+\text{viejo}} \dots$

(49) a. A Yuridia le ha despertado el niño.

b. A Luisa le ha envejecido la piel.

(Dativos poseedores, no afectados y no causantes, cf. capítulo 8, apartado 2.1.)

Lo que sucede en (49a) es el dativo no identifica dos subeventos como tales, sino el inicio de un estado. El logro (subevento dinámico) coincide con el instante inicial del subevento resultativo (en (50) prescindo de la notación ‘L’ y empleo solo \vdash para subrayar esto), de modo que la aplicativa “ensandwichada” (afectada) no encuentra lugar donde insertarse (50a). Por su parte, la aplicativa alta tampoco puede diferenciar las dos fases del evento y, en consecuencia, no puede interpretarse como la causa del subevento dinámico (50b):

(50) a. **dat. afectado* $\vdash \text{---} \underline{E_{\text{DESPIERTO}}}$

b. **dat. causante* $\vdash \text{---} \underline{E_{\text{DESPIERTO}}}$

En cambio, el problema en (49b) es la ausencia de un estado resultante terminativo. En la lectura de afectación, el dativo recibe el objeto en un estado determinado, pero en (51a) hay demasiados estados comparativos para elegir: no hay un último estado que defina cómo recibe el objeto el dativo. Recordemos que la lectura de afectación es en ocasiones muy difícil de diferenciar de las lecturas de poseedor y de experimentante (cf. capítulo 8, apartado 2.1.2.); así, no descarto que (49b) pueda interpretarse como “su piel está más vieja y esto afecta a Luisa”, pues la aplicativa puede seleccionar cualquiera de los estados resultantes comparativos (51a). La lectura de causante involuntario, por su parte, es imposible, y esto se debe a que la propia semántica de la causación requiere un estado resultante terminativo, exige que el evento culmine en un estado. En ausencia de *se*, como hemos comprobado, los verbos derivados de adjetivos de escala abierta pueden tener una lectura de logro del tipo (48a) o una lectura de proceso, pero no una lectura de realización o una lectura de logro

“complejo” (del tipo *despertarse*); es decir, no dan lugar a la configuración $\langle E \dashv L \vdash E \rangle$ que requiere el dativo causante (50b).

- (51) a. $L_1 \vdash_{E_{+viejo}} \dashv L_2 \text{ ¿dat. afectado? } \vdash_{E_{+viejo}} \dashv L_3 \text{ ¿dat. afectado? } \vdash_{E_{+viejo}} \dots$
 b. **dativo causante* $L_1 \vdash_{E_{+viejo}} \dashv L_2 \vdash_{E_{+viejo}} \dashv L_3 \vdash_{E_{+viejo}} \dots$

Así pues, el dativo causante exige las mismas condiciones que *se*, de ahí que solo sea posible obtener esa lectura en presencia del clítico (52). En (53) vemos que es la delimitación previa al logro (\parallel) la que legitima los dativos: en el caso de *despertarse*, esa delimitación implica la existencia de un estado previo ($E \dashv$), y en el caso de *enfriarse* implica que el evento deja de repetirse y alcanza un estado resultante estándar ($\langle E \parallel L \vdash E \rangle$).

- (52) a. A Yuridia se le despertó el niño sin querer.
 b. A Luisa se le enfrió el té sin querer.

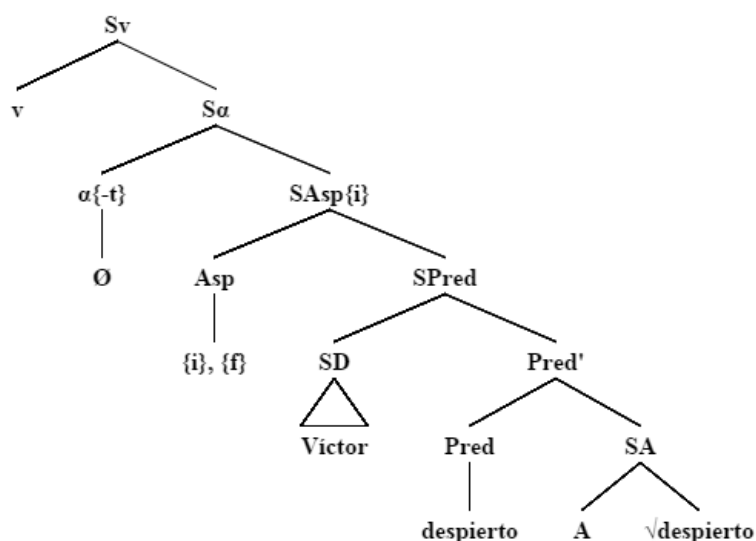
- (53) a. $(\text{dat. causante}) \parallel L (\text{dativo afectado}) \vdash_{E_{\text{DESPIERTO}}}$
 b. $(\text{dat. causante}) L \vdash_{E_{+FRÍO}} \dashv L \vdash_{E_{+FRÍO}} \dashv L \vdash_{E_{+FRÍO}} \dashv L \vdash_{E_{+FRÍO}} \parallel L (\text{dat. afectado}) \vdash_{E_{\text{FRÍO-ESTÁNDAR}}}$

En conclusión, las aplicativas constituyen un argumento a favor de la descomposición eventivo-aspectual que hemos definido en el apartado anterior: *se* y los dativos afectados y causantes exigen el mismo tipo de configuración; la ausencia de *se* refleja la ausencia de dicha configuración, lo cual bloquea la interpretación afectada y causativa de los dativos.

9.4. PROPUESTA DE ANÁLISIS

En este apartado presento la formalización sintáctica de las ideas expuestas en los apartados anteriores. Comencemos por la estructura más simple, la de un logro sin *se*:

(54) Víctor despertó.



El árbol de (54) representa una estructura eventiva compleja; el subevento que denota el estado resultante es un SPred subordinado a un subevento dinámico – introducido por *v* pequeña–. Comenzado por abajo, la raíz, que denota una propiedad, se categoriza como adjetivo en combinación con un núcleo A, el cual se adjunta directamente a Pred sin intermediación de un SGrado. Al no haber escala (SGrado), no hay duración, de modo que la transición se interpreta como el instante inicial del estado ($\vdash E$). Pred relaciona el SD en su especificador con el adjetivo y se subordina a *v*, que verbaliza la estructura y aporta un subevento dinámico. En este caso, la pieza *despertar* lexicaliza por sí sola toda la estructura²⁵ mediante *phrasal spell-out*, pero en otros casos *v* puede estar lexicalizado por un exponente independiente –por ejemplo, los sufijos *-izar* e *-ificar*–.

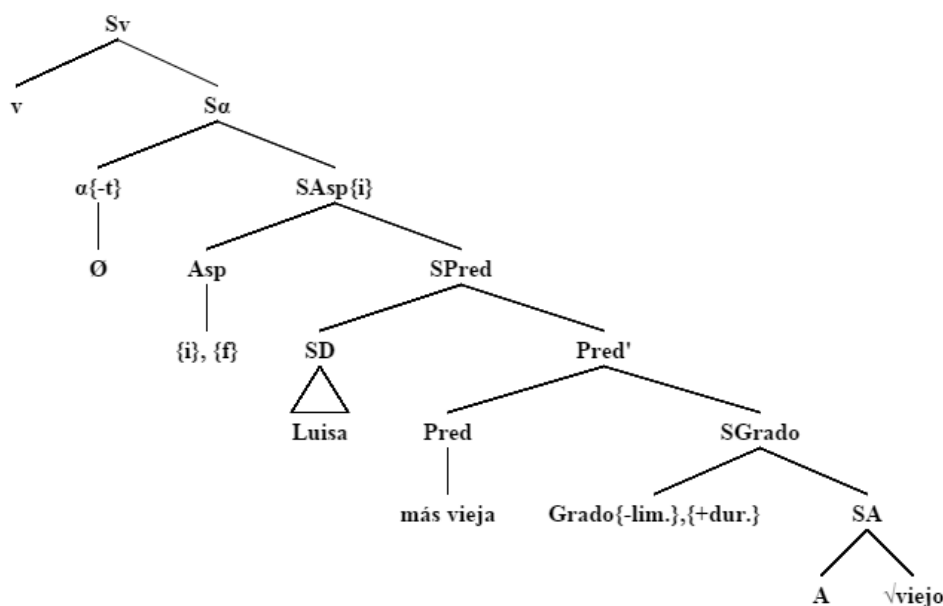
Entre Sv y SPred encontramos la proyección funcional Sa (cf. capítulo 1). Esta proyección es la responsable de la asignación de acusativo (López, 2012) y de la presencia / ausencia de Voz. El rasgo $\{\pm t\}$ es una formalización de los sabores de *v* pequeña y de la generalización de Burzio: $\{+t\}$ obliga a la inserción de SVoz y, por tanto, permite la asignación de acusativo; en cambio, $\{-t\}$ obliga a la no inserción de Voz y, en consecuencia, bloquea la asignación de acusativo, es decir, da lugar a construcciones inacusativas.

²⁵ En este análisis no descompongo la vocal temática del verbo.

El núcleo α domina SAsp. De acuerdo con lo establecido en el apartado 2, en el logro sin SGrado de (54) es el rasgo $\{i\}$ el que se proyecta desde el núcleo Asp y, por tanto, $\alpha_{\{-t\}}$ se materializa como \emptyset . Este rasgo es el que resulta visible para los modificadores, que obtienen así lectura de preámbulo.

Consideremos ahora la estructura de (55):

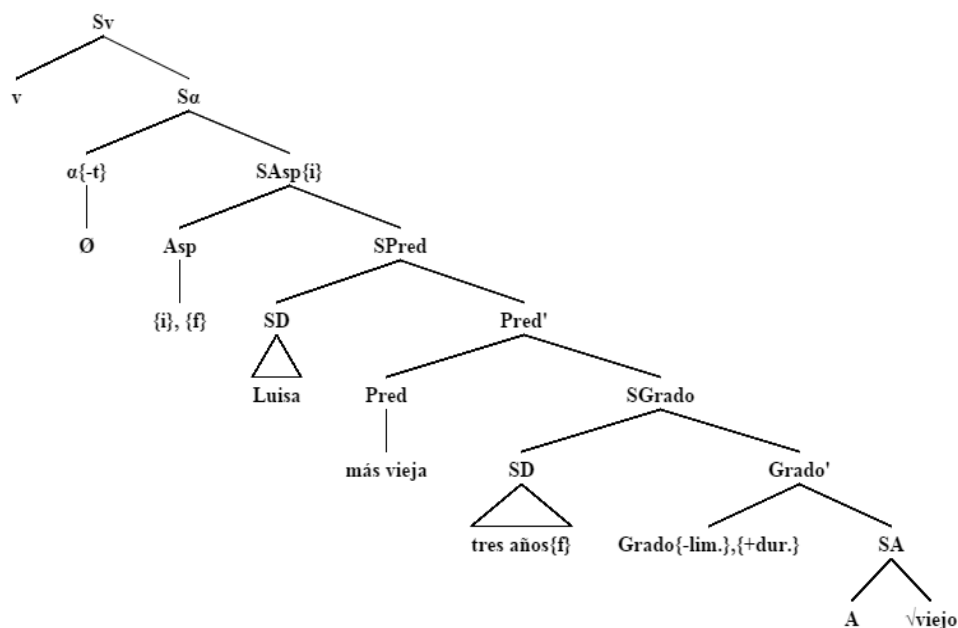
(55) Luisa envejeció.



En esta ocasión, el adjetivo se subordina a un SGrado (cf. Kennedy, 1999) que denota una escala no delimitada ($\{-limitada\}$, abierta) de múltiples puntos ($\{+durativa\}$). Esta información en el núcleo Deg hace que la estructura $[v \text{ (logro)} [SPred \text{ (estado)}]]$ se repita indefinidamente y que no sea el rasgo $\{f\}$ el que proyecte desde el núcleo Asp: como en (26), el rasgo visible para α es $\{i\}$ y, en consecuencia, su *spell-out* es \emptyset .

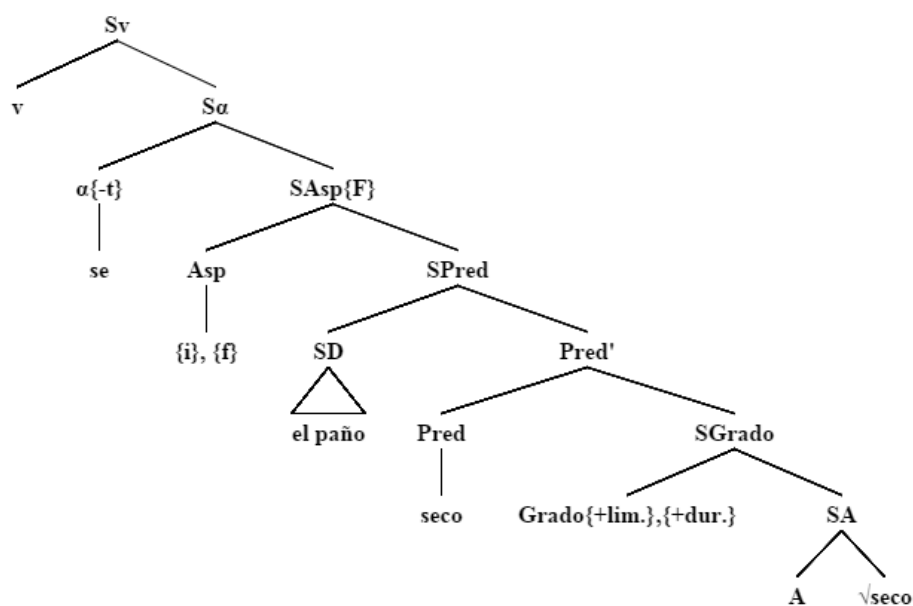
SGrado admite en su especificador modificadores que delimiten el evento (cf. Kennedy, 1997). Estos miden el proceso previo y aportan su propio $\{f\}$ pero, de acuerdo con lo establecido en el apartado 2, no señalan un último logro con un estado terminativo; de hecho, la estructura de (56) es similar a la de una realización canónica en el modelo de MacDonald (2008).

(56) Luisa envejeció tres años.

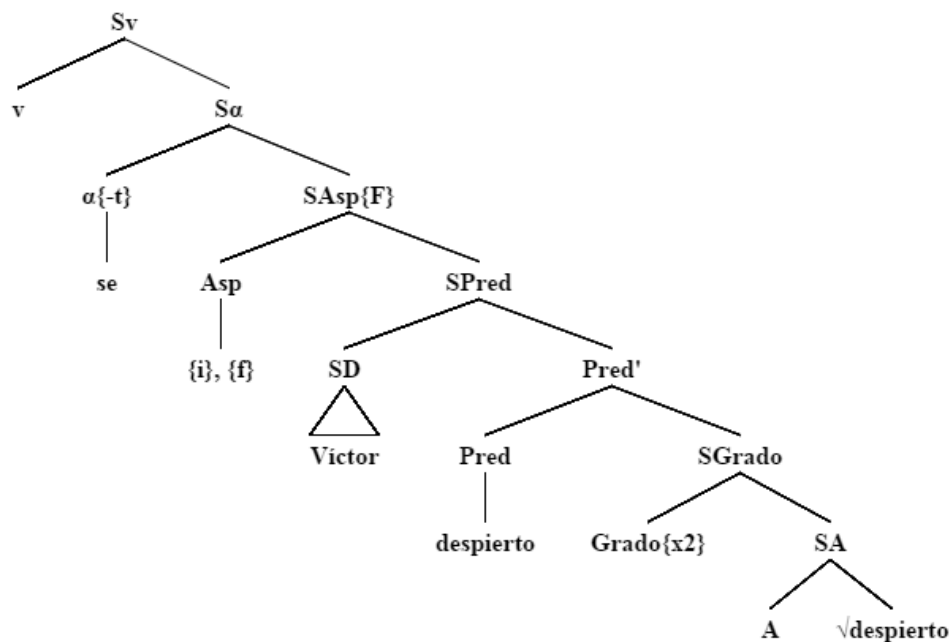


Ninguna de las estructuras presentadas hasta ahora requiere *se*. El árbol de (57) representa la estructura de un verbo durativo derivado de un adjetivo de escala cerrada (escala de múltiples puntos); y el de (58), la de un logro con una escala de dos puntos – en este último caso, el estado previo no tiene presencia en la sintaxis, sino que es el rasgo {F} en Asp lo que obliga a inferirlo, de acuerdo con lo establecido en el apartado 2–:

(57) El paño se secó.



(58) Víctor se despertó.



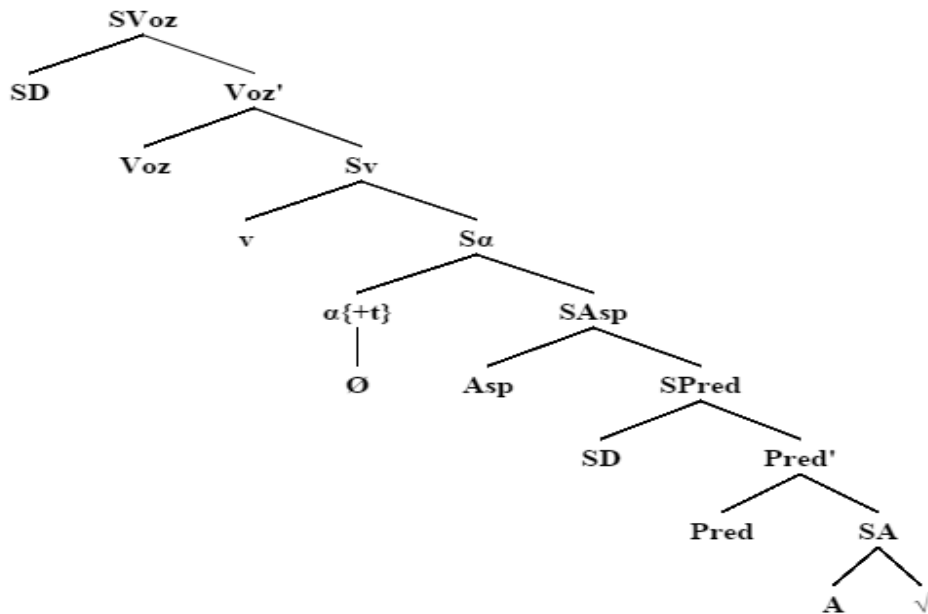
El clítico necesita dominar un $SAsp^{(F)}$, y la proyección de $\{F\}$ desde el núcleo Asp depende de la naturaleza del núcleo Grado: la escala debe contener un mínimo de dos puntos, para que sea posible contrastar el estado resultante con un estado previo, y debe estar delimitada, de modo que la repetición del evento de cambio ([logro [estado]]) sea finita y dé lugar a un estado resultante “terminativo” (máximo o estándar).

Los árboles de (54-58) presentan un análisis conjunto de la alternancia lábil y la alternancia anticausativa en español: ambas quedan explicadas como dos expresiones distintas de un mismo fenómeno, la alternancia causativo-inacusativa. Las diferencias entre una y otra se analizan en términos de condiciones de materialización del núcleo funcional asociado a la diátesis, lo cual da cuenta de manera natural de la existencia de una clase C, donde la competencia entre los dos exponentes, *se* y \emptyset , se hace patente. Al margen de dichas condiciones, la estructura básica de las variantes inacusativas marcadas y no marcadas es la misma (59):

(59) [Sv [v] [Sa [α{-t} *se* / \emptyset] [SPred [Pred]]]

Por su parte, la variante causativa se forma simplemente alterando un rasgo en α ($\{+t\}$), lo cual obliga a la inserción de SVoz. La materialización de $\{+t\}$ siempre es \emptyset en español:

(60)



Las variantes causativa e inacusativa comparten, por tanto, la misma estructura eventiva compleja en español, lo cual significa que la alternancia afecta exclusivamente a la estructura argumental. Este análisis se enmarca, por tanto, entre las propuestas no derivacionalistas (cf. Piñón, 2001; Alexiadou et al., 2006; Schäfer, 2008; entre otros), en el sentido de que la alternancia se expresa mediante la distribución complementaria de los rasgos $\{+t\}$ y $\{-t\}$ en α :

(61) [(SVoz [Voz]) [Sv [v] [Sa [α $\{-t\}$ / $\{+t\}$] [SPred [Pred]]]]

El objetivo de la propuesta que presento en este capítulo es dar cuenta de las particularidades del funcionamiento de la alternancia causativo-inacusativa en español sin perder de vista el hecho de que se trata de un fenómeno universal, es decir, recurriendo a un análisis que sea susceptible de ser adaptado a otras lenguas, con las modificaciones oportunas.

La diferencia más significativa que encontramos a nivel tipológico reside en los distintos mecanismos morfosintácticos empleados para expresar la alternancia, así como en los factores específicos que determinan la elección de uno u otro en cada lengua.

Si asumimos que el problema de la marcación se reduce a una cuestión de materialización, podremos explicar la convivencia y la competencia de los distintos mecanismos en las lenguas de manera uniforme. En (62) vemos la descripción de la tipología de la alternancia que se deriva directamente de esta hipótesis:

- (62) a. Alternancia equipolente: $\{+t\}$ y $\{-t\}$ tienen cada uno un exponente pleno.

$Lũžti_{intr.} \leftrightarrow laužti_{tr.}$ (lituano, ‘romper’)

- b. Alternancia lábil: ni $\{+t\}$ ni $\{-t\}$ tienen un exponente pleno, es decir, \emptyset es la materialización de ambos.

$Break_{intr.} / break_{tr.}$ (inglés, ‘romper’)

- c. Alternancia causativa: $\{+t\}$ tiene un exponente pleno pero $\{-t\}$, no (\emptyset).

$Duy-s_{intr.} \rightarrow a-duy-**eb**s_{tr.}$ (georgiano, ‘cocinar’)

- d. Alternancia anticausativa: $\{+t\}$ no tiene un exponente pleno (\emptyset), pero $\{-t\}$ sí.

$Romperse_{intr.} \leftarrow romper_{tr.}$

- e. Alternancia supletiva: es como la alternancia equipolente pero a nivel léxico, en lugar de a nivel morfológico.

$Salir_{intr.} / sacar_{tr.}$

Las condiciones de materialización de $\alpha\{\pm t\}$ pueden variar de una lengua a otra, como puede variar, también, el núcleo funcional en el que se codifiquen estos rasgos –v pequeña o Voz (cf. apartado 5)–. Cabe pensar, además, que en otras lenguas la alternancia opera de manera ligeramente distinta, afectando a la estructura eventiva –adición de un subevento junto con el argumento externo en lenguas como el Indi-Urdu, por ejemplo). Si bien explicar la alternancia causativo-incoativa a nivel universal queda fuera de los límites de esta tesis, considero importante elaborar un análisis potencialmente abarcador, que deje espacio a las reformulaciones que fueran necesarias para dar a paso a generalizaciones de mayor alcance.

9.5. ANÁLISIS PREVIOS

En esta sección compararé el análisis que propongo en este capítulo con otros que le han servido de inspiración y/o que tratan de dar cuenta de datos similares empleando recursos diferentes.

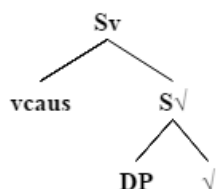
9.5.1. Análisis de *se* en *v* pequeña

Los análisis de Folli (2001) y Cuervo (2003) ubican *se* en *v* pequeña para explicar configuracionalmente su doble función como elemento asociado a la inacusatividad y al aspecto / estructura eventiva.

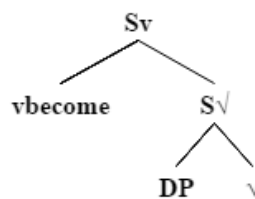
El núcleo *v* es el responsable de la inserción del argumento externo, bien porque éste se encuentra en su especificador (Folli), bien porque *v* determina si Voz se proyecta o no (Cuervo); así, la relación de *se* con la diátesis consiste en que es la materialización de v_{BECOME} (inacusativo).²⁶ Por otro lado, *v* selecciona un subevento resultativo como complemento. Mi análisis se apoya esencialmente en este mismo razonamiento: *se* ha de encontrarse en una posición estructural desde la que pueda ejercer simultáneamente sus dos funciones.

En los modelos de estas autoras, la alternancia se entiende como un “intercambio” entre dos sabores de *v* pequeña: el subevento resultativo se combina con un subevento dinámico que puede ser de dos tipos, causativo o inacusativo (63). Del mismo modo, en mi análisis hay un núcleo (α) con dos posibles valores —que determinan la alternancia— en distribución complementaria (64):

(63) a.

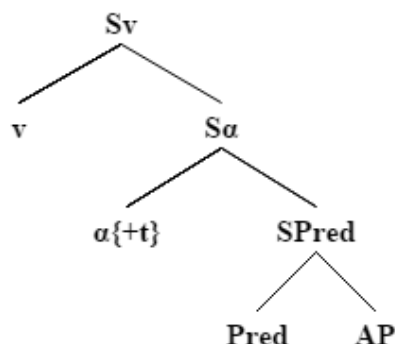


b.

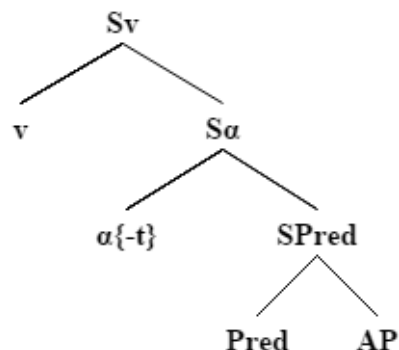


²⁶ Más concretamente, en Cuervo *se* aparece en v_{BECOME} como una marca de concordancia con el argumento interno y satisfacer así la necesidad de *v* de tener un argumento: las anticausativas, al ser estructuras complejas, necesitan dos argumentos, uno por subevento. Esta idea es similar a la “Condición del Argumento por Subevento” (*Argument per Subevent Condition*) que más tarde formularán Levin y Rappaport-Hovav (1999).

(64) a.



b.



Los análisis de Folli y de Cuervo se enfrentan a un problema fundamental: *se* coaparece con otros elementos cuya posición es *v* pequeña. Me refiero a sufijos verbalizadores del tipo *-ificar* en (65-66) y también a ciertos verbos ligeros que forman predicados complejos alternantes como *poner*, *hacer*, *volver* o *convertir* (67-68):

(65) a. El sacerdote purificó la estancia.

b. [Sv [v -ificar] [SPred [Pred] [SA puro]]]

(66) a. La sala se purificó.

b. [Sv [v -ificar $\dot{c}se?$] [SPred [Pred] [SA puro]]]

(67) a. El dinero le volvió tacaño.

b. [Sv [v volver][SPred [Pred] [SA tacaño]]]

(68) a. Se volvió tacaño.

b. [Sv [v volvió $\dot{c}se?$][SPred [Pred] [SA tacaño]]]

Esta es la razón crucial por la que no ubico *se* directamente en *v* pequeña. Key (2012, 2013) observa este mismo problema en turco: los morfemas causativos e incoativos coaparecen con morfemas estrictamente verbalizadores, que ocupan el núcleo *v*. La solución que propone este autor es escindir *v* pequeña en varias proyecciones: una

alberga propiamente *v*, el núcleo verbalizador, y otras dos albergan los dos “sabores”: “*caus(e)*” y “*become*”.

Recordemos que en turco, *v*, *caus* y *become* pueden estar lexicalizados por exponentes distintos (cf. capítulo 1): En (69-70) vemos que los morfemas verbalizadores *-ar-* y *-le-* son independientes de los morfemas causativo (*-t-*) e incoativo (*-n-*). En (71) observamos, incluso, que los tres pueden coaparecer en la misma estructura –con el morfema causativo subordinando al incoativo–.

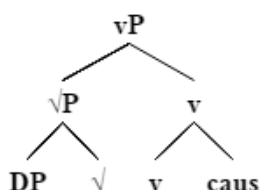
- | | | | |
|-------------------|---|---------------------|----------------|
| (69) a. sar-ar-t | / | b. sar-ar-Ø | (Key, 2012:12) |
| √-v-caus | | √-v-become | |
| ‘volver amarillo’ | | ‘volverse amarillo’ | |
-
- | | | | |
|-------------------|---|-------------|--|
| (70) a. giz-le- Ø | / | b. giz-le-n | |
| √-v-caus | | √-v-become | |
| ‘esconder’ | | ‘escondese’ | |
-
- | | | | |
|---------------------|---|---------------|--|
| (71) a. bu-la-n-dır | / | b. bu-la-n | |
| √-v-become-caus | | √-v-become | |
| ‘enturbiar’ | | ‘enturbiarse’ | |

En cambio, en (72-73) vemos que *v* puede aparecer fusionado con uno de los dos “sabores”:

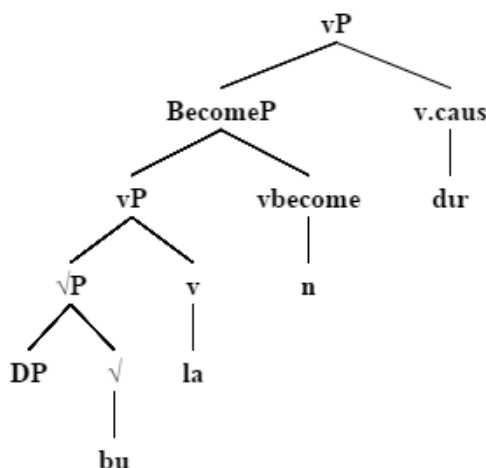
- | | | | |
|----------------|---|--------------|----------------|
| (72) a. boz- Ø | / | b. boz-ul | (Key, 2012:13) |
| √-v.caus | | √-v.become | |
| ‘arruinar’ | | ‘arruinarse’ | |
-
- | | | | |
|-----------------|---|--------------|--|
| (73) a. don-dur | / | b. don- Ø | |
| √-v.caus | | √-v.become | |
| ‘congelar’ | | ‘congelarse’ | |

Key, desde los planteamientos de la Morfología Distribuida, defiende que el núcleo *v* puede sufrir una operación de fisión postsintáctica, escindiéndose en [*v*, *caus*] (74). El árbol de (75) es la estructura que propone para (71a).

(74) (Key, 2013:112)



(75) (Key, 2012:17)



Los datos presentados del español y el turco evidencian la necesidad de separar el rasgo{+t} y {-t} del núcleo verbalizador (cf. capítulo 1) por otra parte en español no tenemos evidencia de que {+t} y {-t} se encuentren en posiciones distintas, dado que nunca coaparecen –a diferencia de (71a)–, lo cual me lleva a expresarlos como dos valores de un mismo núcleo funcional.

La diferencia entre mi análisis y el de Key consiste en que {±t} no es una descomposición de *v*, sino que se encuentra en una proyección diferente, *S_a*, cuya existencia ha sido justificada de manera independiente por López (2012) para explicar el marcado diferencial de objeto. Encuentro esta opción menos problemática *a priori* desde el punto de vista teórico que escindir un núcleo hasta ahora considerado como primitivo. Notese que lo que encontramos no es una información expresada mediante

varios exponentes, sino informaciones distintas expresadas mediante exponentes distintos. Esto apunta a que tenemos núcleos distintos, no un núcleo escindido. Además, ubicar *se* en $S\alpha$ tiene la ventaja de que permite explicar de manera natural la absorción de caso acusativo y dar cuenta de la generalización de Burzio. Finalmente, considero que es preferible asociar *se* con un núcleo funcional de naturaleza diatética en lugar de asociarlo con un núcleo verbalizador, de naturaleza eventiva, pues el clítico solo afecta a la estructura argumental. Naturalmente, la otra posición en la que es posible expresar la relación de *se* con la diátesis es $SVoz$; no obstante, en la siguiente sección revisaré las razones por las que descarto tal análisis.

Antes de concluir esta sección, resumo brevemente algunas predicciones empíricas en las que mi análisis difiere de los de Folli y Cuervo.

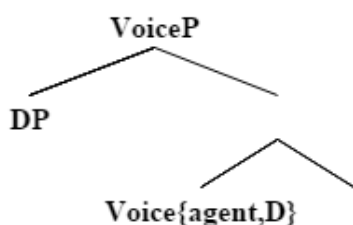
En primer lugar, Folli (2001) defiende que todas las anticausativas no marcadas (lábiles) son atéticas en italiano, por lo que establece que la presencia / ausencia de *si* ('se') se corresponde con un contraste télico / atético. Sin embargo, en el capítulo 7 y en el apartado 2 de este capítulo hemos comprobado que la relación de *se* con el aspecto es, al menos en español, más compleja, lo cual he tratado de plasmar en un análisis que atiende a la naturaleza específica de los verbos deadjetivales.

Por otra parte, en el capítulo 8 he discutido en profundidad el trabajo de Cuervo. Esta autora relaciona la presencia / ausencia de *se* en las inacusativas con un contraste entre dos estructuras eventivas, compleja y simple respectivamente: *se* selecciona un subevento resultativo. Si bien Cuervo no trata las anticausativas no marcadas, de su propuesta se desprende la hipótesis de que estas son monoeventivas. Ahora bien, una vez hemos llegado a la conclusión en el capítulo 8 de que las variantes lábiles son en realidad bieventivas, la propuesta de Cuervo no explica la ausencia de *se* en este caso. Este problema queda resuelto en mi análisis al definir más detalladamente las condiciones de materialización del núcleo $\alpha\{-t\}$, es decir, las condiciones de aparición de *se*, determinadas no solo por la selección de un subevento resultativo sino por otros factores de naturaleza aspectual. De hecho, de acuerdo con lo establecido en el apartado 2, las anticausativas no marcadas son, en efecto, más "simples" que las marcadas en el sentido de que carecen de alguno de los elementos que configuran la secuencia $\langle E \parallel L \vdash E \rangle$, si bien nunca carecen, precisamente, de un estado resultante en sentido estricto: pueden carecer de un estado terminativo, pero siempre contienen, al menos, un estado comparativo.

9.5.2. Análisis de *se* en Voz

Al igual que los análisis de *se* en *v* pequeña, los análisis que ubican *se* en Voz se basan en la distribución complementaria con el argumento externo. En lugar de proponer sabores de *v* que determinen la presencia / ausencia de esté, Schäfer (2008: 175) elabora una compleja tipología de Voz, asociada a la diátesis:

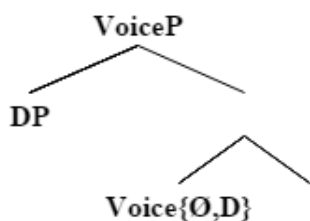
(76) a. Thematic active Voice.



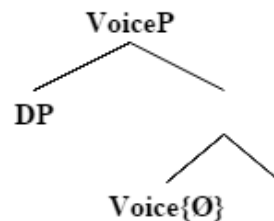
b. Thematic passive Voice.



(77) a. Non-thematic active Voice.



b. Non-thematic passive Voice.



En este análisis, el rasgo $\{\pm\text{agent}\}$ es el que define el tipo de argumento externo que introduce Voz; su ausencia en (77) hace que Voz no asigne papel temático y sea una proyección expletiva. El rasgo $\{\pm D\}$ determina la oposición entre voz activa y voz pasiva, es decir, determina que el argumento externo se materialice como un SD: su ausencia en los ejemplos (b) hace que Voz no introduzca un argumento expreso (pasivas). Schäfer asigna a las anticausativas marcadas del alemán la estructura de (77a), basándose en diversos diagnósticos que apuntan a una sintaxis transitiva ($\{+D\}$) a pesar de la semántica intransitiva ($\{-\text{agent}\}$). En cambio, a las anticausativas marcadas

de las lenguas romances y del griego les asigna la estructura de (77b): Voz no tiene ningún rasgo, no introduce un argumento y no asigna papel temático.

Alexiadou, Anagnostopoulou y Schäfer (2015) reelaboran este análisis y sostienen que el *se* de las lenguas romances ocupa la misma posición que *sich* en alemán: las anticausativas son sintácticamente transitivas –hay dos SSDD con caso–, pero semánticamente intransitivas, y *se/sich* es un elemento expletivo. Alexiadou et al. (2015: 102) explican que la naturaleza clítica de *se*, frente al pronombre pleno *sich*, oscurece su comportamiento ante los diagnósticos que apoyan el análisis, por lo que emplean exclusivamente ejemplos del alemán en la discusión. Dichos diagnósticos son los siguientes.

En primer lugar, *sich* tiene caso, algo que no es posible explicar si se analiza como un afijo o un núcleo verbal –por ejemplo, *v* pequeña–. En mi análisis, esto queda explicado porque *se* ocupa la posición responsable de la asignación de acusativo.

En segundo lugar, *sich* tiene libertad posicional (EJ), “thereby behaving like a full pronoun, i.e. a maximal projection and not like a verbal head or verbal affix” (p. 103). Nótese que esta es precisamente una de las grandes diferencias con el romance, donde no *se* no es un pronombre pleno, sino un clítico. Así, considero que el argumento no se puede extender más allá del alemán y otras lenguas similares.

(Alexiadou et al., 2015: 103)

- (78) dass (sich) die Rolle der Mutter (sich) langsam (sich) geändert hat.
 que se el.NOM. rol la.GEN. madre se despacio se cambiado ha
 ‘Que el rol de la madre ha cambiado despacio.’

Finalmente, las anticausativas marcadas del alemán seleccionan el auxiliar *haben* ('tener'), igual que los verbos transitivos, mientras que las no marcadas (lábiles) seleccionan *sein* ('ser'), como los inacusativos.

- (79) Die Tür hat / *ist sich geöffnet.
 la puerta ha es se abierto

Esto es un argumento a favor de tratar las anticausativas del alemán como sintácticamente transitivas. Ahora bien, es sabido que en las lenguas romances con selección auxiliar –el francés o el italiano– las anticausativas seleccionan el equivalente a *ser*, como las inacusativas. En nota al pie, los autores abordan esta cuestión:

We believe, however, that the syntactic transitivity of marked anticausatives in Romance is only masked by the obligatory clitic movement of the reflexive clitic, contra e.g. Reinhart and Siloni (2005). That is, in accordance with de Alencar and Kelling (2005), Doron and Rappaport Hovav (2007), and Sportiche (2014) we assume that the intransitive behavior of Romance predicates involving reflexive clitics known since Kayne (1975) and Burzio (1986) (i.e. be-selection in the perfect tense, and accusative marking instead of dative marking of the full DP when embedded under periphrastic causatives) does not force the conclusion that these verbs are intransitive in their underlying syntax. We hypothesize that these effects result from the morpho-syntactic properties of the reflexive clitic (its ϕ -feature deficiency) in combination with clitic movement. We leave a systematic discussion of this issue for a future occasion.

(Alexiadou et al., 2015: 102, nota 6; subrayado mío)

El problema de la selección auxiliar en romance es sumamente complejo y excede los límites de este trabajo. No obstante, creo que si la selección de *ser* no es razón suficiente para analizar las anticausativas romances como sintácticamente inacusativas, la selección de *haben* (‘tener’) en alemán puede no ser tampoco un argumento de suficiente peso como para apoyar un análisis transitivo –especialmente, no un análisis transitivo de las anticausativas romances–. Considero necesario un análisis más profundo para explicar el contraste entre el alemán y el romance.

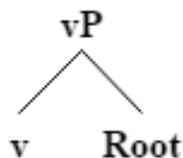
Finalmente, cabe recordar un argumento de Schäfer (2008) para su análisis de *sich* en el especificador de Voz. Como hemos visto, las anticausativas marcadas del alemán bloquean, a diferencia de las no marcadas, la lectura de causante involuntario de los dativos. De acuerdo con Schäfer, esto se debe a la sintaxis transitiva; es decir, al igual que en otras contrucciones con un argumento externo explícito en el especificador de Voz, el dativo queda bloqueado en las anticausativas porque el especificador de Voz está ocupado. No obstante, la situación del romance es la opuesta: las anticausativas

marcadas legitiman la lectura de causante del dativo. Considero, en definitiva, que el análisis de Alexiadou et al. (2015) puede dar cuenta de ciertas peculiaridades del alemán, pero no puede hacerse extensible a las lenguas romances.

Dejando de lado estas cuestiones, la principal ventaja de este tipo de propuesta es que Voz es el *locus* de toda la información diatética, pero cabe destacar tres problemas fundamentales a los que se enfrenta. El primero de ellos es que no nos permite dar cuenta de la relación entre *se* y el aspecto que encontramos en español y en otras lenguas romances: Voz es una posición demasiado alta, desde la que el clítico difícilmente puede acceder a la información aspectual. Esta es la principal razón por la que abogo por un análisis en el que *se*, ubicado en una posición también relacionada con la diátesis, domina SASp.

El segundo problema es que este análisis no trata de manera unificada las anticausativas marcadas y no marcadas. La estructura que Schäfer (2008: 176) propone para las segundas es la siguiente:

(80)



Schäfer aduce que la razón por la que, en última instancia, unos verbos se construyen con Voz en sus variantes inacusativas (77a-b) y otros no (78) es la conceptualización del evento (cf. Haspelmath, 1993; capítulo 6):

«[...] If an event is conceptualized as occurring with a high probability caused by an outside force, the anticausative use is marked by extra morphology. That is, despite this high probability of an outside force, the verb can, nevertheless, form an anticausative; but if it forms an anticausative, some compensation is necessary. [...] Roots that form marked anticausatives have a formal requirement: they always want to be in the context of Voice, that is, they want

to be at least syntactically transitive (or passive), although, semantically, they are compatible with an intransitive/unaccusative use». (Schäfer, 2008: 177).

Esta afirmación nos lleva al tercer problema: no tenemos evidencia empírica de la presencia de Voz en las anticausativas marcadas. Éstas se comportan igual que las anticausativas no marcadas y que las inacusativas puras, las cuales carecen indiscutiblemente²⁷ de Voz, respecto a todos los tests que tratan de identificar su presencia (cf. capítulo 5, apartado 5.3). El argumento se vuelve, por tanto, circular: *se* se encuentra en Voz, y el único indicio que haya Voz es la presencia de *se*.

Como he dicho anteriormente, suscribo la teoría de la conceptualización de los eventos de Haspelmath y creo que es un factor implicado, pero no determinante, en la marcación de la alternancia. Mi análisis da cuenta de él definiendo las condiciones de materialización de un núcleo que se encuentra presente tanto en las anticausativas marcadas como en las no marcadas, lo que permite un tratamiento unificado de ambas. De este modo, evito la inserción de una proyección expletiva en la sintaxis, es decir, evito que Voz se inserte en la computación con la “esperanza” de alojar un argumento externo que finalmente no se realiza. No se trata de que unos verbos “quieran estar en el contexto de Voz y otros no”, sino de que la realización fonética del núcleo asociado a la diátesis depende, entre otros factores, de la conceptualización de los eventos.

Nótese que Schäfer evita violar la Hipótesis de la Monotonicidad (*Monotonicity Hypothesis*, cf. Kiparsky, 1982; Koontz-Garboden, 2007) –la adición de morfología no puede eliminar estructura– aduciendo que *se* no “elimina” el argumento externo, sino que es la materialización de un núcleo Voz defectivo. En mi análisis, $\alpha\{-t\}$ impide que Voz llegue a proyectarse: la idea básica es la misma que la de Schäfer, con la diferencia de que Voz nunca llega a entrar en la computación de ningún tipo de construcción inacusativa.

En definitiva, la dicotomía v_{CAUS} / v_{BECOME} (Folli, 2001; Cuervo, 2003), la tipología de Voz de Schäfer (2008) y los rasgos $\{\pm t\}$ en α son tres maneras distintas de explicar la presencia / ausencia de argumento externo, es decir, la diátesis, el contraste entre una construcción transitiva y una inacusativa (cf. capítulo 1). En esta sección y en la anterior he revisado los motivos que me llevan a elegir la tercera opción sobre las dos

²⁷ Hasta donde se nos alcanza, no existe ningún análisis en el que se proponga que las inacusativas puras tienen SVoz.

primeras: en español, *se* debe ubicarse en un núcleo diatético que domine SAsp –ergo no en Voz– donde no compita con otra morfología –ergo no en *v* pequeña–. *Sa*, cuya existencia ha sido motivada de manera independiente (López, 2012) parece el candidato adecuado para dar cuenta configuracionalmente de la doble función de *se* –aspectual y diatética–, evitando los problemas que plantean los análisis de Voz y de *v* pequeña y añadiendo la ventaja de explicar la absorción de caso acusativo.

9.5.3. Análisis de *se* en AspP / SPred

Autores como Kempchinsky (2004) o Basilico (2010) han propuesto que en español *se* se encuentra en la parte inferior del árbol –en SAsp o en el subevento resultativo, respectivamente–, a fin de explicar contrastes aspectuales como los estudiados en el capítulo 7.

Este tipo de propuestas se enfrentan a ciertos problemas. En primer lugar, como hemos establecido en el capítulo 8, solo en la clase C existe una relación directa entre *se* y el aspecto, pues es la clase donde el clítico compite verdaderamente con Ø. En la clase A, aunque preserva propiedades aspectuales, el clítico está gramaticalizado como la marca regular de la alternancia; es decir, *se* es un elemento diatético sensible al aspecto, no un elemento aspectual accidentalmente relacionado con la diátesis. Si *se* se encuentra en una posición baja del árbol, resulta prácticamente imposible dar cuenta de su distribución complementaria con el argumento externo. En mi análisis, en cambio, la doble función de *se* queda explicada configuracionalmente: el núcleo diatético que el clítico materializa se encuentra en una relación local con SAsp. Las propiedades aspectuales de *se* se definen como condiciones de materialización de dicho núcleo.

Finalmente, este tipo de propuestas cierran la puerta a cualquier intento de establecer una generalización universal sobre la alternancia. Un análisis de *se* en español centrado exclusivamente en sus propiedades aspectuales específicas no es aplicable a otras lenguas que no presenten las mismas particularidades. Si bien mi análisis no tiene la pretensión de explicar la alternancia en todas las lenguas del mundo, sí tiene la pretensión de ser lo suficientemente flexible como para admitir las modificaciones que fueran necesarias a la hora de tratar de adaptarlo a otras lenguas. Un análisis de *se* como elemento estrictamente aspectual está condenado al fracaso más allá del ámbito del español o de las lenguas romances. Considero, pues, que la hipótesis de las condiciones de materialización permite dar cuenta del funcionamiento particular de

una lengua y, alcanzar, al mismo tiempo, una mayor comprensión del fenómeno de la alternancia causativo-inacusativa en sí misma.

9.6. CONCLUSIONES

De acuerdo con la hipótesis de las condiciones de materialización, *se* y \emptyset son los exponentes que compiten por lexicalizar el núcleo $\alpha\{-t\}$, asociado a la diátesis. Dicho núcleo está presente, por tanto, en las anticausativas y en las variantes lábiles, a diferencia, por ejemplo, de *SVoz* en el modelo de Schäfer (2008) (véase también Alexiadou et al., 2006; Alexiadou, 2014, etc.).

La competencia entre ambas piezas está determinada por factores idiosincrásicos que operan a nivel universal: la conceptualización de los eventos y la frecuencia de uso de la variante causativa. Así, la tendencia tipológica es que la forma menos esperable es la que los hablantes marcan mediante recursos morfosintácticos o léxicos más transparentes. Otros factores que contribuyen de manera no sistemática a la elección de \emptyset son el hecho de que el verbo denote un cambio en una propiedad de individuo y que carezca de una dimensión escalar (cf. apartado 1).

El otro condicionante en la competencia entre *se* y \emptyset es el aspecto, lo cual se explica por la relación local de *Sa* y *SAsp* y por la propia relación semántica entre ambos: *se* marca un cambio de estado del tipo $\langle E \parallel L \vdash E \rangle$ ($[Sv [SAsp^F [Spred]]]$), que contrasta un estado terminativo y un estado previo, y que carece de argumento externo ($\alpha\{-t\}$). Como hemos visto en el apartado 2, para dar cuenta de la sintaxis de los verbos de cambio de estado es necesario atender a la compleja naturaleza de los verbos deadjetivales; esto nos ha permitido refinar y matizar ciertas intuiciones presentes en la bibliografía previa a cerca de la relación del clítico con la telicidad y con la presencia de un estado resultante.

Mi análisis establece que la única diferencia entre las causativas y sus contrapartidas inacusativas radica en la distribución de $\{+t\}$ y $\{-t\}$, de manera que ninguna variante deriva formalmente de la otra (cf. Piñón, 2001; Alexiadou et al., 2006; Schäfer, 2008; entre otros).

La alternancia causativo-incoativa es, en definitiva, un fenómeno que afecta exclusivamente a la estructura argumental de los verbos de cambio de estado, y cuya expresión formal en las distintas lenguas del mundo está condicionada por diversos factores sintáctico-semánticos.

CAPÍTULO 10

CAUSATIVAS ANALÍTICAS

En los capítulos anteriores hemos concluido que los verbos léxicos de cambio de estado encierran una estructura eventiva compleja, que se interpreta como una relación causa-efecto. Este capítulo está dedicado a estudiar otro mecanismo sintáctico para codificar la causatividad: las construcciones causativas analíticas, en las que un subevento dinámico subordina otro evento –no un estado–, con el que establece, de nuevo, una relación causa-efecto.

10.1. CAUSATIVAS PERIFRÁSTICAS VS. CAUSATIVAS LÉXICAS

En su artículo de 1970, Fodor desarrolló una serie de argumentos para defender que un verbo como *kill* (‘matar’) no lexicaliza una estructura idéntica a la de una causativa compleja del tipo *cause to die* (‘causar / hacer morir’). Fodor se guía por la idea de que las palabras tienen propiedades distribucionales distintas a las de los sintagmas o las oraciones, lo cual hace que sea imposible derivarlas de ellos. No obstante, lo que en realidad ilustra este trabajo es que la elección entre una forma analítica o una sintética para lexicalizar una misma estructura tiene, efectivamente, consecuencias sintácticas –distribucionales–, como cabe esperar, lo cual no es óbice para postular que las palabras tengan una estructura interna compleja. Hoy en día, la hipótesis del *phrasal spell-out* y la concepción de las palabras como fases han resuelto el dilema planteado por Fodor (Marantz, 2001; Marvin, 2002; Arad, 2003, 2005; Fábregas, 2014; entre otros, véase el capítulo 1).

A continuación, revisamos tres diferencias distribucionales entre las causativas sintéticas y las analíticas:

En primer lugar, las perifrásticas expresan causa mediata y las léxicas, causa inmediata (Fodor, 1970). No obstante, como quedó explicado en el capítulo 1, esto es una consecuencia de la lexicalización:

(1) a. Andrea hizo reír a Diana.

b. Andrea [evento causante V1 [evento causado Diana V2]]

/hacer/ V1 /reír/ V2

La relación entre Andrea y el evento causado es indirecta.

(2) a. Cris rompió el jarrón.

b. Cris [evento causante V1 [evento causado V2 el jarrón]]

/romper/ V1+V2

Al “amalgamarse” los dos eventos en una sola pieza léxica, la relación de Cris con ambos es directa, el límite entre ellos se pierde.

En segundo lugar, las causativas perifrásticas permiten que el evento causante y el causado sucedan en momentos distintos, mientras que las léxicas los ligan temporalmente (Fodor, 1970):

(3) a. Cris hizo el martes morir a Carlos el sábado envenenando su té el jueves.

b. #Cris mató a Carlos el sábado envenenando su té el martes.

(4) a. Los accionistas hicieron aumentar los precios en primavera vendiendo sus acciones en enero.

b. #Los accionistas aumentaron los precios en primavera vendiendo sus acciones en enero.

De nuevo, la anomalía de (3b) y (4b) es una consecuencia esperable de la unificación de los dos eventos en una sola pieza léxica, pero no un argumento en contra de que estos verbos contengan una estructura compleja.

En tercer lugar, Fodor señala que los adverbios orientados al sujeto pueden ser ambiguos en las causativas perifrásticas gracias a que pueden ejercer ámbito sobre el evento completo o solo sobre una parte, lo cual indica que tienen una estructura compleja.

- (5) a. John caused Bill to die by swallowing his tongue. (Fodor, 1970: 435-436)

John causó Bill morir por tragando su lengua

‘John hizo morir a Bill tragándose su lengua.’

- i. (John causó (Bill morir)) (mediante (Bill tragar la lengua de Bill)).
- ii. (John causó (Bill morir)) (mediante (John tragar la lengua de Bill)).

- b. John killed Bill by swallowing his tongue.

John mató Bill por tragando su lengua

‘John mató a Bill tragándose su lengua.’

- i. #(John causó (Bill morir)) (mediante (Bill tragar la lengua de Bill)).
- ii. (John causó (Bill morir)) (mediante (John tragar la lengua de Bill)).

El argumento de Fodor se apoya en que las causativas léxicas no permiten tal ambigüedad de los adverbios (5b), lo cual indica que tienen una estructura más simple, con un solo sujeto. Sin embargo, como hemos apuntado anteriormente, von Stechow (1996) demuestra la complejidad interna de los verbos causativos¹ empleando el adverbio *otra vez* (6):

- (6) Nerea abrió la puerta otra vez.

- i. Lectura repetitiva: es la segunda vez que abre la puerta.
- ii. Lectura restitutiva: la puerta recupera su estado “abierto” anterior.

- (7) Ruth hizo a Nerea abrir la puerta otra vez.

- i. Repetitiva1: es la segunda vez que Ruth hace esto.
- ii. Repetitiva2: es la segunda vez que Nerea abre la puerta.
- iii. Restitutiva: la puerta recupera su estado “abierto” anterior.

En (7) vemos que es posible identificar tres eventos cuando una causativa analítica subordina una léxica. Si subordina, en cambio, un verbo con una estructura eventiva simple, solo es posible identificar dos subeventos:

- (8) El jardinero hizo florecer el rosal otra vez.

¹ Con *matar* no se observa la misma ambigüedad, dado que este verbo denota un cambio de estado no reversible –no es posible “volver a estar matado/muerto”–.

- i. Repetitiva: es la segunda vez que el jardinero hace esto.
- ii. Restitutiva: el rosal vuelve a estar florecido.

(9) Andrea hizo reír a Diana otra vez.

- i. Repetitva1: es la segunda vez que Andrea hace esto.
- ii. Repetitiva2: es la segunda vez que Diana ríe.

(10) Ruth hizo a Marta leer *Tirant lo Blanc* otra vez.

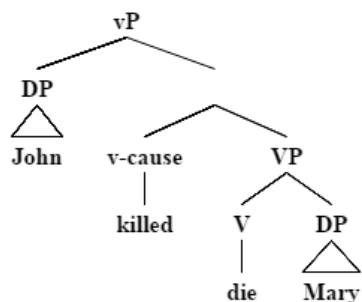
- i. Repetitva1: es la segunda vez que Ruth hace esto.
- ii. Repetitiva2: es la segunda vez que Marta lee *Tirant lo blanc*.

La descomposición del SV en capas o subeventos junto con la teoría de *v* pequeña, permitió formalizar en la sintaxis esta discusión clásica sobre el significado de *kill* como *cause to die*, resolviendo las críticas de Fodor (1970):

(11) John killed Mary:

(adaptado de Harley, 1995)

John mató Mary

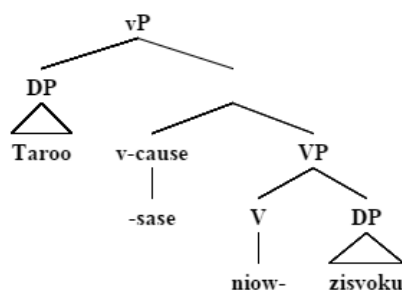


En el árbol de (11), *kill* denota un único evento compuesto por dos subpartes. Se trata de una causativa léxica a todos los efectos, de manera que los subeventos carecen la independencia sintáctica propia de una causativa analítica como *John caused Mary to die* ('John causó que Mary muriera'). Este análisis encuentra argumentos a favor en comparación con las causativas léxicas y sintéticas del japonés. El sufijo japonés *-sase* crea causativas sintéticas a partir de bases verbales inacusativas, que carecen de un argumento externo propio; Harley (1995) lo analiza como la lexicalización expresa del núcleo *v* pequeña, que es nulo en inglés:

(12) Taroo-ga zisyoku-o niow-(s)ase-ta. (Harley, 1995: 92)

Taroo-NOM. resignación-ACU. oler-CAUS-PAS.

‘Taroo dio a entender resignación.’



Shibatani (1973) y Shibatani y Pardeshi (2002) vinculan la complejidad conceptual a la formal, de modo que la causación directa se expresa mediante causativas léxicas (formas simples) mientras que la indirecta se expresa mediante formas complejas más transparentes, como las causativas analíticas del español o las causativas morfológicas del japonés. Señalan estos autores que las causativas analíticas y las sintéticas son más productivas que las léxicas en tanto que pueden construirse sobre cualquier verbo sin imponer ningún tipo de restricción, y establecen una jerarquía que determina el grado de transparencia –de menor a mayor– con el que las distintas clases verbales se construyen causativamente:

(13) inacusativos > inergativos > transitivos

(14) a. El agua hirvió_{intr.}.

b. Nerea hirvió_{tr.} el agua.

c. Nerea hizo hervir_{intr.} el agua.

d. Patricia hizo a Nerea hervir_{tr.} el agua.

Así pues, de acuerdo con Shiabatani y Pardeshi, las causativas léxicas tienden a formarse sobre verbos inacusativos, mientras que las analíticas y sintéticas prefieren los transitivos. La tendencia consiste en que la forma más simple expresa el evento más simple: si se añade un subevento causativo a una estructura que careciera de él, se utiliza la forma sintética; en cambio, si se añade un subevento causativo a una estructura

compleja, que ya contara con su propio subevento causativo, se utiliza una forma analítica. Las formas analíticas son recursivas y permiten encadenar varios agentes / causas ilimitadamente:

(15) Ruth hizo a Patricia hacer a Marta hacer a Nerea traer pacharán.

Como veremos, las causativas léxicas tienen una estructura compleja en la que un evento dinámico subordina un estado. Por su parte, las analíticas también tienen una estructura compleja bipartita, pero la diferencia radica en que el evento subordinado es en sí más complejo que en las léxicas, pues se trata de otro evento dinámico, con su estructura argumental completa. Es decir, los mecanismos de causativización léxica se emplean en español sobre eventos estativos, mientras que la causativización analítica se emplea sobre eventualidades dinámicas.

10.2. LAS CAUSATIVAS ANALÍTICAS ENTRE LOS PREDICADOS COMPLEJOS

Las causativas analíticas del español y otras lenguas se consideran predicados complejos porque evidencian un fenómeno de reducción tal que dos eventos quedan semifusionados sintácticamente en una oración simple, conservándose, no obstante, ambos núcleos.

Como señala Svenonius (2008), prácticamente cualquier predicado con dos partes puede recibir la etiqueta de “predicado complejo”:² las construcciones resultativas, los verbos en serie (*serial verbs*) de las lenguas africanas y austronesias, los verbos compuestos de las lenguas sudasiáticas, los verbos de reestructuración, las construcciones con verbo ligero, etc. Todos ellos se caracterizan por las siguientes propiedades comunes. En primer lugar, la estructura argumental es compleja: hay dos o más núcleos semánticos que aportan argumentos (Butt, 1993).

En segundo lugar, la estructura funcional es la de un predicado simple, pues hay un único sujeto (Butt, 1993). Partiendo de una estructura compleja, se obtiene una simple, lo cual solo puede suceder si el verbo principal toma como complemento una estructura menor que el ST (Baker, 1988; Wurmbrand, 2001, 2007; Tubino Blanco et

² Svenonius (2008) menciona también los complementos predicativos y las oraciones de relativo.

al., 2009). Es por tanto una condición *sine qua non* que la estructura sea monoclausal, pese a ser compleja.³

Finalmente, de los dos elementos que conforman el predicado complejo, uno de ellos ha de ser un verbo y combinarse con T. Este elemento denota típicamente el evento, pero es el que lleva la carga funcional⁴ y el que se encuentra en la posición estructural más elevada. El otro elemento puede ser un verbo en forma no personal u otro tipo de unidad (nombre, adjetivo). Tiene mayor carga semántica –puede denotar un resultado, una situación concomitante o el propósito del evento–, y se encuentra en la posición estructural inferior⁵ (Svenonius, 2008).

En muchas lenguas, los dos elementos que integran el predicado complejo quedan amalgamados morfológicamente mediante un proceso de incorporación sintáctica (cf. Baker, 1988). Esto es lo que sucede, por ejemplo, con las mencionadas causativas sintéticas del japonés y otras lenguas. Así, se considera que las causativas sintéticas y analíticas tienen en realidad la misma estructura, diferenciándose tan solo en la lexicalización –independiente o “amalgamada”– de los núcleos (cf. Harley, 1995).

Existen tres tipos fundamentales de predicado complejo. En primer lugar, las construcciones con verbos en serie se forman encadenando, sin marca de subordinación alguna, dos o más verbos o SSVV, que comparten un argumento, para denotar un único evento.

En segundo lugar, los verbos ligeros o de apoyo (*light verbs*) están altamente desemantizados y actúan como elementos funcionales, pero siempre cuentan, de acuerdo con (Butt, 1993) con una contrapartida léxica plena. A diferencia de los verbos de reestructuración, imponen severas restricciones de selección a sus complementos.

En tercer lugar, los verbos de reestructuración (*restructuring verbs*, cf. Rizzi, 1976, 1982; Kayne, 1989; 1991; Roberts, 1997; Rouveret, 1997; Cinque, 1997, 2004; Wurmbrad, 2001; entre otros) se caracterizan por no imponer restricciones a sus complementos. La construcción consta de dos verbos: uno de ellos porta la información funcional aun conservando significado léxico y el otro permanece en una forma no finita. Los verbos causativos y los de control se consideran verbos de reestructuración

³ No obstante, el grado de complejidad de la estructura no afecta al estatus del predicado complejo (Butt, 1993).

⁴ Si este elemento solo aporta contenido funcional, es un auxiliar, y no conforma un predicado complejo.

⁵ De acuerdo con Svenonius (2008), el elemento inferior en un predicado complejo puede ser i) un predicado de un evento; ii) un predicado de un argumento; iii) un predicado adjunto de un argumento; o iv) un complemento que se predica de un argumento. Asumo que en las causativas analíticas el infinitivo funciona como un predicado de un evento.

(cf. Wurmbrand, 2001; Cardinaletti, 2004; Campanini y Pitteroff, 2013), si bien la operación no parece funcionar igual en todos los casos, ni en todas las lenguas. Respecto a las causativas, se discute sobre el estatus de *hacer* y sus equivalentes en otras lenguas como verbo léxico pleno, funcional o quasifuncional (Cardinaletti, 2004). Así mismo, no hay acuerdo sobre el tamaño de la oración de infinitivo, pues se ha defendido que es un SV escueto (cf. Folli y Harley, 2007), que contiene Voz (cf. Campanini y Pitteroff, 2013) o incluso que contiene cierta estructura funcional –ST o SC– (cf. Baker, 1988).

Para muchos autores (Rizzi, 1978, 1982; Haegeman y van Riemsdijk, 1986; von Stechow, 1990), la reestructuración es un proceso mediante el que dos oraciones quedan reducidas a una. Esto supone que en un primer estadio de la derivación encontramos dos límites oracionales, para después “suprimir” de algún modo el inferior. Otros autores proponen que el límite oracional del evento subordinado –SC o similar– es transparente o defectivo, lo que permite que el verbo inferior forme un predicado complejo con el superior (Burzio, 1986; Baker, 1988; Rizzi, 1982). Finalmente, autores como Wurmbrand (2001, 2004, 2007) defienden que la construcción comienza directamente como monoclausal en la derivación, es decir, que el verbo inferior no proyecta en ningún momento ST o SC, y que esto es lo que permite que forme un predicado complejo, al subordinarse al verbo superior, sin necesidad de ninguna operación específica de reestructuración o reducción⁶:

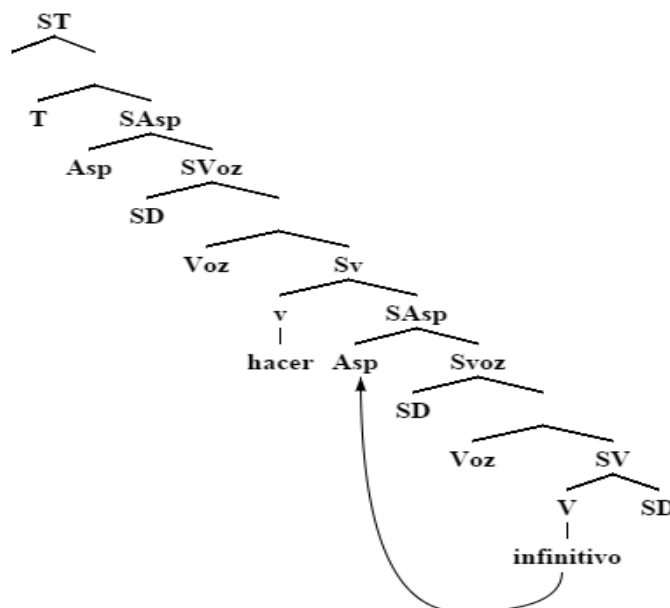
[...] ‘restructuring’ or ‘clause union’ as such in fact does not exist in any form, but [...] restructuring phenomena are simply the result of a monoclausal structure: a sentence with a R[estructuring] I[nfinitive] is a simple clause throughout the derivation.

(Wurmbrand, 2001: 24-25)

En este capítulo, propondré un análisis de las causativas analíticas del español como predicados complejos, monoclausales y bieventivos, en los que el verbo *hacer* funciona como un verbo “quasifuncional” y selecciona como complemento un SAsp.

⁶ Para un panorama general sobre la historia de los análisis de reestructuración remito al lector a Wurmbrand (2001).

(16)



De acuerdo con el árbol de (16), el evento causado no es un SV escueto (contra Folli y Harley, 2007). El infinitivo se proyecta con su estructura argumental completa, incluyendo el argumento externo en Voz –no en un SApl. (contra Campanini y Pitteroff, 2013) – y cuenta con aquellas proyecciones funcionales que se encuentren por debajo de SAsp –por ejemplo, SM-deóntico–, pero no más allá. Carece, por tanto, de ST y de SC, lo que, de acuerdo con Wurmbrand (2001), permite directamente la formación del predicado complejo con el verbo superior sin necesidad de una operación específica de reestructuración, pues en ningún momento de la derivación hay dos límites oraciones que deban reducirse a uno.

El verbo principal asciende al núcleo Asp para convertirse en infinitivo incorporándose a la desinencia *-r*. Se trata de la posición más alta de la estructura subordinada, de modo que una vez desplazado el verbo principal nada interviene entre él y *hacer*. Esto explica, como veremos, el orden no marcado de palabras, en el que el infinitivo precede a su sujeto. Nótese que este movimiento del infinitivo no se corresponde con una operación de *predicate raising* (véase apartado 4.1), pues no llega a introducirse en la proyección de *hacer* o a incorporarse a él.

Hacer no actúa en estas construcciones como un elemento puramente funcional (contra Folli y Harley, 2007), sino como un elemento léxico o, al menos “quasifuncional” (Cardinaletti, 2004). Esto explica, como detallaremos en los siguientes

apartados, que sea recursivo (17), que pueda pasivizar (18) y que pueda subordinar un SC pleno (19), entre otras propiedades:

(17) Ruth hizo a Patricia hacer a Marta hacer a Nerea traer pacharán.

(18) El paquete fue hecho llegar al Ministro.

(19) Ruth hizo que Nerea trajera pacharán.

En el apartado 3 describiré las propiedades de las causativas analíticas. A continuación, en el apartado 4., revisaré algunos análisis previos de estas construcciones. Finalmente, en el apartado 5. presentaré mi propuesta de análisis.

10.3. PROPIEDADES DE LAS CAUSATIVAS ANALÍTICAS

Comenzaré este apartado haciendo una breve mención a las dos posibles lecturas disponibles en las causativas analíticas. A continuación, describiré el orden de palabras, que plantea un problema crucial para el análisis, pues el argumento externo del infinitivo aparece normalmente pospuesto, en contra de lo esperable si tanto éste como el infinitivo permanecen *in situ* durante la derivación. En las secciones siguientes, presentaré aquellas propiedades sintácticas de las causativas analíticas que las cualifican como predicados complejos: constituyen un único dominio para la asignación de caso y para la distribución de los clíticos, y cuentan con un único ST y un único $SM_{\text{epistémico}}$, por lo que son estructuras monoclausales. Por otra parte, hay dos SAsp –el de *hacer* y el del infinitivo–, se preservan dos posiciones para la inserción de modificadores y se permite que diversos elementos interrumpan la secuencia *hacer-infinitivo*, lo que indica que ambos verbos no se encuentran dominados por un mismo núcleo V –es decir, no hay incorporación–.

10.3.1. Las lecturas de las causativas analíticas y la interpretación de los argumentos

La oración de (20) es ambigua entre dos posibles lecturas:

(20) Víctor hizo trabajar a Sara.

- i. La obligó a trabajar (LOBL).
- ii. Causó indirectamente que ella trabajara (LCM).

En la lectura de causa mediata (LCM), X causa / provoca que le suceda algo a Y o que Y haga algo. Esta es la única interpretación posible cuando el sujeto de *hacer* es inanimado (21) pero, como vemos en (20), no queda descartada cuando es animado.

(21) La necesidad económica hizo trabajar a Sara.

- i. #La obligó a trabajar (LOBL).
- ii. Causó indirectamente que ella trabajara (LCM).

En la lectura de obligación (LOBL), X obliga / fuerza a Y a hacer algo. Las condiciones para obtener esta lectura son más restringidas, pues es necesario que ambos sujetos, el de hacer (SJ1) y el del infinitivo (SJ2), sean, además de animados, agentivos (22c):

(22) a. El jefe hizo trabajar a Cora. (LCM, LOBL)

b. El profesor hizo a Pepe leer *La Náusea*. (LCM, LOBL)

c. Andrea hizo caer a Diana (LCM, *LOBL)

De acuerdo con lo expuesto en el capítulo 1, los sujetos de los ejemplos de (1-3) desempeñan el rol temático de “causa”, y se interpretan más concretamente como “causas indirectas”. Así, la lectura de obligación es un efecto semántico que se obtiene cuando tanto el causante como el *causee* son animados y, por tanto, capaces de tener volición y control. La “obligación” es una forma de “causar” un evento, de ahí la ambigüedad de una oración como (20) o (23):

(23) Mi abuelo me hizo leer poesía.

- i. Lectura de causa mediata: él despertó en mí la curiosidad por la poesía.
- ii. Lectura de obligación: él me forzó o coaccionó para que leyera poesía.

Folli y Harley (2007) señalan que ninguna de las dos lecturas puede obtenerse si el sujeto del infinitivo es una causa:

(24) *{Pepe / La tormenta} hizo al viento romper la ventana.⁷

Las autoras argumentan que *hacer* puede tomar como complemento un v_{DO} —con lo que se obtiene la lectura de obligación siempre y cuando el sujeto principal también sea agentivo— o un v_{BECOME} , pero nunca un v_{CAUSE} (véase el capítulo 1 sobre los “sabores” de *v*).

Sin embargo, esta hipótesis tiene serias consecuencias para la estructura de las causativas léxicas, pues obliga a establecer una diferencia sintáctica entre las oraciones de (25a-26a), fundamentada en la animacidad del sujeto, a fin de que la oración de (26b) sea gramatical, frente a (25b):

(25) a. El viento abrió la puerta $\rightarrow [v_{CAUSE} [v_{BE}]]$

b. *{Cris / la tormenta} hizo al viento abrir la puerta.

(26) a. Nerea abrió la puerta $\rightarrow [v_{DO} [v_{BE}]]$

b. {Patricia / el calor} hizo a Nerea abrir la puerta.

Nótese que, de acuerdo con lo expuesto en el capítulo 1, *Nerea* es un causante en (26a), tal y como lo es *el viento* en (25a), por el mero hecho de encontrarse en una estructura causativa. En consecuencia, si *hacer* puede subordinar verbos causativos como *abrir*, y el sujeto de este tipo de verbos se interpreta obligatoriamente como causante, no puede haber ninguna restricción que impida la presencia de un causante en la oración de infinitivo. Para mayor claridad, considérese siguiente ejemplo, donde la interpretación de *Nerea* como causante es más evidente en ausencia de una posible interpretación volitiva:

(27) Patricia empujó tan fuerte a Nerea que la hizo romper la ventana.

⁷ La traducción es mía, el asterisco es de las autoras.

En (27), *Patricia* es la causa indirecta de que *Nerea* sea la causa de la rotura de la ventana, luego los causantes son posibles en la oración de infinitivo. Parece que lo que opera en ejemplos como (24) es una restricción de animacidad; sin embargo, si el infinitivo no es causativo, no hay problema en que su sujeto sea inanimado:

- (28) a. La lluvia hace brillar los tejados.
 b. La lluvia hizo desaparecer las huellas.

Así, cuando el *causee* es humano (agente o causa), hay una “cadena causativa” – *Víctor hizo trabajar a Sara*–, mientras que si el *causee* es inanimado (28) se interpreta más bien como un paciente del predicado complejo, aunque el verbo *ser* inergativo (28a).

A priori hay dos posibles explicaciones para tal restricción de animacidad, sobre las que no profundizaré en este trabajo. La primera de ellas es que el propio verbo *hacer* seleccione *causees* animados, pero, como vemos en (28), esto no es del todo preciso. La segunda explicación tiene que ver con la interpretación de las cadenas causales: nuestro conocimiento del mundo nos dice que ciertas entidades no pueden entrar a formar parte de una cadena causal, dado que no pueden estar sujetas a condicionamiento alguno (24).

En definitiva, las causativas analíticas de todos los ejemplos presentados tienen la interpretación de causa mediata, aunque en determinadas circunstancias esté disponible un matiz de obligación añadido. Es decir, el sujeto de *hacer* es siempre un causante indirecto, aunque pueda además ser volitivo, de acuerdo con lo expuesto en el capítulo 1.

Por su parte, el argumento externo del infinitivo puede recibir tres interpretaciones. En primer lugar, puede ser un causante, si el infinitivo es causativo, es decir, si encierra una estructura eventiva compleja –*Patricia hizo a Nerea romper la ventana empujándola contra ella*–. En segundo lugar, puede ser un agente, si el infinitivo no es causativo, es decir, si encierra una estructura eventiva simple –*Víctor hizo trabajar a Sara*–. En cualquiera de estos dos casos, el argumento externo del infinitivo ha de ser animado. Por último, si el infinitivo es un verbo inacusativo, su sujeto es en realidad un argumento interno y se interpreta, por tanto, como un paciente:

- (29) a. Andrea hizo caer a Diana → [Andrea hizo [_{SV} caer [_{SD} Diana]]]

- b. Cris hizo desaparecer las llaves → [Cris hizo [_{SV} desaparecer [_{SD} las llaves]]]

La tabla 1 recoge estas conclusiones. La LCM es la interpretación de las causativas analíticas, independientemente de la naturaleza de los dos sujetos. Solo en caso de que ambos sean animados, y de que el segundo sea, además, agentivo, se añade un matiz de obligación.

Tabla 1: lecturas de las causativas analíticas

		SJ1: siempre es causa	
		+animado	-animado
SJ2	Agente	LCM + OBL	LCM
	Causa		
	Paciente		

10.3.2. La posición del *causee* y el orden de palabras

En las lenguas romances, el sujeto del infinitivo aparece pospuesto no solo a éste, sino al SV completo, incluyendo el CD. Este es el orden no marcado en español:

- (30) a. Andrea hizo reír a Diana.

- b. Ruth hizo escribir un artículo a Marta.

- (31) a. Gianni ha fatto riparare la macchina a Mario.

Gianni ha hecho arreglar el coche a Mario

- b. Je ferais lire *Les Miséreables* à Margot.

yo haré leer *Los Miserables* a Margot

- c. A Maria fez ler esse livro aos miúdos. (Soares da Silva, 2012: 525)

la María hizo leer ese libro a los niños

En español y en portugués también es posible anteponer el sujeto del infinitivo, situándolo entre éste y *hacer* (Treviño, 1992). Este orden es marcado en español, pero

en portugués es más frecuente que la posposición, sobre todo cuando el infinitivo es transitivo y el *causee* es animado (cf. Soares da Silva, 2012).

- (32) a. Ruth hizo a Marta escribir un artículo.
 b. A Maria fez os miúdos ler esse livro. (Soares da Silva, 2012: 526)
 la María hizo los niños leer ese libro.

Esto supone una importante diferencia respecto del italiano y el francés, donde tal anteposición resulta agramatical:

- (33) a. *Faccio Carlo baciare le ragazze. (Iglesias Bango, 1992: 95)
 hago Carlo besar las chicas
 b. *Je ferai Jean partir (Kayne, 1975: 89)
 yo haré Jean marcharse

Soares da Silva (2012) achaca este contraste al distinto grado de gramaticalización que la construcción causativa ha alcanzado en las lenguas romances. Según este autor, el grado máximo de gramaticalización, a juzgar por éste y otros fenómenos, es el de la construcción italiana, seguida por la francesa, la española y finalmente la portuguesa. Otros autores, como Zubizarreta (1985), han defendido también que el estatus de *fare/faire/hacer/fazer* puede no ser el mismo en todas las lenguas, y, en definitiva, que el análisis del predicado complejo puede sufrir variaciones.

Cabe señalar al hilo de esta discusión que solo el portugués y el español cuentan con una variante en la que *hacer* como verbo pleno subordina un SC (34), opción de la que carecen el italiano y el francés (35). Además, *fazer* puede en portugués subordinar un infinitivo flexionado, con un sujeto antepuesto en nominativo (36):

- (34) a. Ruth hizo que Marta escribiera un artículo.
 b. A Maria faz com que as crianças saiam.
 la María hace que los niños salgan

- (35) a. *Je ferais qu'il vienne en train.

yo haré que.él venga en tren

b. *Ho fatto che Giovanni usciva. (Campanini y Pitteroff, 2013: 47)

He hecho que Gianni salga

(36) A Maria fez els lerem esse livro. (Soares da Silva, 2012: 526)

la María hizo ellos.NOM. leer ese libro

Este otro contraste también parece indicar que *fare* / *faire* está más gramaticalizado –es más funcional– que *hacer* / *fazer* y guarda una relación más estrecha con el infinitivo o, en otras palabras, que el *hacer* tiene un estatus “más léxico”, como defenderé en mi análisis.

Por otra parte, Torrego (2010) relaciona la anteposición del *causee* con la lectura de obligación. Esta autora observa que la interpretación del sujeto de *hacer* (SJ1) como causa o agente está determinada por la posición pre o postverbal del sujeto del infinitivo (SJ2): si el SJ2 es preverbal, el SJ1 solo puede interpretarse como agente, no como causa, de manera que solo la lectura de obligación está disponible –siempre y cuando el SJ2 también sea agentivo–. En otras palabras, la lectura de obligación permite dos posiciones para el *causee*, mientras que la de causa mediata sólo permite la posverbal:

(37) a. ?La recesión ha hecho *a la atleta* perder el trabajo (Torrego 2010: 449)⁸

b. La recesión le ha hecho perder su trabajo *a la atleta*.

(38) a. Sj1*CAUSANTE / AGENTE hacer [Sj2 INF.]

b. Sj1CAUSANTE / AGENTE hacer [INF Sj2]

En (39) vemos más ejemplos en los que un *causee* preverbal parece bloquear la interpretación del sujeto principal como causa. El ejemplo de (39b) es anómalo con cualquier tipo de SJ1, pues la lectura de obligación es imposible con un *causee* inanimado, y la de causa indirecta parece empeorar notablemente con un *causee* preverbal. En cambio, en (40) observamos que los ejemplos mejoran significativamente con la mera posposición del *causee*:

⁸ La interrogación es de Torrego.

- (39) a. {Víctor / ?la necesidad económica} hizo a Sara trabajar.
 b. {??Cris / ??el calor} hizo el rosal florecer.

- (40) a. {Víctor / la necesidad económica} hizo trabajar a Sara.
 b. {Cris / el calor} hizo florecer el rosal.

No obstante, nótese que nuestros ejemplos de (39) contienen, como los de Torrego (37), interrogaciones en lugar de asteriscos, lo cual indica que son dudosamente aceptables, pero tal vez no rotundamente agramaticales. Los ejemplos de (41) muestran, sin embargo, que la lectura de causa mediata sí admite, en ciertos casos, *causees* preverbiales, lo que contradice la afirmación de Torrego (2010). Un factor que parece mejorar la aceptabilidad de este orden de palabras es la animacidad, razón por la que Torrego ve un vínculo entre esta posición y la lectura de obligación.

- (41) a. El miedo hizo a Cris gritar hasta quedar muda.
 b. El hambre hizo a Sara plantearse robar comida del puesto.

Nótese que la posposición del *causee* en estos ejemplos resulta anómala (42):

- (42) a. ?El miedo hizo *gritar hasta quedar muda* a Cris.
 b. ?El hambre hizo *plantearse robar comida del puesto* a Sara.

Los ejemplos de (42) apuntan a que la anteposición se ve favorecida por factores relacionados con el procesamiento, volviéndose casi obligatoria en contextos en los que el peso sintáctico del SV (42-43), el encadenamiento de varios infinitivos (44), o el encadenamiento de varios SSDD (45) hacen necesario un reordenamiento de las palabras que facilite la comprensión:

- (43) a. Víctor hizo a Sara cantar la misma canción cincuenta veces hasta quedar afónica.
 b. ??Víctor hizo cantar la misma canción cincuenta veces hasta quedar afónica a Sara.

- (44) a. Ruth hizo a Marta hacer a Patricia hacer a Nerea traer pacharán.
 b. *Ruth hizo hacer hacer traer pacharán a Marta a Patricia a Nerea.
 c. *Ruth hizo hacer a Marta hacer traer pacharán a Patricia a Nerea.
- (45) a. Ruth hizo a Nerea cortarle el césped a Patricia.
 b. *Ruth hizo cortarle el césped a Patricia a Nerea.

La posición preverbal del *causee*, además contribuir al procesamiento de la secuencia, es una posición marcada en la que bloquea al SJ1 sintácticamente. Así, los ejemplos de (46) evidencian que cuando el *causee* es preverbal, el foco contrastivo solo puede orientarse a él —no al causante—, mientras que si el *causee* es posverbal, el foco contrastivo puede orientarse indistintamente a cualquiera de los dos (47):

- (46) a. El miedo hizo a Nerea gritar, { *no la alegría / no a Miguel }.
 b. La sed hizo a Cora beber agua de mar, { *no la curiosidad / no a Luisa }.
 c. La tormenta hizo a Patricia llegar tarde, { *no la huelga / no a Ruth }.
- (47) a. El miedo hizo gritar a Nerea, { no la alegría / no a Miguel }.
 b. La sed hizo beber agua de mar a Cora, { no la curiosidad / no a Luisa }.
 c. La tormenta hizo llegar tarde a Patricia, { no la huelga / no a Ruth }.

Además, los adverbios orientados al agente también pueden referirse tanto al SJ1 como al SJ2 si este último es posverbal (48), mientras que si es preverbal, han de orientarse a él exclusivamente (49):

- (48) a. El jefe_i hizo trabajar a María_j duramente_{i/j}.
 b. El director_i hizo saludar a los niños_j amablemente_{i/j}.
 c. El profesor_i hizo leer el artículo a los alumnos_j concienzudamente_{i/j}.
- (49) a. El jefe_i hizo a María_j trabajar duramente_{*i/j}.
 b. El director_i hizo a los niños_j saludar amablemente_{*i/j}.
 c. El profesor_i hizo a los alumnos_j leer el artículo concienzudamente_{*i/j}.

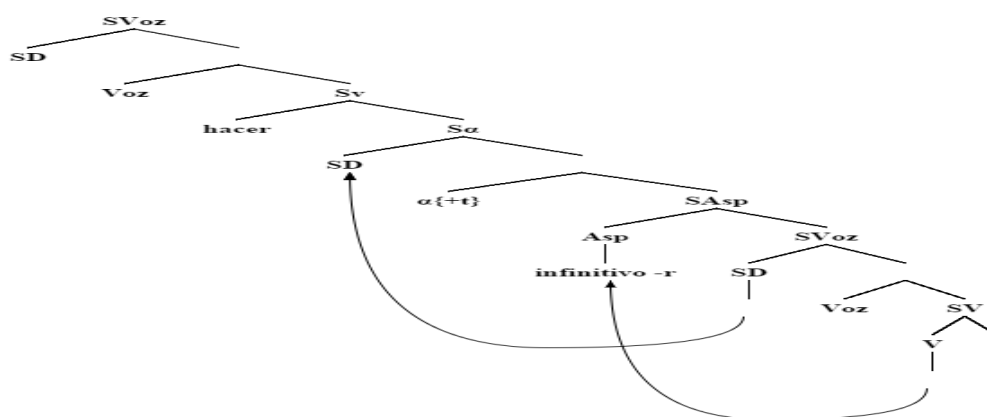
Los datos presentados hasta ahora indican que la posición no marcada del *causee* es la posverbal, pero no que la preverbal tenga alguna incidencia sobre la interpretación temática del *causante*. La anteposición se ve favorecida por factores relacionados con el procesamiento sintáctico, así como por los contextos de afectación o foco, especialmente si el *causee* es animado. Cuando el verbo subordinado es un inacusativo con sujeto inanimado, la posición preverbal del *causee* es muy marcada:

- (50) a. La huelga hizo el tren llegar tarde, no el avión.
b. La noticia hizo su rostro palidecer repentinamente.

Los autores manejan fundamentalmente tres posibles explicaciones para el orden de palabras en las causativas analíticas. En los años 80 predominaban los análisis en los que el infinitivo asciende a Infl. u otra posición por encima de su sujeto (cf. Kayne, 1975; Burzio, 1986; Baker, 1988; véase la sección 4.1.). Otros autores han propuesto que el especificador se encuentra a la derecha en las causativas analíticas, igual que en las cláusulas reducidas, cuyos sujetos también son posverbales –*Andrea hizo feliz a Diana*– (cf. Guasti, 1996; Folly y Harley, 2007; véase sección 4.4). Finalmente, algunos autores defienden que el *causee* se encuentra en una aplicativa, insertada en la posición conveniente para derivar el orden de palabras (cf. Ippolito, 2000; Torrego, 2010; Campanini y Pitteroff, 2013; véase sección 5.5.).

En mi análisis rechazaré las hipótesis del especificador a la derecha y del sujeto aplicativo y defenderé en consecuencia una versión del *predicate raising* en la que el verbo debe desplazarse a una posición por encima de su sujeto para dar lugar al orden no marcado (51):

(51)



Esa posición es SAsp, el núcleo funcional más alto que proyecta el infinitivo. Si el *causee* se desplaza, tiene disponible el especificador del Sa de *hacer* como posición de aterrizaje. El núcleo α , como veremos, asigna caso al *causee* a distancia; así, el movimiento es opcional y conlleva una interpretación informativamente marcada.⁹

Nótese que, en el orden no marcado, el *causee* no solo sigue al infinitivo, sino al SV completo $\langle V + CD \rangle$, por lo que no es propiamente el verbo lo que se desplaza, sino todo el SV:

(52) a. El profesor hizo leer *La Metamorfosis* a Cris.

Mi análisis difiere del *predicate raising* tradicional en que el infinitivo no asciende para dar lugar a la reestructuración, y no alcanza la proyección de *hacer*. El movimiento está motivado por la necesidad del verbo principal de incorporarse a la desinencia $-r$ de infinitivo.

10.3.3. Asignación de caso

La construcción causativa analítica constituye un único dominio para la asignación de caso, de modo que la estructura argumental del predicado complejo es la suma del argumento externo de *hacer* y todos los argumentos del infinitivo. El argumento externo del verbo flexionado recibe nominativo, mientras que el argumento externo del verbo no flexionado recibe un caso por defecto: acusativo si no compite con un argumento interno (53), dativo en caso contrario (54-55).

(53) a. Luisa *la* hizo llorar (*a la niña*).

b. Diana *la* hizo desaparecer (*la llave*).

(54) a. Miguel *le* hizo dibujar un barco pirata (*a la niña*).

b. Miguel *se lo* hizo dibujar.

(55) a. May hizo a Sol darle el libro a Juan.

b. May *le* hizo dárselo.

⁹ Otra opción, que no elaboraré aquí, es que el *causee* se desplace a una posición en la periferia izquierda del infinitivo.

Este patrón evidencia que el caso se asigna como en una oración simple; de hecho, la presencia de un único nominativo apunta a la presencia de un único núcleo T. Nótese además que, si bien los ejemplos de (53) pueden dar pie a analizar el sujeto del infinitivo como complemento directo de *hacer* o incluso del conjunto *hacer* + *infinitivo* –idea discutida en la gramática tradicional, RAE (1973), en Alsina¹⁰ (1992) y Guasti¹¹ (1996), entre otros–, los ejemplos (54-55) demuestran que tal análisis es insostenible, ya que este argumento recibe un caso por defecto que puede variar y que no le asigna directamente ningún núcleo verbal.¹²

En mi análisis asumiré el modelo de asignación de caso de Marantz (1991), según el cual la materialización concreta del caso morfológico en la interfaz fonológica no ha de corresponderse necesariamente con el caso abstracto que legitima los SSNN en la derivación. Esto tiene dos consecuencias básicas. En primer lugar, un argumento recibe acusativo no solo por sus propiedades configuracionales o argumentales, sino en oposición a otro argumento. En segundo lugar, el caso puede ser asignado por defecto, en función del contexto sintáctico, cuando otros mecanismos de asignación de caso fallan. Así, el nominativo del sujeto de *hacer* y el acusativo del objeto del infinitivo son asignados por T y el α del infinitivo, respectivamente, de la manera esperable. En cambio, el sujeto del infinitivo recibe caso del α de *hacer*; dicho caso habrá de materializarse como acusativo en oposición al nominativo del sujeto de *hacer*, siempre y cuando el SD no compita por este caso con un verdadero argumento interno, ya que entonces habrá de materializarse por defecto como dativo.

10.3.4. Clíticos

Como señala Kayne (1975), los clíticos se distribuyen en las causativas analíticas como en una oración simple, en torno al complejo *<hacer + infinitivo>*, ascendiendo para apoyarse en el verbo flexionado como si de una sola unidad se tratase.

(56) a. Su jefa *la* hizo trabajar (a Cora).

¹⁰ Alsina (1992) defiende que *fare* en italiano tiene tres argumentos: agente, evento y paciente, y que este último se fusiona con un argumento del infinitivo.

¹¹ Guasti (1996) propone que el *causee* recibe caso del predicado complejo una vez que el infinitivo se incorpora a *hacer*.

¹² Además, señala Hernanz (1999) que si el sujeto acusativo fuera el complemento directo de *hacer*, tendería a aparecer adyacente a él, pero que, en cambio, el orden no marcado de estas construcciones es *<hacer + infinitivo>*.

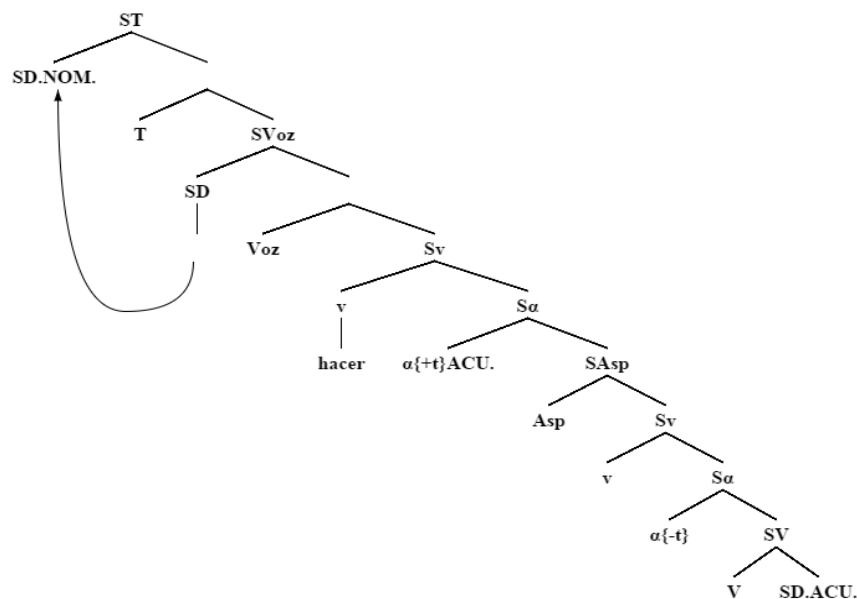
- b. *Su jefa hizo *la* trabajar.
- c. *Su jefa hizo trabajar*la*.

- (57) a. El profesor *les* hizo leer *Pedro Páramo*.
 b. *El profesor hizo *les* leer *Pedro Páramo*.
 c. *El profesor hizo leer*les* *Pedro Páramo*.
 d. El profesor *se lo* hizo leer.
 e. El profesor *les* hizo leer*lo*.
 f. El profesor hizo leer*lo* a los alumnos.
 g. El profesor *lo* hizo leer a los alumnos.

En los ejemplos (57e-g) observamos que solo el complemento directo del infinitivo es libre de elegir entre pronominalizarse sobre éste o ascender al verbo flexionado, pues forma un constituyente con el infinitivo. En cambio, el *causee* debe pronominalizarse obligatoriamente sobre *hacer*; no puede pronominalizarse como enclítico sobre el infinitivo porque no es su CD: requiere una posición preclítica, y solo hay un verbo flexionado en el que pueda apoyarse. Nótese que el argumento interno de los infinitivos inacusativos (58^a) no se comporta a este respecto como un objeto, sino como un sujeto (cf. 58b-c). La razón es que el $\alpha\{-t\}$ del infinitivo no le asigna caso –se trata de un verbo inacusativo–; en circunstancias normales, el argumento interno se desplazaría a T para obtener nominativo pero esto no es posible, ya que el infinitivo se encuentra incrustado en una estructura monoclausal cuyo único ST alberga en su especificador al argumento externo de *hacer*. Así, el argumento interno del infinitivo solo puede recibir caso del $\alpha\{+t\}$ de *hacer*, lo que provoca a su vez que solo pronominalizarse sobre *hacer* (58d):

- (58) a. *El viento hizo desaparecer*las*.
 b. *Víctor hizo trabajar*la*.
 c. Víctor le hizo memorizar*la*.

d.



El ascenso de clíticos es un diagnóstico estándar de reestructuración (cf. Wurmbrand, 2001), pues evidencia que no hay una barrera oracional entre *hacer* y el infinitivo, a diferencia de lo que sucede con los infinitivos sin reestructuración:

(59) *Lo odio leer.*

Ahora bien, a pesar de que los datos anteriores pueden hacer pensar que *hacer* y el infinitivo funcionan como un único verbo, Kayne (1975) observa que otras cuestiones relacionadas con los clíticos apuntan a que ambos mantienen en cierto grado un estatus independiente –su hipótesis es, de hecho, es que no están dominados por un mismo núcleo V, aunque la estructura sea monoclausal–. Esto es lo esperable si tenemos reestructuración, en lugar de incorporación. Así, en primer lugar, los clíticos de sujeto han de colocarse en francés a la derecha del verbo en las interrogativas, y en el caso de las causativas perifrásticas se colocan a la derecha de *hacer*, no del infinitivo (60); es decir, el sujeto de *hacer* le “pertenece” en exclusiva, no es el sujeto de una unidad compleja [*hacer* + infinitivo].¹³

(60) a. *Fera-t-il partir Marie?*

(Kayne, 1975: 217)

¹³ En español (glosas) este contraste no se aprecia porque no existen clíticos de sujeto, y los pronombres tienen mayor libertad posicional.

hará-él marchar María.

‘¿Hará él marchar a María?’

b. *Fera partir-il Marie?

hará marchar-él María

‘¿Hará marchar él a María?’

En segundo lugar, los clíticos de objeto también se colocan a la derecha del verbo en el imperativo, y eligen una vez más *hacer*, en lugar del infinitivo, en las causativas:

(61) a. Fais-lui lire ce livre.

(Kayne 1975: 217)

haz-le leer ese libro

b. *Fais lire-lui ce livre.

haz leer-le ese libro

(62) a. Házle leer ese libro a los niños.

b. *Haz leerle ese libro a los niños.

En definitiva, *hacer* y el infinitivo se encuentran en posiciones distintas –lo que permite intercalar los clíticos de (60-62)– dentro de una estructura monoclausal transparente para el ascenso, pero no existen barreras oracionales entre ellos que impidan el ascenso. En mi análisis, el infinitivo asciende a su propio SAsp, pero no se incorpora a *hacer* ni asciende a ninguna posición dentro de la proyección de *hacer*.

10.3.5. Pasivización

Wurmbrand (2001, 2004) considera la pasiva a larga distancia (*long passive*) como un diagnóstico de reestructuración y, además, como un diagnóstico para identificar verbos léxicos de reestructuración –frente a verbos de reestructuración con estatus funcional (Cinque, 2001)–. En (63) vemos que las causativas analíticas del

italiano y el español permiten pasivizar el objeto del infinitivo,¹⁴ al contrario que las del francés (64):

(63) a. Il libro fu fatto leggere a Mario (da Gianni). (FyH, 2007: 225)

El libro fue hecho leer a Mario (por Gianni)

b. Il pacchetto fu fatto arrivare (da Gianni).

El paquete fue hecho llegar (por Gianni)

c. [...] [él] fue hecho callar por el capellán, que no pudo entender aquella intromisión luterana dentro de su iglesia.¹⁵

d. El ofrecimiento fue hecho llegar al ministro, Jaime Mayor Oreja [...].¹⁶

(64) *Le livre a été fait lire (à Jean).

El libro ha sido hecho leer a Jean

Folli y Harley (2007) y Campanini y Pitteroff (2013) sugieren que este contraste entre el italiano y el francés apunta a que *faire* tiene un estatus más funcional que *fare*,¹⁷ lo cual le impide formar pasivas.¹⁸ En mi análisis, defenderé que *hacer* tiene, efectivamente, en español un estatus más cercano al de un verbo léxico pleno que al de

¹⁴ La pasivización del argumento externo del infinitivo resulta agramatical en las lenguas discutidas (Folli y Harley, 2007), como es esperable, pues no es el complemento directo de *hacer*, o del predicado complejo.

(i) *El niño fue hecho llorar (por Luisa).

(ii) *L'enfant a été fait dormir.

El niño ha sido hecho dormir

(iii) *Marco è stato fatto ridere (da Gianni). (FyH, 2007: 226)

‘Marco ha sido hecho reír (por Gianni)’.

¹⁵ CREA: García Márquez, Gabriel (1985): *El amor en los tiempos del cólera*, Mondadori, Madrid (1987).

¹⁶ CREA: *Canarias* 7, 25/05/1999.

¹⁷ Campanini y Pitteroff (2013) citan a Guasti (1993), quien señala que la pasivización de *faire* era gramatical en francés antiguo. Los autores ven este dato como un argumento a favor de la progresiva gramaticalización de *faire* como elemento funcional.

¹⁸ Esto contradice a autores como Zubizarreta (1985) o Soares da Silva (2012), para quienes *fare* es más funcional que *faire*. Concretamente, Folli y Harley (2007) tratan *fare* como un elemento que puede ser funcional o léxico en italiano, basándose en los distintos comportamientos que exhibe en las construcciones de infinitivo que nos ocupan y en las llamadas “faire-par”, del tipo *Gianni ha fatto riparare la macchina da Mario* (‘Gianni hizo arreglar el coche por Mario’), donde el *causee* es un complemento agente.

un elemento funcional, lo cual explica ésta y otras peculiaridades de su comportamiento sintáctico.

Por otra parte, el español, el italiano y el francés coinciden al rechazar la subordinación de pasivas en el infinitivo:

- (65) a. *Gianni hizo ser invitada a May.
 b. *Jean fera être invité Pierre.
 Jean hará ser invitado Pierre
 c. *Giovanni fera essere invitato Piero.
 Giovanni hará ser invitado Piero

De acuerdo con un análisis monoclausal de las causativas analíticas, los ejemplos de (65) son un argumento a favor de la presencia de un único ST: si el especificador de esta proyección está ocupado por el argumento externo de *hacer*, ningún argumento del infinitivo puede ascender a ella, y por lo tanto no puede pasivizar recibiendo nominativo y convirtiéndose en el sujeto sintáctico.

10.3.6. Tiempo

Como apuntábamos en la introducción, los predicados complejos se caracterizan por ser construcciones monoclauses, es decir, dominadas por un único ST. Hasta ahora hemos presentado dos datos que confirman esto en las causativas analíticas: i) solo hay un nominativo y ii) el argumento interno del infinitivo no puede pasivizar, presumiblemente porque el especificador del único ST ya está ocupado por el argumento externo de *hacer*.

Sin embargo, es un hecho a menudo destacado en la bibliografía que los eventos causante y causado de las causativas analíticas no han de coincidir necesariamente en el tiempo, y que admiten modificadores temporales independientes (Fodor, 1970):

- (66) Víctor hizo el martes cantar a Sara el jueves.

La gramaticalidad de (66) evidencia que las causativas analíticas se componen de dos SV, que proporcionan dos posiciones para insertar modificadores. No obstante,

la información aportada por estos ha de ser coherente con aquélla proporcionada por un único núcleo T:

Pasado + Pasado

- (67) a. Víctor hizo el jueves pasado enfermar a Sara ayer.
 b. Estuve el martes en Hacienda y me hicieron volver al día siguiente.

**Pasado + Futuro*

- (68) a. #Víctor hizo ayer enfermar a Sara pasado mañana.
 b. #Estuve ayer en Hacienda y me hicieron volver mañana.

En (67) vemos que, el evento causante y el causado pueden ser independientes temporalmente en las construcciones analíticas, precisamente porque cada evento está lexicalizado por un elemento distinto. En cambio, las oraciones de (68) resultan anómalas pese a cumplir la condición de que el evento causante sea anterior al evento causado; al comparar (67b) y (68b), que describen situaciones muy similares, observamos que en el primer caso, los dos eventos tienen lugar el pasado respecto al momento de habla, mientras que en el segundo caso uno tiene lugar en el pasado y otro en el futuro, lo que produce la inaceptabilidad. Esto sucede porque la falta de simultaneidad solo es posible siempre y cuando se respete la información contenida en el único ST que domina toda la estructura: el infinitivo carece de información temporal y la toma del verbo flexionado, o, en otras palabras, tanto el verbo flexionado como el infinitivo reciben la información temporal de un único ST.

10.3.7. Aspecto

En cuanto a los modificadores aspectuales, los siguientes ejemplos muestran que también encuentran dos posiciones en las causativas analíticas. No obstante, la situación es distinta a la que acabamos de exponer en relación con el tiempo: cada evento puede tener una información aspectual distinta. El evento causado puede ser imperfectivo aun cuando el causante es perfectivo (69), y viceversa (70):

Perfecto + imperfecto → perfecto

- (69) En diez minutos, Patri hizo a Ruth estar tocando el piano (toda la tarde / *ahora).

Imperfecto + perfecto → imperfecto

- (70) Nerea está haciendo a Marta terminar el trabajo en diez minutos.

Estos ejemplos apuntan, por tanto, a la presencia de un SAsp sobre el infinitivo, capaz no solo de albergar modificadores, sino de aportar su propia información aspectual. Nótese, no obstante, que la interpretación final de (69) es perfectiva, mientras que la de (70) es imperfectiva. Esto significa que la especificación aspectual de *hacer* es la que domina la oración, y que, por tanto, el SAsp del infinitivo no se encuentra en un dominio oracional independiente. Por esta razón, la repetición de la misma información aspectual en los dos eventos resulta redundante y anómala (71-72):

Imperfecto + imperfecto: redundante

- (71) ??Víctor está haciendo a Sara estar tocando el piano (ahora mismo).

Perfecto + perfecto: raro

- (72) ??Nerea hizo en diez minutos terminar el trabajo a Marta en dos horas.

Por otra parte, cabe señalar que la agramaticalidad de ejemplos como los de (73) no se debe realmente a cuestiones aspectuales, sino a la violación de la condición semántica según la cual el evento causante ha de ser anterior al causado.

**Perfecto / imperfecto + perfectivo*

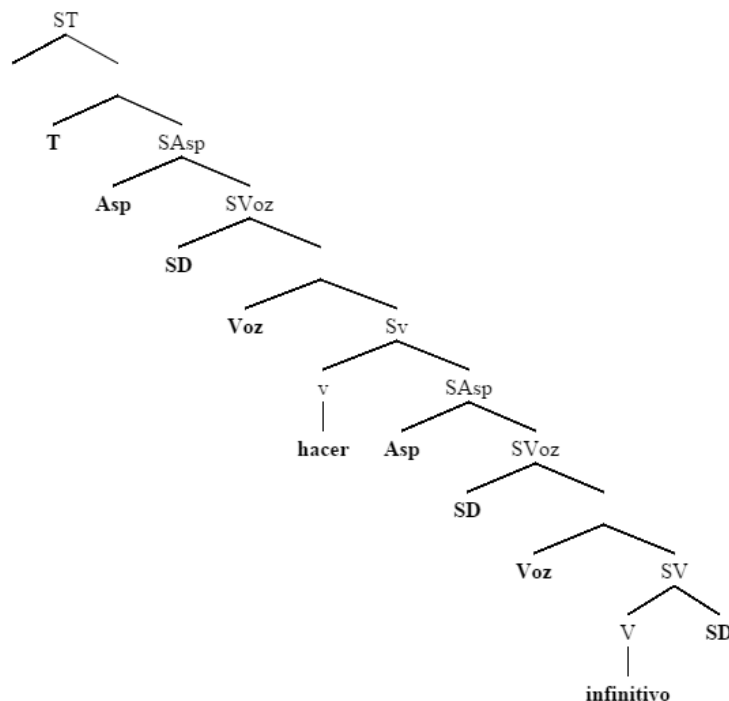
- (73) a. *Nerea ya ha hecho haber terminado el trabajo a Marta.
b. *Nerea hizo ya haber terminado el trabajo a Marta.
c. *Nerea está haciendo ya haber terminado el trabajo a Marta.

En conclusión, las causativas analíticas son estructuras monoclausaes dominadas por un único T que contienen, no obstante, dos SAsp.

SAsp es la proyección funcional más alta del infinitivo, a la que éste se desplaza para incorporarse a la desinencia -r.

A continuación, presento una estructura arbórea preliminar:

(74) Árbol preliminar



Si el infinitivo cuenta efectivamente con su propio SAsp, esperamos que cuente también con todas las proyecciones funcionales que se encuentren por debajo de SAsp, pero ninguna por encima. En el apartado siguiente vamos a comprobar que ambas afirmaciones son correctas, pues entre SAsp y el infinitivo es posible insertar una proyección de SMdeóntico. En cambio, por encima de SAsp no solo no hay ST –como hemos confirmado en el apartado anterior–, sino que tampoco hay SM-epistémico.

10.3.8. El modo

De acuerdo con Hacquard (2006, 2009), Jackendoff (1972), Brennan (1993), Picallo (1990) y Cinque (1999), entre otros, los modales deónticos se encuentran justo encima del SV (*root modals*), mientras que los epistémicos tienen un ámbito mayor. Si las causativas analíticas son estructuras monoclausaes con dos SV, esperamos que haya una única posición para los modales epistémicos, y dos para los deónticos. Puesto que los deónticos se encuentran debajo de SAsp, esperamos, de acuerdo con lo expuesto en

la sección anterior, que haya, en efecto, una posición disponible sobre el infinitivo. Los datos que presentamos a continuación confirman esta predicción.

Un modal a la izquierda de *hacer* siempre puede ser epistémico (75-76). La interpretación deóntica también está disponible en la lectura de obligación (75), pero queda bloqueada en la de causa mediata (76) por razones semánticas –resulta difícil interpretar la modalidad deóntica sobre una causa–. Es decir, a la izquierda de *hacer* hay tanto una posición alta para los modales epistémicos como una baja –sobre el SV– para los deónticos:

(75) Cris debe_{epist./deont.} hacer trabajar a Carlos. (Lectura de obligación).

(76) El viento debió_{epist./#deont.} hacer caer la rama. (Lectura de causa mediata).

En cambio, *hacer* no puede subordinar un modal epistémico, pero sí uno deóntico (77). En este último caso, el deóntico bloquea la lectura de obligación, de nuevo por razones semánticas –la modalidad deóntica no puede concebirse como el resultado de la voluntad de un agente externo–:

(77) a. Cris hizo a Carlos poder_{*epist./deont. (*LOBL /LCI)} trabajar.

b. El buen tiempo hizo poder_{*epist./deont.} aterrizar el avión.

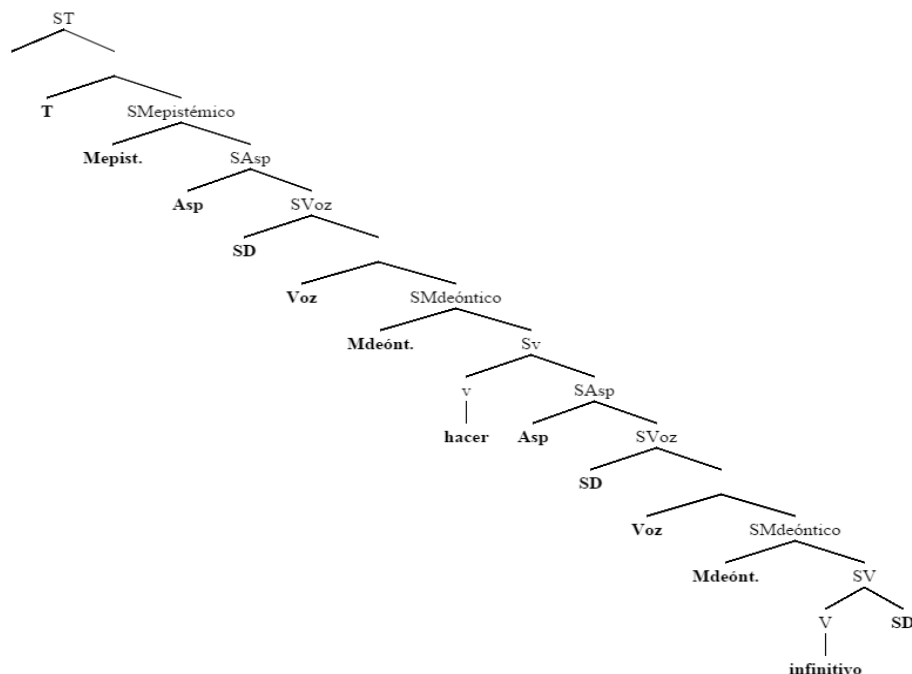
En conclusión, los modales epistémicos, al tener alcance oracional, encuentran una única posición en las causativas analíticas, igual que T, pues se trata de estructuras monoclausales. Los modales deónticos, por su parte, encuentran dos posiciones en las que insertarse, cada uno de los SSVV, y bloquean la lectura de obligación cuando dominan el infinitivo.¹⁹ Así pues, la proyección del infinitivo llega hasta SAsp, pero no más allá: hay modales deónticos, hay aspecto, pero no hay T ni modo epistémico.

(78) La operación debió_{epist./deont.} hacer poder_{deont.} mejorar a Fernando.

El siguiente árbol ilustra las conclusiones de este apartado:

¹⁹ Nótese que la relación entre *hacer* y el infinitivo es necesariamente más estrecha en la lectura de obligación que en la de causa mediata.

(79) Estructura preliminar de las causativas analíticas:



Una última observación, respecto a los deónticos es que favorecen la posición preverbal del *causee* –con animados, ya que los inanimados parecen rechazar la posición preverbal de por sí–:

- (80) a. {El jefe / la necesidad} hizo (a Fernando) deber trabajar (?a Fernando).
 b. {El coreógrafo / la alegría} hizo (a Cris) deber bailar (?a Cris).
 c. {El profesor / la curiosidad} hizo (a los niños) deber leer *Peter Pan* (?a los niños).
 d. {Cifuentes / la cocaína} hizo (a la policía) deber cargar contra los manifestantes (?a la policía).

Como apuntamos en el apartado 3.2., esto se debe a una necesidad de facilitar el procesamiento de una secuencia con tres verbos. Recuérdesse que en las construcciones recursivas con *hacer* obtenemos el mismo orden de palabras (81):

- (81) a. Ruth hizo *a Marta* hacer *a Patricia* hacer *a Nerea* traer pacharán.

- b. ??Ruth *hizo hacer* a Marta a Patricia *hacer traer* pacharán a Nerea.
- c. ??Ruth *hizo hacer hacer traer* pacharán a Marta a Patricia a Nerea.

10.3.9. La independencia de *hacer* y el infinitivo

Hasta ahora hemos confirmado que *hacer* y el infinitivo conforman un predicado complejo en una estructura monoclausal: un único T, un único SMepistémico, un único dominio para la asignación de caso y ausencia de barreras oracionales para el ascenso de clíticos. No obstante, queda por dilucidar el grado de independencia que preservan ambos elementos. Las partes integrantes de un predicado complejo pueden estar unidas en mayor o menor grado, lo cual tiene consecuencias sintácticas.

La asignación de caso y la distribución de los clíticos son algunos de los factores que han favorecido diversos análisis de *hacer* y el infinitivo como una unidad, o incluso como una perífrasis, pues tienden a ser inseparables. Sin embargo, en apartados anteriores hemos topado con algunos ejemplos en los que la secuencia formada por ambos verbos se ve interrumpida por el sujeto del infinitivo (82) –a diferencia, recordemos, del francés y el italiano–, un clítico (83), o un modal deóntico (84):

(82) a. Víctor hizo *a Sara* trabajar trabajar hasta la extenuación.

- b. *Je ferai *le jardiner* planter les choux (Iglesias Bango 1992: 95)
yo haré el jardinero plantar las coles
'Yo haré al jardinero plantar las coles.'

- c. *Faccio *Carlo* baciare le ragazze.
hago Carlo besar las chicas
'Hago a Carlo besar a las chicas.'

(83) Házme reír.

(84) El buen tiempo hizo *poder* aterrizar el avión.

Además, *hacer* y el infinitivo pueden ser elididos de manera independiente (Kayne, 1975), lo que demuestra que no forman un constituyente:

(85) a. Marie fera danser Jean et chanter Paul. (Kayne, 1975: 218)

Marie hará bailar Jean y cantar Paul

‘Marie hará bailar a Jean y cantar a Paul.’

b. Il a fait boire et danser la soeur de Jean-Jacques.

Él ha hecho beber y bailar la hermana de Jean-Jacques

(86) a. María hará bailar a Juan y cantar a Pablo.

b. Ha hecho beber y bailar a la hermana de Juan.

Kayne (1975) también señala que el ligamiento de los recíprocos no traspasa en las causativas analíticas la frontera entre *hacer* y el infinitivo, lo cual indica que no están dominados por un mismo V:

(Kayne, 1975: 263)

(87) a. *Ils_i ont fait discuter le directeur général les uns avec les autres_i.

Ellos han hecho discutir el director general los unos con los otros

b. *Ellos han hecho al director discutir los unos con los otros.

(i.e. que discuta con unos y con otros).

(Kayne 1975: 263)

(88) a. Il a fait jeter des poubelles aux étudiants sur les passants.

él ha hecho tirar PART. papeleras a.los estudiantes sobre los viandantes

b. *Ils ont fait jeter des poubelles à Jean-Jacques l'un sur l'autre.

ellos han hecho tirar PART. papeleras a Jean-Jaques el.uno sobre el.otro

(89) a. Él les hizo lanzar papeleras a los estudiantes sobre los viandantes.

b. *Ellos les hicieron a los estudiantes lanzar papeleras el uno sobre el otro.

Por otra parte, Bordelois (1988) señala que no es posible interpolar la negación o un auxiliar entre *hacer* y el infinitivo (90), lo cual indica, en su opinión y en la de otros autores (cf. Campanini y Pitteroff, 2013), que no hay ninguna proyección funcional en el complemento infinitivo o que, de haberla, es defectiva:

(90) a. *Él lo hizo no venir.

(Bordelois, 1988: 60)

- b. *Él lo hizo haber venido.

Sin embargo, estos datos no son correctos. La agramaticalidad de (90b) se debe a la violación de la condición de que el evento causado sea posterior al causante, y la de (90a) no es tal, como demuestran los siguientes ejemplos recogidos en el CREA:

- (91) a. [...] una lesión le *hizo no lucir* al ciento por ciento.²⁰
 b. Lo único que me *hizo no encargarle* ya su cometido, cuando estuvo aquí de visita, fue que me puso algunas pegas [...].²¹
 c. Mi escepticismo respecto a cualquier fenómeno parapsicológico me *hizo no prestar atención* a la indicación premonitoria [...].²²
 d. Una fe en la que me *han hecho no creer*.²³

Esto supone no solo que *hacer* y el infinitivo no están dominados por un mismo núcleo V –es decir, que no hay incorporación–, sino que el complemento de infinitivo ha de contar con alguna proyección funcional para albergar la negación (Torrego, 2010), a pesar de que carece, como hemos argumentado, de ST.

En definitiva, las causativas analíticas son estructuras monoclausales dominadas por un único T y un único Mepistémico, constituyen un único dominio para la asignación de caso y para la distribución de los clíticos. El orden no marcado es <hacer + SV + SJ2>. Sin embargo, esto no implica necesariamente que *hacer* y el infinitivo funcionen a todos los respectos como un único verbo. Los datos presentados en esta sección evidencian que la estructura monoclausal preserva dos SSVV hasta cierto punto independientes, pues *hacer* y el infinitivo pueden ser interrumpidos por otros elementos, pueden ser elididos de manera independiente y ejercen su propio dominio para el ligamiento. Además, el comportamiento de la negación y la posibilidad de anteponer el *causee* apuntan a que entre *hacer* y el infinitivo hay más estructura funcional de la que suele presuponerse en la mayoría de los análisis que revisaremos en el siguiente apartado. De acuerdo con lo expuesto en los apartados anteriores, esta estructura

²⁰ CREA: Diario de Yucatán, 09/09/1996.

²¹ CREA: Luis María Ansón (1996): *Don Juan*, Plaza y Janés, Barcelona.

²² CREA: Albert Boadella (2001): *Memorias de un bufón*, Madrid, Espasa Calpe.

²³ CREA: José Marín Recuerda (1980): *Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca*, Madrid, Cátedra (1991).

funcional llega hasta SAsp. El infinitivo no se mueve más allá de esta proyección, manteniéndose así separado de *hacer*, aunque ambos formen un predicado complejo.

10.4. ANÁLISIS PREVIOS

Dentro de la gramática generativa, todos los autores que han abordado el tema de las causativas analíticas y sintéticas asumen que una estructura biclausal queda reducida en otra monoclausal. La diferencia entre las distintas propuestas radica en la implementación de esta “reducción”, especialmente respecto al módulo de la gramática en que tiene lugar.

En Gramática Transformacional, dicho fenómeno se entendía como una transformación desde la estructura profunda a la estructura superficial (cf. Inove, 1969; Kuroda, 1965; Kuno, 1973; Shibatani, 1973; entre otros). Después, los modelos lexicalistas defienden que las operaciones que determinan la complejidad morfológica y semántica de una forma simple han de producirse en el propio léxico, lo cual es especialmente relevante para las causativas sintéticas, creadas mediante un proceso de sufijación (cf. Farmer, 1980, 1984; Miyagawa, 1980, 1989; Grimshaw y Mester, 1985; Alsina, 1993; Butt, 1993; Maning et al. 1999; Ishikagawa, 1985; Matsumoto, 1992, 1996, entre otros). Finalmente, los modelos construccionistas identifican la complejidad semántica y la sintáctica en el árbol (cf. Folli y Harley, 2007, entre otros), o, dicho de otro modo, descomponen en la sintaxis los significados complejos de las expresiones lingüísticas, tanto si éstas son morfológicamente simples como si no.

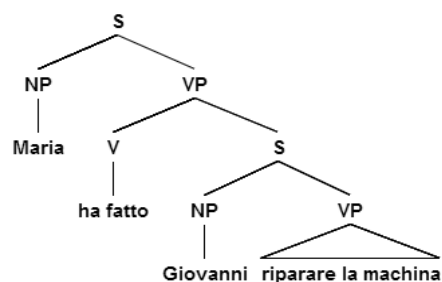
A continuación revisaremos brevemente los principales análisis que se han propuesto en la bibliografía para las causativas analíticas.

10.4.1. Ascenso de predicado (*predicate raising*)

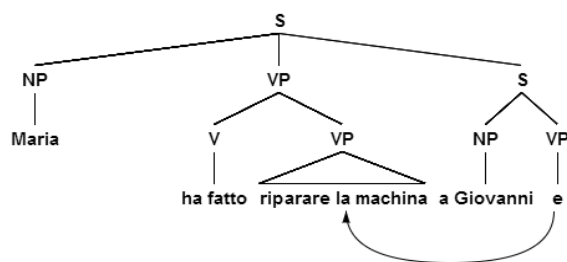
La versión estándar de esta “reducción” o “simplificación” de una estructura compleja en otra simple fue la operación de *Predicate Raising* (Kayne, 1975; Rouveret y Vergnaud, 1980; Burzio, 1986, entre otros), motivada por las propiedades léxicas del verbo causativo. Esta operación da cuenta del orden de palabras y, en principio, también de la asignación de caso, en tanto que el SN dejado atrás debe recibir caso para respetar

el filtro del caso (*case filter*): el sujeto del complemento de (91) -Giovanni- se convierte en el objeto del predicado complejo en (92):

(91) (Burzio, 1986: 229)



(92) (Burzio, 1986: 229)



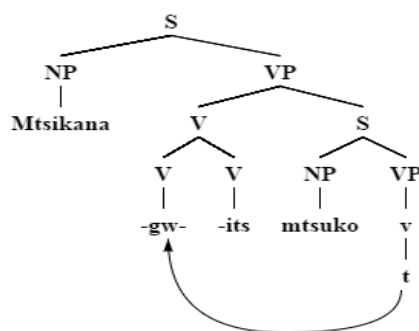
Tanto Kayne (1975) como Burzio (1986) argumentan que las causativas analíticas son estructuras necesariamente derivadas i) porque el *causee* es un sujeto profundo pese a estar marcado como acusativo/dativo, y ii) porque lo que selecciona *fare/faire* es un complemento oracional (91), cuya estructura interna se preserva en la derivación. Dentro del modelo de Rección y Ligamiento, Burzio propone que *fare*, gracias a sus propiedades léxicas intrínsecas, desencadena la operación de *S-deletion*, gracias a la cual la cláusula subordinada es transparente para el marcado excepcional de caso (*exceptional case marking*).

Baker (1988) propone un análisis similar en términos de movimiento de núcleo. Este autor defiende que las causativas sintéticas de lenguas como el japonés, el chichewa, etc. constituyen una instancia de incorporación verbal, de tal manera que el núcleo del predicado inferior se incorpora vía movimiento al núcleo del predicado superior, realizado como sufijo:

(adaptado de Baker, 1988: 148-149)

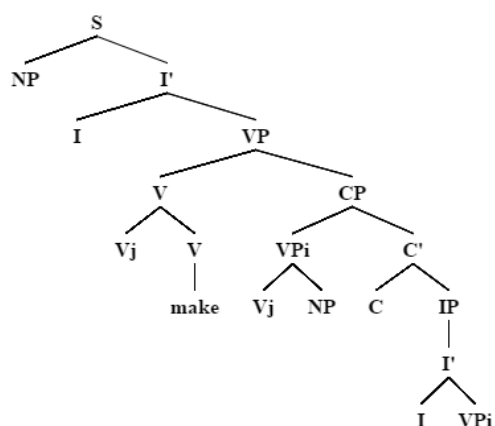
- (93) a. Mtsikana ana-chit-**is**-a kuti mtsuko u-**gw**-e. (Chichewa)
 chica agr. hacer-**caus**-asp. que jarro agr.-**caer**-asp.

b.



Por su parte, las causativas analíticas de las lenguas romances tienen, de acuerdo con Baker (1988), la misma estructura sintáctica, diferenciándose solo en la morfología. Se da en este caso una “incorporación abstracta” o “reanálisis” tal que ambos núcleos pueden ser co-indexados sin necesidad de que se produzca la incorporación morfofonética.²⁴ La única condición es que el núcleo superior gobierne al núcleo inferior:

- (94) (adaptado de Baker, 1988: 170)



²⁴ Las operaciones de incorporación y reanálisis forman una clase natural, la primera se traduce en forma fonética, mientras que la segunda se traduce solo en forma lógica. Para un análisis de incorporación de las causativas perifrásticas, véase Guasti (1996).

Baker propone que la cláusula subordinada tiene una proyección SC a la que el SV completo –verbo + CD– asciende para poder ser reanalizado. Esto permite preservar una estructura biclausal en todos los niveles sintácticos y también explicar la asignación de caso –en términos de Rección y Ligamiento, el CD tiene que desplazarse con el infinitivo para poder recibir caso de él– y el orden de palabras, con el *causee* detrás del verbo y su objeto.

Mi análisis también hace uso de una proyección funcional a la que el infinitivo se desplaza (SAsp), dejando atrás a su sujeto. De acuerdo con Wurmbrand (2001), si el verbo principal toma como complemento una estructura inferior a ST, ninguna operación específica –*predicate raising*, reestructuración, S-deletion, etc.– es necesaria. En consecuencia, mi análisis tiene en común con las versiones estándar del *predicate raising* que el verbo se desplaza, pero lo hace sin traspasar fronteras.

10.4.2. Zubizarreta (1985)

En consonancia con los análisis previamente comentados, Zubizarreta (1985) propone que *hacer* y el infinitivo forman un predicado complejo en una estructura reducida que se deriva de otra no reducida en la que *hacer* toma un complemento oracional:

(Zubizarreta, 1985: 283)

- (95) a. [_S NP Pierre [_{VP} V a fait [_S [_{VP} V lire NP ces passages PP à Jean]]] >
 [_S NP Pierre [_{VP} V a fait lire NP ces passages PP à Jean]].

- b. [_S NP Pierre [_{VP} V a fait [_S [_{VP} V travailler] NP Jean]]] >
 [_S NP Pierre [_{VP} V a fait travailler NP Jean]]

En su modelo, las operaciones necesarias para esta reestructuración derivan de la labor sintáctica que desempeña *hacer* como afijo causativo. La novedad de su propuesta reside en la hipótesis que no existe necesariamente una correspondencia entre las categorías fonológicas y las sintácticas, por lo que *hacer* puede analizarse como un elemento funcional.

Zubizarreta defiende que *fare* en italiano es un afijo que puede realizar tres funciones distintas, argumentando que se encuentra en distribución complementaria con otros afijos que desempeñan las mismas labores. En primer lugar, *fare* puede reemplazar

la morfología pasiva, provocando que el argumento externo del infinitivo quede eliminado de la sintaxis aunque siga presente léxicamente. Esto da lugar a las llamadas causativas *faire-par* del francés y el italiano, que no tienen equivalencia en español.²⁵

- (96) Piero face leggere quei brani (da Giovanni). (Zubizarreta, 1985: 275)
Piero hace leer estos fragmentos por Giovanni.

En segundo lugar, *fare* puede reemplazar la morfología anticausativa, eliminando el argumento externo del infinitivo; esto explica, según la autora, que en italiano sea posible subordinar un verbo anticausativo a *fare* siempre y cuando se elimine el clítico *si* (97),²⁶ siguiendo un principio de no redundancia morfológica. En francés y español, en cambio, tal construcción no es posible (98):

- (97) Il vento a fatto spegnere la candela. (Zubizarreta, 1985: 267)
El viento ha hecho apagar la vela
'Piero ha hecho apagarse la vela.'

- (98) a. *El viento ha hecho apagar la vela. (Zubizarreta, 1985: 268)
b. *Le vent a fait éteindre la chandelle.
el viento ha hecho apagar la vela

En tercer lugar, *fare* puede reemplazar a los morfemas causativos del tipo *-izar*, provocando la interalización del argumento externo del infinitivo:

- (99) a. *The city is modern.* (Zubizarreta 1985: 260; la cursiva es mía)
b. The architect modernized *the city*.

- (100) Piero face leggere quei brani *a Giovanni*. (Zubizarreta, 1985: 277)
Piero hace leer estos fragmentos a Giovanni.

²⁵ Las causativas *faire-par* no existen en español y quedan, por tanto, fuera de los límites de este trabajo. Remito al lector a la extensa bibliografía que existe sobre el tema (Burzio, 1989; Kayne, 1975; Alsina, 1992; Guasti, 1996; Folli y Harley, 2007; entre otros muchos).

²⁶ Esta es una de las razones por las que Folli y Harley (2005) ubican *si* en v pequeña: se encuentra en distribución complementaria con *fare*, que en su análisis ocupa esa misma posición. En español, sin embargo, las oraciones del tipo *El viento hizo apagarse la vela* no son agramaticales, lo que indica que no hay competencia entre *se* y *hacer*.

La idea de que *hacer* no es necesariamente un verbo pleno, sino más bien un elemento funcional, arroja luz sobre su estatus estructural y sobre las peculiares configuraciones a las que da lugar. Esta propuesta supone un cambio de perspectiva compatible con modelos construccionistas en los que los límites entre las palabras y los morfemas quedan anulados, pese a que Zubizarreta sigue un modelo proyeccionista en su artículo. No obstante, hay algunos aspectos que resultan problemáticos. En primer lugar, la autora no formaliza explícitamente este análisis, ni establece una comparación con las causativas léxicas –¿hemos de deducir que éstas tienen un afijo causativo abstracto?– En segundo lugar, la autora tampoco explica el origen de la polivalencia sintáctica de *fare* ni los factores que determinan la función que realiza en cada caso. Por último, cabe preguntarse qué información aporta exactamente *fare* que no pueda ser expresada mediante los afijos a los que supuestamente reemplaza, especialmente en el caso de los verbos anticausativos, que ya cuentan con una variante causativa sin necesidad de recurrir a *hacer*.

A la luz de contrastes como el de (97-98) entre el italiano por un lado y el francés y el español por otro, Zubizarreta argumenta que, a diferencia de *fare*, *faire* y *hacer* funcionan simultáneamente como afijo y como verbo principal. En (98) *faire* y *hacer* eliminarían como afijos el argumento externo del infinitivo, pero no como verbos principales, por lo que el infinitivo se mantiene en su versión transitiva y se produce una contradicción que resulta en agramaticalidad. Aduce la autora que el problema de (98) se resuelve con la aparición del *se* anticausativo (101), compatible con *faire* y *hacer* como verbos principales. Se trata, en mi opinión, de una solución *ad hoc* que resta fuerza a la propuesta, pues el hecho de que una misma unidad desempeñe dos funciones tan dispares requiere una formalización detallada, apoyada por más contrastes:

- (101) a. El viento hizo disiparse las nubes. (Zubizarreta 1985: 282)
 b. El viento hizo apagarse la vela.

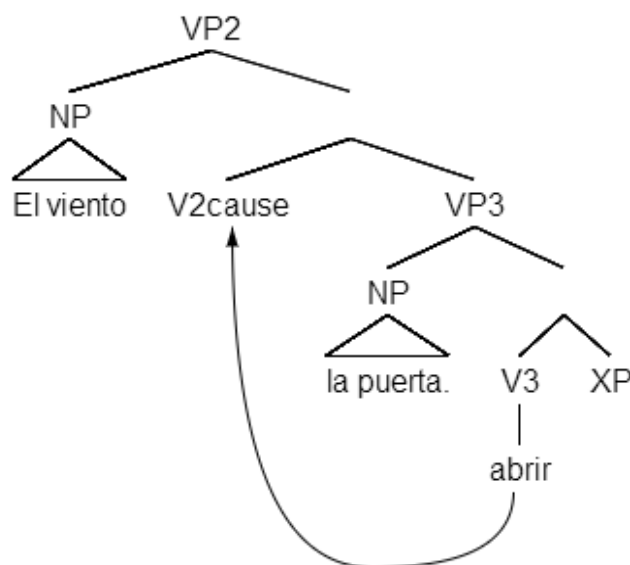
Recordamos, no obstante, que otros autores también han señalado ciertas diferencias entre el español, el francés y el italiano que apuntan a que en esta última lengua *fare* tiene un estatus funcional más claro que en las otras dos (cf. Soares da Silva, 2012; Cardinaletti, 2004, entre otros). En el caso del español, el estatus de *hacer* como verbo pleno o “quasipleno” ha quedado sugerido en los apartados anteriores por

las siguientes propiedades: i) capacidad para subordinar un SC –*Víctor hizo que Sara cantara hasta quedar afónica*–, ii) capacidad para pasivizar –*El informe fue hecho llegar al ministro*–, iii) capacidad para subordinar una oración negativa –*Me hizo no ir*–, y iv) posibilidad de subordinar un *causee* antepuesto –*Andrea hizo a Diana reír*–.

10.4.3. Fujita (1996)

Partiendo de supuestos similares a los de Zubizarreta (1985), Fujita (1996) defiende que las causativas léxicas encierran una derivación sintáctica compleja con un núcleo causativo abstracto al que asciende el verbo del evento causado (102). El objeto se analiza como el sujeto de este evento causado, en vez de como un argumento interno²⁷ y el núcleo causativo asigna papel temático a su especificador:

(102) (Adaptado de Fujita, 1996: 152)



En las causativas analíticas, ese mismo núcleo causativo estaría ocupado por *hacer*, siendo su complemento una oración (Agr₀, en el modelo de Fujita). En otras palabras, las causativas sintéticas y las analíticas presentan la misma estructura:²⁸ los

²⁷ Véase también Cuervo (2003), Ramchand (2008) e Irwin (2012), entre otros.

²⁸ Fujita propone que el rol de agente es un rol compuesto por *causa* y volición. El verbo causativo debe ascender aún a otra proyección más alta para asignar el papel temático de agente al especificador de V1:

dos eventos están lexicalizados conjuntamente por un mismo exponente en las primeras, mientras que en las segundas están lexicalizados por dos exponentes distintos. Fujita explica el movimiento de V3 a V2 por la necesidad de cotejar un rasgo [+causativo], ausente en los verbos incoativos.

Este análisis es en lo esencial muy similar al que he propuesto para las causativas léxicas. Sin embargo, es importante señalar que la estructura de las analíticas, aunque parecida, no puede ser idéntica a la de las léxicas. En primer lugar, nótese que si la estructura fuera la misma, esperaríamos que ambas construcciones se encontraran en distribución complementaria, y no que fuera posible subordinar las primeras a las segundas como en (103):

- (103) Víctor hizo a Sara abrir la puerta.

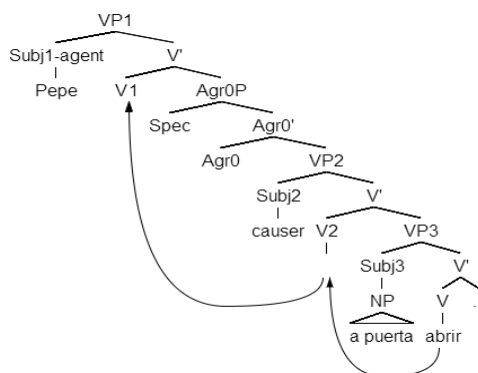
La oración de (103) requiere un análisis en el que una estructura compleja como la de (102) sea el complemento de un evento adicional, como vemos esquemáticamente en (104) –adaptando el modelo de Fujita–:

- (104) [sv₁ Víctor [V1 hacer] [sv₂ Sara [V2 causa] [sv₃ la puerta [V3 abrir (estado)]]]]]

En segundo lugar, las analíticas, a diferencia de las léxicas, son recursivas:

- (105) Ruth hizo a Marta hacer a Patricia hacer a Nerea traer pacharán.

Esto quiere decir no hay límite para la complejidad de la estructura que el evento introducido por *hacer* puede subordinar. Las causativas léxicas toman como



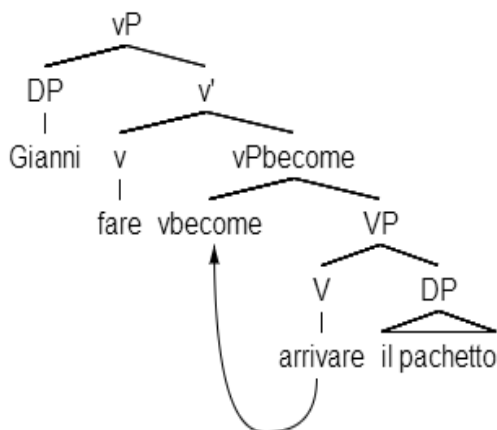
complemento un evento estativo exclusivamente, con un único argumento, del que se predica el estado. Las analíticas subordinan eventos dinámicos (Cuervo, 2003) con una estructura argumental completa que incluye un argumento externo en Voz. Como explica Harley (2006), en una causativa léxica, *v* es adyacente a la raíz, mientras que en una sintáctica (sintética o analítica), *v* no es adyacente a la raíz, sino que subordina un Sv. Así, aunque ambas estructuras consten de dos (sub)eventos, se diferencian en el grado de complejidad del subordinado.

10.4.4. Folli y Harley (2007)

Como el de Fujita (1996), los análisis posteriores a la hipótesis de *v* pequeña tienden a subordinar un Sv a otro en las causativas analíticas, expresando así la estrecha relación entre *hacer* y el infinitivo sin incluir ningún tipo de estructura funcional sobre este último.²⁹

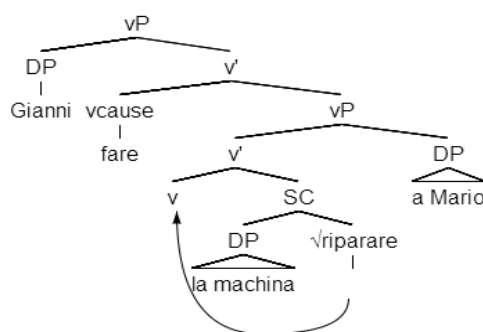
Folli y Harley (2007) analizan *fare* como la materialización de *v* pequeña asumiendo, como Zubizarreta (1985), que se trata de un elemento funcional:

(106) (FyH, 2007: 215)



²⁹ Recordamos que para Wurmbrand (2001) esta es una forma de prescindir de operaciones específicas para la reestructuración: dos verbos pueden formar un predicado complejo siempre y cuando la estructura del subordinado sea inferior a ST.

(107) (FyH, 2007: 230)



El problema de este análisis es que, para derivar el orden de palabras, Folli y Harley (siguiendo a Guasti, 1996) sitúan a la derecha el especificador que introduce el argumento externo del infinitivo. Campanini y Pitteroff (2013) señalan dos argumentos empíricos en contra de esta explicación. En primer lugar, estos autores utilizan los cuantificadores flotantes como diagnóstico para identificar las posiciones, incluida la de base, por las que se ha movido un argumento (siguiendo a Sportiche, 1988). Un análisis con especificadores a la derecha predice erróneamente que un cuantificador asociado al sujeto de *hacer* debería poder aparecer en posición final:

(Guasti, 1993: 163, citado en CyP, 2013: 58)

- (108) I professori facevano commentare il libro (*tutti) a Maria (*tutti).
 los profresores hicieron comentar el libro (todos) a María (todos)

En segundo lugar, Campanini y Pitteroff recuerdan que la motivación original para los especificadores a la derecha fue el orden de palabras de las cláusulas reducidas (109), y señalan que la posposición del sujeto en estos casos no es rígida, pues la inserción de más material sintáctico obliga a su anteposición (110):

- (109) Gianni ha fatto felice Maria. (CyP, 2013: 58)
 Gianni ha hecho feliz María

(Burzio, 1986, citado en CyP, 2013: 58)

- (110) ?La sua espressione fa sembrare Giovanni ammalato.
 la suya expresión hace parecer Giovanni enfermo

En español tampoco disponemos de argumentos sólidos a favor de un análisis con especificadores a la derecha, especialmente si tenemos en cuenta que la posición posverbal del *causee* no es rígida, como hemos visto. Por otra parte, también hemos comprobado que el complemento infinitivo de nuestras causativas analíticas contiene algo más de estructura funcional de la que proponen para el italiano Folli y Harley (2007), toda aquella que llega hasta SAsp. Finalmente, ciertas propiedades de *hacer* en español parecen indicar que tiene un estatus menos funcional, o más léxico, que *fare* en italiano, por lo que en mi análisis lo trataré como un elemento “quasifuncional”.

10.4.5. Campanini y Pitteroff (2013)

Campanini y Pitteroff (2013) resuelven el problema del orden de palabras en italiano defendiendo que el *causee* se encuentra en una aplicativa alta (siguiendo a Ippolito, 2000; Torrego, 2010 y Kim, 2012). Su principal argumento es que las causativas analíticas rechazan en esta lengua la presencia de otras aplicativas altas (111). El ejemplo de (111b) muestra que esta incompatibilidad no se debe a una violación del principio de distintividad de Richards (2010), según el cual una derivación con dos constituyentes idénticos contiguos colapsa.

- (111) a. *Marco ha fatto tagliare l'erba a Martin al suo vicino. (CyP, 2013: 59)
 Marco ha hecho cortar la.hierba a Martin al suyo vecino.
 ‘Marco ha hecho cortar la hierba a Martin a su vecino’.
- b. *Marco gli ha fatto tagliare l'erba al suo vicino. (CyP, 2013: 60)
 Marco le ha hecho cortar la.hierba al suyo vecino
 ‘Marco le ha hecho cortar(le) la hierba a su vecino’.

En su análisis, el SV subordinado se mueve por encima de su sujeto al especificador del Sv principal, siguiendo la línea de Kayne (1975, 2005) y otras implementaciones del *predicate raising*. Posteriormente, *fare* se desplaza a T, quedando separado del infinitivo.

(CyP, 2013: 62)

(112) [SVoice DPCAUSER [vP [vP v-√ DP]_i v-√fare [AppIP DPCAUSEE t_i]]]

Por otra parte, estos autores proponen que, en alemán, el argumento externo del infinitivo es introducido por Voz, ya que en esta lengua sí es posible insertar aplicativas en las causativas analíticas. Además, el orden de palabras no es aquí un problema, porque el verbo aparece en posición final:

(113) Mark Ließ Martin seinem Nachbarn den Rasen mähen. (CyP, 2013: 59)

Mark dejó Martin su.DAT. vecino la.ACU. hierba cortar

‘Mark dejó a Martin cortar la hierba a su vecino.’

Ahora bien, nótese que el español admite la inserción de aplicativas como el alemán y a diferencia del italiano, pero comparte con esta última lengua el orden (no marcado) de palabras. La anomalía de (114a) se debe a la violación del principio de distintividad, que se resuelve en (114b-c) mediante la pronominalización del *causee* o su anteposición, respectivamente:

(114) a. ?Pepe hizo cortarle la hierba a su vecino a Juan.

b. Pepe le hizo cortarle la hierba a su vecino.

c. Pepe hizo a Juan cortarle la hierba a su vecino

A continuación, rechazo dos argumentos de Torrego (2010) a favor de un análisis con aplicativa para el español, y presento otros dos argumentos, además de (114), en contra de tal análisis. En primer lugar, Torrego (2010) aduce que *hacer* marca con caso dativo el *causee* aun cuando éste es el sujeto de un verbo inergativo:

(115) Juan ha hecho hablar *(a) una alumna. (Torrego, 2010: 455)

No obstante, es sabido que el español es una lengua con marcado diferencial de objeto, donde todos los complementos directos definidos y animados reciben la misma marca –preposición *a*– que los complementos indirectos:

- (116) a. Vi *(a) Cris.
b. Vi (*a) el árbol.

La pronominalización demuestra que el sujeto del infinitivo en (115) tiene en realidad caso acusativo:

- (117) Juan *la* ha hecho hablar.

En segundo lugar, Torrego señala que *hacer* no puede subordinar un verbo inacusativo (118a) a menos que se añada una aplicativa (118b), lo cual, en su opinión, demuestra que la aplicativa es requerida por el verbo:

- (118) a. *Juan ha hecho llegar {un / el paquete}. (Torrego, 2010: 456)
b. Le ha hecho llegar un paquete con libros (a Luis).

Los ejemplos de (119) demuestran, sin embargo, que esta generalización es incorrecta, pues los verbos inacusativos son perfectamente aceptables como complemento de *hacer* sin necesidad de una aplicativa:

- (119) a. El mago ha hecho aparecer un conejo.
b. El jardinero hizo florecer la camelia empleando un nuevo fertilizante.
c. Andrea hizo salir agua del pozo.
d. Esta loción hace crecer el pelo.

En tercer lugar, el sujeto del infinitivo en español, como en el resto de lenguas romances, puede recibir acusativo si no compite con un argumento interno (120). Esto resulta muy difícil de explicar si viene introducido por un núcleo aplicativo, como señalan también Folli y Harley (2007), ya que éste asigna caso dativo invariablemente (Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2003, entre otros):

(120) Luisa *la* hizo llorar.

En cuarto lugar, como hemos apuntado previamente, las causativas analíticas son recursivas, lo que quiere decir que la proyección de *hacer* puede subordinar otra *idéntica* ilimitadamente. Si asumimos que el argumento externo de *hacer* –*Ruth* en (121)– es introducido por Voz, el primer verbo *hacer* habría de estar subordinando una estructura no idéntica a la suya propia, con una aplicativa –*Nerea*– en lugar de Voz:

(121) a. Ruth hizo a Nerea hacer llegar la carta.

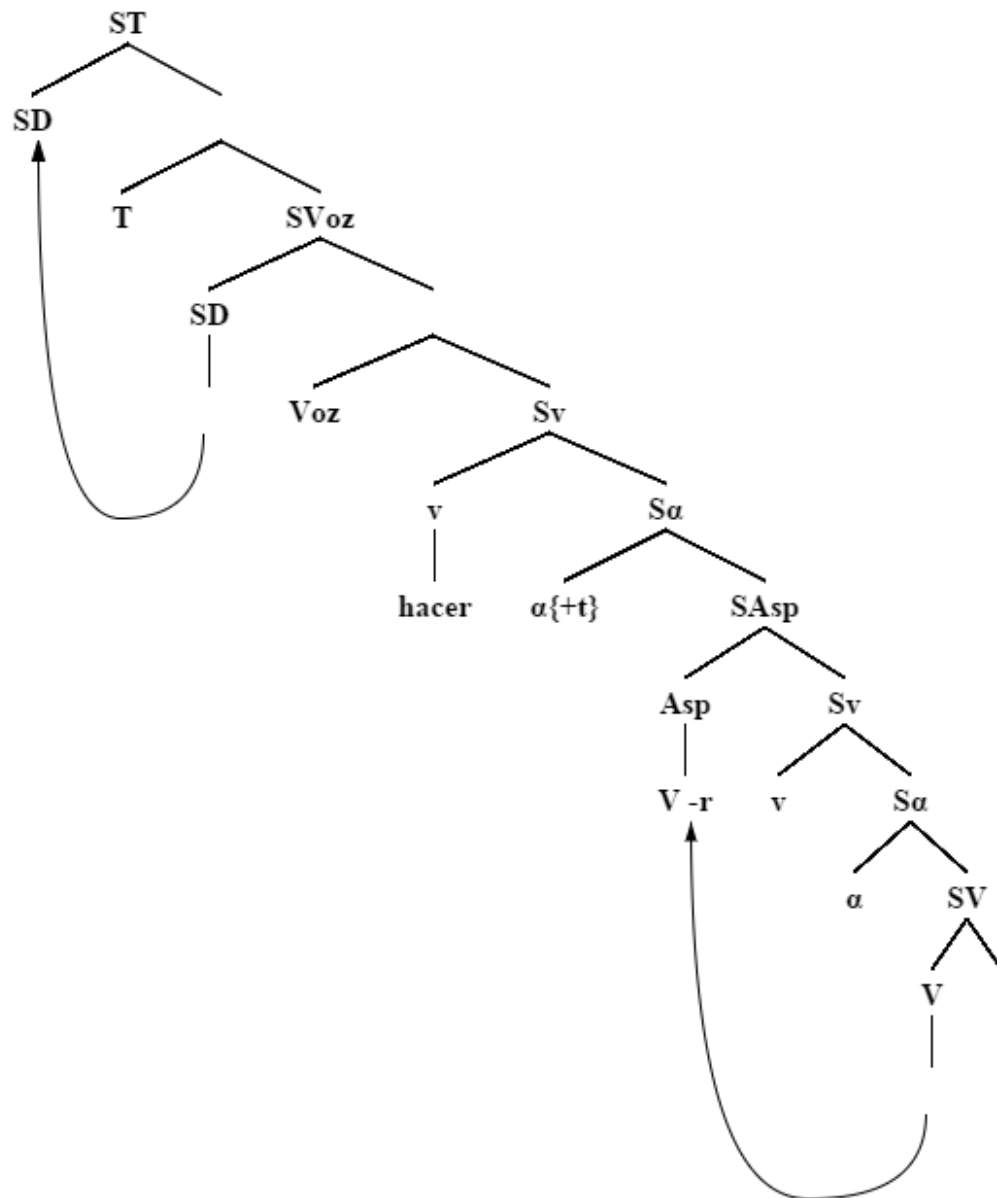
b. [SVoz Ruth [Sv hizo [Apl. a Nerea][Sv hacer [SV llegar la carta]]]]

En conclusión, considero que las oraciones recursivas como las de (121) se forman subordinar trozos idénticos de estructura y que, por lo tanto, el argumento externo del infinitivo es introducido por Voz, igual que el de *hacer*. Esto explica, como en alemán, la posibilidad de insertar aplicativas en las causativas analíticas y no contraviene la asignación de caso. Para explicar el orden de palabras, en consecuencia, es necesario asumir que es el verbo el que se desplaza a una posición por encima de su argumento externo.

10.5. PROPUESTA DE ANÁLISIS

En (122) presento mi análisis de las causativas analíticas del español:

(122)



Las causativas perifrásticas son estructuras monoclausaes desde el comienzo de la derivación: en ningún momento hay dos límites oraciones, por lo que no es necesaria ninguna operación que elimine uno de ellos. Es una condición *sine qua non* para la formación de un predicado complejo que el evento superior subordine una estructura

inferior a ST (cf. Baker, 1988; Wurmbrand, 2007; Tubino Blanco et al., 2009), pues eso es lo que permite que los dos núcleos interactúen sin barreras oracionales y conformen la predicación compleja en una estructura monoclausal. Así se explican las propiedades canónicas de los predicados complejos que hemos observado en las causativas analíticas y que recapitulamos a continuación.

En primer lugar, las causativas analíticas tienen una única referencia temporal. La estructura solo contiene un ST, que aporta la información temporal con la que han de concordar tanto los modificadores temporales de *hacer* como los del infinitivo. Esto significa que, si bien no es necesario que ambos eventos sean simultáneos (123a), sí es necesario que ocurran en el mismo “tiempo” –pasado, presente o futuro (123b)–:

- (123) a. El juez me hizo el lunes volver a la cárcel el miércoles.
 b. #El juez me hizo ayer volver mañana a la cárcel.

Las causativas analíticas cuentan con una única posición para los modales epistémicos. Los modales epistémicos tienen alcance oracional, y en las causativas analíticas solo pueden proyectarse sobre *hacer*, nunca sobre el infinitivo, pues la estructura funcional de este último es mucho más reducida:

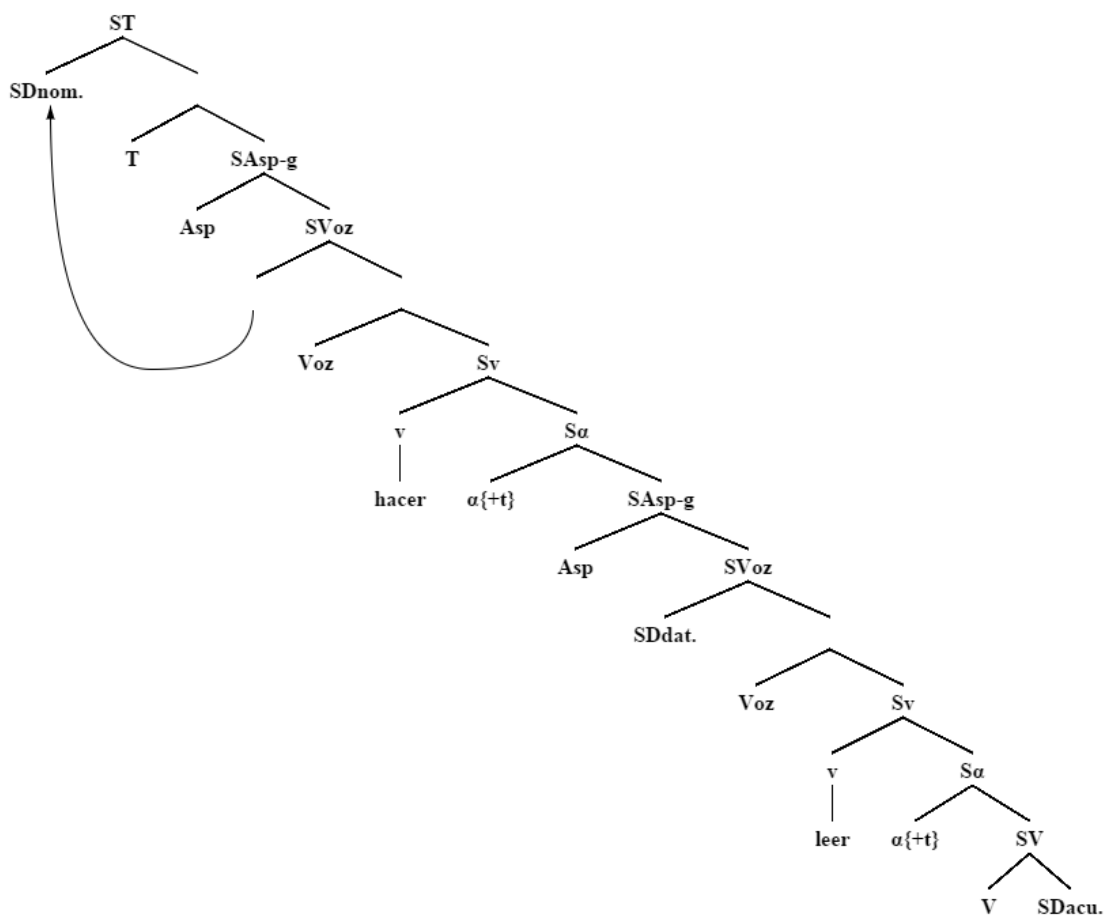
- (124) a. La lluvia debe haber hecho desaparecer las huellas.
 b. #La lluvia ha hecho deber desaparecer las huellas.

Las causativas analíticas constituyen un único dominio para la asignación de caso, lo que indica la ausencia de límites oracionales. Siguiendo el modelo de Marantz (1991), los SSDD reciben caso no solo por sus propiedades configuracionales o argumentales, sino en oposición a otros SSDD, de manera que el caso puede ser asignado por defecto, en función del contexto sintáctico, cuando otros mecanismos de asignación de caso fallan. En el árbol de (122) encontramos tres núcleos capaces de asignar caso: un T y dos α , el de *hacer* y el del infinitivo. T siempre asigna caso al argumento externo de *hacer*. Si el infinitivo es transitivo, su α tiene el rasgo $\{+t\}$ y asigna caso al argumento interno, pero el argumento externo no puede desplazarse a T para recibir caso, por lo que debe obtenerlo del primer núcleo asignador de caso que le manda-c: el $\alpha\{+t\}$ de *hacer*. La realización morfológica de los tres casos se produce, siguiendo a Marantz, por competición: el sujeto de *hacer* y el argumento interno del

infinitivo se materializan como nominativo y acusativo de manera regular, mientras que el argumento externo del infinitivo se materializa como dativo por defecto, al perder la competición por el acusativo frente al argumento interno.

(125) a. Víctor_{NOM}. hizo leer la novela_{ACU}. a Sara_{DAT}. → *Se la hizo leer.*

b.

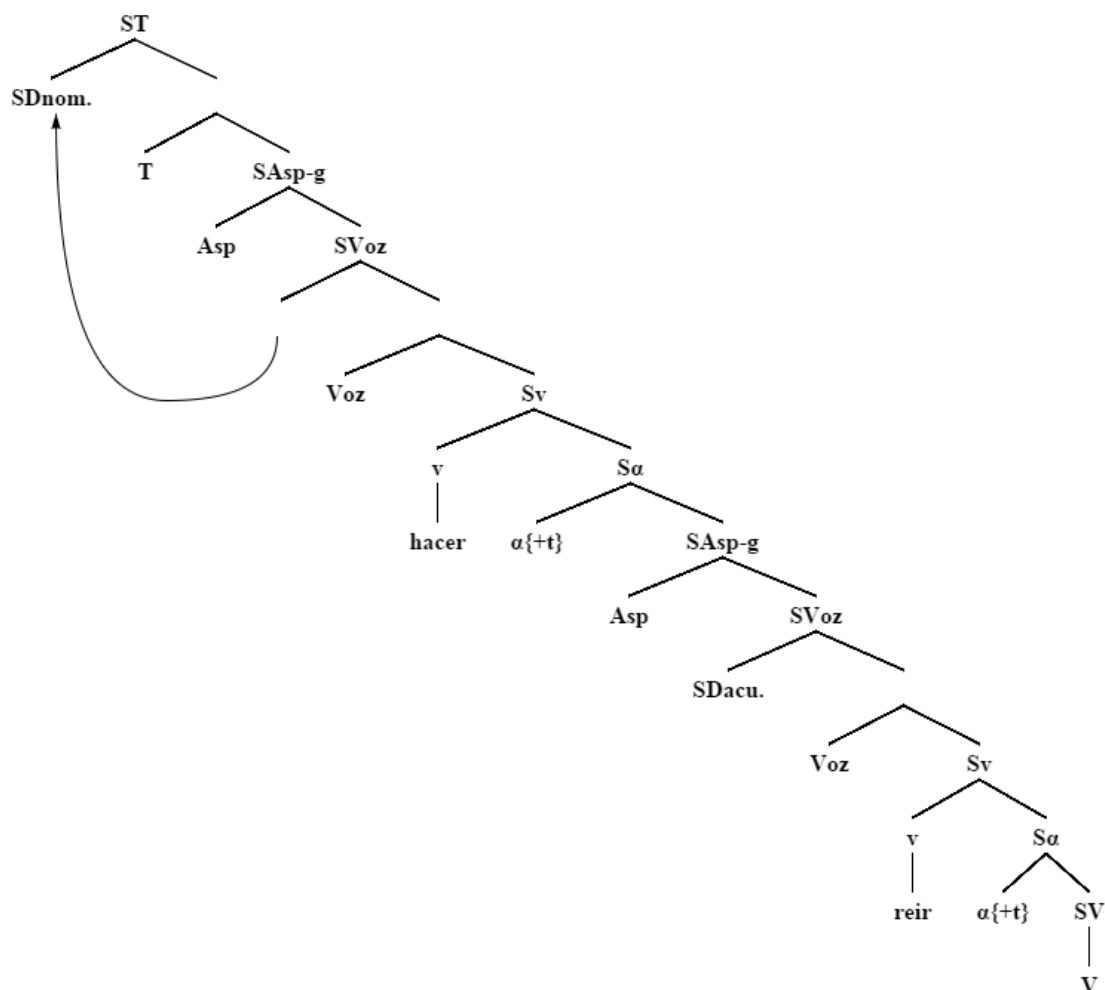


Si el infinitivo es inergativo, en cambio, el argumento externo del infinitivo puede materializarse como acusativo porque no compite con otro argumento por este caso.³⁰

³⁰ Nótese que el $\alpha\{+t\}$ del infinitivo no tiene, en esta ocasión, ningún argumento al que asignar caso. El núcleo α es $\{+t\}$ en presencia de un argumento interno. Esto es lo que permite la inserción de Voz: si α es $\{-t\}$, no hay argumento interno y no se permite la inserción de un argumento extra vía Voz. En el caso de los inergativos asumo, siguiendo a Hale y Keyser (2002), que cuentan en realidad con un argumento interno incorporado al verbo, que satisface el rasgo de caso de α .

(126) a. Andrea_{NOM.} hizo reír a Diana_{ACU.} → *la* hizo reír.

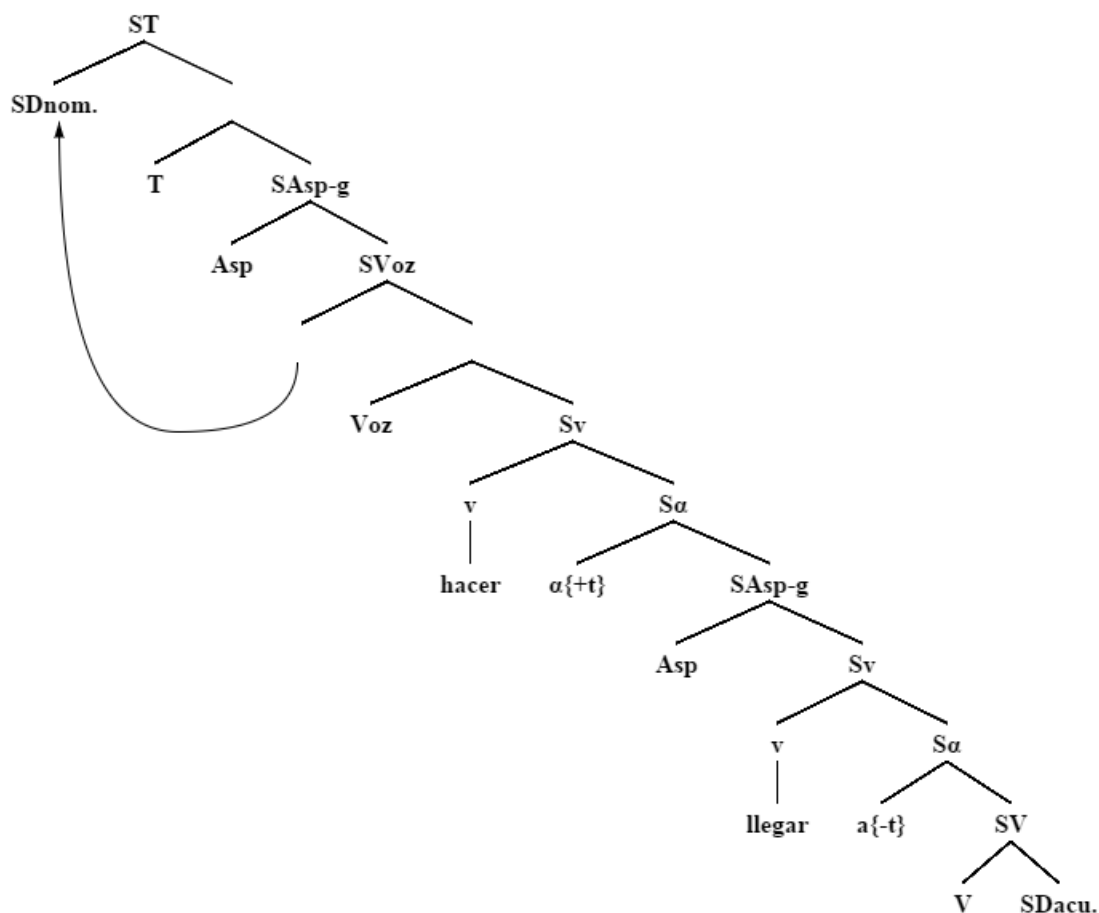
b.



Finalmente, en el caso de los inacusativos, el α del infinitivo es $\{-t\}$, de modo que el argumento interno no recibe caso y Voz no se proyecta. El argumento interno no puede desplazarse a T para recibir nominativo, de modo que recibe caso del $\alpha\{+t\}$ de *hacer*. Dicho caso se materializa como acusativo porque no hay competencia con otro SD:

(127) a. CorreosNOM. hizo llegar la cartaACU. → *La* hizo llegar.

b.



En resumen, los SSDD reciben caso de acuerdo a una jerarquía nom > acu > dat: si solo hay dos SSDD, recibirán nominativo y acusativo, independiente de su posición y de su rol temático; si hay tres SSDD, aquél con el que fallen los mecanismos habituales de asignación de caso recibe dativo por defecto.

Las causativas analíticas carecen de barreras oracionales que impidan el ascenso de clíticos. Los clíticos se mueven como en una oración simple, y se adjuntan al verbo flexionado (128). El objeto del infinitivo puede quedarse *in situ* o puede ascender al verbo flexionado. En cambio, el *causee* tiene que ascender obligatoriamente porque no tiene otra posición donde quedarse: no puede pronominalizarse sobre el infinitivo, enclítico, porque no es su verdadero objeto.

- (128) a. El viento las hizo desaparecer.
 b. Víctor la hizo trabajar.
 c. Víctor se la hizo memorizar.

De mismo modo, el argumento interno de un infinitivo inacusativo tampoco puede pronominalizarse sobre el infinitivo porque recibe caso, como hemos visto del $\alpha\{+t\}$ de *hacer*.

- (129) a. *El viento hizo desaparecer*las*.
 b. *Víctor hizo trabajar*la*.
 c. Víctor le hizo memorizar*la*.

En las causativas analíticas es imposible pasivizar el infinitivo. La agramaticalidad de (130) se debe a que el objeto del infinitivo no puede ascender al especificador de ST para convertirse en el sujeto de la construcción, pues solo hay uno y está ocupado por el argumento externo de *hacer*:

- (130) *Cris hizo el libro ser leído por sus alumnos.

Por otra parte, la estructura compleja se preserva en la sintaxis (Baker, 1988) – es decir, no se produce una reducción en el léxico que envíe a la derivación una unidad ya simplificada–. Como hemos apuntado anteriormente, existen varios tipos de predicados complejos y de construcciones de reestructuración. Las diferencias entre ellos radican, entre otros factores, en el tamaño de la estructura inferior o subordinada. En el caso concreto de las causativas analíticas del español, hemos defendido que el infinitivo no se encuentra en un SV escueto, y tampoco en una oración subordinada completa –con ST y SC–, sino en un SV que proyecta cierta estructura funcional, incluyendo Voz, SMdeónico y SAsp, pero no más allá.

El infinitivo proyecta su estructura argumental completa, incluyendo el argumento externo. En el árbol de (122) situé este argumento en Voz³¹ –y no en el especificador de Sv– de acuerdo con lo expuesto en los apartados 4.4. y 4.5. De este modo, las causativas analíticas tienen dos posiciones para los adverbios orientados al

³¹ Para Wurmbrand (2001), las causativas analíticas no son construcciones de reestructuración precisamente porque tienen Voz, es decir, porque el infinitivo no está en un SV escueto. Yo considero que, siempre y cuando no haya ST, puede haber reestructuración, esto es, creación de un predicado complejo.

agente (131) y pueden ser recursivas (132). Concretamente, la recursividad se produce gracias a que *hacer* es capaz de subordinar una estructura idéntica a la suya propia, es decir, si *Ruth* se encuentra en Voz como argumento externo del verbo flexionado, *Marta*, *Patricia* y *Nerea* deben encontrarse en sus respectivas proyecciones Voz como argumentos externos de los infinitivos para que la recursividad sea posible:

(131) Víctor_i hizo trabajar a Sara_j duramente_{i/j}.

(132) [_{svoz} Ruth [_{sv} hizo [_{svoz} a Marta [_{sv} hacer [_{svoz} a Patricia [_{sv} hacer [_{svoz} a Nerea [_{sv} traer pacharán]]]]]]]]].

A continuación, recapitulo los argumentos que en apartados anteriores he presentado en contra de analizar el *causee* como el complemento directo del predicado complejo, y en contra de los análisis que lo proyectan en una aplicativa.

El *causee* no es el complemento directo del complejo *<hacer+infinitivo>* por las siguientes tres razones. En primer lugar, el *causee* recibe caso por defecto de un núcleo α . El predicado complejo no le asigna acusativo, como sería esperable si lo tomara como complemento:

(133) Víctor *le* hizo memorizar la canción.

En segundo lugar, el *causee* no aparece adyacente al complejo *<hacer+infinitivo>*, como sería esperable si fuera su complemento. En cambio, sigue al complemento del infinitivo:

(134) Víctor hizo memorizar la canción a Sara.

Finalmente, el *causee* no puede convertirse en el sujeto de la pasiva (135), ergo no es el complemento del predicado complejo. En (136) vemos que solo el verdadero argumento interno del infinitivo puede convertirse en el sujeto de la pasiva:

(135) *Sara fue hecha trabajar por Víctor.

(136) El paquete fue hecho llegar al ministro.

Por otra parte, el *causee* no viene introducido por una aplicativa por las siguientes tres razones. En primer lugar, se admite la presencia de otra aplicativa en el complemento infinitivo (137), en contra de lo esperable según este análisis, pues solo puede haber una por SV.

(137) Ruth hizo a Nerea cortarle el césped a su vecino.

En segundo lugar, el *causee* no siempre recibe caso dativo, como sería esperable si fuera un argumento aplicativo.

(138) Víctor *la* hizo trabajar.

En tercer lugar, la recursividad de (132) no es posible si los argumentos externos de los infinitivos vienen introducidos por una proyección distinta a la del argumento externo del verbo flexionado.

Además de Voz, encontramos otras proyecciones funcionales sobre el infinitivo, hasta SAsp y no más allá. Así, entre SAsp y el infinitivo podemos encontrar una proyección para los modales deónticos (139). Los modales evidencian que las causativas analíticas son construcciones monoclausales –un solo Mepistémico- y bieventivas –dos posiciones para los modales deónticos (140)–:

(139) Víctor hizo a Sara poder cantar.

(140) Víctor debía hacer a Sara poder cantar.

(141) [SMepist. [SMdeont.[Sv hacer [SMdeont. [SV infinitivo]]]]]

La estructura subordinada por *hacer* llega hasta SAsp. De acuerdo con lo expuesto en el apartado 3.7, el infinitivo puede tener una información aspectual distinta de la del verbo flexionado (142), si bien ésta ha de ser coherente con aquélla que aporta el SAsp de *hacer*, que domina la oración:

- (142) [_{SAsp} [**Asp perfecto** [V́ctor hizo [_{SAsp} [**Asp progresivo** [a Sara estar cantando toda la tarde]]]]]].

El hecho de que *hacer* y el infinitivo se encuentren en SSVV distintos hace que ambos mantengan cierto grado de independencia, pese a formar un predicado complejo. Esto explica varias de las propiedades descritas en los apartados anteriores, que recapitulamos a continuación:

En primer lugar, hay dos dominios para el ligamiento de los recíprocos:

- (143) a. *Ellos han hecho al director discutir los unos con los otros.
(i.e. que discuta con unos y con otros).
b. *Ellos les hicieron a los estudiantes lanzar papeleras el uno sobre el otro.

Hay también dos posiciones para los adverbios –del tipo *otra vez*, orientados al agente, etc.–:

- (144) V́ctor hizo cantar a Sara otra vez.
i. Es la segunda vez que V́ctor hace cantar a Sara.
ii. Es la segunda vez que Sara canta.

- (145) [Modificadores [Sv hacer [Modificadores [SV infinitivo]]]]

En tercer lugar, *hacer* y el infinitivo pueden elidirse de manera independiente.

- (146) a. Ruth ha hecho bailar a Nerea y cantar a Marta.
b. Ruth ha hecho beber y bailar a la hermana de Juan.

Así mismo, distintos elementos pueden interpolarse entre *hacer* y el infinitivo:

- (147) a. Házla cantar.
b. V́ctor hizo a Sara cantar la misma canción cincuenta veces.
c. V́ctor hizo *poder* cantar a Sara.

Finalmente, el infinitivo puede ser negado con independencia del verbo flexionado:

(148) El sentido común me hace *no creer* en ningún dios.

En cuanto al orden de palabras, encontramos en la bibliografía tres posibles explicaciones, como hemos apuntado anteriormente: i) el SV asciende por encima de su sujeto bien a una proyección funcional, bien al SV de *hacer* (versiones estándar del *predicate raising* como las de Kayne, 1975; Burzio, 1986, o Baker, 1988, y versiones actualizadas como las de Torrego, 2010 o Campanini y Pitteroff, 2013); ii) el especificador donde se proyecta el sujeto del infinitivo se encuentra a la derecha (Guasti, 1996; Folli y Harley, 2007), y iii) el sujeto del infinitivo se encuentra en una aplicativa (Ippolito, 2000; Torrego, 2010; Campanini y Pitteroff, 2013).

En los apartados 4.4. y 4.5. he rechazado las dos últimas hipótesis, de manera que el análisis de ascenso del infinitivo es el único disponible.

De acuerdo con el árbol de (122), el infinitivo se desplaza a su propio SAsp, sin llegar a introducirse en la proyección de *hacer*. *Hacer* y el infinitivo no se encuentran bajo un mismo núcleo V –no hay incorporación³²–, ni dentro de un mismo SV –no hay *predicate raising* en sentido estricto–, lo cual explica de manera natural todas las propiedades recapituladas en los ejemplos anteriores.

En consecuencia, el infinitivo debe ascender a una proyección funcional intermedia –SAsp en el árbol de (122)– que no constituya una barrera oracional. El principal argumento a favor de postular cierta estructura funcional en estos infinitivos es la posibilidad de insertar la negación:

(149) Le hice no contar nada a nadie.

Nótese que si prescindieramos de estructura funcional en el infinitivo, habríamos de explicar que *hacer* seleccione directamente SVoz en unas ocasiones

³² Véase Kayne (1975), Baker (1988) e Ippolito (2000), entre otros, para una discusión más detallada en contra de los análisis de incorporación. El argumento más evidente, además de los aquí revisados, es que *hacer* y el infinitivo son unidades léxicas distintas, es decir, no hay incorporación morfofonética.

(150a) y Sv en otras (150b). En cambio, de acuerdo con el árbol de (122), *hacer* selecciona siempre el mismo tipo de complemento: SAsp.

(150) a. Andrea [hizo [**SV**oz Diana [Sv [v reír]]]]

b. Andrea [hizo [**Sv** [v desaparecer [SV [V] [SD las llaves]]]]]

El ascenso del SV a esta posición permite dar cuenta del orden de palabras no marcado sin incorporar el infinitivo al v de *hacer* (Baker, 1988). El verbo se incorpora a la desinencia de infinitivo en Asp; Puesto que Asp es la posición funcional más alta de la estructura subordinada, no hay ninguna otra que pueda intervenir entre *hacer* y el infinitivo.

La presencia de SAsp tiene ciertas consecuencias para el estatus de *hacer*. Recordemos que el elemento jerárquicamente más alto en un predicado complejo puede ser de naturaleza léxica, funcional o ‘quasifuncional’ (Cardinaletti, 2004). Algunos autores defienden que los verbos de reestructuración son elementos funcionales (Cinque, 2001), mientras otros defienden que pueden ser tanto funcionales como léxicos (Wurmbrand, 2004). En el caso de *hacer*, considero que se trata efectivamente de un elemento más léxico que funcional, pues de lo contrario esperaríamos que fuera capaz de combinarse directamente con una estructura menor que SAsp –incluso un SV escueto–.

A lo largo de las secciones anteriores hemos observado varias propiedades de las causativas analíticas que apuntan a un estatus léxico –o, al menos, “quasiléxico”– de *hacer*. En primer lugar, *hacer*, a diferencia de *faire* y *fare* es capaz de subordinar un SC:

(151) Andrea hizo que Diana llorara de risa.

Una posible explicación para (151) es que *hacer*, como verbo causativo, funciona unas veces como un elemento funcional –cuando selecciona un infinitivo– y otras, como un elemento léxico pleno, capaz de subordinar un SC. Sin embargo, considero que un análisis uniforme de *hacer* resulta más elegante; de este modo, el verbo mantiene su estatus, y selecciona complementos de distinto tamaño, pero siempre con cierta estructura funcional –no SSVV escuetos–.

En segundo lugar, *hacer*, a diferencia de *faire*, puede pasivizar (152), lo cual no es esperable si se trata de un elemento funcional (Wurmbrand, 2004; Campanini y Pitteroff, 2013):

(152) El informe fue hecho llegar al ministro.

En tercer lugar, la posibilidad de interpolar distintos elementos entre el verbo flexionado y el infinitivo es un argumento a favor del estatus léxico de *hacer*, pues si se tratara de un elemento funcional esperaríamos que presentara mayor grado de fusión con el infinitivo:

(153) Víctor hizo a Sara cantar hasta quedar afónica.

En cuarto lugar, la recursividad de las causativas analíticas demuestra que el propio *hacer* puede funcionar como el verbo subordinado semánticamente pleno:

(154) Ruth hizo a Patricia hacer a Marta hacer a Nerea traer pacharán.

En quinto lugar, *hacer* establece relaciones temáticas con su argumento externo y aporta un significado semántico pleno, propiedades que Cardinaletti (2004) y Wurmbrand (2004) señalan como características de los verbos léxicos de reestructuración.

Por último, *hacer* no impone las severas restricciones de selección o de co-ocurrencia que esperaríamos de un elemento funcional o de un verbo ligero (Wurmbrand, 2004; Svenonius, 2008); es decir, puede combinarse con prácticamente cualquier tipo de predicado.

Volviendo a la cuestión del orden de palabras, queda por resolver el problema de la anteposición del *causee*.

Basándonos en los datos que han ido surgiendo en los apartados anteriores, podemos aislar las siguientes características de los *causees* antepuestos. En primer lugar, los *causees* inanimados resisten la anteposición:

(155) a. ¿?El viento hizo las huellas desaparecer.

b. ¿?La lluvia hace los tejados brillar.

c. ¿¿?El abad hizo la campana sonar.

En segundo lugar, la anteposición se ve favorecida por factores relacionados con el procesamiento, volviéndose casi obligatoria en contextos en los que el peso sintáctico del SV (156), el encadenamiento de varios infinitivos (167), o el encadenamiento de varios SSDD (158) hacen necesario un reordenamiento de las palabras que facilite la comprensión:

(156) a. Víctor hizo a Sara cantar la misma canción cincuenta veces hasta quedar afónica.

b. ¿??Víctor hizo cantar la misma canción cincuenta veces hasta quedar afónica a Sara.

(157) a. Ruth hizo a Marta hacer a Patricia hacer a Nerea traer pacharán.

b. *Ruth hizo hacer hacer traer pacharán a Marta a Patricia a Nerea.

c. *Ruth hizo hacer a Marta hacer traer pacharán a Patricia a Nerea.

(158) a. Ruth hizo a Nerea cortarle el césped a Patricia.

b. *Ruth hizo cortarle el césped a Patricia a Nerea.

En tercer lugar, si el *causee* aparece pospuesto, los focos contrastivos y los adverbios orientados al agente pueden referirse tanto a él como al sujeto de *hacer*. En cambio, si el *causee* aparece antepuesto, bloquea al sujeto de *hacer*, de modo que los focos y los adverbios sólo pueden orientarse a él.

(159) a. La sed hizo a Cora beber agua de mar, { *no la curiosidad / no a Luisa }.

b. La sed hizo beber agua de mar a Cora, { no la curiosidad / no a Luisa }.

(160) a. El jefe_i hizo trabajar a María_j duramente_{i/j}.

b. El jefe_i hizo a María_j trabajar duramente_{*i/j}.

De acuerdo con el árbol de (122) la posición de aterrizaje más plausible para el *causee* antepuesto es el especificador del *Sa* de *hacer*, que le asigna caso. Puesto que el

movimiento es opcional –el SD recibe caso a distancia–, da lugar a una interpretación informativamente marcada.

Para terminar, volvamos sobre la interpretación de los argumentos en las casativas analíticas. *Hacer* no tiene exactamente una restricción de animacidad con los causees (161), y tampoco rechaza que estos sean causantes (162):

(161) a. La lluvia hace brillar los tejados.

b. El viento hizo desaparecer las huellas.

(162) a. Patricia empujó a Nerea y la hizo romper la ventana.

Lo que *hacer* no admite son *causees* inanimados, por razones semánticas: un causante inanimado no puede situarse en un eslabón intermedio en una cadena causativa, es decir, no puede verse instigado por la acción de otro causante.

(163) #{Pepe / la tormenta} hizo abrir la ventana al viento.

La interpretación del argumento externo de *hacer* siempre es la de causa indirecta. Si es animado y, por tanto, susceptible de ser volitivo, puede interpretarse además como agente. Si el argumento externo del infinitivo también es agentivo, se produce entonces el efecto de obligación.

(164) Víctor hizo cantar a Sara.

No obstante, esto no cambia la semántica de la construcción: Víctor es el causante indirecto de que Sara cante: Víctor puede causar este evento inspirándola, haciéndole chantaje emocional y de otras muchas maneras, entre las que se encuentran la obligación y la coacción. Podemos obtener esa interpretación añadida de obligación gracias a que tanto Sara como Víctor son seres humanos capaces de actuar volitivamente, pero nada obliga a que ésta sea la única interpretación disponible para (164).

CHAPTER 11

CONCLUSIONS

The semantic notions of change of state and causation, as well as the causative-unaccusative alternation have been widely studied in Generative Grammar and beyond for the last decades. The first aim of this dissertation has been to incardinate, adopting a very empirical perspective, the Spanish facts inside these discussions and proposals, in order to evaluate their validity for the intricate set of facts displayed by the Spanish alternation. In the course of this process, we have modified in small but crucial ways the available proposals in order to have an empirically-adequate theory that accounts for the Spanish facts, combining what seems to be derivable from rules at the syntactic level with conditions that explain why in some cases it is a lexical accident which verb will use 'se' as a marker. The second aim has been to offer the reader a comprehensive overview, as well as a critical review, of the core ideas on these topics. The main contributions of this dissertation are summed up in section 11.1; section 11.2 presents some questions and topics for future research.

11.1. CONTRIBUTIONS OF THE DISSERTATION

11.1.1. Event structure, scalarity and aspect in change of state verbs

Deadjectival verbs and their property scales are well studied in the semantic literature (Abusch, 1986; Hay et al., 1999; Rothstein, 2004; Kennedy & McNally, 2005; Kearns, 2007, among many others), with little reference to syntax. On the other hand, the syntactic studies on the alternation make little use of these semantic characteristics. In this dissertation I have defined the *change of state* meaning in event structure terms, that is, in syntactic terms, making explicit reference to the scalar nature of the change. This leads to a deeper understanding of the aspectual behaviour of change of state verbs, as well as to a finer-grained analysis.

The hypothesis that the distribution of *se* and \emptyset is aspect related is not new; nevertheless, the discussion of the previous chapters has shown that the problem goes beyond telicity and is directly related to scalarity. Furthermore, the empirical contrasts

in chapter 7 support the idea that the distinction between achievements and accomplishments is a grammatically relevant one. The very notion of *achievement* is crucial in order to account for scale structure in terms of event structure.

One contribution of this dissertation has been to provide a detailed study of Spanish class B verbs, which had passed almost unnoticed in the previous literature.¹ This group is very small and highly heterogeneous and so these verbs do not show a uniform behaviour with regard to grammatical diagnosis. Therefore, any attempt to state a generalization about them must take into account the differences between open scale verbs –*envejecer* (‘grow old’), *aumentar* (‘to increase’)— and two point scale verbs –*enfermar* (‘to get sick’), *cambiar* (‘change’)— and, most importantly, verb-specific characteristics like *re-* prefixation –*rejuvenecer* (‘rejuvenate’)— or the lack of a property dimension in the scale –*cambiar* (‘change’), *aumentar* (‘increase’)—. After studying them one by one, I have argued that the lack of *se* depends on the lack of a very specific event configuration, where either a previous state or a “terminative” result state is missing.

This conclusion is supported by the comparison with other verb classes where \emptyset and *se* are optional. First, the choice of morphological marking is aspectually driven in class C, where neither *se* nor \emptyset has become the regular pattern. Secondly, I have claimed that anticausative *se* and the so called *aspectual se* share the same aspectual properties; thus, the factors driving the presence of the clitic with non-alternating unaccusatives have proved helpful in understanding the role that anticausative *se* plays with class C achievements. Remember that the telicity hypothesis (Folli, 2001; Labelle & Doron, 2010, among others) makes no prediction about the contribution of *se* to an achievement. This is solved in my analysis by focussing on the interaction among aspect, event structure and scalarity: change of state achievements always have a result state, but they may differ on whether they make reference to a previous state or not.

To conclude, lexical causatives and their unaccusative counterparts share the same complex event structure, with a dynamic subevent embedding a state, which is defined by the property attained by the internal argument. The property projects a scale, and so the state denotes some degree of that scale –the maximal degree, a standard degree or any comparative degree—. In the simplest case, there is an instantaneous dynamic event, leading to a state, that is, a change of state achievement. If the scale has

¹ With some exceptions, like Kailuweit (2012).

more than two degrees, a macro-event is created, where the dynamic part involves an iteration of change of state achievements –with their corresponding comparative endstates– and where the result subevent is the last state produced by the last achievement in the sequence. Since the scale is what measures out the event, it interacts with aspect and produces different types of change: achievements, accomplishments and “fake” activities, which are the byproduct of an unbounded iteration of achievements. This has the expected syntactic and semantic consequences, and also affects the choice of spell-out for $\alpha\{-t\}$, the head immediately governing AspP.

11.1.2. Spell-out conditions

In constructionist approaches it is commonly assumed that the vocabulary item corresponding to an alternating verb is underspecified, so it can spell-out either the transitive or the intransitive syntax (Halle & Marantz, 1993). From a late insertion perspective, the morphological variation that we find crosslinguistically can be understood as a matter of spell-out. Languages differ with regard to the specific vocabulary items available to spell-out the head responsible of the diathesis change $-\alpha\{\pm\}$ in my proposal–. Thus, while Spanish only has an overt exponent for $\alpha\{-t\}$, other languages may have only one for $\alpha\{+t\}$ –causative alternation– or even one for each feature –equipollent alternation–. Suppletive alternation arises when the vocabulary provides two different items, one able to spell-out the whole structure including $\alpha\{+t\}$, the other one able to spell-out the whole structure with $\alpha\{-t\}$. Finally, if \emptyset is the only exponent for both $\alpha\{+t\}$ and $\alpha\{-t\}$, i.e., if the vocabulary lacks an overt lexical item for either of them, labile alternation is obtained.

In this dissertation I have argued that the conceptualization hypothesis (Haspelmath, 1993) is better understood in terms of spell-out conditions. This makes it possible to capture a strong crosslinguistic tendency by simply claiming that the idiosyncratic way in which speakers conceptualize events is related to the also idiosyncratic way in which more transparent forms win the competition to spell-out less expected meanings.

Furthermore, I have identified other contextual factors –having to do with aspect and event structure– constraining the competition between \emptyset and *se* in Spanish. These factors have been crucial in defining the doble function of the clitic as related to aspect

which is also in complementary distribution with the external argument (diathesis). Consequently, I have defended that *se* must occupy a structural position where it is responsible for the lack of external argument and where it governs AspP.

11.1.3. Voice, little *v* and *α*

One of the major problems I have dealt with in this dissertation is the syntactic introduction of the external argument and its consequences for the analysis of the causative-unaccusative alternation. It has been shown that at least two syntactic features, which I have labelled as $\{\pm t\}$, must be postulated to account for the transitive / unaccusative distinction, i.e. for the presence / absence of an external argument in the structure. The main theoretical question is where those features are located.

The first option, explored, for example, by Alexiadou et al. (2006, 2015) and Schäfer (2008), is to place them in VoiceP. Thus, all the information concerning diathesis –including passive, middle and active voice– would be expressed in one single projection, which means that more than two features are needed in order to distinguish, for instance, passives and anticausatives. In spite of the fact that this approach is highly plausible in terms of linguistic economy, there are two reasons why I have rejected it.

The first one is that the only reason to think that anticausatives, unlike other unaccusative structures, have Voice is the presence of *se*, which leads to a circular statement. Since I assume that anticausative markers such as *se* and \emptyset must be in complementary distribution, I would assume that class B verbs should also project Voice in their unaccusative variants. The next step would be then to assume that non-alternating unaccusatives, such as *blossom*, also have Voice, since they also must project the features responsible for the absence of the external argument.² In other words, if we find no difference among unaccusative structures with regard to the lack of external argument, either they all project a (defective) VoiceP or none of them projects VoiceP.

The second problem, specific, at least, for Spanish, is that the choice of morphological marking depends on aspect. Since VoiceP is not in a local relationship with AspP, I have argued, following authors like Folli (2001), Cuervo (2003, 2014) and Folli & Harley (2004), that the relevant features must be located in a lower position.

That lower position might be, and this is the second option, little *v*. When it was

² Notice that in my analysis pure unaccusatives do have $\alpha\{-t\}$. If this information is in Voice, then all unaccusatives have Voice.

originally postulated, little *v*, instead of Voice, was supposed to be responsible for the insertion of the external argument (Harley, 1995), and so the features under discussion were flavours of *v*. Later on, it has been claimed that the external argument is actually projected in Voice but, crucially, the flavours of *v* are the ones that determine whether Voice itself is merged or not (Pylkkänen, 2002; Cuervo, 2013; Harley, 2013).

In recent work, Key (2013) has shown that the verbalizing function of *v* must be severed from its flavours in order to account for languages with rich morphology, where anticausative and verbalizing morphology co-appear. That is precisely the problem that we find in Spanish alternating complex predicates: the light verb *poner* and the clitic *se* in *Cris se puso nerviosa* ('Cris became nervous') are two exponents for one head. At this point of the discussion, there are two possible solutions: we either have one head severed into more terminal nodes, or we have more than one head. The first option is the one defended by Key (2013), the second is the one that I have explored in this dissertation.

The main reason why I reject Key's analysis is that I reject postsyntactic operations such as fission. Furthermore, fission is meant to account for cases where the very same functional information is spelled-out by more than one exponent –agreement spelled-out as a prefix and a suffix simultaneously, for instance–; however, what we find with verbalizing and anticausative morphology is two different kinds of information expressed by two different exponents. All things being equal, the combination of these two factors, in my opinion, points to the existence of two different heads.

My conclusion, then, is that the functional information under discussion ($\{\pm t\}$) must be separated from *v* –which is only a verbalizing head– and must be placed within a different projection. In my proposal, that projection is αP (inspired by López, 2012). I have argued that the features $\{\pm t\}$ are not directly responsible for the projection of VoiceP, instead they licence structural case: if $\alpha\{+t\}$ assigns case to internal argument, another argument (external) can be merged; on the other hand, if α has the value $\{-t\}$, the internal argument does not get case and so the derivation does not include further arguments. This produces the contrast between transitive and unaccusative structures.

11.1.4. Against internal / external causation

The notions of internal and external causation (Levin & Rappaport Hovav, 1995), as an attempt to formalize the conceptualization hypothesis, have underlain both

lexicalist and constructionist studies on the alternation for the past two decades.

As I have discussed in the previous chapters, this dichotomy has been used with two opposite –and mutually exclusive– purposes: in its original formulation, it was meant to determine which verbs are able to undergo the alternation; on the other hand, it has also been used to explain which alternating verbs mark their unaccusative variant (Labelle & Doron, 2010). This, I think, has blurred the very definition of the dichotomy.

Furthermore, nowadays it has been shown that these notions do not have neither the descriptive nor the explanatory power that they were expected to have (cf. Rappaport Hovav & Levin, 2012). Alternating verbs are those that can express either internally or externally caused events (cf. Alexiadou et al., 2006); in fact, internal and external causation are labels to describe predicates, not roots. This is why I have argued that they should be completely abandoned. Instead, the conceptualization hypothesis, understood as a tendency, not as a systematic constraint, can be maintained.

11.1.5. Against reflexivization

Chapter 5 has been dedicated to the problem of the sincretism of *se* from two perspectives: a descriptive one, presenting a synchronic and diachronic view on Spanish, and a theoretical one, arguing against the unified analysis of reflexives and anticausatives. Following Horvath & Siloni (2011) and Schäfer & Vivanco (to appear), I have reviewed the empirical arguments provided by the supporters of the reflexivization analysis –with special attention to Koontz-Garboden’s (2009) proposal– and I have concluded that anticausatives are semantically and syntactically different from reflexives.

Reflexively marked anticausatives must be analyzed together with the unaccusative variants of the labile, the suppletive, the causative and the equipollent alternations. The causative-unaccusative alternation is a specific phenomenon that affects to a subset of transitive verbs – change of state verbs –, while reflexivization is a process potentially available for all transitive verbs. Their effects are different enough to be treated separately.

As I have extensively discussed in this dissertation, morphological marking underlies, one way or another, most of the classical problems of the alternation and, precisely because of that, it is often misleading. Notice that both the reflexivization analysis, since Chierchia (1989) and the detransitivization analysis, since Levin &

Rappaport Hovav (1995) are two different ways of developing the hypothesis of the transitive base in the anticausative alternation. Under the second view, an argument has been removed, violating the Monotonicity Hypothesis (cf. Koontz-Garboden, 2009). Under the first view, the Monotonicity Hypothesis is respected and both arguments are co-indexed. Either way, anticausative morphology is taken to mark some kind of derivational process. In my analysis, on the other hand, both *se* and \emptyset are different exponents spelling-out a functional head.

11.1.8. Analytic causatives

Chapter 10 explores the syntactic expression of causation beyond the causative-unaccusative alternation. While lexical causatives –and their unaccusative counterparts– contain a dynamic subevent embedding a state, analytic causatives contain a dynamic subevent –spelled-out by *hacer* (‘make’)– embedding another dynamic event.

Analytic causatives are complex predicates, monoclausal structures with two VPs. In my analysis, the infinitive projects its functional structure until AsP, but no further. This allows the relationship between it and *hacer*, with no clausal boundaries, but it also explains the ability of the infinitive to take deontic modals and aspectual modifiers of its own. Crucially, the *causee* is projected in Voice, and therefore the argument structure of the infinitive remains intact.

In order to account for case assignment in analytic causatives I have used α P together with Marantz's (1991) theory of case: structural case, licensed by functional projections such as α P or TP, is abstract; its final spell-out and thus its materialization as morphologically marked case depends on the competition among exponents combined with idiosyncrasic rules at PF. Therefore, the *causee* gets case from α P, but it is spelled-out as accusative or dative depending on whether there is a true internal argument with accusative case lower in the same structural domain or not or not.

11.2. FUTURE RESEARCH

This dissertation has left some questions open, waiting for further investigation in the future.

11.2.1. Aspectual *se*

The first open question concerns the use of *se* with unaccusative verbs such as *morir(se)* ('to die'), *salir(se)* ('to get out'), *ir(se)* ('to go' / 'to leave') or *caer(se)* ('to fall (down)'). I have argued that this *se* has the same aspectual properties as our anticausative *se*; the question remains, whether they are both the same element, i.e. whether it is plausible to develop a unified analysis of aspectual and anticausative *se*. Although this hypothesis has been suggested in the literature (Cuervo, 2003, 2014; García Fernández, 2011), I think that a deeper study of *morir(se)*-type verbs, which was beyond the aims of this work, is needed before any definitive answer could be reached. The so-called *aspectual se* does not affect argument structure, but it goes with unaccusatives and focuses on the contrast between the state previous to the change and the one following the change.

Notice that, if this hypothesis is on the right track, we find a very interesting pattern. While class C verbs undergo both the anticausative and the labile alternations, *sacar* ('take out') would have two suppletive variants, one of them *se*-marked:

- (1) $\text{Sacar}_{\text{tr.}} \rightarrow \text{salir}_{\text{intr.}} / \text{salirse}_{\text{intr.}}$

Furthermore, a verb like *matar* ('to kill') would do the same but, in addition, it also undergoes the anticausative alternation:

- (2) a. $\text{Matar}_{\text{tr.}} \rightarrow \text{matarse}_{\text{intr.}}$ (anticausative alternation)
 b. $\text{Matar}_{\text{tr.}} \rightarrow \text{morir}_{\text{intr.}} / \text{morirse}_{\text{intr.}}$

Regardless of whether *aspectual se* is like anticausative *se*, the competition among *matarse*, *morirse* and *morir* is worth studying. Consider the following examples:

- (3) a. James Dean se mató en un accidente.
 b. ??James Dean se murió en un accidente.
 c. James Dean murió en un accidente.
- (4) a. *Lorca se mató fusilado.
 b. *Lorca se murió fusilado.

c. Lorca murió fusilado.

(5) a. *Kafka se mató de tuberculosis.

b. Kafka se murió de tuberculosis.

c. Kafka murió de tuberculosis.

Morir is the default form that can be used in all three situations. *Morirse* and *matarse* are unacceptable to describe externally caused events such as the one in (4); the difference between them seems to be related to how “natural” the death is: *matarse*, the anticausative variant of *matar*, differs from *morir* and *morirse* in that it only describes unexpected or violent deaths.

Finally, the verb *entrar* (‘to go in’) does not combine with aspectual *se* in standard Spanish, but it is the suppletive variant of verb *meter*, which, like *matar*, undergoes the anticausative alternation as well:

(6) a. $\text{Meter}_{\text{tr.}} \rightarrow \text{meterse}_{\text{intr.}}$ (alternancia anticausativa)

b. $\text{Meter}_{\text{intr.}} \rightarrow \text{entrar}_{\text{intr.}}$ (alternancia supletiva)

Matarse and *meterse* show that the anticausative alternation has spread beyond its limits and it invades not only the domain of the labile alternation, but also the one belonging to the suppletive alternation. If we take *aspectual se* to be an instance of anticausative *se*, then the presence of the clitic would not depend on the existence of a corresponding causative variant –*salirse* would not depend on a *salir_{tr.}* variant–.

To conclude, the true function of *aspectual se* and its interaction with the anticausative and the suppletive alternations in cases such as the ones presented here is something that deserves further research.

11.2.2. Alternating complex predicates

There are not many studies on Spanish Pseudo-copular verbs (7), many of them mostly descriptive (Porroche 1990; Demonte y Masullo 1999; Marín 2000; Morimoto y Pavón Lucero 2007).

- (7) a. Víctor se puso enfermo.
 Víctor se put sick
 ‘Víctor got sick.’
- b. Macarena anda enamorada.
 Macarena waks in.love
 ‘Macarena is in love.’
- c. Yuridia se encuentra encarcelada.
 Yuridia se finds imprisoned
 ‘Yuridia is in prison.’

Like *ser* and *estar* (‘to be’), these verbs are copulae that intermediate between the subject and the semantic head of the predicate –the noun, adjective or PP–. Therefore, the verb and the adjective are considered to constitute a complex predicate in (7a).

According to Morimoto & Pavón Lucero (2007), there are two different classes of pseudo-copular verbs, depending on whether they make an aspectual contribution to the predicate or not. If they do, the contrasts found among them are similar ones found between *ser* and *estar*: some pseudo-copular verbs, like *poner(se)* (‘to put’) select stage level predicates (the ones compatible with *estar*), while others, like *hacer(se)* (‘to make’), *volver(se)* (‘to turn’) and *convertir(se) en* (‘to become into’), select individual level predicates (compatible with *ser*).

Change of state pseudo-copular verbs undergo the anticausative alternation, as we see in (8).

- (8) a. La playa volvió vaga a Luisa.
 the beach turned lazy to Luisa
 ‘The beach made Luisa lazy.’
- b. Luisa se volvió vaga.
 Luisa se turned lazy
 ‘Luisa become lazy.’
- (9) a. El tráfico puso nerviosa a Cris.
 the traffic put nervous to Cris
 ‘Traffic made Cris nervous.’

b. Cris se puso nerviosa.

Cris se put nervous

‘Cris got / became nervous.’

According to Morimoto & Pavón Lucero (2007) and Demonte & Masullo (1999), (8-9) are not pseudo-copulative structures, but transitive, change of state constructions. To the extent of my knowledge, only García Pardo (2014) has provided an analysis in these terms, which means that a lot of research is still needed.

The verb *quedar(se)* (‘stay’) has received more attention than any of the others because of its wide range of meanings and, most importantly, because the presence of *se* is apparently optional. This is the only pseudo-copular verb able to combine with participles, besides adjectives and, unlike *poner(se)*, it points to the end of the event of change (Demonte & Masullo, 1999) and to a durative result state (Porroche, 1990). These are the three meanings of *quedar(se)*, following Morimoto & Pavón Lucero (2007):

- Punctual event of change and short-term state: *quedar(se)* only takes animate subjects
y it usually combines with the clitic:

(10) a. Me quedé atónita al descubrir la carta.

me stayed astonished as find.out the letter

‘I was astonished when I found the letter.’

b. ??Quedé atónita al descubrir la carta.

Stayed.1.SG. astonished as find.out the letter

- Durative event of change where a physical or mental property is usually lost: the subject can be either animate or inanimate, and the clitic is optional:

(11) Fran (se) quedó ciego paulatinamente.

Fran se rested blind slowly

‘Fran went slowly blind.’

- Stative reading: *quedar(se)* can be agentive:

(12) Víctor se quedó despierto hasta las tres para ver la película.

Víctor se rested awake until the three in.order.to watch the movie

‘Víctor stayed awake to watch the movie.’

The *se*-variant is the only one that allows agentive subjects; according to Bull (1950) and Demonte & Masullo (1999), it focuses on the change, while the *se*-less variant focuses on the result –and its duration–; thus (14) shows that the clitic is mandatory in the progressive (Morimoto & Pavón Lucero, 2007), which seems to indicate that it is related to dynamicity. To conclude, only the *se*-less variant gets a passive meaning (15) when combined with a participle (Demonte & Masullo, 1999; Marín, 2000; Morimoto & Pavón Lucero, 2007):

(13) a. Andrea *(se) quedó muy quieta a propósito.

Andrea se stayed very quiet on purpose

b. ¡Quéda*(te) quieto!

stay.you quiet

(14) a. *Macarena está quedando sorda.

Macarena is staying deaf

b. *Sigo quedando asombrada cada vez que veo esta película.

keep staying surprised each time that see.1SG. this movie

(15) El problema (*se) quedó aclarado por el profesor.

the problem se stayed cleared by the teacher

Porroche (1990), Marín (2000), Morimoto & Pavón Lucero (2007) and García Pardo (2014) point out that *quedar(se)* lacks a proper causative variant, since it alternates with the verb *dejar* ('to leave') (16). This is, in my opinion, an instance of the suppletive alternation. Given that the suppletive alternation is supposed to block the anticausative alternation, the use of the clitic with this *quedar* is as intriguing as its use with *morir* ('to die').

(16) a. Luisa dejó tuerto al bebé.

Luisa left one-eyed to.the baby

‘Luisa made the baby blind of one eye.’

b. El bebé (se) quedó tuerto.

The baby se stayed one-eyed

‘The baby lost one eye.’

To conclude, the present study can be further developed through a deeper research on alternating complex predicates, including the factors driving the presence / absence of *se* with *quedar*. Thus a wider perspective on analytic and synthetic mechanisms to denote change of state events in Spanish would be obtained.

It is evident that there are still many things to say on the topic of the distribution and the formal and semantic properties of anticausative ‘se’ in Spanish, and beyond. The open questions range from the appropriate characterization of the syntactic-semantic contrasts that ‘se’ produces in combination with different predicates to the possibility that perhaps some of the constructions that we are still classifying as anticausative instances might be internally different, displaying a richer typology of constructions than the one traditionally assumed. However, with this dissertation we hope to have at least been able to throw some light on central aspects of the grammar of anticausative ‘se’ in contemporary Spanish.

BIBLIOGRAFÍA

- Abels, K. y Muriungi, P. K. (2008): "The focus marker in Kîtharaka: Syntax and semantics". *Lingua* 118 (5): 687-731.
- Abusch, D. (1986): "Verbs of change, causation and time". Technical Report CSLI-86-50, Center for the Study of Language and Information, Stanford University.
- Ackema, P. y Schoorlemmer, M. (1995): "Middles and nonmovement". *Linguistic Inquiry* 26 (2): 173-197.
- Ackerman, F. y Goldberg, A. (1996): "Constraints on adjectival past participles". En: A. Goldberg (ed.), *Conceptual Structure, Discourse and Language*. Stanford: CSLI Publications, 17-30.
- Alboiu, G., Barrie, M. y Frigeni, C. (2004): "Se and the unaccusative-unergative paradox". En: M. Coene, G. de Cuyper, e Y. D'Hulst (eds.), *Current Studies in Comparative Romance Linguistics: Antwerp Papers in Linguistics 107*. Antwerp: Universidad de Antwerp, 109-139.
- Alexiadou, A. (2010): "On the morpho-syntax of (anti-)causative verbs". En: M. Rappaport Hovav, E. Doron e I. Sichel (eds.), *Syntax, lexical semantics and event structure*. Oxford: Oxford University Press, 177-203.
- Alexiadou, A. (2014): "The problem with internally caused change of state verbs". *Linguistics* 52 (4): 879-909.
- Alexiadou, A. y Anagnostopoulou, E. (2004): "Voice morphology in the causative-inchoative alternation: Evidence for a non-unified structural analysis of unaccusatives". En: A. Alexiadou, E. Anagnostopoulou y M. Everaert (eds.), *The unaccusativity puzzle: Explorations of the syntax-lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press, 114-136.
- Alexiadou, A. y Doron, E. (2012): "The syntactic construction of two non-active Voices: passive and middle". *Journal of Linguistics* 48: 1-34.
- Alexiadou, A., Anagnostopoulou, E. y Schäfer, F. (2006): "The properties of anticausatives crosslinguistically". En: M. Frascarelli (ed.), *Phases of interpretation*. Berlín: Mouton, 187-211.
- Alexiadou, A., Anagnostopoulou, E. y Schäfer, F. (2015): *External arguments in transitivity alternations. A layering approach*. Oxford: Oxford University Press.
- Alexiadou, A., Anagnostopoulou, E. y Evarest, M. (eds.) (2004): *The unaccusativity puzzle: Explorations of the syntax-lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press.
- Alsina, A. (1992): "On the argument structure of causatives". *Linguistic Inquiry* 23: 517-555.

- Alsina, A. (1993): *Predicate Composition: A Theory of Syntactic Function Alternations*. Stanford University [tesis doctoral].
- Anderson, S. R. (1982): "Where's Morphology?" *Linguistic Inquiry* 13: 571-612.
- Arad, M. (2003): "Locality constraints on the interpretation of roots: The case of Hebrew denominal verbs". *Natural Language and Linguistic Theory* 21: 737-778.
- Arad, M. (2005): *Roots and patterns: Hebrew morpho-syntax*. Dordrecht: Springer.
- Arce Arenales, M. A., Axelrod, M. y Fox, B. (1994): "Active voice and middle diathesis". En: B. Fox y P. Hopper (eds.), *Voice, form and function*. Amsterdam, Philadelphia: John Benjamins, 1-21.
- Arche, M. J. (2006): *Individuals in time: tense, aspect and the individual / stage distinction*. Amsterdam: John Benjamins.
- Arche, M. J. (2012): "On the aspectuality of the individual-level / stag-level dichotomy". *Borealis: An International Journal of Hispanic Linguistics* 1 (2): 109-132.
- Aronoff, M. (1976): *Word formation in generative grammar*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Babby, L. H. (1975): "A transformational analysis of transitive -sja verbs in Russian". *Lingua* 35 (3-4): 297-332.
- Baker, M. (1988): *Incorporation: A theory of grammatical function changing*. Chicago: University of Chicago Press.
- Baker, M. (1997): "Thematic roles and syntactic structure". En: L. Haegeman (ed.) *Elements of Grammar*. Dordrecht: Kluwer, 73-137.
- Baker, M., Johnson, K. y Roberts, I. (1989): "Passive arguments raised". *Linguistic Inquiry* 20 (2): 219-251.
- Basilico, D. (2010): "The *se* clitic and its relation to paths". *Probus* 22: 271-302.
- Beavers, J. (2002): "Aspect and the distribution of prepositional resultative phrases in English". *LinGO Working Paper 7*. Standford, CA: Center for the Study of Language and Information, Stanford University.
- Beavers, J. (2008): "Scalar Complexity and the Structure of Events". En: J. Dölling, T. Heyde-Zybatow y M. Schäfer (eds.), *Event structures in linguistic form and interpretation*. Berlín: Mouton de Gruyter, 245-265.
- Beavers, J. y Koontz-Garboden, A. (2012): "Manner and result in the roots of verbal meaning". *Linguistic Inquiry* 43 (3): 331-69.
- Beavers, J. y Koontz-Garboden, A. (2013): "In defense of the reflexivization analysis of anticausativization". *Lingua* 131: 199-216.
- Beck, S. (2005): "There and back again: A semantic analysis". *Journal of Semantics* 22: 3-51.
- Bennett, W. S., Herlick, T., Hoyt, K., Liro, J. y Santiesteban, A. (1990): "Toward a computational model of aspect and verb semantics". *Machine Translation* 4: 217-250.
- Bernard, G. (1971): *La transitivité en français contemporain*. Université de Rennes [tesis

doctoral].

- Bertinetto, P. M. (1986): *Tempo, Aspetto e Azione nel verbo italiano. Il sistema dell'indicativo*. Florencia: Accademia della Crusca.
- Bertinetto, P. M. y Squartini, M. (1995): "An attempt at defining the class of gradual completion verbs". En: P. M. Bertinetto, V. Bianchi, J. Higginbotham y M. Squartini (eds.), *Temporal Reference, Aspect and Actionality. Vol. I: Semantic and Syntactic Perspectives*. Turín:, Rosenberg and Sellier: 11-26.
- Bierwisch, M. (2005): "The event structure of cause and become". En: C. Maienborn y A. Wöllstein (eds.), *Event arguments: Foundations and Applications*. Tübingen: Niemeyer, 11-44.
- Bittner, M. (1999): "Concealed causatives". *Natural Language Semantics* 7 (1): 1-78.
- Blutner, R. (2000): "Some aspects of optimality in natural language interpretation". *Journal of Semantics* 17 (3): 189-216.
- Bochnack, M. R. (2013): "Two sources for scalarity within the verb phrase". En: B. Arsenijević, B. Gehrke y R. Marín (eds.), *Studies in the Composition and Decomposition of Event Predicates*. Dordrecht: Springer, 99-123.
- Bogard, S. (1999): "Duplicación y clausura argumental: dos funciones del clítico reflexivo en español". *Español actual* 71: 41-48.
- Bogard, S. (2006): "El clítico *se*. Valores y evolución". En: C. Company Company (coord.), *Sintaxis histórica de la lengua española*, vol. 1, tomo 2, 755-874.
- Booij, G. (1996): "Inherent versus contextual inflection and the Split Morphology Hypothesis". En: G. Booij y J. van Marle (eds.), *Yearbook of Morphology 1995*. Dordrecht: Kluwer, 1-16.
- Boons, J. P., Guillet, A. y Leclère, C. (1976): *La Structure des phrases simples en français, I: constructions intransitives*. Genève: Droz.
- Bordelois, I. (1988): "Causatives: From lexicon to syntax". *Natural Language and Linguistic Theory* 6: 57-93.
- Borer, H. (1996): "Passive without theta grids". En: P. Farrell y S. Lapoint (eds.), *Morphological interfaces*. Stanford, CA: CSLI, 60-99.
- Borer, H. (1999): "Deconstructing the construct". En: K. Johnson e I. Roberts (eds.), *Beyond Principles and Parameters*. Dordrecht: Kluwer publications.
- Borer, H. (2003): "Exo-skeletal vs. endo-skeletal explanations". En: J. Moore y M. Polinsky (eds.), *The Nature of Explanation in Linguistic Theory*. Chicago: CSLI and University of Chicago Press.
- Borer, H. (2005): *The normal course of events*. Oxford: Oxford University Press.
- Bosque, I. (1990): "Sobre el aspect en los adjetivos y participios. En: I. Bosque (ed.), *Tiempo y aspecto en español*. Madrid: Cátedra, 1977-214.

- Bouchard, D. (1984): *On the content of empty categories*. Dordrecht: Foris.
- Brousseau, A. M. y Ritter, E. (1991): "A non-unified analysis of agentive verbs". En: D. Bates (ed.), *Proceedings of the Tenth West Coast Conference on Formal Linguistics* 20: 53-64.
- Bravo, A. (2011): "Las perífrasis de inminencia en español: del aspecto a la modalidad". En: J. Cuartero Otal, L. García Fernández y C. Sinner (eds.), *Estudios sobre perífrasis y aspecto*. Múnich: Peniopo, 72-98.
- Brennan, V. M. (1993): *Root and epistemic modal auxiliary verbs*. University of Massachusetts. Doctoral Dissertations available from Proquest. Paper AAI9316625. <http://scholarworks.umass.edu/dissertations/AAI9316625> [consulta: 28/03/2014]
- Brousseau, A. M. y Ritter, E. (1991): "A non-unified analysis of agentive verbs". En: D. Bates (ed.), *Proceedings of the Tenth West Coast Conference on Formal Linguistics* 20, 53-64.
- Brucart, J. M. (2010): "La alternancia 'ser' / 'estar' y las construcciones atributivas de localización". En: A. Avellana (ed.), *Actas del V Encuentro de Gramática Generativa*. Neuquén: Editorial Universitaria del Comahue, 115-152.
- Bull, W. E. (1950): "The intransitive reflexive *ir* and *irse*". *Modern Language Journal* 26: 382-389.
- Burston, J. L. (1979): "The pronominal verb construction in French: an argument against the fortuitous homonymy hypothesis". *Lingua* 48: 147-176.
- Burzio, L. (1986): *Italian syntax: A government and binding approach*. Dordrecht: Reidel.
- Butt, M. (1993): *The structure of complex predicates in Urdu*. Stanford University [tesis doctoral].
- Bybee, J. L. (2006): "From usage to grammar: The mind's response to repetition". *Language* 82 (4): 711-733.
- Caha, P. (2009): *The nanosyntax of case*. Universidad de Tromsø [tesis doctoral].
- Campanini, C. y Pitteroff, M. (2013): "Analytic causatives: A German-Italian comparative approach". En: E. Boone, M. Kohlberger y M. Schulpen (eds.), *Proceedings of ConSOLE XX*, 45-70.
- Cardinaletti, A. (2004): "Clitic positions and restructuring in Italian". *Linguistic Inquiry* 35 (4): 519-557.
- Carlson, G. (1977): *Reference to kinds in English*. Universidad de Massachusetts Amherst [tesis doctoral].
- Carter, R. J. [1976] (1988): "Some Linking Regularities". En: B. Levin y C. Tenny (eds.), *On Linking: Papers by Richard Carter, Lexicon Project Working Papers* 25. Cambridge, Mass.: MIT Center for Cognitive Science, MA, 1-92.
- Caudal, P. y Nicolas, D. (2005): "Types of degrees and types of event structures". En: C. Maienborn y A. Wöllstein (eds.), *Event arguments foundations and applications*. Tübingen: Niemeyer, 277-300.

- Cennamo, M. (2001): "On the reorganization of voice distinctions and grammatical relations in Late Latin". En: Moussy, C. (ed.), *De Lingva Latina Novae Questiones (Actes du Xè Colloque International de Linguistique Latine)*. Lovaina: Peeters, 51-65.
- Cennamo, M. (2012): "Aspectual constraints on the (anti)causative alternation in Old Italian". En: J. Barddal, M. Cennamo y E. Van Gelderen (eds.), *Variation and change in argument realization. Thematic issue of transactions of the philological society*, 110 (3): 394-421.
- Cennamo, M. Barddal, J. y Eythorsson, T. (2015): "Semantic and (morpho-)syntactic constraints on anticausativization: Evidence from Latin and Old Norse-Icelandic". *Linguistics* 53 (4), 677-729.
- Cennamo, M. y Jezek, E. (2011): "The anticausative alternation in Italian". En: G. Massariello y S. Dal Masi (eds.), *Le interfacce*. Roma: Bulzoni, 809-823.
- Centineo, G. (1995): "The distribution of *si* in Italian transitive / inchoative pairs". En: M. Simons y T. Galloway (eds.), *SALT V*. Ithaca, N.Y.: Cornell University, 54-71.
- Chierchia, G. [1989] (2004): "A semantics for unaccusatives and its syntactic consequences". En: Alexiadou, A., Anagnostopoulou, E. y Everaert, M. (eds.), *The unaccusativity puzzle: Explorations of the syntax-lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press, 22-59.
- Chomsky, N. (1965): *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Chomsky, N. (1970): "Remarks on nominalization". En: R. Jacobs y P. Rosenbaum, (eds.), *Readings in English transformational grammar*. Waltham, MA: Ginn, 184-221.
- Chomsky, N. (1981): *Lectures on government and binding*. Dordrecht: Foris.
- Chomsky, N. (1995): *The Minimalist Program*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Cinque, G. (1988): "On *si* construction and the theory of arb". *Linguistic Inquiry* 19 (4): 521-581.
- Cinque, G. (1999): *Adverbs and functional heads: A cross-linguistics perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Cinque, G. (2001): "Restructuring and the order of aspectual and root modals heads". En: G. Cinque y G. Salvi (eds.), *Current studies in Italian syntax*. Amsterdam: Elsevier, 137-155.
- Cinque, G. (2004): "Restructuring and functional structure". En: A. Belletti (ed.), *Structures and Beyond. The Cartography of Syntactic Structures*, vol. 3. New York: Oxford University Press, 132-191.
- Clark, H. H., y Clark, E. V. (1978): "Universals, Relativity and Language Processing". En: J. H. Greenberg, C. A. Ferguson, y E. A. Moravcsik (eds.), *Universals of Human Language*, vol. 1. Stanford, CA: Stanford University Press, 225-77.
- Clements, J. C. (1988): "The semantics and pragmatics of Spanish <copula + adjective> construction". *Linguistics* 26: 779-822.

- Collins, Chris (2005): "A Smuggling Approach to the Passive in English". *Syntax* 8 (2): 81-120.
- Comrie, B. (1989): *Language universals and linguistic typology: Syntax and morphology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Condovardi, C. (1988): "The middle: where semantics and morphology meet". *Student conference in linguistics. MIT Working Papers in Linguistics*, 11: 16-30.
- Croft, W. (1990): "Possible verbs and the structure of events". En: S. Tsohatzidis (ed.), *Meaning and prototypes*. London: Routledge, 48-73.
- Croft, W. (2003): *Typology and universals*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.
- Cuervo, M. C. (2003): *Datives at large*. Massachusetts Institute of Technology [tesis doctoral].
- Cuervo, M. C. (2014): "Alternating unaccusatives and the distribution of roots". *Lingua*, 141: 48-70.
- D'Alessandro, R. A. G. (2004): *Impersonal SI construction. Agreement and Interpretation*. Universidad de Stuttgart [tesis doctoral].
- Dahlén, E. (1964): "Études syntaxiques sur les pronoms réfléchis pleonastiques en latin". *Acta Universitatis Gothoburgensis*. Göteborg.
- Davidson, D. (1967): "The logical form of action sentences". En: N. Rescher (ed.), *The Logic of Decision and Action*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press, 81-95.
- Davis, H. y Demirdache, H. (1995): "Agents and events". Conferencia presentada en el GLOW 18, University of Tromsø.
- Davis, H. y Demirdache, H. (2000): "On Lexical Verb Meanings: Evidence from Salish". En: J. Pustejovsky y C. Tenny (eds.), *Events as Grammatical Objects: the Converging Perspectives of Lexical Semantics and Syntax*. CSLI: Stanford University Press, 97-142.
- De Mello, G. (1996): "Morir frente a morir en el español hablado contemporáneo". *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 112 (2): 277-292.
- De Mello, G. (1997): "Morir vs. Morirse". En: J. de Kock y G. De Mello, *Lengua escrita y habla culta en América y España: Diez casos*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 99-117.
- De Miguel, E. y Fernández Lagunilla, M. (2000): "El operador aspectual *se*". *Revista Española de Lingüística* 30 (1): 13-43.
- Deguchi, A. (1982): "On reflexive structures". *Lingüística Hispánica* 5: 33-45.
- DeLancey, S. (1984): "Notes on agentivity and causation". *Studies in Language* 8 (2): 181-213.
- Demonte, V. y Masullo, P. J. (1999): "La predicación. Los complementos predicativos". En: I. Bosque y V. Demonte (eds.): *Gramática descriptiva de la lengua española. Vol. II*. Madrid: Espasa Calpe, 2461-2560.
- Di Sciullo, A. M. y Williams, E. (1987): *On the definition of word (Linguistic Inquiry Monographs 14)*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Doron, E. (2003): "Agency and voice: The semantics of semitic templates". *Natural Language*

Semantics 11: 1-67.

- Dowty, D. (1979): *Word, meaning and Montague grammar. The semantics of verbs and time in generative semantics and Montague's PTQ*. Dordrecht: Reidel.
- Dowty, D. (1986): "The effects of aspectual class on the temporal structure of discourse: Semantics or pragmatics?" En: D. Dowty (ed.), *Tense and aspect in discourse. Linguistics and Philosophy* 9, 37-61.
- Dowty, D. R. (1989): "On the semantic content of the notion 'thematic role'". En: B. Partee, G. Chierchia y R. Turner (eds.), *Properties, Types and Meaning*. Dordrecht: Reidel, 69–129.
- Dowty, D. R. (1991): "Thematic proto-roles and argument selection". *Language* 67: 547-619.
- Egg, M. (1995): "The intergressive as a new category of verbal Aktionsart". *Journal of Semantics* 12: 311-356.
- Embick, D. (2004a): "Unaccusative Syntax and Verbal Alternations." En A. Alexiadou, E. Anagnostopoulou, y M. Everaert (eds.), *The unaccusativity puzzle: explorations of the syntax–lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press, 137–58.
- Embick, D. (2004b): "On the structure of resultative participles in English". *Linguistic Inquiry* 35.3: 355–92.
- Embick, D. (2009): "Roots, States, and Stative Passives". Charla presentada en el Roots Workshop, Stuttgart.
- Embick, D. y Noyer, R. (2001): "Movement operations after syntax". *Linguistic Inquiry* 32 (4): 555-595.
- Erteschick-Shir, N. y Rapoport, T. (2004): "Bare aspect: a theory of syntactic projection". En: J. Guéron y J. Lecarme (eds.), *The syntax of time*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 217-234.
- Ertschik-Shir, N. y Rapoport, T. (2005): "Path Predicates". En: N. Erteschik-Shir y T. Rapoport (eds.), *The Syntax of Aspect, Deriving Thematic and Aspectual Information. Oxford Studies in Theoretical Linguistics: Interfaces in the Theory of Grammar*. Oxford: Oxford University Press, 65-86.
- Fábregas, A. (2007a): "An Exhaustive Lexicalisation Account of Directional Complements". *Nordlyd: Tromsø Working Papers on Language & Linguistics* 34(2), 165-199.
- Fábregas, A. (2007b): "(Axial) Parts and Wholes". En: M. Băsić, M. Pantcheva, M. Son y P. Svenonius (eds.): *Tromsø Working Papers on Language & Linguistics: Nordlyd* 34.2, *Special issue on Space, Motion, and Result*. CASTL, Tromsø, 1–32.
- Fábregas, A. (2009): "An argument for phrasal spell-out: Indefinites and interrogatives in Spanish". En: P. Svenonius, G. Ramchand, M. Starke y K. T. Taraldsen (eds.), *Nordlyd* 36.1: *Special issue on Nanosyntax*. Tromsø: University of Tromsø, 129–168. Disponible en www.ub.uit.no/munin/nordlyd/.
- Fábregas, A. (2012): "A Guide to IL and SL in Spanish: Properties, Problems and Proposals".

- Borealis: An International Journal of Hispanic Linguistics* 1 (2): 1-71.
- Fábregas, A. (2014): "On a syntactic definition of word and its consequences". En: I. Ibarretxe-Antuñano y Mendívil-Giró, J. L. (eds.), *To be or not to be a word. New reflections on the definition of word*. Cambridge Scholars Publishing, 93-131.
- Fábregas, A. (2014): "Un análisis sintáctico de dos tipos de causante". *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 28: 191-214.
- Fadlon, J. (2011): "Hidden entries: A psycholinguistic study of derivational gaps". En: M. Everaert, M. Marelj y T. Siloni (eds.), *The theta system: Argument structure at the interface*. Oxford: Oxford University Press, 200-226.
- Fagan, S. M. (1988): "The English Middle". *Linguistic Inquiry* 19 (2): 181-203.
- Fagan, S. M. (1992): *The syntax and semantics of middle constructions: a study with special reference to German*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Falk, J. (1979): *Ser y estar con atributos adjetivales*. Uppsala: Actas Universitatis Uppsaliensis.
- Farmer, A. K. (1980): *On the Interaction of Morphology and Syntax*. MIT [tesis doctoral].
- Farmer, A. K. (1984): *Modularity in Syntax: A Study of Japanese and English*. Cambridge, Mass.: MIT Press, MA.
- Feltenius, L. (1977): *Intransitivizations in Latin*. Uppsala: Almqvist & Wiksell.
- Fernández Jiménez, Á. L. y Tubino Blanco, M. (2014): "Variación sintáctica en la causativización léxica". *Revista Española de Lingüística* 44 (1): 7-37.
- Fernández Leborans, M. J. (1995): "Las construcciones con el verbo 'estar': aspectos sintácticos y semánticos". *Verba* 22: 253-284.
- Fernández Leborans, M. J. (1999): "La predicación. Las oraciones copulativas". En: I. Bosque y V. Demonte (eds.): *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 2357-2460.
- Fernández Ramírez, S. (1987): *Gramática Española*. Madrid: Arco Libros.
- Fernández Soriano, O. (1999): "Datives in constructions with unaccusative *se*". *Catalan working papers in linguistics* 7: 89-106.
- Filip, H. (1993): "Aspect and the Semantics of Quantity of Verbal and Nominal Expressions". En: M. Bernstein (ed.): *Proceedings of the Eastern States Conference on Linguistics (ESCOL)* 9. Ithaca: Cornell University, 80-91.
- Filip, H. (1997): "Integrating telicity, aspect and NP semantics: the role of thematic structure". En: J. Toman (ed.), *Formal approaches to Slavic linguistics, Vol. III, The College Park Meeting 1994*. Ann Arbor: Michigan Slavic Publications, 61-96.
- Filip, H. (1999): *Aspect, Eventuality Types and Noun Phrase Semantics*. New York: Routledge.
- Filip, H. (2004): "The telicity parameter revisited." *Semantics and Linguistic Theory (SALT)* XIV. Ithaca: CLC Publications, Department of Linguistics, Cornell University, 92-109.
- Filip, H. y Rothstein, S. (2005): "Telicity as a semantic parameter". En: J. Lavine, S. Franks, H.

- Filip y M. Tasseva-Kurktchieva (eds.), *Formal Approaches to Slavic Linguistics (FASL) XIV. The Princeton University Meeting*. Ann Arbor MI: University of Michigan Slavic Publications, 139-156.
- Fillmore, C. (1970): "The grammar of hitting and breaking". En: R. A. Jacobs y P. S. Rosenbaum, (eds.), *Readings in english transformational grammar*. Waltham, MA: Ginn, 120-133.
- Fleishhauer, J. y Gamerschlag, T. (2014): "We are going through changes: How change of state verbs and arguments combine in scale composition". *Lingua* 141: 30-47.
- Fodor, J. (1970): "Three reasons for not deriving 'kill' from cause to die". *Linguistic Inquiry* 1: 29-38.
- Folli, R. (2001): *Constructing telicity in English and Italian*. Oxford University [tesis doctoral].
- Folli, R. y Harley, H. (2004): "Flavors of v: Consuming results in Italian and English". En: R. Slabakova y P. Kempchinsky (eds.), *Aspectual Inquiries*. Dordrecht: Kluwer, 95-120.
- Folli, R. y Harley, H. (2007): "Causation, obligation, and argument structure: on the nature of little v". *Linguistic Inquiry* 38: 197-238.
- Folli, R., Harley, H. y Karimi, S. (2005): "Determinants of event structure in Persian complex predicates". *Lingua* 115 (10): 1365-1401.
- Fried, M. (2004): "Czech reflexivization and the invariance principle revisited". *Slavic and East European Journal* 48 (4): 627-653.
- Fujita, K. (1996): "Double objects, causatives, and derivational economy." *Linguistic Inquiry* 27: 146-73.
- Gallego, A. y Uriagereka, J. (2009): "Estar = Ser + P". Paper presented at the 19th *Colloquium on Generative Grammar*, Vitoria.
- García Fernández, L. (2011): "Algunas observaciones sobre *se* aspectual". En: J. Cuartero Otal, L. García Fernández, C. Sinner (eds.), *Estudios sobre perífrasis y aspecto*. München: Peniope, 43-71.
- García Fernández, L. (dir.) (2006): *Diccionario de perífrasis verbales*. Madrid: Gredos.
- García Hernández, B. (1990): "Transitividad, intransitivación y causas de su desarrollo en latín tardío", *Revista Española de Lingüística* 20, 1-16
- García Pardo, A. (2014): "On the Spanish light verbs *poner(se)* and *quedar(se)*", Ms. University of Southern California.
- García-Miguel, J. M. (1985): "La voz media en español: Las construcciones pronominales con verbos transitivos". *Verba*, 12: 307-343.
- Gianollo, C. (2014): "Labile verbs in Late Latin". *Linguistics* 52 (4): 945-1002.
- Givón, T. (1984): *Syntax: An Introduction*. Amsterdam: John Benjamins.
- Givón, T. (1991): "Isomorphism in the grammatical code. Cognitive and biological considerations". *Studies in Language* 15: 85-114.

- Goldberg, A. (1991): "On the Problems with Lexical Rule Accounts of Argument Structure". *Cognitive Science Society Conference Proceedings*.
- Grahek, S. (2006): *Argument structure in Slovene*. The University of Leeds [tesis doctoral].
- Greenberg, J. H. (1966): *Language universals, with special reference to feature hierarchies*. The Hague: Mouton.
- Grice, P. (1975): "Logic and Conversation". En: D. Davidson y G. Harman (eds.): *The Logic of Grammar*. Encino, CA: Dickenson, 64–75.
- Grimshaw, J. (1981): "On the Lexical Representation of Romance Reflexive Clitics". En: Joan Bresnan (ed.), *The Mental Representation of Grammatical Relations*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 87-148.
- Grimshaw, J. (1990): *Argument Structure*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Grimshaw, J. y Mester, R. A. (1985): "Complex Verb Formation in Eskimo". *Natural Language and Linguistic Theory* 3: 1–19.
- Grimshaw, J. y Vikner, S. (1993): "Obligatory adjuncts and the structure of events". En: E. Reuland y W. Abraham (eds.), *Knowledge of language. Lexical and conceptual structure*. Dordrecht: Kluwer, 143-155.
- Gronemeyer, C. (1999): "On deriving complex polisemy: The grammaticalization of get". *English Language and Linguistics* 3 (1): 1-39.
- Guasti (1996): "Semantic restrictions in Romance causatives and the incorporation approach". *Linguistic Inquiry* 27: 294-313.
- Guasti, M. T. (1993): *Causative and perception verbs*. Turín: Rosenberg and Sellier.
- Guerssel, M. (1986): "On Berber verbs of change: a study of transitivity alternations". *Lexicon Project Working Papers* 9. Cambridge, Mass.: Center for Cognitive Science, MIT.
- Hacquard, V. (2006): *Aspects of Modality*. MIT [tesis doctoral].
- Hacquard, V. (2009): "On the interaction of aspect and modal auxiliaries". *Linguistics and Philosophy* 32: 279-312.
- Haegeman, L. y van Riemsdijk, H. (1986): "Verb Projection Raising, Scope, and the Typology of Rules Affecting Verbs". *Linguistic Inquiry* 17: 417-466.
- Haiman, J. (1980): "The iconicity of grammar isomorphism and motivation". *Language* 56: 515-540.
- Haiman, J. (1983): "Iconic and economic motivation". *Language* 59 (4): 781–819.
- Hale, K. (1986). "Notes on World View and Semantic Categories: Some Warlpiri Examples". En: P. Muysken y H. van Riemsdijk (eds.): *Features and Projections*. Dordrecht: Foris, 233-254.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (1986): "Some transitivity alternations in English". *Lexicon Project Working Papers* 7. Cambridge, Mass.: Center for Cognitive Science, MIT.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (1987): "A view from the middle". *Lexicon Project Working Papers* 10.

- Cambridge, Mass.: Center for Cognitive Science, MIT.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (1993): "On argument structure and the lexical expression of syntactic relations." En: K. Hale y S. J. Keyser (eds.), *The View from Building 20*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 53–109.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (1998): "The basic elements of argument structure." En: H. Harley (ed.), *Papers from the UPenn/MIT Roundtable on Argument Structure and Aspect*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 73–118.
- Hale, K. y Keyser, S. J. (2002): *Prolegomenon to a theory of argument structure*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Hall, B. (1965): *Subject and object in Modern English*. MIT [tesis doctoral].
- Halle, M. (1973): "Prolegomena to a theory of word formation". *Linguistic Inquiry* 4 (3): 3-16.
- Halle, M. (1997): "Distributed morphology: Impoverishment and fission". En: B. Bruening, Y. Kang y M. McGinnis (eds.): *MIT Working Papers in Linguistics 30: Papers at the Interface*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 425-449.
- Halle, M. y Marantz, A. (1993): "Distributed Morphology and the pieces of inflection". En: K. Hale y S. J. Keyser (eds.), *The view from Building 20*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 111-176.
- Harley, H. (1995): *Subjects, events and licensing*. MIT [tesis doctoral].
- Harley, H. (2005): "How do verbs get their names? Denominal verbs, manner incorporation and the ontology of verb roots in English." En N. Erteschik-Shir y T. Rapoport (eds.), *The Syntax of Aspect*. Oxford: Oxford University Press, 42–64.
- Harley, H. (2006): *English Words: A Linguistic Introduction*. Cambridge, Mass.: Blackwell Publishers.
- Harley, H. (2008): "On the causative construction". En: S. Miyagawa and M. Saito (eds.), *Handbook of Japanese Linguistics*. Oxford: Oxford University Press, 20–53.
- Harley, H. (2013): "External arguments and the mirror principle: on the distinctness between Voice and v". *Lingua* 125: 34–57.
- Harley, H. y Noyer, R. (2000): "Formal vs. encyclopedic properties of vocabulary: evidence from nominalization." En: B. Peters (ed.), *The Lexicon–Encyclopedia Interface*. Amsterdam: Elsevier, 349–74.
- Härtl, H. (2003): "Conceptual and grammatical characteristics of argument alternations: The case of decausative verbs." *Linguistics* 41 (5): 883–916.
- Haspelmath, M. (1987): *Transitivity alternations of the anticausative type*. (Arbeitspapiere Des Instituts Für Sprachwissenschaft N.F. Nr. 4). Köln: Universität zu Köln.
- Haspelmath, M. (1990): *The grammaticization of passive morphology*. *Studies in Language*. Amsterdam: John Benjamins.
- Haspelmath, M. (1993): "More on the typology of inchoative / causative alternations". En: B.

- Comrie y M. Polinsky (eds.), *Causatives and transitivity*. Amsterdam: John Benjamins, 87-120.
- Haspelmath, M. (2008): "Frequency vs. iconicity in explaining grammatical asymmetries". *Cognitive Linguistics* 19(1): 1–33.
- Haspelmath, M., Calude, A., Spagnol, M. Narrog, H. y Bamyaci, E. (2014): "Coding causal–noncausal verb alternations: A form–frequency correspondence explanation". *Journal of Linguistics* 50 (3): 587-625.
- Hay, J., Kennedy, C. y Levin, B. (1999): "Scalar structure underlies telicity in 'degree achievements'". En: T. Mathews y D. Strolovitch (eds.), *Proceedings of Semantics and Linguistics Theory IX*, 127-144.
- Heidinger, S. (2014): "The persistence of labile verbs in the French causative-anticausative alternation". *Linguistics* 52 (4): 1003–1024.
- Heidinger, S. (2015): "Causalness and the encoding of the causative-anticausative alternation in French and Spanish". *Journal of Linguistics* 51 (3): 562-594.
- Hendricks, P. y Hoop, H. (2001): "Optimality theoretic semantics". *Linguistics and Philosophy* 24: 1-32.
- Hernanz, M. L. (1999): "El infinitivo". En: I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, 2196-2356.
- Higginbotham, J. (2000): "On events in linguistic semantics". En: J. Higginbotham, F. Pianersi y A. Varzi (eds.), *Speaking of events*. Oxford: Oxford University Press, 53-83.
- Higginbotham, J. y Ramchand, G. (1996): *The stage-level/individual-level distinction and the Mapping Hypothesis*. Ms. University of Oxford.
- Hoeckestra, T. y Roberts, I. (1993): "Middle constructions". En: E. Reuland y W. Abraham (eds.), *Knowledge of language II. Lexical and conceptual structure*. Dordrecht: Kluwer.
- Horn, R. L. (1985): "Metalinguistic negation and pragmatic ambiguity". *Language* 61: 121-174.
- Horvath, J. y Siloni, T. (2008): "Active lexicon: Adjectival and verbal passives". En G. Danon, S. Armon-Lotem, y S. Rothstein (eds.), *Generative approaches to Hebrew linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Horvath, J., Siloni, T. (2011): "Causatives across components". *Natural Language and Linguistic Theory* 29: 657-704.
- Iglesias Bango (1992): "Acerca del supuesto estatuto perifrástico de la construcción causativa *hacer* + infinitivo y otras cuestiones conexas (I y II)". *Contextos X* 19/20: 87-148.
- Inoue, K. (1969): *A study of Japanese syntax*. The Hague: Mouton.
- Ippolito, M. (2000): *Remarks on the argument structure of Romance causatives*. Ms. MIT.
- Irwin, P. (2012): *Unaccusativity at the interfaces*. New York University [tesis doctoral].
- Ishikagawa, A. (1985): *Complex predicates and lexical operations in Japanese*. Stanford University [tesis doctoral].

- Jackendoff, R. (1972): *Semantic interpretation in Generative Grammar*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Jackendoff, R. (1975): "Morphological and semantic regularities in the lexicon". *Language* 51: 639-67.
- Jackendoff, R. (1983): *Semantics and Cognition*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Jackendoff, R. (1990): *Semantic structures*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Jacobsen, W. M. (1985): "Morphosyntactic transitivity and semantic markedness". *Chicago Linguistic Society* 21 (2): 89-104.
- Jaeggli, O. (1982): *Topics in Romance syntax*. Dordrecht: Foris.
- Jespersen, O. (1927): *A Modern English Grammar: On Historical Principles (Vol. Part III Syntax. Second Volume)*. Copenhagen: Heidelberg.
- Joffre, M. D. (1995): *Le verbe latin. Voix et diathèse*. Louvain-Paris: Peeters.
- Kailuweit, R. (2011): "Romance anticausatives: A constructionist RRG Approach". En: W. Nakamura (ed.): *New perspectives in Role and Reference grammar*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 104-133.
- Kailuweit, R. (2012): "Construcciones anticausativas: El español comparado con el francés". En: V. Bellosta von Colbe y García García, M. (eds.): *Aspectualidad – transitividad – referencialidad. Las lenguas románicas en contraste*. Frankfurt a. M.: Peter Lang, 133-158.
- Kallulli, D. (2006a): "A unified analysis of passives, anticausatives and reflexives". En: O. Bonami y P. Cabredo Hofherr (eds.), *Empirical Issues in Formal Syntax and Semantics* 6: 201-225.
- Kallulli, D. (2006b): "Unaccusatives with dative causers and experiencers: a unified account". En: D. Hole, A. Meinunger y W. Abraham (eds.), *Datives and Other Cases. [Studies in Language Companion Series 75]*. Amsterdam: John Benjamins, 271-301.
- Kallulli, D. (2007): "Rethinking the passive / anticausative distinction". *Linguistic Inquiry* 38 (4): 770-780.
- Karantzola, E. y Lavidas, N. (2014): "On the relation between labilizations and neuter gender: Evidence from Greek diachrony". *Linguistics* 52 (4): 1025-1060.
- Kärde, S. (1943): *Quelques manières d'exprimer l'idée d'un subject indéterminé ou général en espagnol*, Uppsala: Appelbergs Boktryckriaktiebolag.
- Katz, J. (1970): "Interpretative semantics vs. generative semantics". *Foundations of Language* 6: 220-259.
- Katz, J. y Postal, P. (1964): *An integrated theory of linguistic expressions*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Kayne, R. (1975): *French Syntax*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

- Kayne, R. (1986): "Connexité et inversion du sujet". En: M. Ronat y D. Couquaux (eds.), *La Grammaire Modulaire*. Paris: Editions de Minuit, 127-147.
- Kayne, R. (1989a): "Facets of Romance Past Participle Agreement". En: P. Benincà (ed.), *Dialect Variation and the Theory of Grammar*. Dordrecht: Foris, 85-103.
- Kayne, R. (1989b): "Null Subjects and Clitic Climbing". En: O. Jaeggli y K. Safir (eds.), *The Null Subject Parameter*, Reidel: Dordrecht, 239-261.
- Kayne, R. (1991): "Romance Clitics, Verb Movement and PRO". *Linguistic Inquiry* 22: 647-686.
- Kayne, R. (2005): *Movement and silence*. Oxford: Oxford University Press.
- Kearns, K. (2007): "Telic senses of deadjectival verbs". *Lingua* 117(1): 26-66.
- Kemmer, S. (1993): *The middle voice*. Amsterdam: John Benjamins.
- Kemmer, S. (1994): "Middle voice, transitivity, and the elaboration of events". En: B. Fox y P. J. Hopper (eds.), *Voice. Form and function*. Amsterdam: John Benjamins, 179-230.
- Kempchinsky, P. (2004): "Romance *se* as an aspectual element". En: J. Auger et al. (eds.), *Contemporary approaches to Romance linguistics*. Amsterdam: John Benjamins, 239-256.
- Kennedy, C. (1999): *Projecting the Adjective: The Syntax and Semantics of Gradability and Comparison*. Garland, New York.
- Kennedy, C. y Levin, B. (2001): "Telicity corresponds to degree of change". *Handout, 75th Annual LSA Meeting*, Washington, DC.
- Kennedy, C. y McNally, L. (2005): "Scale structure, degree modification and the semantics of gradable predicates". *Language* 81: 345-381.
- Key, G. (2012): "The Causative/Inchoative Alternation, and the Decomposition of Little *v*." *Coyote Papers (proceedings of the Arizona Linguistics Circle)* 19: 1-27.
- Key, G. (2013): *The Morphosyntax of the Turkish causative construction*. University of Arizona [tesis doctoral].
- Keyser, S. J. y Roeper, T. (1984): "On the middle and ergative constructions in English". *Linguistic Inquiry* 15 (3): 381-416.
- Kim (2012): "Argument structure licensing and English *have*". *Journal of Linguistics* 48 (1): 71-105.
- Kimball, J. (1973): "Seven principles of surface structure parsing in natural language". *Cognition* 2, 15-47.
- Kiparsky, P. (1973): "'Elsewhere' in phonology". En: P. Kiparsky y S. Anderson (eds.), *Festschrift for Morris Halle*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 93-106.
- Kiparsky, P. (1982): "Word-formation and the lexicon." En: F. Ingeman (ed.), *Proceedings of the 1982 Mid-America Linguistic Conference*, Lawrence, KS: University of Kansas, 3-29.
- Koontz-Garboden, A. (2007): *States, changes of state, and the monotonicity hypothesis*.

- Stanford University [tesis doctoral].
- Koontz-Garboden, A. (2009): "Anticausativization". *Natural Language and Linguistic Theory* 27: 77–138.
- Kratzer, A. (1996): "Severing the External Argument from its Verb". En: J. Rooryck y L. Zaring (eds.), *Phrase Structure and the Lexicon*. Dordrecht: Kluwer, 109–37.
- Kratzer, A. (2005): "Building Resultatives," En: C. Maienborn y A. Wöllstein-Leisten (eds.), *Event Arguments in Syntax, Semantics, and Discourse*. Tübingen: Niemeyer, 178–212.
- Krifka, M. (1987): "Nominal reference and temporal constitution: towards a semantics of quantity". En J. J. Groenendijk, M. Stokhof y F. Veltman (eds.), *Proceedings of the 6th Amsterdam Colloquium*. Amsterdam: Institute of Linguistics, Logic and Information, University of Amsterdam, 153–73.
- Krifka, M. (1989): "Nominal reference and temporal constitution and quantification in event semantics". En: P. van Emde Boas, R. Bartsch y J. van Benthem (eds.), *Semantics and Contextual Expression*. Dordrecht: Foris, 75–115.
- Krifka, M. (1992): "Thematic relations and links between nominal reference and temporal constitution". En: I. A. Sag y A. Szabolcsi (eds.), *Lexical matters*. Stanford, CA: CSLI Publications, 29–53.
- Krifka, M. (1998): "The origins of telicity". En: S. Rothstein (ed.), *Events and Grammar*. Dordrecht: Kluwer, 197–235.
- Kuno, S. (1973): *The structure of the Japanese language*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Kuroda, S. Y. (1965): "Causative forms in Japanese". *Foundations of Language* 1: 30–50.
- Labelle, M. (1990): "Unaccusatives and pseudo-unaccusatives in French". En: J. Carter *et al.* (eds.), *Proceedings of NELS 20*. Amherst MA: GLSA, 303-317.
- Labelle, M. (1992): "Change of state and valency." *Journal of Linguistics* 28: 375–414.
- Labelle, M. y Doron, E. (2010): "Anticausative derivations (and other valency alternations) in French." *Probus* 22 (2): 303–16.
- Lakoff, G. (1963): "Toward generative semantics". *Mechanical Translation Project Report*. MIT.
- Lakoff, G. (1965): "On the nature of syntactic irregularity." *NSF report 16*. The Computational Laboratory of the University of Harvard.
- Lakoff, G. (1968): "Some verbs of change and causation". *Report NSF-20*, Harvard Computation Lab.
- Lakoff, G. (1970): *Irregularities in syntax*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Lakoff, G. y Ross, J. R. (1976): "Is deep structure necessary?" En: J. D. McCawley (ed.), *Syntax and semantics* 7: 159-164.
- Landau, I. (1999): "Possessor raising and the structure of the VP". *Lingua* 107: 1-37.
- Lapesa, R. (1981): *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos.

- Larochette, J. C. (1943): "Les aspects verbaux en espagnol moderne". *Revue Belge de Philologie et Histoire* 23: 39-72.
- Larson, R. K. (1988): "On the double object construction". *Linguistic Inquiry* 19: 335-91.
- Lavidas, N. (2009): *Transitivity alternations in diachrony: Changes in argument structure and voice morphology*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Lees, R. (1960): "The grammar of English nominalizations". *Part II of the International Journal of American Linguistics* 26 (3).
- Legendre, G. y Smolensky, P. (2010): "French Inchoatives and the Unaccusativity Hypothesis". En: D. Gerds, J. Moore y M. Polinsky (eds.), *Hypothesis A / Hypothesis B: Linguistic explorations in honor of David M. Perlmutter*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 229-246.
- Legendre, G., Hagstrom, P., Tao, L., Chen, J. y Davidson, L. (2001): "A Preliminary Look at the Acquisition of Aspect in Mandarin Chinese". En: L. Chen y Y. Zhuo (eds.), *OT. Proceedings of the 3rd International Conference on Cognitive Science*. Press of University of Science and Technology of China, 398-405.
- Letuchyi, A. (2010): "Lability and spontaneity". En: P. Brand y M. García García (eds.), *Transitivity. Form, meaning, acquisition and processing*. Amsterdam: John Benjamins, 237-256.
- Levin, B. (1993): *Verb Classes in English*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Levin, B. (1999): "Objecthood: An Event Structure Perspective". *Proceedings of CLS 35, volume 1: The Main Session*. Chicago, IL: Chicago Linguistic Society, University of Chicago, 223-247.
- Levin, B. (2000): "Aspect, lexical semantic representation, and argument expression". *Proceedings of the 26th Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 413-429.
- Levin, B. (2009): "Further explorations of the landscape of causation: Comments on the Paper by Alexiadou and Anagnostopoulou". *Proceedings of the Workshop on Greek Syntax and Semantics, MIT Working Papers in Linguistics 49*. Cambridge, Mass.: Department of Linguistics and Philosophy, MIT, 239-266.
- Levin, B. y Rappaport Hovav, M. (1986): "The formation of adjectival passives". *Linguistic Inquiry* 17: 623-661.
- Levin, B. y Rappaport Hovav, M. (1988): "Non-event *-er* nominals: a probe into Argument Structure". *Linguistics* 26: 1067-1083.
- Levin, B. y Rappaport Hovav, M. (1995): *Unaccusativity. At the syntax-semantics interface*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Levin, B. y Rappaport Hovav, M. (1999): "Two structures for compositionally derived events". *Proceedings of SALT 9*. Ithaca, New York: Cornell Linguistics Circle Publications, Cornell University, 199-223.
- Levin, B. y Rappaport Hovav, M. (2005): *Argument realization. Research surveys in linguistics*

- series*, Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Lewis, D. (1973): "Causation". *Journal of Philosophy* 70 (17): 556-567.
- Lieber, R. (1980): *On the organization of the lexicon*. University of New Hampshire [tesis doctoral].
- Lieber, R. (1992): *Deconstructing morphology*, Chicago: University of Chicago Press.
- López, L. (2012): *Indefinite Objects. Scrambling, Choice Functions and Differential Marking. Linguistic Inquiry Monograph 63*. Cambridge Mass.: MIT Press.
- Luján, M. (1977): "El análisis de los verbos reflexivos incoativos". *Revista de la Sociedad Española de Lingüística* 7: 97-120.
- Luján, M. (1981): "The Spanish copulas as aspectual indicators". *Lingua* 54: 165-210.
- Lundquist, B. (2011): "Restrictions on reflexive and anti-causative readings in nominalizations and participles". En: T. Strahan, *Nordlyd* 38, *Related to Reflexives*. Tromsø: CASTL, 1-44.
- Lyons, J. (1969): *Introduction to theoretical linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MacDonald, J. E. (2008): *The syntactic nature of inner aspect: A minimalist perspective*. Amsterdam: John Benjamins.
- Maldonado, R. (1999): *A media voz. Problemas conceptuales del clítico se*. México: Universidad de México.
- Malkiel, Y. (1941): "Atristar-entristecerse. Adjectival verbs in Spanish, Portuguese and Catalan". *Studies in Philology*, Vol. XXXVIII (3): 429-462.
- Manning, D. C., Sag, I. A., Iida, M. (1999): "The lexical integrity of Japanese causatives". En: R. D. Levine, G. M. Green, (eds.), *Studies in contemporary phrase structure grammar*. Cambridge: Cambridge University Press, 39-79.
- Manzini, M. R. (1983): *Restructuring and reanalysis*. MIT [tesis doctoral].
- Manzini, M. R. (1986): "On Italian *si*". En: H. Borer (ed.), *Syntax and semantics 19. The syntax of pronominal clitics*. New York: Academic Press, 241-262.
- Marantz, A. (1984): *On the nature of grammatical relations*. Linguistic Inquiry Monographs 10. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Marantz, A. (1991): "Case and Licensing". En: G. F. Westphal, B. Ao, y H-R. Chae (eds.), *ESCOL'91 Proceedings of the English Eastern States Conference on Linguistics*. Columbus: Ohio State University, Department of Linguistics, 234-253.
- Marantz, A. (1997): "No escape from syntax: Don't try morphological analysis in the privacy of your own lexicon." En: A. Dimitriadis, L. Siegel, C. Surek-Clark, y A. Williams (eds.), *Proceedings of the 21st Penn Linguistics Colloquium, UPenn Working Papers in Linguistics*. Philadelphia: University of Pennsylvania, 201-25.
- Marantz, A. (2001): "Words". Ms., MIT.

- Marantz, A. (2005): "Objects out of the lexicon: objects as events". Handout, MIT.
- Marantz, A. (2006): "Morphology and Grammatical Architecture". Class material at the EALing Fall School, Ecole Normale Supérieure, Paris.
- Marantz, A. (2007): "Restitutive re- and the first phase syntax/semantics of the VP." Paper presented at the University of Maryland, College Park, 20 April.
- Marantz, A. (2013): "Verbal argument structure: events and participants". *Lingua* 130: 152-168.
- Marín, R. (2000): *El componente aspectual de la predicación*. Universidad Autónoma de Barcelona [tesis doctoral].
- Marín, R. (2010): Spanish adjectives within bounds". En P. Cabredo Hofherr y O. Matushansky (eds.), *Formal analyses in syntax and semantics*. Amsterdam, John Benjamins, 307-332.
- Martín Zorraquino (1996): "Contribución al estudio de las construcciones pronominales del español antiguo". XIV Congreso Internacional de Lingüística e Filología Romanza, Actas III, 626-628.
- Martin, F. y Schäfer, F. (2013): "Marked and unmarked anticausatives do not differ in meaning: A French case study". DGFS 35 (AG 12: Perspectives on argument alternations), Universität Potsdam.
<http://ifla.unistuttgart.de/institut/mitarbeiter/florian/papers/handout-dgfs2013.pdf>
 [consulta: 3/02/2014].
- Martin, F., y Schäfer, F. (2014): "Anticausatives compete but do not differ in meaning: a French case study." En: F. Neveu, L. Hriba, J. Meinschaefer, P. Blumenthal, A. Gerstenberg, y S. Prevost (eds.), *Proceedings of the 4e Congrès Mondial de Linguistique Française (CMLF 2014)*, New York: Curran Associates, Inc., 2485-2500.
- Marvin, T. (2002): *Topics in the stress and syntax of words*. MIT [tesis doctoral].
- Masica, C. (1976): *Defining a linguistic area: South Asia*. Chicago: University of Chicago Press.
- Masica, C. (1991): *The Indo-Aryan Languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Masullo, J. P. (1992): "Antipassive constructions in Spanish". En: P. Hirschbuhler y K. Koerner (eds.), *Romance languages and modern linguistic theory*. Amsterdam: John Benjamins, 175-194.
- Mateu, J. y Acedo-Matellán, V. (2012): "The Manner/Result complementarity revisited: A syntactic approach". En: M. C. Cuervo y Y. Roberge (eds.), *The End of Argument Structure?*, vol. 38. Syntax & Semantics. Bingley: Emerald, 209-228.
- Matsumoto, Y. (1992): "On the wordhood of complex predicates in Japanese". Stanford University [tesis doctoral].
- Matsumoto, Y. (1996): "Complex predicates in Japanese: A syntactic and semantic study of the notion 'word'". CSLI and Tokyo, Kurocio, Stanford, CA.
- Mayerthaler, W. (1981): "Morphologische Natürlichkeit". Wiesbaden: Athenaion [Linguistische

- Forschungen 28].
- McCawley, J. D. (1971): "Prelexical syntax". Monograph series on language and linguistics 24: 19-33. (22nd annual roundtable meeting, Georgetown University). Reimpreso en: J. D. McCawley (1973): *Grammar and meaning. Papers on syntactic and semantic topics*. Tokyo: Taishukan Publ. Co, 343-356.
- McCawley, J. D. [1968]: "La inserción léxica en las gramáticas transformatorias sin estructura profunda". En: V. Sánchez Zavala (ed.) (1974), *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*, vol. 1, Madrid: Alianza: 259-275.
- McIntyre, A. (2005): "The semantic and syntactic decomposition of *get*: An interaction between verb meaning and particle placement". *Journal of Semantics* 22: 401-438.
- McIntyre, A. (2006): "The interpretation of German datives and English *have*". En: D. Hole, A. Meinunger and W. Abraham (eds.), *Datives and Other Cases*. Amsterdam: Benjamins, 185-211.
- McKoon, G. y Macfarland, T. (2000): "Externally and internally caused change of state verbs". *Language* 76: 833-858.
- Medová, L. (2009): "Reflexive clitics in the slavic and romance languages. A comparative view from an antipassive perspective". Princeton University [tesis doctoral].
- Mendikoetxea, A. (1999): "Construcciones inacusativas y pasivas". En I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de lengua española. Volumen 2*, Madrid, Espasa Calpe, 1575-1630.
- Mendikoetxea, A. (2000): "Relaciones de interficie: los verbos de cambio de estado", *Cuadernos de Lingüística*, VII, 125-144.
- Mendikoetxea, A. (2012): "Passives and *se* constructions". En: J. I. Hualde, A. Olarrea y E. O'Rourke, *The handbook of Spanish linguistics*. Chichester: Wiley-Blackwell, 477-502.
- Merchant, J. (2008): "An asymmetry in voice mismatches in VP-ellipsis and pseudogapping". *Linguistic Inquiry* 39.1: 169-179.
- Meyer-Lübke, W. (1900): *Grammaire de les langues romanes*, III, París: H. Welter.
- Miller, G. y Johnson-Laird, P. (1976): *Language and Perception*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Milsark, G. (1974): *Existential sentences in English*. MIT [tesis doctoral].
- Mittwoch, A. (1982): "On the difference between eating and eating something: activities versus accomplishments". *Linguistic Inquiry* 13: 113-122.
- Miyagawa, S. (1980): *Complex verbs and the lexicon*. University of Arizona, Tucson [tesis doctoral].
- Miyagawa, S. (1989): *Syntax and semantics 22: Structure and case marking in Japanese*. New York: Academic Press.
- Monge, F. [1955] (2002): "Las frases pronominales de sentido impersonal en español". *Archivo de Filología Aragonesa* VII: 1-102. Abreviado y adaptado en C. Sánchez López (ed.),

- Las construcciones con 'se'*. Madrid: Visor Libros.
- Moreno Cabrera, J. C. (2014): "From agglutination to polysynthesis: A biological characterization of the spoken word". En: I. J. L. Ibarretxe-Antuñano y Mendívil-Giró, (eds.), *To be or not to be a word. New reflections on the definition of word*. Cambridge Scholars Publishing, 131-164.
- Morimoto, Y. (1998): *El aspecto léxico: delimitación*. Madrid: Arco Libros.
- Morimoto, Y. y Pavón Lucero, M. V. (2007): *Los verbos pseudo-copulativos del español*. Madrid: Arco Libros.
- Nash, L. (2006): "Structuring VP: goals". *EALING Lectures*, september 2006, École Normale Supérieur.
- Nedjalkov, V. P. (1969): "Nekotorye verojatnostnye universalii v glagol'nom slovoobrazovanii". En: I. F. Vardul' (ed.). *Jazykovye versalii i lingvisticeskaja tipologija*. Moscú: Nauka, 106-114.
- Nedjalkov, V. P. (1990): "Das Verh ltnis zwischen semantischen und formelen Opositionen in verbalen Derivation". San Petersburgo: Ms. Institute of Linguistic, Academic of Science.
- Nedjalkov, V. P. y Silinsky, G. G. (1973): "The typology of morphological and lexical causatives". En: F. Kiefer (ed.), *Trends in soviet theoretical linguistics*, Dordrecht: Reidel.
- Neeleman, A. y Szendr i, K. (2007): "Radical pro-drop and the morphology of pronouns". *Linguistic Inquiry* 38 (4): 671–714.
- Neeleman, A. y van de Koot, H. (2012): "The linguistic expression of causation". En: M. Everaert, T. Sioni y M. Marelj (eds.), *The theta system: Argument structure at the interface*. Oxford: Oxford University Press, 20-51.
- Nishida, C. (1994): "The Spanish reflexive *se* as an aspectual class marker". *Linguistics* 32 (3): 425-458.
- Noyer, R. (1997): *Features, Positions and Affixes in Autonomous Morphological Structure*. New York: Garland Publishing [versi n revisada tesis doctoral de 1992, MIT].
- Oliva, K. (2001). "Reflexe reflexivity reflexiv (A reflexion on a reflexivity of reflexives.)". *Slovo a Slovesnost* 62 (3): 200–207.
- Otero, C. P. (1999): "Pronombres reflexivos y r cprocos". En: I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gram tica descriptiva de la lengua espa ola*. Madrid: Espasa Calpe, 1427-1517.
- Panevov , J. (1999): "Cesk  r cpro n  z jmena a slovesn  valence (Czech reciprocal pronouns and verbal valence)". *Slovo a Slovesnost* 60 (4): 269–275.
- Pantcheva, M. (2010): "The syntactic structure of locations, goals and sources". *Linguistics* 48, 1043–1082.
- Pantcheva, M. (2011): *Decomposing path. The nanosyntax of directional expressions*. Troms 

- University [tesis doctoral].
- Parsons, T. (1990): *Events in the Semantics of English: A Study in Subatomic Semantics*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Pesetsky, D. (1995): *Zero syntax: experiencers and cascades*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Piccolo, M. C. (1990): "Modal verbs in Catalan". *Natural Language and Linguistic Theory* 8: 285-312.
- Piñón, C. (2001): "Modeling the causative-inchoative alternation", *Linguistische Arbeitsberichte*, 76: 273-293.
- Pitteroff, M. y Campanini, C. (2013): "Variation in analytic causative constructions: A view on German and Romance". *Journal of Comparative Germanic Linguistics* 16 (2-3): 209-230.
- Pitteroff, M. y Schäfer, F. (2014): "The argument structure of reflexively marked anticausatives and middles: Evidence from datives". En: H-L. Huang, E. Poole y A. Rysling (eds.), *Proceedings of NELS 43*. Amherst, MA: GLSA, 67-78.
- Porroche, M. (1990): *Aspectos de la atribución en español*. Zaragoza: Pórtico.
- Prince, A. y Smolensky, P. [1993] (2004): *Optimality Theory: Constraint interaction in generative grammar: Technical report*, Rutgers University and University of Colorado at Boulder, 1993. Reeditado en Blackwell, 2004.
- Pustejovsky, J. (1991): "The syntax of event structure". *Cognition* 41: 47-81.
- Pylkkänen, L. [2002] (2008): *Introducing arguments*. MIT [tesis doctoral]. Editada en Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Rákosi, G. (2012): "In defense of the non-causative analysis of anticausatives". En: M. Everaert, M. Maremij y T. Siloni (eds.), *The theta system*, Oxford: Oxford University Press, 177-199.
- Ramchand, G. (1997): *Aspect and predication: The semantics of argument structure*. Oxford: Clarendon Press.
- Ramchand, G. (2006): "Predication and the internal structure of events". Conferencia en la Universidad de Génova.
- Ramchand, G. (2008): *Verb meaning and the Lexicon: a first phase syntax*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.
- Ramchand, G. (2012): "Causal chains and instrumental case in Hindi/Urdu". Ms. University of Tromsø/CASTL.
- Rappaport Hovav, M. (2008): "Lexicalized meaning and the internal temporal structure of events". En: S. Rothstein (ed.), *Theoretical and crosslinguistic approaches to aspect*. Amsterdam: John Benjamins.
- Rappaport Hovav, M. (2014): "Lexical content and context: The causative alternation in English revisited". *Lingua* 141: 8-29.

- Rappaport Hovav, M. y Levin, B. (1998): “Building verb meanings”. En: M. Butt y W. Geuder (eds.), *The projection of arguments: Lexical and compositional factors*. Stanford, CA: CSLI Publications, 97–134.
- Rappaport Hovav, M. y Levin, B. (2007): “Deconstructing thematic hierarchies”. En: A. Zaenen, J. Simpson, T.H. King, J. Grimshaw, J. Maling, y C. Manning (eds.), *Architectures, rules, and preferences: Variations on themes by Joan W. Bresnan*. Stanford, CA: CSLI Publications, 385–402.
- Rappaport Hovav, M. y Levin, B. (2010): “Reflections on manner/result complementarity”. En: M. Rappaport Hovav, E. Doron e I. Sichel (eds.), *Syntax, lexical semantics, and event structure*. Oxford: Oxford University Press, 21–38.
- Rappaport Hovav, M. y Levin, B. (2012): “Lexicon uniformity and the causative alternation”. En: M. Everaert, M. Marelj y T. Siloni (eds.), *The theta system: argument structure at the interface*. Oxford: Oxford University Press, 150–176.
- Real Academia Española (1973): *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Reinhart, T. (1991): “Lexical properties of ergativity”. Conferencia presentada en: *Conference on Lexical Structure*, Utrecht.
- Reinhart, T. (2000): *The theta system: syntactic realization of verbal concepts*, OTS Working papers, 00.01/TL, University of Utrecht.
- Reinhart, T. (2002): “The theta system: An overview”. *Theoretical Linguistics* 28: 229–290.
- Reinhart, T. y Siloni, T. (2004): “Against the unaccusative analysis of reflexives”. En: A. Alxiadou, E. Anagnostopoulou y M. Everaert, *The Unaccusativity Puzzle: explorations of the syntax-lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press, 288–331.
- Reinhart, T. y Siloni, T. (2005): “The lexicon–syntax parameter: reflexivization and other arity operations”. *Linguistic Inquiry* 36:3: 389–436.
- Richards, N. (2010): *Uttering trees*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Rigau, G. (1994): “Les propietats dels verbs pronominals”. *Els Marges* 50: 29–39.
- Ritter, E., y Rosen, S. T. (1998): “Delimiting events in syntax”. En: M. Butt y W. Geuder (eds.), *The projection of arguments. Lexical and semantic constraints*. Stanford, CA: CSLI.
- Rivero, M. L. (2004): “Datives and the Non-Active Voice/Reflexive Clitics in Balkan languages.” En: O. Miseska-Tomic (ed.), *Balkan Syntax and Semantics*. Amsterdam: John Benjamins, 237–67.
- Rivero, M. L. y Sheppard, M. M. (2003): “Indefinite reflexive clitics in Slavic, Polish and Slovenian”. *Natural Language and Linguistic Theory* 21: 89–155.
- Rizzi, L. (1976): “Ristrutturazione”. *Rivista di grammatica generative* 1 (1): 1–54.
- Rizzi, L. (1978): “A Restructuring Rule in Italian Syntax”. En: S. J. Keyser (ed.), *Recent Transformational Studies in European Languages*. Cambridge, Mass.: The MIT Press,

- Rizzi, L. (1982): *Issues in Italian Syntax*, Dordrecht: Foris.
- Roberts, I. (1987): *The representation of implicit and dethematized subjects*. Dordrecht: Foris.
- Roeper, T. (1987): "Implicit arguments and the head–complement relation." *Linguistic Inquiry* 18: 267–310.
- Rothemberg, M. (1974): *Les verbes à la fois transitifs et intransitifs en français contemporain*. La Haye: Mouton.
- Rothstein, S. (2004): *Structuring events: A study in the semantics of lexical aspect*. Oxford: Blackwell.
- Rouveret, A. y Vergnaud, J. R. (1980): "Specifying reference to the subject". *Linguistic Inquiry* 11: 97-202.
- Ruwet, N. (1972): *Théorie syntaxique et syntaxe du français*. Paris: Editions du Seuil.
- Sánchez López, C. (1993): *La cuantificación flotante en español y estructuras conexas*. Universidad Complutense de Madrid [tesis doctoral].
- Sánchez López, C. (1996): "Los pronombres enfáticos y la estructura subeventiva". *Verba* 23: 143-175.
- Sánchez López, C. (2002): "Las construcciones con *se*. Estado de la cuestión". En: C. Sánchez López (ed.), *Las construcciones con 'se'*. Madrid: Visor Libros.
- Sanz, M. y Laka, I. (2002): "Oraciones transitivas con *se*: el modo de acción en la sintaxis". En C. Sánchez López (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor.
- Schäfer, F. (2008): *The syntax of (anti)causatives. External arguments in change of state contexts*. Amsterdam: John Benjamins.
- Schäfer, F. (2009): "The causative alternation". *Language and Linguistics Compass* 3 (2): 641-681.
- Schäfer, F. (2012): "Two types of external argument licensing – the case of causers". *Studia Linguistica* 66 (2): 28–80.
- Schäfer, F. (2013): "On the underspecification of Voice systems". Conferencia presentada en *Little v workshop*. Universidad de Leiden, 25-26 de octubre de 2013.
- Schäfer, F. y Vivanco, M. (en prensa): "Reflexively marked anticausatives are not semantically reflexive." En: E. Aboh, A. Hulk, J. Schaeffer, y P. Sleeman (eds.) *Romance Languages and Linguistic Theory 2013: Selected papers from 'Going Romance' Amsterdam 2013*.
- Schank, R.C. (1973): "Identification of conceptualizations underlying natural language". En: R. C. Schank y K. M. Colby (eds.), *Computer models of thoughts and language*. San Francisco: Freeman.
- Shibatani, M. (1973): *A linguistics study of causative constructions*. University of California, Berkeley [tesis doctoral].
- Shibatani, M. y Pardeshi, P. (2002): "The causative continuum". En: M. Shibatani (eds.), *The*

- grammar of causation and interpersonal manipulation*. Amsterdam: John Benjamins.
- Siegel, D. (1974): *Topics in English morphology*. Nueva York: Garland.
- Smith, C. (1970): “Jespersen’s ‘move and change’ class and causative verbs in English”. En M. Ali Jazayery, E. Polome y W. Winter (eds.), *Linguistic and literary studies in honor of Archibald A. Hill*. La Haya: Mouton, 101–109.
- Soares da Silva, A. (2012): “Stages of grammaticalization of causative verbs and constructions in Portuguese, Spanish, French and Italian”. *Folia Linguistica* 46 (2): 1614-7608.
- Sportiche, D. (1988): “A theory of floating quantifiers and its corollaries for constituent structure”. *Linguistic Inquiry* 19 (2): 425-451.
- Sportiche, D. (2012): “Re re again (or what French re shows about VP structures, have and be raising and the syntax/phonology interface)”. En: L. Brugè, A. Cardinaletti, G. Giusti, N. Munaro, y C. Poletto (eds.), *Functional heads: The cartography of syntactic structures*. Oxford: Oxford University Press.
- Sportiche, D. (2014): “Assessing unaccusativity and reflexivity, using focus alternatives to decide what gets which theta role”. *Linguistic Inquiry* 45 (2): 305-321.
- Starke, M. (2001): *Move reduces to merge: A theory of locality*. University of Geneva [tesis doctoral].
- Starke, M. (2005): *Nanosyntax class lectures. Spring 2005*.
- Starke, M. (2007): *Nanosyntax class lectures. Fall 2007*. Center for Advanced Studies in Theoretical Linguistics (CASTL), University of Tromsø.
- Starke, M. (2009): “Nanosyntax: a short primer to a new approach to language”. En: P. Svenonius (ed.), *Nordlyd (Tromsø working papers in linguistics)* 36: 1-6.
- Starke, M. (2011): “Towards elegant parameters: Variation reduces to the size of lexically stored trees”. Transcripción de una charla en *Barcelona Workshop on Linguistic Variation in the Minimalist Framework*.
- Stechow, A. von (1990): “Focusing and backgrounding operators”. En: W. Abraham (ed.), *Discourse particles*. Amsterdam: John Benjamins, 37-84.
- Stechow, A. von (1995): “Lexical decomposition in syntax”. En U. Egli, P. E. Pause, C. Schwartze, A. von Stechow y G. Wienold (eds.), *Lexical knowledge in the organization of language*. Amsterdam: John Benjamins.
- Stechow, A. von (1996): “The different readings of *wieder* ‘again’: A structural account”. *Journal of Semantics* 13: 87–138.
- Steinbach, M. (2004): “Unaccusatives and anticausatives in German”. En: A. Alexiadou, E. Anagnostopoulou y M. Everaert (eds.), *The unaccusativity puzzle: Explorations of the syntax-lexicon interface*. Oxford: Oxford University Press, 181-206.
- Stroik, Th. (1992): “Middles and movement”. *Linguistic Inquiry* 23 (1): 127-137.
- Stroik, Th. (1995): “On middle formation: a reply to Zribi-Hertz”. *Linguistic Inquiry* 26 (1):

165-172.

- Svenonius, P. (2008): "Complex predicates and the functional sequence". *Nordlyd (Tromsø working papers in linguistics)* 35 (1): 49-88.
- Svenonius, P. (2010): "Spatial P in English". En G. Cinque y L. Rizzi (eds.), *The cartography of Syntactic Structure, vol.6*. Nueva York: Oxford University Press, 127-160.
- Taraldsen, K. T. (2010): "The nanosyntax of Nguni noun class prefixes and concords". *Lingua* 120: 1522-1548.
- Tenny, C. (1987): *Grammaticalizing aspect and affectedness*. MIT [tesis doctoral].
- Tenny, C. (1992): "The aspectual interface hypothesis". En: I. Sag y A. Szabolsci (eds.), *Lexical matters*. Stanford, CA: CSLI.
- Tenny, C. (1994): *Aspectual roles and the syntax semantics interface*. Dordrecht: Kluwer.
- Tenny, C. y Pustejovsky, J. (2000): "A history of events in linguistic theory". En: C. Tenny y J. Pustejovsky (eds.), *Events as grammatical objects: The converging perspectives of lexical semantics and syntax*. Chicago: University of Chicago Press, 3-38.
- Teomiro, I. y Romero Pascual, C. (2012): "Theta meets aspect: The Spanish aspectual "se" with consumption verbs". *Topics in Linguistics* 10 (2): 20-27.
- Torrego, E. (2010): "Variability in the case patterns of causative formation in Romance and its implications". *Linguistic Inquiry* 41 (3): 445-470.
- Travis, L. (2000): "Event structure in syntax". En: C. Tenny y J. Pustejovsky (eds.), *Events as grammatical objects*. Stanford, CA: CSLI, 145-185.
- Treviño, E. (1992): "Subjects in Spanish causative constructions". En: P. Hirschbüler y K. Koerner (eds.), *Romance languages and modern linguistic theory*. Amsterdam: John Benjamins, 309-324.
- Tubino Blanco, M., Harley, H., y Haugen, J. (2014): "Applicative constructions and suppletive verbs in Hiaki". *Rice Working Papers* 1: 79-91.
- Van Hout, A. (2000): "Event semantics in the lexicon interface". En: C. Tenny y J. Pustejovsky, (eds.), *vents as grammatical objects*. Stanford: CSLI, 239-282.
- Van Valin, R. D. (1990): Semantic parameters of split intransitivity". *Language* 66 (2): 221-260.
- Van Valin, R. D. y LaPolla, R. J. (1997): *Syntax: Structure, meaning and function*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vendler, Z. (1957): "Verbs and times". *The Philosophical Review* LXVI: 143-160.
- Vendler, Zeno (1967): *Linguistics in Philosophy*. Ithaca: Cornell University Press.
- Verkuyl, H. (1989): "Aspectual classes and aspectual composition". *Linguistics and Philosophy* 12: 39-94.
- Wasow, Th. (1977): "Transformations and the Lexicon." En: P. W. Culicover, Th. Wasow, y Adrian Akmajian (eds.), *Formal Syntax*. Nueva York: Academic Press, 327-360.
- Wechsler, S. (2005): "What is right and wrong about little v". En Mila Vulchanova y Tor A.

- Åfarli (eds.), *Grammar and beyond— Essays in honour of Lars Hellan*. Oslo: Novus Press, 179-195
- Weerman, F. y Evers-Vermeul, J. (2002): “Pronouns and case”. *Lingua* 112: 301-338.
- Wehrli, E. (1986): “On some properties of French clitic *se*”. En: H. Borer (Ed.), *The syntax of pronominal clitics. Syntax and semantics 19*. Nueva York: Academic Press, 263-284.
- Williams, E. (1981): “Argument structure and morphology”. *The Linguistic Review* 1: 81-114.
- Wolff, P. (2003): “Direct causation in the linguistic coding and individuation of causal events.” *Cognition* 88: 1–48.
- Wright, S. (2001): *Internally caused and externally caused change of state verbs*. Northwestern University [tesis doctoral].
- Wright, S. (2002): “Transitivity and change of state verbs”. *BLS* 28: 339–350.
- Wunderlich, D. (1997): “Cause and the structure of verbs”. *Linguistic Inquiry* 28: 27-68.
- Wurmbrand, S. (2001): *Infinitives. Restructuring and clause structure*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Wurmbrand, S. (2004): “Two types of restructuring: Lexical vs. functional”. *Lingua* 114 (8): 991-10014.
- Wurmbrand, S. (2007): “How complex are complex predicates”. *Syntax* 10: 243-248.
- Wurmbrand, S. (2014): Tense and aspect in English infinitives. *Linguistic Inquiry* 45 (3): 403-447.
- Zagona, K. (1996): “Compositionality of aspect: Evidence from Spanish aspectual *se*”. En: C. Parodii et al. (eds.), *Aspects of romance linguistics. Selected from the SLSR XXIV*. Georgetown: Georgetown University Press, 475-488.
- Zipf, G. K. (1935): *The psycho-biology of language*. Boston: Houghton Mifflin.
- Zribi-Hertz, A. (1986): *Relations anaphoriques en français: esquisse d'une grammaire générative raisonnée de la réflexivité et de l'ellipse structural*. Université de Paris VIII [tesis doctoral].
- Zribi-Hertz, A. (1987): “La réflexivité ergative en français moderne”. *Le Français Moderne* 55 (1): 23-52.
- Zribi-Herzt, A. (1993): “On Stroik’s analysis of English middle”. *Linguistic Inquiry* 24 (3): 583-589.
- Zubizarreta, M. L. (1985): “The relation between morphophonology and morphosyntax: the case of Romance causatives”. *Linguistic Inquiry* 16 (2): 247-288.